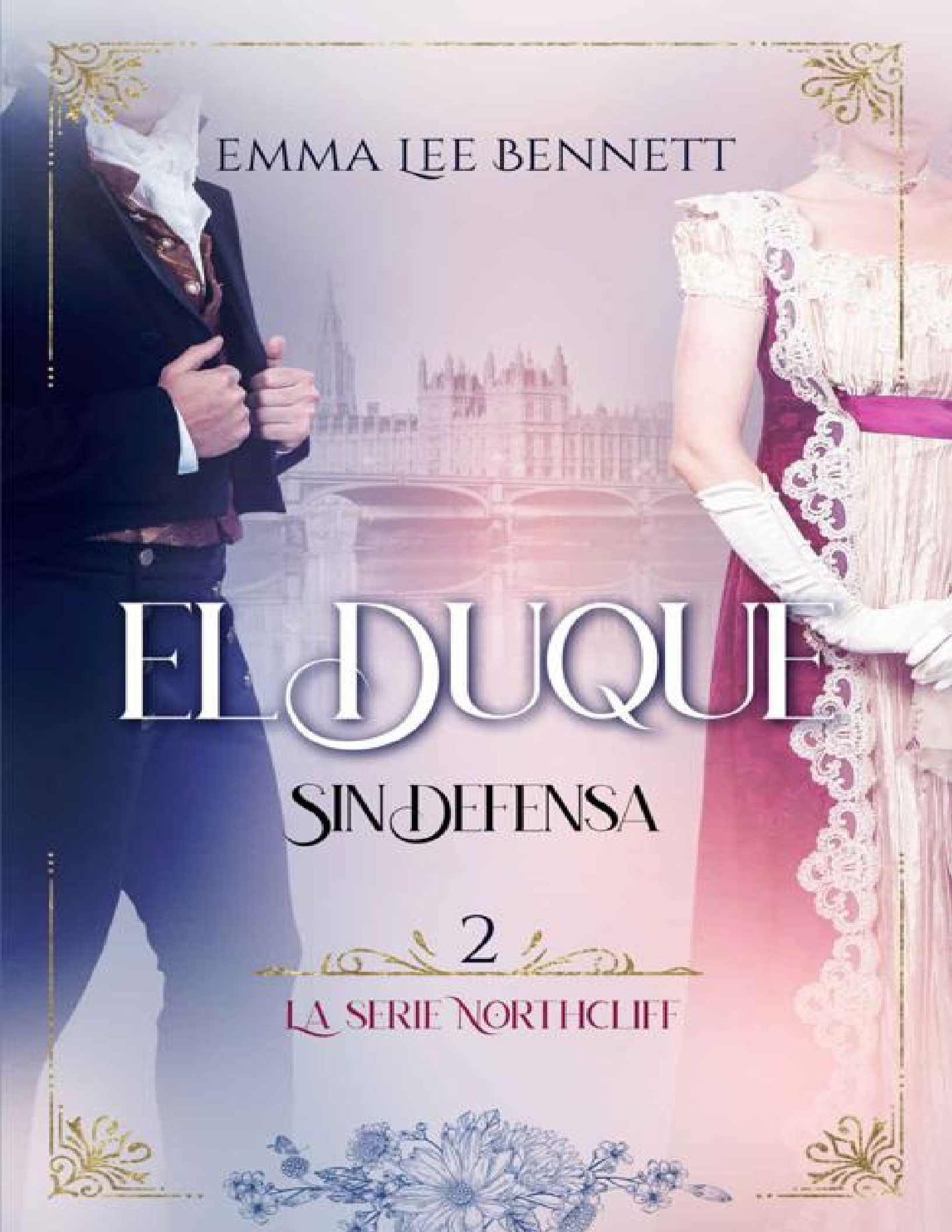

EMMA LEE BENNETT
EL DUQUE
SIN DEFENSA
2
LA SERIE NORTHCLIFF

El Duque : Sin Defensa

La Serie Northcliff

EMMA LEE BENNETT

Contenido

El Duque : Sin Defensa
PERSONAJES
Otros
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
AGRADECIMIENTOS
Copyright



A mi marido y a mis hijos

que con amorosa paciencia y comprensión
me han acompañado en mi viaje como escritora.
¡Gracias!



PERSONAJES

Los Northcliff, escoceses
Keiran Cole MacKendrick, duque de Northcliff, marqués de Lothian
Colin Roy MacKendrick, hermano de Keiran
Ailbert Derek MacKendrick, padre de Keiran, el viejo duque de Northcliff
Bridget Aileen MacNaughton, madre de Keiran

En el hogar de los Northcliff
Angus Ramsay, mayordomo
Agatha Brodie, ama de casa
Lorna Wood, comadrona
Elsie Duff, niñera
Annis, hija de Elsie Duff
Lorna Begbie, cocinera
Mary y Christel Connelly, sirvientas
Lawrence Boyd, médico
Owen Wilson, campesino
Ben Wilson, hijo de Owen, camarero personal de Keiran
Tremaine, caballerizo
Willie, ayudante del caballerizo
Steve, valet
Calum y Marion Dunbar, campesinos
John Saunders, sacerdote católico
Jinny, nueva camarera
Abuela Homa, madre de Asabi, abuela de Pitch
Asabi, madre de Pitch
Malik Sikulu, hermano de Pitch
Zaynab, Beyruud, Caroline, Jonathan, rescatados por Keiran
Mrs. Mitchell, modista de Edimburgo
Hugh Foster, *Bow Street Runner*

Los Hereford, ingleses
Eleonor Grace Hambrook, hija del conde de Hereford (Nicholas)
Nicholas Hambrook, padre de Eleonor Grace, conde de Hereford
Sophie Addison, madre de Eleonor Grace, condesa de Hereford
Ernest Hambrook, hermano de Nicholas, conde de Hereford
Martha Bradford, esposa de Ernest, condesa de Hereford
Andrew Hambrook, hijo de Ernest y Martha, conde de Hereford
Nancy Jane Hambrook, hija de Ernest y Martha

En el hogar de los Hereford en Ashford

Adam Jenkins, mayordomo de Roman Way House
Isaac Phillips, médico en Ashford y Londres
Emily Morris, cocinera
Timothy Preston, médico suplente
Hettie, sirvienta personal de Eleonor Grace
Mrs. Appleton, modista en Ashford

En casa de los Hambrook en Londres
John Simmons, mayordomo
Sarah, sirvienta personal de Martha
Freddie, camarero personal de Andrew
Maggie, sirvienta personal de Nancy Jane
Mr. Stanfield, secretario de Ernest



Otros

Daniel Johnson, mejor amigo de Keiran, marqués de St. James
Cyrus Campbell, marqués de Wiltshire
Winifred Condell, marquesa de Wiltshire
Lawrence Campbell, hijo de Cyrus y Winifred, conde de March
Alice Campbell, hija de Cyrus y Winifred
Mathilda Bradford, hermana de Martha, vizcondesa Queensbury
William Leight, conde de Bath
Olivia Grey, condesa de Bath
Georgia Leight, hija de William y Olivia
Patty, doncella de Georgia
Constance Gray, hermana gemela de Greta, hermana de Olivia
Greta Gray, hermana gemela de Constance, hermana de Olivia, condesa de Oxfuird, esposa del conde de Oxfuird
Lavinia Russell, amante del viejo duque de Northcliff, viuda condesa de Portland
Simon Calter, hijo de Lavinia, conde de Portland
Martin Stevens, secretario de la condesa de Portland
Philippa Evan, primera amante de Keiran, viuda condesa de Wilmot
Eve Chapman, segunda amante de Keiran, viuda marquesa de Grafton, hija mayor del conde de Lennox
Gabriel Chapman, hijo del conde de Lennox, vizconde Hamilton
Arabella Chapman, hija del conde de Lennox
Sarah Chapman, hija del conde de Lennox
Anthony Fellow, abogado de lord Hamilton
Edward Harris, Mayor de la Royal Navy
Mathilda Stone, hija del vizconde Gascoyne
Mary Barnes, hija del reverendo Barnes
Emily Barker, falsa sobrina del marqués de Spencer
Abigail Palmer, hija de Thomas y Theodora, baronesa Douglas, esposa del barón Douglas
Simon Wilkinson, abogado de los Northcliff, de los Hereford, de St. James
George Peterson, ayudante del abogado de Wilkinson
Perceval, primer Ministro
Michael Stevens, hermano gemelo de Martin, secretario de Perceval
Anthony Landon, padre de Caroline
Nijenjui, propietario chino del fumadero de opio
Peter Beker, periodista
Maria Vitale, modista en Londres

Los barcos del duque de Northcliff
Bride, Eleonor Grace, Bloody Mary, Black Flower, Butterfly, The Flying Queen

Los barcos del marqués de St. James
Water Rat

Los barcos del marqués de Wiltshire
Blue Sky

A bordo del «Eleonor Grace»
Stone, contramaestre
Gideon, cocinero
Pitch, porque es negro como la «pez», somalí, hijo de Asabi, su nombre real es Wanjala Sikulu
Moro, musulmán, oscuro de piel
Rabino, inglés judío
Club, es decir «clava»
Rugoso, por la cara picada por la viruela
Casanova, Tony, el rompecorazones
Fraiser, boticario, amante de las hierbas medicinales
Shorty, es decir «corto», sardo, de nombre real Efisio
Leonardo, florentino, porque tiene adoración por Da Vinci
Los niños, Sammy y Cody, deshollinadores rescatados de su triste destino
El chico nuevo, Jesse



CAPÍTULO 1

El duque de Northcliff se quedó observando la figura femenina que caminaba hacia las escaleras de piedra de la entrada, su paso rápido y seguro, sus movimientos delicadamente sinuosos, el frufrú de su vestido que invitaban a pensar en la ropa interior que ocultaba.

Y un rastro de perfume que invadía sus fosas nasales sin darle tregua.

Cerró los ojos y apretó la mandíbula, luchando contra el impulso de llevar la mano entre sus piernas para calmar la pulsación que latía contra su pantalón.

Aquellas palabras aún resonaban en su mente... «A los hombres les gustan las mujeres peligrosas y estoy segura de que yo os gusto a vos».

¿Qué joven de buena familia hablaba así? ¿Y qué pretendía sino provocarle?

Volvió a abrir los ojos sorprendido por un sentimiento de fastidio que le resultaba desconocido. Odiaba la ligereza y picardía con que lady Eleonor había hablado y odiaba querer darle una lección, enseñarle algunas cosas que, en verdad, una muchacha de bien y soltera no debería saber.

Giró sobre sus talones, molesto, y se dirigió a los establos, sujetando a Darken por las riendas.

El animal sacudió violentamente la cabeza y resopló.

—¡Maldita sea, Darken! ¡Cálmate! —exclamó, dándose cuenta de que hablaba más consigo mismo que con el semental.

* * *

Eleonor entró en el salón rosa de la duquesa con tal ímpetu que no dio tiempo a que la doncella cogiera su capa. Con la mente aún embebida en el azul intenso de los ojos del duque, se inclinó ante la duquesa con una sonrisa encantadora. Se la quitó automáticamente sin pensárselo dos veces y la colocó sobre una silla.

—Disculpad, excelencia, pero no he podido evitar detenerme un momento para admirar el semental del duque. ¡Es magnífico!

Lady Northcliff no pareció reparar en sus maneras informales; al contrario, se mostró intrigada e interesada.

Eleonor se percató de que la duquesa la estaba estudiando.

—Disculpadme. No os he saludado correctamente, excelencia. He entrado bruscamente y...

—Adelante, lady Eleonor, sirve el té, por favor. Tienes razón, Darken es realmente un buen caballo —dijo la duquesa, manteniendo gustosa el tuteo que ya se había tomado la libertad de darle anteriormente.

—¿Darken? ¡Por el amor de Dios! Incluso el nombre evoca el apodo por el que todo el mundo llama a su hijo.

—¡Eleonor! —la amonestó Martha.

Pero la duquesa reía divertida.

—Sirve el té.

—Disculpad, excelencia, soy la misma de siempre: hablo demasiado. —Sirvió el té en silencio y se sentó. Su vestido, uno de los antiguos, era ligero y un escalofrío le recorrió la espalda.

—*Ellie, pregunta por Caroline y los demás, por favor.*

—Mi prima está ansiosa por ver a Caroline, Jonathan y las demás. Pregunta por ellos.

—Esta noche, quizás a la hora de cenar o después. Ahora Caroline está ocupada con Annis, su casi institutriz. Zaynab creo que ha llevado a Beyruud y Jonathan a casa de la familia de Pitch. Los visitan a menudo.

—¿Casi institutriz? —preguntó Martha.

—¿Y Pitch? —preguntó Eleonor.

—Casi institutriz —explicó lady Northcliff—, porque Annis, la hija de la nodriza de Keiran, tiene aptitudes que la llevan a enseñar lo que una joven de buena familia necesita saber, hasta que la pequeña tenga unos años más y podamos colocarla con alguien profesionalmente más adecuado. —Luego se volvió hacia Eleonor y le dijo—: Pitch. Exactamente como la pez, pues tal es su color. Cuando Kein los puso a salvo, me refiero a Zaynab y los niños, Pitch también estaba allí, fue capaz de hablarles en su idioma y permitirles que entendieran.

—Entonces ¿es un marinero? ¿Vive aquí?

—Sí, forma parte de la *troupe* de... uno de los barcos de Keiran, y ha decidido vivir aquí cuando no está en el mar. Mi hijo le ha asignado un cottage donde vive con su madre Asabi, un hermano que trabaja para el duque y se llama Malik, y una abuela muy anciana, la querida Homa.

—¿Podremos conocerlos? —preguntó Eleonor con su habitual espontaneidad.

Lady Northcliff la miró asombrada ante el interés de una joven como ella por gente pobre, y para colmo negra.

—No veo por qué no.

—¡Buenas tardes! —El conde de Portland se asomó por la puerta.

—Lord Portland, venid. ¡Lady Hereford por fin ha llegado!

—Condesa, lady Nancy, lady Eleonor. ¿Cómo ha sido el largo viaje desde Londres?

—¡Precisamente, largo! —respondió Martha con una sonrisa—. Pero estar aquí es maravilloso. En definitiva, Bridget, merece la pena viajar tanto para pasar un rato con vosotros.

—No sabes, Martha, lo feliz que estoy de que estés aquí. Ah, se me olvidaba. ¡Los Wiltshire vendrán cualquier día de estos!

—¡Bien! Y creo que también recibirás la visita de alguien más.

—No entiendo, Martha. ¿De quién?

—En Edimburgo nos encontramos con lord y lady Bath —balbuceó Martha.

—Ya estoy tan acostumbrada a tenerlos aquí por Navidad que no la Navidad no sería igual sin ellos —exclamó la duquesa.

—Excelencia, no tenéis que aceptar su visita en absoluto. Vos sabéis que yo podría...

—Mi querido lord Portland, siempre dispuesto a protegerme. Dejémoslo así, al fin y al cabo, esta costumbre se remonta a cuando mi marido vivía y durante años había invitado a los Bath durante las fiestas. Parece que lo esperan cada año: no les decepcionemos.

—Lord Portland, ¿os sirvo el té? —preguntó Eleonor mientras se levantaba.

—Gracias, lady Eleonor.

Keiran se quedó un momento en la puerta, observando: Simon no apartaba los ojos de Eleonor. Ella se reclinaba para servir el líquido dorado y caliente en la taza y él no pudo evitar observar el escote del holgado vestido que llevaba. En aquella posición sus pechos deberían haber llenado el vestido. Recordaba bien cómo eran: no grandes, sino más bien turgentes, y lo bastante generosos como para llenar su mano, estaba convencido de ello. Ahora, sin embargo, la tela parecía deslucida, como si faltara algo, como si la ropa interior fuera demasiado ajustada y comprimiera... ¿Comprimiera? ¿Estaba la chica usando algo para ocultar sus formas? Abrió la boca y casi se le escapó una exclamación.

Ella levantó los ojos y lo vio.

—¿También os sirvo a vos, excelencia?

El conde se levantó por educación.

—No, gracias. —El duque entró, saludando con la cabeza a lord Portland, y se sentó rápidamente en el sillón para disimular el abultamiento que sobresalía de sus pantalones, cruzando las manos por delante. Todavía llevaba ropa de montar, y sus piernas parecían aún más largas con aquellas botas oscuras.

—¡A mí sí, lady Eleonor! —exclamó Roy mientras entraba en el salón a paso ligero y se colocaba a su lado con una de esas sonrisas desenfadadas que tanto gustaban a las mujeres.

—Aquí tenéis, lord MacKendrick. —Eleonor le entregó la taza y sonrió, al notar la insistente mirada de lord MacKendrick.

«¡Demonios!» pensó. «Lo que faltaba, ¡que además del conde de Portland, lord Roy también se encapriche de mí! ¡Y él, el altivo duque más oscuro que el carbón, me mira mal, me desaprueba como si yo tuviera la culpa! ¡Maldita sea! ¿Qué puedo hacer si atraigo a los hombres como osos a la miel? Y encima estoy arreglada, parezco una solterona, ¡estas malditas fajas pican terriblemente! Si estos dos jóvenes no dejan de estar pendientes de cada una de mis palabras, no podré fiarme ni de quitarme las fajas, ni de ponerme más presentable, ni tampoco de hacerme un peinado un poco más femenino. Espero poder convencer todavía al Duque Negro. Él me dijo que yo era indecente. Tal vez deba utilizar todos mis conocimientos para transformarme en una joven perfecta; controlar mi lenguaje, evitar parecer tan culta, no ponerme las gafas, agitar las pestañas como... ¡como una oca! Qué símil tan absurdo: las ocas no agitan las pestañas...».

—Keiran, lady Hereford se encontró con los Bath en Edimburgo —dijo Lady Northcliff—. Seguramente eran huéspedes de la hermana de lady Bath, lady Oxfuird.

—Entonces supongo que estarán aquí en unos días —sentenció el duque con seguridad.

Desde el desafortunado intento de los Bath de inculparlo, los había evitado, en parte gracias a su viaje a Oriente. Pero las pasadas Navidades se habían presentado en Shell Bay Manor como todos los años; la duquesa había fingido no saber nada del episodio de *Almack's* y los había invitado. Tras una reacción exagerada de Keiran ante la noticia de que los Bath serían huéspedes en Shell Bay Manor, él también había estado de acuerdo en que sería mejor fingir que no había pasado nada.

—¿Aún no ha encontrado lady Georgia un pretendiente que le guste? —preguntó lord Portland ingenuamente.

—Simon, ¡el pretendiente que le gusta aparentemente no está en el mercado! —exclamó Roy, mirando a su hermano.

—Es una pena. Es una bonita chica de buena familia, y, siento decirlo, los años pasan. —El conde dio un mordisco a una galleta.

—Buena observación, Simon. —Roy también tomó una galleta.

—No creo que lady Georgia tenga este problema: yo diría que es bastante joven, y muy guapa —intervino Eleonor, tratando de parecer complaciente con la odiosa muchacha.

—Si no me equivoco —dijo Roy—, debería tener veintitrés años. En resumen, joven, pero no lo suficiente para competir con las nuevas... ¡candidatas!

—Creía que era mayor, de lo contrario no habría hecho ese comentario sobre el paso de los años —comentó lord Portland avergonzado.

—No os sintáis culpable por vuestro pensamiento, mi querido conde —le dijo la duquesa—. Después de todo, a mí también me parece que lady Georgia parece mayor de lo que es. Sin embargo, es muy hermosa y, tarde o temprano, atraerá el interés de algún noble anciano a quien

le parecerá jovencísima.

—*¡Tiene tu edad, Ellie! Pero tú pareces mucho más joven, te lo garantizo*.

Keiran sonrió, disimulando tras las manos unidas a la altura de la boca, con los codos apoyados en los reposabrazos del sillón.

—¿Qué dice lady Nancy? —preguntó Roy, masticando la cuarta galleta.

—Nada importante, habla de la edad.

—Vos no tenéis ese problema, lady Nancy: sois jovencísima —le dijo él—, y todos hemos notado que habéis suscitado el interés de muchos—. Sonaba como un cumplido y Nancy le sonrió.

—La sociedad quiere que una joven acomodada comience su calvario en busca de marido a una edad muy temprana —intervino la duquesa—. No apruebo que a los dieciséis años tengan que pensar en esas cosas. Tampoco apruebo que a los dieciocho o menos, se les obligue a entrar en sociedad y a acaparar el mejor partido del mercado. Es extremadamente degradante. Me alegro de no tener hijas.

—¡Bien dicho! —exclamó Eleonor, despertando la curiosidad del duque.

—¿Cómo decís, lady Eleonor? —preguntó el duque.

—He dicho que estoy de acuerdo con vuestra madre, excelencia.

—Querida —le dijo lady Northcliff—, tienes suerte de haber crecido con unas personas excepcionales como tus padres y luego tus tíos. Sé cómo piensan, de lo contrario no estarías aquí ahora, ¡pero casada en un matrimonio concertado! Práctica incívica, pero a la que a la mayoría le gusta conformarse.

—Mamá, ¡lady Eleonor es jovencísima! —exclamó Roy.

—No tanto, lord MacKendrick, pero gracias —dijo Eleonor inclinando graciosamente la cabeza—. Digamos que... estoy en la misma situación que lady Georgia.

—¿Tenéis veintitrés años?

—Entonces, ¡rea confesa!

—Que me aspen si...

—Roy —murmuró el duque, pero fue suficiente para silenciar a su hermano.

—No os preocupéis, excelencia —dijo ella mirando al duque—. Nunca me ha preocupado la edad. Me parece más acorde con la naturaleza humana que hombres y mujeres se lleven mejor que hombres y niñas. A pesar de las normas dictadas por la sociedad.

—Todo es relativo, lady Eleonor. A los ojos de un hombre diez años mayor que vos, seguiríais siendo una chiquilla y no una mujer —respondió él lentamente.

—Tenéis razón: todo es relativo. De hecho, a mis ojos ese hombre diez años mayor podría parecer menos viejo de lo que dice su edad. Y yo seguiría siendo la mujer que soy.

Unos segundos de silencio crearon cierta tensión: todos habían entendido la referencia a ella y al duque.

Y él la estaba sopesando con los ojos entornados como rendijas, como si la estuviera evaluando.

Eleonor volvió a estremecerse.

—Por ahora, querida, sólo pareces una mujer congelada —le dijo lady Northcliff—. Tu vestido es muy ligerito. ¿Qué tal si tomáis posesión de vuestros aposentos, Martha?

—Sí, Bridget, así podremos descansar un poco antes de la hora de cenar.

Los hombres se levantaron y las tres mujeres siguieron a Mrs. Brodie.

El salón rosa de la duquesa estaba situado en la esquina sureste de la casa y, mientras servía el té, Eleonor había observado que desde la ventana situada detrás de los sillones de tela a rayas

rosas y crema se veía el mar azul oscuro, ondulado por las fuertes ráfagas de viento.

Siguiendo al ama de llaves por el pasillo, volvieron al enorme atrio que acababa de vislumbrar al entrar. Columnas de un diámetro casi tan ancho como su brazo soportaban el peso de las torres de entrada. Otras iguales se erguían en posición central, sosteniendo lo que Eleonor supuso que había sido la torre del homenaje del castillo; miró hacia arriba.

—Todas las torres fueron reformadas.

—Sí, lady Eleonor —respondió Mrs. Brodie volviéndose—. El viejo duque, recién casado con nuestra duquesa, se había preocupado de que el castillo fuera un hogar adecuado para su esposa y su descendencia. Notaréis que el interior es decididamente acogedor y para nada tan medieval como el exterior. Después, el actual duque hizo algunos cambios para modernizar un poco el edificio.

—¿Incluido el llenado del foso?

—Exacto. Demasiado medieval, como suele decir. —Agatha se dirigió a las escaleras situadas en el centro.

Tres grandes escalones de mármol se alzaban en el centro de columnas; el tercero y el cuarto eran profundos y anchos; a partir del cuarto, la escalera se dividía a derecha e izquierda, y la pared de enfrente estaba llena de retratos de antepasados. Subieron por la derecha, pero Eleonor no tuvo tiempo de preguntar si las otras escaleras conducían también al mismo vestíbulo, porque en cuanto estuvieron arriba, vio los escalones al otro lado del rellano. Allí, en el centro, una escalera de caracol conducía a la planta superior.

—Arriba están las dependencias de la servidumbre, en el ala norte, y las de los huéspedes, en el ala sur. Sin embargo lady Northcliff ha dispuesto que vos ocupéis los aposentos de esta planta, donde también se encuentran los del duque, a la izquierda de ese pasillo —explicó la mujer, señalando el pasillo que daba directamente a una ventana orientada al sur—, y los de la duquesa y lord Roy, a la derecha —continuó, indicando el mismo pasillo. Pasó junto a una puerta cerrada, situada exactamente enfrente de la escalera de caracol—. Aquí estaba la habitación de los niños... que luego se convertiría en la sala de estudio de los tres hermanos.

—¿Tres? —preguntó Eleonor.

Pero Mrs. Brodie pareció no oírle y Martha hizo un gesto a su sobrina para que guardara silencio.

De repente, la puerta de la habitación de los niños se abrió y una joven muy guapa de cabello y ojos oscuros apareció en el umbral, claramente esforzándose por mantener a raya a la pequeña Caroline que intentaba salir disparada.

—¡Ha dicho la duquesa que las verás más tarde!

—Pero sólo saludarlas... te lo suplico Annis.

—Caroline, ¿sabes que las señoritas educadas siempre obedecen?

—Lo sé pero... ¡Eleonor! ¡Nancy! —La niña se había fijado en ellas y Annis ya no pudo contenerla. Caroline corrió hacia ellas y se dejó atrapar al vuelo por Eleonor. Ambas acabaron en el suelo. Nancy se agachó, y fue un abrazo a tres.

—Eleonor... ¡no podía esperar más! Nancy, ¿sabes que también viene el marqués de St. James? ¿Sabes que me permiten pasar tiempo con vosotras? ¿Sabes que el duque dijo que podría aprender vuestros signos?

—¿Sabes que nos alegramos mucho de verte? ¿Sabes que también nos gustaría saludar lo antes posible a Jonathan, Zaynab y Beyruud?

Caroline se rio divertida.

Martha sonrió y Mrs. Brodie se llevó una mano a la boca para ocultar su sonrisa al duque que,

habiéndolas seguido, ahora las miraba circunspecto.

—¿Qué está pasando aquí? —El duque había hablado como de costumbre, puntuando bien cada palabra, en un tono de reprimenda inminente.

Su mirada severa inquietó a Annis.

—Excelencia, es culpa mía, disculpadme. Debería haber mantenido a raya a Caroline, pero ya sabéis lo vivaracha que es.

Keiran levantó una mano para hacer callar a la niña y no apartó los ojos de Eleonor, que estaba sentada en el suelo con la pequeña sobre las piernas dobladas hacia un lado y parcialmente descubierta: su piel era blanquísima y, si la escasa iluminación de las velas no le engañaba, no vio ni rastro de vello. Era un detalle que observaba a menudo en las mujeres que veía desnudas, desde hacía muchos años, cuando había empezado a viajar por Oriente, donde las mujeres de los harenes se depilaban casi a diario. En ese momento se dio cuenta de que la muchacha iba sin medias: se preguntó cómo soportaría aquel frío. Una especie de mancha oscura a la altura de uno de sus tobillos le hizo fruncir el ceño, sin comprender si se trataba de un moratón o de una sombra causada por la penumbra.

—¿Caroline?

La niña se apartó de Eleonor, que se levantó.

—Estaba impaciente por saludarnos —trató de justificarla Eleonor.

Ahora el duque miraba fijamente a la muchacha, como si Caroline pudiera entenderlo con una sola mirada. Increíblemente fue así.

—Duque, debes disculp... debéis disculparme. Estaba deseando abrazar a Eleonor y Nancy. —La niña vio que el duque enarcaba las cejas—. Estaba deseando abrazar a Lady Eleonor y Lady Nancy —se corrigió.

Keiran no podía quitarse de la cabeza la imagen de Eleonor abrazando a la niña con pasión. ¿Cuándo se habían encariñado tanto? ¿Cuándo había nacido ese entendimiento instantáneo? Porque podía sentirlo, lo intuía sin sombra de duda.

—Lo entiendo. Es comprensible, Caroline. Pero recuerda los buenos modales que Annis te ha enseñado, y evita desobedecer.

—Lo sé, tienes... tenéis razón, Duque. Una señora de bien no desobedece.

—No, Caroline, no es eso. No debes desobedecer para no faltar al respeto a las personas que con tanto empeño intentan enseñarte buenos modales. Y estas personas son Annis, en primer lugar, luego Mrs. Brodie, y por último la duquesa y yo mismo.

El hecho de que el duque pusiera delante a dos personas de la servidumbre, y también a su madre, asombró no sólo a Eleonor. Martha se encontró pensando que nunca había conocido a un duque que diera tanta importancia a una institutriz.

—Lo entiendo, duque. ¿Podemos pasar un ratito con Eleonor... con lady Eleonor y lady Nancy antes de la cena?

El duque sonrió a la niña y aceptó.

Aquella sonrisa fue como una luz en la oscuridad y dejó a Eleonor totalmente cautivada. Siempre tenía una expresión seria y severa, pero en aquel momento era diferente.

—¡Gracias, duque! ¡Qué bueno eres! —exclamó Caroline tirando de él por los brazos y obligándole a doblarse sobre sus rodillas. La muchacha lo besó en la mejilla y lo abrazó con fuerza.

Keiran, tras corresponder al abrazo, permaneció agachado incluso cuando Caroline se apartó de él y fue a besar a lady Eleonor y lady Nancy. Luego, la niña hizo una perfecta reverencia a lady Hereford, que le sonrió y volvió al interior de la sala de juegos. Keiran se levantó, asintió y

se fue a su habitación.

Mrs. Brodie continuó.

—Condesa, ésta es vuestra habitación —dijo el ama de llaves entrando en la estancia—. Estamos en la torre noreste. Al lado está la habitación de las damas, y como podéis ver, están comunicadas —le explicó abriendo la puerta que conducía a la habitación adyacente—. La duquesa me ha encargado que os enseñe también las habitaciones de arriba, por si las preferís, lady Hereford.

—En absoluto. Estas están muy bien, Mrs. Brodie. Especialmente porque estos tonos de azul y celeste, con algunos verdes, me relajan.

—¡Tía! Nuestra habitación también tiene los mismos colores. Es una mezcla de tonos muy agradable —exclamó Eleonor desde la otra habitación.

—Todas las habitaciones habían sido amuebladas de forma similar, especialmente los colores: los del tartán de los Northcliff. El viejo duque era muy patriótico, fiel a las viejas costumbres escocesas y a sus orígenes, y tenía estas habitaciones preparadas para otros posibles hijos. Ahora, si lo deseáis, puedo prepararos un baño, o cualquier otra cosa. Vuestras doncellas ya están arriba.

—¡Yo diría que lo ideal sería un baño! Podéis disponerlo aquí para las tres.

—Lady Hereford, no os preocupéis: dispondremos la bañera para vos aquí, y otra para las señoritas en su habitación. —Dicho esto, hizo una reverencia y salió.

—¿Has oído eso, tía? ¡Dos bañeras a la vez!

—*Es la morada de un duque, Ellie: no podías esperar menos. Quién sabe cuántos sirvientes tendrán. Incluso hay otra planta con más habitaciones de invitados* —le recordó Nancy.

—¡Me parece que os va a encantar alojaros aquí! —exclamó Martha satisfecha con su decisión de aceptar la invitación de Bridget.

* * *

—Deberíais poneros uno de los vestidos nuevos. Aparte de que son más cálidos, también son decididamente más de vuestra talla.

Eleonor fingió no oír a Hettie y, con movimientos lentos, siguió secándose el cabello mientras se sentaba en la alfombra frente al fuego. Miró a Nancy y vio que estaba preparada. En cuanto la miró a los ojos le dijo con señas:

—*Ve dónde la tía. Si llego tarde, id sin mí. Me reuniré con vosotras.*

Nancy asintió y se dirigió a la habitación de Martha, seguida de Maggie. Esta última pareció cambiar de opinión, dio media vuelta, se inclinó junto a Eleonor y le dijo:

—Alabado sea el Señor. El duque. Lo he visto. ¡Maldita sea, lady Eleonor! ¡Yo digo que debe ser vuestro! Sois hermosa y bien formada, ¡un hombre así no podrá resistirse!

—¡Maggie! —la reprendió Hettie horrorizada.

—No, Hettie, Maggie tiene razón. Es la única solución que tengo para cumplir la promesa que le hice al tío Ernest, y también el único modo de salvarme de Andrew. Pero lord Portland y lord MacKendrick me rondan. Ya veremos. ¡Y ni una palabra a Nancy ni a la tía!

Maggie se levantó y fue a la otra habitación.

—Está bien, Hettie, me pondré el vestido nuevo...

—¡Alabado sea el Señor!

—Pero el pelo quiero tirado, y tráeme las cintas

—Oh, Eleonor, te lo suplico, ¡las vendas no!

—Hettie.

—Vale, vale —resopló Hettie estupefacta.

* * *

La cena estuvo bien. Se apreciaron los platos que se sirvieron. La duquesa había elegido un menú inglés, probablemente porque sospechaba que el impacto con la cocina escocesa sería demasiado fuerte.

Keiran no hablaba mucho. Solo había hablado un par de veces cuando le habían preguntado, pero nadie parecía haberle prestado atención: era bien sabido que no hablaba mucho y que a veces tendía a aislarse.

Sólo había sorprendido a lady Eleonor observándole un par de veces, como si estuviera intrigada y estudiándole, decidiendo algo. La muchacha, sin duda demasiado hermosa para no ser deseada por los jóvenes que se arremolinaban a su alrededor en cada recepción, era diferente de lo habitual. Keiran ya había experimentado esa sensación en la cena en la casa de los Wiltshire, y no era sólo una cuestión de aspecto físico; parecía reprimirse a sí misma, su espíritu libre y a menudo rebelde, parecía intentar pasar desapercibida, a veces manteniendo la cabeza inclinada, a veces fingiendo desinterés por un tema que a una mujer culta como ella normalmente le apasionaría.

Debía tocarla. Sólo así entendería algo. Pero temió por sí mismo: le invadió una fuerte sensación de peligro, el presentimiento o la duda de que aquella joven pudiera robarle la mente, involucrarle en sentimientos que no estaba preparado para experimentar.

Decidió posponerlo, aunque era consciente de que se estaba comportando como un cobarde.

* * *

Eleonor no podía dormir, con la mente repleta de todas las novedades que estaba viviendo, de las muchas expectativas de los días venideros y de las esperanzas y temores que le asaltaban por lo que pensaba hacer.

Se obligó a pensar sólo en los planes que había hecho durante la cena para el día siguiente. Cabalgaría con Nancy y lord Roy. A lo mejor lord Portland también se les uniría. A su regreso iría con Zaynab a conocer a la familia de Pitch.

Quién sabe si el duque habría estado de acuerdo con los planes trazados. No le cabía duda de que lord Northcliff no había oído nada de las conversaciones que habían mantenido durante la cena; sin embargo, ni su madre ni su hermano ni lord Portland lo habían encontrado extraño. Evidentemente, él era así, con su mente en un mundo propio, aislado de la realidad.

Ni siquiera el camarero se había atrevido a perturbar aquel momento de distanciamiento: le había servido unos cuantos platos en abundancia, que él había terminado, comiéndolos con fruición, y no le había servido otros, sin preguntarle si los quería o no, y sin despertar sorpresa en la duquesa.

Ellie se dio la vuelta, buscando una posición más cómoda. Reflexionando sobre las dificultades que tendría para enviar su nuevo artículo a Londres, y se durmió.

* * *

4 de diciembre de 1811

—¡Se nota que le gustas a ambos, Ellie!

—No lo sé. Hasta esta mañana estaba convencida de que sí, pero ahora... Creo que lord Portland está seriamente interesado en mí, pero no así el hermano del duque. Parece encontrarme divertida, pero como si fuera una amiga, eso es.

—El hecho es que revolotean a tu alrededor...

—¡Nancy! ¿No habrás cambiado de opinión sobre lord St. James? ¿Te gusta alguno de ellos?

—*¡Claro que no! Estoy impaciente por verlo. Mira, están volviendo.*

—¿Algo va mal? —preguntó Roy siempre con la sonrisa en los labios.

—No, no, todo va estupendamente. Pero hablar con señas presupone tener las manos libres.

—¡Y vos lleváis las riendas en las manos! —rio él.

A Eleonor le gustaba la desenvoltura con que lord MacKendrick trataba a Nancy, a pesar de su sordera; y le había gustado su expresión en cuanto había visto que montaba a caballo como un hombre, a horcajadas, y no de lado.

Durante los tres primeros segundos había permanecido inmóvil, incrédulo, pero aquella boca carnosa tan parecida a la del duque había permanecido sonriente, y luego le había dicho, sacudiendo la cabeza:

—¡Si os viese Kein!

En cambio, lord Portland la había mirado preocupado y contrariado. Se había acercado a ella con cautela murmurándole:

—¿Estáis segura, lady Eleonor? Por cierto, la elección de Star también es cuestionable: el mozo de cuadra señaló que es una yegua demasiado rebelde y montarla así...

El pobrecillo señalaba confusamente ahora al animal, ahora a la silla de montar, bellamente decorada con incrustaciones, que la muchacha evidentemente se había traído de Londres.

Eleonor casi se había apiadado de él. Acarició a Star en el hocico y más arriba, entre los ojos, donde una mancha blanca en forma de estrella destacaba sobre el pelaje marrón rojizo.

El conde de Portland era un hombre bastante apuesto y parecía bronceado aunque sólo fuera por su tez aceitunada; sus ojos estaban bordeados por largas pestañas que habrían despertado la envidia de cualquier mujer; sus labios estaban bien dibujados y eran sensuales.

—¿Os preocupáis por mí? ¿O por las convenciones? En cualquier caso, gracias por vuestra consideración, pero estoy segura de que no habrá ningún problema. Al fin y al cabo, sé que estoy entre caballeros que nunca juzgarían mal mi comportamiento sólo porque me guste montar como ellos. Por cierto... ¿quién mejor que vos, que sois un hombre —continuó, poniendo una mano en su brazo—, puede comprender lo mucho más agradable que es cabalgar erguida y no de lado? — Eleonor apenas había reclinado la cabeza, en uno de esos movimientos que hacen que los hombres se queden boquiabiertos, y sonrió como un ángel convincente y persuasivo.

—Por supuesto, lady Eleonor, nunca os malinterpretaría o juzgaría por ello...

—Bien, ¡entonces en marcha! —dijo mientras saltaba a la silla después de poner el pie en el estribo, con un ímpetu atlético y poco femenino, sobresaltando incluso al mozo de cuadra que se suponía que la estaba ayudando.

La risa de Roy había llenado los establos, involucrando a los niños presentes, además de a Nancy.

Ya estaban de camino a casa, y el frío, que al principio había parecido insoportable, había desaparecido gracias a la actividad física. Las chicas se miraron y continuaron junto a los dos hombres.

Algo se cruzó en su camino corriendo.

—¡Era un gato! —exclamó Eleonor mientras Nancy, demasiado sorprendida e intrigada, se adelantaba más para ver de qué animal se trataba.

—No exactamente —respondió Lord Portland—. Un gato montés. ¡Esperad, lady Nancy!

— No puede oíros. Alcanzadla o lanzadle un fuerte silbido.

—¿Un silbido? ¡Nunca me atrevería! —murmuró lord Portland.

Eleonor suspiró exasperada. Soltó las riendas, se quitó el guante derecho y, con los dedos en la boca, silbó con fuerza.

Nancy se giró casi de inmediato.

Roy se rio y el horrorizado Simon abrió la boca de par en par.

—Ésta es la única forma en que oye: a través de vibraciones. Hay que saber adaptarse a ciertas necesidades, ¿no creéis, lord Portland? —dijo ella sonriendo amablemente—. Ahora podéis juntaros con ella, os está esperando.

Lord Portland no dijo una palabra y caminó hacia Nancy, que sonreía divertida ante la expresión del hombre.

—¡Sabéis cómo asombrar a un hombre, pero también cómo convencerlo y embelesarlo! —le dijo Roy, apoyando el codo en el pomo del sillín y mirándola insistentemente con sus ojos verde claro.

—Sí, lo sé. Mi padre me lo decía siempre. —Se miraron un instante, ambos sonrientes—. Yo os gusto, pero como amiga, ¿verdad?

—Sí. Sois simpática, divertida y espontánea. Si no fuera por mi hermano, os cortejaría. Pero tal vez seáis demasiado alternativa para mí: a la larga me sacaríais de quicio, y no soy lo bastante resistente para aguantar.

—¿Vuestro hermano lo sería?

—¿Resistente?

Ella asintió.

—¡Oh, sí! ¡Es resistente, fuerte y lo bastante duro como para soportar una plaga como vos!

—Él me gusta. Mucho. Pero finge no entenderlo.

—Decídselo.

—Ya lo he hecho. Creo que estábamos en *Almack's*.

—¿Ya lo habéis hecho? —preguntó sorprendido Roy—. ¿De un modo directo?

—No recuerdo las palabras exactas, pero desde luego le dejé claro más de una vez que me gustaría un hombre como él, responsable, que sabe lo que hace y que la diferencia de edad no me molesta en absoluto.

—De un modo directo, en resumidas cuentas —confirmó pasándose los dedos por el pelo castaño claro.

—No, no. De un modo directo sería: duque, me gustas y mucho. Eso es directo.

—Kein diría que no es directo sino atrevido.

—¿Vos también lo creéis? ¿Sería una atrevida?

—No. Así es como sois, y el hombre que os tome por esposa debe saberlo.

—¡Habláis de mí como de una desgracia! —exclamó Eleonor ofendida.

Roy rio con ganas, echando la cabeza hacia atrás.

—No, no, no una desgracia, ¡por el amor de Dios! Yo diría que sois una alternativa muy agradable a las típicas y frívolas jovencitas de la alta sociedad. Por supuesto, hay que ser capaz de apreciaros como sois, y yo os aprecio, de hecho os admiro.

—¿Vuestro hermano sería capaz?

—Hum, sí, creo que sí, aunque él nunca lo admitiría.

—¡Bien! ¡Me lo tomaré muy a pecho!

—A propósito de pecho... —dudó, preguntándose si continuar o no. Si no se equivocaba, lady Eleonor habría hablado de aquel tema sin reticencias—. No os ofendáis, pero os quedaría mejor la ropa que es más de vuestra talla, ya me entendéis.

—¡Habláis como Hettie! —replicó Eleonor, exasperada y nada resentida por un comentario que a otros jóvenes les habría parecido una impertinencia de muy mal gusto.

—¿Quién es Hettie?

—Mi doncella. No deja de decirme que me ponga ropa más ajustada, que así estaré más convincente y que el duque apreciará mis formas...

La estruendosa carcajada de Roy la hizo callar.

—Sí, sabéis cómo desconcertar a un hombre, pero hacerle reír es la mejor manera de conquistarlo.

—No funcionaría con el duque. Nunca le he visto reír.

—Volved a intentarlo. Y si no lo conseguís, seguro que vos encontráis otra forma de atraparlo.

—¡Oh, no digáis eso! Parece que fuera a tenderle una emboscada, y no me gusta parecer una especie de... de... ¡lady Georgia! —Eleonor vio que el marqués se ponía serio de repente.

—¿Qué sabéis de lady Georgia? —preguntó él con una mirada intensa.

—Se le nota mucho cuando se pone delante de vuestro hermano: lo desea y, tarde o temprano, lo tendrá. Estoy segura de que ella sería capaz de atraparlo con alguna de sus insolencias y obligarlo a casarse.

Roy la miraba fijamente. Aquella chica lo había entendido todo, y solo con observarla...

—Y vos, Roy, ¿qué sabéis de lady Georgia? He visto bien cuánto os preocupa —le dijo, haciéndole un gesto con un dedo.

Sonrió al darse cuenta de que la mujer le había llamado cordialmente por su nombre.

—Lo que sé no es apto para los oídos de una señorita decente. Además, parece que ya habéis sacado vuestras propias conclusiones.

—¡Ya lo he entendido! ¡Ella lo intentó! ¿No es así? ¡Que me parta un rayo si lo logró! —Eleonor inclinó la cabeza absorta en su razonamiento—: ¡Claro que no lo logró! ¡Si no el Duque Negro no estaría aquí, o estaría pero con ella desposada! Que Dios guarde a vuestra familia de esa inepta y desvergonzada, yo la vi bien, casi se come con los ojos a ese pedazo de hombre que es el duque.

Y una nueva carcajada la hizo callar otra vez.

—Oh, Dios, disculpadme, a veces me pongo a pensar en voz alta, ¡demonios!

—Sois... sois una auténtica delicia, Eleonor, ¡en serio! Le haréis pasar un mal rato al arisco de mi hermano. Pero no le hagáis sufrir. Es diferente a los demás. Es especial, ya lo veréis.

—Nada nuevo: he notado sensaciones extrañas cuando estoy cerca de él, y no me refiero a esa emoción que embarga a un hombre y a una mujer, ¿comprendéis a qué me refiero?

Él negó con la cabeza, con los ojos fruncidos, como intentando comprender.

—¡Me refiero a una excitación sexual! ¿Lo entendéis ahora?

—Ah, ¡entendido!. ¿Pero vos qué sabéis?

—No estaréis insinuando que yo... Olvidadlo. El hecho es que leo, lo leo todo. Quiero decir que sé más de lo que una chica de buena familia debería saber.

—Entiendo. ¿Todo de qué?

—Todo, de todo. Novelas ligeras, eróticas, libros de medicina sobre el cuerpo humano y su funcionamiento, el aparato reproductor, psicología sexual y comercial...

—Lo entiendo, lo entiendo. Sois verdaderamente insólita. —La miraba fijamente, como si tratara de dilucidar si debía aprobarla oficialmente o no.

—Sé que soy poco convencional y no me sorprende vuestra expresión de desconcierto.

—Sí, efectivamente estoy desconcertado, tendré que acostumbrarme a vos. Pero pensándolo bien... no os desapruebo, al contrario. Sois como una bocanada de aire fresco, comparada con las jóvenes de la sociedad, y además muy agradable. ¿Qué decíais de esas sensaciones?

—Oh, sí. Así pues, no son sensaciones físicas relacionadas con la sexualidad. Son vibraciones, calientes, fuertes, como sacudidas violentas pero instantáneas.

—Os lo he dicho: Kein es especial. Pero esperad a verlo por vos misma.

Eleonor se quedó pensativa un momento, esforzándose por recordar aquellas emociones, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Volvamos, Eleonor. El viento está empezando a soplar más fuerte.

—Me gustaría que nevara por Navidad.

—Quién sabe, tal vez la tengáis, o tal vez nieve esta noche. Ya se habrá dado cuenta de que aquí rara vez falta el viento, y nunca se sabe lo que traerá. O mejor dicho, algunos de nuestros campesinos y pastores sí lo saben. El viejo Wilson Owen es un portento en esto.

—¿Ese anciano flacucho de ojos pequeños, oscuros y brillantes e innumerables arrugas?

Roy se volvió hacia ella sonriente.

—¿Dónde lo habéis visto?

—En la cocina, esta mañana.

Él enarcó las cejas, pero la sonrisa no desapareció; al contrario, se acentuó.

—¿Qué hacíais allí?

—Estaba buscando algo para llevar a nuestro paseo, naturalmente.

—¿Algo?

Eleonor metió la mano en la pesada capa que siempre usaba para cabalgar y sacó una servilleta con galletas. Cogió una y la mordió. Luego le dio el envoltorio a Roy, que no dudó un instante en coger un par de galletas.

—¿Teníais miedo de tener apetito, Eleonor?

—No, pero tengo la extraña costumbre de salir siempre con comida, me gusta estar preparada para cualquier eventualidad.

—¿De qué tipo?

—Una lluvia tan violenta que me dejase tirada lejos de casa. O una caída de un caballo. Si me lastimara, no moriría de hambre mientras esperaba que me rescataran.

—Pero ahora tenéis compañía.

—Lo sé, pero es más fuerte que yo. Puede que la verdad sea que me da una sensación de seguridad tener comida conmigo todo el tiempo.

—Dadme otra, por favor.

Eleonor le ofreció el paquete y él cogió otras dos.

—Vos coméis mucho, Roy.

—Lo sé. Siempre tengo apetito.

—Bueno, estáis delgado. Así que podéis permitíroslo. Y puedo afirmar que... —Eleonor se detuvo un segundo para mirar con complicidad su aspecto y añadió—: sois bastante guapo y encantador. Sin duda gustáis a un buen número de chicas.

—Gracias. No me quejo.

—¿Cuándo os casaréis?

Los ojos de Roy se abrieron de par en par y tosió ante el bocado que amenazaba con atragantársele.

—¡Eleonor, por el amor de Dios, tengo sólo veinticuatro años!

—¿Sólo? ¡Hay jóvenes que a vuestra edad ya tienen mujer y dos hijos! Sin embargo, tenéis razón: es mejor estar seguro de qué cónyuge elegir. ¿De quién estáis enamorado?

Roy soltó una sonora carcajada, sacudiendo la cabeza.

—¡Vos no tenéis pelos en la lengua!

—No siento ninguna reticencia con vos. Me siento a gusto y hablo libremente. ¡Caramba! De hecho, es como si estuviera hablando con una mujer. —Eleonor había inclinado la cabeza y se

había llevado el dedo índice a los labios, en el movimiento habitual que la caracterizaba cuando reflexionaba, y no se dio cuenta de que Roy había agrandado los ojos.

—¿Debería tomármelo como una ofensa?

—¿Cómo?

—Un hombre podría ofenderse ante tal afirmación, ¿lo sabéis?

—Sí, claro, pero vos no, obviamente. Y además, ¿ofenderos por qué? No sois tan afeminado como algunos donceles que conozco.

—Eleonor, ¡empiezo a sentirme avergonzado!

—Vamos, ¡no digáis tonterías! Sólo soy alguien que conoce cosas de la vida, porque me informo y leo. En definitiva, ¡hago lo que hace un hombre y lo que a vosotros los hombres os gustaría que no hiciéramos las mujeres!

—Habláis de manera demasiado informada.

—Los hombres nos quieren guapas e ignorantes, ¡porque la cultura es poder! ¿No estáis de acuerdo? —le preguntó inclinando la cabeza.

—No intentéis convencerme con vuestras estrategias de encantadora. Estoy de acuerdo con vos aunque esto me pone nervioso.

—¿Encantadora? No lo hago aposta.

—¡Exacto! Eso es precisamente lo que os hace encantadora y deseable: no daros cuenta de que sois tan femeninamente convincente.

—Espero que siempre me habléis como amigo. ¡Ya estoy harta de que los picaflores me cortejen!

—Sí, sí, como amigo, tenedlo por seguro. ¿Alguno de esos picaflores os ha estado molestando?

—¿Por qué me preguntáis eso? —Ella había empezado a sospechar y, entrecerrando los ojos, le estudió detenidamente.

La sonrisa de Roy murió lentamente al darse cuenta de que la inseguridad de sus ojos equivalía a una respuesta positiva a su pregunta.

—Entiendo. Alguien fue demasiado insistente. ¿Pero cuánto? ¿Es por eso que a menudo vestís ropas holgadas y lleváis el cabello recogido? Parece que sólo estáis cómodo cuando usáis una capa.

—Estáis especulando con teorías poco creíbles.

—¿Queréis un amigo o un interlocutor pasivo?

Eleonor contuvo la respiración. Los atractivos ojos de Roy le arrancaron un suspiro.

—Pues bien, tenéis razón: demasiado insistente, de hecho. Yo no... ¿cómo decirlo? Vos sois un hombre y no lo entenderíais, creo.

—Ponedme a prueba.

Se miraron fijamente durante un largo rato, luego ella apartó la mirada para encontrar el valor de decírselo todo de golpe:

—Ya no me siento a gusto con mi cuerpo. —La confesión sonó como un trueno a sus propios oídos, a pesar de que apenas lo había murmurado. Se habían detenido y los dos caballos se olisqueaban.

Roy adoptó una expresión compungida, con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —preguntó.

Eleonor respondió irritada:

—Soy demasiado femenina, atraigo la atención de los hombres, incluso de los mayores. Y se hacen ideas extrañas.

Roy decidió hablarte abiertamente aunque con la debida sensibilidad.

—Veréis, los hombres, todos ellos, aprecian un hermoso... cuerpo de mujer si lo ven. Si se hacen ideas extrañas, es su problema, ¿no os parece?

—¡No, en absoluto! ¡No lo entendéis! Sus ojos te incomodan, son insistentes y parece que...

—Suficiente. Lo entiendo. Ésos no son caballeros, miran de manera incómoda y provocativa.

—Sí.

—¿Qué más?

—No os entiendo.

—¿Os ayudaría si nombrara a vuestro primo?

Eleonor imaginaba que tarde o temprano saldría a la luz lo que ocurría en el interior de Roman Way House. Y temía que los hechos la perjudicaran: la gente se apresura a acusar a una mujer guapa, bien dotada, con el cabello de un rubio miel, y para nada sumisa. Sospechaba que algunos amigos de su primo la miraban sin pudor de forma explícita precisamente porque se hacían a la idea de que estaban tratando con una diosa pagana dispuesta y dócil.

—Si respondo que sí, mi respuesta os ayudaría a entenderlo, ¿estoy en lo cierto?

—Lo sabía: tenía que ser él. ¿Sólo insistente, molesto? ¿Algo más?

—Si queréis ser mi amigo... ¡jurad que no se lo diréis a nadie! ¡Especialmente al duque! ¡Juradlo!

—¿Él os hizo esa marca? ¡Os ponéis el pañuelo antes de que la vean los demás! —Roy señaló su cuello con el índice.

Eleonor se apresuró a ajustarse la solapa de la capa y se apretó el pañuelo. Le miró preocupada.

—No diré nada, os lo prometo. —Entonces Roy se dio cuenta de que, de todos modos, Kein podría saberlo todo: solo tenía que tocarla—. Escuchadme, Eleonor. No hablaré, pero Kein... Os he dicho que es especial. Tiene como una habilidad, un talento. Sucede cuando toca a las personas. Vos misma habéis dicho que notasteis algo especial, ¿recordáis?

—Entonces se trata de eso. Sospechaba algo parecido pero...

—Eleonor, os basta saber que yo no le diré nada, ¿de acuerdo?

Ella asintió, sonriendo. Reanudaron tácitamente la marcha. Estaban cerca de casa, y ambos sintieron una llamada sensorial procedente del castillo. Al unísono levantaron la vista en busca de algo, y se encontraron con el duque en la ventana de su estudio observándoles.

Roy levantó el brazo en señal de saludo y dijo:

—¿Habéis visto? ¿Qué os había dicho? Es especial.

Eleonor, sorprendida como estaba, se percató de que no era la primera vez que oía ese tipo de llamada. Ella también levantó el brazo, con una sonrisa en sus bonitos labios.

Keiran alzó una mano abierta a modo de saludo.

* * *

Los vio desde la ventana de su estudio.

Simon y lady Nancy caminaban delante, intercambiando de vez en cuando alguna frase.

Roy y lady Eleonor los seguían a cierta distancia, que iba aumentando cada vez más, porque los dos parecían enfrascados en una animada conversación, riendo y bromeando, comiendo algo. Luego, expresiones serias en sus apuestos rostros, la incomodidad de lady Eleonor, una aclaración, sonrisas.

Los dos se gustaban, y mucho.

Un desasosiego provocado por lo que quiso creer que era sólo molestia le pilló desprevenido. Su mente lúcida, sin embargo, se dio cuenta al instante de que no era molestia, sino celos. Buscó

una razón por la que sentirse así, pero fingió no encontrarla y depositó en el rincón más profundo de su memoria las frases que ella le había dicho sobre cómo le estimaba y no le importaba la diferencia de edad.

Era sólo una chiquilla, y su hermano estaba más cerca de ella en edad e intereses.

Ahora ya estaban muy próximos y, como atraídos por su presencia, le buscaron. Él respondió al saludo de mano, se dio la vuelta, cerró los ojos un momento y recuperó su calma habitual.

Se dirigió a su escritorio y, de pie, miró unos documentos. Luego miró la licorera, se acercó a ella y transgredió una de sus propias normas: se sirvió un buen trago de *scotch* y bebió. Por último, se sentó frente al crepitante fuego de la chimenea y pensó en su querido hermano y en su felicidad. Si eso era realmente lo que quería, si tenía intenciones serias y honorables hacia la que él consideraba su protegida, entonces les ayudaría a ser una pareja feliz.

Una vez tomada esa decisión, se sintió mejor, sereno y con la conciencia tranquila. Pero trasegó tres vasos más de *scotch*.

* * *

Nancy esperó a Eleonor en la entrada.

—*¿Vamos directamente a la cocina? Mrs. Brodie debe tener todo listo.*

Iban a conocer a la familia de Pitch, junto con Zaynab, Beyruud, Caroline y Jonathan.

La duquesa se había mostrado dispuesta a acompañarlos, pero también había dado órdenes de no esperarla si llegaba más tarde de la hora convenida. Había ido a Edimburgo para la prueba de dos vestidos.

En la cocina, Agatha estaba organizando el contenido de unas cestas; Ben, el criado del duque, comía sentado a la mesa junto a la ventana, y a la entrada de las dos jóvenes se puso en pie.

—¡No, por favor! —Eleonor había levantado ambas manos—. No mováis ni un dedo o me veré obligada a salir de aquí. Sentaos y que aproveche.

Ben la miró confundido, pero con movimiento lento se sentó, luego se levantó y dijo:

—Gracias —y volvió a sentarse. Vio que lady Eleonor sonreía y pensó que por eso Keiran parecía prendado de la muchacha.

—Lady Nancy, lady Eleonor, no hace falta que os molestéis en venir aquí.

—*Nos gustaría ayudaros, Mrs. Brodie* —dijo Nancy escribiendo en su cuaderno.

—Sois muy amables pero...

—¿Estas mantas? ¿Las pongo en la otra cesta? —preguntó Eleonor a pesar de los intentos del ama de llaves por guardar cierta formalidad—. ¡Son maravillosas! —añadió, acariciándolas.

—¡Oh, gracias, lady Eleonor! —respondió complacida la mujer—. Están confeccionadas por nosotras, por las mujeres del castillo y de las tierras circundantes. Yo dirijo personalmente la elaboración. Nos reunimos durante todo el invierno dos tardes a la semana, a veces tres, cuando el frío no permite otras actividades. La duquesa nos honra a menudo con su presencia y su ayuda. Éstas son, por supuesto, del invierno pasado.

Nancy, intrigada, tocó uno y admiró la elaborada manufactura que siempre parecía recordar los colores del tartán de los Northcliff.

—*Muy bonitas, Mrs. Brodie, y enhorabuena por la diversidad de motivos: originales y únicas.*

—¡Gracias de todo corazón, lady Nancy!

Un hombre cargó las cestas en el carruaje que esperaba ante la puerta de la cocina, en el lado sur que daba al acantilado de la bahía, y ellas le siguieron.

En ese momento lord Roy entró en la cocina y en voz bastante alta gritó:

—¡Ben... ven aquí!

Eleonor no oyó nada más, porque los dos desaparecieron de su vista cuando estaba a punto de

subir al carruaje.

* * *

Keiran oyó que llamaban a la puerta, pero esperaba que su silencio ahuyentara al intruso.

—¿Kein? Soy yo. —Su hermano Roy ya se había presentado sin esperar respuesta.

—Roy, por favor, déjame en paz. Necesito estar solo.

La petición no sorprendió a Roy, que estaba acostumbrado a esos momentos de aislamiento de su hermano mayor, y sin embargo tenía prisa por hablar con él.

—Mira, lo siento, pero es un asunto importante y me gustaría discutirlo contigo ahora.

—Estoy seguro de que podrás esperar.

—No, Kein, de verdad. Debo hablar contigo ahora mismo para no correr el riesgo de sufrir ningún inconveniente.

Kein se enderezó y estudió los ojos verdes de Roy. ¿Podría ser que estuviera tan enamorado de lady Eleonor que temiera hacerle algo inapropiado a la muchacha? Le hizo un gesto repentino con la mano y él entró, cerrando la puerta; luego se sentó en el sillón frente a Keiran, sin evitar fijarse en el vaso vacío colocado sobre la mesilla.

—Kein, las hemos llevado a dar un paseo. Había alguien en el bosque.

Keiran adoptó la expresión de quien no entiende una determinada afirmación: había esperado que Roy le hablara de su amor por la hermosa hija de Nick, pero en cambio... Si no se hubiera bebido esos malditos cuatro tragos de *schotch*, lo habría intuido todo, con sólo mirar a su hermano.

Roy se dio cuenta de que Kein parecía incrédulo y se sorprendió de que no hubiera presentido algo. Entonces su mirada volvió a posarse en el vaso y se dio cuenta, pero no mencionó su negligencia.

—Había alguien, Kein, lo juro. Estoy seguro de ello. No sé quién, pero nos ha estado siguiendo durante la última media hora.

—Ellas...

—No he dicho nada. He seguido como si no pasara nada. Pero lo he olido. El viento me ha traído el olor de su caballo, y entonces lo he sabido con certeza.

—Quizás estabas a sotavento del caballo de lady Eleonor.

—¡No puede ser! Ya sabes la experiencia que tengo en estas cosas: he puesto a propósito a lady Eleonor y a los demás en una posición descubierta, porque tenía una sospecha. Entonces me ha llegado una ráfaga, desde el denso bosque, lejos del camino, y el olor era a caballo.

Keiran apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante, con las manos hundidas en su negrísimo cabello.

—Lo siento, Kein, veo que no es un buen momento para ti, pero tenías que saberlo.

Silencio. Unos instantes después Keiran se levantó y preguntó:

—¿Algún otro indicio?

—No, Kein, pero no me sorprendería que ese granuja de Hereford ya se encuentre aquí.

—Lo excluyo: me teme y se lo pensaría mucho antes de venir, y sólo si tuviera una justificación plausible.

—¿Entonces quién? ¿Tienes alguna sospecha? Tal vez alguien enviado por el invisible capitán de la chalana en la que encontraste a Zaynab y los otros, al que llamaban el Mayor...

—Todo es posible, Roy. Sabes muy bien que a lo largo de muchos años he acumulado un buen número de enemigos. Mañana o pasado mañana a más tardar Wolf estará aquí. Lo discutiremos con él. —Agarró la corbata que había tirado sobre el escritorio y en tono irritado añadió—: Lo siento, tengo que sumergirme en agua helada. El alcohol embota mis sentidos, ¡maldita sea!

—Le digo a Ramsay que prepare...

—No. Bajaré a la bahía.

—¿Pero has perdido el juicio? ¡Te congelarás!

—Mejor así.

—Te estás castigando por una transgresión humanamente lícita, Kein. ¡Eres un exagerado!

—Tienes toda la razón del mundo, Roy. Al menos la próxima vez me lo pensaré dos veces antes de nublar mi mente con ese veneno —Con paso rápido salió del estudio.

Roy oyó el portazo: ¡ni siquiera había cogido una capa! Corrió hacia la cocina, donde estaba seguro de encontrar a Ben.

En cuanto el criado le vio, se puso en pie de un salto, receloso de la expresión de lord Roy.

—¿Qué pasa?

—Ben... ¡ven aquí! —En cuanto estuvieron fuera del alcance de oídos ajenos, se detuvo y le dijo—: *Whisky*, no mucho porque no estaba achispado, pero suficiente para confundir sus percepciones. Está furioso consigo mismo. Bajó a la bahía... sin capa. Si voy yo...

—No, ¡habéis hecho bien en decírmelo! —exclamó Ben, que ya estaba corriendo escaleras arriba para coger mantas—. Me encargo yo.

* * *

Se estaba un poco apretado en el carruaje, pero el trayecto hasta la casa de Pitch era corto, y además sentirían menos frío al estar tan juntas. Caroline no dejaba de hablar y Nancy le enseñaba algunos signos.

—¡Mar! ¿Cómo se dice mar?

Nancy le enseñó la palabra con las manos y Caroline y Beyruud la imitaron.

—No, Pequeña —murmuró la chiquilla negra, llamándola por su antiguo apodo—, tú mira lady Nancy. Ella pone dedos así... eso bien. —Beyruud buscó la confirmación de Nancy. La joven hablaba poco y siempre en un tono sosegado; los atroces recuerdos de la violencia que había sufrido hacía tiempo que habían desaparecido, pero nunca los iba a olvidar. Tal vez por ello, o simplemente por carácter, cada día se mostraba más callada y plácida.

Zaynab la observaba divertida mientras sostenía a Jonathan en su regazo, que intenta por todos los medios agarrar las manos de lady Nancy.

Eleonor, aferrada a la ventanilla de la portezuela observaba la bahía.

El mar, sin duda embravecido por el viento, estaba oscuro y amenazador.

Una persona, un hombre, estaba de pie sobre la arena clarísima, caminaba enérgicamente hacia la orilla, se quitaba la chaqueta negra dejándola caer, se sacaba la camisa blanca del pantalón y se la quitaba sin dejar de avanzar hacia el agua, y despojándose de ella igualmente, la arrojaba al suelo. Había dejado de mirar las olas y de repente se estaba quitando los pantalones, también negros, quedándose desnudo.

Sí, Eleonor no tenía ninguna duda, era él, el duque.

Hizo ademán de hablar, pero recordó la presencia de los niños. Fingió escuchar y sonrió para no levantar sospechas, pero toda su atención estaba allí abajo, en aquel loco que intentaba morir congelado.

Lo vio bien, aunque no pudo distinguir los detalles, avanzando a grandes zancadas hacia las olas embravecidas hasta que el agua salada lo abrazó, llevándoselo consigo.

Eleonor contuvo la respiración, dispuesta a gritar al cochero que se detuviera, pero el duque salió a la superficie y con unas cuantas brazadas se adentró aún más en el mar, volvió a sumergirse y ella abrió los ojos con terror en el corazón. Aguardó unos instantes y él volvió a salir a la superficie.

En ese momento, otro hombre corrió hacia el mar con algo en brazos, que arrojó a la arena, y luego se acercó al agua; a ella le pareció que era Ben..

El duque le hizo una seña con la mano abierta, como diciéndole que se tranquilizara, pero el otro hombre ya tenía los pies en el agua y gritaba algo.

—¿Cuándo llegamos, mamá Zaynab?, ¿cuándo? —preguntaba Caroline.

—Después de la curva.

—¡Ya casi hemos llegado! ¿Has oído, Nancy? Ellie, ¿lo has oído?

—Sí, sí, lo he oído. ¡Me gustaría bajarme! Os alcanzaré. —Eleonor dio una palmada en el techo del vehículo y el cochero aminoró la marcha hasta detenerse—. Os alcanzaré, ¿vale? Deseo caminar un poco.

—*¿Todo bien, Ellie?* —preguntó Nancy preocupada.

—*Luego te lo explico* —le respondió con signos. Se apeó y, fingiendo que no había pasado nada, sonrió a todos, tranquilizándolos, y siguió lentamente su camino. En cuanto el carruaje estuvo lejos, se volvió para mirar hacia la bahía.

El duque seguía allí de pie, con el cabello negro empapado pero agitado por el fuerte viento, mientras hacía señales inequívocas de que se alejara.

Ben gritaba mientras avanzaba, el agua ahora a la altura de sus muslos, donde se adherían los pantalones de su librea, adquiriendo un color diferente.

Un tercer hombre corrió hacia el mar: Roy, que al principio gritó algo, pero al no surtir el efecto deseado, se quitó los zapatos y la chaqueta y volvió a gritar, tras lo cual avanzó, y ya había pasado a Ben cuando el duque empezó a nadar vigorosamente hacia ellos.

Ben retrocedió y recogió los bultos que había dejado en la arena, evidentemente mantas o sábanas.

El duque salió del agua, con su cuerpo bien proporcionado y macizo visiblemente lívido incluso desde lejos por el agua helada.

Su criado le cubrió de inmediato y a partir de ese momento sólo Roy daba señales de vida. Gritaba y despotricaba contra su hermano, moviendo las manos y los brazos con rabia.

El duque permanecía en silencio y ni siquiera le miraba, pero Eleonor estaba segura de que cada una de aquellas palabras le estaba afectando profundamente.

En algún momento, tal vez por algo dicho por Roy, el duque lo miró fijamente y le dijo una o dos palabras. Roy sacudió la cabeza, molesto, como si no tuviera intención de consentir el imprudente gesto de su hermano, y se alejó a paso ligero.

El Duque Negro se quedó observando cómo se alejaba. De repente, se volvió hacia el promontorio y la miró. Fue un momento largo e intenso. Ella no le quitó los ojos de encima y él, aunque tembloroso, no se movió de allí.

Eleonor se sujetó el largo cabello con una mano, pero varios mechones se escaparon a causa del viento frío. Ni siquiera recordaba cuándo se había deshecho el apretado nudo con el que lo había atado; tal vez hubiese sido por el propio viento. El abrigo de piel se movía constantemente y dejaba entrar corrientes de aire en su interior.

Ben también la vio, pero tuvo la decencia de fingir que no había pasado nada. Le dijo algo al duque y éste apartó la mirada, dirigiéndose a su casa.

Eleonor lo observó hasta que desapareció de su vista.

Entonces empezó a mirar a su alrededor: el frío, el viento, ella sola, un lugar desconocido. Se sintió perdida, como si tuviera que temer por algo o alguien que pudiera hacerle daño, como si la acechara un peligro inminente. Echó a correr por el sendero que llevaba a la curva y llegó a la cabaña en pocos minutos, cansada y agradablemente acalorada por la carrera.

* * *

Al empezar a subir el acantilado, Keiran dijo:

—Dile a Roy... que se asegure de que lady Eleonor... no esté sola. Te espero en la habitación.

—De acuerdo. Pero, ¿podéis...?

—¡Vete! No pierdas tiempo. Presiento que algo va mal...

Ben subió dando saltos como una gacela y alcanzó a Lord Roy MacKendrick.

* * *

—Roy... ¿la ha traído de vuelta a casa? —preguntó Keiran a Ben en cuanto entró en la habitación. Temblaba como una hoja y estaba impaciente por sumergirse en la bañera de agua caliente que dos jóvenes sirvientas estaban preparando en el cuarto de baño.

—No, la alcanzó en casa de Pitch. He enviado a un chico para asegurarme, y pronto estará de regreso.

—¿De dónde?

—De casa de Pitch —respondió Ben, casi temiendo la reacción de Keiran, que evidentemente no sabía nada de los planes de las dos señoritas.

—¡No me han avisado! Yo no sabía nada... de esta excursión.

—Sé que se decidió ayer en la cena y que lady Northcliff habría intentado acompañarlos, de haber regresado a tiempo de Edimburgo.

Keiran suspiró, lo que resultó casi cómico dados los incesantes temblores que le asolaban.

—Yo estaba distraído... ayer en la cena.

—Keiran, entrad, la bañera está lista —dijo Ben, haciendo salir a los dos chicos que la habían llenado.

—No, quiero asegurarme de que esa chiquilla... está bien.

—No, Keiran, lamento faltaros al respeto, pero no permitiré que os marchéis de nuevo. —La voz de Ben sonaba vacilante, pero sus ojos estaban decididos a no apartar la mirada del rostro oscuro del duque.

—Haz algo, Ben.

—Meteos ahí dentro y yo iré a buscar al chico. Seguramente lo encontraré abajo. —Se marchó, viendo cómo el duque arrojaba al suelo todas las mantas que lo envolvían y se sumergió en el agua.

Una increíble sensación de alivio invadió a Keiran al instante, y como si buscara una salvación adicional, sumergió por completo la cabeza, calmando el dolor de las sienes causado por el frío.

Ben regresó enseguida.

—El chico ya estaba cerca de casa, ella está con los demás en Pitch. Vuestro hermano los escoltará de vuelta. Dice que os lo toméis con calma, que tiene todo lo necesario con él.

Keiran sabía que todo lo que Roy necesitaba era una pistola y su cuchillo, y también sabía que iría a verle en cuanto volviera.

* * *

—Omitiré por el momento la gilipollez que has hecho —comenzó Roy sin rodeos—, y me centraré en cambio en el intruso que parece merodear por el bosque.

Keiran no contestó, comprendiendo que estratégicamente debía dejar paso a su joven hermano: sabía que no se equivocaba al estar tan iracundo.

—He hablado con Pitch al respecto: él también ha notado rastros de extraños en el bosque ayer y esta mañana. Me ha dicho que vigilará más atentamente.

—¿Extraños? ¿Crees que es más de una persona?

—Le he hecho la misma pregunta: dos rastros en dos momentos distintos. Tal vez se trate de

una persona o de dos diferentes, o tal vez no tengan conexión entre sí. Por ejemplo, cazadores.

—Todo el mundo en las inmediaciones sabe que el bosque que se extiende hasta Kilconquhar Loch es propiedad de los Northcliff. Y por inmediaciones me refiero hasta la frontera más baja de las Lowlands y quizá incluso más al sur.

—Tal vez es alguien de Londres, al fin y al cabo.

—¿Qué quieres decir, Roy? Explícate.

—Lo que quiero decir es que tal vez ese apestoso de Hereford no te tenga tanto miedo y ya esté aquí. O tal vez te tema, pero su interés por Eleonor es tal que supera cualquier reticencia temerosa. —Roy hablaba en un tono bastante irritado, que Keiran había captado desde el principio—. Entonces, Kein, ¿podría ser que te hayas equivocado? ¿Podría ser que algo no encaje porque has limitado tus percepciones de Eleonor a lo que ya sabías de ella? La miras claramente y te esfuerzas por mantenerte alejado de ella. Tienes que tocarla y comprender algo más. —Roy estaba firmemente convencido de que solo así se acercarían los dos, aunque seguro que Kein se enteraría de lo que le había hecho el cerdo de su primo.

Keiran había notado con tristeza que Roy llamaba a la chica confidencialmente por su nombre e intuía que algo había cambiado entre ellos. Suspiró, incapaz de culpar a su hermano: lo entendería mejor si la muchacha supiera algo concluyente sobre Hereford, y averiguaría hasta qué punto estaba seriamente interesada en Roy.

—Tienes razón. Lo haré.

—¡Por fin! —dijo Roy, extendiendo los brazos en un movimiento casi liberador—. Y ahora, antes de que estalle, permíteme que te diga esto: ¡bastaba un cubo de agua del fregadero de piedra que Mrs. Begbie siempre tiene lleno para cocinar! —le espetó casi gritando, mirándole fijamente a los ojos; luego echó a andar en una especie de arrebato—. ¡Qué cojones! ¡Fuiste un tonto al meterte en ese hielo! ¡Sabes qué recuerdos salen de esas aguas!

—Sé nadar muy bien, Roy. Cálmate y modera ese lenguaje.

—¿Nadar? ¡Te morías congelado ahí dentro! Y si Ben y yo no hubiéramos amenazado con entrar, cosa que estábamos a punto de hacer...

—No ha sido un gesto noble aprovecharse de mi miedo a ver a uno de vosotros en el agua con ese mar.

—¿Gesto noble? Escucha. El amor que te tengo ya lo conoces, y estoy dispuesto a darte las manos ahora —dijo Roy, tendiendo las manos a su hermano—. Tómalas y entenderás que el terror que sentí por ti en esos momentos fue tan grande que me ha llevado a la vil amenaza de meterme al agua para despertar en ti el miedo, ¡a pesar del cariño que siento por ti!

Keiran le miró fijamente y no necesitó tocarle las manos para saber que lo que decía era cierto. Se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—Perdóname —Lo dijo con seguridad y sin apartar los ojos de los suyos—. La próxima vez usaré el agua del fregadero de Lorna Begbie.

* * *

Keiran había cenado en su habitación. No le apetecía dar explicaciones sobre su baño en el mar a eventuales preguntas y menos a las que inevitablemente le haría lady Eleonor. Esperó a su madre, sabiendo que vendría a saludarle.

La duquesa entró, después de llamar a la puerta, con una sonrisa muy dulce en su rostro sereno.

Keiran se dio cuenta de que ella no sabía nada de lo que había sucedido en la bahía, y agradeció mentalmente a Roy por no habérselo mencionado.

—¿Todo bien, Kein?

—Sí, mamá, todo bien, sólo estoy muy cansado.

—Entonces tal vez debería dejarte descansar...

—Ven, siéntate. Cuéntamelo todo.

Bridget sonrió: su hijo se había dado cuenta de que tenía algo que contarle.

—Nada importante. Sólo quería entretenerte con mi historia sobre lady Bath. —le insinuó, dejándose caer en el sillón junto al fuego.

Keiran la imitó sentándose enfrente, después de atarse la bata de terciopelo azul a la cintura.

—Cuéntame. Te escucho.

—He ido a Edimburgo a probarme algunos vestidos. Por cierto: Mrs. Mitchell estaba muy entusiasmada con las nuevas clientas, nuestras amigas. Martha ya ha mostrado algunos de sus preciosos vestidos, y también la pequeña Nancy, pero Eleonor...

—¿No se hizo ninguno? —dijo él en un tono alterado—. ¡Le dije expresamente que pidiera el dinero que necesitaba! ¡Es su dinero! ¡Y sigue vistiendo ropa vieja y holgada!

—Te has dado cuenta, ¿verdad? En fin, iba a decirte que también se han preparado los vestidos para ella, y Mrs. Mitchell ya ha hecho que se los entreguen, excepto uno para el que vendrá personalmente a hacer las pruebas. Por cierto, me ha dicho que Eleonor tiene un físico bastante bonito, digamos que muy bien formado. Estoy segura de que ya te has dado cuenta.

—¡Mamá!

—¡Vamos, Kein, ya veo cómo la miras!

—¡Es solo una chiquilla!

—¡Tiene veintitrés años y es toda una mujer!

Keiran sacudió la cabeza resignado y miró fijamente las llamas.

—En fin, en cuanto he salido del salón de Mrs. Mitchell esperaba irme a casa para llevar a las chicas y a los niños a visitar a la madre de Pitch, pero en lugar de eso lady Bath me ha retenido una buena media hora. Cuando he llegado a Shell Bay Manor ya era de noche. —Suspiró con énfasis—. Pero no se ha salido con la suya, Kein, ¡esta vez no!

—¿Es decir?

Bridget se inclinó hacia delante y dijo con tono conspiratorio:

—Ha hablado durante media hora de parientes y amigos, de lo afortunada que es de tenerlos y de que todos son tan considerados con ellos que siempre los invita a las ocasiones más importantes, como Navidad, Pascua, etc., para estar en su compañía. —Se reclinó en su silla y reposó las manos que había estado moviendo hasta ese momento.

Normalmente en público era una mujer de una pieza, de ademanes limitados y reposados. Cuando hacía movimientos enfáticos, como en ese momento, se notaba que la duquesa estaba a gusto, y eso sólo ocurría con los miembros de su familia y la servidumbre que conocía desde hacía años.

—En seguida he comprendido a dónde quería llegar.

—¿A dónde? —preguntó Keiran, fingiendo no comprender para no privar a su madre de la satisfacción de contarlo todo a su manera..

—A que la invitáramos para Navidad, ¡está clarísimo!

—Entiendo. ¿Y tú que has hecho?

—Les he invitado a ella y a su hija a tomar el té mañana por la tarde.

Keiran sonrió divertido.

—¿Sin mencionar las Navidades?

—Aún no: lo mantendré en suspenso un poco más.

—Eres un tanto despiadada, diría yo, pero lo apruebo.

—Me alegra oírtelo decir.

—Así que estarán aquí mañana. Yo no estaré.

—No te estoy pidiendo que asistas. Les he invitado a ella y a su hija, dando a entender claramente que se trata de una pequeña reunión de mujeres. ¿Por qué? ¿Crees que lord Bath sería tan grosero como para aparecer?

—Poco probable, diría yo.

Bridget se puso seria, reflexionando.

—Si te preocupa, puedo quedarme, y en caso de que él esté, yo haría mi ducal presencia.

—No, Kein. De todos modos, puedo arreglármelas sola, eso tenlo por seguro. Además, ¿en qué charla embarazosa o molesta podría enredarme?

Keiran la miró fijamente, sopesando si ser totalmente explícito o sólo a medias. Optó por la primera solución.

—Mamá, te sugiero que evites la política, especialmente la exterior; nunca entiendo con claridad lo que Bath tiene en mente respecto a ingleses y franceses, y no tolero que mi familia se vea involucrada en circunstancias dudosas y comprometedoras por su culpa.

—Comprendo perfectamente, Kein, de acuerdo.

—Harías bien en hacerle evitar también el tema de las inversiones comerciales; a él no tiene por qué interesarle lo que yo haga con mis barcos, y sobre todo no quiero que lady Eleonor lo escuche de él.

—¿De qué te preocupas? no tienes nada que ocultar.

—Haz como te digo, mamá. Son cosas mías y no me agrada que otros hablen de ellas con mis parientes.

Bridget evitó señalarle que Eleonor no era pariente suya, y que era bastante interesante que hablara de ella de aquel modo.

—Evidentemente, no permitas que las insinuaciones sobre un futuro común para mí y lady Georgia invadan la tranquilidad de nuestros invitados. No sé si me he explicado.

—Perfectamente. ¿Tienes alguna otra recomendación que darme? Porque, si tienes más, debes saber que ya no soy una jovencita y, por lo tanto, tengo cierta dificultad para recordarlo todo. En ese caso, sería mejor, para su excelencia, por supuesto, que su excelencia misma asistiera a ese... ¡maldito té! —Bridget se había levantado enfadada y mirando a su hijo añadió—: ¡Cuando haces eso, te pareces a tu padre!

Kein contuvo la respiración, como si intentara tragar un bocado demasiado amargo. Pero los ojos cariñosos de su madre lo calmaron. Se puso en pie de un salto y la abrazó, estrechándola entre sus brazos.

—¡Pero tú le amabas! Así que me también me quieres a mí, lo sé. —La diferencia de altura no representó un obstáculo.

—Sí, lo amé mucho, siempre. Y, sí, yo también te quiero a ti, ¡tanto que no puedes entenderlo!

— Sí, mamá, lo entiendo, lo siento —le replicó él con la ternura de un niño, sin despegarse de su madre.

CAPÍTULO 2

5 de diciembre de 1811

Tras un sueño pesado e ininterrumpido debido al agotamiento del día, Eleonor se despertó muy temprano. Le encantaba la luz del amanecer, así que no se lo pensó dos veces y se vistió rápidamente con un viejo y pesado traje de montar, se trenzó el pelo —que luego ocultó bajo su capa—, y salió. Un pañuelo le cubría el cuello para evitar las marcas amarillentas y oscuras de sus magulladuras, que aún eran visibles.

Lady Northcliff le había desaconsejado bajar sola a la bahía, o al menos sin saber cuál sería el estado de la marea ese día. Así que entró en la cocina y exclamó:

—¡Buenos días! Me gustaría bajar a la playa. ¿Qué me decís?

Ben y Ramsay, ya bastante asombrados de verla despierta a esas horas y además en la cocina, se sorprendieron aún más al oír lo que deseaba hacer.

—Lady Eleonor, sería preferible bajar más tarde, aún hay marea alta —contestó Ramsay titubeante.

—¡Bien! Quizá pueda llevarme también a los niños. Sí, lo haré: bajaré con ellos más tarde.

—Lady Eleonor —intervino Mrs. Brodie, que ya se había dado cuenta de lo informal que era la chica—, sería aconsejable que os acompañara alguien con experiencia, como el propio duque. Me ocuparé de informarle. Ahora podríais dar un paseo a caballo, quizás hasta el camino que lleva a la casa de Pitch; al menos es un camino que conocéis.

—¡Buena idea! Pero primero... —dijo mirando a su alrededor. Vio un plato lleno de rebanadas de un rosco con trocitos de chocolate sobre la mesa, situado frente a Ramsay y Ben—. Primero comeré algo. ¿Puedo sentarme con vosotros? —y sin esperar respuesta se sentó, cogió una rebanada de bizcocho y le hincó el diente—. ¡Oh! ¡Está riquísimo! Mrs. Begbie, ¡sois una cocinera excepcional!

La mujer, sorprendida al ser nombrada, enrojeció a pesar de su carácter habitualmente impenetrable.

A Agatha le divirtió la expresión de incredulidad de Angus y Ben.

—Ben, sírvele el té a lady Eleonor, ahí está la taza.

—No, gracias. Leche caliente, si es posible.

Lorna Begbie, como despertada de un sueño letárgico, se sacudió y vertió la leche en su taza.

—Me gustaría ver nieve por Navidad —dijo Eleonor.

—Tal vez la tengáis—le respondió Mrs. Brodie al lado de la mesa.

—¿Qué se usa aquí para las Navidades? ¿Decoración? ¿regalos?

—Sí, decoraciones y un gran tronco para quemar que el duque y lord MacKendrick van a buscar al bosque.

—A mí también me gustaría ir. Se lo preguntaré al duque.

—Y regalos. Normalmente pequeños y muy simbólicos. A la duquesa no le gusta la ostentación, ya lo habréis notado.

—¡Mejor así! A mí tampoco me gusta. ¿Puedo llevarme dos rebanadas de rosco?

—¡Por supuesto! —respondió la cocinera, ocupándose de inmediato de preparar un envoltorio que contenía mucho más que dos rebanadas.

Cuando Eleonor salió de la cocina, un cálido sol asomaba tras las nubes. Llegó al establo y ensilló a Star, la joven y briosa yegua que también había elegido el día anterior. Montó dando las gracias a Willie, el chico que ayudaba a Tremaine, el mozo de cuadra, y le recompensó con una sonrisa, que confundió al chico.

Eleonor dejó que el animal caminara a su paso, adaptándose incluso cuando empezó a trotar vigorosamente. Luego sujetó las riendas con más firmeza y condujo a Star hacia el camino que llevaba a la casa de Pitch.

El frío era punzante, pero el aire puro de primera hora de la mañana era un soplo de vida para ella. Respiró hondo mientras hacía que el animal aminorara un poco la marcha. Se puso los guantes y dejó que Star trotara con más vigor. Llegó cerca de la casa de Pitch, dio un rodeo para pasar por encima del muro de piedra seca que delimitaba la propiedad y, bordeando el bosque, empezó a galopar rápido la yegua, que parecía ansiosa por gastar su energía.

Percibió la presencia del duque sin siquiera volverse y decidió aminorar la marcha, segura de que pronto oiría los cascos de otro caballo.

Así fue. Se detuvo y esperó con el corazón en la garganta. Star estaba inquieta: la presencia del semental oscuro de lord Northcliff la agitaba, tanto más cuanto que animal y amo pasaron corriendo con la fuerza del trueno.

El duque tiró de las riendas y se detuvo junto a ella. Se observaron: él con el ceño fruncido, ella sonriente y aparentemente tranquila.

Keiran captó la pose.

—¿Estáis agitada porque galopas demasiado alocadamente para una señorita, o porque teméis que te hayan sorprendido cabalgando como un hombre?

Al principio, Eleonor le miró asombrada ante tan inesperada frase y luego, casi riendo, replicó:

—En realidad estoy nerviosa por vos, porque me gustáis. Pero, ¿cómo podéis entender tanto de los demás? ¡Es increíble! ¡Es algo hermoso! —Luego bajó los ojos y, llevándose un dedo enguantado a los labios mientras reflexionaba, añadió—: Es una condena. ¡Qué responsabilidad tenéis!

—Sois...

—Indecente, lo sé, ya lo habéis dicho. Y peligrosa, ¿correcto?

—No deberíais permitir a Star correr así. A veces se le mete en la cabeza que puede ir más rápido que eso, y entonces suceden desgracias.

—¿Qué desgracias? Sé sujetar un caballo. Mi padre me enseñó.

—Pero si sólo sois una chiquilla y no tenéis la fuerza de un hombre.

—¡No soy una chiquilla! —le espetó con expresión seriamente airada. Casi como venganza dijo—: Bajaré a la bahía. Si os habéis bañado, creo que yo también puedo hacerlo, al menos pies y piernas...

—No.

—De hecho, también llevaré a los niños y le pediré a lord Portland que me acompañe.

—He dicho que no.

—¿Por qué?

—Porque tiene que saldar las cuentas semanales.

—Oh, entonces se lo pediré a...

—Os acompañaré yo.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par, casi incrédula de que hubiera sido tan fácil tenderle una trampa.

—¿De verdad? ¿Haríais eso por mí?

Keiran la miró fijamente, estudiándola: ¡esa alimaña era realmente peligrosa y diabólica! Era la primera vez que una hembra se le acercaba de ese modo.

—Lo haré por mí. Para no tenerte a ti o a esas pobres criaturas en mi conciencia si algo pasase.

Eleonor soltó una sonora carcajada y él suspiró, moviendo la cabeza con desaprobación.

—Sois absolutamente... —balbuceó Keiran al oír algo procedente del bosque. Era una vibración, y luego un olor. Guardó silencio.

—Lo sé, indecente, improcedente, peligrosa.

—Guardad silencio un instante —dijo él tratando de concentrarse.

—Escuchad, lord Northcliff. Dejemos a un lado nuestras discusiones. Debo hablaros seriamente.

—Esperad un segundo.

—De verdad, no os asustéis, sólo debo haceros una proposición comercial.

—Creo que no entiendo... ¿podrías esperar un poco?

—¿Esperar qué? Nunca podré conoceros, sois escurridizo y me evitáis.

—No lo comprendéis. Callad un instante —repitió de nuevo, tratando de captar esas malditas vibraciones que venían del bosque.

—Es una propuesta muy conveniente para vos. No podréis recha...

Un fuerte estruendo resonó en el aire silencioso.

Los caballos se estremecieron y corrieron hacia delante.

El proyectil pasó zumbando entre la cabeza de Eleonor, a su derecha, y la de Keiran, a su izquierda.

—¡Mierda! —gritó él, agarrando a Eleonor por la solapa de su gruesa capa con una mano, levantándola por el peso y arrastrándola hasta su caballo delante de él.

Ella le siguió instintivamente, colocándose frente a él, a horcajadas. Lo rodeó con los brazos para no caerse.

Keiran hincó los talones y lanzó a Darken a toda velocidad.

—¿Qué diablos pasa? —chilló Eleonor aterrorizada.

Él se llevó los dedos a la boca y silbó para llamar a Star, pero la yegua, bien adiestrada, ya les estaba siguiendo.

Otro disparo los rozó, y hundió varias veces los talones en las musculosas caderas del semental, sujetando las riendas con una mano y empujando la cabeza de ella hacia abajo con la otra.

—¡Jodido cabrón! —Él rechinó los dientes, pero no lo bastante bajo como para que ella no lo oyera.

El galope se volvió frenético.

Eleonor apretó más fuerte sus brazos alrededor de él.

—¡Maldita sea! Quién... ¿quién nos dispara? —El corazón le latía violentamente por el miedo y la ansiedad se hizo insoportable.

Keiran se percató de ello e instintivamente dijo:

—Tranquila, ¡lo conseguiremos!

En realidad, sin saber por qué, Eleonor se asustó aún más al escuchar aquella frase. Apretaba los puños con tanta fuerza que tiraban del fino tejido de lana de su capa, pero a él no parecía importarle.

Habían galopado mucho.

—Deberíamos estar lo suficientemente lejos. Pon tus pies sobre los míos, de lo contrario te destrozarás las piernas rozándolas así con Darken.

De hecho, sus piernas colgaban sin apoyo y el roce con el animal empezaba a hacerle sentir un intenso ardor en el interior de los muslos.

Ella obedeció.

—¿Quién... era? ¿Qué... ha pasado? —preguntó Eleonor con voz temblorosa de espanto.

Pero el duque no respondió, y ella no tuvo deseos de insistir. Decidió recuperar la compostura antes de volver a hablar.

Keiran dejó que Darken galopara de nuevo, pero con un paso más suave. No dejó de girar y mirar a su alrededor. Se dirigió hacia la morada de Pitch, pero cuando se acercó a ella atajó por un campo de hierba sin cultivar lleno de arbustos silvestres.

La hierba alta, verde por las abundantes lluvias, amarilleaba aquí y allá por el frío extremo de varias heladas nocturnas.

Eleonor había hundido la cara en su pecho, oliendo un agradable perfume almizclado de aroma oriental. No podía evitar recordar lo que acababa de ocurrir y jadeaba visiblemente. Un intenso calor le subía a la cabeza y se dio cuenta de que le hacía falta aire. Giró la cara e inspiró profundamente, pero los acelerados latidos de su corazón seguían sin permitirle respirar con regularidad.

La vegetación era tan espesa y alta que nadie podría ver las largas patas de Darken.

Keiran se detuvo, aguzando los sentidos para ver si había algún peligro: ahora todo estaba quieto y en calma, aparte de la fría brisa que les rozaba la cara. Un aroma a flores, que le recordó el olor de los harenes, le distrajo de su concentración, y se dio cuenta entonces de que el cabello de la muchacha volaba libre.

—Vamos a apearnos—susurró.

Eleonor abrió los ojos de par en par para mirarle.

Él la levantó y la deslizó fuera del animal sin soltarla de los brazos por miedo a que se cayera. Porque Keiran había sentido su miedo, el pavor, las mil preguntas que agitaban sus pensamientos.

—Agárrate a las crines de Darken mientras yo desmonto.

Eleonor obedeció, sin apartar los ojos de él, como si temiera ser abandonada a su suerte en aquel lugar salvaje y desconocido. Le vio quitarse la capa y dejarla en el suelo. Luego tiró de ella por el brazo, sosteniéndola al darse cuenta de que le temblaban las piernas, y la sentó.

Se volvió hacia el caballo y Eleonor se puso en pie de un salto.

—¿Adónde vais? ¿No me dejaréis aquí?

Keiran la miró y se compadeció de ella. Era evidente que la bravucona e inconformista lady Eleonor se sentía vulnerable en aquel momento, y había empezado a temblar violentamente, sacudida por escalofríos incontrolables.

—Tengo brandy en el bolsillo de la silla de montar.

Ella sacudió violentamente la cabeza mientras le alcanzaba en dos zancadas. Se pegó a su costado, observando los alrededores, como si buscara más peligro.

—Yo no quiero brandy, pero si lo necesitáis, os acompaño. —Estaba tan afectada que no reparó en que Darken ya estaba junto a ellos.

—Venid conmigo —dijo Keiran con firmeza, sentándola sobre el manto.

El verdor que los rodeaba contrastaba con aquel cabello color miel, suelto y salvaje; él la observaba con la admiración de un hombre que aprecia a una mujer hermosa. Se pasó una mano por el pelo y finalmente se arrodilló junto a ella, abrió la mano y, sin previo aviso, se la colocó en el pecho, por encima del pecho.

Eleonor dio un respingo, con los ojos desorbitados, sorprendida por aquel gesto tan íntimo.

Keiran, con la mano en el aire aún abierta, se acercó de nuevo a ella y se la posó.

Esta vez Eleonor no se movió, pero su mirada cautelosa acentuó su expresión de terror y confusión.

Keiran, inclinando la cabeza, le puso instintivamente la otra mano en el hombro.

En unos instantes, Eleonor sintió el calor de aquellas manos entrar en su cuerpo, como un líquido fundido que lo impregna todo, disolviendo toda vibración negativa. La ansiedad se desvaneció lentamente y los escalofríos cesaron. Sintió una intensa sensación de relajación, casi narcótica, y quiso hablar, pero estaba demasiado bien y se dejó llevar. Entrecerró los ojos, vislumbrando a duras penas su rostro alterado por el esfuerzo de concentración, y aunque la niebla nublaba su mente, pensó que el duque era realmente una persona especial.

Keiran apartó la mano, rozándole el pecho sin darse cuenta.

Eleonor contuvo la respiración y no dijo nada.

—¿Os encontráis mejor?

—¿Cómo lo hacéis?

—No lo sé.

—Había comprendido que había algo único en vos, pero cómo...

—No sé cómo o por qué. Lo hago y punto.

—Un don... o una condenación.

—No me gusta hablar de ello.

—De acuerdo. De todos modos, gracias.

Keiran se levantó, dándole la espalda. Se pasó las manos por el cabello mientras reflexionaba. Alguien había disparado. ¿A quién? ¿Quién lo quería muerto? ¿O quién quería muerta a aquella chica? ¿A quién iba dirigida la bala? Giró la cabeza y se encontró con los ojos verdes de Lady Eleonor que le observaban con curiosidad.

—¿Que ha pasado? —preguntó Eleonor, apenas murmurando.

—Furtivos. Me ocuparé de inmediato que sean castigados.

Eleonor no pestañeó, estudiando al hombre para ver si realmente la consideraba tan ingenua.

—No es cierto.

—¡Claro que es cierto! A veces sucede que...

—¡No me mintáis! ¡No toleraré que os burléis de mí! —había gritado e inconscientemente se había puesto de pie, frente a él con una postura agresiva y los puños cerrados tironeando de la tela de su capa.

Keiran la observaba, notando lo hermosa que era, tan furiosa, tan cerca que podría tocarla de nuevo y estrecharla contra sí para oler su perfume.

—¿Preferiríais que os dijera que uno de los dos está en peligro?

—Sí.

—Os volvería a entrar una crisis de angustia y pavor como la de antes —balbuceó él.

—¡No importa! ¡Estáis aquí y seguro que sabríais cómo calmarme!

—¡Sois imposible! De acuerdo entonces: ¡hace días que alguien merodea por el bosque y no sé quién es ni a quién está cazando!

—¡Oh Dios mío! —Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par, al darse cuenta de que el disparo podía ir dirigido a ella, ya que la había rozado—. ¡Tal vez a mí! —murmuró desesperada, convenciéndose de que su primo la quería muerta.

En realidad, no razonaba con claridad, de lo contrario habría estado de acuerdo en que a Andrew le convenía tenerla viva. Pero pensar en aquel cerdo bastaba para alterarla.

Empezó a jadear visiblemente de nuevo, e instintivamente se acercó a Keiran, buscando su

mano. La cogió y la estrechó con fuerza, tratando de calmarse.

Keiran la observó, incrédulo ante la facilidad con que buscaba el contacto físico con él.

Vio igualmente la imagen de Andrew Hambrook en su mente: ella le temía. Podría haberla tranquilizado diciéndole que su primo era demasiado cobarde para ir tan lejos, pero decidió que sería mejor que ella no supiera que se trataba de otra persona. La miró fijamente.

—No funciona así.

—¿Entonces cómo? ¡Haced que funcione, maldita sea! —dijo ella apretando la mano con fuerza.

Keiran sonrió y Eleonor quedó impactada por su carismático encanto.

—Deberíais hacerlo más a menudo.

—No me gusta que todo el mundo se entere de lo de mis manos.

—Me refería a sonreír. Ahora, ¿podríais hacer que me calmara? —le preguntó ella, apurada—. ¡Maldita sea! Me viene de nuevo el ansia.

—Callad. —Keiran hizo que volviera a relajarse, sin apartar los ojos de ella, y antes de soltarle la mano le dijo en un susurro—: ¿Hay alguien que tenga razones tan serias para querer asesinaros?

Eleonor lo pensó al instante: «Mi primo me está dando caza, ¡pero desde luego no para matarme!».

Para su desgracia, Keiran captó ese pensamiento y la expresión que puso, entre incrédula y confusa dio a Eleonor la percepción exacta de lo que aquel hombre era capaz de hacer con las manos.

Ella se estremeció, ocultando instintivamente las manos a su espalda.

—Vos... nadie me quiere muerta.

—Lo hago incluso sin tocar las manos, lady Eleonor, os habréis dado cuenta —dijo, señalando divertido las manos que ocultaba.

—No tengo enemigos.

—Yo sí. Y uno de ellos es vuestro primo.

Eleonor abrió los ojos horrorizada. Inclinó la cabeza en un frenesí de pensamientos. Se llevó el dedo al labio inferior y se aisló en su reflexión.

Embrujado, Keiran la estudiaba, intentando captar sus pensamientos, observando su rostro; pero aquel dedo que no dejaba de juguetear con el labio y la espesa cabellera, ahora suelta... Apretó los dientes, intentando en vano concentrarse, pero se dio cuenta de que con aquella chica toda su fuerza de voluntad era inútil.

Irritado, se dio la vuelta y cogió la capa que yacía en el suelo. La sacudió y se la puso, de espaldas a Eleonor para que ella no pudiera ver la evidente hinchazón que le oprimía los pantalones.

—Volvamos a casa.

Eleonor no lo oyó. El viento movía sus cabellos ahora despeinados, porque las horquillas se habían perdido durante la huida.

—Vamos a casa —lo intentó de nuevo Keiran.

Pero ella seguía sin dar señales de haberlo oído. Entonces él alargó la mano vacilante y temeroso para tocarla de nuevo, y el contacto fue aterrador.

Un temblor invadió su brazo, y ella se percató de ello retrocediendo bruscamente.

Keiran la había visto, medio desnuda, aterrorizada, tendida en el suelo, con su maravillosa cabellera esparcida sobre un suelo de madera, una alfombra, los brazos por encima de la cabeza, dos manos masculinas en sus blancas muñecas. Estaba horrorizada. Instintivamente miró las

hermosas manos, pero ya se estaba volviendo a poner los guantes.

Eleonor había sentido la conmoción e intuyendo su naturaleza le advirtió:

—No quiero que me toquéis sólo para saber cosas de mí.

—Os he tocado porque ya os he dicho tres veces que hay que volver.

Eleonor, como siguiendo su propio razonamiento, dijo:

—¿A casa? ¿Qué dirán?

—Nada, si no saben nada.

Se miraron un momento y ella dijo:

—De acuerdo, no sabrán nada.

Keiran le dio las riendas de Star y, antes de que ella pudiera impedírselo, la levantó por la cintura, mirándola fijamente a la cara, y la subió a la yegua. Luego él también montó a lomos de Darken y se puso en marcha.

Pitch los esperaba junto a la puerta de su vivienda. Había oído los disparos y los había visto venir a galope tendido desde lejos, pero al comprobar que el capitán Blake y la muchacha estaban ilesos, se limitó a esperarlos.

—Ve al barco. Trae a los hombres que necesites y registra el bosque.

Pitch asintió y desapareció por detrás de casa.

Keiran echó a andar de nuevo y ella le siguió.

—¿No deberíais avisarle de que hay alguien armado?

—Lo sabe.

—¿Cómo puede saberlo?

—Ha oído los disparos. Nos estaba esperando.

—¿De verdad nos esperaba? No lo he visto cuando hemos llegado.

—Teníais la cabeza... —le explicó, señalándose el pecho con la mano abierta.

Eleonor recordó aquel momento y también se dio cuenta de que había montado a horcajadas prácticamente encima de él.

«¡Realmente indecente! pensó. «Pero agradable. ¡Maldita sea su estampa si lo vuelve a hacer! ¡Eleonor eres indecente, él tiene razón! ¿Por qué me gusta tanto este duque? ¡Maldición!».

—¡Siento vuestro cerebro en ebullición, lady Eleonor! —le dijo tomándole el pelo—. ¿Necesitáis de nuevo mi ayuda?

Eleonor levantó la cabeza.

—En realidad, sí: debéis llevarme a la bahía con los niños. ¡Lo prometisteis!

Keiran había confiado en que ella desistiera, pero en lugar de eso...

—Sería conveniente que descansarais después de lo ocurrido.

—Estoy bien, supongo. No quiero estar encerrada en una habitación siendo la señorita turbada todo el día. Pero comprendo que tengáis otras cosas que hacer, así que iré a la bahía con los niños y lord Portland estará encantado de acompañarnos.

—Yo os acompañaré —dijo, recalcando la primera palabra—. Sólo yo conozco bien ese lugar y ese condenado mar, ¿queda claro?

Eleonor no dijo ni pío. Había vuelto a ganar y también le había irritado al nombrar a su secretario. «¡Es una buena señal, al fin y al cabo!» pensó satisfecha.

Pero, desde luego, no podía imaginarse que al duque, además de la molestia que sentía cada vez que el conde de Portland estaba cerca de ella, le disgustara la idea de que personas muy queridas para él estuvieran sin su presencia en aquella bahía maldita.

* * *

—Tremaine, encárgate de Star —ordenó el duque al entrar en el gran establo, siempre limpio

bajo la supervisión del jefe de caballerizas del castillo.

El hombre extendió las manos para coger las riendas de la hermosa yegua, pero Eleonor lo apartó.

—¡Ni hablar! Yo la he montado y yo la voy a bruzar. Es mi costumbre hacerlo.

Vio que el duque abría la boca para protestar, pero ella se le adelantó.

—Excelencia —comenzó a hablar con educado énfasis—, no me ofenderéis considerándome incapaz para la tarea, ¿verdad? Además, veo que vos también os disponéis a cuidar de Darken: no me privaréis de vuestra compañía aunque sólo sea durante media hora, ¿verdad?

—No... —Keiran no pudo añadir ni una sola palabra.

Tremaine asistía boquiabierto, y el estupefacto Willie miraba con adoración a lady Eleonor.

Ella había adoptado una de sus expresiones más convincentes, con una sonrisa encantadora en sus hermosos y voluptuosos labios, y sus ojos verdes languideciendo expertamente hacia el duque.

Keiran pensó que era bellísima y que, de no ser por su hermano enamorado, habría intentado... ¿qué?

—¡Willie! —exclamó en voz demasiado alta, logrando que el chico se estremeciera—. Entrégale a Lady Eleonor lo necesario, ahora.

—Sí... sí, excelencia, ahora mismo.

Keiran trató de volcarse en Darken, pero se percató del gesto de agradecimiento que la cargante chiquilla dirigía al ingenuo muchacho. Meneó la cabeza con desaprobación.

Se concentró en su caballo y, mientras tanto, reflexionaba sobre lo ocurrido. Pronto llegó a la conclusión de que debía poner hombres de confianza y capaces a patrullar día y noche los alrededores de Shell Bay Manor.

No se percató enseguida de que Eleonor lo miraba curiosa con expresión pensativa, el ceño fruncido y una profunda arruga en medio de las cejas, lo que le daba un aspecto aún más inquietante y amenazador.

Demasiado concentrada en observarle, Eleonor se quedó rezagada con su trabajo, y cuando se dio cuenta, apartó la mirada de él y comenzó a cepillarle a buen ritmo.

—Dádmelo —le dijo él tomando el cepillo de su mano.

—No, yo puedo perfectamente...

—Estaba concentrado pensando en lo sucedido, pero podía sentir vuestros impertinentes ojos sobre mí... —le susurró para no ser oído por el palafrenero.

—No es exacto. Yo...

—Un hombre —dijo, acercándose a ella con ojos penetrantes en un intento de intimidarla—, podría malinterpretar vuestro comportamiento y aprovecharse de vos.

Eleonor respiró hondo y a regañadientes respondió:

—No creo que haya ningún malentendido, duque de Northcliff, ya que yo misma os he dicho, más de una vez, que me gustáis. ¿Puedo saber qué es lo que hay que malinterpretar?

—Roy sentiría mucho oíros hablar así —Y dicho esto, arrojó el cepillo al cubo y salió del establo, dejándola indecisa sobre el significado de la frase que acababa de decir, que le pareció casi incomprensible.

Ella lo siguió después de saludar al caballerizo, pero él ya había desaparecido a grandes zancadas hacia el interior de la casa, pasando por la puerta principal que Ramsay mantenía abierta para ellos.

—Buenos días, lady Eleonor. Espero que hayáis disfrutado del paseo en compañía de su excelencia. Imagino que lo habéis encontrado en las inmediaciones de la casa de Pitch.

—Sí, así es, Ramsay. —Eleonor advirtió en ese instante que, en efecto, había sido Mrs. Brodie quien le había sugerido aquella ruta. ¿Acaso la simpática ama de llaves y Ramsay la estaban arrojando a los brazos del duque?—. Su excelencia será tan amable de acompañarme a mí y a los niños a la bahía.

—Como suponía Mrs. Brodie —precisó el hombre—. ¿Queréis que le pregunte al duque si el plan sigue siendo válido? Veréis, lady Eleonor, el marqués de St. James acaba de llegar.

—Oh, entiendo. Tal vez el marqués también quiera unirse a nosotros, ¿qué opináis, Ramsay?

—Creo que podría sugerir la idea.

—¡Bien! ¡Subiré a buscar a los niños! —exclamó Eleonor subiendo apresuradamente los escalones, dando a entender al mayordomo que no dudaba en absoluto de sus dotes dialécticas de persuasión.

Ramsay, mirándola, enarcó las cejas sorprendido, mientras Agatha se acercaba a él con las manos juntas por delante.

—Muy poco común, Angus —sentenció, mirando fijamente el lugar de la escalera por el que había desaparecido la joven.

—Bien dicho, Agatha.

—Una explosión de novedades, me atrevería a decir.

—Sí, estoy de acuerdo. Sin embargo, nada desagradable, Agatha.

—Bien dicho, Angus, bien dicho.

—Desde luego con su belleza será un juego conquistarlo.

—Sí, pero sólo porque es increíblemente fácil de llevar, si sabes a lo que me refiero.

—Comprendo perfectamente, Agatha: es exactamente como él, sólo que el duque oculta este aspecto del carácter con la extraordinaria habilidad de mantener su papel de manera ejemplar.

—Ella es espontánea y no puede fingir.

—Bien dicho, Agatha, bien dicho. Debe ser por eso que a menudo surgen a su alrededor situaciones...

—Bizarras.

—Exacto. Ha pedido bruzar a su caballo.

—Hum, no me sorprende. Después de todo, Keiran también hace lo mismo.

—Pero él tiene un título para protegerse a sí mismo y a su familia.

—Sí, eso es cierto. No obstante, parece que también incluye a lady Eleonor entre las personas de cuya protección es responsable.

—Ben y yo también lo hemos notado. Tal vez sienta el peso de la amistad del difunto conde, padre de lady Eleonor. Al fin y al cabo, estaban muy unidos.

—Sí, estoy de acuerdo, Angus. A pesar de ello, creo que su interés ahora va más allá de la responsabilidad.

—Estoy de acuerdo, Agatha. ¿Hablamos de eso que él rehúye y que empieza por la letra A? ¿El «paquete completo»?

—Exactamente, Angus.

—Muy bien. Voy a preguntar si pueden bajar a la bahía.

—¿Angus?

—¿Sí?

—Me parece —dijo, señalándose teatralmente la oreja con el dedo—, oír la voz de lord Portland y la de lady Eleonor. Tal vez él los acompañe —afirmó la mujer sin oír nada. Parecía casi cómico: una institutriz taciturna y profesional, de cabello blanco impecablemente peinado y ojos claros y genuinos, tratando de maniobrar para arrojar a lady Eleonor a los brazos del duque.

Ramsay sonrió.

—Entiendo. Señalaré a su excelencia la posible presencia del conde.

* * *

—Zaynab, dame a Jonathan —dijo el marqués de St. James, al notar la dificultad de la mujer para descender por el estrecho y empinado sendero que conducía a la bahía a través del acantilado.

Zaynab le miró dubitativa, sin insinuar que quisiera dejar al niño que sostenía con un brazo, y continuó llevando a Caroline de la mano por el otro lado.

Conociendo la fuerte desconfianza de la mujer hacia los hombres y, sobre todo, sabiendo lo reticente que era a confiar su bebé a cualquiera, Keiran intervino.

—Yo me encargo, Daniel —dijo, extendiendo las manos hacia Jonathan, que inmediatamente se lanzó feliz hacia él.

Zaynab sonrió al duque, el único hombre, aparte de Pitch, en quien confiaba.

Eleonor no se sorprendió por la actitud reacia de la mujer, cuyo triste pasado había llegado a conocer, sino por la evidente alegría que el niño mostraba al estar en brazos del duque: le puso sus manos regordetas y blancas en la cara, acariciándolo vigorosamente, como si quisiera palpar sus mejillas ásperas en busca de un poco de barba oscura que se dejaba ver, y repetía una y otra vez:

—Kein afeitah baba ahora, afeitah, ¿entendido? Kein baba, afeitah baba ahora, ¿entendido? Kein...

—Sí, sí, te he entendido, pero ahora no. A la noche.

—¡No! ¡Yo afeitah ahora!

—¿Tú? No puedes, eres demasiado pequeño.

—No, ¡ghande! Yo ghande, ghande, no pequeño, ¡yo afeitah ahora!

Keiran se reía, y detrás de él, todos los demás.

—*¿Qué pasa?* —le preguntó Nancy al marqués de St. James que, ya que no podía ver las caras del duque y del crío para leerles los labios.

—Lady Nancy, el diálogo entre el duque y el pequeño Jonathan es tronchante.

—*Lástima que no pueda oírle o verle: ¡sé lo gracioso que puede llegar a ser ese niño!*

—Me ha dicho Mrs. Brodie que ha empezado a hablar hace poco, pero que ahora ya no se calla nunca.

—*¡Excepto cuando duerme!*

El marqués rio y añadió:

—Estoy seguro de que el diálogo entre Blake y Jon continuará hasta la bahía. Así que en cuanto haya sitio, adelantaremos a los demás y los flanquearemos para no perdernos ni una sola palabra del mocoso, ¿de acuerdo?

Nancy sonrió divertida ante la idea propuesta por el marqués, sin entender si estaba bromeando o no.

—*¿Lo decís en serio?*

—¡Claro! —Cuando Daniel hablaba con la dulce muchacha, siempre lo hacía en voz baja, y rara vez le oían los más próximos. Le parecía que así preservaba el sentimiento vago e indefinido que sentía crecer hacia ella cada vez que estaba a su lado. La miraba desde arriba mientras ella se concentraba en los pasos que debía dar para no tropezar, y podía ver el perfil perfecto de una nariz pequeña y una boca regular, a menudo sonriente; los ojos grises ocultos por largas pestañas y contorneados por cejas bien dibujadas. Bajó la mirada hacia el cuerpo de la chica: era joven, y se notaba, pero estaba bien proporcionada y tenía unos pechos y unas caderas lo bastante

provocativos como para considerarla toda una mujer. Imaginó por un segundo que le ponía las manos encima. Apartó los ojos de la figura de la joven, y se llamó a sí mismo idiota por haber tenido pensamientos tan irrespetuosos hacia aquella dulce criatura.

—Yo digo que habla demasiado —comentaba Caroline, refiriéndose a Jonathan.

—Y tú también, Pequeña mía —le respondió Zaynab.

—¡No, no, no! Hablo cuanto necesito, te lo aseguro, mamá. ¿Verdad, Ellie?

—Digamos que hablas un poquito más de lo normal.

—¿Has oído eso? Incluso Ellie dice que no hablo tanto. Además, soy grande, muy grande, así que tengo mucho más que decir que Jon.

—¡Ya nos hemos dado cuenta! —chilló Keiran desde el principio de la cola.

—¿Qué quieres decir, duque? Yo a veces no te entiendo. ¿Tú lo entiendes, Ellie? ¿Y tú, marqués, lo entiendes?

—Creo que el duque quería decir que... —empezó a responderle Daniel, siendo inmediatamente interrumpido.

—Maqués, ¿pó qué el duque te llama Wolf?

—Bueno no creo que sepa explicártelo bien...

—Por qué se convierte en lobo cuando le molestan las chicas demasiado habladoras —dijo Keiran en voz alta.

—¿Quié é obo, quié es obo, dime, Kein, qui é? —Jonathan tiraba de la barbilla de Keiran para que le escuchara.

—¡No digáis eso! —protestó Eleonor—. La niña podría creeros.

Keiran se volvió un segundo y miró primero a Caroline y luego a Eleonor y siguió su camino, diciendo:

—¿Cómo que no? ¡Ya veo cómo se lo cree!

Eleonor vio a Caroline reírse.

—¡Yo no ya soy una niña pequeña! ¡No te creo, duque! ¿Entonces? ¿Por qué? ¿Por qué te llaman Wolf?

—Porque dice que parezco un lobo cuando me altero.

—¿Qué quiere decir eso? —le preguntó la niña Zaynab. Ésta reflexionó en busca de la palabra inglesa más parecida, pero fue en vano.

—Alterarse significa enfadarse —le explicó Eleonor.

—¡Ah, ya lo entiendo! ¡Pareces un lobo cuando te enfadas! ¿Me avisarás cuando te enfades, por favor? Me gustaría ver si el duque tiene razón.

Todos se rieron y Daniel le contestó:

—Te prometo que me enfadaré en la bahía al menos una vez, sólo para satisfacer tu curiosidad.

Por fin llegaron al final del pequeño camino y en cuanto hubieron puesto los pies sobre la arena blanca, Daniel cogió la mano de Nancy y tiró de ella con él.

La chica rio mientras corrían y se colocaban al lado del duque que aún sostenía a Jon en brazos.

—No, no, yo no veo obo, no, no, no veo, Kein. ¿Ónde etá? ¿Ónde?

—No hay lobos, ya te lo he dicho. Es el marqués quien, si se enfada, parece un lobo...

—¿Maqué? ¿Qui é maqué?

—Él es marqués —dijo Kein señalando a Daniel.

—¡Ah! ¡Él, maqué! ¡No obo! ¡Tú equivoca, Kein!

Nancy y Daniel reían, con las manos aún cogidas.

El duque se dio cuenta y miró primero aquel gesto íntimo, y luego a Daniel.

Éste soltó la mano de la muchacha, dándose cuenta de que había sido imprudente, aunque de buena fe, y para no crear más incomodidad dijo:

—¿Colocamos las mantas, lady Nancy?

Ella cogió la cesta que sostenía Ellie y siguió caminando con él.

—No me había dado cuenta de que teníais la cesta, la habría llevado yo —se justificó el duque, mirando a lady Eleonor a los ojos.

—No era pesada. Y además vos teníais a Jon.

—¿Os encontráis bien?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—No conozco a muchas chiquillas que, después de un susto como el que os habéis llevado, salgan a pasear por la playa tan despreocupadas. De hecho, no conozco a ninguna, aparte de vos —le había susurrado, para no ser oído por los demás.

—¡No soy una chiquilla! Además, yo soy así: no dejo que nada, ni siquiera una cosa grave, me arruine la existencia. Es decir, lord Northcliff, si hay remedio, ¡para qué preocuparse tanto; y si no hay remedio, para qué preocuparse tanto!

Keiran quedó deslumbrado por la evidente revelación, y espontáneamente le sonrió.

—Tenéis razón, lady Eleonor, tenéis toda la razón. Quién sabe por qué no prestamos atención a verdades tan obvias.

—¡Yo baja, yo baja, Kein, yo agua, vamo, vamo!

El duque se puso serio y su expresión cambió radicalmente.

—Escucha, Jon. Mírame. Nunca, nunca debes acercarte al agua, ¿entiendes? Es peligroso y nunca debes entrar en el agua sin mí. ¿Entiendes?

—Yo quero, yo quero agua —comenzó a llorar el niño.

—No. Al agua no, Jonathan. Si me desobedeces, me veré obligado a llevarte a casa.

Zaynab apretaba los labios, consciente de los motivos del duque.

Beyruud, siempre esquiva y silenciosa, se mantenía en un segundo plano y escuchaba atentamente.

—Tal vez encontremos algo más divertido que el agua, Jon. ¿Vamos a ver? —El tono persuasivo de Eleonor funcionó y el niño sonrió.

—També mamá, també mamá —dijo el pequeño, extendiendo los brazos hacia Zaynab. Zaynab no tardó en levantarlo y colocarlo sobre la arena cogiéndole de la mano.

—No quiero que os acerquéis al agua —dijo de nuevo el duque mirando a la chica negra a los ojos. Ella asintió al instante.

Eleonor lo miraba insistentemente.

—Sois insistente sobre el hecho de no acercarse al agua.

Él no respondió, sino que continuó siguiendo con la mirada al niño y a la mujer, con Beyruud detrás de ellos.

—¿Por qué? —le preguntó ella.

Keiran comprendió que lady Eleonor no sabía nada de los rumores que durante años, inmediatamente después de la muerte de Axel, lo declararon culpable de no haber salvado a su hermano. Y sobre todo, no sabía que la mayoría de esos rumores difamaban la fortuna que le había deparado la desgracia: su padre habría querido a Axel como heredero y no a él; en resumen, la insinuación de asesinato premeditado había sido la conclusión previsible de una sociedad falsamente educada, que lo había convertido en un hombre peligroso del que había que desconfiar.

—Simple precaución —le respondió, evitando mirarla. Caminó hacia los demás, sin percatarse de que Eleonor se había sentado en la arena. Sólo cuando estuvo cerca de Daniel se volvió para buscarla y ella llegó con los zapatos en la mano.

—¡Nancy! ¡Nancy! ¡Pruébalo! —chillaba Eleonor a su prima mientras señalaba sus pies.

—*¡Ellie! ¡Estás descalza! Si te viese mamá...* —se rio Nan.

Eleonor arrojó las zapatos a la arena.

—*¡Pruébalo! ¡El contacto con la arena es maravilloso!* —Seguía moviendo los pies hundiéndolos en la arena clara y caminando de un lado a otro—. ¡Está fría, pero es muy agradable! —añadió en voz alta.

Keiran la miraba sin demasiado asombro, como si la justificara; sin embargo, sabía que debería desaprobarlo.

—No creo que sea...

—Déjalas —dijo Daniel.

Nancy miró al marqués y en cuanto éste le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, se quitó los zapatos y la expresión de asombro hizo sonreír a todos.

Caroline, que con Zaynab, Jon y Beyruud casi había llegado a los farallones que cerraban la bahía, vio a Nancy con los zapatos en la mano y empezó a correr hacia ellos.

—¿Te has quitado los zapatos? ¿Ellie también? ¿Se puede hacer, duque? ¿Se puede hacer? ¿Se puede? ¿Puedo hacerlo? ¡Por favor!

—No puedes. Igual que no puedes llamarles al marqués, Wolf o a lady Eleonor, Ellie, o tutearnos a todos.

—Entiendo. Entonces, ¿puedo quitarme los zapatos? Sólo lo haré cuando esté con vosotros, ¿vale?

—De acuerdo —dijo Keiran condescendiente.

Eleonor empezaba a apreciar demasiado aquellas esporádicas sonrisas y se dio cuenta de que miraba insistentemente al duque.

—Quitáoslos también vos —le dijo ella en voz baja—. Al fin y al cabo, ¿qué es eso para alguien que se ha bañado en el agua helada del océano en pleno invierno?

—Vos me provocáis, lady Eleonor.

—¿Qué te ha hecho Ellie? —preguntó Caroline mirando al duque.

—Le he indicado al señor duque que sería una pena que todos fuéramos descalzos y él no.

Daniel no esperó más y se quitó los zapatos.

El pequeño Jon le chillaba a Zaynab:

—¡Fuea zapatoz! ¡Fuea!

Beyruud ya le ayudaba a Caroline, y luego también se los quitó ella, con una sonrisa graciosa en los labios. Zaynab también hizo lo mismo.

—Vamos a las rocas —les propuso Eleonor y los niños salieron corriendo. Ella y Nancy también echaron a correr.

—¿Le ha contado algo a lady Hereford? —preguntó Wolf, señalando a lady Eleonor en cuanto las dos chicas estuvieron lejos.

—No, ha prometido que no dirá nada. —Keiran se sentó a su lado, con los brazos echados hacia atrás y las piernas ligeramente flexionadas.

—¿Le crees?

—Sí.

—¿Cuántos hombres has enviado a comprobarlo?

—Se lo he encargado a Pitch.

—¿Crees que puede haber sido Hereford?

—No sé. Roy insiste en que toque a la muchacha para saber más.

—¿Roy también sabe lo que pasó?

—Aún no. Pronto lo hablaré con él. De todos modos, no creo que sea Hereford.

—Yo tampoco, Blake. Pero todo puede ser. Tócala.

—Ya lo he hecho. No me ha gustado lo poco que he visto.

—¿Qué has visto? ¿Y por qué poco?

—Ya lo ha entendido todo. Me ha dicho que no la tocara sólo para saber de ella.

—¡Qué rapidez! ¡Sólo tienes que cortejarla en serio y ponerle las manos encima como es debido!

—¡No digas gilipolleces, Wolf! ¡Es sólo una chiquilla! —Y después de la última frase, hizo un gesto elocuente en dirección a Eleonor.

—Blake, es una mujer, ¡qué demonios! Tiene un cuerpo maravilloso y es muy hermosa. Sólo que no te has dado cuenta. O finges no notarlo. Ten cuidado, porque lord Portland siempre ha estado muy interesado en ella. ¡Y él es sólo el último de una larga lista!

—¡Es una chiquilla! —repitió Keiran impertérrito.

—Eres más terco que un mulo —masculló Daniel irritado—. ¡Imagino que ni siquiera te habrás dado cuenta de que le gustas!

—¡Es una chiquilla! Ni siquiera sabe quién le gusta.

—¡Vamos, Blake, todo el mundo en Shell Bay Manor se ha dado cuenta de que le gustas! ¡Incluso la servidumbre!

—¡Llevas aquí menos de una hora! ¿Cómo sabes todo eso?

—Sabes de sobra que sé ganarme el cariño de todo el mundo, y que basta con hacer las preguntas apropiadas para obtener las respuestas deseadas.

—¿Y cuáles serían esas preguntas apropiadas que se hacen a mi servidumbre?

—Por ejemplo... «¿cómo va el asunto entre Blake y lady Eleonor?». Y el otro me ha respondido: «Yo diría que bien: saltan chispas».

—¿Qué quiere decir?

—Que os gustáis.

—¡Bobadas! —explotó Keiran indignado—. ¿Qué le pasa a ese niño que llora tanto?

—Se ha caído. Vete a ver, Blake.

Desde lejos, Eleonor vio al duque levantarse y acercarse a ellos.

Zaynab abrazaba a Jon para calmarlo; Caroline y Beyruud perseguían a Nancy no muy lejos.

—¿Qué ha pasado?

—Lord Northcliff, Jon caído. Pero no mucho mal, está sólo cansado. Todos los días sueño a esta hora —explicó con calma Zaynab.

—¿Me ocupo yo? Lo llevaré allí, donde estaba sentado.

—Sí, duque, gracias. Tú bueno calmando, y luego él seguro duerme.

Keiran cogió a Jonathan en brazos, reclinándolo para que se relajara. Lo sostuvo así un momento, y luego volvió a la manta tendida en la arena, donde se recostó, apoyando un brazo en su codo. Hizo que el niño se acurrucara, tapándole con una gran manta y sujetándole con una mano en medio de la espalda. Hacía frío, pero Jon estaba bien protegido.

Eleonor observó la escena durante un buen minuto.

—Él tiene gran poder en sus manos —afirmó inesperadamente Zaynab, mirando de reojo a Eleonor con cautela—. Él tiene don como brujo mago de mi tribu. Esto yo nunca visto. Sólo brujos tienen manos que curan.

—¿En tu tribu había un brujo? ¿Qué hacía?

—Quitaba mal y dolor. Él, hombre de más de cien años.

—¿Cien años?

—Sí, lady Eleonor. Él tenía piel como... ¡como viejo guante de lord Northcliff!

—Entiendo. Apergaminada, diría yo.

—Y cabello largo y blanco como la nieve que cae aquí en invierno. Me curó cuando era tan pequeña como Caroline.

—¿Qué tenías?

—Yo no sé. Hombres blancos venidos a nuestra aldea. Ellos traída enfermedad con... con puntos, puntos rojos.

Eleonor pensó en la escarlatina. Sabía que las posibilidades de recuperación eran mínimas.

—¿Y te curaste?

—Sí, él puestas manos suyas sobre cabeza mía dos días e hizo beber mucho líquido de planta

—¿Qué planta era?

—Oh, Lady Eleonor, yo no sé, muy pequeña para recordar.

—¿Has visto alguna vez al duque curar a alguien? —le preguntó ella temerosa de la respuesta.

—No era curar. ¿Cómo se dice? Yo pruebo a explicar... cuando Beyruud gran lloro noche porque recuerdos feos apoderan su mente, él viene siempre y pone manos sobre cabeza y corazón y ella tranquil... tranquiz... ¿cómo se dice?

—Se tranquiliza.

—Eso, ¡como tú dices!

Zaynab y Eleonor miraban a lord Northcliff que con su cuerpo protegía a Jon del viento y lo cubría con otra manta.

Lord St. James se levantó y se sentó al otro lado del niño para protegerlo del frío.

—Un día —continuó Zaynab—, lord Northcliff hacer nacer ternero de vaca, pero vaca no sufrir. Él tenía manos sobre animal y tranquil... tranquiliza.

—¿La vaca parió sin sufrir?

—¡Oh, sí, lady Eleonor! Si tú no crees yo digo esto: Ramsay y Mrs. Brodie, dicho que Lady Northcliff, parido su hijo, lord MacKendrick, con las manos del puestas fuerte ¡y ella nada dolor! ¡Nada!

—¿Estás diciendo que el duque asistió el nacimiento de su hermano?

—Sí, así.

A Eleonor le costaba creerlo, pero naturalmente si Ramsay y Mrs. Brodie lo habían dicho...

—Él siente tu pensamiento si tiene mano. Esto muy cansado para él. Pero él fuerte, siempre, él único que tiene mucho peso en esta familia. Pero él mucho dolor: yo ver en ojos azul, él conoce hechos tristes de todos.

Como invocado por esas palabras, el duque se volvió para mirar fijamente a Zaynab.

—¿Qué hechos?

—Oh, lady Eleonor, hechos feos. Pero yo no decir porque nunca bueno recordar dolor de otros y Duque no quiere yo digo. Si él quiere, él dice a ti.

Eleonor vio que lord Northcliff volvía a dirigir la mirada hacia el niño, como más sereno, como si comprendiera que Zaynab no hablaría. Era todo tan extraño, tan desconocido para ella. Empezó a reflexionar.

«Quién sabe si alguno de sus antepasados también fue así; quién sabe si sus hijos heredarán ese don o esa desgracia; ¿qué siente cada vez que toca a alguien y escucha sus pensamientos?. Desde luego, le será de gran ayuda poder conocer el alma de las personas, por no hablar de las

mujeres. ¿Cuántos secretos podrá descubrir? ¿Y cómo será cuando tenga intimidad con una mujer? Pero, ¿en qué estoy pensando? ¿Y cuando toca a alguien realmente malvado? ¿Siente la diferencia entre el bien y el mal? Debe de ser devastador».

—Es increíble —susurró tocándose el labio.

—¿No creéis, lady Eleonor?

—Sí, lo creo, lo he sentido.

—¿Él te ha ayudado, lady Eleonor?

—Sí.

—Él tiene gran interés por ti. Él quiere mucho tu bien y pregunta siempre. Yo creo él gran miedo porque tú sola.

Eleonor entornó los ojos mientras miraba al hombre tumbado. Le complacía saber que se interesaba por su bienestar; tal vez sólo fuera por un espíritu de amistad hacia su difunto padre, pero podía ser una buena base para la propuesta que le iba a hacer.

—¡Mirad! ¡Viene Roy! —gritó Caroline corriendo hacia él.

Beyruud la siguió.

Nancy, que se había quedado sola, se dirigió hacia lord St. James.

—Lord Roy divierte mucho con niños. Él muy diferente del Duque, muy sonriente, pero bueno y honesto como él.

—Distinto carácter—sentenció Eleonor.

Vieron cómo Roy se tiraba a la arena con Caroline a cuestas, mientras Beyruud se reía y se sentaba junto a ellos. Empezaron a hablar cuchicheando

Eleonor se dio la vuelta y empezó a caminar por la orilla, lo suficientemente lejos como para no ser alcanzada por las olas. La llamada de los ojos del duque la hizo volverse: la estaba observando. Estaba claro que lord Northcliff temía al mar, pero no por él.

Roy dejó jugar a las niñas y se acercó a su hermano, notando que se había quedado solo con Jon, porque Daniel y Lady Nancy caminaban por el otro lado.

Eleonor notó al instante la expresión atónita de Roy cuando el duque hablaba: estaba segura de que el tema era lo que les había ocurrido una hora antes. Siguió caminando, sumida en sus pensamientos, y no se dio cuenta de que Roy la había alcanzado.

—Cabalgáis como un hombre y mostráis los pies y los tobillos. ¡Por no mencionar el hecho de que habéis convencido a todos para que os imiten! ¡Incluso a Wolf!

—Tengo los pies helados, pero la arena me sienta de maravilla.

—Volved a poneros los zapatos —le dijo, entregándoselos inesperadamente.

Ella le miró con ojos perplejos y él le explicó:

—Estoy convencido de que mi hermano ya se habrá dado cuenta de lo morados que tenéis los tobillos: yo lo he visto de lejos.

Eleonor contuvo la respiración y cogió sus zapatos. Se los puso sentada en la arena.

—Gracias, tal vez no se haya dado cuenta, o me habría dicho algo.

—Lo descubrirá igualmente. Todo lo que tiene que hacer es tocaros.

—Lo ha hecho, pero yo me he echado atrás. Sin embargo, creo que lo ha intuido.

—Visto.

—¿Cómo?

—Lo ha visto. Él ve lo que el otro ha sufrido, o las intenciones futuras, simplemente tocándolo.

—Entiendo.

—Me ha contado lo sucedido.

—Ya. Pero, ¿quién puede querer algo así? ¿Alguien lo quiere matar?

Roy la miró fijamente con expresión seria.

—Ya lo veremos, Eleonor, veremos.

—¿Por qué juegas solo con Ellie? ¡Venid a jugar con todos! —chilló Caroline tirando de la mano de Roy—. ¿Vamos? ¿Vamos a las rocas y saltamos? ¿Me cogerás si salto desde ahí arriba? ¿Y bien?

—¿Desde dónde? No muy alto, Caroline, de lo contrario no te cogeré. Esta niña es incansable —murmuró él—. Venid con nosotros.

—Os acompaño. Me gustaría caminar un poco más

—No permanezcáis cerca del agua, de lo contrario Kein se inquietará: tiene una relación conflictiva con el mar si se trata de la gente que le importa.

—Sí, lo he notado —dijo ella. Los vio alejarse hacia los farallones. Siguió caminando, levantando nubes de arena clara y finísima con los zapatos, mirando de vez en cuando al hombre que yacía junto al niño.

Ahora recostaba la cabeza, totalmente relajado, mientras abrazaba al pequeño Jonathan que seguía durmiendo, bien protegido por su cuerpo y las mantas.

«Ahor mismo voy. Sí, ahora está solo, podría plantearle mi propuesta», pensó observando a Caroline, que ya estaba cansada de saltar desde las rocas, y se movía inquieta. «No. Podrían interrumpir mi proposición. Y ya me resultará difícil encontrar las palabras, además de que tengo miedo de lo que me vaya a contestar. Así que voy y le recuerdo que tengo que hablar con él, pero le pido un encuentro más privado, tal vez en su estudio. Sí, sí, lo hago así».

Y caminó resuelta hacia él.

Estaba inmóvil y Eleonor pensó que dormía. Se sentó detrás de él, resignada a que tampoco ése era un buen momento.

—¿Ya estáis cansado de caminar? ¿U os duele el tobillo del gran moratón que tenéis?

Eleonor contuvo la respiración asustada.

—¿Me habéis visto llegar con la mente? ¿Podéis hacerlo sin manos?

—He olido vuestro perfume. Nada más.

—Ah.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—El tobillo. ¿Os duele? —preguntó, levantándose con cautela para no despertar a Jon. Tenía el cabello revuelto, pero era indecentemente varonil y Eleonor apenas pudo contener el impulso de tocarlo—. Si me permitís tocarlo, podría aliviar...

—¡Ni en sueños! ¡Vos queréis leerme dentro! Y además, no me duele. Tengo la piel delicada y sólo me ha bastado golpearme contra la mesa del salón en Ashford para hacerme un gran moratón.

—Siento un olor inconfundible —dijo él con seriedad.

—Mi perfume: lo acabáis de mencionar.

—No. No es perfume. Apesta.

—No huelo a nada.

—¡Apesta a mentira! —le soltó él, mirando fijamente sus ojos verdes—. Sí, si las vibraciones son tan fuertes como las vuestras, entonces no hacen falta manos para saberlo. Y siento, sé que ese moretón os lo hizo alguien.

—No... no quiero hablar de eso.

Él apartó la mirada y suspiró, nada sorprendido por la reticencia de lady Eleonor a hablar.

Sospechaba que se trataba de su primo, pero sin pruebas no habría podido enfadarse debidamente.

Ella rebuscó en los profundos bolsillos de la pesada capa y sacó un voluminoso envoltorio. Lo desenvolvió y cogió un trozo de bizcocho de Mrs. Begbie. Extendió la mano para ofrecérselo también a él.

—¿Temíais tener hambre? —preguntó el duque cogiendo un trozo.

—Sí... no... es decir, siempre me gusta llevar comida conmigo.

—Insólita. Como todo en vos, por otra parte.

—Evidentemente es una ofensa, ¿verdad, lord Northcliff? —le preguntó ella algo molesta.

—No, para nada —contestó él impetuosamente, sin saber siquiera por qué; en realidad quería decir que era un cumplido llamarla insólita: tal vez porque no era como todas las demás, lo que en sí mismo le daba muchas ventajas, aunque no le gustara admitirlo.

Eleonor se armó de valor y dijo:

—He de hablaros, como ya os he adelantado antes.

—¿Antes?

—Antes. Antes de que nos disparasen.

—¿Habéis dicho que queríais hablar conmigo?

—Sí. —Eleonor lo vio entornar los ojos tratando de recordar.

—Una propuesta. Habías mencionado una propuesta ventajosa para mí.

—Exacto, pero...

—¿Y cuál es?

—Hum, yo preferiría hablarlo con vos en una ocasión más apropiada, sin interrupciones, tal vez en vuestro estudio, si fuerais tan amable de decirme cuándo. —Eleonor apenas había inclinado la cabeza en uno de sus irresistibles y convincentes gestos.

Keiran apartó la mirada para no ser víctima de aquellos ojos abrumadoramente seductores.

—Excluyendo esta noche, que estaréis ocupada con mi madre entreteniendo a lady Bath.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Lo había olvidado! Oh, disculpad... no quería, se me ha escapado.

—Como decía: esta noche, no. Mañana faltaré todo el día y probablemente no vuelva ni para cenar. Tal vez pasado mañana.

—¿Mañana faltaréis?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó antes de darse cuenta de que se estaba entrometiendo donde nadie le llamaba.

—No creo que el motivo pueda interesaros, lady Eleonor.

—Iréis a rastrear el bosque, ¿verdad?

Keiran la observó: era una chica entrometida, peculiar y peligrosamente intuitiva. Notó que mechones de su cabello rubio se escapaban del moño ya suelto, y el viento movía algunos de ellos, que con un suave movimiento le rozaban el rostro. No supo si decirle la verdad o negarla con firmeza.

—No me digáis que no es así, de lo contrario pensaré que creéis que soy estúpida o que sois un necio por no investigar el asunto.

Keiran soltó una sonora carcajada. Era una risa masculina, pero musical y simpática al mismo tiempo.

Eleonor se quedó estupefacta y lo miró con los ojos abiertos de par en par: era maravilloso, hermoso, encantador y radiante, todo lo contrario de la masculinidad oscura e inquietante de la

que solía hacer gala.

Aquella risa despertó a Jon y atrajo la atención de todos.

—Jamás os había oído reír así.

—¿Po qué riez azí? ¿Po qué? ¿Po qué? —intervino Jon.

—Dejad de mirarme de ese modo —respondió aún con la sonrisa—. Hay poquísimas mujeres que me hayan hecho reír así. Y vos, además, sois sólo una chiqui...

—¡No digáis nada más! ¡O esta vez haré algo más que haceros reír!

—¡Kein! Yo domío, ¡domío musho! —dijo el niño trepando por sus piernas.

Keiran lo cogió, intentando cubrirlo con un extremo de la manta.

—Sí, has dormido mucho. Iré a inspeccionar el bosque y los alrededores. Nadie debe saberlo, excepto Wolf y Roy.

—Entiendo.

—A partir de ahora no saldréis sola. Y os prohíbo que os acerquéis al bosque, ¿está claro?

—Pero entonces...

—Nada de peros, lady Eleonor. Prometédmelo y mantened la promesa. Nada más. —Ahora sus ojos eran terriblemente serios y amenazadores.

Eleonor se sintió intimidada por ellos y era la primera vez que se veía sometida a su inquietante actitud. Apartó la mirada y murmuró:

—Os lo prometo.

Keiran lo aprobó con satisfacción y tres segundos después Caroline irrumpió gritando.

—¡Jon está despierto, mamá Zaynab! ¿Qué coméis? ¿Puedo comer yo también? Beyruud ¿queréis un trozo? ¿Quién lo ha traído?

— Tomad. Todo para vosotras. Comed rápido antes de que llegue lord Roy.

—¡Os he oído, Eleonor! ¿Creéis que no sería capaz de renunciar a un trozo de bizcocho para dárselo a los niños?

—Pues, francamente, ¡sí!

—¡Me ofendéis! De todas formas, ¿puedo coger un trozo? ¡No me vais a dejar ninguno!

Zaynab se aseguró de que los niños comieran, repartiéndose el roscón a partes iguales.

—Vamos —dijo de pronto el duque. Sus ojos parecían moverse rápidamente, como preocupados.

Roy miró al mar.

—Vale, aviso a Daniel — dijo, apresurándose a alcanzar a los otros dos, que seguían paseando y hablando.

Zaynab no esperó más: rápidamente empezó a recoger y doblar todas las mantas, colocándolas en las cestas.

Eleonor advirtió que todos se apresuraban debido a la rápida subida de la marea. Observó cómo el duque cogía a Jonathan en brazos y a Caroline de la mano, y ordenó a Beyruud que le diera la mano a Zaynab. Estaba inquieto y se le notaba, pero a nadie parecía importarle, como si compartieran su ansiedad o se adaptaran a ella para no causarle malestar.

—Zaynab, ¿Puedes coger las cestas? Lady Eleonor, seguid adelante. ¡Wolf! ¡En marcha! Lleva a Lady Nancy adelante también. ¿Roy?

—Estoy aquí, Kein, no te preocupes. Cerraré la fila y lo controlaré.

Más tranquilo, el duque caminó a grandes zancadas, pero Caroline le frenaba, así que se agachó y la cogió también en brazos.

Eleonor se dio cuenta de su esfuerzo y estaba a punto de hablar cuando el marqués de St. James pasó corriendo junto a los demás y le arrebató a la niña de las manos. Los dos

intercambiaron una mirada de comprensión. Luego el duque alargó una mano y cogió la cesta que ella llevaba.

—La cojo yo.

—Pero no hace falta...

—Caminad, deprisa.

Eleonor guardó silencio y alargó el paso. Al alcanzar el estrecho camino que ascendía por el acantilado, se dio la vuelta.

Una visión inesperada la sorprendió: la arena sobre la que habían estado sentados hacía un momento estaba casi completamente cubierta por el mar, y las espumosas olas rompían sin piedad contra la playa y las rocas, cubriéndolo todo.

—Subid —susurró el duque, percibiendo su asombro.

Llegaron hasta los muros de piedra seca que bordeaban los prados de Shell Bay Manor y todos se volvieron para mirar hacia abajo.

Nancy estaba fascinada por la marea que subía barriéndolo todo, y ya estaba pensando en hacer un boceto en uno de sus lienzos.

Eleonor se puso a su lado y con señas le dijo:

—El duque estaba preocupado por esto, lo he notado.

—Y tenía un buen motivo, Ellie. Mira como el agua se lo lleva todo.

—Sí, nunca había visto algo tan maravilloso e inevitable. Pero algo pasó aquí, puedo sentirlo, percibo su inquietud.

Daniel lo comprendió todo, naturalmente, pero fingió no darse cuenta.

Keiran, en cambio, no lo vio, porque al llegar al final del cuello de botella se dirigió al castillo con el pequeño en brazos, y allí dentro desapareció, pasando por la cocina.

Las dos primas entraron en la casa comentando la agradable excursión y riéndose por las continuas y graciosas ocurrencias de Caroline.

Zaynab, Beyruud y Jon esperaban en el gran vestíbulo de la entrada junto a Mrs. Brodie, mientras los demás ya habían subido.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó educadamente el ama de llaves.

—Sí, muy bien —le respondió Eleonor.

—La duquesa aguarda en su salón con los niños. Le gustaría saludarlos antes de que vayan a sus habitaciones. Lady Bath y lady Georgia ya están aquí. —Mrs. Brodie dijo la última frase a modo de aviso, escrutando a Eleonor para sopesar su reacción.

—Bueno, en marcha entonces, la duquesa quiere vernos —dijo Eleonor, saliendo la primera, llevando a Caroline de la mano—. Recuerda los buenos modales: no tutees a nadie, ni siquiera a mí. Y haz una reverencia nada más entrar. Sólo si la duquesa te da órdenes diferentes podrás transgredir las reglas, ¿entendido?

Caroline asintió, levantando la cabeza para mirarla.

—¿Puedo probar los dulces? —preguntó la niña susurrando.

—Espera a que te los ofrezcan. —Eleonor llamó a la puerta y, al recibir la invitación de la duquesa, abrió la puerta y se adelantó—. Buenas tardes, excelencia —dijo inclinándose—. Lady Bath, lady Georgia, es un placer volver a veros. Buenas tardes también a ti, tía Martha—. Había hecho una reverencia y todos la habían imitado, excepto Jon, que se quedó quieto y miró a las dos mujeres desconocidas.

—¡Queridos! ¡Adelante! Jon, cariño, ven a sentarte a mi lado. Caroline, Beyruud venid por aquí. —La duquesa, espontánea cuando se trataba de niños, se dio cuenta enseguida de que lady Eleonor se esforzaba por mostrarse formal y educada, y observó que lo conseguía con creces.

Pero también se fijó en los rostros de las dos mujeres sentadas frente a ella, primero disgustadas al ver a lady Eleonor, luego desconcertadas por la intrusión de niños en un mundo únicamente elegante y hecho a la medida de la nobleza, y finalmente atónitas por la proximidad de Zaynab y Beyruud, a las que miraban con una mezcla de repugnancia y desconfianza.

—Lady Bath, no hace falta que os diga quiénes son estas encantadoras personas: sé perfectamente lo bien informada que está la nobleza inglesa sobre las hazañas de mi hijo, el duque, así que huelga decir que ya conocéis la historia. Zaynab es muy querida para mí —precisó la duquesa con determinación—, es una madre cariñosa y una valiosa colaboradora. Beyruud, Caroline y Jonathan son sus hijos y han sido criados por ella. Ahora forman parte de nuestra familia.

—El duque sin duda ha realizado un acto de admirable magnanimidad —balbuceó lady Bath.

Eleonor sonrió con sorna, intuyendo lo incómoda que le resultaba el color oscuro de la piel de Zaynab y Beyruud.

Lady Georgia las observó con ojos indiferentes, pero ligeramente molesta.

—¿Dónde habéis estado? ¡Oléis a mar y a arena! —dijo la duquesa haciéndole cosquillitas a Jon en la barriga.

—¡Nozotroz en mar! ¡Yo domío mushooooo musho!

—Sabes que... sabéis, lady Northcliff, ¿que he saltado de una roca muy alta? ¡Y lord Roy me ha agarrado para que no me cayera!

—¡Roy se habrá alegrado de jugar! —exclamó la duquesa.

—¡No mucho, se quejaba de su espalda! No entiendo entonces por qué, duquesa, ¡de verdad!

Lady Northcliff rio.

—¿Tú también has jugado, mi silenciosa Beyruud?

—Sí, excelencia —susurró la niña azorada por las miradas de las dos desconocidas—. Lord MacKendrick nos ha perseguido y luego nos ha cubierto las piernas de arena —les contó con una dulce sonrisa.

—Creo, lady Northcliff, que las niñas están cubiertas de arena —explicó Eleonor. Luego, sacudiendo una solapa de su viejo y arrugado vestido, añadió—: Yo también, la verdad. Pero después de todo, lo bonito de las salidas es utilizar ropa vieja para ensuciarse sin pensar demasiado en ello, ¿no creéis?

—Me parece una pena desperdiciar ropa bonita sólo para tirarse en la arena o pasear entre el polvo. —dijo lady Georgia. Su actitud era altiva, incluso más que la de su madre.

Eleonor le sonrió apiadándose de ella.

—De hecho, por eso llevamos ropa vieja.

—Oh, no lo sé —respondió la otra, fingiendo una ingenuidad que le era ajena—. No creo que pudiera llevar un traje raído sólo para disfrutar de algo... de diversión.

Eleonor no contestó de inmediato y dejó que reinara el silencio durante unos instantes.

—Depende del valor que le deis a esa diversión, lady Georgia, eso es todo.

—Sí, así es —afirmó ella, molesta—. Aun así habréis padecido frío —dijo luego con tono pedante.

—No. Hemos caminado y corrido, y teníamos mantas en caso de necesidad. También les he ofrecido un poco de bizcocho, que por supuesto se acabó enseguida: Lord Roy sin duda esperaba comer más.

—Mi hijo nunca se cansa de comer: ¡siempre tiene apetito! —le explicó la duquesa a lady Bath.

—¡Los dos últimos trozos lo ha cogido él! —dijo Caroline con complicidad.

—¡Entonces tendréis hambre! —exclamó la duquesa, tendiéndole la bandeja llena de dulces.

Zaynab se adelantó.

—Yo me encargo, excelencia. —La muchacha lanzó una mirada de advertencia a Caroline, viéndola dispuesta a hacerse con una galletita, y luego se volvió para ofrecer un poco a las mujeres.

Lady Bath parecía reacia, pero con esfuerzo tomó el dulce; Lady Georgia fingió no ver a Zaynab, manteniendo los ojos fijos en el panorama de la ventana.

Eleonor estuvo a punto de explotar, cuando inesperadamente Lady Nancy extendió una mano y apenas tocó el brazo de Lady Georgia, quien de inmediato la miró de arriba abajo.

Nancy le habló con señas.

Y Eleonor le dijo:

—Mi prima dice que Zaynab os está ofreciendo dulces, y seguramente no os habéis dado cuenta, con la vista perdida en la magnífica vista desde vuestra posición, y dice que a ella también le ocurrió el primer día.

Fue entonces cuando lady Georgia vio claramente en aquellas dos muchachas a unas enemigas y se dio cuenta de que una de ellas, en particular, sería un obstáculo para sus planes. La habían hecho quedar muy mal.

—¡Tenéis razón! ¡La vista desde aquí es espectacular! —dijo enfáticamente, satisfaciendo la fingida propuesta de lady Nancy. Luego se volvió para mirar a la mujer de piel negra, que era demasiado morena para mirarla fijamente durante mucho tiempo, y dijo—: Gracias, pero ahora mismo no tengo ganas. — El tono era educado y sus ojos de inocente cervatilla tenían algo de condescendiente, demasiado probablemente.

—¿Qué has hecho hoy, Eleonor? —le preguntó lady Northcliff.

—Me he levantado al amanecer y he cabalgado hasta el bosque, donde se me ha unido lord Northcliff. Me encanta cabalgar temprano por la mañana. Y Star es un animal precioso.

—¿Habéis montado a Star? —preguntó lady Georgia.

—Sí, repito, es especial, vivaracha tal vez, pero si sabéis cómo seguirle la corriente, obedece las órdenes. Está realmente bien adiestrada.

—Es demasiado fogosa para una dama. De hecho, el duque siempre ha sostenido eso —afirmó lady Georgia, convencida de que se había anotado un tanto al constatar abiertamente la desaprobación del duque.

—De hecho también me lo ha señalado a mí. Pero para entonces yo ya estaba encima de Star y ¡por nada del mundo me habría bajado! Estoy acostumbrada a los caballos caprichosos: mi padre me enseñó a apreciarlos.

—Sin embargo —replicó lady Georgia para tener la última palabra—, Star es demasiado vivo para una señorita: yo me negué en redondo a montarla.

Eleonor se calló, considerando inútil conversar con aquella mujer tan distinta de ella, y se volvió hacia lady Northcliff.

—Se me olvidaba daros los saludos de Mrs. Sikulu.

—¡Oh, gracias! ¿Cómo está la abuela Homa?

—Bien. Es una ancianita encantadora, y aunque habla poco nuestro idioma, ¡sus ojos se expresan maravillosamente!

—¿Es la abuela del marinero de lord Northcliff? —preguntó Martha, interviniendo por primera vez.

—Sí, tía, es ella. Su hija Asabi es la madre de Pitch, una mujer muy dinámica que hace unos pasteles deliciosos. ¡Dice que obtuvo las recetas de Mrs. Begbie!

—Asabi —explicó lady Northcliff—, descubrió los alimentos dulces cuando llegó a Inglaterra. Aún resulta incomprensible que Mrs. Begbie compartiera con ella secretos culinarios que se nos han ocultado a todos nosotros desde tiempos inmemoriales.

La expresión confusa de lady Bath, acompañada de una sonrisa tirante, dio a Eleonor la medida de hasta qué punto no comprendía el vínculo emocional que la duquesa mantenía con personas a las que aquella consideraba inferiores.

Instintivamente, Eleonor miró a lady Georgia: la desaprobación en el rostro ovalado de la muchacha era evidente, y el hecho de que no hiciera ningún esfuerzo por disimularla la llevó a preguntarse si era incapaz de fingir por demasiado genuina, o si era tan fanfarrona y engreída que no le importaba en absoluto lo que la luquesa pensase de ella.

—Excelencia —dijo Zaynab poniéndose en pie y haciendo una pequeña reverencia—, si me permitís, yo y niños ir, yo lavo ellos antes cena.

—Claro, Zaynab, adelante. ¿Quién me va a dar un beso?

Caroline la abrazó al instante y le estampó un beso en la mejilla; Jon, arrodillado en el diván, le tomó la cara, atrayéndola hacia sí, y la besó; también Beyruud, aunque con indecisión y timidez, se acercó y, tranquilizada por la sonrisa de la duquesa, se inclinó para saludarla.

Eleonor no pudo evitar notar que lady Northcliff había echado varias miradas furtivas a la expresión contrariada de la condesa, y fue entonces cuando comprendió que, al comportarse con su habitual amabilidad hacia Zaynab y los niños, estaba poniendo a prueba a la desprevenida lady Bath.

Después de que se fueron, los temas de conversación se volvieron mediocres y banales.

Además, Eleonor notó que, de una forma u otra, tanto la madre como la hija terminaban hablando del duque.

Se quedaron casi una hora, completamente indiferentes al hecho de que la etiqueta para una visita de cortesía, especialmente entre la nobleza de alto rango, dictaba un tiempo no superior a media hora.

Eleonor pensó que ese tipo de personas sólo concedían gran importancia a la cortesía y a los buenos modales cuando les beneficiaban, de lo contrario preferían rozar la grosería para conseguir su objetivo, que en este caso probablemente era encontrarse con el duque.

—Que el Señor me perdone, ¡pero qué poco aguanto a esas dos! —estalló Martha, provocando una sonora carcajada de Bridget.

* * *

Aquella noche Eleonor permaneció callada, preocupada por la ausencia de lord Northcliff. No había bajado a cenar debido a una aparente enfermedad, pero ella sospechaba que ya estaba de patrulla en el bosque.

Lord Roy MacKendrick estaba presente y hacía un esfuerzo excesivo por entretener a los comensales. Tal vez intentaba exorcizar su aprensión por su querido hermano charlando sin parar.

El marqués de St. James parecía saber fingir mejor: Eleonor estaba segura de que era consciente de lo que había ocurrido aquella mañana. Lo observó conversar con Nancy, y su prima estaba pendiente de cada una de sus palabras, aunque se las arreglaba para parecer tranquila y relajada.

Lord Portland intentó una y otra vez iniciar alguna conversación con ella, pero en cuanto se dio cuenta de que aquella noche no estaba de buen humor, debido a una ligera migraña, tal y como ella le dijo, dejó de dirigirse solo a ella y comenzó a conversar con la duquesa y lady Hereford.

Eleonor se retiró temprano aquella noche, disculpándose por su indisposición, dejando a Nancy de buen humor en compañía del encantador marqués.

El duque de Northcliff faltó durante los tres días siguientes, y su ausencia se justificó oficialmente por una repentina llamada de los marineros de su barco, que en ese momento estaba anclado mar adentro y era visible desde el propio castillo.

Eleonor pasó gran parte de su tiempo sola, paseando, inspeccionando la gran casa de los Northcliff y leyendo, dejando mientras tanto a Nancy disfrutar de la compañía y atenciones de Lord St. James.

* * *

9 de diciembre de 1811

Para asombro de todos, servidumbre incluida, lady Bath tuvo la desfachatez de presentar su propia tarjeta sólo unos días después, para pedir permiso a la duquesa para visitarla a la hora del té.

Las miradas de complicidad entre Maggie y Hettie o las de Ramsay y Agatha, e incluso las de Martha y lady Northcliff, hablaban por sí solas de las descaradas intenciones de la condesa de Bath.

—Nunca había visto tanta persistencia en perseguir una causa —murmuró el ama de llaves mientras arreglaba las magníficas flores tropicales recién cortadas de las plantas que el duque había traído de uno de sus viajes y cultivado al calor del gran invernadero.

—Evidentemente... lord Northcliff les ha... dado alguna esperanza —sugirió Eleonor aprovechando la locuacidad de la mujer. Estaba sentada en el banco encajado entre dos ventanas en la sala de desayuno, el libro que estaba leyendo sostenido en una mano y un dedo entre las páginas para marcar el lugar.

—¡No lo creo! Es sólo que no se darán por vencidas hasta que el duque esté casado, y son fuertes en el sentido de la responsabilidad que lo mantiene atado a las viejas promesas hechas por su padre, que el Señor tenga en la gloria, y sin embargo, lamento admitirlo, no siempre decidió con justicia por sus hijos.

Eleonor comprendió que tenía que hacer las preguntas adecuadas para obtener información, o no hacer ninguna y jugar a ser lista.

—Pero no, Mrs. Brodie, no es creíble la existencia de promesas que...

—¿No es creíble? Lady Eleonor, ¡el anterior duque había prometido a lord Bath casar a su segundogénito con la bella lady Georgia!

Eleonor no lo entendió.

—¿Segundogénito? ¿Lord Roy?

Agatha apretó los labios, dándose cuenta de que había hablado demasiado, demasiado como para echarse atrás.

—Yo no debería hablar de esto, lady Eleonor. Nunca mencionamos al segundo hijo de lady Northcliff aquí. No es lord Roy MacKendrick —había susurrado, con sus ojos azules inclinados sobre la mesa donde había colocado el vistoso arreglo de flores con una expresión triste y desconsolada en su rostro de tez clara.

—Lord MacKendrick, ¿es el tercero?

La consternación de la mujer era evidente, aunque asintió con la cabeza mientras miraba a Eleonor a los ojos, segura de que la chica sabría respetar la reserva familiar.

—Comprendo. No está vivo, ¿no es así?

—Así es.

—Cómo...

—Lady Eleonor —dijo el ama de llaves para cambiar de tema—, habéis mencionado que el duque puede haber dado a Lady Georgia alguna esperanza. ¿Por qué? ¿Acaso fuisteis testigo de algún acontecimiento que os hizo pensar en tal posibilidad?

—Bueno, no exactamente. Quiero decir, ¡se nota que lady Georgia está muy interesada en convertirse en duquesa! Y no soy sólo yo quien ha intuido esto. De hecho, creo que digo la verdad cuando afirmo que el propio duque, como muchos en nuestro entorno, es consciente de ello. La cuestión es que nunca se sabe lo que ese hombre está pensando... —Eleonor se había llevado el dedo al labio inferior y se quedó mirando las flores—. A veces es enigmático, a veces es como un libro abierto. ¡Quién sabe qué intenciones tiene con esa astuta cervatilla! —Mrs. Brodie se rio y Eleonor se dio cuenta de que había hablado en voz alta—. ¡Oh, disculpad! No pretendía ofender a lady Georgia.

—No importa —respondió la mujer con un gesto repentino de la mano—. De hecho, es como decís: astuta. Os dejo con vuestro libro, lady Eleonor.

—Gracias, Mrs. Brodie. y decidle a Mrs. Begbie que iré en breve a la cocina para probar... ¡lo que esté preparando! Siento un aroma a vainilla y canela —añadió, olfateando el aire perfumado a dulces recién horneados.

—Tarta de miel. Con canela y vainilla, precisamente —confirmó el ama de llaves saliendo de la habitación.

Eleonor leyó durante unos minutos más el tratado sobre las experiencias sociales en Oriente narradas por los exploradores. Era muy interesante y decidió anotar algunos puntos que podría necesitar para algunos de sus artículos.

Se levanto y, abandonando la sala del desayuno, entro en el estudio del duque, segura de encontrar papel y tintero sobre la mesa. Todo estaba a mano y, de pie, escribió algunas palabras y frases, pasando de vez en cuando las páginas del libro para encontrar algo que recordara haber leído. Satisfecha, releyó sus notas y volvió a dejar la pluma.

Miró el escritorio: había unas cuantas hojas de papel esparcidas y le llamó la atención la escritura en mayúsculas; en otra hoja las palabras estaban escritas en una letra cursiva tan grande que podía leerlas incluso desde lejos.

Luego miró por las ventanas y se dio cuenta de que llovía abundantemente. En el hermoso mueble bajo las cristaleras, algunos maquetas de barcos la intrigaron. Se acercó para observarlas. Eran todas fragatas de tres mástiles, evidentemente modificadas para fines comerciales, y Eleonor estaba segura de que eran los barcos del duque. No pensaba que tuviera tantas, exactamente seis.

Cogió uno con cuidado y admiró su forma alargada; leyó el nombre *Butterfly* y sonrió al ver que el mascarón de proa era una mujer con las ligeras alas de una mariposa. Lo dejó en su sitio y cogió el barco oscuro y lúgubre que estaba junto al primero; los mástiles y las velas blancas atenuaban el aspecto espeluznante que emanaba del casco negro. Eleonor leyó *Black Flower* y pensó que el nombre era acertado. Colocó la maqueta y dio un paso adelante, deteniéndose a admirar otra, totalmente diferente, de colores azul verdoso, como si quisiera confundirse con las olas del mar. Lo sostuvo entre sus manos, observando la armoniosa línea del casco y la belleza del mascarón de proa, representado por una mujer con un vestido blanco, que parecía movido por el viento, y por los cabellos rubios de color miel que se abrían a ambos lados del casco. Leyó «Eleonor Grace», y contuvo la respiración, incrédula.

Keiran sintió las vibraciones que ella emitía debido a la fuerte emoción que experimentaba al leer su propio nombre en aquella maqueta.

—Siempre lo consideré el barco de vuestro padre —dijo él, haciendo que ella se sobresaltara y se diera la vuelta.

Eleonor lo vio sentado junto al fuego, en el sillón de espaldas a la puerta. Por eso no se había fijado en él antes. Parecía cansado y desaliñado, y su barba oscura le daba un aspecto más sombrío que de costumbre. Pero sus ojos azules eran igualmente claros. Pensó en justificar su presencia, pero se dio cuenta de que seguramente había visto todos sus movimientos desde allí.

—De... ¿mi padre? —preguntó ella, sin entender y continuó sujetando el barco.

—Él me financió la construcción de los dos primeros barcos, el «Bride» y el «Eleonor Grace» —explicó el duque en un tono de voz bajo, como si estuviera exhausto—. Siempre le confesé a vuestro padre que consideraba que el «Eleonor Grace» era su barco, de hecho le puse vuestro nombre sabiendo que le gustaría. Al principio no quiso saber nada de ello. Luego, con el tiempo, le convencí: todo estaba listo para el traspaso de propiedad antes de que él...

Eleonor lo entendió. Colocó el barco sobre el mueble y juntó las manos delante de ella. «Me pregunto si será el barco que se ve mar adentro», pensó instintivamente.

—El «Eleonor Grace» está anclado mar adentro. Podéis verlo si observáis la bahía desde el castillo.

Eleonor se preguntó si le había leído el pensamiento y le miró con desconfianza.

—A veces, si las vibraciones son fuertes, como las vuestras, puedo captar vagamente pensamientos. Pero puede que ya os lo haya dicho.

—¿Estabais allí, a bordo de vuestro barco? —le preguntó ella en un susurro.

—Es vuestro barco, no el mío.

—Habéis dicho que mi padre no llegó a tiempo para firmar.

—Cierto, nunca firmó el documento. Pero vuestro tío lo hizo ante mi insistencia. Yo quería que lo tuvierais, ya que oficialmente no podía ser de Nick.

—Pero yo no sabía nada y...

—Vuestro tío estuvo de acuerdo conmigo en que sería mejor no decir nada. Después de todo, los ingresos de vuestro barco llegan a vuestra cuenta regularmente. ¿Qué importa de dónde venga el dinero?

—Pero vos ponéis vuestra experiencia y... ¿sois el capitán del barco?

—Sí, he elegido estar allí, en el «Eleonor Grace» con mis mejores hombres.

—Entonces es como yo digo: ¡vos le dais vuestra experiencia, vuestro tiempo, todo en definitiva para que funcione un barco que no es vuestro! ¡Yo debería pagaros!

Keiran soltó una carcajada, como había hecho unos días antes en la playa, y sus dientes blanquísimos resaltaban sobre su barba negra.

—¿No creéis que sea ésa mi elección, lady Eleonor? A mí me parece bien así.

—No entiendo por qué.

—Escuchad: yo amo el mar y amo ese barco como si fuera mi casa. Todo resulta muy sencillo para mí.

Eleonor no respondió. Para ella no resultaba nada sencillo comprender por qué un hombre como el duque se había privado de un barco que era suyo para regalárselo a ella, permaneciendo como su capitán y dirigiéndolo. Volvió a mirar las maquetas, pensativa. Volvió a mirarle fijamente. Notó que los ojos azules estaban apagados.

—¿Estáis bien? Parecéis muy cansado.

—Lo estoy.

—No estabais rastreando el bosque, estabais en el barco.

—He hecho ambas cosas.

—¿Y qué habéis hallado?

—Nada —respondió apresuradamente, mintiendo.

En realidad, había encontrado una bolsita de tabaco que su padre, el antiguo duque, solía utilizar en lugar de las elegantes cajitas que sólo lucía en ocasiones especiales. Keiran no sabía cómo dar sentido al extraño hallazgo. Además, la bolsita no estaba desgastada y deshilachada, como cabría esperar tras años abandonada en el bosque, expuesta a la intemperie, sino que estaba intacta y las iniciales ADMK, o Ailbert Derek MacKendrick, seguían siendo totalmente legibles.

Eleonor no le creyó, pero decidió no poner a prueba su paciencia, porque le dolía verle tan abatido.

—Id a descansar. ¿Queréis una de mis bebidas relajantes? He traído mis hierbas.

—No seréis una bruja, ¿verdad? Dicen que en algunos lugares de Inglaterra todavía las queman en la hoguera —se burló él de ella.

—Lord Northcliff —le contestó irritada—, ¡vuestro talento sin duda os habría permitido daros cuenta si yo hubiera sido una bruja!

Keiran sonrió inesperadamente.

—Sólo estaba bromeando, lady Eleonor.

—¿De veras? —le preguntó ella ya arrepentida—. No bromeáis nunca y yo...

—¿Qué bebida?

—¿Queréis dormir? O estáis sólo...

—Estoy cansado y llevo demasiadas horas sin dormir. Si me duermo tengo un sueño agitado.

—No hace falta decir que si no resolvéis vuestros problemas... Sin embargo, os voy a preparar una infusión de pasionaria y...

—No quiero ningún narcótico.

—¿De qué estáis hablando? La pasionaria os hará dormir plácidamente y cuando os despertéis no estaréis confuso en absoluto. Le añadiré manzanilla para hacerla más agradable. Confiad en mí. ¿Tenéis hambre? Le pondré un trozo del pastel que acaba de hornear Mrs. Begbie, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Qué queréis decir con «le pondré»? ¿No iréis vos a preparar la bandeja?

—¡Claro que sí! ¿O pensáis que no soy capaz? Lo hago a menudo en casa y también lo he hecho varias veces aquí. —Eleonor se sintió ofendida al pensar que el duque no la creyera capaz de realizar las tareas más mundanas, sin darse cuenta de que en realidad sólo estaba gratamente sorprendido al comprobar que era tan desenvuelta que no desdeñaba el trabajo manual y la convivencia con sirvientes. Otras jóvenes de su edad y buena familia nunca lo habrían hecho.

—Sois absolutamente...

—¡Improcedente! ¡Lo sé! —dicho esto, ligeramente molesta, salió.

—... extraordinaria. Quería decir extraordinaria —murmuró cuando ella ya no estaba.

CAPÍTULO 3

Con extrema puntualidad, lady Bath y lady Georgia se presentaron en Shell Bay Manor, tiritando de frío y con los zapatos embarrados.

—¡Absolutamente vergonzoso presentarse así, empapadas, ante vos, Excelencia! —chilló lady Bath al entrar en el gran salón donde la duquesa había decidido recibirlas—. Espero que sepáis perdonar tan desaliñado aspecto, pero por desgracia la lluvia me ha dejado hecha un verdadero desastre. No como a mi querida Georgia, que parece una rosa fresca, siempre.

Lady Northcliff reprimió una broma sobre la frescura de la muchacha. De hecho, le parecía que lady Georgia, aunque tuviera veintitrés años, al igual que lady Eleonor, aparentaba por lo menos cinco más. No es que no fuera atractiva, ni mucho menos: el óvalo perfecto de su rostro, si bien un poco grande, la tersura de su piel, la boca carnosa inexplicablemente sonrosada, el cabello castaño cobrizo siempre peinado de forma diferente pero con destreza y siempre brillantísimo, atraían las miradas masculinas. Era muy hermosa, pero las generosas formas de la joven, especialmente las de sus pechos, y su actitud majestuosa y arrogante al mismo tiempo, daban que pensar en una joven matrona experimentada y no en una primeriza doncella a la espera de marido.

—Doy poca importancia a ciertos detalles, lady Bath —contestó sosegadamente lady Northcliff—, sobre todo en días como éste. Y en Escocia los días de lluvia son muy frecuentes. —Con un elegante gesto de la mano, les invitó a sentarse.

—¿No nos honra lady Hereford con su presencia? —preguntó con fingida cortesía lady Bath.

—Martha no se encuentra demasiado bien: tiene una migraña que la aqueja desde esta mañana —explicó concisamente la duquesa.

En realidad, Bridget había pedido expresamente a su amiga no dejarse ver, explicándole que quería dar a lady Bath la oportunidad de destaparse finalmente.

De hecho, estaba segura de que tarde o temprano la mujer hablaría abiertamente del acuerdo que Ailbert había hecho con lord Bath, y pretendía tener la libertad de responderle a la condesa de forma clara y definitiva, sin que Martha se sintiera incómoda por los modos explícitos y decididos que pensaba emplear.

—Lady Georgia, ¿me haríais el gran favor de servir el té por mí? —le pidió la duquesa con mirada firme.

Si bien de mala gana, la muchacha accedió, esbozando una sonrisa de circunstancias, que Bridget identificó de inmediato como forzada: estaba segura de que lady Georgia no sólo no estaba acostumbrada a ningún trabajo manual, ni siquiera el más sencillo, sino que adoraba la ociosidad y el sedentarismo a los que su suave cuerpo se mostraba acostumbrado.

Al servir el té, la joven preguntó con voz melodiosa:

—Entonces, ¿no esperamos a lady Nancy y a lady Eleonor?

—No, tenían un compromiso previo del que no podían librarse.

—Lady Hereford nos informó que pasarán la Navidad aquí, en Shell Bay Manor —intervino Lady Bath—. Es una lástima que lord Hereford no las haya acompañado. Georgia ha tenido la oportunidad de conversar con él en varias ocasiones, encontrándolo gratamente agradable y afable. ¿No es así, querida?

—Sí, eso es correcto. Lady Eleonor tiene suerte de ser la elegida del conde.

La frase dejó a Bridget sin habla. Además, al observar los ojos traviesos de la joven, se convenció de que tenía un propósito concreto: despejar el ambiente en torno a Keiran.

—Creo que no os entiendo —dijo Bridget seriamente.

—Pero tal vez haya metido la pata —vaciló lady Georgia, que empezaba a sentirse incómoda ante la mirada insistente y altiva de la duquesa. Apartando la mirada, añadió—: Veréis, excelencia, todo el mundo habla de lady Eleonor, de su belleza y cultura, de su elegancia y de que el conde ha elegido una buena compañera. El propio lord Hereford ha insinuado en repetidas ocasiones la existencia de algún tipo de... arreglo que le uniría a su prima.

La duquesa, que hasta entonces había bebido tranquilamente su té, mirando imperturbable a la muchacha, depositó su taza sobre la mesita que tenía a su lado, juntó las manos en el regazo y afirmó:

—No existe ningún acuerdo, de lo contrario lady Hereford y la propia Lady Eleonor lo sabrían. Lo habéis entendido mal.

Su determinación desconcertó a lady Georgia.

—Duquesa, perdonad a mi hija: pero los jóvenes son tan propensos a tergiversar. Le expliqué a Georgia que tal arreglo requeriría la aprobación del tutor de lady Eleonor, a saber. ¡del mismo lord Hereford! Por lo tanto... no sería un acuerdo, sino... una decisión del conde, sin que lady Eleonor pudiera tener injerencia alguna en el asunto. —Sin duda, la condesa se creía muy astuta por haberle dado la vuelta a la pregunta de forma tan convincente. Su sonrisa satisfecha surgía de su rostro redondo y muy claro, y el aire de niña ingenua y correcta se acentuaba con su pelo rubio.

Bridget tuvo que admitir que lady Bath estaba bastante bien informada para no ser de la familia. Decidió añadir una sola frase que la silenciara.

—Lamento tener que desmontar todos vuestros razonamientos, querida condesa, pero, al no estar al tanto de las cláusulas del testamento de los anteriores condes de Hereford, poseéis una información incompleta sobre la injerencia de lady Eleonor en la elección de su propio esposo.

Lady Bath comprendió en ese momento que había mucho más detrás de las claras intenciones del conde de Hereford. Guardó silencio para evitar hacer más el ridículo, perdiendo la esperanza de ver alejada a la hermosa lady Eleonor lo más lejos posible del duque de Northcliff.

—Temas un tanto delicados, ¿no os parece, excelencia? Y para nosotras, las madres, tan ansiosas por ver felices a nuestros hijos, ¡es realmente agotador! —continuó lady Bath—. Nos debatimos entre lo que es bueno para ellos y lo que ellos desean. Por supuesto, ¡bien puedo afirmar que soy afortunada! De hecho, lo que Georgia siempre ha querido encuentra nuestra aprobación. Disculpad mi abierta sinceridad, excelencia, pero ya sabéis que a ella siempre le ha gustado y ha estimado a vuestro hijo, desde que era una niña, y vuestro marido emérito, el duque, había acordado con lord Bath una unión entre ellos.

A Bridget le entraron ganas de reír al ver cómo lady Bath hacía malabarismos con temas tan delicados.

—Sí, sois afortunada: no todas las chicas aceptan lo que se elige para ellas —le replicó, divirtiéndose al dar una esperanza a la mujer.

—¿Sería demasiado indiscreta preguntándoos si aprobáis su unión? —susurró lady Bath con aire ingenuo y tímido, casi reacia a exponer su demanda—. Veréis, os lo pregunto porque Georgia insiste mucho.

—Lady Bath, que yo lo apruebe o no tiene poca importancia: el duque nunca ha ocultado sus intenciones, así que si algún día se interesara por lady Georgia, estoy segura de que os enteraréis.

—¡Oh, excelencia, lord Northcliff es siempre tan cortés con Georgia y a menudo muestra su

buena disposición hacia ella!

—Me complace saber que mi hijo cumple perfectamente con los deberes que su título conlleva. La disposición hacia el prójimo es condición indispensable para una buena educación.

Pero la otra no se inmutó y precisó con no poca desfachatez:

—Me refería a su jovialidad, a las sonrisas y, si se me permitís, a la tierna expresión que el duque dispensa a mi hija.

—Lady Bath, si lo que decís es cierto, estoy segura de que el gran número de amigos y conocidos, que nos tienen en alta estima al duque y a mí, no tardarán en informarme de tan espontánea, aunque muy poco frecuente, afabilidad mostrada por mi hijo hacia lady Georgia.

—Pero, veréis, en ocasiones el duque y mi hija se recluían y probablemente nadie ha visto la actitud cariñosa que...

—¿Estáis diciendo que lady Georgia aceptó estar a solas con un hombre? —preguntó la duquesa con un tono severo, dando rienda suelta a todo su altivo orgullo—. Tal vez os equivoquéis, lady Bath. ¡No creo posible que una joven tan preparada como vuestra hija pueda pecar de tal ineptitud!

La pobre condesa se dio cuenta de que había empleado mal palabras y falsedades. Se dio cuenta de que, a su pesar, la propia duquesa le estaba ofreciendo la salida de una estrepitosa derrota.

—Sí, creo que me he equivocado.

El silencio que siguió fue decididamente incómodo.

Cuando Bridget pensó que el asunto estaba zanjado y la condesa se había rendido, ésta la sorprendió diciendo:

—El duque es irreprochable en sus responsabilidades, como habéis señalado. Por eso dedica tanta atención a mi querida Georgia: un profundo sentido del deber hacia una solemne promesa hecha por su padre a Lord Bath, mi esposo.

—Lady Bath —comenzó a hablar la duquesa en un tono peligrosamente calmado—, lamento inmensamente tener que ser yo quien os señale algo que obviamente no os ha quedado claro.

Hizo una pausa para estudiar los ojos alarmados de la mujer y se dio cuenta de que había llegado el momento de ahondar finalmente el cuchillo en la herida.

—La promesa de la que habláis sólo se refería a nuestro querido y añorado segundogénito, por lo que ahora debe considerarse nula desde un punto de vista formal. Pero él ya no existe. Aquella promesa no tiene nada que ver con el actual duque. Además, fue hecha por alguien que, por desgracia, ya no está con nosotros, mi querido esposo. Espero haber sido clara, condesa.

Lady Bath se puso roja como un tomate maduro. La pobre mujer no había esperado una franqueza tan explícita por su parte y eso la había confundido sobremanera.

Bridget, sintiendo lástima por ella, decidió no enfurecerse más y apartó sus hermosos ojos azules de la condesa; se sirvió un poco más de té, dando la impresión de que no estaba en absoluto alterada por lo acontecido.

—¿Cómo está lady Oxfuird? ¿Y los niños? —preguntó con indiferencia.

Lady Bath bebió un sorbo de la caliente infusión en un intento de reponerse.

—Muy bien, gracias. Los niños son muy vivaces. Pero su institutriz sabe cómo mantenerlos a raya. —respondió con voz temblorosa.

—Oí que lord Oxfuird no se encontraba bien.

—Así es, lady Northcliff. Su espalda. Un viejo achaque que le atormenta desde hace tiempo. —Lady Bath, aún consternada, hizo un gran esfuerzo por concentrarse, y se dio cuenta de que podía ser un buen momento para conseguir al menos una pequeña victoria—. Por eso hemos

pensado no agobiarles demasiado y volver a Londres por Navidad. Por supuesto, estaremos solos, como comprenderéis, así que no hay esperanzas de organizar una cena al final.

Bridget ocultó una sonrisa mientras bebía un sorbo de té. Lady Bath había lanzado por fin el anzuelo y ella decidió complacerla y poner fin al tormento.

—Pero, ¿para qué volver? Podríais quedaros con nosotros unos días, quizá la semana de Navidad.

—¡Oh, excelencia, vuestra cortesía es extraordinaria! Pero no deseamos causar ningún inconveniente. El duque podría no...

—Estad tranquila, lady Bath. El duque disfrutará de vuestra compañía tanto como de la de los demás. Insisto.

—Entonces creo que también puedo decir en nombre de lord Bath que aceptamos. Gracias, lady Northcliff.

—¡Muy bien! Será una Navidad muy divertida para todos.

—Creo que es hora de irse, Georgia. Excelencia, esperamos vuestra nota, entonces.

—Por supuesto, condesa. Saludad a lord Bath.

Madre e hija se inclinaron y se despidieron.

Bridget se dejó caer en el diván, exhausta, y suspiró:

—¡Paciencia! ¡Eso es lo que se necesita con ciertas personas!

Keiran, apoyado en la pared de madera de la doble pared secreta que comunicaba su estudio con el salón, sonrió divertido, levantando una comisura de su hermosa boca. Su madre era única. Ahora le correspondería a él aclarar ciertos asuntos que el conde de Bath seguramente volvería a mencionar.

* * *

La vista era magnífica desde allí arriba.

Eleonor había subido a la segunda planta y luego a las escaleras que llevaban de la torre del homenaje hasta el adarve. Desde esta posición elevada, tenía una vista panorámica ininterrumpida de los alrededores. El adarve estaba conectado a otros dos, más pequeños, que recorrían los lados de la torre del homenaje.

Eleonor se dirigió instintivamente al paseo que daba a la bahía y enseguida divisó el barco. Era exactamente igual a la maqueta que había visto en el estudio del duque, y lamentó no haber traído consigo el catalejo que su padre solía tener en su estudio y que ella había guardado en su alcoba de Ashford.

El suave oleaje hacía que el barco se moviera somnoliento y ella ansiaba subir a él.

Un ruido abajo la intrigó: era lord Roy MacKendrick, de pie junto al banco de piedra fuera de la cocina, con un pie apoyado en él en actitud atlética; conversaba con un hombre moreno de piel, pero no tan negro como Pitch.

«Se parece a uno de esos turcos que he visto en mis libros... ¿Y quién demonios es ése? Desde luego parece pequeño de estatura, aunque es difícil saberlo desde aquí.».

El hombre bajo flanqueaba al primero: eran el Moro y Shorty, pero Eleonor no podía saberlo.

Roy hablaba poco, como si estuviera haciendo preguntas breves pero precisas, y los otros dos respondían, usando muchas palabras y haciendo gestos elocuentes sobre direcciones, tamaños, negaciones, afirmaciones y así sucesivamente.

No se oía nada y Eleonor trató de entender, incluso conteniendo la respiración para no hacer ruido, pero fue en vano.

«¡Maldita sea! No puedo oír nada. ¡Tendré que trabajarme a lord Roy para saber más! Se van. ¿Pero a dónde va MacKendrick? ¡Ah, con Mrs. Brodie! Seguramente estaba en el invernadero

recogiendo más flores. ¿Qué flores son esas? Nunca las he visto.».

Los dos conversaban riendo.

El ama de llaves estaba contando algo divertido, usando solo una mano para expresarse más claramente, mientras que con la otra sostenía tres largos tallos verdes bastante gruesos que terminaban en extrañas flores con puntas naranjas, que Eleonor nunca había visto.

«Está imitando a alguien... ¡Lady Bath! ¡Entonces han venido! ¿Qué hace Roy? Le ha dado un beso en la mejilla, ¡qué gesto tan cariñoso! ¡Ya entran!».

Eleonor reanudó su paseo, observando que en algunas de las grietas del muro habían crecido pequeñas plantas silvestres con flores de color lila. «¡Qué extraño! Con este frío, pero al fin y al cabo aquí están bien resguardadas. Si encontrara el sitio adecuado, con algunas mantas por supuesto, podría sentarme contra la pared y leer sin que nadie me molestara. ¿Quién está ahí abajo?».

Se acercó al muro del este y se concentró en dos figuras inconfundibles por la piel negra que emergía de la verde vegetación: Pitch y Zaynab. Estaban muy cerca y hablaban, mirándose con ternura e intimidad.

Eleonor se quedó atónita.

«No lo había entendido. Tienen una mirada de complicidad, están espléndidos y... ¡Dios mío, se están besando!». Llevó ambas manos a la boca abierta de par en par. Instintivamente miró a su alrededor, abajo, a la derecha y a la izquierda: ¡nadie podía verlos tan inmersos en la naturaleza!

Apartó la vista, como queriendo preservar un momento de intimidad precioso para los dos enamorados, pero la tentación la hizo volver a mirar curiosamente hacia ellos.

Se besaban con más pasión, y él, más alto por un buen palmo, le pasaba las manos por la espalda esbelta con caricias provocadoras. De repente, se separaron, se miraron un instante y desaparecieron hacia los árboles que se volvían más densos. No le fue difícil a ella entender a dónde iban y para qué.

Suspiró, presa de pensamientos románticos. «Qué hermoso es estar enamorado y estar con el hombre que amas, prestarte a la pasión de sus besos, cuánto me gustaría que el duque...».

Dejó de pensar conscientemente y comenzó a verse a sí misma abrazada al duque, en actitudes que su tía habría definido como licenciosas y escandalosas. Pero ella anhelaba las caricias de ese hombre desde hacía demasiado tiempo, y deseaba con desesperación tenerlo todo de él.

Una risa masculina la sacó de las fantasías sexuales que ya estaban invadiendo su mente.

Se asomó, pero no vio nada.

Fue al paseo norte y miró hacia abajo: la sombra del imponente castillo cubría todo el patio de entrada, incluida la fuente, y parte del camino. Fue allí donde Eleonor vislumbró a lo lejos a su prima Nancy y al marqués de St. James, quienes conversaban y se sonreían con una soltura que hasta ese momento le había pasado desapercibida.

«¡Caramba! Parecen viejos amigos y Nancy está feliz. Él la mira de una manera...».

Nancy movía los labios y al mismo tiempo escribía en su cuaderno para hacerse entender; él no le quitaba los ojos de encima ni un momento.

Luego ella pareció avergonzada por la actitud de expectación y sorpresa del marqués ante algo que ella había dicho, pero, con gran valor, siguió mirándole fijamente y hablando. Al final él pareció satisfecho, tanto que sonrió. Nancy se comunicó de nuevo.

«¿Qué hace ahora el marqués?». Lord St. James acercó el rostro a la muchacha, como si fuera a besarla, pero luego, tal vez presa del remordimiento, se apartó y le acarició la mejilla. Cogió una flor diminuta en medio del césped que bordeaba el camino y con un gesto espontáneo la prendió en el pelo de su prima.

Nancy, por su parte, sonreía, más hermosa que nunca, radiante y claramente a gusto.

Él susurró algo y ella, atenta al movimiento de los sensuales labios masculinos, asintió enérgicamente con la cabeza y reanudó la marcha.

«Ya no hablan. ¿A dónde van? Al invernadero. Hum, un lugar apartado. No, no entran. Van al laberinto. La glorieta en el centro tiene dos bancos. Aún no he estado allí.».

Eleonor observó los alrededores y, para ver mejor, se acercó a la pasarela del oeste. No pasaba nadie. Ni siquiera del establo llegaba ruido o movimiento alguno.

Miró de nuevo hacia Nancy. Los dos habían llegado a la glorieta. Entraron y su prima se sentó, mientras el marqués se quedaba mirándola. Seguían conversando.

«¡No debería espiarles, pero es más fuerte que yo! ¿Qué diablos es ese ruido?».

Eleonor corrió de nuevo hacia el norte y vio el carruaje de los Oxfuird con la puerta abierta. El ayuda de cámara, vestido con la librea de los criados de los Northcliff, ayudó a subir a lady Bath y a lady Georgia; la puerta se cerró y el vehículo se alejó, balanceándose hacia el camino, donde fue engullido por el verde sombrío de las copas de los árboles sobre la carretera.

Eleonor se dirigió de nuevo hacia el oeste y buscó a Nancy y al marqués.

Sólo veía sus botas oscuras, sus pantalones hasta la rodilla, un trozo de chaqueta... Y los zapatitos de ella, su vestido beige, su capa de piel...

Eleonor trató de averiguar su posición, entrecerrando los ojos.

«Están de pie, definitivamente cerca, de hecho demasiado cerca, yo diría que pegados... ¡oh Dios mío! ¿Pegados? Pero...».

Abrió los ojos, incrédula; se dio cuenta de lo que hacían los dos en el interior de la glorieta.

Extendió los brazos, molesta, y soltó: «¿Qué les pasa a todos con los besos? ¡Uf!». Se marchó a paso ligero, y descendió la estrecha escalera de piedra de la torre del homenaje con una impetuosidad impropia de una señorita decente, olvidándose de levantarse el vestido, que se arrastró sin compasión por el suelo, embadurnándose de un polvo oscuro.

* * *

Roy se acercó desganado al banco de piedra en el patio frente a la cocina. Notó el jardín extenso y bien cuidado, al que Mrs. Begbie y Agatha estaban tan dedicadas que aceptaban la ayuda ocasional de Wilson Owen, el ya anciano padre de Ben, y el apoyo de Malik, el hermano menor de Pitch. Apoyó un pie en el banco y, en cuanto vio al Moro salir de la cocina, preguntó:

—¿Qué has encontrado hoy?

—Mirad, creo que es necesario apostarse allí, camuflarse en el maldito bosque. Pero las sombras de ese lugar dan...

—¡Bobadas! —dijo Shorty llegando también de la cocina—. Disculpad, Milord, pero el Moro tiene miedo de espíritus y sombras... incluso yo digo que se quede aquí, como ha hecho el capitán Blake.

—¿Algún indicio? —preguntó Roy.

—Huellas frescas de caballos y zapatos... no, botas —respondió el Moro.

—Grandes. Las botas, quiero decir. Más o menos así —añadió Shorty, adelantando las manos para mostrar el tamaño.

—¿Más que mi pie? —preguntó Roy.

—¡Ya lo creo! Más grande incluso que la del capitán. —Shorty pensó un momento y añadió —: Como Pitch, eso es.

—Entonces podrían haber sido sus huellas, ya que también ha buscado rastros...

—No, no eran suya. Pitch usa botas con extrañas costuras... ¡cosas de africanos! —explicó Shorty con aire de sabihondo. Normalmente era de pocas palabras, pero cuando estaba en tierra

se volvía más locuaz; nadie entendía por qué.

—¿El caballo? —preguntó de nuevo Roy.

—El caballo... robusto en mi opinión: las huellas eran profundas —respondió Shorty, con las manos en los bolsillos—. Teniendo en cuenta que el bastardo que buscamos tiene un pie enorme... entonces su bestia también debe tener tamaño para soportar su peso.

—Esta mañana había huellas suyas y del caballo en un claro. Cubrían todo el lugar. —El Moro había hablado señalando el suelo con las manos y extendiendo los brazos para que lord MacKendrick se hiciera una idea de la extensión del claro del que hablaba—. Hemos rebuscado entre las hojas secas, y Shorty, pequeño como es, incluso ha conseguido escabullirse entre los arbustos para buscar algo. ¡Nada, maldita sea!

—¿Mi hermano os ha dado órdenes de regresar al barco?

—Sí, nos volvemos —respondió Shorty señalando el mar—, pero primero iremos a casa de Pitch: su madre nos ha invitado a cenar y el capitán ha dicho que podemos volver al «Eleonor Grace» más tarde.

Roy hizo un gesto con la cabeza, despidiéndolos. Se dirigió al invernadero, de donde había visto salir a Mrs. Brodie con unas Strelitzias apoyadas en el pliegue de su brazo izquierdo.

—¡Mi joven Milord! Ya sabéis que no me gusta preguntar, pero ¿qué hacen en tierra esos marineros del duque? ¿Qué ocurre?

—¡Mi querida Agatha, no son cosas que puedan interesar a bellas damas como tú! —le respondió con su habitual e irresistible sonrisa—. Más bien dime qué pasa dentro. ¿Quién está?

—¡Oh, la quejumbrosa Lady Bath con su hija, la astuta cervatilla!

—¿De dónde has sacado ese apodo? —preguntó él riendo.

—Bueno, así es como Lady Eleonor lo llamó —bajó la voz y añadió—: ¡Pero no lo digáis, os lo suplico!

Roy aun rio con más ganas.

—No sé si aguantaré más a la madre con ese aire de muñeca ingenua... «excelencia, perdonad mi aspecto indecente a causa de la lluvia»... —dijo el ama de llaves imitando la chillona voz de la condesa—, y la hija, ¡de una pieza y tan orgullosa como si ya fuera duquesa!

—¡Estás muy dicharachera, Agatha, y te adoro! Pero ten por seguro que la cervatilla encontrará pan para sus dientes.

—¡Claro que sí! ¿No creerá que puede competir ni remotamente con la bellísima lady Eleonor?

Roy frunció el ceño.

—En realidad me refería al propio Keiran, pero ahora que lo mencionas, sí, la cervatilla se convertirá en hiena en cuanto el tigre, es decir, lady Eleonor, ponga sus ojos en Kein. Quizá deberíamos ayudar al tigre lo justo para tener el camino allanado, ¿no crees?

—Podéis contar con ello. —Agatha guiñó un ojo con complicidad, Roy se inclinó para darle un beso en la mejilla, y juntos entraron en la cocina.

* * *

—Entonces partiréis no antes de la primavera —murmuró Zaynab.

—Sí —respondió Pitch en su habitual tono lacónico. Obviamente entre ellos hablaban en somalí.

—¿Algún peligro en el bosque?

—Sí.

—¿Podría retrasar la salida?

—Sí. O bien anticiparla.

Zaynab sonrió, aunque la idea de ver partir a su amado antes de tiempo le produjo un gran disgusto.

—He pensado mucho en tu idea. Y estoy dispuesta a pasar largos periodos sin ti, si eso es lo que requiere tu trabajo. Pero Wanjala, no puedo estar sin mis hijos.

—Nunca te he pedido que lo hagas y nunca lo haría.

—¿Crees que el duque aceptará nuestra unión formal? Y, sobre todo, ¿que nos quedemos con los niños?

—Ya lo he hablado con él. No puso ninguna objeción.

Zaynab sonrió, mostrando una hilera de dientes blancos. Sus ojos negros, levantados en las comisuras, brillaban de felicidad.

Pitch se inclinó sobre ella, acortando la distancia que los separaba debido a su altura, y posó suavemente sus labios sobre los de ella. Se besaron con ternura. Luego el abrazo se volvió posesivo y apasionado y Pitch pensó que no podría resistir la tentación de tocarla.

Cada vez que estaba con ella, perdía la cabeza; la adoraba por su fuerza oculta, por la resistencia al dolor que había demostrado a pesar de las terribles experiencias que habían marcado su joven vida, por el tierno amor con el que había sido capaz de acoger y criar a niños que no eran suyos, pero a los que adoraba como si lo fueran. Los once años que los separaban no fueron suficientes para mantenerlo alejado. Se apartó y la miró fijamente por un momento.

—¿Un paseo, Wanjala? —le preguntó dulcemente Zaynab.

Él aceptó, y cogiéndola por los hombros, se dirigieron hacia la espesura de la vegetación, donde desaparecieron.

* * *

Daniel temía revelar demasiado abiertamente sus emociones a la joven lady Nancy. La miraba furtivamente, como buscando la respuesta a su dilema: ¿ser explícito y hablar con su madre de inmediato o esperar con formal cortesía un tiempo más acorde con lo que la etiqueta llamaba buenos modales?

Una ligera presión en el brazo le distrajo de sus cavilaciones. Fue la mano pequeña y ahusada de la chica la que atraía su atención.

—*Parece que algo os preocupa* —apuntó la joven en su cuaderno.

—No, nada de eso. ¿Estáis cómoda aquí, en Shell Bay Manor? ¿Os gusta? —le preguntó él, poniendo las manos a la espalda y dejando volar con los pies algunos guijarros de la grava del paseo frente al castillo.

—*¡Sí, mucho! A pesar del frío, ¡me encuentro muy a gusto! Siento una gran sensación de paz y tranquilidad. Y siento también el calor de esta familia. Disfruto de la naturaleza que veo e imagino los sonidos de los animales, me gustan los colores que me rodean y tengo mil ideas para dibujar. Estoy deseando coger los pinceles* —garabateó rápidamente en la hoja en blanco.

—¿No habéis pintado desde que estáis aquí?

—*Suena absurdo con todos los estímulos visuales que tengo. El caso es que mi prima y yo siempre tenemos algo que hacer: salir a pasear, recolectar las hortalizas de Mrs. Begbie, preparar deliciosas meriendas, recoger hierbas para la despensa de Eleonor, visitar a la familia de Pitch y mil cosas divertidas más.*

—¿Recolectar hortalizas? ¿Despensa de hierbas? Actividades muy poco habituales, lady Nancy. Y además, ¿meriendas?

Nancy se rio de la cómica expresión de asombro del marqués.

—*Dejadme que os lo explique. A Ellie y a mí nos divierte la jardinería. A mí más que a Eleonor. Me gusta el contacto con la tierra, lo sé, no es algo que deba admitirse con tanto*

orgullo: ¡una señorita de bien no debería hacerlo! Pero me encanta. Así que por la mañana temprano ayudamos a Mrs. Begbie a recoger verduras y hortalizas, o vamos en busca de las hierbas que le faltan a Eleonor para sus infusiones, pero sólo después de desayunar en la cocina... no me miréis así.

—No, no, continuad, os lo ruego —dijo, deteniéndose frente a ella y observándola intensamente. Ella mantenía los brazos cruzados y las piernas abiertas en actitud expectante. Él parecía mucho más grande que ella, con aquellos hombros anchos y aquellas piernas musculosas. Entonces acercó llevó una mano a la barbilla y empezó a rozársela con los dedos.

Nancy no pasó por alto aquel atractivo movimiento y se quedó mirando su mano bronceada durante unos segundos. Luego levantó los ojos para encontrarse con los suyos.

—*Ellie tiene este hábito de la cocina y me gusta estar con ella.*

—Entiendo.

—*Es decir, no es que me importe estar allí.*

—¿A qué os referís?

Nancy suspiró y escribió con valentía:

—*Mirad, tengo mis defectos: no desdeño el trabajo manual, ni pongo mala cara si se me ocurre comer con criados en la cocina. Deberíais saber esto antes de...*

—A mí me gustáis así. Sólo estoy sorprendido, no pensé que fuerais tan fácil de tratar.

Nancy sospechó que lord St. James le mentía.

—¿No me creéis? Me gustasteis desde el primer momento y ahora aún más. Porque nos llevamos bien. Tengo un barco propio y otro en construcción. ¿Pensáis que no trabajo en mi barco? ¿Creéis que no converso con mis hombres? lady Nancy, vos y yo somos muy parecidos.

Mientras hablaba, se acercó y la miró desde la altura de su estatura. Deseaba acariciarle la cara y besarla, pero se limitó a sonreír de forma tan convincente e intrigante que provocó una reacción en ella.

—*¡Vos también me gustáis!* —dijo la chica de sopetón y sin pensárselo. Ella lo miraba fijamente a pesar de su vergüenza, sólo mantenía los ojos vueltos hacia arriba, y la cabeza rígidamente erguida.

Daniel no venció aquel deseo y se inclinó lentamente, intuyendo la ternura de sus labios.

Pero un imperceptible movimiento procedente de un lateral, que captó con el rabillo del ojo, le detuvo. Alguien o algo en los adarves del castillo. Tal vez fuera simplemente un pájaro, pero fue suficiente para hacerle recapacitar. Se dio la vuelta con aire serio, estupefacto por su negligencia.

Lady Nancy le miraba alarmada y entonces él le sonrió. Se inclinó para coger una flor y se la prendió en el pelo, más brillante a la luz del día.

Aquel gesto íntimo hizo que el corazón de la joven latiera más deprisa y, cuando se dio cuenta de que sus manos la tocaban, un escalofrío recorrió su espina dorsal, sintiendo un deseo inexplicable de ser abrazada y tocada por él.

¿Era esto lo que Eleonor le había explicado? ¿Era éste el deseo que sienten un hombre y una mujer cuando se desean?

El marqués le acarició la mejilla con dos dedos y le preguntó:

—¿Os apetece entrar en el laberinto conmigo?

Nancy se lo confirmó con firmeza, con una sonrisa expectante en el rostro y los ojos grises extrañamente humedecidos.

Reanudaron la marcha, y se dirigieron sin mediar palabra.

Daniel quiso levantar la mirada para observar el castillo y ver si había algo inusual allí arriba. Pero decidió que lo haría de manera más informal y sin llamar demasiado la atención, una vez

llegados al laberinto. Tras unos pasos entre la enmarañada vegetación, aprovechando su alta estatura y con la excusa de mirar a lady Nancy, por fin levantó la vista, pero no vio nada ni a nadie.

Continuaron hacia la glorieta pintada de blanco que ya podían vislumbrar. Mientras subían los dos escalones, señaló un banco y Lady Nancy se sentó en él, con las manos enguantadas apoyadas en el regazo.

Daniel la observó y se sintió obligado a justificar su interés por ella, por si la muchacha lo entendía mal.

—Cuando digo que me gustáis, lady Nancy, hablo en serio y con intenciones sinceras.

Nancy asintió sin dejar de sonreír.

—Tal vez no lo entendáis.

—*Lo he entendido, lord St. James*.

—No, me gustaría que comprendieseis que no pretendo, de ningún modo, faltaros al respeto y si estáis de acuerdo, mañana mismo hablaré con vuestra madre.

—*Comprendo vuestras intenciones, de verdad*.

—¿Entonces estáis de acuerdo? ¿Queréis que hable con vuestra madre?

Nancy se levantó esta vez y se acercó a él, levantando la cabeza para no dejar de mirarle. Esperaba que él diera el siguiente paso y, en realidad, estaba deseando que lo hiciera.

Daniel entrecerró los ojos y la estudió desde arriba, impresionado por el valor que la joven mostraba al acercarse. Olía un perfume embriagador que emanaba de ella, pero estaba demasiado excitado para darse cuenta de qué fragancia se trataba. Aquellos ojos transparentes y expectantes le dieron el visto bueno. Bajó la cabeza hacia ella, pero antes de que pudiera siquiera rozar sus labios, Nancy le rodeó el cuello con los brazos, sorprendiéndole.

Rodeó con sus manos la cintura de aquel cuerpo femenino tan apetecible, pero no la besó; se quedó sondeando sus ojos grises, sonriente, como saboreando cada momento. Luego le cogió las manos y tiró de ella hacia sí, abrazándola con fuerza y besándola finalmente.

No pasó por alto la suave forma de los jóvenes pechos apretados contra él, y esto le excitó aún más.

Nancy sintió un estremecimiento que nunca antes había experimentado, desde el momento en que él la había abrazado sólo para mirarla con aquellos ojos increíblemente dorados, y que había crecido cuando sus labios se habían posado sobre los de ella, hasta estallar en una excitación convulsiva que la llevó inconscientemente a enredar los dedos en su cabello oscuro.

Daniel intuyó al instante que la muchacha era apasionada e instintiva, lo que no le sorprendió: siempre había pensado que lady Nancy escondía algo arrollador. Deslizó las manos por su espalda mientras rozaba sus labios, conteniendo su ímpetu por miedo a asustarla.

Pero en cuanto ella se aferró a su cuello, tirándole del vello de la nuca, Daniel no esperó más: lamió con un movimiento sinuoso y provocativo, y Nancy reclinó la cabeza sin oponer resistencia.

Luego deslizó la lengua con cuidado, pero la muchacha no esperó más, recordando las historias de su prima y sus explicaciones.

Aquella intimidad producía en Nancy un profundo placer, y sin ningún pudor permaneció unida a él incluso cuando sintió su duro miembro apretado contra ella. Empezó a jadear y a desear más. Instintivamente apretó las caderas contra el hombre.

Fue aquel gesto desinhibido el que dio a Daniel la medida de cuánta pasión había en ella. Él se apartó de mala gana, mirándola con ojos desesperados. La apartó con las manos y él mismo dio un paso atrás.

—Vete... vete a casa antes de que no pueda controlarme más.

Nancy estaba desconcertada. Se sentía abandonada y él lo percibió.

—Es que me gustas demasiado y nunca me ha pasado... —le explicó él, intentando no mirar su esbelto cuerpo oculto bajo la capa. Pero le resultaba difícil después de haberle tocado y abrazado.

Nancy no se movió.

Daniel suspiró.

—Escucha, hablaré con tu madre mañana, pero ahora vete, Nancy, vete. No quiero...

—*¿Me tienes miedo?* —preguntó ella.

—Dios mío. —Daniel se pasó una mano por el rostro—. ¡Sí, tengo miedo! Tengo miedo de... ir más lejos. ¿Entiendes de lo que estoy hablando?

—*Sí, tienes miedo de deshonrarme.*

—Ahora vete a casa, Nancy, te lo ruego.

Nancy suspiró, pero en lugar de marcharse, se acercó de nuevo a él, viendo que sus ojos se abrían de par en par. Se puso de puntillas, le puso las manos en los hombros y le besó una vez más, sacándole enseguida la lengua y haciéndole gemir como un niño pequeño.

Daniel la apretó convulsiva y desesperadamente, sabiendo que si ella no paraba, no volvería a hacerlo.

Pero Nancy comprendió aquel juego de seductora del que tantas explicaciones había recibido, y cuando la pasión parecía cegarle, se estremeció, le dio la espalda y se marchó.

* * *

En cuanto el carruaje se detuvo frente a los escalones de entrada, Ramsay abrió el portón.

—Por favor, condesa, lady Georgia. Vuestro carruaje está listo.

Las dos mujeres salieron sin un gesto de saludo o de agradecimiento y descendieron los escalones, sujetándose los vestidos con una mano.

El valet, Steve, aguardó a las damas y en cuanto estuvieron listas para subir les ofreció su brazo para ayudarlas. Cerró la puerta e hizo una reverencia. El carruaje se alejó.

—Esa mujer también será un problema cuando me convierta en duquesa —afirmó Georgia con preocupación.

—No, si sabes cómo manejarla —respondió su madre con inesperada sabiduría.

—¿Manejarla? Yo seré duquesa y ella tendrá que echarse a un lado.

—El duque adora a su madre. ¿Crees que te miraría con buenos ojos si viera cómo la denigras?

Georgia guardó silencio, incapaz de negarlo.

— No quiero que te desanimes, pero la verdad es que no estás comprometida con él y la palabra del padre no vale nada. ¡Lady Northcliff tiene razón en eso!

—¿Crees que no soy capaz de conseguirlo incluso sin la ayuda de esa estúpida promesa? Espera a que tenga la oportunidad de verle continuamente, día y noche.

—No cometas imprudencias. Es un hombre experimentado, que ha viajado mucho, y tu padre afirma que tiene mujeres por todas partes: a alguien como tú sabrá desenmascararla enseguida. Cosa que ya ha hecho, creo. ¿No lo recuerdas? Así que ten cuidado.

—¿De qué tienes miedo? No descubrirá nada si uso una vejiga.

—¡Calla! ¡Odio hablar de ese desafortunado incidente con el que te comprometiste, Georgia! ¡Fuiste descuidada y estúpida! ¡El caballerizo de Lord Oxfuird! Calla y nunca hables de eso.

—¡Deberíais haberlo despedido!

—¿Y para qué? ¡tú lo consentiste! ¡Despedirle habría sido como decirle a todo el mundo que estabas deshonrada! —Lady Bath había bajado la voz, casi como para exorcizar el horror que

sentía, y miraba a su hija con severidad, como hacía siempre que estaban solas: su hija era astuta, pero necia e inexperta; ella era hábil, experimentada y sabía aparentar ser inofensiva y maleable, cuando en realidad era todo lo contrario.

Georgia frunció el ceño.

Tenía dieciséis años cuando había accedido a hacer el amor con el joven caballerizo de la casa de los Oxfuird, y en realidad se sentía impulsada por un deseo sexual irrefrenable.

Culpaba de ello al duque de Northcliff, entonces marqués de Lothian, que siempre le había negado las relaciones sexuales.

Además, el mozo de cuadra al que se había entregado era bastante atractivo, alto y moreno, de ojos grises, y le recordaba vagamente a Keiran. Después de que él la penetrara con suma delicadeza y tras el dolor inicial, pasó la noche con él y lo repitieron otras dos veces.

En aquellos momentos, el riesgo de quedarse embarazada o de contraer alguna enfermedad sexual no la había inquietado lo más mínimo.

Ahora, recordando aquellos momentos, no sentía remordimiento alguno, sino el deseo de volver a acostarse con aquel hombre. Inmediatamente se sintió excitada al pensar en las cosas que él iba a hacerle, y se le humedecieron las piernas.

Esa noche se escaparía y se reuniría con él en la habitación de detrás del granero.

* * *

Eleonor bajó corriendo las escaleras, entró en la habitación que compartía con Nancy y se detuvo en medio de la estancia. Jadeaba, y una fuerte sensación de fastidio que identificó como celos la abrumó.

¿Cómo era posible que Nan, la prima más joven e ingenua, aquella a la que ella misma, aunque sin práctica alguna, había enseñado todo, estuviera ya en el camino del matrimonio antes que ella? Sabía que aquel sentimiento malsano no la honraba y se sentía tan avergonzada, irritada aún más por su incapacidad para manejarlo. Decidió evitar a Nancy, al menos hasta que entrara en razón.

Se acercó al escritorio y en un trozo de papel sacado del cajón escribió dos líneas para ella; dejó el trozo de papel sobre el vestido que Maggie ya había preparado en la cama de Nancy para la cena, y se marchó.

Subió corriendo las escaleras hasta el portón y salió de la casa sin permitir que Ramsay la detuviera, si es que se encontraba en las inmediaciones. Echó a correr hacia el camino de entrada y se internó en la espesa vegetación del borde de la carretera.

Tan pronto como pensó que estaba lo suficientemente lejos, se volteó para comprobar si alguien la había visto. Satisfecha de estar sola, buscó un lugar donde sentarse. Se dejó caer al pie de un árbol, donde las hojas secas le servían de cojín. De inmediato sintió frío, porque el suelo estaba húmedo, e imaginó que ya tenía la capa mojada. Abrazó sus piernas y no se movió.

«Soy injusta, debería alegrarme por Nan, se lo merece: es buena y amable, a pesar de su mala suerte. ¿Mala suerte? ¡Yo soy la desdichada por estar aquí con estos sentimientos tan indignos! ¡Maldita sea! No quería hacerlo.».

Empezó a llorar, aunque intentó tragarse el nudo que sentía en la garganta. Escondió su rostro entre las piernas y lloró libremente.

Unos minutos después se calmó y su mente recobró la lucidez.

«Me alegro por ella y ahora creo que estoy preparada para escuchar la historia que seguramente me contará. Madre siempre me dijo que expresara lo que uno lleva dentro, ya fuera una emoción correcta o incorrecta, no importaba. Y debería haber hablado con el duque nada más llegar y no aguardar tanto: ahora sabría qué hacer con mi vida, si confiar en mis propias

fuerzas o poder contar con él. ¿Por qué no lo hice enseguida? ¡Maldita sea! Y esa cervatilla en celo, abalanzándose en cualquier momento, ¡podría arrebatármelo! ¡Oh, Dios mío, ayúdame! ¿Qué iba a hacer yo, entonces? Sufriría, ¡ésa es la verdad! Porque le quiero, le quiero tanto, hace años que estoy enamorada de él, ¡ésa es la verdad!».

Levantó la cabeza y vio que la sombra lo había invadido todo: estaba casi a oscuras. Suspiró.

«¡Bien! Desde esta noche, una nueva Eleonor: como una gran dama, peinado, vestido y porte impecables. Le demostraré que estoy a la altura. Y mañana hablaré con él.».

Se levantó bruscamente. El vestido se le pegaba a los muslos. La humedad le había llegado a los huesos y volvió a temblar. Caminó a paso ligero entre la vegetación y subió al camino de entrada. Entró en la casa, donde Ramsay y Mrs. Brodie hablaban junto a la escalera.

—Lady Eleonor —murmuró el mayordomo—, la condesa os estaba buscando... ¡Pero estáis toda mojada! ¿Habéis tenido algún problema?

Ella sonrió.

—No, en absoluto. Simplemente me he sentado entre unas hojas.

—¿Cómo, por favor? ¿Habéis dicho... entre unas hojas? —preguntó confundido el hombre.

—Sí, sí, eso ha dicho. Querida —comenzó a hablar el ama de llaves—, ¿queréis que os prepare agua caliente?

Eleonor se lo pensó unos instantes.

—Gracias, Mrs. Brodie, en realidad me apetecería darme un baño, si no os importa. ¿Cuánto falta para la cena? ¿Llegaré a tiempo?

—Una hora todavía, lady Eleonor. Creo que llegáis justo a tiempo. La acompañaré. Ramsay, ¿seríais tan amable de pedir el agua en la habitación de señoritas? Que se pongan al trabajo tres o cuatro, para hacerlo antes.

—Por supuesto, Mrs. Brodie. —Ramsay se alejó.

—Mrs. Brodie, ¿sabéis si el duque cenará con nosotros?

—Sí, estará, lady Eleonor —le respondió la mujer complacida por el interés de la muchacha.

* * *

—Pero, ¿qué decís? ¡Estáis guapísima! —refunfuñó Maggie, mirando la maravillosa figura de Eleonor en el espejo.

—Me parece que... saco a relucir... ¡todo esto! —respondió ella, tocándose los senos, que llenaban maravillosamente el vestido.

—Están ahí y desde luego no puedes aplastarlos con vendas si lucís ese precioso vestidito —respondió concisamente Maggie.

—Uf.

—Eleonor... así está bien, debéis tener confianza —la tranquilizó Hettie deslizando sobre su cabeza el precioso colgante que le había regalado su madre, Sophie. La esmeralda iluminó inmediatamente su escote.

Eleonor se estudió atentamente.

«Desde luego, este verde muy pálido no desentona y el corte es sencillo. El vestido es elegante pero discreto. Quizá tengan razón. Menos mal que lo quería con mangas tres cuartos.».

Se giró para ver el efecto por detrás.

«No es escotado pero acentúa la espalda ¡y el trasero! Si saco pecho los pliegues de la espalda disimulan un poco la parte de abajo... ¡no! ¡Parece que quiero enseñar los pechos! Mejor erguida y sentada... ¡una silla!».

—¡Una silla! Hettie, ¿me acercarías la silla del escritorio, por favor? Gracias. —Aunque trató de mantenerse erguida aún a riesgo de parecer que la habían empalado, sus pechos subieron

igualmente. Fingió acercarse a una mesa imaginaria y, por supuesto, su escote reveló el canalillo que tenía en medio del pecho.

—¡Uf!

—¡Es normal, lady Eleonor! —exclamó Maggie exasperada—. ¡No sois el palo de una escoba! ¡Mirad a vuestra prima! Ella tiene el mismo escote.

—Pero si ella está prácticamente prometida y se complace en mostrar sus encantos.

Nancy también les había relatado, sumariamente, su encuentro con el marqués a las dos criadas.

—*¡Ellie! No exageres!* —dijo su prima, marcando con las manos—. *Aquí todas sabemos que tú también tendrías a quien enseñarle los tuyos*. —Nancy no terminó la frase y señaló vagamente los pechos de su prima.

—¡Nancy!

En respuesta, la muchacha miró con odio a Eleonor. Pero ella no conocía los verdaderos motivos de Ellie para ocultar su cuerpo tras una abundante ropa, y nunca los conocería, al menos no de su prima.

Maggie se acercó a ella y le susurró al oído:

—¡Ya va siendo hora de que os quedéis con ese buen partido que es el duque! He oído que lady Northcliff ha invitado a los Bath a pasar unos días aquí para Navidad.

—¿De verdad?

Maggie asintió.

—¡Maldita sea! ¡Esa infecta cervatilla será un problema!

—*¿Entonces? ¡Inténtalo! ¡Y cuanto antes!* —le dijo con signos Nancy.

—¡Estoy de acuerdo con lady Nancy! —dijo Maggie.

—¿Qué sabes tú? No conoces su lenguaje —intervino Hettie.

—¡No hace falta ser científica para entender lo que ha dicho!

—¡Cállate, Maggie! Más bien, estoy de acuerdo en que deberíais intentar un acercamiento —se expresó con cautela Hettie.

—¿Acercamiento? ¡Yo me lanzaría a sus brazos justo después de la cena! Si comprendéis lo que quiero decir, lady Ellie.

—¡Maggie! ¡No le hables así a mi ama!

—¡Disculpadme, lady Eleonor, pero vos también deberíais espabilar.

—¡Maggie!

—Hettie, ¡debes haber repetido mi nombre al menos treinta veces en media hora!

Las dos primas sonreían divertidas por el chispeante diálogo que las dos doncellas siempre conseguían crear, pero a su vez Ellie no dejaba de mirarse en el espejo.

Sí, al duque le gustaban las mujeres bellas, y ella estaba segura de que a él le habría gustado. Pero también habría despertado el interés del conde de Portland, una consecuencia que no deseaba en absoluto. Tenían razón, la única solución era actuar con rapidez. Obviamente, ni Nancy ni Maggie sabían que ella planeaba hablar abiertamente con lord Northcliff y hacerle una verdadera propuesta de negocios.

* * *

—¿Tienes algún problema, Blake?

—No. ¿A qué te refieres?

—No le has quitado los ojos de encima ni un momento, y tu madre se ha dado cuenta —le explicó Daniel.

Keiran suspiró.

—Tendré más cuidado. Desde luego, admitirás que la chica se ha descubierto en el verdadero sentido de la palabra. —Enseguida se había dado cuenta de que los pechos de ella ya no daban la impresión de estar constreñidos o apretados. Sí, había visto bien, evidentemente antes se comprimía el busto por algún extraño motivo.

—Me he dado cuenta. ¿ Quiere impresionar a alguien?

—Claro que sí, a Roy.

Daniel se volvió para mirar a su amigo, incrédulo por no haber comprendido aún.

—No la has tocado, ¿verdad?

—No, ¿por qué?

—Por nada. Pero hazlo lo antes posible.

Keiran terminó su aperitivo, esforzándose por no mirar hacia donde estaba lady Eleonor. Se dijo a sí mismo que debía tener respeto por su hermano, pero la imagen de esa joven lo obsesionaba, y el hecho de que la encontrara extraordinaria como persona no ayudaba.

Eleonor le miraba de vez en cuando, admirando sus movimientos, su forma de hablar e incluso los escasos gestos que hacía con la mano libre mientras conversaba con el marqués de St. James.

—¿Por qué sonreís de ese modo? —le preguntó finalmente a Lord Roy.

—Porque intentáis desesperadamente prestarme atención, pero vuestro interés por mi hermano Kein no os lo permite.

—¡Oh! ¡Disculpadme, Roy, soy imperdonable!

—No, no. Sin embargo, sois divertidísima porque, a diferencia de las demás, no fingís un interés que no sentís, y eso os hace simpática y original. De todos modos, tened por seguro que se ha fijado en vos. ¿Y quién no? Menudo cambio desde ayer... o más bien desde esta mañana, diría yo.

—¿Estoy vestida de manera inapropiada?

—¡Oh, no, en absoluto! Si no fuera porque estoy seguro de que mi hermano tiene debilidad por vos, y si no estuviera seguro de que vos le adoráis, ¡os cortejaría!

—Gracias, Roy, ¡sois tan encantador! Habéis logrado calmar mi agitación —dijo Eleonor, poniéndole una mano en el brazo, notando la suavidad del fino tejido de su chaqueta oscura—. ¡Ahora tomaría a gusto un aperitivo!

—Vamos, os acompaño.

El camarero sirvió a Eleonor y a lady Hereford, que estaba cerca conversando con lady Northcliff y lord Portland.

—¿Así que los Wiltshire llegarán cualquier día de estos?

—Sí, Martha —respondió la duquesa—. Tampoco creo que se nos una lord March. Winnie me insinuó que podría estar en Londres por un encargo que le ha hecho el marqués de Wiltshire. Por supuesto, no creo que pase la Navidad solo. Tal vez se una a nosotros, al fin y a la postre.

—¡Eso espero! —exclamó Eleonor—. Lord March es un buen amigo, ¡y puede resultar divertido!

—Kein siempre habla de él con estima y admiración —afirmó Roy.

—Es un jovencito muy sensato —dijo el conde de Portland. Éste iba elegantísimo, pero no por su chaqueta y sus pantalones, sino por su porte, aristocrático y sosegado—. Acata los deseos de su padre, pero siempre expresa con ponderación sus opiniones.

—¿Habéis tenido la oportunidad de verle, lord Portland? —le preguntó Eleonor.

— Sí, en algunas ocasiones, por razones de negocios, Lady Eleonor, y hemos conversado varias veces y he quedado gratamente impresionado por su diligencia.

—Disculpad, conde, pero veo a Ramsay haciéndonos señas para que nos sentemos. La cena

está servida —afirmó lady Northcliff.

Fue un banquete exquisito y una compañía encantadora. La conversación, inicialmente formal, se volvió más natural y animada tras el primer plato, pero siempre brillante.

Como de costumbre, el duque habló poco, pero esto ya no sorprendió a Eleonor; además, el cansancio en el rostro de lord Northcliff seguía resultando visible y esto habría bastado para justificar su actitud esquiva y reservada.

Ella había intervenido varias veces y con diversos argumentos en los que era competente por sus conocimientos adquiridos en los libros, no despertando ya el asombro de los comensales, como había sucedido en las primeras ocasiones. Incluso lord Portland la había escuchado sin parecer continuamente confundido por la amplitud de su cultura.

Las dos primas se relacionaban como en un mundo paralelo a través del lenguaje de signos, sin saber que tanto el duque como el marqués de St. James las entendían a la perfección.

De hecho, a veces les resultaba increíblemente difícil mantener una máscara de imperturbabilidad ante ciertas frases ambiguas o bromas divertidas que se intercambiaban las dos jóvenes.

—Me ha sorprendido la gran cantidad de actividades que se pueden hacer aquí: me había convencido de que sería aburrido. —La franqueza de Eleonor hizo sonreír a todos—. Pensaba que, debido a las inclemencias del tiempo, nos veríamos todos obligados a encerrarnos en casa. ¡Y yo no sé permanecer demasiadas horas encerrada!

Todos rieron.

—¿Qué os falta por ver de los alrededores? —preguntó St. James.

—El laberinto —respondió ella al instante.

—*¡Ellie! ¡Comprenderá que lo sabes!*

—*¡Claro que lo comprenderá! ¿Y qué? Sabe que somos como hermanas, ¡así que se imaginará que me lo has contado todo!*

Los ojos de los comensales esperaban una explicación.

—Nancy preguntaba por el laberinto. Ella tampoco lo ha visto.

—*¡Ellie!* —exclamó Nan sonriendo cándidamente.

—Y *pregunta cuándo podrá verlo*.

—¡*Deshonesta*!

—*¡No seas tan mojigata! Estás deseando volver a estar con él, ¡admítelo!*

Daniel tragó saliva, mordiéndose la lengua.

Keiran entornó los ojos, estudiando a aquella tremenda chiquilla a la que le encantaba jugar con fuego.

—¡Mañana mismo! —respondió Roy ignaro de todo.

—*Sabes que me pones en un aprieto, Ellie*.

—¡Pero sola se perderá, lord Roy! —exclamó Eleonor, dirigiéndose a continuación a su prima —. *No tienes que avergonzarte conmigo. Sabes que puedes seguir contándomelo todo*.

—Yo puedo acompañaros —se ofreció Roy.

—*Gracias, Ellie, eres...* —Nancy se había detenido de repente.

—*¿Qué pasa? ¿Por qué te has detenido?*

—Entonces, lady Eleonor, ¿qué os parece? ¿Vamos juntos al laberinto? ¿Lady Nancy está de acuerdo? —insistió Roy.

—*¡Vamos, Nan! ¿Qué pasa?*

—*Me toca la pierna...*

—*¡Nancy está totalmente de acuerdo, lord Roy!*

—¡*Bien! ¡Una sana atracción física será un buen abono para la relación durante vuestro noviazgo!*

Keiran se sobresaltó, no porque no supiera lo que había ocurrido en el laberinto, de hecho Daniel se lo había contado, sino por la facilidad con que lady Eleonor trataba ciertos temas que habrían sido tabú en otras chicas. Pero admitió que la teoría de la chica era válida.

Daniel retiró la pierna con la que rozaba la de Nancy.

—¿Vendréis también vos, lord St. James? —preguntó Eleonor cándidamente.

—Sí, por supuesto.

—Tal vez os resulte aburrido. ¡Habréis estado en el laberinto muchas veces!

—*Ellie, ¡basta!*

—Seguirá siendo divertido, lady Eleonor —respondió con encomiable despreocupación.

—*¿Te sigue tocando?* —le preguntó Eleonor con rápidos movimientos.

—*Sí.*

—*¡Bien! No te entregues demasiado… ¡no es prudente! Y yo te despellejaría viva, recuérdalo. ¡Obviamente después de haberlo castrado a él, claro está!* Excelencia —dijo luego mirando a Keiran a los ojos—, ¿nos honraríais con vuestra presencia? Lord St. James... ¿os encontráis bien?

Daniel corría el riesgo de ahogarse con el vino que sorbía con fingida despreocupación debido a las afirmaciones de ella sobre su castración.

—Sí... disculpad... ya se me está pasando.

—Entonces, ¿excelencia? —insistió Eleonor mirando al duque.

Los ojos de Keiran estaban fijos en ella, incrédulo ante la frase que acababa de decirle a su prima.

—¿Cómo decís?

—Os preguntaba si vendríais también vos.

—Con mucho gusto, lady Eleonor.

—Martha, si hace buen tiempo, nosotros también podríamos pasear por el laberinto —propuso Lady Northcliff.

—De acuerdo, Bridget, me parece bien... pero ¿no seremos demasiados para esta juventud?

—¡Por Dios, lady Hereford! ¡Yo sólo veo gente joven en esta mesa! —dijo galantemente lord Portland.

—*Lord Portland adora a tía Martha, ¿lo has notado?* —le preguntó Eleonor a la prima.

—Lord Portland... ¡siempre tan atento! —exclamó Martha.

—*¡A mí me parece que te adora a ti! No te alarmes, pero no quita el ojo de tu escote* —precisó Nancy.

—El conde será nuestro acompañante en el laberinto, ¿os parece bien, lord Portland? —preguntó la duquesa.

—¡Excelencia, será todo un honor!

—*¿De verdad me está mirando los pechos? ¡Maldita sea! ¡Ya sabía que no debía haberme vestido así!*

—*Es normal, Ellie, tú me lo has enseñado: son hombres, y ciertas partes del cuerpo femenino les interesan particularmente, ¿verdad?*

—*Exacto. ¡Pocas veces se ve que la alumna supere a la maestra!*

Keiran empezó a tener dudas sobre lady Eleonor. Saber tales cosas, y además enseñárselas a su joven prima, era completamente inapropiado; pero también era improbable que lo hubiera aprendido todo de los libros... ¿o no? Una sospecha atroz y decepcionante se apoderó de él. Abrió la boca. Volvió a cerrarla. Sorbió agua de su copa, aferrándolo con demasiada fuerza y

mirando fijamente el líquido transparente. La nauseabunda imagen de aquella chiquilla en la intimidad con un hombre le produjo una sensación de confusión. Sintió sus ojos clavados en él y levantó la vista. Ella le estaba mirando la mano. Él aflojó la sujeción y apoyó rápidamente la copa.

Finalmente, Lady Eleonor apartó la mirada de él.

—Si el tiempo no nos traiciona, podríamos incluso ir al lago —propuso Roy.

—¿Qué lago? —preguntó Eleonor.

—El Loch Kilconquhar —explicó Roy—. Se encuentra en la carretera en dirección norte.

A Nancy se le iluminaron los ojos.

—*¡Podría llevar mi material de pintura!*

—Nancy lo está deseando: ¡traerá sus pinceles!

—Bien, entonces, Martha, nosotras también deberíamos ir, ¿no crees? —Los intentos de la duquesa por hacer que su amiga se distrajese del recuerdo del querido Ernest eran frecuentes, pero siempre cordiales y no invasivos, y la mayoría de las veces tenían éxito.

—No sé, tantas horas fuera de casa...

Keiran se decidió a intervenir.

—Las chicas están bajo mi custodia, así que no debéis preocuparos, lady Hereford, ni sentiros obligada a venir por ellas —afirmó inesperadamente el duque, decepcionando a su madre—. Sin embargo, vos comprenderéis lo importante que es vuestra presencia para las jóvenes, para quienes sois la única figura de referencia. Por no hablar de que vuestra compañía es ya indispensable para todos nosotros.

El silencio que siguió reforzó el énfasis que el duque había dado a sus palabras, y nadie se atrevió a añadir nada más.

La duquesa le miró con una sonrisa de gratitud.

Eleonor quedó impresionada por la evidente buena voluntad con la que el duque se había hecho cómplice al involucrar a tía Martha; que hubiera usado la determinación que le era propia y que, en el fondo, se adecuaba bien a un duque, había sido algo positivo. De otro modo, su tía habría intentado eludir la invitación.

—Yo... sois extremadamente atento, excelencia. No me queda más que aceptar ir con todos vosotros.

—¡Bien! —dijo Roy—. ¡Por supuesto que vos, lady Eleonor, os encargaréis de lo necesario para dar de comer a todos!

Nancy se rio.

—*Ya saben que tienes una fijación por la comida para llevártela a todas partes.*

—Por supuesto, lord MacKendrick, me encargaré de la comida, si lady Northcliff lo permite.

—Estoy totalmente de acuerdo, querida.

—Y, por supuesto, ¡tendré en cuenta que lord MacKendrick tiene un saludable y abundante apetito!

Todos rieron, incluso Ramsay, que velaba por el buen desarrollo de la cena, como corresponde a un mayordomo, y que sintió aún más simpatía por la joven de melena color miel.

CAPÍTULO 4

10 de diciembre de 1811

—Keiran. —Ben había entrado en la habitación y abierto las cortinas, aunque todavía estaba oscuro.

—¿Qué pasa, Ben? Vamos, estoy despierto —respondió Keiran con voz ronca por el sueño.

Se acercó a la cama y le tendió la bata.

—Es urgente. El Moro y Shorty no regresaron anoche al «Eleonor Grace». Pitch los ha encontrado en el bosque, ambos magullados. Les habían dado una buena paliza.

—¡Mierda! —Keiran saltó de la cama y se quitó la bata. Se enjuagó la cara y cogió la ropa raída con la que solía trabajar..

—He oído a Pitch decir que las huellas son de tres personas, y son normales, no tan grandes como las otras encontradas por el Moro y Shorty.

Keiran le miró con el ceño fruncido.

—No me gusta. Todo esto no me gusta nada. Hay algo que no llego a entender. —Se apresuró a salir de la estancia, seguido por el criado.

* * *

—¡Qué asco de día! —profirió Eleonor de mal humor ante la mera idea de verse obligada a permanecer en casa debido a la tormenta que arreciaba en el exterior. Vivir el día a día de una mansión era algo que le encantaba, pero sólo si ella era quien lo decidía.

También había nevado durante la noche, pero ahora caía lluvia en una cantidad que nunca había visto, y el fuerte viento curvaba los árboles peligrosamente, haciendo ruidos siniestros cada vez que soplaba en las ventanas.

El profundo y oscuro cielo gris preocupaba a Eleonor, que agradeció a Hettie que entrara en la habitación a primera hora de la mañana para encender todas las velas. La eficiente sirvienta era muy consciente de la ansiedad y agitación que sentía su ama cada vez que una tormenta de rayos y truenos iba acompañada de oscuridad.

—No hay excursión al lago.

—Yo diría que no, Nan —se lo confirmó Ellie mientras iba a sentarse a la mesa donde habían decidido desayunar.

Su prima se unió a ella.

—Creo que buscaré un rinconcito tranquilo y plasmaré en un lienzo las ideas que tengo.

—Gran idea, Nancy. Yo podría empezar mi nuevo artículo, pero no tengo ganas.

—¿Aún no has estado en la biblioteca, Ellie?

—¡Claro que sí! No te diste cuenta porque estabas demasiado ocupada con tu fogoso marqués.

Nan sonrió y empezó a desayunar.

Eleonor mordisqueó pan tostado y bebió un vaso de leche; luego, para que su prima no supiera que estaba nerviosa por su inminente encuentro con el duque, decidió tomar también un trozo de tarta, que saboreó lentamente, pues no tenía apetito.

Maggie entró con más agua caliente.

—Qué atmósfera más lúgubre. Incluso abajo todo el mundo está enfurruñado. Pero creo que ha sucedido algo. Al parecer, Mrs. Brodie ha avisado a Lady Northcliff de que el duque ha tenido que marcharse urgentemente por un supuesto problema con el barco.

—¿Se ha marchado?

—Sí, lady Eleonor, se ha marchado. Tal y como he dicho.

—Eleonor —intervino Hettie—, en realidad es lo mismo que me dijo Ben, el criado personal de su excelencia.

Eleonor no contestó, estaba meditando.

—Y cuando te lo habría dicho? —preguntó con malicia Maggie, poniéndose las manos en las caderas.

—Esta mañana, tan pronto como su excelencia lo ha decidido —respondió un poco avergonzada Hettie.

—¡Ya he visto cómo te mira ese jovencito! ¡Tiene unos hombros y unos brazos tan musculosos! —sentenció Maggie con una gran sonrisa.

Nancy no se perdía una palabra y seguía comiendo con ganas.

Eleonor dudaba y pensaba, con el dedo apoyado en el labio inferior.

—¡Le has dado un buen repaso, Maggie! —exclamó Hettie en tono molesto, mientras doblaba algo de ropa.

—¡Claro que sí! No seas celosa, no voy a tocar, lo sabes, a tu enamorado: sé que te gusta.

—¿Cuándo regresa? —preguntó de repente Eleonor.

—No sé —respondió Hettie—. Pero tan pronto como vea a Ben, le preguntaré.

—Tal vez en unos días, como la última vez —dijo Maggie.

—¡Qué diablos! ¡Volvió ayer! —explotó Eleonor.

—Tal vez tenga un amante en Edimburgo —especuló Maggie.

Nancy estaba cada vez más interesada. Le gustaba comer mientras veía aquellos diálogos, se sentía como en el teatro.

Eleonor abrió los ojos de par en par.

—¡No! ¡Eso no! —exclamó volviéndose hacia Maggie.

—No sería tan extraño, lady Ellie —añadió con franqueza Maggie.

—Lamento admitirlo, Eleonor —afirmó Hettie—, pero Maggie podría tener razón.

—¡Uf! —Eleonor se levantó impetuosamente y empezó a caminar de un lado a otro—. ¡Esto no funciona! No, ¡simplemente no funciona!

Nancy miraba a su prima: estaba más enamorada del Duque Negro de lo que había imaginado, aunque ignoraba por completo que Eleonor se sentía impulsada hacia el duque principalmente por una especie de imperiosa necesidad de salvarse de su primo.

—Maggie, ¿por qué precisamente Edimburgo? —preguntó Ellie deteniéndose, con las manos apoyadas en las caderas.

—Bueno, porque Mary Connelly vive y trabaja allí.

—¡Maggie! —la increpó por hablar demasiado. No quería que Eleonor se sintiera aún más molesta por una noticia tan poco segura.

Todo el mundo sabía que Mary Connelly había sido durante años la amante escocesa del duque.

Pero desde hacía algún tiempo se rumoreaba que su excelencia se había distanciado de ella, exigiéndole que emprendiera una vida más propia de una joven trabajadora decente y que la vigilaría para que no tuviera aventuras pasajeras. Se decía que el duque, hombre justo, quería para ella un marido cariñoso y afectuoso. Por supuesto, todo esto habría parecido absurdo a los

ojos de quienes no conocían bien a lord Northcliff.

—¿Quién demonios es esa Mary Connelly? —exclamó Eleonor frunciendo el ceño.

Hettie miró atormentada a Maggie.

Maggie enarcó las cejas y no soltó palabra.

Nancy contuvo la respiración esperando ansiosa una respuesta.

—Era su amante —dijo Hettie.

—¿Era?

—Así parece.

—¿Parece?

—Dicen que su excelencia la tiene bien instalada en una casa en Edimburgo, donde, junto con su prima Christel Connelly, ha abierto una bonita sastrería. Él se asegura de que ella se mantenga en el buen camino y encuentre un buen hombre.

—¿Dicen?

Hettie hizo un gesto con la cabeza.

—¡Maldita sea!

—¡Tenías que... haber movido ficha antes...! —canturreó Maggie con descaro.

—*Ellie*... —Nancy trató de llamar su atención. Se levantó y se acercó a ella.

—¿Qué pasa? —dijo con poca educación—. Disculpa... estoy nerviosa, ¡maldito sea!

—*Volverá. Y tan pronto como lo haga, puedes hechizarlo, ¡estoy segura!* —Nancy la miraba con una sonrisa tranquilizadora y le cogía la mano.

—No lo sé. ¡Quizá fracase esta vez! Siento que esa cervatilla podría arruinarlo todo. ¿Alguien sabe cuándo llegarán los Bath?

—Acabo de oír a Ramsay dar instrucciones a uno de los chicos de la cocina para que entregue la invitación de la duquesa en la residencia Oxfuird —respondió Maggie—. Mrs. Brodie afirma que lady Northcliff ha escrito explícitamente «esperamos vuestra llegada el día 20».

—¿Cómo es que siempre lo sabes todo, Maggie? —preguntó Eleonor—. En fin... ¿el 20, dices? ¡Todavía tengo diez días! ¡Que no son pocos días!

—No, Eleonor —admitió Hettie feliz de verla más tranquila—, no son ni mucho menos pocos. ¿Puedes llamar su atención adecuadamente.

—¡Claro que sí, lady Ellie!—añadió Maggie.

Eleonor le sonrió, convencida.

—*Estoy de acuerdo: si te lo propones, puedes ser encantadora, atractiva y convincente. ¡Siempre lo decía el tío Nick!* —dijo Nancy con las manos.

Eleonor suspiró, sintiéndose más segura al pensar que su padre la protegería. Al fin y al cabo, era cuestión de ser aceptada por el duque, o acabar, tarde o temprano, en manos de Andrew.

Comenzó a desvestirse y casi de manera casual marcó con sus manos:

—*Nan, ¿Y el marqués? ¡Te haces la vaga, pero sé que te ha vuelto a besar!*

La prima abrió los ojos de par en par.

—*¿Cómo lo sabes?*

—*No lo sé... ¡me lo estás confirmando tú ahora!* —dijo, guiñando un ojo en broma.

—*Deshonesta*. —Nancy se sonrojó y se llevó las manos a la cara acalorada. Creía que Ellie estaría contenta y no añadió nada más.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Maggie—. Estáis hablando del marqués, ¿verdad? Lady Nancy, estáis tan roja como mi amiga Sarah, a la que su marido abofeteó por mirar al panadero.

—¡Santo Cielo, Maggie! ¡Eso es horrible!

—Lo sé, lady Ellie, pero ¿qué se le va a hacer? ¡Parece que algunas mujeres disfrutan siendo

maltratadas! Si me hubiera encontrado a mí... —Maggie se pudo de nuevo a doblar la ropa.

—¿Entonces? ¿Qué tal, Nan? No fueron simples besitos sin importancia, ¿verdad?

—¡Oh, Ellie! ¡Es mucho más de lo que me has contado! Mucho más fuerte e intenso de lo que hemos leído.

—¡Creo que quieres decir excitante, Nan!

—Sí, Santo Cielo, sí. ¡Nunca lo habría imaginado!

Eleonor le sonrió.

—Qué envidia: ¡ojalá lo hubiera hecho yo con el duque! ¡Vamos, cuéntame más! ¿Usó la lengua?

—Sí, y creo que realmente le gusta besarme...

—¿Por qué? Explícate.

—Ellie, cada vez siento... —Nancy señaló hacia abajo con el dedo—, *algo duro entre sus piernas.*

Eleonor sonrió, abriendo la boca de par en par.

—Nan, ¡se excitó contigo! ¡Le gustas!

— En la glorieta me echó porque tenía miedo de no poder controlarse. Eso fue lo que dijo.

Eleonor estaba cada vez más asombrada, pero feliz por su prima.

—¡Y dijo que hablaría con mamá! —Nancy estaba alterada y feliz. Había juntado las manos como un niño feliz por un regalo recibido.

—¡Es maravilloso! — exultó Eleonor en voz alta.

—¿Qué es maravilloso, Eleonor? —preguntó Hettie.

—Creo que lady Nancy está hablando del marqués —respondió Maggie.

—¡Nan y el marqués se van a comprometer! —respondió Eleonor.

—¿Cuándo? —preguntaron las doncellas al unísono, haciendo que Nancy se sonrojara.

—¡El marqués le dijo a Nancy que hablaría con tía Martha! ¡Pero antes la besó como es debido!

—¿La besó? —intervino Hettie de nuevo, gratamente sorprendida.

—Lady Nancy, ¿cómo os besó? ¿En los labios? —preguntó Maggie.

Nancy afirmó con la cabeza y Maggie abrió sus oscuros ojos de par en par.

—¡Entonces os besó de verdad! Bien, lady Nancy, ¡así se hace!

—¡Oh, Maggie! ¡Detente o Nancy pensará que es normal ir aún más lejos! —le dijo Eleonor —. No sigas, ¿entendido? Encárgate tú, si no, él... ¿pero de verdad te dijo que te fueras porque no podía controlarse?

—¿Le dijo eso? —Maggie parecía realmente sorprendida—. Demonios, lady Nancy, parecíais tan tímida, ¡y en cambio lo excitasteis más de la cuenta! —añadió complacida de que su ama tuviera tanto potencial—. ¡Ese marqués es realmente un hombre apuesto y yo digo que tiene todo un don con las mujeres! ¡Ya me daréis la razón cuando se haya casado con vos y lo tengáis en vuestra cama!

—¡Maggie, basta! —la regañó Hettie—. Es hora de que os vistáis, señoritas.

* * *

—Lady Hereford, os habréis dado cuenta de que siento un profundo respeto por vuestra hija. —Daniel miraba fijamente a Martha, con una sonrisa extremadamente cautivadora en su rostro bien afeitado.

El sonido de la lluvia golpeando el cristal dio a Martha la señal para apartarse de aquellos ojos dorados. Sabía que tarde o temprano el marqués se presentaría, pero ahora se sentía incómoda, tal vez porque nunca querría enfrentarse a esa eventualidad sola, sin Ernest.

—Mi marido tendría que haber estado aquí.

Daniel se preguntó si había hecho lo correcto al hablar con lady Hereford en lugar de con el conde. su hijo, y se sintió bastante asombrado por la espontánea declaración de la mujer, habitualmente tímida y silenciosa. Se ablandó y su sonrisa se desvaneció.

—Sí, así es. Lamento inmensamente que tengáis que lidiar con esto sola. Hablaré de ello con el conde, por supuesto, pero pensé que era justo que vos lo supierais primero.

Martha le miró, sus ojos ya brillaban con unas lágrimas inminentes.

—Él no lo aprobará...

—Escuchad. —Daniel le tomó la mano, haciéndola estremecerse por el gesto de confidencialidad—. Yo cuidaré de Nancy y no pediré ninguna dote.

—Vos no lo entendéis, él no lo aceptará.

—No quiero nada de él —insistió—. Ninguna dote. No necesito nada. Sólo quiero... me gustaría contar con vuestro permiso para salir con vuestra hija y comprometerme con ella.

Martha se tragó el nudo que tenía en la garganta.

El marqués no se había dado cuenta de que sería Andrew quien le iba a pedir algo: si lord St. James quería de verdad a Nancy, tendría que desembolsar una gran suma de dinero para obtener el permiso de su hijo.

Pensó que tal vez sería justo advertirle de ello; al fin y al cabo, parecía realmente interesado en su dulce hija, y ésta merecía un buen partido y, sobre todo, un buen marido. Además, era apreciado por su amado Ernest. Pero temía expresarse libremente por miedo a ser malinterpretada. St. James podría haber creído que estaba confabulada con su hijo en un intento de sacarle dinero, y la sola idea de ello la repugnaba.

—Os doy mi aprobación. Sin embargo, como comprenderéis, la última palabra corresponde al conde, el hermano de Nancy. —Se odió a sí misma por aquella diplomacia forzada, pero no podía hacer otra cosa.

El marqués parecía no darle demasiada importancia.

—Ciertamente no pretendía pasar por encima de la autoridad del conde, lady Hereford, nunca me permitiría un gesto tan atrevido. Precisamente porque lady Nancy me importa mucho, me gustaría que todo se hiciera de forma clara y seria.

Martha quedó satisfecha con la respuesta.

—Le escribiré al conde lo antes posible y volveré a Londres para hablar con él, si fuese necesario. —replicó el marqués con naturalidad. Se levantó y se despidió con un beso.

Lady Hereford permaneció sentada en el diván del gran salón, meditando.

La carta del marqués habría sido la excusa adecuada para que Andrew se abalanzara sobre Shell Bay Manor. ¿Estaría Eleonor en peligro? Tal vez debería haber hablado abiertamente con el duque. Tal vez debería haber hablado abiertamente con el marqués. Tal vez debería haber aceptado el compromiso ella misma, y de inmediato.

Demasiadas dudas.

Martha se sintió desanimada, abrumada por unas responsabilidades que ahora sabía que no podía asumir, sola y desorientada. Las palabras de Sophie volvieron a ella: «Nos obligan a ser educadas, calladas, obedientes. Crecemos ignorantes, adiestradas, inexpertas. Morimos tristes, solas y sin haber vivido de verdad». Sophie se rebeló contra todo esto y había animado a su hija a hacer lo mismo.

Martha comprendió que era el resultado de una sociedad falsamente altruista, preocupada sólo por las apariencias.

Miró a su alrededor preguntándose qué sería de ella, que no podía hacer nada. ¿Y qué sería de

sus niñas?

Se sintió abrumadoramente culpable por no haber aprendido a una edad temprana a cuidar de sí misma y por no haber enseñado a Nancy a hacerlo.

Eleonor... no. Ella habría sabido cómo hacer frente.

* * *

—*¡Ha hablado con mamá!* —le dijo Nancy a Eleonor con los dedos.

—*¿De verdad? ¿Qué le ha dicho?*

—*¡Le ha pedido permiso para comprometernos! Mi madre no lo ha rechazado, pero tampoco se sintió capaz de aceptar de inmediato: teme que Andrew pueda oponerse*.

Eleonor lo evaluó todo.

—*Si Andrew se niega, será solo para ver cuánto le importas al marqués y, entonces, ¡le pedirá dinero para permitirle casarse contigo!*

Nancy se sobresaltó ante aquella posible hipótesis, y su dulce rostro se entristeció.

—*St. James te quiere de verdad. Encontrará la manera, Nan, ¡no te preocupes!*

Nancy suspiró y se acostó.

—*Eleonor, ¡quiero que sepas que si Andrew se opusiera yo estaría dispuesta a huir con Daniel!*

—*No creo que el marqués aceptaría esta solución, Nan. No me parece del tipo que... huiría para casarse. Más bien enfrentaría a Andrew cara a cara y conseguiría lo que quiere.*

—*¿Estás segura, Ellie?*

—*Creo que lo haría: es un tipo duro.*

Las dos muchachas guardaron silencio, y absortas en sus razonamientos, se dejaron vencer por el sueño.

* * *

15 de diciembre de 1811

Tras cinco días de ausencia, el duque escribió una nota que lady Northcliff se encargó de leer a todos durante la cena.

—Así que, como parte de la carta va dirigida a vosotras, os la leeré:

«Me duele infinitamente incumplir mis deberes, sobre todo por la ofensa que mi ausencia os está acarreando. Por desgracia, graves problemas, que creía resueltos, me obligan a permanecer de nuevo en el barco. Cuento sinceramente con vuestra amistosa comprensión y comienzo por disculparme ante vosotras en este momento, recomendándoos a todos que disfrutéis de vuestra estancia en mi casa, que os invito a considerar como vuestra. Cordialmente. KMK».

La duquesa suspiró y volvió a dejar la carta sobre la mesa, junto a las copas.

—A Kein le importa la hospitalidad, y os aseguro que ahora mismo debe estar torturándose por su omisión.

—Querida, deberías responder en nuestro nombre que comprendemos perfectamente los inconvenientes que puedan ocurrir y de los que el propio duque no es responsable —dijo Martha convencida.

—Lo haré, Martha. Podría ayudar a calmarlo.

—Excelencia —intervino lord Portland—, quizás pueda interesaros que he sido convocado por lord Northcliff y por lo tanto me dirigiré al barco mañana por la mañana. —El conde había titubeado al pronunciar el nombre «Eleonor Grace», y luego decidió instintivamente no hacerlo. No sabía si lady Eleonor era consciente de que llevaba su nombre, así que había pensado que era

prudente no correr el riesgo de meter la pata.

—Bien, lord Portland, entonces escribiré dos líneas, como ha sugerido mi amiga Martha, y os confiaré la carta.

—Creo que también voy a estar ausente —afirmó de pronto el marqués de Saint James. Y mirando primero a Roy y luego a lady Northcliff, explicó—: Kein podría necesitar ayuda para terminar antes. Y me aseguraría de que vuelve lo antes posible. —Sonreía apaciblemente, como para atenuar la sensación de preocupación que ya flotaba en los rostros de la duquesa y de las mujeres.

—¡Buena idea! —comentó Roy, agradeciendo la actitud sosegada de Daniel—. A mí también me gustaría ir, pero sé que a Kein no le haría ninguna gracia oír que abandono a nuestras amigas y falto a mis obligaciones, ¡y no quiero arriesgarme a sufrir su ira!

Los comensales sonrieron y pronto cambiaron de tema. Pero todos notaron que lady Eleonor no tenía esa noche su brío habitual: habló poco e intervino aún menos, luciendo una sonrisa tensa que, al cabo de media hora, le provocó cierta molestia en las mejillas. Pronto se retiró y, una vez sola en su cama, rumió una variedad de pensamientos, ideas, recuerdos.

Cuando Nancy entró en la habitación, no se movió, y su prima, creyéndola dormida, no la molestó.

Eleonor se durmió pasada la medianoche, y soñó que estaba en el aire, como suspendida en las enmarañadas ramas de un árbol, y a través de ellas podía ver debajo de ella a un hombre corpulento, de poderosos hombros, con un asomo de bulto en el vientre, el pelo castaño ralo en el vértice de la cabeza; empuñaba un rifle y apuntaba a lo lejos, fuera del bosque. Disparó, asustándola. Se despertó sobresaltada por las vívidas imágenes que aún revoloteaban en su mente, sudorosa y ansiosa.

Miró por la ventana. Amanecía.

* * *

18 de diciembre de 1811

A Eleonor, las jornadas se le hacían interminables. Dedicaba gran parte de su tiempo a actividades que en otras circunstancias habría calificado de divertidas.

Paseaba, cuidaba el huerto con Mrs. Begbie y las flores del invernadero con Mrs. Brodie, leía sentada en la maravillosa y bien surtida biblioteca, jugaba en el jardín con los niños y visitaba a la familia de Pitch y a las de los campesinos y agricultores que dependían del duque.

Pero su mente se distraía a menudo, en una constante agitación de dudas, sospechas y preguntas sobre dónde estaba el duque, qué estaba haciendo y cómo reaccionaría al discurso que ella había preparado para su propuesta.

La llegada de los Wiltshire rompió el ambiente silencioso y apagado que se había creado en la gran mansión, sobre todo tras la marcha del marqués de St. James.

Nancy, entristecida por la ausencia de Daniel, recuperó su sonrisa y su espíritu alegre gracias a la cercanía de Alice.

Lord March, Lawrence, seguía en Londres, como lady Northcliff había predicho, y se reuniría con ellos en Nochebuena.

Eleonor se preguntó si los escasos e inofensivos besos intercambiados con Lawrie entorpecerían su estancia en el castillo una vez que él llegara, y si él abordaría el tema abiertamente para aclararlo. Ella esperaba que no. Después de todo, había pasado mucho tiempo.

Lawrence era un joven agradable y comprensivo, se repitió a sí misma, y desde luego había comprendido que entre ellos no existía ningún vínculo que fuera más allá de la mera amistad.

En realidad, Eleonor se percató de que nunca había oído hablar de un interés de lord March hacia ninguna otra chica.

Las compras navideñas se habían completado casi en su totalidad, y Eleonor se había ofrecido a recoger en Edimburgo algunos regalos que su tía había encargado en diversas tiendas; Hettie la acompañaría, y serían escoltadas hasta la ciudad por Jenkins, que luego continuaría hasta Londres. De hecho, por un innato sentido de la responsabilidad, el criado había pedido a lady Hereford que le concediera permiso para regresar durante las fiestas a cumplir con sus obligaciones como mayordomo, de modo que no dejara la casa de los Hereford demasiado tiempo sin su supervisión.

—*¿Estás segura de que no quieres compañía, Ellie?*

—*Estate tranquila, Nan. Ya sabes lo irritable e inquieta que estoy estos días. Tal vez estar sola me haga bien, y Hettie me conoce lo suficiente como para saber cómo tratarme*. —Eleonor comía muy poco esos días, incluso en el desayuno, y ahora mordisqueaba tostadas con mermelada, sólo para evitar que le hicieran preguntas sobre su falta de apetito.

—¿Quieres que vayamos también nosotras, Eleonor? —le preguntó Alice amablemente, mientras comía con fruición sus huevos—. Tendría la excusa para ir a la modista.

—No, gracias, Alice. Sólo le decía a Nan que estaré bien sola. Y además, lady Northcliff y la tía querrán oír de ti y de lady Wiltshire las últimas novedades de Londres. ¡Estoy segura de que nadie mejor que tú puede dar una imagen tan realista y colorida de nuestra noble sociedad!

—¡Puedes contar con ello! ¡Esta noche también os contaré todas las novedades!

Eleonor salió de Shell Bay Manor a media mañana, vestida elegantemente, como había exigido su tía, y bien abrigada: el día presagiaba lluvia o nieve, y el sol no aparecía por ninguna parte. Una brisa fría la hizo estremecerse al bajar del carruaje frente al Hotel «King Charles I».

La tía Martha le había recomendado que se quedara allí a comer, y en caso de que necesitara algo, estaba segura de que el dueño la ayudaría.

—¡Demonios, qué frío hace! —se le escapó a Ellie en un susurro, caminando hacia el taller de la modista, Mrs. Mitchell.

—Lady Eleonor, si queréis voy yo...

—No, Hettie, a fin de cuentas, este aire helado me despertará de mi letargo. ¡Maldita sea esa pesadilla que no puedo sacarme de la cabeza!

Mrs. Mitchell se alegró de verla. Se dio cuenta enseguida de que la muchacha había adelgazado, pero no dijo nada. Entregó a lady Eleonor lo que la condesa de Hereford le había encargado, y con gran satisfacción escuchó los elogios de la joven clienta sobre los sombreros finamente tallados y recortados que había confeccionado a imitación de los parisinos.

—Mrs. Mitchell, me gustaría este para mi tía, la condesa. ¿Cree que es demasiado frívolo? Me encantaría que el negro que aún lleva se viera apagado por estos maravillosos lazos.

—Excelente elección, lady Eleonor. Es un sombrerito muy fino y discreto, su color negro resplandece gracias a las cintas de raso verde oscuro.

El raso brillante resplandecía sobre el negro, y estaba hábilmente trabajado, formando deliciosos ojales.

Eleonor confirmó su elección.

—Son preciosos, y éste, para Nancy.

—Lady Nancy, ¿vuestra prima?

—Sí, siempre he estado convencida de que el azul celeste le sienta bien, ¿no creéis? —preguntó Eleonor, inclinando ligeramente la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, quizá el diseño sea un tanto elaborado para los gustos

sencillos de vuestra prima. Pero vos la conocéis mejor que yo.

—Es cierto, Mrs. Mitchell, normalmente yo no elegiría algo tan atrevido. Pero creo que... la presencia de alguien podría convencer a mi dulce prima de arriesgarse un poco más, lo suficiente para que se sienta mujer. No sé si me he explicado bien.

—A la perfección, lady Eleonor, y estoy de acuerdo con vuestra elección —respondió la modista, contemplando el codiciado sombrerito del que colgaban unas finas cintas azul celeste y encajes color crema. Se sentía honrada de haber sido informada por lady Eleonor, aunque discretamente, de las intenciones sentimentales de lady Nancy, y de alguien presente en Shell Bay Manor.

Cuando la joven se marchó, se quedó observándola unos segundos, pensando que, incluso delgada, era hermosa, y que lady Georgia podría desvivirse por menospreciarla como había hecho la última vez que había estado allí, pero la frescura y elegancia que tenía lady Eleonor, ella nunca la tendría, ¡aunque lo hubiera trabajado durante años!

Hettie entregó las cajas a Jenkins, que las depositó en el carruaje, y luego ambas acompañaron a la joven a una elegante mercería.

Allí Eleonor recogió algunas cintas e hilos que Martha había encargado y compró papel para envolver los regalos. Estaba a punto de marcharse cuando vio en el escaparate unos guantes de cuero para hombre y decidió que se los regalaría al duque.

—Lady Eleonor —le susurró Hettie intuyendo sus intenciones—, me han dicho que un poco más adelante hay un negocio muy elegante, normalmente el duque suele comprar allí.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Bueno, lo comentábamos, Ben y yo, el criado de su excelencia, y...

—Ben y tú pasáis mucho tiempo juntos —sentenció Eleonor, estudiando a Hettie—. Me lo contarás todo, ¿verdad?

—Claro.

—Muy bien. Entonces llévame a ese negocio.

Era, en efecto, un lugar elegante, y los hombres que había dentro se giraron al verla entrar, contemplando con admiración a la hermosa joven. Las pocas mujeres que había en el local se dieron cuenta enseguida de que todas las miradas masculinas eran para ella.

Eleonor pidió unos guantes, los mejores que tenían.

El dependiente, bastante distraído por los ojos verdes de la mujer, tuvo que pedir que le repitieran la orden.

—Guantes, los mejores que tengáis, por favor.

—Ahora mismo, *mademoiselle*. —El hombre regresó con una cajita de madera con preciosas incrustaciones, y Eleonor pensó que la cajita ya valía más que todo el contenido—. Éstos acaban de llegar... y como podéis ver, son de excelente factura, el cuero es excelente. Comprobadlo vos misma.

Eleonor se quitó los guantes con elegantes gestos y aire distinguido, que no escaparon a los espectadores.

—Excelentes —sentenció ella con un atisbo de sonrisa que gratificó al dependiente—. Pero yo los querría negros. Veréis, la persona a la que tengo que regalárselos casi siempre viste de negro. Además, me han dicho que es cliente vuestro.

Una sospecha se cernió sobre el rostro del hombre, que ya sabía, como todos en la ciudad, que en Shell Bay Manor se alojaban invitados femeninos y de alto copete; entonces, con extrema discreción, preguntó en voz baja:

—Soy demasiado... indiscreto si pregunto el nombre de la persona...

—El duque de Northcliff —soltó Eleonor con desparpajo.

Todos los presentes la miraron, intuyeron quién era y sacaron sus propias conclusiones. Algunas de las mujeres sonrieron con ambigüedad y picardía; los hombres la estudiaron aún con más admiración, deseando estar en el lugar del duque.

—Oh, entonces, si me permitís, *mademoiselle*, os propondría algo que su excelencia sin duda apreciará. —El hombre se retiró un instante y regresó con una caja más pequeña que la anterior, pero igual de maravillosa—.Negros, suavísimos, franceses.

Eleonor tocó los guantes y decidió que serían perfectos para el duque. Se dio cuenta de que también eran bastante gruesos y se preguntó si así sentiría menos ciertas vibraciones.

—Me los llevo —dijo con decisión—. Y querría también la caja.

—Faltaría más, *mademoiselle*.

—Además, me llevaré esa cigarrera... creo que a lord MacKendrick le gustará.

—Si puedo expresarme libremente, creo que sí. Lord Roy MacKendrick aprecia los objetos de tal elegancia y fino acabado. ¿Os apetecería también una caja apropiada para ésta?

—Por supuesto, gracias. —Su cortesía y, sobre todo, su manera educada de utilizar siempre «por favor» o «gracias» despertaron estupor.

—*Mademoiselle*, ¿Querríais algo más?

Eleonor reflexionó.

Nancy ya había comprado un regalo para el marqués, y para el duque estaba preparando una acuarela sobre lienzo.

—No, gracias, nada más. —Hettie se encargó de pagar y Eleonor, a la espera de que embalaran las cajas, paseó por la tienda, admirando los objetos masculinos expuestos en las mesas y los muebles. Recordó que sólo le quedaba un recado por hacer: recoger el regalo que habían elegido para lady Northcliff.

Su tía había encargado un chal de encaje *valencienne*, directamente desde París, en una tienda de encajes, cintas y puntillas, la más famosa de Edimburgo.

—Ya está, *mademoiselle*, todo listo. Gracias por elegir nuestra tienda. ¿Necesitáis ayuda con...?

—La ayudo yo —dijo una voz sinuosa junto a ella—. Hola, prima.

Eleonor estuvo a punto de sufrir un síncope.

—¿An... Andrew?

Hettie abrió los ojos de par en par, recogió los paquetes y salió apresuradamente para avisar a Jenkins. El conde debía de haber llegado de una sala contigua, en cuya entrada Hettie leyó «Sombreros».

—En persona. Parece que hubieras visto un fantasma. Sabía que te sorprenderías... y te alegrarías de verme. —Andrew se dio cuenta de que el dependiente le miraba—. Soy el conde de Hereford, primo de *mademoiselle* y su prometido.

Eleonor dio un grito de estupefacción y abrió la boca para replicar, pero le faltó el aliento. El corazón le latía a un ritmo desbocado y la respiración entrecortada le impedía respirar con regularidad; fingió indiferencia, en parte para evitar montar una escena inapropiada en público, pero se impuso hablar con claridad a su primo lo antes posible.

—Oh, ya veo. Me alegro de que nos hayáis hecho el honor de visitar nuestra tienda. No sabíamos que también estuvierais en Shell Bay Manor —declaró el hombre con ingenuidad.

Eleonor comprendió por esa frase que todo el mundo lo sabía; echó un vistazo a las damas que ya cuchicheaban al oír la noticia de su supuesto compromiso.

—Gracias y que tengáis un buen día —dijo, dirigiéndose a la puerta seguida por Andrew. En

cuanto llegó al carruaje dijo—: No me gusta que digas que estamos comprometidos, porque no lo estamos. Por favor, no vuelvas a hacerlo. Que tengas un buen día, Andrew.

—¿A dónde vas?

—Tengo que hacer un último recado para la tía Martha y luego volveré al castillo. Si me discul...

—Le he ordenado a Jenkins que reserve para almorzar en «King's Charles I». Te haré compañía.

—No, he cambiado de idea: como he terminado pronto, comeré en casa.

—Ya he avisado al propietario. Sería descortés defraudar sus expectativas, ¿no crees?

Eleonor estaba desesperada y miró a Hettie. Ella apenas asintió para hacerle saber que la ayudaría, pero Eleonor no entendía cómo podía hacerlo.

Andrew le tocó el codo, haciéndola estremecerse, y la acompañó al hotel.

—Ordena a tu doncella que vaya a hacer el recado de mi madre. Iremos a comer.

Eleonor aprovechó la oportunidad para alejarse de él, se acercó a Hettie y murmuró:

—Vete y vuelve enseguida. Dirás que lo encontraste cerrado porque el dependiente ha salido.

—Muy bien, Eleonor, no os preocupéis. Jenkins ya está dentro: no os dejará tirada ni un solo instante, tenedlo por descontado.

Eleonor se tranquilizó un poco.

Entraron y un asistente recogió sus capas, guantes y sombreros. Otro los acompañó a la sala, donde las mesas ya estaban casi todas ocupadas, y los sentó en una mesa del rincón, un poco apartada.

A Eleonor no le hizo mucha gracia, pero pensó que así tendría la oportunidad de hablar abiertamente con su primo.

Pidieron. Andrew no apartaba la mirada de Eleonor.

—Andrew, hablaba en serio antes: no vuelvas a decir que estamos comprometidos.

—No veo por qué no, Eleonor. Después de todo, hubo algo entre nosotros, ¿no lo recuerdas?

—No hubo nada entre nosotros, Andrew, ni lo habrá nunca.

—Querida —dijo en un tono deliberadamente meloso, bajando la voz—, yo no calificaría de nada a nuestro agradable encuentro nocturno antes de que te partieras.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par y la ira se apoderó de la cautela que se había impuesto a sí misma.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Intentaste violarme! —Susurraba, pero la ira en su hermoso rostro era evidente incluso para los vecinos de las mesas cercanas, quienes miraban con curiosidad tratando de entender lo que estaba sucediendo. Eleonor se dio cuenta y respiró profundamente.

—Escucha, amada mía, no debes preocuparte tanto: estoy dispuesto a casarme contigo en cuanto...

—Más bien, escúchame tú a mí. Si no dejas de decir esas mentiras inmediatamente, te juro que todo Londres sabrá que intentaste...

—¿Intenté? Lo hice, Eleonor, y ahora estás irremediablemente comprometida.

—¡Eso es mentira, Andrew, y lo sabes! —Eleonor empezaba a sentirse atrapada.

—Demuéstralo. ¿No crees que basta con decir que es mentira? Todos me creerán, un conde, y aun así quedarás inevitablemente deshonrada. Sólo te queda casarte conmigo.

El camarero llegó y sirvió la comida en los platos. La cazuela de patatas olía deliciosa y apetecible, pero Eleonor sintió náuseas y no comió.

—Si haces eso todo el mundo pensará que algo está mal, querida. Pruébalo, está delicioso.

Eleonor ni contestó ni apartó los ojos del plato.

—Tu doncella ha vuelto —dijo Andrew con decepción.

—Lady Eleonor, disculpad. Lo he encontrado cerrado. En la tienda de al lado dicen que el dependiente siempre sale a comer y que volverá en una hora.

—Gracias, Hettie. Por favor, trae mi chal: tengo frío. Que lleven el carruaje a la entrada, por favor.

En cuanto la criada se hubo marchado, Andrew, con aire tranquilo y confiado, dijo:

—No tienes otra solución, Eleonor. Ya he hecho correr la voz en Londres de que estamos comprometidos, y en los círculos masculinos me he asegurado de dejar claro que ya es un hecho, y que el matrimonio se celebraría lo antes posible. Así que, querida mía, no demos más vueltas al asunto. Si no te casas conmigo, tendrás la reputación de ser una mujer fácil y desvergonzada.

Lágrimas ardientes se agolpaban en los ojos verdes de la joven, que hacía un gran esfuerzo por contenerla.

Razonó que la cláusula del testamento de sus padres le permitía casarse no antes de los veinticuatro años. Podría haber hecho valer esto y callar a su primo, pero estaba segura de que, ante su negativa a complacerle, él tomaría represalias difundiendo el rumor de que estaba deshonrada.

Tragó saliva varias veces y, cuando Hettie le entregó el chal, lo tomó sin dar las gracias. Esto hizo comprender inmediatamente a la fiel amiga y criada que algo muy malo estaba ocurriendo...

—¿Necesitáis algo más, Lady Eleonor?

—No necesita nada. Largo.

El tono brusco del conde y el hecho de que le hubiera hablado a ella despertaron las sospechas de Hettie, que al darse la vuelta se aventuró a mirar de nuevo a Eleonor al borde de las lágrimas.

—Vamos, Eleonor —ordenó Andrew poniéndose en pie—. Te acompañaré a hacer el recado para mi madre y luego iremos a Shell Bay Manor a dar la maravillosa noticia.

Eleonor se puso en pie, confusa y agitada. Lo siguió sin saber adónde iba, tratando de imaginar qué sería de ella ahora.

Andrew le puso la capa sobre los hombros y ella se puso los guantes, pensando que tal vez podría escapar. Salió con su primo y subió al carruaje, el de los Hereford; el del duque aún no había llegado.

En cuanto se movieron, Andrew se sentó a su lado, pero ella no se dio cuenta porque mientras tanto se iba convenciendo de que el duque la ayudaría. Ni siquiera se dio cuenta de que el carruaje tomaba un camino secundario y se dirigía fuera de la ciudad, mientras sopesaba la idea de continuar con su plan: hablar con lord Northcliff y hacerle su propuesta, y tal vez sin exigir demasiado y dar mucho, él aceptaría.

Andrew golpeó el techo del vehículo, que se detuvo en un camino de piedras y adoquines, perdido entre campos secos por el frío. El cochero se apeó y se alejó.

Andrew cogió la mano de Eleonor, le quitó el guante y empezó a besarle la palma.

Sólo entonces Eleonor despertó de sus adormecidas cavilaciones y retiró bruscamente la mano, abriendo mucho los ojos al ver el lugar aislado donde se había detenido el carruaje. Un escalofrío recorrió su cuerpo al comprender que su destino estaba sellado. La esperanza se había desvanecido. Aterrorizada, evitó la mirada de su primo, temiendo que al verla tan asustada apresurara lo inevitable.

Andrew sacó una cuerda de debajo del asiento y, antes de que Eleonor se diera cuenta, le había agarrado las muñecas con ambas manos, apretando con fuerza.

—No... no... Andrew no lo hagas... te lo suplico...

—Sé que no lo consentirás, así que es culpa tuya si me veo obligado a atarte. ¿Lo entiendes, Ellie? —Su voz era fría y calculada, como la de alguien que ha tomado una decisión y no está dispuesto a cambiar de opinión.

Eleonor intentó calcular cuánta fuerza le quedaba para enfrentarlo, pero el miedo a reaccionar demasiado pronto la paralizó. Permaneció inmóvil, incapaz de contener las lágrimas que brotaban lentamente. Al sentirlo juguetear con la cuerda con una mano, mientras la otra aprisionaba sus muñecas, se soltó bruscamente, asestándole un puñetazo en la mejilla.

Agarró el picaporte y abrió la puerta, pero Andrew la detuvo tirándola con fuerza del pelo y arrojándola violentamente al fondo del carruaje. Se echó encima de ella con todo su peso, para asegurarse de que no volviera a moverse.

—¡Siempre terminamos así, Eleonor! ¡Peor para ti! —le dijo mientras le levantaba la ropa para hacerle sitio entre las piernas.

Eleonor siguió forcejeando, repartiendo puñetazos a diestro y siniestro, haciéndole sangrar el labio y obligándole a apartar la cara una y otra vez.

Cansado de aquella defensa, Andrew le apretó el cuello con una mano, dejándola sin aire.

Eleonor se sintió morir e inevitablemente sus gestos de rebeldía remitieron; el aire no pasaba y la desesperación se convirtió en resignación.

Sólo entonces él abandonó su ahora magullado cuello y le cogió las muñecas con una mano, obligándola a mantener los brazos por encima de la cabeza, exactamente como había hecho la última vez. Con la otra, hurgó entre sus ahusadas piernas y la tocó sólo durante unos instantes.

—¡Por fin! Quédate quieta —dijo mientras se bajaba los pantalones para liberar su miembro viril; se acercó a ella e intentó abrirse paso con su pene, ya ansioso por penetrarla, pero ella se retorcía indefensa.

—¡Quédate quieta, maldita sea! ¡Ya no puedes escapar!

—¡No me tomarás... sin que yo luche! Eres despreciable, eres un gusano asqueroso.

—¡Calla! —Andrew había gritado y estaba decidido a tenerla. Le soltó las muñecas y volvió a apretarle el cuello.

—Nooo... me haces daño... basta... —Eleonor sintió que se asfixiaba mientras intentaba liberarse desesperadamente de aquel agarre mortal con las manos, lo que le causó arañazos y laceraciones en la piel que enseguida empezaron a sangrar. Privada ya de fuerzas por la falta de aire, abandonó los brazos poco a poco.

Al principio sintió que él le tocaba los pechos, manoseándolos con satisfacción, luego algo duro se coló entre sus piernas y ella intentó una última rebelión pataleando. Pero le faltaba oxígeno y ya no podía razonar. Veía borroso y le dolía todo el cuerpo, quizá porque al caer de espaldas se había golpeado más fuerte de lo que pensaba. No entendía por qué, pero se dio cuenta de que estaba fijando la mirada en la cuerda abandonada en el asiento, a pocos centímetros de ella.

Andrew empujó hacia delante y ella sintió un roce incómodo entre las piernas.

—¡Estás seca, joder! ¡Ni siquiera puedo entrar!

Aquella cruda explosión llegó a sus oídos más fuerte que cualquier grito. Abrió la mano, cogió la cuerda, y con un gesto lento, debido a la falta de oxígeno, pero inexplicablemente preciso, la pasó alrededor del cuello de su primo, y ayudándose con la otra mano, tiró enérgicamente.

Andrew quedó tan sorprendido por su ingenio que por un momento se vio desplazado.

—¿Qué coño haces? Deja... suelta la cuerda... —Intentaba soltarse utilizando ambas manos, liberando finalmente su cuello.

Eleonor empezó a respirar de nuevo. Jadeó durante un par de segundos, tirando con todas sus

fuerzas de la cuerda, y en cuanto creyó que tenía suficiente aliento, levantó una rodilla y le golpeó con fuerza en el costado.

Andrew jadeó con un dolor insoportable.

Ella aprovechó la oportunidad para golpear de nuevo sin piedad. Se zafó, luchando por levantarse debido al peso muerto que recaía sobre ella, y cuando llegó a la puerta y la abrió, Andrew yacía en el suelo sujetándose el costado.

Eleonor saltó del carruaje y echó a correr en dirección contraria a la del vehículo, por el camino pedregoso. Llegó a un cruce, pero no aminoró la marcha. Corrió como una posesa, sin darse cuenta de la fina lluvia que caía desde hacía unos minutos. Cayó pesadamente, golpeándose violentamente las rodillas y las palmas de las manos, con las que había intentado amortiguar la caída. Se levantó y empezó a correr de nuevo.

Lo que sucedió a continuación siempre sería para ella un vago recuerdo: vio un caballo y a Jenkins en él; vio al hombre asustado que tiraba de ella y luego el camino lleno de piedras que corría bajo ellos; vio de nuevo el rostro de Jenkins y su boca hablando; vio el interior del carruaje del duque y el rostro desesperado de Hettie, antes de que la niebla invadiera su mente; luego vio la casa de Pitch y los rostros oscuros de Asabi y Homa sobre ella, las manos negras y cariñosas de la primera haciéndole beber un líquido dulce, las arrugadas de la segunda descansando sobre su cabeza.

Se dio cuenta de que estaba tumbada y de que ellos estaban sentados a su lado.

Eleonor clavó sus ojos en los pequeños y negros de Homa, encontrando allí un gran e inexplicable alivio. La anciana sonrió e hizo pequeños movimientos con la cabeza, como para decirle que lo sabía y lo comprendía.

Asabi hablaba con Hettie, y ésta con Jenkins, que a su vez hablaba con Pitch, detrás de él.

Pasaron unos minutos y Eleonor empezó a centrar las imágenes de su cerebro y a pensar con más claridad. Abrió la boca, pero Asabi se anticipó:

—Tú no habla lady. Mamá Homa dice ahora tú va y duerme. No hacer más.

—La medicina —murmuró Hettie—, ¿la hará dormir?

Asabi asintió.

Eleonor pudo susurrar un gracias forzado y ronco.

Jenkins hizo traer el carruaje hasta el camino de entrada, y sugirió que lady Eleonor saliera por la puerta principal porque todos estarían cenando a esa hora y nadie la detendría para pedirle explicaciones. Fue él quien la sostuvo, con la ayuda de Hettie, para acompañarla a su alcoba, declarando a un asombrado Ramsay que la joven lady tenía una de sus fuertes migrañas, pero que siendo una experta en medicina se curaría sola.

En la habitación, Hettie la desvistió, fingiendo no ver las marcas que desfiguraban la blanca piel de la señora. La acostó en la cama y le susurró:

—Quedaos tranquila y descansad, Eleonor. Voy a darle un mensaje a la duquesa. Le diré que lo lamentas, pero una violenta migraña os ha obligado a guardar cama.

—Vale.

* * *

Cuando Martha entró en la alcoba, reinaba la penumbra y su hija estaba medio tumbada en la cama, leyendo un libro de la biblioteca.

Nancy le sonrió y con un dedo señaló a Eleonor.

—*Duerme* —dijo con los labios.

—Debía de estar muy cansada —respondió Martha—. Hettie me ha dicho que tenía una fuerte migraña. No sé, tal vez sea este clima frío al que no estamos acostumbradas.

—*Mamá, Eleonor sufre dolores de cabeza. Le pasaba también muchas veces en Londres.*

—¿De veras? Sólo recuerdo unas pocas veces que se haya quejado de migrañas.

—*Ya sabes que no le gusta hablar de sus dolencias. Las sufre, y con bastante frecuencia, diría yo.*

Martha suspiró.

—Me voy a acostar —dijo, besando a su hija en la mejilla.

—*Buenas noches, mamá.*

* * *

19 de diciembre 1811

Eleonor se despertó cuando aún estaba oscuro. Permaneció inmóvil, atenta a los ruidos matinales de la casa.

El recuerdo despiadado de lo sucedido el día anterior la sobrecogió inexorablemente, en un torrente de imágenes repugnantes que se sucedían una tras otra sin que pudiera detener el flujo. Una sensación de náusea inundó su boca, mezclada con un sabor tan amargo como la hiel. Cerró los ojos y respiró profundamente, en un intento desesperado por no vomitar.

«Respira despacio. Quieta... quieta... No debo moverme. Nan no debe verme así, no debo vomitar, ¿y vomitar qué, además? No he tocado bocado desde ayer por la mañana».

Abrió los ojos y vio que la tenue luz del amanecer empezaba a enmarcar las ramas que divisaba a través de la ventana. Giró la cara hacia la cama de su prima y vio que dormía profundamente. Decidió levantarse despacio y buscar a Hettie.

Fue una experiencia devastadora: el dolor en los huesos la hizo gemir; tenía moratones por todo el cuerpo y no podía identificar los puntos precisos que la hacían sacudirse a cada paso. Abrió la puerta para alcanzar a Hettie arriba, pero la joven criada estaba allí esperándola.

—¡Eleonor! Venid, vayamos a mi cuarto. —La tomó de la mano y la arrastró escaleras arriba hasta el piso superior, donde entró en su habitación perfumada con sales de baño con aroma a rosas que había preparado en la bañera llena de agua caliente—. Lady Nancy no debe veros así. Anoche cogí vuestro vestido y todo lo necesario: os cambiaréis aquí y luego iremos a casa de la abuela Homa.

—¿Por qué? —preguntó Eleonor en un susurro ronco.

—Lo ha ordenado ella: quiere veros, curaros, creo.

Eleonor asintió con la cabeza.

—¿Tenéis apetito? Homa ha dicho que os haga comer. Creo que es por eso que os ha dado de beber, provoca náuseas al cabo de las horas. Venid, hay una bandeja con el desayuno.

Eleonor obedeció y comió poco a poco en pequeños bocados, como si tuviera miedo de tragar demasiado.

—Basta, ya no me cabe más —dijo al final poniéndose en pie—. Voy a darme un baño, Hettie.

La doncella dejó lo que tenía en la mano y la ayudó a quitarse el camisón.

—Quiero mirarme en el espejo.

—¿Qué importa eso, Eleonor?

—Te lo suplico, Hettie —insistió Eleonor mientras se acercaba al gran espejo rectangular apoyado en la pared. Permaneció varios segundos contemplando su propia imagen, con una expresión aparentemente imperturbable. Luego se dio la vuelta y se metió en la bañera.

Hettie respiró aliviada y empezó a masajear suavemente la espalda de la joven ama con un paño suave, maravillándose de la resistencia de que era capaz.

En su espalda se apreciaban dos grandes hematomas en los omóplatos, que se estaban

poniendo morados, probablemente causados por la forma brutal en que la habían aplastado contra el suelo.

Hettie vio las precisas marcas de los dedos alrededor de las muñecas y en los brazos; las del cuello eran impresionantes: las huellas del hombre ya no se distinguían, porque la hinchazón era ahora única y extensa, violácea y amarillenta.

—Eleonor, sumerge la cabeza, por favor.

Eleonor obedeció, emergiendo dolorida. Apretó los labios.

—El agua caliente quema...

—¿Dónde? —preguntó la doncella atenta.

Eleonor señaló un pómulo excoriado y la nuca.

—En el rostro apenas tenéis rasguños, veamos entre el cabello. —Hettie encontró un corte, pequeño pero ensangrentado. Se lo limpió, haciéndola gemir: junto con el corte había un gran chichón que le dolía muchísimo.

—Dame una esponja. Yo sé cuánto hay que frotar. —Eleonor se lavó las piernas una y otra vez, apretando los dientes con cada pasada del paño húmedo sobre los moratones y cortes hinchados que le llenaban las rodillas, y cuando se levantó para limpiarse entre las piernas, vio marcas moradas en la cara interna de los muslos. Se frotó con rabia, presa de una cólera incontrolable.

—Eleonor, no hagáis eso, irritaréis más la piel.

—Te... te lo juro... ¡si lo tuviese aquí delante lo mataría! —se desahogó, incapaz de contener las lágrimas ardientes de rabia.

Hettie le quitó suavemente la esponja de la mano y le enjuagó el pelo.

—No ha podido...

—No.

Hettie suspiró y cogió la toalla. Eleonor salió de la bañera.

Fue entonces cuando la criada vio más marcas en los pechos y el abdomen de su ama. Eran huellas oscuras, como si el agresor hubiera estrujado con rabia su suave y delicada carne. Además, la piel de los huesos de la cadera estaba escoriada como por un roce insistente, «quizá el de los calzones del conde», pensó Hettie.

La doncella arropó a Eleonor y no dijo una palabra.

—¿Qué les diremos a Nan y a la tía?

—Que os habéis despertado de madrugada con hambre y, para no despertar a vuestro primo, habéis desayunado en la cocina. Desde luego, no es nada nuevo que paséis tiempo en las dependencias del servicio.

Eleonor sonrió.

—Y luego que habéis decidido dar un paseo y habéis ido a ver a Asabi y a Homa.

—¿Vendrás conmigo, Hettie?.

—Naturalmente.

—¿Jenkins?

—Se ha ido al amanecer. Había recibido permiso de vuestra tía para ir a Londres. No podía demorarse más a menos que tuviera que dar explicaciones a la condesa. Pero como ahora sabemos que el conde está vagando por Escocia en lugar de estar en Londres, Jenkins ha decidido quedarse.

Eleonor consideró lo que Hettie había dicho. Debía tener cuidado de no alejarse mucho del castillo, al menos hasta que el duque regresara. Se vistió rápidamente y se guardó rebanadas de pan en el bolsillo de la capa, haciendo sonreír a Hettie.

—¿Vamos?

* * *

Homa estaba sentada en una pequeña mecedora, probablemente hecha a medida para su cuerpo menudo y arrugado. Hizo un gesto a Eleonor para que se acercara, le tomó ambas manos y la atrajo hacia abajo, haciéndola sentarse a sus pies. Luego posó una mano oscura sobre su cabeza, manteniendo el pulgar en el centro de su frente. Pocos segundos después, habló en su lengua y Asabi se acercó.

—Mamá Homa dice tú habla pronto a Jefe de manos sagradas.

Eleonor frunció la frente, sin entender.

—Capitán —le explicó Asabi esperando que la chica lo entendiera.

—¿El duque? —preguntó Eleonor.

—Sí, él —se lo confirmó sonriendo.

Ellie miró a la anciana durante unos segundos. Ésta movía la cabeza de forma calmada, como si quisiera tranquilizarla.

—¿Cómo lo sabe?

—Oh, disculpa, ¡Lady! Yo creído tú sabes. Yo creído Zaynab dicho tú que mamá Homa siente, ve.

—No creo en la magia.

—No, ella no tiene magia. Ella siente algo, ella es como Jefe de manos sagradas.

Eleonor entrecerró los ojos y lo comprendió.

Homa acarició su mejilla, habló y Asabi le tradujo.

—Ella dice que tú habla pronto a Jefe de manos sagradas y reza a tu Dios por lo que tú desea. Habla con un corazón puro y Jefe entiende. —Asabi guardó silencio unos instantes y, en cuanto Homa reanudó la conversación, volvió a traducir—. Tú cubre tu mal —dijo Asabi señalando el cuerpo de la chica—. Tu mal dado por enfermo en su cabeza pero aunque tú cubre... Jefe de manos sagradas ve como yo veo, tú desesperada en un carruaje y...

Eleonor se cubrió la cara con las manos y, por muy despacio que respirara, no pudo evitar que su llanto estallara en dolorosos sollozos.

—Mamá Homa dice esto es correcto, esto es bueno. Lágrimas lleva mal y dolor y tristeza.

Eleonor jadeaba a cada sollozo y oía a Homa entonar una dulce y melancólica cantinela

Asabi dio un paso atrás y, de un estante alto de un armario lleno de jarras y ollas, cogió una gran ánfora de barro y la colocó sobre la mesa.

—Lady...

Eleonor aspiró por la nariz y miró a la mujer.

—Dime, Asabi.

—Yo explico. Ven.

Eleonor se levantó lentamente por el dolor, se secó las lágrimas con los dedos y, depositando un beso en la arrugada mejilla negra de la pequeña Homa, se acercó a Asabi.

—¿Ves? —preguntó Asabi inclinando la ánfora para que Eleonor pudiera observar el contenido.

—Es como gelatina, pero más líquida.

—Éste es jugo de planta que Jefe traído de nuestra tierra. Nosotros llama *da'ar*, no sé cómo vosotros decís en inglés, pero para nosotros es *da'ar*.

—*Da'ar* —repitió Eleonor—. ¿Para qué sirve?

—Todo.

—No comprendo.

—Cura todo. Piel roja, rasguño, parte morada que duele, todos los dolores, heridas de sangre.

—¿Incluso en heridas abiertas? ¿Con sangre?

—Claro, sí, lady. Y mal en boca. —Asabi se señaló los dientes.

—¿Dientes? ¿Encías?

—Sí, dientes y encima dientes. También puedes poner debajo donde salen niños, cuando quema o cuando rasca. ¿Tú entendido?

—Entendido. Entonces es un antiinflamatorio.

—¡Sí! Anti...anti...

—Antiinflamatorio —terminó la frase Eleonor lentamente.

—También para fiebre.

—¿De verdad?

—Sí, lady, ¡así! Una vez yo enseña cómo preparar líquido de beber para fiebre. Esto tú usa para cuerpo, para tú, yo cogido esta mañana de planta.

—¿Tienes la planta? ¿Me la dejas ver?

—Planta en pequeño invernadero construido por Wanjala para nosotros. Pero tú encuentra planta en invernadero grande de castillo.

—¿Cómo es?

—Yo deja ver planta nuestra. Vámonos.

Así fue como Eleonor, distraída por su interés en aquella planta medicinal, olvidó la terrible experiencia que había vivido, el dolor causado por los moratones y la preocupación por la inminente conversación con el duque de Northcliff.

* * *

En cuanto Nancy se enteró de que Eleonor había regresado, corrió escaleras arriba y entró en su habitación, procurando no hacer ruido, por miedo a despertarla en caso de que estuviera dormida.

La habitación estaba bien iluminada, pero Eleonor yacía en su cama, tumbada de lado, con los ojos cerrados. Se volvió para mirar quién había entrado.

—¿Nan, eres tú?

—*¿Cómo estás, Ellie? Hettie ha hablado de migraña, pero ahora sé que estabas con Asabi*. —Nancy había señalado rápidamente las palabras con signos, un poco agitada por la preocupación, y sentado en la cama acariciándole la mano, que Eleonor apretó, procurando no desvelarle las muñecas.

—*Sí, me he despertado esta mañana con dolor de garganta*.

—Cuánto *lo lamento, Ellie, verte así. Te has puesto un pañuelo, has hecho bien*.

—*Homa ha insistido en darme algunos remedios, y parece que me están ayudando. Ahora voy a descansar un poco, estaba a punto de dormirme cuando has entrado*.

—*Vale, entonces te dejo dormir. Le diré a Hettie que te controle*.

Eleonor cerró los ojos. Homa le había dado otra dosis de aquella extraña bebida calmante que la adormecía. Tal vez la anciana había pensado que con el sueño las pesadillas desaparecerían, pero antes de dormirse Eleonor recordó cada detalle del ataque y el llanto involuntario se apoderó de ella, agotándola aún más.

La tía Martha también fue a visitarla, varias veces. Pero Eleonor dormía, o fingía hacerlo, para no arriesgarse a que, de algún modo, se filtrara la verdad.

Hettie le trajo comida, pero ella no tenía apetito. Se obligó a comer porque suponía que con el estómago vacío la infusión de Homa tendría un efecto aún más fuerte, y no le gustaba nada aquel extraño sopor.

Sólo cuando Nancy salió de la habitación para ir a cenar, Eleonor se levantó, con la ayuda de Hettie. Se cubrió bien y, a pesar de los consejos contrarios de la doncella, salió de la habitación para subir por los pasillos de ronda del castillo. Quería tomar el aire, respirar hondo y pensar con la mente despejada.

Se quedó casi una hora, cuando Hettie vino a llamarla, aduciendo que había estado allí demasiado tiempo.

—Hace frío, Eleonor. No ha sido una decisión inteligente.

—Pero ya estoy mejor. Necesitaba aire fresco.

—Bebed la leche que os he traído y acostaos antes de que vuelva vuestra prima.

Eleonor obedeció, y fingió dormir desde aquel momento hasta que estuvo segura de que Nancy dormía. Entonces se levantó, se puso el sencillo vestido que usaba en casa y se envolvió cuidadosamente el cuello con el pañuelo de colores. Se armó de valor y salió.

CAPÍTULO 5

—Lady Eleonor pide disculpas, excelencia. Pero evidentemente los recados que hizo ayer en Edimburgo no le sentaron nada bien: a su regreso tuvo tal migraña que estuvo postrada en cama hasta esta mañana, cuando, poco después del amanecer, decidió visitar a Homa por un fuerte dolor de garganta. —La explicación de Ramsay era completa, pero la expresión del duque no mostraba ningún convencimiento.

—¿Estuvo ayer en Edimburgo? ¿Sola?

—No, excelencia, con su doncella.

—Sola, por tanto —concluyó irritado Keiran.

Ramsay percibió su descontento y guardó un cauteloso silencio.

—¿Tiene fiebre?

—No, excelencia. Sin embargo, Homa ha sugerido que se quedara en la cama y creo que le ha administrado uno de sus remedios.

Keiran aprobó con la cabeza.

Pensó de nuevo en Eleonor, a quien había visto desde su bote salvavidas al regresar aquella mañana temprano tras pasar varios días entre el «Eleonor Grace» y el bosque.

Así que la muchacha regresaba de casa de Pitch cuando él la había visto desde la barca; caminaba junto a su criada, con paso lento y perezoso; iba envuelta en su capa de piel y llevaba un pañuelo de colores al cuello.

Él había esperado que ella levantara la vista al mar para buscar su llamada en cualquier momento, pero no lo hizo. Ahora se explicaba por qué: no se encontraba bien y no había captado sus vibraciones.

—Cenará en su habitación, por supuesto.

—Sí, excelencia, he venido por eso: se disculpa, pero no se encuentra nada bien.

—Avisa al doctor Boyd —ordenó Keiran con tono autoritario.

—Mrs. Brodie ya ha planteado la propuesta, pero lady Eleonor no parece favorable.

Keiran frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿No pretenderá curarse ella sola? Es una niña engreída y necesitaría que alguien le cante las cuarenta.

—Mrs. Brodie ha insistido, pero ante las reticencias de ella, ha optado, por así decirlo, por una estrategia psicológica más eficaz: ha hecho prometer a lady Eleonor que, si por la mañana no había mejorado, aceptaría la intromisión del doctor.

—Exactamente como he dicho: peligrosa.

—Disculpad, excelencia, quizá queríais decir engreída, no peligrosa.

Keiran se percató de que había utilizado, sin darse cuenta, el adjetivo que en su mente mejor la identificaba.

—Sí, sí, engreída... y peligrosa, ¡qué demonios! ¡Ben! Anúdame la corbata, hazme el favor. Me tiemblan las manos de los nervios por esa chiquilla... —Resopló sonoramente sin terminar la frase.

Ben le sonrió, indicándole con una mirada que comprendía su estado de ánimo, pero no dijo una palabra.

Ramsay giró la cabeza, fingiendo que arreglaba algo junto a la chimenea: en realidad trataba de ocultar la sonrisa que inevitablemente le había asomado a los labios. Se recompuso a tiempo para realizar una digna reverencia de saludo antes de que el duque saliera de su alcoba para dirigirse a cenar.

* * *

La casa estaba en silencio, pero el silbido del viento helado a través de las ventanas chirriaba de forma siniestra.

Hettie informó que Ben Wilson había dicho que nevaría, pero sólo después de que amainara el viento. Su padre, Mr. Wilson, era un experto en interpretar los signos de la naturaleza y todos en el castillo, incluido lord Northcliff, confiaban en él para las predicciones.

Eleonor temblaba, más por la tensión de lo que estaba a punto de hacer que por el frío

Se había acostado vestida, fingiendo estar dormida mientras los demás cenaban, dispuesta a escabullirse de la habitación en cuanto Nancy se durmiera. Llevaba el pañuelo de colores que le había prestado Asabi alrededor del cuello para ocultar sus magulladuras, y se había soltado el cabello, dejándolo caer sobre el hombro derecho para disimular la herida de la mejilla.

Sabía que el duque estaba en su estudio, porque le había pedido a Hettie que lo comprobara, y sabía que allí dentro solo una o dos velas iluminaban el ambiente: de este modo, él no podría ver ninguna señal de hinchazón que asomara de sus muñecas o cuello.

Inspiró profundamente y llamó ligeramente a la puerta del estudio.

El duque, evidentemente sorprendido de oír que hubiera alguien allí a una hora tan intempestiva, al principio no se movió, luego llegó a la puerta y la abrió de golpe.

Eleonor se sobresaltó y contuvo la respiración asustada. Le miró directamente a los ojos azules, lo único visible en su rostro oscurecido por la penumbra.

Él frunció el ceño con gesto de desaprobación.

—Perdonad si os molesto —Eleonor vaciló, esperando que la invitara a pasar.

Pero el duque la examinaba, sin mutar su expresión.

—Nunca encuentro el momento oportuno para hablar con vos a solas, así que he pensado en... hacerlo ahora —Eleonor esperó.

Keiran respiraba lentamente, pero todo su cuerpo le decía que el peligro estaba al acecho.

La miraba fijamente a los ojos, muy verdes incluso con la luz tenue y escasa, y enseguida se dio cuenta de que llevaba el pelo suelto y largo, de un magnífico color rubio miel intenso que, peinado de otro modo, no le hacía justicia.

Le hizo un gesto con el brazo para invitarla a entrar, haciéndose a un lado para que pudiera pasar.

Ella entró, dejando una estela de delicado perfume de rosas y especias.

Keiran no contuvo el impulso de respirar profundamente: le encantaba aquella fragancia que ahora sabía que era la de la muchacha.

Eleonor se detuvo junto al escritorio, donde había desplegadas grandes hojas de papel en las que se veían dibujos de partes de un barco.

Keiran pasó junto a ella y se colocó detrás del escritorio, observándola.

—¿Es uno de vuestros barcos?

Él se lo confirmó sin apartar los ojos de los suyos.

Eleonor se acercó y contempló los dibujos.

—¿Puedo? —preguntó ella, señalando una hoja.

Él hizo un signo de complacencia con la mano izquierda, y ella tomó el borrador entre sus manos, estudiándolo detenidamente. Leyó algunas indicaciones escritas con letras grandes y muy

separadas, y observó que en algunas palabras las letras E, N y B estaban escritas de forma invertida con respecto al uso corriente: le pareció insólito y extraño, pero guardó silencio.

Keiran la dejó, mientras se colocaba frente a la chimenea, donde depositó otro leño sobre la ceniza ardiente. Una ráfaga de viento se coló por la chimenea, y la llama vaciló un instante. Después alargó una mano, tomó su chaqueta del respaldo del sillón y se la puso.

—Son muy detallados y bellísimos. Tenéis excelentes colaboradores, lord Northcliff. Sólo un profesional experimentado tiene la habilidad de dibujar barcos así de bien. —Eleonor siguió observando la hoja con el interés y el entusiasmo que le eran propios, pues era algo que no conocía bien y que le gustaba mucho.

Keiran se volvió para contemplar el perfecto perfil de la muchacha. Su cabello yacía suavemente a un lado, sobre su pecho derecho, y su voluptuosa boca apenas estaba abierta.

—Los he hecho yo. —Ante aquella revelación, vio que la chica se daba la vuelta con expresión de agradable asombro.

—¿De veras? ¿Los habéis hecho vos?

Él afirmó con la cabeza y ella sonrió, con los ojos aún fijos en la hoja de papel.

—*C'est magnifique !* —Eleonor exclamó en francés, con un elegante movimiento de la mano, algo que había empezado a realizar desde el regreso de su viaje a Francia.

—*Je ne sais* —respondió él—. *Je dessine et rien plus* —añadió.

—Habéis estudiado para...

—He estudiado muy poco, lady Eleonor, y he dibujado, tocado, construido e inventado mucho, quizá demasiado.

—Lo decís como si fuera algo reprochable.

—Lo es.

—Nada de eso —dijo Eleonor mirándole con severidad—. Disponéis de talentos que otros no poseen. Incluyendo el uso extremadamente inusual y útil que hacéis de vuestras manos —dijo señalándoselas.

Keiran la miró intensamente, como si quisiera entender hasta qué punto hablaba en serio.

Ella dejó las hojas y, tras respirar hondo, avanzó un paso hacia él, con las manos cruzadas delante.

Sólo la débil llama de la chimenea la iluminaba y Keiran vio vagamente los rasgos de su rostro y su expresión, pero percibió una vibración de temerosa expectación procedente de ella.

—Lord Northcliff, estoy aquí para haceros una propuesta de negocios que estoy convencida que no podréis rechazar.

Él no respondió. Apoyó una mano en la repisa de la chimenea en actitud relajada y la miró con una mezcla de curiosidad y ansiedad. La camisa abierta por el cuello le daba un aspecto insólitamente informal, quizá también por el hecho de que por el escote de la blanquísima tela se vislumbraba un trozo de piel bronceada y parcialmente cubierta de vello corto y oscuro.

Eleonor había notado que la corbata estaba sobre una silla y que él se había puesto la chaqueta, probablemente como muestra de respeto.

—No puedo tocar mi patrimonio antes de los veinticuatro años, como bien sabéis —comenzó a hablar ella fingiendo una seguridad de la que carecía—. Pero me gustaría casarme antes. Estoy convencida de que el abogado Wilkinson y vos encontraréis algún resquicio que lo permita. —Luego continuó con un hilo de voz—. De hecho, estoy aquí para ofrecerme en matrimonio.

Keiran no se movió. Apenas respiraba, demasiado incrédulo para pensar sí había entendido correctamente.

—Pondré a vuestra disposición la mitad de mi patrimonio, en cuanto lo posea, a cambio de un

matrimonio.

Él dudó por un momento de que la muchacha estuviera bajo los efectos del medicamento de Homa y la miraba, confuso.

—Firmaré lo que consideréis necesario para aseguraros de que cumpliré mi promesa.

Sí, lo había entendido bien, y no cabía duda: ¡la muchacha estaba haciendo un trueque para ser aceptada como esposa de Roy!

Porque él no albergaba ninguna duda de que lady Eleonor se refería a su hermano, seguro de que los fuertes sentimientos que había captado cuando estaban juntos eran prueba del sentimiento mutuo que sentían el uno por el otro, sin imaginar ni remotamente, que ella se estaba ofreciendo a él en su lugar.

Se preguntó si Roy aprobaría un enfoque tan atrevido del asunto.

—¿Estáis diciendo que querríais comprar un marido, lady Eleonor?

—Oh Dios, dicho así suena vergonzoso... ¿No es eso lo que hacéis los hombres? Escogéis a la... mejor del mercado por buena familia y dote. —Su corazón latía tan rápido que pensó que enfermaría en cualquier momento.

—Siempre es el hombre quien propone matrimonio, no al revés.

—¿Y qué cambia? Tomadlo como una propuesta de negocio, al fin y al cabo, os estoy ofreciendo la mitad de mi patrimonio, ¡y creo que sabéis que no es poco!

—Por supuesto que no lo es, lady Eleonor. De hecho, es una cifra irrazonable para intercambiar por un marido.

Keiran comenzaba a molestarse por la insolencia de la joven, por su oferta imprudente e insensata, pero sobre todo, le irritaba la superficialidad con la que estaba dispuesta a venderse a sí misma solo por tener un esposo. Estaba convencido de que ella era una chica rica en valores profundos, con convicciones sólidas y genuinas, muy lejos de ser frívola, superficial o materialista.

Por un instante se sintió decepcionado; nunca pensó que pudiera llegar tan lejos. Luego razonó. En una fracción de segundo llegó a la conclusión de que, evidentemente, algo grave la impulsaba a hacer aquella absurda petición.

—Es dinero del que puedo prescindir, mientras tenga el marido que quiero. Las dos sabemos muy bien que los jóvenes que revolotean a mi alrededor quieren mi dinero. Más vale que yo decida a quién entregarme y cuándo. —Eleonor apenas respiró, y luego añadió en un hilo de voz —: Siempre que aceptéis...

Keiran estudió el brillo de los ojos verdes y se dio cuenta de que la chica hablaba en serio. No podía culparla, de hecho, para ser sincero, era admirable y valiente. Ninguna otra joven habría hablado tan abiertamente y con tanto motivo. En lugar de dejarla a merced de hombres ávidos de dinero, bien podría aceptar que Roy se casara con ella. Pero él desaprobaba su aparente superficialidad, sin darse cuenta de que en realidad sólo estaba celoso por no estar en el lugar de su hermano.

—¿Sabe Roy que ibais a hablar conmigo?

Eleonor no entendió el significado de aquella pregunta, pero respondió con prontitud.

—Bueno, hemos hablado de vos y de mí... y sabe que habría buscado un encuentro con vos.

—Bien. Entonces lo hablaremos también mañana con él. —Keiran se volvió hacia la chimenea, creyendo haber expresado exhaustivamente su voluntad de posponer el tema.

Eleonor se quedó perpleja, pero no quiso contradecirle.

—De acuerdo, si lo consideráis indispensable... Sin embargo, no entiendo qué tiene que ver él en todo esto...

Keiran la miró atónito. ¿De verdad creía la joven que podía comprar a su hermano como marido sin cuestionárselo? Al parecer, así era. Eso le irritaba mucho, también porque ella no se había dado cuenta de que Roy ciertamente no necesitaba su dinero, y teóricamente ni siquiera su consentimiento, ya que era hermano de un duque y disponía de cuantiosos ingresos personales.

—Lady Eleonor, soy un duque, y no un tirano: si mi hermano no está de acuerdo, si Roy no me dice abiertamente que quiere casarse con vos, no le obligaré a hacerlo...

—¿Qué?

—No gritéis.

—¿Qué habéis dicho?

—He dicho que Roy aún no ha expresado ninguna intención de casarse con vos, así que lo menos que puedo hacer es esperar a que él...

—¿Roy? ¿Por qué iba a querer Roy casarse conmigo? ¡No quiero casarme con Roy! No he hablado de... —Eleonor enmudeció de repente, observándole con los ojos abiertos de par en par. Pensó rápidamente y luego inclinó los ojos hacia la alfombra, dándose cuenta del equívoco. Se sintió como una tonta, y por primera vez vaciló su confianza en que el duque la encontrara deseable.

Keiran advirtió enseguida que había habido un malentendido, pero en el instante en que se dio cuenta de que el error afectaba a la persona de Roy, su hermano, comprendió también que la propuesta iba dirigida a él directamente. Abrió la boca demasiado aturdido para hablar y para creerlo realmente. Tal vez estuviera equivocado a fin de cuentas.

Eleonor le miró de nuevo y, con extrema valentía, trató de explicarle.

—Lord Northcliff, Roy y yo nos llevábamos muy bien, y yo tampoco sabría explicar por qué. Enseguida nos hicimos muy amigos. Nada más. Sólo amigos. —Ella aguardó a que él comprendiera bien aquellas palabras, temblando ante el inesperado giro de los acontecimientos; luego continuó—. Os he explicado varias veces que mi propuesta iba dirigida a vos... directamente a vos... solamente a vos.

Keiran centró su mirada en ella.

Sí, ella le quería a él. Esta constatación le desconcertó más de lo que jamás hubiera imaginado, porque cuando ella, en su descarada franqueza a lo largo de los años, le había reiterado que le gustaba, él no le había dado la menor credibilidad, convencido de que se trataba del capricho trivial y pasajero de una chiquilla, más encaprichada con el papel que él representaba que por su propia persona.

No podía hablar, y lo único que se le ocurrió fue que había tenido razón al pensar que lady Eleonor era peligrosa. Sí, peligrosa para él mismo.

—Lord Northcliff, os propongo a vos casaros conmigo y... tan pronto como cumpla veinticuatro años tendréis la mitad de mi patrimonio.

Eleonor se detuvo, reflexionó un segundo y, al percibir la reticencia del hombre, dijo instintivamente:

—Ni la mitad. Os lo daré todo, lord Northcliff, todo. Además, podríais elegir a una mujer mucho más idónea que yo para el papel de duquesa como vuestra esposa, y de eso soy consciente. Así que es justo que os lo dé todo.

Inclinó los ojos hacia la alfombra y con otra dosis de valentía hizo su petición más importante.

—Garantizadme unos ingresos mensuales para que pueda mantener económicamente a mi tía y a mi prima, que de otro modo se verían abandonadas a su suerte. Eso es todo lo que os pido, nada más.

En ese momento Keiran no pudo callar más, pero tuvo grandes dificultades para expresarse.

—No me hace falta vuestro dinero. —Nunca pudo explicarse por qué lo primero que le vino a la boca fue precisamente eso, pero la examinó impertérrito con ojos penetrantes.

—Lo sé, sois un hombre rico pero debéis admitir que incluso a alguien como vos le vendría bien un montón más de dinero —lo intentó Eleonor con determinación—. Podréis construir más barcos. Y también os dejaría administrar la renta vitalicia del «Eleonor Grace», de hecho, os lo cedo. ¡Es vuestro!

Los ojos de Keiran se abrieron de par en par.

—No sabéis de qué estáis hablando. No deberíais venderos así. Encontraréis al hombre adecuado para vos cuando llegue el momento. —aseveró sumamente molesto.

—Yo no quiero a otro hombre. Decidí haceros mi propuesta porque me gustáis: sois honesto...

—¿Cómo podéis saber si soy honesto?

—... confío en vos...

—Os equivocáis al hacerlo: tengo la costumbre de ser imprevisible.

—... amáis el trabajo...

—Sólo bajos mis condiciones.

—... y físicamente sois atractivo...

—¡Basta ya!

—... así que creo que la intimidad con vos no me disgustaría.

Keiran se quedó boquiabierto.

Permanecieron mirándose durante varios segundos.

Él, incapaz de no pensar en una posible intimidad física con la mujer que atormentaba el sueño y sus pensamientos.

Ella, inconsciente de despertar ciertas fantasías.

Finalmente, Keiran tuvo fuerzas para retirar la mano de la repisa y le dio la espalda. Se pasó ambas manos por el cabello, despeinándoselo. Pensó en lo difícil que le resultaba resistir la tentación de gritar que sí, que se casaría con ella, incluso sin un penique. Se volvió para mirarla de nuevo, con las manos en las caderas; el cabello negro azabache, más largo de lo que dictaba la moda de Brummell, peinado hacia atrás excepto por un mechón que le había caído sobre la amplia frente.

—Os daré todos los hijos que queráis —prorrumpió Eleonor sin darle tregua, tentándole con risueñas propuestas.

—No quiero hijos —murmuró él lacónicamente, incrédulo ante los argumentos que esgrimía la muchacha.

—¿No queréis hijos? Todos los hombres quieren un heredero...

—Yo no. Ya tengo un heredero: Roy.

Eleonor se mordió el labio inferior, ocultando mal su nerviosismo.

Aquel gesto involuntariamente provocativo no pasó desapercibido a Keiran, que apartó la mirada para no ser víctima del inconsciente encanto que ella desplegaba de continuo.

—Bien, entonces procuraré no tener ninguno. Tenéis mi palabra.

Keiran abrió la boca de par en par, fulminándola con la mirada: ya era absurdo e inapropiado que ella hablara de esas cosas, pero insinuar siquiera que sabía cómo evitar tener hijos era definitivamente indecoroso.

—Haré todo lo que queráis, lord Northcliff —susurró con delicada feminidad. Avanzó un paso, en un impulso inconsciente de desesperación—. Satisfaré cada... deseo vuestro como hombre, os lo juro. Simplemente decidme lo que queráis, enseñadme...

—¡Basta ya! No deberías hacer eso. —Keiran no podía aceptar el hecho de que ella se

vendiera así. La certeza de algo grave, que por el momento no comprendía, le invadía cada vez más. Pensó que tal vez debería tomar las manos de la muchacha y encontrar la respuesta.

Eleonor no tenía intención de rendirse, la idea de acabar en manos de su primo la impulsaba a exponerse indecentemente.

—Sé que a veces soy un poquito original...

—¿Un poquito?

—Mucho. Soy muy... demasiado informal, directa, inusual. Pero os juro que aprenderé todo lo que una duquesa debe saber. Dejaré que vuestra madre me enseñe y me pondré completamente en vuestras manos. No os decepcionaré.

—Lady Eleonor, no os vendáis por una posición sólida —dijo Keiran muy lenta y seriamente —. Nunca, nunca debéis cambiar lo que sois, si os gusta ser así, sólo para doblegaros a la voluntad de los demás, para complacer a quien sea, incluso si se trata de un duque.

—Yo no quiero complacer a nadie, ¡quiero complaceros a vos! Seré como vos queráis que sea y no me resistiré a serlo. Puedo renunciar a mi engorrosa sed de cultura y seré tan buena e ignorante como la sociedad quiera que sea.

Keiran sabía lo mucho que la cultura significaba para ella y lo sedienta que estaba de conocimientos. ¡Renunciar a todo eso era una locura! ¡Habría matado su espíritu vivaz y maravillosamente especial que la distinguía, con tal de tenerlo como marido! Y ciertamente no por amor, sino por algo que él aún no comprendía, algo apremiante, que tal vez surgió antes de que dejara Londres. No pudo razonar más porque ella, impulsada por la desesperación que ahora se filtraba por su rostro, comenzó a hablar de nuevo,

—No seré un obstáculo para vuestra vida privada, lo juro. No diré una sola palabra sobre vuestras amantes y seguiré vuestras instrucciones al pie de la letra.

¡Keiran no daba crédito a sus oídos! ¡Ella estaba dispuesta a renunciar a todas sus ideales liberales, en los que tanto creía, con tal de tenerlo! Una rabia feroz lo invadió al instante.

—No digáis más. Os negáis vergonzosamente a vos misma para convencerme.

Eleonor sintió aumentar su angustia, pues había confiado totalmente en la ayuda de aquel hombre, que ahora mostraba una expresión dura e iracunda, que de algún modo le hacía más viril.

Buscó una razón plausible para la reticencia del duque. Tal vez no la encontrara suficientemente atractiva. No, estaba segura de que lo era, aunque no a propósito: todos los jóvenes que había conocido se lo decían.

Quizá quisiese sentirse libre para vivir a su manera... pero ella le había asegurado claramente que no se interpondría en su camino.

Tal vez temiera a los hijos, pero ella había sido ciertamente directa al afirmar que los evitaría sin problemas.

Tal vez no estuviese convencido de que estaría a la altura del papel de duquesa, pero su madre y él mismo podrían enseñarle cómo hacerlo. ¿O tal vez no? En este caso, la razón debía haber sido que él no la consideraba a la altura del papel de duquesa y que no creía que pudiera cambiar. O incluso que no la considerase adecuada, ya que sólo era la sobrina de un conde. Ésta fue la conclusión a la que llegó.

—Lo comprendo —dijo tristemente decepcionada—. No soy apta para ser vuestra duquesa.

A Keiran le habría gustado negarlo, pero ella no le dio tiempo.

—Os ruego me disculpéis, lord Northcliff. No había pensado que mi linaje murió con mis padres; y ciertamente no soy una mujer que convencionalmente se pueda definir como perfecta para el papel de esposa de un duque.

—Ya basta. Sabéis que no me importan los títulos ni las convenciones.

—Sin embargo, parece que tienen su peso.

Keiran suspiró exasperado y en un tono bastante elevado exclamó:

—Tenéis veintitrés años. Yo, treinta y cuatro.

Pero esto no tuvo el efecto deseado en ella.

Eleonor lo miró como si no entendiera.

—Sois una chiquilla comparada conmigo. Soy demasiado mayor para vos —le soltó él sin rodeos.

—¡No soy una chiquilla! —le replicó ella airada.

—Escuchadme, esperad a cumplir veinticuatro años y elegid a un joven de vuestra edad.

Ante tal afirmación, Eleonor estalló.

—¿Y quién? ¿Mi primo acaso? —exclamó ella, llevándose involuntariamente una mano al cuello.

Ese gesto no pasó desapercibido para Keiran.

—¿O algún otro galán fanfarrón y perfumado para ocultar el hedor de su cuerpo sin lavar, y que sólo pretende mi dinero? ¡Como todo el mundo! Todos menos vos, porque lo tenéis, ¡y mucho! En conclusión, no sabéis qué hacer conmigo.

—¿Por qué nombráis a vuestro primo? —preguntó sorprendido Keiran.

—Olvidadlo. —Eleonor empezaba a sentirse cansada y le dolía la espalda por los moratones de omóplatos y lumbares. Empezó a masajearse una muñeca sin darse cuenta.

Keiran lo notó y sintió algo indefinido.

—Comprendo que no podáis aceptarme como esposa, pero sin duda podríais aceptarme como... amiga, a cambio de vuestra protección.

Keiran no entendió lo que quería decir.

Eleonor se percató de ello y volvió a intentarlo, exasperada y al borde del agotamiento de sus energías mentales.

—Quería decir... amiga íntima.

—¿Qué estáis intentado decir? —le preguntó él con expresión amenazadora.

Demasiado agotada y exhausta por todas aquellas emociones, no se contuvo más.

—¿De verdad queréis que emplee la palabra precisa? ¡Os pido que me toméis como vuestra amante a cambio de protección! ¡Al menos podéis hacer eso! ¡Sé que os gusto, así que...!

Había hablado precipitadamente por miedo a perder el coraje, pero para ello había mantenido los ojos bajos, para no encontrarse con los azules del duque, y tal vez hubiera gesticulado con excesivo nerviosismo. Ahora había levantado los ojos, y al ver la mirada afilada de él, se estremeció.

—Pero ¿habéis perdido el juicio? Nunca haría algo tan despreciable con vos, y vos ni siquiera deberíais pensar en hacer semejante barbaridad.

—Lo comprendo —murmuró ella.

—No, no creo que lo comprendáis —exclamó Keiran airado—. Os mantendré bajo mi protección hasta que encontréis al hombre adecuado para vos. No quiero nada a cambio.

—Os lo agradezco, pero no puedo permitirme el lujo de esperar. Tengo el deber de mantener a mi familia, como le prometí a mi tío.

Keiran supo por primera vez que la muchacha estaba obligada por una promesa, e inmediatamente comprendió la preocupación que debió de atenazar los últimos instantes de vida de Ernest.

El moribundo sabía que su hijo Andrew pronto abandonaría a su madre y a su hermana para

seguir su vida de placer, dejándolas sin sustento. Sin embargo, lo culpaba en parte por haberle dado a Eleonor esa responsabilidad tan apremiante y pesada.

—Pero sobre todo—continuó ella—, no quiero un marido al que no estime ni aprecie. He visto y conocido a muchos hombres, y todos los que me han deseado, incluso los que han perdido la cabeza por mí, son ante mis ojos insignificantes, ignorantes y no quieren una esposa, sino una muñeca a la que exhibir a su antojo, a la que explotar por las noches para su propio provecho y a la que colmar con su propia semilla para asegurar la continuidad del título.

Las crudas palabras que salieron de la voluptuosa boca de Eleonor hicieron que Keiran se sobresaltara.

—Ya basta —dijo en un tono tan bajo como intimidatorio.

Eleonor sintió que había exagerado, pero, como de costumbre, sólo había dicho lo que pensaba.

—Encontraré a alguien que satisfaga bien o mal mis necesidades.

—¿A alguien? ¿Qué estáis diciendo?

—Bueno, alguien a quien no sea tan malo de aceptar como amigo y que...

—¿Amigo?

—De acuerdo: amante, entonces. Un amante que...

—¿Estáis loca? —estalló él, gesticulando violentamente con una mano con la que había golpeado la repisa de la chimenea.

—... que me dé protección y...

—¿Protección de qué? —preguntó Keiran entrecerrando los ojos hasta convertirlos en dos rendijas que despedían destellos de furia.

Ahora ya demasiado receloso, su rostro parecía cada vez más enojado y su expresión alterada habría atemorizado a cualquiera.

Eleonor se dio cuenta, pero estaba demasiado cansada para que su cuerpo reaccionara siquiera mínimamente a la ira de aquel hombre.

—Protección... de todo —le mintió ella—. Ahora, lord Northcliff, si me disculpáis, me marcho. Perdonadme por irrumpir aquí con mis extravagantes propuestas. Os ruego que olvidéis esta conversación. Gracias por vuestra paciencia. Buenas noches. —Ella hizo ademán de darse la vuelta, pero Keiran en dos pasos le agarró la muñeca derecha con la mano y tiró de ella sin miramientos hacia él, dándole un buen susto.

La expresión de dolor en el rostro de la muchacha fue una llamada de atención para Keiran: instintivamente aflojó el agarre, aunque estaba convencido de que no lo había apretado lo suficiente como para herirla. Con ojos penetrantes, estudió los verdes de ella, a no más de diez centímetros de distancia.

Eleonor podía oler su perfume y el agradable aroma del brandy, al igual que Keiran olía la embriagadora fragancia de rosa que ella despedía.

Demasiado agitada por la proximidad del hombre, se dio cuenta tarde de lo que él hacía: necesitaba aquel contacto para mirar dentro de ella.

—No, no lo hagáis... no quiero... —susurró a punto de llorar, demasiado avergonzada ante lo que vería—. Os lo suplico, soltadme... —dijo, tratando de zafarse. Pero esto dolía más.

Keiran deslizó la mano hacia arriba para bajarle la manga. Luego levantó el brazo para mirarle la muñeca.

Se quedó mirando el morado hinchazón, visible incluso en la penumbra, con expresión de horror. Instintivamente empezó a acariciársela, como si tratara de calmar el dolor. Se detuvo de repente y cerró los ojos.

Eleonor entendió que no tenía escapatoria. Se rindió, demasiado cansada y angustiada, y dejó volar su mente, libre y sin remordimientos, permitiendo que el hombre viera, oyera y comprendiera, mientras unas candentes lágrimas de mortificación surcaban su rostro.

Keiran, en cuanto cerró los ojos, la vio obligada en el suelo por el cuerpo de un varón que inmediatamente identificó como su primo, y sintió el dolor que ella sentía sobre sí, fuerte en las muñecas y en la espalda, como si lo estuvieran aplastando brutalmente contra el suelo; sintió el dolor de la humillación, el miedo de no tener escapatoria a semejante violencia, el asco al contacto con algo duro y liso que se deslizaba entre sus piernas. Interceptó el desesperado intento de rebelión de la chica, pero con consecuencias aún más dolorosas físicamente: una persistente punzada en el cuello le dio la medida de cuánta violencia había habido. Y vio cómo una gran mano masculina la apretaba casi hasta asfixiarla, sintió cómo la muerte amenazaba con quitarle el aire a la indefensa mujer, y sintió como si enloqueciera.

Keiran no pudo resistir más y abrió los ojos de golpe, asustado y descompuesto.

Ella lloraba suavemente, con los ojos cerrados, el brazo débil y sin esperanza sostenido en la mano de él.

Con cuidado, dejó caer su muñeca sin que el brazo se desplomara, y con dedos ligeros como plumas, apartó ligeramente el colorido pañuelo que cubría su cuello.

El hematoma púrpura, oscurísimo, era extenso y aterrador.

Él se quedó inmóvil, conmocionado. Se preguntó qué más escondería aquel cuerpo, y al pensar en ello su respiración se agitó. Con la ayuda de la otra mano, separó aún más el pañuelo y rodeó con los dedos el esbelto cuello de Eleonor.

Bien, ahora podía entender el sufrimiento y todo lo que había venido después. Había una cuerda y luego sus manos sujetando la garganta del hombre... Keiran sintió satisfacción y liberación. Volvió a respirar exactamente como debía haberlo hecho ella cuando el atacante aflojó su agarre; la rebeldía... una patada... un empujón... la vía de escape... una carrera desenfrenada... las rodillas laceradas... un hombre a caballo... Jenkins... rostros oscuros... Homa... Así había sido todo. Dolor y miedo, pero la chica no había sido violada.

Acarició suavemente su piel torturada, utilizando ese contacto para infundir una cura a su mente ultrajada. La miró fijamente, sintiendo un dolor y una ternura que eran nuevos para él. Ni siquiera con su madre se había sentido así.

Eleonor mantenía la mirada gacha y parecía contemplar su pecho, pero a él le pareció que estaba inerte y desamparada porque su joven mente se desprendía de sus recuerdos, permitiéndole volver a ver.

Fue así como Keiran se dio cuenta del estado de ánimo que la invadía desde la agresión.

Finalmente vio, como si fuera real, una imagen femenina reflejada en un espejo, era ella. Se quedó estupefacto: su cuerpo desnudo, perfecto y bien proporcionado, estaba desfigurado por las heridas y moratones que, por todas partes, lo cubrían. Fue cuestión de segundos, pero bastaron para ver cada marca que le había dejado, desde la cabeza hasta los hombros, desde la espalda hasta el abdomen, desde los pechos magullados hasta los muslos.

Se apartó de ella lentamente, casi con miedo, sin apartar los ojos de su rostro. Se quedó allí, cerca de ella, a menos de un metro, como sumido en su propio pensamiento.

Eleonor lo miró: mostraba unos ojos duros y severos, que ella interpretó como un reproche. Sin duda, el duque la consideraba ahora una mujer fácil y la culpaba de lo sucedido, como hacen siempre los hombres cuando juzgan la violencia sufrida por las mujeres. Probablemente pensó que sus modales bruscos y su aspecto demasiado agradable habían servido para que su primo abusara de ella. Se enjugó los ojos con un gesto lento.

Keiran se apartó con gran esfuerzo y se situó frente a la chimenea; con la punta de su bota de cuero negro colocó un leño cerca de la llama.

—Deberíais habérmelo contado en cuanto sucedió —murmuró con determinación.

Eleonor creyó que con aquella afirmación pretendía acusarla de intentar casarse con falsos pretextos para compensar el deshonor que le había infligido su primo.

—¡No, no es lo que pensáis! Él no me deshonró. Si no, nunca os habría pedido que os casarais conmigo. No soy capaz de semejante engaño, lord Northcliff, ¡creedme!

Keiran se volvió para escrutarla. Estaba tan confusa y desconcertada. Le recordó el vergonzoso engaño de lady Georgia.

—Se que no os ha deshonrado —afirmó sin dejar de clavarle los ojos.

Eleonor, finalmente, lo había comprendido.

—Vos... ¿lo habéis visto todo?

—Sí. —Keiran se volvió de nuevo hacia la chimenea, con las manos apoyadas en la repisa y los ojos fijos en el fuego..

—No debíais haberlo hecho... No quería que vos lo supieseis.

—¿Por qué? ¿Teméis que le haga daño al cerdo de vuestro primo? —El tono de voz del duque se había vuelto rencoroso, al igual que su mirada.

Eleonor vio la tensión en la musculosa espalda y los brazos del hombre, pues apenas temblaban. Decidió no hablar.

—Hacéis bien en temer por él. Ya veréis lo que quedará de él cuando le ponga las manos encima.

Ella abrió la boca asustada. Conocía la reputación de lord Northcliff y su sed de justicia. Los que le habían visto realmente enfadado habían informado de que el duque podía convertirse en un hombre muy peligroso.

—Os lo ruego... —le suplicó acercándose a él—. Dejad las cosas como están —insistió ella.

Pero el duque no respondió y Eleonor alargó una mano, colocándola sobre su omóplato.

Keiran se estremeció al contacto, pero no se movió.

—¿Por qué? ¿Por qué os importa tanto él? —le preguntó, estudiando su femenino rostro.

—¡Pero él no me importa en absoluto! —exclamó Eleonor mientras se acercaba y sin quitar la mano—. ¡Tengo miedo de las consecuencias para tía Martha y Nan!

Keiran se dio cuenta de que decía la verdad. La cálida mano que descansaba sobre su cuerpo hablaba, aunque ella no lo supiera.

—¿Quién lo sabe?

—Hettie y Maggie, la doncella de Nan. Y Asabi y Homa.

—¿Nadie más?

—No.

—Os falta alguien.

—¿Cómo?

—Jenkins.

Eleonor abrió la boca con sorpresa: había olvidado por un instante al fiel Jenkins.

—Sí, Jenkins. Lo había olvidado...

—Lo sé.

Una vez más, Eleonor comprobó que el contacto le resultaba revelador. Atrapada en el pensamiento de que tendría que ser más cuidadosa en el futuro, no se dio cuenta de que ella deslizaba lentamente la mano por su espalda con un suave movimiento que se convertía en caricia.

Keiran escuchó sus pensamientos y supo entonces que aquel gesto lánguido no era voluntario, pero resultaba tan placentero, por proceder de ella, que le produjo un escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Homa os dio el *da'ar*?

—Sí.

—Usadlo generosamente, después del baño, y dejad que vuestra piel lo absorba.

—Así lo haré.

—Ahora acostaos, lady Eleonor.

Eleonor quería abrazarle, estrecharle fuertemente, como si fuera él quien necesitara consuelo. Ahora él lo sabía, lo sabía todo. Estaba segura de que no se casaría con ella ni la tomaría como amante; pero estaba igualmente segura de que la ayudaría.

—De acuerdo, lord Northcliff. Buenas noches.

Keiran no contestó, ni ella le esperó. Se dirigió a la puerta, la abrió y, presa de un impulso, se volvió y dijo:

—¿Lord Northcliff?

—¿Sí? —respondió él mirándola.

—Gracias... gracias por todo. —Y dicho esto, se marchó, cerrando la puerta suavemente.

Keiran mantuvo la mirada fija en el umbral de la puerta durante unos segundos y luego reanudó la observación de las llamas que danzaban alegremente.

Los pensamientos se agolpaban en su mente; el sufrimiento de la muchacha aún vivo en su interior; el dolor físico de ella aún reflejado en su cuerpo; el terror percibido, absolutamente inmenso para una criatura tan bondadosa como lady Eleonor.

Rasgó el aire con un grito mientras golpeaba furiosa y violentamente la repisa de la chimenea con la mano, haciéndose daño. Abrió y cerró los dedos una y otra vez, paseándose por la estancia como un león enjaulado.

No tenía derecho a mantenerla bajo su protección porque el conde de Hereford, como cabeza de familia y tutor de ella, podía exigir su regreso de manera inmediata.

No podía denunciarlo públicamente, ya que lady Eleonor saldría perjudicada. Un solo cotilleo sobre un acto de violencia, o casi, que había sufrido, y se habría convertido en una desvergonzada a los ojos de la sociedad.

No podía encontrarle marido, porque el conde no habría consentido bajo ningún concepto, además de que su excesivo interés por la muchacha habría bastado para despertar rumores sobre un arreglo entre ellos.

En cuanto su mente recobró la compostura, cogió los papeles y el carboncillo.

Sentado en el sillón frente al fuego, comenzó a dibujar, encontrando paz y alivio con cada línea trazada, cada matiz hecho con la yema de su dedo, mientras una figura femenina desnuda y perfectamente proporcionada aparecía en la hoja, tal como la había visto en el recuerdo que provenía de la mente de lady Eleonor.

Pero la joven de la hoja no tenía moratones ni signos de violencia.

* * *

20 de diciembre de 1811

La noche para Eleonor fue terrible. Se había acostado con la esperanza de que los dolores remitiesen, pero el llanto silencioso, causado por la humillación de lo que había tenido que proponer al duque, la mantuvo despierta tanto tiempo que cualquier posición le producía dolor en la espalda.

Se quedó dormida hacia las tres de la madrugada y a las diez Hettie le tocó el hombro para despertarla. No entendió en un primer momento por qué, hasta que la chica habló.

—Los Bath están a punto de llegar... y vuestra tía ha preguntado por vos.

—No me importan los Bath... — murmuró con la voz ronca que le provocaba el sueño.

Hettie no se movió, y siguió dándole golpecitos en el hombro.

—Vale, vale. Me levanto. —El dolor en los huesos y las hinchazones la hicieron gemir. Se lavó la cara y, tras desvestirse, se untó *da'ar* por los moratones con ayuda de Hettie. Desayunó sin vestirse, esperando a que el ungüento fuera absorbido por su piel.

—¿Dónde está Nancy?

—De paseo. Pero para la hora del almuerzo estarán de regreso, como parece haber ordenado el duque. Ben dice que, aunque nadie simpatiza con lady Bath y lady Georgia, sin embargo su excelencia se preocupa mucho por las buenas maneras. Creo que por eso vuestra tía ha preguntado expresamente por vos.

—¿De paseo con quién?

—Lady Alice, lord MacKendrick y lord St. James.

Eleonor le preguntó:

—¿Ben y tú?

Hettie se detuvo mientras doblaba la bata.

—Venga, Hettie, habla claro. ¿Estáis juntos?

—¡No, Eleonor! Os lo habría dicho.

—Y entonces ¿qué pasa?

—Hum, podría decir con certeza que yo le gusto... y él me gusta a mí.

—¿Lo has deducido tú o te lo ha dicho él?

—Me lo ha dicho.

—¿Cómo es?

—Oh, tiene el pelo castaño claro y ojos color avellana, los más bonitos que haya...

—¡Ya sé cómo es físicamente! ¡Lo he visto más de una vez, Hettie! —le replicó Eleonor, divertida por el aire soñador con que la muchacha había empezado a describirlo. —. ¿Qué tipo de persona es?

—¡Ah! Bueno... es apacible. Siempre tranquilo pero... práctico. Sí, práctico. Le tiene mucho cariño a lord Northcliff. Fueron compañeros de juegos desde críos, ¿sabéis? Quedó huérfano de madre, que murió de escarlatina, así que, al tener que trabajar su padre todo el día, prácticamente creció aquí, en Shell Bay Manor. Pero parece que al viejo duque no le gustaba mucho la presencia de los hijos de los criados, a diferencia de lady Northcliff y del duque actual, a quien le gusta cobijar a los hijos de sus allegados. Ben contaba a menudo sus travesuras. Annis, la niñera de Caroline, siempre ha estado con ellos.

A Eleonor no le costaba imaginar al noble hijo del viejo duque creciendo con los criados: le gustaba lord Northcliff, también y sobre todo, por su humildad.

—¿Os lleváis bien?

—Sí, Eleonor, ¡mucho!

—¿Y qué más? ¿No estaréis siempre hablando?

Hettie agachó la cabeza, avergonzada.

—Bueno... la verdad es que no.

—¿Entonces? ¿Os habéis besado? ¿O habéis llegado más lejos?

—Oh, no, Eleonor, lo juró, ¡sólo eso! —respondió Hettie preocupada de que no le creyese.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Bueno, porque yo no me lanzo así. Y él es... tan bueno y... espero no equivocarme, pero creo que va en serio.

—Muy bien. Me alegro, Hettie, me alegro de verdad.

Hettie sonrió y continuó ordenando.

Pero tras aquel aire aparentemente sereno se escondía en ella una gran preocupación. ¿Qué habría pasado si su amante le hubiera pedido que se casara con él? Ella lo amaba y él decía que la amaba. Tendría que quedarse con él en el castillo y abandonar a Eleonor... Se le llenaron los ojos de lágrimas, y para no ser vista desapareció tras el biombo fingiendo doblar la ropa interior.

La única solución podía ser que lord Northcliff saliera por fin de su soledad forzada y se lanzara a por Eleonor. Según Ben, el duque sentía algo más que debilidad por ella...

Hettie empezó a rezar a Dios para que todo saliera bien.

* * *

Eleonor comió, se lavó, se vistió y bajó lentamente las escaleras, sin dejar de pensar en la charla que había tenido la noche anterior con el duque de Northcliff.

Sí, bien podía decirse que había sido un fracaso, aunque sin duda él la ayudaría de alguna manera. Lo cierto era que a ella no le gustaba recibir tanto sin dar nada a cambio.

Con estos pensamientos, entró en el gran salón.

—Buenos días —saludó, haciendo una reverencia.

Tía Martha sonrió, aprobando el atuendo de su sobrina, y lady Northcliff se levantó impetuosamente para salir a su encuentro, con las manos extendidas.

—Mi querida niña, ¿cómo estás?

Eleonor se las tomó, sonriendo, sin prestar atención a los Bath ya sentados.

—Mejor, excelencia, sobre todo gracias a Homa y Asabi.

—Oh, lo sé, tienen unos remedios muy eficaces. Siéntate.

Eleonor se inclinó para saludar a los Bath y se sentó al lado de Martha.

—Has hecho muy bien en mantener el cuello tapado, y enhorabuena por la enagua, querida: me encanta el colorido del pañuelo en contraste con el azul oscuro de tu vestido.

—Gracias, lady Northcliff. He hecho de necesidad virtud.

—Lady Eleonor, nos han informado de que no os encontráis bien —dijo con educación lord Bath.

—Sí, es cierto. Una terrible migraña anteanoche a la vuelta de Edimburgo, y un dolor de garganta muy molesto que me obligó a guardar cama ayer.

—Tal vez aún no estéis acostumbrada al frío de Escocia —afirmó lady Bath.

—Probablemente tengáis razón, condesa. Aunque admito que las temperaturas frescas de aquí no me desagradan. ¡Estoy deseando ver la nieve!

—Ha nevado un poco esta noche —dijo Martha—, pero imagino que estás esperando una fuerte nevada que lo cubra todo de blanco.

—Sí, así es, tía Martha. Me conoces muy bien.

—Pues se van a cumplir tus deseos —explicó la duquesa, llamando la atención de Eleonor—. Se prevé una tormenta de nieve para la próxima noche.

—¿De verdad?

En ese momento entró el duque, y todos, salvo Bridget y Martha, que ya se consideraba de casa, se levantaron para saludarle.

—Bienvenidos a Shell Bay Manor.

—Gracias, Northcliff. Es siempre un placer y un honor —dijo el conde de Bath.

Eleonor había mantenido la cabeza agachada, temerosa de encontrarse con la mirada del

duque, y no se dio cuenta de que éste, en cambio, la había mirado un momento para evaluar si se encontraba bien.

Lady Georgia se había iluminado al ver a lord Northcliff, y había adoptado una postura rígidamente elegante, tratando de mantenerse aún más erguida si era posible, haciendo que sus prósperos pechos sobresalieran.

—Hablábamos de nieve, Kein. A Eleonor le gustaría ver nieve.

Entonces, Keiran miró a la chica y se dio cuenta de que tenía que decir algo.

—Wilson nos ha avisado de que podría nevar mucho la próxima noche. Prevé una tormenta de nieve.

—La temperatura volverá a bajar, por lo tanto —sentenció el conde.

—Pero tal vez tengamos nieve para Navidad. —exclamó lady Georgia como si eso la hiciera feliz.

Keiran la miró y se dio cuenta de que le había robado la idea a lady Eleonor sobre la apreciación que había hecho sobre la nieve.

—Excelencia, a vos ¿os gusta la nieve?

—Tal vez porque estoy acostumbrado, me importa poco, lady Georgia.

—Desde luego es así, excelencia —dijo lady Bath—. Para las jóvenes poco acostumbradas a este clima, como mi hija, la nieve es algo extraordinario.

—En los próximos días —intervino lady Northcliff—, tendrás que ir a buscar el tronco de Navidad, Kein, que no se te olvide.

Eleonor se dio cuenta de que el hombre estaba aún menos hablador de lo habitual, si es que eso era posible. Tal vez su presencia lo irritaba, precisamente por aquella maldita propuesta que había hecho la noche anterior.

Keiran la miró con atención, captando las vibraciones de sus pensamientos, y sintió una punzada al ver su rostro triste y abatido. Oscuras sombras rodeaban sus ojos, una señal de que no estaba nada bien. Los demás hablaban de amigos comunes invitados a algún lugar, pero él no prestaba atención.

Lady Georgia lo admiraba abiertamente, con una sonrisa franca y recelosa, tratando siempre de atraer su atención.

—Excelencia, lady Northcliff nos ha dicho que algunos invitados han salido a dar un paseo —le dijo.

—Sí, así es, lady Georgia. Excepto lord y lady Wiltshire, que están en Edimburgo realizando algunas gestiones.

—Creo que los jóvenes exploradores están volviendo ahora —afirmó la duquesa.

—Me gustaría dar un paseo. Podríamos ir a su encuentro mientras regresan —dijo en voz alta lady Georgia.

En ese momento, el duque se vio obligado a aceptar la propuesta.

—Si queréis yo os acompaño, lady Georgia.

—Oh, gracias, ¡muy amable por vuestra parte, excelencia! —La muchacha se levantó de inmediato con un movimiento brusco que no era en absoluto propio de ella y se dirigió hacia la puerta.

—Lady Eleonor, ¿nos haríais el honor de vuestra compañía? —preguntó Keiran, mientras lady Georgia no ocultaba su decepción ante la posible presencia de su adversaria.

—Excelencia, me encantaría mucho. Sin embargo, creo que es más prudente que no salga durante el día. Espero que no os ofendáis por esto. —Eleonor odiaba imponer su presencia si tenía la más mínima duda de no ser bienvenida, y sospechaba que el duque tenía pocas ganas de

estar con ella... incluso podría ser que sólo quisiera estar con lady Georgia.

—Tenéis razón: no sería sensato que salierais con este frío. Si os apetece, podéis utilizar mi estudio para leer. El fuego está encendido allí, mientras que en la biblioteca hace bastante frío.

—Gracias, lord Northcliff.

Sólo la duquesa comprendió el verdadero valor de la concesión que su hijo hacía a Eleonor: Keiran no permitía que nadie permaneciera en su estudio en su ausencia.

En cuanto Keiran y lady Georgia se hubieron marchado, lady Northcliff dijo:

—Querida, si quieres aprovechar ahora la propuesta del duque, adelante: tienes mi aprobación.

Eleonor aceptó y se levantó.

—Gracias, lady Northcliff, creo que eso es lo que voy a hacer. —Hizo una reverencia y se alejó. Atravesó la entrada en dirección a la biblioteca.

—¡Lady Eleonor! —Agatha se dirigió a su encuentro amistosamente, feliz de verla en pie—. Querida, ¿qué tal estáis?

—Regular, Mrs. Brodie, gracias por preguntar —sonrió ella.

—Tenéis cara de cansada, querida.

—Así es. Este estúpido dolor de garganta me ha debilitado más de lo que imaginaba.

—Entonces os hace falta una buena porción del pastel que Mrs. Begbie ha horneado esta mañana y una taza de té caliente.

—Muy bien, acepto encantada, Mrs. Brodie, gracias de corazón.

—Os llevaré todo a vuestra alcoba, o al salón de la duquesa. No os quedéis en la biblioteca. Es muy fría en invierno.

—Oh, no, cogeré un libro e iré al estudio de lord Northcliff. El duque ha tenido la consideración de proponerme que me quede allí a leer, porque el fuego está encendido.

Agatha se quedó estupefacta, pues la concesión que le había hecho Keiran era descomunal.

—Bien... entonces... allí os veré, lady Eleonor.

Eleonor entró en la biblioteca.

El ama de llaves se dirigió a la cocina, con expresión de complacencia en su rostro fino y maternal.

—Lorna, a lady Eleonor le gustaría una ración de tu tarta y té. Se los serviré en el estudio de lord Northcliff —dijo a voz en gritos al entrar en la gran cocina.

Ramsay notó enseguida que algo la satisfacía, pero no preguntó, limitándose a estudiar sus movimientos mientras preparaba una bandeja, con un platillo, una taza, y la tetera.

La cocinera le sirvió dos platos con dos trozos de tarta, suponiendo que la joven lady estaba en compañía del duque; por último llenó la tetera, mirando fijamente la bandeja.

—Has olvidado una taza, Agatha —dijo Lorna.

—No, lady Eleonor está sola —respondió Agatha con una sonrisa de satisfacción propia de alguien que sabe mucho y tiene información que los demás desconocen.

—Querida —intervino Angus—, ¿has dicho que vas a servir a lady Eleonor en el estudio del duque?

—Es eso lo que he dicho, Angus.

—¿Sola? —preguntó Lorna.

—Es eso lo que he dicho, Lorna.

La miraron en espera de una explicación, pues todos sabían que el estudio era una zona prohibida para cualquiera que no estuviera en compañía del mismísimo duque.

—Lord Northcliff ha sido tan... sí, lady Eleonor lo ha dicho así... tan considerado como para sugerirle que se quedara en su estudio porque el fuego estaba encendido, desaconsejándole que

se quedara en la biblioteca, que hacía demasiado frío.

Angus y Lorna sonrieron, y también lo hicieron algunos de los criados que habían oído.

Luego se volvieron todos hacia Ben, que enarcó las cejas, con una expresión que decía: «Ya os había dicho que había algo más entre ellos.».

* * *

El estudio era cálido, el sillón del duque la acogía cómodamente, y el pastel de la cocinera tenía un sutil aroma a canela que ella adoraba en los dulces y se lo comió con gusto.

El libro reposaba en la mesita, junto a la bandeja del té, y ella no tenía ningún deseo de leerlo.

Dejó que su mente vagara libremente, entre recuerdos recientes y dolorosos, y recuerdos pasados y agradables.

Sus ojos se entrecerraron ante el sopor que a menudo había nublado su mente durante los dos últimos días, y se durmió durante unos diez minutos.

Unas voces lejanas la despertaron. Abrió los ojos y se dio cuenta de que los ruidos procedían del exterior. Estiró las piernas, que había dejado debajo del sillón, y se acercó a la ventana.

El pequeño grupo avanzaba lentamente por el verde césped.

Roy y Alice iban en cabeza, riendo y bromeando como niños, gesticulando enfáticamente para añadir profundidad a los conceptos, obviamente divertidos, que iban describiendo por turnos.

A pocos pasos Nancy y el marqués los escuchaban, hasta donde Nan podía, y donde ella no podía, él se lo repetía con diligencia, despertando grandes sonrisas en el bonito y alegre rostro de la prima.

A cierta distancia, el duque y lady Georgia se habían detenido: ella estaba pendiente de cada palabra que él decía, y de vez en cuando lo retenía poniendo casualmente una mano sobre su brazo. Él la escuchaba con educación y respondía siempre con una expresión correcta. Luego, reanudaban la caminata.

Cuando ya los demás habían doblado la esquina para llegar a la entrada principal, lady Georgia se detuvo por tercera vez. Ahora hablaba con lentitud, sus ojos de cervatilla estaban lánguidos y parecían pedir, implorar; el duque, con su habitual expresión austera y varonil, parecía no ceder a aquellos movimientos, pero ella se había acercado lo suficiente como para rozar con sus generosos pechos los brazos extendidos de él.

Lord Northcliff no pestañeó, es más, parecía conciso al hablar.

Ella inclinó el rostro y lloró.

Él le tendió su pañuelo, que ella cogió, y luego le habló de un modo persuasivo, casi dulce.

La muchacha lo miraba adorante con ojos llenos de esperanza y confianza, sonreía inclinando la cabeza y murmurando algo.

Eleonor vio precisamente que la mano de lady Georgia volvía a posarse en el brazo del duque, pero esta vez no la retiró durante mucho, demasiado tiempo, mientras seguía susurrándole con ternura, hasta que él pronunció unas pocas palabras, señalando con un movimiento repentino de la cabeza hacia el grupo que había desaparecido detrás del castillo.

Reanudaron la marcha, ahora deprisa y en silencio.

El duque mostraba su habitual semblante serio y, cuanto más se acercaba, más atractivo le parecía a Eleonor.

Lady Georgia parecía serena, como si sus palabras la hubieran animado, pero Eleonor vio en ella algo afectado y artificial.

Volvió a su sillón y cogió el libro. Se dio cuenta de que el duque podía llegar de un momento a otro y se preguntó si le gustaría verlo. No era la pregunta adecuada; habría sido más correcto preguntar si él había querido verla. Probablemente no.

Cerró el libro y se levantó. Abandonó el estudio y subió las escaleras.

Los niños gritaban y reían en la gran sala reservada para ellos. Hacía días que no los veía, debido a su «enfermedad». ¡Decidido!, se iría con ellos y se olvidaría de todo por un rato.

* * *

—*¡Qué frío! Creo que no me despegaré de la chimenea esta noche...*

—*Nan, ¿es una excusa para estar lejos de los Bath?*

Nancy Jane se rio al ver los gestos que Eleonor le había hecho.

—*Sé que a ti tampoco te gustan. ¿Quieres sentarte a mi lado frente a la chimenea?*

Eleonor torció la boca, tentada de contestar que sí.

—¿Creéis que nuestra ropa es apropiada?

—Claro que sí, lady Ellie —dijo Maggie casi ofendida por haberlo dudado.

—No soporto como la cervatilla se fija siempre en nuestra forma de vestir: es ineducada y, sospecho que superficial.

—Estáis ambas perfectas, Eleonor —dijo Hettie, comprobando el dobladillo del vestido de Eleonor.

Nancy llevaba un vestido de rayas grises y rosas, con un recatado escote pero lo bastante bajo como para resultar extremadamente femenino.

Eleonor se había vestido antes de que Nan pudiera verla desnuda, porque temía que pudiese descubrir algún moratón en cualquier momento, y había elegido un vestido liso de color azul oscuro, fácilmente combinable con el pañuelo ocre dorado.

—*Por supuesto que ese pañuelo no te hace justicia, Ellie* —dijo Nan mirando la prenda que artísticamente ceñía el cuello de su prima.

—*No puedo evitarlo. Aún me duele un poco la garganta y no quiero volver a recaer.* —Eleonor se ajustó la suave seda colocándosela mejor sobre el pecho, ya que era lo suficientemente larga como para cubrirle todo el escote.

—Desde luego sin eso... atraerías más al duque —murmuró Maggie al pasar por su lado.

—Creo que él siente mayor interés por lady Georgia, Maggie.

—Yo sabría cómo hacerle cambiar de opinión. ¿Queréis que os lo diga?

—¡Maggie! —la regañó Hettie.

—No quiero recurrir a subterfugios, Maggie.

—Lady Eleonor, exponer ese poquito de feminidad que tenéis no es un subterfugio, sino una maniobra perfectamente legítima para atraer la atención de un hombre.

Nancy se rio.

Hettie fulminó a Maggie con una mirada.

Eleonor le sonrió, negando con la cabeza.

—Vamos, Nan.

Entraron en el salón, acompañadas por Ramsay, y Roy salió a su encuentro.

—Buenas noches, bellas damas. ¿Puedo acompañarlas hasta el duque y la duquesa, donde encontrarán a los Bath? —El tono de voz de Roy era bajo y forzadamente formal.

Eleonor le miró a los ojos y leyó una maliciosa ironía dirigida a los recién llegados.

—¡Dejadlo ya! —susurró ella—. O juro que me echaré a reír en la cara de alguien.

—Os suplico que lo hagáis delante de la condesa de Bath: ¡su previsible reacción de disgusto ya me hace pensar en lo divertido que sería! —respondió él al instante.

Eleonor contuvo la carcajada.

Nancy, que no había apartado los ojos de los de Daniel, no había entendido nada de su conversación entre susurros.

En cuanto estuvieron frente al duque y la duquesa, las dos jóvenes hicieron una perfecta reverencia y saludaron.

—Mis queridas damas, ¿os apetece beber algo? Ramsay tenía un aperitivo ligero preparado para complacernos a las mujeres —dijo lady Northcliff, señalando la bandeja que un camarero le tendió cortésmente.

Eleonor y Nancy se sirvieron.

—Teníais razón, Northcliff, la temperatura ha bajado mucho —confirmó el conde de Bath.

—Wilson nunca se equivoca—dijo la duquesa.

—¿Qué quieres decir, Bridget?— le preguntó Lady Wiltshire a su amiga.

Bridget miró a Keiran, con la esperanza de que aprovechara el momento oportuno para introducirse en la conversación, pero el momento pasó y él no abrió la boca, totalmente absorto en sus pensamientos.

—Mr. Wilson, nuestro granjero desde hace muchos años, siempre acierta el pronóstico. Y para esta noche predice una tormenta de nieve.

—Caramba, mañana veremos si tenía razón —dijo el marqués de Wiltshire.

—Excelencia, si va a nevar tanto, ¿cómo vamos a encontrar el tronco de Navidad? —le preguntó lady Georgia al duque.

—Ya encontraremos algún modo, estad tranquila.

Ella sonrió al duque con satisfacción. Luego miró a Eleonor: sus ojos destilaban seguridad y superioridad, exactamente como hacen ciertos animales frente a ejemplares de los que perciben debilidad y fragilidad, aunque sea momentánea.

Eleonor intuyó entonces que la taimada muchacha había comprendido que ella se retiraba en buena lid.

Estaba cansada de intentarlo y a estas alturas lo consideraba inútil además de inoportuno, ya que el duque no había aceptado ninguna de sus propuestas.

Todo el mundo hablaba, y parecía que el ambiente era sereno. Aparentemente.

Keiran, particularmente taciturno, había notado que lady Eleonor estaba decididamente apagada y la miraba de vez en cuando para ver si sólo estaba decepcionada con él o si se encontraba enferma.

Lady Northcliff había advertido que su hijo, más callado que de costumbre, no perdía de vista a Eleonor, tratando de que lady Georgia no reparara en él.

Esta, por su parte, segura de que lady Eleonor estaba ya fuera de la contienda, no le quitaba los ojos de encima, tratando de exponer mejor sus encantos y batiendo las pestañas con miradas lánguidas y seductoras, demasiado absorta en el papel que estaba representando como para darse cuenta de que él concentraba su mirada en la otra.

Roy, que escuchaba e intervenía en el momento oportuno, aunque sorprendido por la simpática vivacidad de Alice, captaba la incomodidad de su hermano, la rendición de Eleonor, la ansiedad de su madre, el excesivo entusiasmo de lady Georgia.

Ramsay se adelantó y, con aire complacido, anunció que la cena estaba servida.

El duque ofreció su brazo a lady Wiltshire, y la duquesa fue escoltada por el marqués de Wiltshire; los condes de Bath partieron con lady Hereford y lord St. James. Los demás, sin preocuparse demasiado por las formalidades, se encaminaron sin seguir ningún orden en particular, charlando y riendo, como sólo los más jóvenes saben hacerlo, con serenidad y desenfado.

Todos excepto Lady Georgia, que se había apartado del grupo y seguía muy despreocupadamente al duque y a lady Wiltshire, situándose justo detrás de ellos.

Keiran no había podido evitar volverse, y ella había aprovechado la ocasión para lanzar una mirada conquistadora acompañada de su habitual y ñoña expresión.

—Tomad asiento, queridos amigos, ¡y bienvenidos a Shell Bay Manor! —dijo la duquesa con énfasis.

Era una frase que durante siglos los Northcliff pronunciaban en la primera cena cuando por fin todos los invitados estaban reunidos para las fiestas navideñas, y tradicionalmente era la duquesa quien tenía que decirla.

Siguieron unos aplausos espontáneos, y lady Northcliff, dirigiéndose a Martha, Nancy y Eleonor, explicó la razón de ello.

—¡Adoro estas tradiciones! —exclamó lady Georgia, juntando las manos, haciendo que Keiran entornara los ojos, que había adivinado la mentira: no había afirmación más alejada de la verdad que aquélla. La muchacha era conocida por su aversión al hogar, la familia, el aburrimiento y el trabajo, ¡y mucho menos al apego a las tradiciones sencillas y genuinas!

—Cada familia tiene las suyas —dijo lord Bath, esperando a que las mujeres se sentaran, para colocarse a la izquierda de la duquesa.

—Sí —le confirmó su mujer—, en la familia de lord Oxfuird, por ejemplo, es costumbre que los invitados elijan un plato para la cena de Navidad. Tradición extraña, sin duda, pero simpática. —Lady Bath tenía al duque a su derecha y al conde de Portland a su izquierda. Este último, a su vez, estaba junto a Nancy.

—Nosotros no tenemos costumbres especiales —comentó el marqués de Wiltshire casi desilusionado—. Tal vez debería inventarme una... —Estaba sentado a la derecha de la duquesa.

—Oh, lord Wiltshire —dijo Martha a su derecha, rozándole divertida el brazo —, qué gracioso sois. —Y ambos rieron.

—Desde hace algún tiempo, el marqués me insiste en la cuestión de las tradiciones —se explicó Winnie con su habitual tono sosegado, desde el otro extremo de la mesa, a la derecha de Keiran.

—¿A qué os referís, marquesa? —le preguntó Daniel, girándose a su izquierda para mirarla.

—Me refiero a que, habiéndose dado cuenta de que cada familia tiene sus propias costumbres, a veces incluso seculares, quiere encontrar algo original para iniciar una tradición inventada por él. —Todos rieron—. Lady Eleonor, como me consta que sois muy imaginativa, ¿podríais ayudar al marqués a encontrar una tradición adecuada, para que podamos salir de este embrollo?

—Bueno... no sabría —contestó Eleonor, esforzándose por seguir el divertido juego de lady Wiltshire—. ¿De cuánto tiempo disponemos para inventar algo, marqués?

—¡Hasta principios de enero, cuando la duquesa no tolere más el desconcierto que le creamos y nos eche a todos a patadas!

La carcajada colectiva involucró incluso a Keiran, aunque con moderación, pero no a lady Georgia que seguía mirando molesta en dirección a la puerta que los camareros abrían y cerraban para traer los platos.

Ramsay se percató de su malestar y se acercó a ella para preguntarle si necesitaba algo.

—Me esforzaré por encontrar algo... antes de que la duquesa nos eche, por supuesto. —dijo Eleonor, provocando nuevas carcajadas. A partir de entonces volvió a guardar silencio.

Las bromas joviales continuaron, y sólo Keiran y lady Bath se dieron cuenta de que Ramsay había escuchado a lady Georgia y luego se había dirigido a informar de algo a la duquesa, que con modales educados y amables sonrió primero a Ramsay y luego a lady Georgia. El mayordomo se acercó y apartó a la muchacha, que con aire fingidamente cortés inclinó la cabeza en dirección a la duquesa para agradecérselo, y se sentó en el asiento de su madre, lady Bath, es

decir, a la izquierda del duque.

Cuando Eleonor levantó la cabeza y vio que la condesa de Bath había intercambiado su lugar con su hija, frunció el ceño y se volvió para pedir explicaciones a Nancy.

—¿Qué demonios ha tramado ésa?

—Ellie, escucha lo que dice lady Bath.

—Veréis... estoy seriamente preocupada: lleva meses sufriéndolo. —estaba explicándoles la condesa ahora a Roy y ahora a Daniel, a su derecha y a su izquierda, respectivamente—, y a la menor corriente de aire le sobrevienen unos atroces dolores de espalda.

—Ahí lo tienes, Eleonor: ésa es más espabilada que un zorro.

—Olvídate del zorro. ¡Es una cervatilla en celo!

Keiran, que estaba escuchando las justificaciones de lady Georgia sobre el cambio de lugar con su madre, no pudo evitar mirar los gestos que habían intercambiado Eleonor y Nancy, y se esforzó por no reaccionar ante el comentario sincero de lady Eleonor.

—Maggie tenía razón. Quítate ese pañuelo y saca pecho antes de que te lo arrebate.

—Se acabó, Nancy. No me prestaré a estos...

—¿Subterfugios? En esto también tiene razón Maggie: no son subterfugios sino formas lícitas de conquistar a un hombre.

—¿Actuaste así con el marqués?

—Bueno, no. Pero cuando comprendí que le gustaba...

—¡Pero yo no le gusto al duque! Al menos no lo suficiente.

—Ellie, déjame que te lo diga: no has entendido nada.

—¿Pero tú qué sabes, Nan?

—Dan también está de acuerdo conmigo: ¡le gustas!

Al oír esa frase, Keiran miró a Wolf, que enarcó las cejas inocentemente, haciendo todo lo posible por no reírse.

—¿Desde cuándo le llamas por su nombre de pila?

—Desde hace poco...

—Nos dormimos demasiado rápido por la noche y ya no hablamos. Me debes una explicación, ¿entendido?

—Vale, vale.

La cena transcurrió sin sobresaltos: la comida fue excelente, como siempre, aunque Eleonor comió muy poco, y los comensales estaban a sus anchas, salvo Keiran, que no podía dejar de sentir los insistentes escalofríos de lady Georgia, que lo agotaban.

Cuando las mujeres se marcharon para dejar a los hombres con sus bebidas, Keiran se relajó, escuchando a los demás hablar de política y comercio.

—No lo sé, lord Wiltshire. Siempre tengo la impresión de que los franceses están superando a los ingleses... —dijo el conde de Bath mientras saboreaba su oporto.

—Bueno, yo no lo diría así, Bath. No es una carrera, pero es preocupante el repentino ascenso de Francia provocado por un gobernante que yo no calificaría de meramente presuntuoso, sino definitivamente obsesionado con el ansia de poder —replicó el marqués de Wiltshire, ligeramente irritado.

—El hecho es que Napoleón está a punto de conquistar el mundo. Eso es evidente —afirmó Bath casi con cierta complacencia.

—Reconozco que ahora tiene una gran porción de Europa en sus garras. Alguien debería pararle los pies, aunque sólo sea para evitar que todos acabemos bajo su yugo.

—En mi opinión, puede ser cualquier cosa menos un yugo. —Esta afirmación del conde de

Bath sonó a oídos de todos como una sobrevaloración del político corso, y disgustó no poco a los presentes, algunos de los cuales le miraron de reojo. Lord Bath se percató de que había ido demasiado lejos, así que añadió para restar importancia a su afirmación—: No obstante, no creo que haya ningún riesgo para los ingleses, sobre todo ahora que Napoleón tiene ciertos quebraderos de cabeza con los rusos.

Keiran prestó suma atención.

—Fricciones inevitables, ya que las disputas por el ducado de Varsovia siempre han sido interpretadas por los rusos como meras provocaciones. En resumen, nada nuevo —declaró Daniel, enfatizando su confianza en el asunto para hacer creer a Bath que no sabía nada más.

El conde mordió el anzuelo, sin resistirse a la tentación de demostrar lo bien informado que estaba y, por una vez, incluso mejor que el duque.

—Fricciones que han hartado a Napoleón: ya se habla de una inminente campaña en Rusia.

La noticia, desconocida para todos excepto para aquellos que por razones políticas o de espionaje estaban estrechamente relacionados con el primer ministro Spencer Perceval, no era una novedad para Keiran y Daniel, y en consecuencia tampoco para Cyrus y Roy.

Permanecer impasible habría significado admitir que lo sabía y que, por tanto, estaba implicado de algún modo como espía; así que Keiran enarcó las cejas fingiendo asombro y extrañeza; lo mismo hicieron los demás.

—¡Me quito el sombrero ante el enano francés! —explotó Roy—. Nadie se esperaría una reacción tan impetuosa.

Bath estaba encantado de haber compartido una información aparentemente desconocida para ellos.

Pero Keiran, Daniel, Cyrus y Roy leyeron mucho más allá de lo que había dicho: si el conde sabía de la posibilidad de una campaña en Rusia, o estaba trabajando con el primer ministro como ellos, o era un espía... y no un espía británico precisamente.

El espectro de enfrentarse a un bonapartista se apoderó de las mentes de los hombres que observaban al conde de reojo, llevándolos a hacerse mil preguntas.

Keiran se puso de pie.

—Juntémonos con las señoras. —Todos le siguieron.

En el salón, lady Georgia monopolizaba la atención con aires de remilgada prima donna.

La duquesa escuchaba con benevolencia, pero visiblemente agotada, y de vez en cuando intercambiaba miradas con la condesa de Hereford y la marquesa de Wiltshire.

Lady Bath buscaba la aprobación de su hija, mediante miradas y gestos dispensados a diestro y siniestro.

Nancy y Alice, sentadas junto a la ventana, hablaban entre sí.

El duque cayó inmediatamente en la cuenta de que faltaba lady Eleonor. Abrió la boca dispuesto a preguntar, dudoso de que hubiera estado enferma, pero se contuvo. Se acercó a su madre, que lo miró con una sonrisa, y fingió escuchar el diálogo femenino. Miró hacia la puerta, esperando ver a Ramsay.

Éste apareció y le dirigió una mirada cómplice.

El mayordomo, que conocía bien a su amo, dio dos pasos hacia el vestíbulo y aguardó.

Keiran dijo:

—Disculpadme, Ramsay intenta llamar mi atención. —Se apartó del grupo y se colocó delante del fiel mayordomo para que los demás no oyeran nada, y le preguntó—: ¿Lady Eleonor?

—Ha pasado hace un momento... La oí pedirle a la duquesa que le diera permiso para despedirse porque no se encontraba bien.

—¿Has visto su cara? ¿Estaba enferma?

—Excelencia, la verdad es que todos creemos que aún no se ha recuperado. Y probablemente estaba muy cansada esta noche... a juzgar por las sombras oscuras bajo sus ojos. —Ramsay vio a Keiran reflexionar sobre esas palabras—. Si me permitís decirlo, excelencia, creo que Mrs. Brodie está procurando que Lady Eleonor no se sienta mal... sabiendo que la duquesa y la condesa, su tía, estarán ansiosas por tener noticias de ella. Si os parece bien, Alteza, puedo traer noticias en cuanto regrese Mrs. Brodie.

Keiran antes de volverse dijo:

—Gracias, Ramsay.

—No hay de qué, excelencia.

El duque volvió a su asiento, pero a pesar de los constantes e insistentes intentos de lady Georgia por atraer su atención con una serie de melancólicos movimientos, le respondió con monosílabos, mirando con frecuencia la puerta con aprensión. Cuando volvió a ver a Ramsay se levantó bruscamente, esta vez sin disculparse, y se reunió con él.

—Lady Eleonor le ha asegurado a Mrs. Brodie que se encontraba bien, pero que estaba demasiado cansada para tratar educadamente a otras personas. También ha afirmado que no había dormido la noche anterior y ha admitido que no se había recuperado del todo de su enfermedad.

Keiran suspiró, recordando lo ocurrido la noche anterior y las palabras intercambiadas con ella. Por supuesto, era de esperar que no pegara ojo como resultado de su conversación.

—Bien, gracias Ramsay, se lo contaré yo a la condesa de Hereford y a la duquesa.

Volvió al lado de su madre y, en cuanto lady Georgia calló, dijo:

—Ramsay ha tenido la amabilidad de informarnos de que lady Eleonor se encuentra bien, pero está muy cansada y se disculpa de nuevo.

—Gracias, querido —respondió Bridget—. La verdad es que yo también estoy cansada.

A esa frase todos se pusieron de pie y comenzó el ritual de despedidas.

El salón se vació y Keiran se quedó solo con Daniel y Roy. Los tres se miraron y, como por acuerdo tácito y habitual, se dirigieron al estudio, donde ocuparon sus lugares frente a la chimenea.

Ramsay apareció.

—¿Sirvo algún licor, excelencia?

—Sí, gracias, Ramsay.

Mientras esperaban al mayordomo, Roy se quitó la corbata y la tiró sobre el escritorio. Luego se sentó y Daniel tomó asiento a su lado.

Keiran empujó los leños hacia la llama y tomó asiento en su silla. Se desprendió un aroma a rosas e inmediatamente se dio cuenta de que lady Eleonor se había sentado allí. Entornó los ojos un momento, embriagado por el perfume femenino.

—¿Sirvo yo, excelencia, o preferís hacerlo vos mismo?

—Solos, gracias. Puede retirarse, Ramsay, y felicitaciones por la gestión de la cena: perfecta como siempre. Mis agradecimientos también para Mrs. Begbie.

—Muchísimas gracias, lord Northcliff. Le informaré. Lord Roy, he puesto unas galletas, por si aún tenéis apetito. Buenas noches

Los hombres le saludaron, y Keiran y Daniel sonrieron ante la consideración con que Ramsay trataba siempre a Roy.

—¿Qué pasa? ¿Qué estáis mirando? A veces como una galleta antes de acostarme —se justificó abriendo los brazos en señal de inocencia.

Permanecieron en silencio durante un minuto, bebiendo oporto a sorbos. Sólo se oía el crepitar del fuego y los mordisqueos de Roy.

—He hablado con lady Hereford —dijo Daniel de repente. Los otros dos le miraron esperando oír el resto, imaginando ya de qué se trataba—. Le he expuesto mis intenciones hacia lady Nancy Jane. Ha reaccionado como me imaginaba que lo haría: de acuerdo y complacida, pero ocultando una reserva, que sin embargo he captado, supongo que a causa de su hijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Roy.

—He tenido la clara sensación de que lady Hereford está firmemente convencida de que el conde de alguna manera puede entorpecerme, probablemente con algún tipo de chantaje económico.

—En resumen, que intenta sacar provecho de tu interés por lady Nancy —concluyó Roy.

—¿Lo vas a pillar con las manos en la masa? —le preguntó Keiran.

—Sí, haré así.

—Ya me lo imaginaba. Eres experto en hacer creer a tu enemigo que casi ha ganado y luego vencerle con uno de tus ardides —afirmó Keiran con una sonrisa divertida.

—Sin embargo, he sentido lástima por la condesa: creo que es el tipo de mujer a la que le molesta incluso la idea de ser juzgada o incomprendida por culpa de su hijo. —Daniel parecía preocupado por ella.

Keiran, que le observaba, consideró aquella frase y convino en que su amigo podía tener razón.

Se hizo de nuevo el silencio entre ellos durante unos segundos.

De repente Roy habló, con semblante muy serio.

—No me gusta la forma en que lord Bath mira... a nuestras jóvenes amigas.

Keiran y Daniel le miraron atentamente.

—Explícate —dijo Keiran.

—Desde que está aquí, le he pillado varias veces mirando escotes y traseros. La consideración de Ramsay al vigilar a las chicas cuando están solas ha confirmado mis sospechas. Su mujer también lo sabe: le vigila y se da cuenta de cualquier mirada inapropiada del conde, pero dudo que le reprenda por ello.

—Lo que nos faltaba, ¡un maniaco...! —comentó Daniel, moviéndose nerviosamente en el diván.

—Hay más.

—Adelante, Roy, habla —ordenó Keiran mostrando aún más interés.

—Me he enterado de que Bath molestó a Jinny, la chiquilla nueva.

—¿Jinny? ¡Si sólo tiene trece años! —estalló Keiran.

—¿Quién es Jinny?

—Tal vez aún no la hayas visto, Daniel. Llegó hace unos meses del Norte. Es huérfana —le explicó Roy.

—¿Estás seguro? ¿Jinny? ¿Quién te lo ha dicho?

—Sí, Kein, estoy seguro, pero no puedo decir quién me lo dijo...

—Roy.

—... pero que sepas que es alguien que conocemos desde hace años y en quien confío ciegamente —concluyó Roy.

—Maldita sea, Blake, ¿has dicho trece años?

—Sí, Wolf, trece.

—Es algo repugnante —afirmó Daniel intentando quitarse de la cabeza la imagen de Bath

abusando de una niña.

Keiran adoptó su expresión más verdadera.

—¿Jinny se encuentra bien?

—Sí, sí. Al parecer una camarera tuvo el valor de intervenir fingiendo que estaba allí por casualidad —explicó Roy—. Si hablas con Bath pondrás en peligro tanto a la persona que me informó como a la chica, ya lo sabes, Kein.

—Lo sé. Estate tranquilo, Roy. Lo resolveré de otra manera.

Volvió el silencio durante unos instantes.

Keiran captó los sentimientos de los otros dos: estaban pensando en aquel cerdo de Bath y en la joven Jinny. Un sentimiento de náusea le subió a la boca, dejándole un amargo sabor. Bebió un trago de oporto. Ninguno de ellos pudo encontrar la clave para expresar lo que sentían por lord Bath, como si temieran liberar lo que se ocultaba en aquel hombre.

La charla que habían mantenido con el conde después de la cena había dejado preguntas sin respuesta, y el mero hecho de hablar de ello habría dado lugar a acusaciones reales.

Keiran decidió dar un paso al frente.

—Mañana mismo le escribiré a Perceval para saber quién más nos ayuda contra los franceses —les susurró.

—Deberías explicarle que tienes sospechas y que tu petición está motivada por ello —musitó Daniel—. Obviamente sin mencionar su nombre.

—Tal vez él realmente esté de nuestro lado y Perceval no te lo ha advertido —dijo Roy intentando una solución en la que él mismo no creía.

—Todo es posible. Sin embargo, es poco probable que no me lo haya dicho, sabiendo que cada Navidad los Bath están aquí.

—Sí, tienes razón, Kein. Te lo habría comunicado —admitió Roy.

Los tres hombres se miraron, con caras de preocupación.

—Para mí es un espía del enano —susurró en voz baja Daniel.

—En este momento... yo también lo creo así —dijo Roy.

Keiran los miró con gesto de aprobación.

—Sed imprecisos sobre el viaje de primavera. De hecho, no estaría mal adelantarlo a justo después de las fiestas, haciéndoles creer que la partida prevista es dentro de varios meses. Estaremos a plena capacidad, pero diremos lo contrario: el mismo trabajo del año pasado en la línea de flotación, y salida por la tarde.

Esta vez fueron Daniel y Roy quienes estuvieron de acuerdo. Acabaron tranquilamente sus bebidas.

—Bien, si no hay nada más, me voy a acostar —dijo Keiran levantándose.

Daniel y Roy se miraron: esperaban que fuera Keiran quien hablara de lady Eleonor y de él, pero se sintieron decepcionados. Se levantaron y salieron del estudio.

* * *

Georgia abrió lentamente la puerta de la habitación que le habían asignado en la segunda planta y se asomó con cautela a la oscuridad del pasillo.

Una solitaria y tenue luz provenía de la habitación semicerrada que antaño había sido la torre del homenaje del castillo, y el silencio se vio roto por el continuo soplar del viento.

Se dirigió hacia la penumbra. Oyó claramente las voces del duque, el marqués de St. James y lord MacKendrick que venían del piso inferior y se deseaban buenas noches, antes de entrar en sus habitaciones.

Miró a su alrededor, y la presencia de dos armaduras antiguas a ambos lados de la entrada de

aquel rellano le produjo una sensación de inquietud. Tomó aire y se dirigió hacia la escalera descendente, apretándose el cinturón de la exquisita pero ligera bata de encaje que apenas la cubría. Tenía mucho frío, pero quería presentarse ante el duque escasa de ropa y provocativa, para seducirlo más fácilmente.

Bajó los escalones con cuidado de no tropezar; al llegar a la primera planta, se detuvo un momento para estudiar mejor el ambiente. Estaba iluminado por unas cuantas velas, y no dudó en elegir el camino, pues sabía exactamente cuál era la habitación de lord Northcliff.

Con los oídos alerta, caminó lentamente hacia el pasillo que daba literalmente al mar: Georgia observó que había empezado a nevar.

Miró a su derecha, donde estaba la alcoba de la duquesa, y luego a su izquierda, donde estaba la del duque. Razonó que si llamaba, la duquesa podría oírlo, así que decidió abrir la puerta directamente con el mayor silencio. Entró e inmediatamente volvió a cerrarla.

El saloncito personal del duque era la antesala; las brasas de la chimenea aún tenían un vivo color anaranjado, pero la llama no estaba allí.

Georgia miró los sillones y el diván y observó que estaban vacíos. Se dirigió a la puerta entreabierta del dormitorio y llamó a la puerta.

No hubo respuesta. Aguardó. Volvió a llamar, pero nada.

Empujó la puerta y se asomó con cautela, llegando a pensar que el hombre ya se había dormido, lo cual era muy improbable, ya que acababa de entrar.

La estancia, amplia y bien amueblada, estaba en penumbra gracias al fuego ardiente de otra chimenea y a un candelabro con tres velas colocado sobre la mesilla de noche, finamente taraceada.

Frente a ella se veía perfectamente una mesa ovalada con dos sillas, dispuesta contra las ventanas que daban al mar, y allí tampoco había rastro del duque.

Se quedó quieta, respirando lentamente, vagamente temerosa pero llena de expectación. Se giró y dio un paso adelante. La cama estaba vacía, pero lista para ser ocupada.

Georgia empezaba a no comprender.

Miró la mesa de tocador, donde la corbata blanca del duque destacaba sobre la madera oscura. Debía de estar allí, pero ella no la veía. Miró con desconfianza la torrecilla del sudeste, que cerraba la escalera de caracol que subía y bajaba. Caminó con cierta confianza hasta la puerta de madera y bajó el picaporte. Estaba cerrada con llave y ésta estaba en la cerradura, así que no podía haber salido por allí.

Se dio la vuelta, contrariada, empezando a sentirse incómoda por las dificultades que estaba experimentando y, mientras maldecía mentalmente al duque que estaba haciendo de su vida una batalla constante en un intento de atraparlo, notó un destello de luz tenue que provenía de una habitación situada detrás de la pared de la cama: debía de ser el famoso cuarto de baño que el viejo duque había hecho instalar muchos años atrás, una elección considerada bastante extraña, pero en realidad útil y práctica. Con unos pocos pasos llegó a la puerta y la empujó para abrirla.

Era en cambio el guardarropa de lord Northcliff, la luz provenía de otra puerta hacia la cual se dirigió expeditivamente.

Allí, una bañera, de un tamaño nunca antes visto, se alzaba en el centro de la habitación; dos mesas de tocador de factura decididamente oriental estaban colocados junto a la pared del fondo; una alfombra persa cubría por completo el suelo; una serie de velas, que probablemente desprendían aquel aroma intenso, dulce pero especiado, estaban dispuestas al azar; sobre un mueble oscuro, también de estilo oriental, compuesto por cuatro estantes, había toallas blancas y paños de algodón pulcramente doblados; lo más original y transgresor eran las pinturas que

cubrían las paredes y el techo: provocativos desnudos de hombres y mujeres se alternaban en escenas de insinuada pero inequívoca seducción, en las que incluso una mente ingenua podría haber imaginado su continuación.

Georgia se quedó fascinada por aquella habitación, razonando que el duque debía de haber elegido aquel ambiente de harén oriental a propósito. Se excitó bruscamente, aunque no más de unos segundos, cuando se dio cuenta de que el hombre ni siquiera estaba allí.

Asumió una expresión ceñuda. No lo entendía. Sin embargo, antes de descender había contado las puertas que se cerraban: la primera, la segunda y, al cabo de tres segundos, la tercera. Miró a su alrededor, repitiendo mentalmente la cuenta. Pero, evidentemente, ¡el duque no había entrado! Tal vez había fingido o había cambiado de idea y había vuelto a bajar.

Se dirigió rápidamente hacia la salida sin demora, con la intención de hacer salir al duque que seguramente se había refugiado en su estudio. Salió de la habitación, cerrando silenciosamente la puerta y caminó a paso ligero hacia las escaleras.

Pero antes de llegar casi choca con alguien. Abrió la boca de par en par asustada y dejó escapar un gemido agudo.

—Disculpad, lady Georgia... Lo lamento... de verdad —balbuceó Ben incómodo al ver la ropa de la mujer—. Disculpad, no quería asustaros...

Georgia se recuperó rápidamente. Lo miró con desdén, los labios entrecerrados, la expresión contrariada. Pensó que si bajaba, el criado seguramente le contaría su transgresión. Así que pasó junto a él y subió las escaleras, con los labios apretados para contener un chorro de improperios indecorosos.

Ben se quedó allí con cara de satisfacción. Oyó un portazo en la planta de arriba y soltó una risita divertida.

CAPÍTULO 6

21 de diciembre de 1811

Aquella noche, la nieve cayó en abundancia, arrastrada por las ráfagas heladas de un viento intenso que solo amainó hacia la madrugada, dejando un paisaje completamente quieto y silencioso. Al amanecer, aunque el sol no salía, la blancura iridiscente reverberaba sobre todo, haciendo que los lugares circundantes parecieran diferentes.

Tal vez fuera por aquel deslumbramiento por lo que Eleonor, nada más despertarse, miró con curiosidad la ventana por la que se filtraba un resplandor inusual. Se levantó de la cama y descalza fue a mirar al exterior, torciendo la boca en cuanto tocó la parte del suelo de piedra que no estaba cubierta por la alfombra. Descorrió las cortinas y abrió los ojos, llevándose una mano a ellos, cegada por el blanco de la nieve. Abrió la boca con una expresión de estupor extremo.

—Oh Dios mío... —Ahora se llevaba las manos a la cara eufórica—. Oh Dios mío, ¡gracias! ¡Gracias! Adoro todo esto. —Comenzó a reír, excitada, saltando de un lado a otro, sin apartar la vista del paisaje—. ¡Nan!

Pero, evidentemente, la chica no podía oírla.

—¡Nan! ¡En pie! —Había gritado, presa de su arrebato juvenil.

Nancy, sin embargo, dormía pacíficamente.

Eleonor se dio la vuelta y corrió hacia su prima, sacudiéndola por los hombros y despertándola sin demasiadas ceremonias.

—¡Ven! ¡Ven! —le decía a la cara, tirando de ella por el brazo.

—*Ellie, ¿pero qué haces?*

—¡Mira! —señalando la nieve.

Nancy entreabrió los ojos, como escudándose, frente al fulgor de tanta luminosidad.

—*La nieve...* —dijo con los labios.

—¡Sí! ¡La nieve! ¡Y hay mucha! ¡Muchísima!

Se quedaron inmóviles y observaron. Las ramas de los árboles estaban caídas por el peso, y todo, absolutamente todo, estaba blanco y magníficamente silencioso. Incluso el acantilado.

Se miraron.

—Vamos —ordenó Eleonor con determinación.

Nancy la siguió.

Se vistieron a toda prisa, sonriéndose con continuas miradas de complicidad.

Martha entró por la puerta que comunicaba las habitaciones.

—¿Adónde diantre vais?

—¡La nieve! —dijo Ellie señalando la ventana—. ¡La nieve, tía Martha! ¡Hay muchísima nieve! ¡Y no es como en Londres!

La pobre mujer, todavía aturdida por el sueño, miró al exterior, deslumbrada por una luz inusual... Miró de nuevo a las chicas... pero habían desaparecido. Se acercó a la ventana y todo estaba despejado. Sonrió, apretando los brazos contra el pecho. Aquella mañana hacía mucho frío.

* * *

Keiran se despertó de repente: una risa chispeante llegaba a sus oídos desde lejos.

No entendía quién podía ser a esas horas de la mañana. Bostezó, estirándose. Esperó un momento y aquella risa volvió a sonar. Frunció la frente y apoyó el codo en el colchón. Silencio. Se frotó los ojos somnolientos, bastante cansados por haber trasnochado la noche anterior, sumido en reflexiones que le habían llevado a tomar una decisión.

Y de nuevo la risa cristalina de... sí, de lady Eleonor.

Saltó de la cama y al contacto con el suelo maldijo no haber usado las pantuflas.

Avanzó hacia la ventana del este y descorrió la cortina: allí estaba ella, la tremenda y hermosa chiquilla, en medio de todo aquel blanco, con el pelo descaradamente suelto, largo, suave, ya mojado en sus puntas por la nieve que su prima le arrojaba. Iban las dos sin capa, las muy imprudentes, ¡y sin guantes! Corrían como niñas y reían alegremente, saltando aquí y allá, mostrando generosas partes de sus piernas.

Keiran, entrecerrando los ojos como para ver mejor, se dio cuenta de que, mientras lady Nancy llevaba medias gruesas y oscuras, la incauta y descuidada Eleonor no llevaba nada. Ensanchó los ojos, sin saber si escandalizarse más por la falta de pudor o por la facilidad con que estaba sentada en la nieve con las piernas desnudas. ¿Pero no tenía frío aquella maldita criatura?

En ese momento apareció Ramsay, todo cubierto con su pesado abrigo, con los ojos confundidos por la extraña escena que estaba presenciando, y persuadió a las jóvenes para que regresaran, primero señalando la casa y luego su atuendo poco apropiado.

Keiran vio que lady Eleonor sonreía amablemente, con la cabeza ladeada, mientras le decía algo al mayordomo. Los gestos de la chiquilla eran...

Ramsay suspiró y abrió la boca para replicarle... pero lady Eleonor le lanzó un puñado de nieve, golpeándole en el pecho y provocando una carcajada espontánea de su prima.

El pobre mayordomo abrió los ojos de par en par en una expresión decididamente cómica.

Keiran no pudo contener la sonrisa, sintiendo simpatía por aquella pestilente... La miraba embelesado y por más que lo intentaba, la pasión que sentía por ella se había vuelto engorrosa e imposible de contener. Le gustaba su fuerza, su curiosidad, que fuera diferente, original, en definitiva le gustaba todo de ella. Y le gustaba físicamente, ya no podía negarlo. Tenía un cuerpo espléndido, atlético pero al mismo tiempo sinuosamente femenino. Estudió su figura mientras ella corría de nuevo con su prima y caía en la nieve fresca, hundiendo las piernas en el aire, animando al complaciente Ramsay.

Keiran apoyó una mano y la frente sobre el vidrio helado, concediéndose un momento de abandono, contemplando a la chica que reía e intercambiaba comentarios graciosos, a veces con su prima, a veces con Ramsay.

De repente, ella levantó los ojos, buscando esa llamada silenciosa que en otras ocasiones ya la había ligado a él; y entonces, se encontraron nuevamente, se miraron durante unos segundos, intensamente, luego él se incorporó.

Eleonor, sin dejar de sonreír, se cubrió las piernas y saludó con la mano, a lo que él respondió con una inclinación de cabeza; no pudo evitar darse cuenta de que el duque iba con el torso desnudo, pues acababa de despertarse. La calma de su gesto tranquilizó a Nancy, que por un momento había temido una reacción airada por su parte.

Ramsay siguió la mirada de lady Eleonor, vio a su amo en la ventana y extendió los brazos en señal de resignación, impotencia y petición de disculpas por no haber tenido éxito en su obediente empeño de apaciguarlas.

Keiran sacudió la cabeza, insinuó lo que parecía una vaga sonrisa, un gesto que tranquilizó al desesperado hombre, y finalmente se retiró tras la cortina.

* * *

La nieve había reunido inesperadamente a todos, o casi todos, para el desayuno.

Solo faltaban lord Portland, que solía desayunar en sus dependencias privadas, lady Georgia y la condesa, su madre, ya que, a juicio del conde de Bath, no estaban acostumbradas a presentarse en público antes de las once de la mañana.

Esa observación poco delicada por parte del hombre, hecha además en tono burlón, provocó una mirada de complicidad entre Eleonor, Nancy y Alice, y entre lady Hereford y lady Wiltshire.

La duquesa, sabiendo que su hijo desaprobaría cualquier intervención suya, apenas pudo contener un comentario mordaz sobre la falta de solidaridad del conde hacia su esposa. En ese momento se dio cuenta de que Kein estaba particularmente callado, más de lo habitual. Parecía pensativo... o mejor dicho, reflexivo. Sí, decidió Bridget, estaba tramando algo.

El desayuno, con la presencia de todos, la complació mucho. Tomó nota mentalmente de felicitar a Mrs. Begbie por los exquisitos pasteles recién horneados esa misma mañana. Incluso Lady Eleonor parecía haberse recuperado, y la abundante nevada la había vuelto alegre y vivaz como una niña. Y cuando todos terminaron de comer, notó que los comensales se quedaban a charlar de buena gana.

Excepto Kein. Su hijo seguía meditabundo, pudo comprobarlo por sus ojos apenas entrecerrados y por la forma en que miraba fijamente a los presentes sin verlos, especialmente a lady Eleonor. Algo pasaba, supuso Bridget, y sospechó que tenía que ver con la hermosa hija de Sophie; sí, Kein ya no ocultaba su interés por ella, y ese hecho empezaba a preocuparla... a menos que su hijo tomara finalmente la sabia decisión que ella esperaba.

Pero nadie tuvo tiempo de darse cuenta de la ansiedad de la duquesa, porque Kein, aprovechando un momento de silencio, se levantó lentamente.

Todos le miraron con curiosidad.

—Deseo haceros un anuncio.

Los presentes se pusieron serios, todos a la expectativa.

Lady Northcliff sospechó de qué se trataba.

—Y deseo hacerlo ahora, en un momento alegre, disculpándome de antemano con mi madre y mi hermano por no haber compartido mis intenciones con ellos antes de ahora, pero especialmente con lady Hereford.

Ante aquellas enigmáticas palabras una vaga duda cruzó por las mentes de Daniel y Roy. Pero para los demás, una incomprensión total.

—Esta mañana —afirmó con énfasis el duque—, lady Eleonor me ha honrado aceptando mi propuesta de matrimonio. —Keiran miró a Eleonor, con sus insistentes ojos azules estudiándola, ahondando en lo más profundo.

Ella abrió los suyos, el corazón le palpitaba de tal modo que podía oír sus latidos en los oídos, y la falta de aliento la invadió.

El silencio que les rodeaba era más pesado que cualquier conmoción.

Mientras Daniel y Roy abrían la boca con una sonrisa de mera satisfacción, Martha la abrió con asombro: no había esperado una noticia tan extraordinaria, ni sabía por qué Ellie no se la había contado.

Nancy, en un principio atónita, sonreía ahora al tomar la mano de su prima, que en realidad no se percató del gesto.

Lord y lady Wiltshire se miraron un momento y luego miraron a la duquesa y a lady Hereford, esperando la reacción de alguna de ellas.

Alice se había llevado las manos a las mejillas en un gesto de simpatía y además emitió un gemido de felicidad.

Bridget respiró, dándose cuenta de que tenía que decir algo.

—Me toma por sorpresa, lo admito. No es que no hubiera adivinado tu... interés por lady Eleonor. —La frase, dicha con aquella hermosa y abierta sonrisa, hizo que todos se relajaran—. Estoy feliz con tu elección, Keiran, realmente feliz y satisfecha. No creo que pudieras haber encontrado una chica más adecuada para ti que lady Eleonor —afirmó con firmeza. Se levantó de su asiento, con los ojos llenos de gratitud se dirigió a su hijo.

Martha también se levantó, casi incapaz de pronunciar palabra.

—Yo... Eleonor no me ha... —balbuceó la condesa de Hereford, con una mirada vagamente acusadora hacia su sobrina.

Keiran decidió entonces intervenir, para evitar que lady Eleonor se sintiera incómoda.

—Lady Hereford, sabed que yo he ordenado a vuestra sobrina que mantenga en secreto mi propuesta de matrimonio. Confío en que sabréis perdonar mi falta, gracias a la magnanimidad que siempre os ha distinguido.

Martha pareció recuperar el color.

—Lord Northcliff... gracias por vuestra diligente explicación, que... me tranquiliza. De hecho, me habría esperado de Eleonor... pero si era una orden vuestra, hizo bien en obedecer. Estoy orgullosa de esta sobrina mía, a quien cuido como a una hija. Y me siento... honrada de que la eligierais.

Lady Northcliff, con una sonrisa sincera en el rostro, se dirigió hacia Eleonor, seguida por Martha, extendiendo las manos para tomar las de la joven. Bridget había comprendido que Eleonor estaba desorientada, y por eso intentó infundirle valor y seguridad con una mirada afectuosa.

La joven se había levantado con dificultad de su silla, y solo porque Nan le había dado un empujón en el costado. Tendió las manos hacia la duquesa sin saber qué instinto la había guiado.

Ambas mujeres la besaron; una, murmurando algo sobre la felicidad de acogerla en la familia, y la otra, sobre la suerte que había tenido, palabras que ella no alcanzó a entender del todo ni comprendió completamente.

El duque observaba con seriedad a la muchacha que ahora podía considerar su prometida, y observó que, a pesar de su sorpresa, había tenido la habilidad de atenerse a las normas de buena educación apropiadas para aquella circunstancia, si bien con cierto esfuerzo. Sintió lástima por ella, y se reprochó haber elegido aquella forma tan brusca e inesperada de comunicar a todos, especialmente a ella, su decisión. Pero lo había hecho a propósito para no arriesgarse a que ella lo rechazara a causa de su orgullo, que seguramente habría desplegado si hubieran estado solos.

La verdad sobre la elección de Keiran era que no podía soportar dejarla a merced de otros hombres, probablemente sólo interesados en la gran cantidad de dinero que heredaría, atraídos por su incomparable belleza, su personalidad más que encantadora, su cuerpo increíblemente tentador. Ninguno de ellos comprendería jamás el espíritu libre que la caracterizaba, su sentido del honor y la justicia, su propensión innata a saberlo todo y a amar a sus semejantes.

Apartó la mirada de Eleonor y se inclinó para recibir el beso de su madre.

Martha hizo una reverencia, pero él le cogió la mano, la miró y le hizo saber que se preocupaba lo suficiente por aquella chiquilla como para no darle más preocupaciones.

Lady Hereford tenía lágrimas en los ojos. Apenas consiguió susurrar un gracias.

La espontánea y afectuosa aceptación de la futura duquesa por parte de la madre, y el entendimiento entre el duque y lady Hereford dieron paso a una serie de convenciones, también espontáneas e informales, en las que todo el mundo se movilizó para conceder todo tipo de buenos deseos.

Las mujeres se arremolinaron en torno a Eleonor en un simpático y animado aluvión de besos, buenos deseos, consejos, soluciones e ideas, que ella aceptaba con una sonrisa espontánea, con la cabeza en otra parte y los ojos clavados en lord Northcliff.

Los hombres se acercaron al duque, dispensándole bromas socarronas y palmadas de camaradería en los hombros, que él se permitió con una hermosa y rara sonrisa que todos juzgaron sincera, y que en realidad era el resultado de un enorme esfuerzo, no porque no estuviera convencido o satisfecho con su decisión, sino porque estaba fuertemente distraído por los ojos desconcertados y confusos de lady Eleonor.

Lord Bath, una vez cumplida su parte, se disculpó con la duquesa y se marchó.

A Bridget no le costó imaginar lo que vendría a continuación: el conde subiría corriendo a contárselo todo a su mujer y a su hija, y a juzgar por la boca tensa del hombre, pensó que los Bath aún albergaban la esperanza de un matrimonio entre el duque y lady Georgia.

—Si tuvierais la amabilidad de disculparme —dijo Keiran de repente—, me gustaría estar unos minutos a solas con mi prometida. —Se aproximó a Eleonor sin apartar los ojos de ella.

Ella lo miró y luego miró a su tía, como pidiéndole permiso.

Keiran se dio cuenta de que no estaba en absoluto preparado para asumir el papel de prometido y, en cambio, estaba demasiado acostumbrado a mandar, sin pedir permiso ni concesiones a nadie.

—Obviamente si lady Hereford lo permite —corrigió con una sonrisa.

Martha asintió, enjugándose una lágrima de emoción con un pañuelo de lino bordado.

Keiran tendió la mano a Eleonor, en un gesto tan perentorio como íntimo, que habría causado revuelo en un salón londinense. El contacto fue placentero para ambos: Kein sintió toda su emoción sincera, sin subterfugios ni pensamientos engañosos, y se sintió complacido; y Eleonor percibió la calma que él le infundía, sabiendo que sólo él podría darle tanta paz.

Los presentes pudieron ver cómo la pareja salía: el duque colocaba el brazo de la chica bajo el suyo y le cogía la mano con la otra.

* * *

—Tenía razón Ben —murmuró Mrs. Brodie complacida.

—Bien dicho, Agatha —respondió Ramsay, acercando el oído a la puerta de la sala de desayunos.

—Estoy tan feliz, Angus.

—Yo también, mucho.

—Una lástima que no esté la cervatilla —murmuró el ama de llaves con malicia.

—Me temo que no te entiendo, Agatha.

—Lady Georgia.

—¡Ah! ¿Por qué una lástima?

—Lo sabes muy bien, Angus, no te hagas el tonto conmigo.

Ramsay sonrió. De pronto oyó pasos y tiró de Mrs. Brodie detrás de la cortina burdeos que había junto a la puerta. Vieron a lord Bath dirigirse a toda prisa hacia las escaleras. En cuanto oyeron cerrarse la puerta de la segunda planta, a ambos se les escapó una risita.

—¡Cómo me gustaría ver la cara de esa matrona!

—¿Matrona? Agatha, esta vez sí que no lo entiendo. La condesa parece una muñeca de porcelana, no una...

—¡La hija! Lady Georgia es de la edad lady Ellie, pero parece mucho mayor y me recuerda a las matronas romanas.

Ramsay lo meditó.

—Sí, efectivamente tienes razón. ¿Desde cuándo la llamas lady Ellie?

—¡Calla! ¡Están saliendo!

Pudieron contemplar cómo la pareja salía de la salita, cómo el duque colocaba el brazo de la muchacha bajo el suyo y la cogía de la mano con la otra, y entraba en el salón rosa de la condesa.

Ramsay se acercó a la puerta y poniendo una mano en el picaporte preguntó:

—Excelencia, ¿queréis que cierre la puerta?

Keiran se volvió

—Gracias, Ramsay.

El mayordomo cerró y miró a Agatha. Sonrieron.

* * *

El duque la sostenía suavemente por debajo del brazo, con la mano en la suya.

Era un contacto agradable, y Eleonor no pudo evitar apretar un poco, como para tantear un terreno desconocido para ella. Oyó vagamente que lord Northcliff respondía algo, tal vez a Ramsay, y luego señalaba el pequeño diván que daba la espalda a la ventana. Se sentó, con las manos temblorosas en el regazo.

El duque estaba de pie, frente a ella. Esperaba que la joven pronunciara palabras de reproche por haberla cogido por sorpresa delante de todos con la proposición de matrimonio. Pero ella no abrió la boca. Suspiró y sacó del bolsillo interior de una chaqueta un anillo de oro amarillo, con una sola piedra, un diamante, nada grande, y montado de forma sencilla. Estaba sin la caja, porque no quería que se notara a través de la chaqueta. Se lo puso a Eleonor, colocándoselo casi bajo la nariz, sujetándolo con los dedos índice y pulgar.

—Vuestro anillo de compromiso.

Ella abrió los ojos de par en par al observar el anillo, y se levantó hacia un lado, como si quisiera sortear el objeto.

Keiran abrió los brazos en una muda súplica de explicación, frunciendo el ceño como gesto de reproche.

—No... no debería haberos hecho aquella propuesta... no quiero que... me desposéis porque... os dé lástima... — Eleonor temblaba visiblemente y mostraba el habitual sofoco que sentía cuando estaba nerviosa.

—Demasiado tarde, lady Eleonor. Ya he tomado mi decisión: me caso con vos porque así lo quiero, y os quiero a vos. Nadie más os tendrá.

Eleonor permaneció inmóvil, incluso cuando él se acercó y le tomó la mano izquierda para ponerle el anillo en el dedo.

—Veo que tiene el tamaño perfecto. Espero que os guste.

—Claro... es magnífico... No era necesario... gastar por mí...

—Olvidadlo. Era necesario, y si os sirve de consuelo, sabed que he elegido el menos caro, el más sencillo: me he dado cuenta de que no os gustan las joyas llamativas. Y apruebo vuestro gusto.

Eleonor miró el anillo que llevaba en el dedo y luego levantó los ojos hacia él.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Keiran bruscamente.

—¿Estáis... estáis seguro? Yo no...

—¿Seguro de qué?

—De... querer desposarme...

—Obviamente aún no me conocéis bien. Sentaos. Tenemos que hablar.

Eleonor le miró sin moverse, con los ojos cubiertos de lágrimas. Apenas movía la cabeza en señal de negación, como si se negara a creer que él quisiera casarse con ella. Todo le parecía

irreal, pero maravilloso.

Antes de que Keiran pudiera siquiera hablar, ella se lanzó sobre él, haciéndole retroceder un paso, rodeó su pecho con los brazos, con las manos abiertas sobre su espalda. Un agradable perfume masculino llenó sus fosas nasales y se sintió reconfortada. Quién sabe por qué se le ocurrió que esto podría manchar la camisa blanca del hombre. Pero no se apartó de él. Se aferró a él incapaz de controlarse.

A él le sorprendió tanto aquel gesto impetuoso y aquel contacto íntimo que dudó dos segundos antes de corresponder al abrazo; colocó suavemente sus brazos sobre ella, aspirando su perfume. No se resistió más. Cerró los ojos, primero apoyó la boca en su cabello, fuertemente recogido en un sencillo nudo, y luego frotó su mejilla sobre él. Intuyó las palabras que ella hubiera querido decir, pero que los sollozos se lo impedían. Le acarició la cabeza, con un movimiento lento y reconfortante.

—No sé cómo agradecéroslo... pero os juro que seré una buena esposa, haré todo lo que me ordenéis...

—Quiero una esposa, no una esclava —murmuró él. La sostuvo así, concentrándose en infundir esas vibraciones beneficiosas que sólo él sabía emitir.

Pero no podía ignorar la forma de aquel cuerpo, los delicados hombros, los pechos apretados contra él, demasiado comprimidos para quién sabe qué diabluras, las manos de ella acariciándole la espalda. Sentía el peligro de una engorrosa excitación sexual, así que trató de mantenerse lo más apartado posible de ella. En cuanto percibió que Eleonor se había calmado, intentó reconducirla un poco.

—Bien, lady Eleonor, ahora sentémonos y hablemos —dijo mirándola desde su mirándola desde arriba.

Eleonor obedeció, separándose de él a regañadientes.

Keiran se sentó frente a ella, acercando mucho la silla y apoyando los codos en las rodillas para mirarla a la cara. La escrutó intensamente, como si buscara las palabras adecuadas.

—Estoy hecha... un desastre... Debería ir... a arreglarme... —balbuceó ella, tratando de ordenarse los mechones del cabello.

—No tienes que hacerte nada. No me gustan las poses afectadas de una novata sensiblera, así que, por favor, sé cómo eres siempre, es decir, espontánea y natural. Además, eres hermosa incluso con los ojos enrojecidos. Quiero hablar de nuestro matrimonio.

Eleonor se secó los ojos con las manos.

Él le entregó su pañuelo.

—Me lo olvido siempre... disculpadme... Tía Martha... me reprende siempre por esto. Tiene vuestro perfume... —dijo, llevándose el paño a la nariz.

Keiran fingió no oír el comentario.

—La licencia especial está en camino. Le pedí a la vizcondesa Queensbury que la recogiera por mí y que nos encontrara aquí en Shell Bay Manor.

—¿Qué? ¿Lady Queensbury estará presente?

—Es lo que he dicho.

—Oh, gracias, ¡gracias de todo corazón! Estoy feliz... y también lo estarán la tía Martha y Nan — dijo Eleonor, juntando las manos como una niña que acaba de recibir un regalo, todavía emocionada.

—Lo imaginaba. —Keiran se puso muy serio y añadió—: La vizcondesa tendrá la amabilidad de notificar nuestro matrimonio al conde de Hereford, del modo que ella prefiera, especificando que su presencia no es necesaria a menos que él lo considere así, cosa que dudo mucho.

Eleonor le preguntó:

—¿Cuándo nos... desposaremos?

—Si lady Queensbury llega pasado mañana, con suerte antes de Navidad.

—Pero... ¿cómo habéis obtenido la licencia en tan poco tiempo?

—¿Poco? Yo no diría poco. Tomé mi decisión en el momento en que hablamos, lady Eleonor, es decir, la tarde en que vos estuvisteis en mi estudio, era el día 19. Y envié a uno de mis hombres a Londres una hora después de que vos fueseis a vuestra alcoba. Y ha vuelto esta mañana informándome de que todo había salido según lo planeado. El abogado Wilkinson resolvió el problema del límite de edad impuesto por Nick en el testamento.

Eleonor se quedó estupefacta: lo había decidido inmediatamente, en cuanto habían hablado... Y estaba admirada por la capacidad de aquel hombre de moverlo todo y a todos para conseguir lo que necesitaba.

—Sois increíble... y os admiro tanto...

—No os dejéis engañar por lo que consigo.

—Me refería... al hecho de que... tomasteis tu decisión en cuanto hablamos... no pensé... y sois tan bueno conmigo...

—Tampoco os dejéis engañar por eso. Tengo mal carácter y lo comprobaréis. Pero ya os lo había advertido.

—No me da miedo. Sabré adaptarme, estad tranquilo.

—¿Sabréis hacerlo? Tengo mis condiciones... no. Serían condiciones si os dejara elegir, cosa que no podéis hacer, porque os casaríais conmigo. Son... cosas que quiero de vos, sin rechistar.

Eleonor se puso seria, sabiendo que ya la estaba poniendo a prueba.

—Os escucho.

—Administraré vuestros bienes como debe hacer un buen marido.

—Pero os había propuesto cedéroslo todo si aceptabais casaros conmigo.

Keiran adoptó una expresión peligrosamente amenazadora.

—Vos habéis propuesto. Yo, en cambio, dispongo que vuestros bienes sigan siendo vuestros, incluida el «Eleonor Grace», que yo me limitaré a administrar. —Hizo una pausa para asegurarse de que ella lo había entendido bien. Al ver que ella asentía, continuó—. Sin embargo, pretendo que estéis al tanto de los asuntos financieros que os conciernan.

—Dando a Londres algo con lo que cotillear... —musitó ella.

—No me importa nada —explotó él—. Soy un duque y me permito el lujo de ser extravagante. En cuanto al título, dentro de unos días seréis duquesa. Sé que estaréis a la altura, así que no tengo ninguna recomendación que haceros al respecto.

Eleonor parpadeó incrédula.

—Ni siquiera... ¿evitar ciertas lecturas... o argumentos inapropiados?

—Estoy seguro de que sabréis engañar a la buena sociedad incluso con argumentos inapropiados, empleando vuestras formas convincentes y cautivadoras. Sólo tened cuidado de no cruzar la línea.

—Un momento... yo no engaño con artes de encantamiento...

—Sí que lo hacéis.

Ella contrajo los labios y se calló, sabiendo que el duque tenía razón.

—Incluso una duquesa puede permitirse el lujo de ser extravagante. Pero sólo tengo una orden que daros: nunca, repito nunca, os aprovechéis de vuestro título, papel y posición para someter a los más débiles. De lo contrario, conoceréis mi ira.

A Eleonor le llamó la atención aquella petición y los ojos amenazadores de lord Northcliff la

sobresaltaron.

—Yo... jamás haría... una cosa tan... reprobable.

Keiran estaba seguro de que ella nunca sería capaz de hacerlo, pero quería aclarar un punto que para él era muy importante, y lo hizo con expresión dura para parecer más severo. Estaba bien que ella comprendiera desde el primer momento cómo era él.

—Ahora hablemos de nosotros. Exijo una relación matrimonial que se acerque lo más posible a una verdadera.

—No entiendo... ¿Qué otra forma habría de casarse?

—Quiero que todo el mundo crea que somos felices, cariñosos, enamorados y que estamos unidos. Una pareja perfecta para tomar como ejemplo.

Eleonor no comprendía por qué no podía serlo espontáneamente, sin imponerlo una de sus órdenes. Sus ojos confusos la delataban.

—¿No lo entendéis, lady Eleonor?

Eleonor negó con la cabeza, y él suspiró.

—No estáis preparada para tenerme en vuestro lecho.

—¿Cómo?

—Es así. Lo sentí cuando os toqué esa noche. Y hace bien poco. —Keiran hablaba en voz baja, sabiendo que alguien podría escucharlos—. No estáis preparada porque habéis sufrido un acoso demasiado atroz y cada vez que os toco veo lo que hay en vuestra mente. Lo sé. Lo he sentido.

Eleonor se dio cuenta de que el contacto sexual íntimo, incluso con él, la ponía nerviosa.

— Me... adaptaré... a... vuestras... necesidades.

—No. No quiero. Cuando estéis preparada. No antes.

—No permitiré... que tengáis una amante... sólo porque yo no...

—Podría tenerla de todos modos —dijo él con una sonrisa vagamente divertida.

Eleonor trató de alejar la irritación que le producía la idea de que él estuviera con otra mujer.

—Lo sé. Y no es mi intención entorpecer vuestras... satisfacciones, ni quejarme de las mujeres que tengáis. Pero que busquéis a otras sólo porque yo...

—Ya lo he decidido. Cuando estéis preparada, no antes.

Ella calló, tragándose lo que le parecía una gran humillación.

—Así que aunque por ahora no mantengamos relaciones íntimas, nos comportaremos de tal manera que nadie se dé cuenta de nada. ¿Lo habéis entendido?

Eleonor aceptó, tratando de tragarse el llanto.

—Y en cuanto seamos marido y mujer, quiero que nos llamemos por nuestro nombre.

—Vale.

—Y que las conversaciones que mantengamos, sobre todo en público, sean en tono confidencial, tuteándonos y no con el vos.

—Otro motivo para que todos chismorreen. Y luego soy yo la original...

—He dicho que tiene que ser así.

—Vale, vale —respondió Eleonor impaciente—. ¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Por qué os importa el tono confidencial?

—Porque así es como debe ser entre dos personas que... se aman.

—Mis padres también lo hacían, incluso en público. ¡Deberíais ver las caras de algunas señoras!

A Keiran no le costaba creerlo. Sabía que Nick había amado a su esposa con locura, y que ella

le correspondía en igual medida. E imaginaba las caras de aquellas señoras de las que hablaba lady Eleonor. Sonrió divertido ante ese mismo pensamiento.

—Deberíais... sonreír más a menudo.

—Una cosa más —dijo él, ignorando el comentario—. No quiero hijos.

—No os creo.

—He dicho que no quiero hijos.

—Os he entendido, pero no os creo.

—Poco importa que me creáis o no. Cuando llegue el momento, que sepáis que me aseguraré de que no los tengáis.

Eleonor se entristeció, pero después de todo había prometido obedecer y había decidido hacer todo lo que él le pidiera, porque ahora se lo debía todo.

—De acuerdo, sabré aceptarlo —dijo ella con gran valor.

—No quiero que tengáis hijos, de nadie.

—¿Cómo?

—No quiero que tengáis hijos de otros.

Eleonor abrió la boca por completo, sorprendida.

—¿Cómo se os ocurre pensar que yo podría tener... otros hombres? —Se había puesto en pie presa de la rabia que era incontrolable.

—Sentaos.

—¿Cómo os permitís insinuar una cosa tan vergonzosa? —perdió el control, empezando a andar de un lado a otro, retorciéndose nerviosamente las manos.

—Sentaos.

—¿Creéis que soy una libertina? —dijo con un tono de voz un poco alto, señalándole con el dedo—. ¡Y antes de desposarme! ¡Es inaudito! —Había levantado las manos al cielo en un gesto teatral.

Keiran se levantó de un salto y se colocó frente a ella, impidiéndole caminar. La miró a la cara, desde la altura de su estatura.

—Sé lo mucho que una mujer puede desear un hijo y sé lo que haría con tal de tenerlo —le dijo en un susurro.

—Entonces, excelencia, sabed que no me conocéis lo suficiente. No soy el tipo de mujer que traiciona su palabra, especialmente la palabra dada al marido. He dicho que haré lo que queráis, pero no os atreváis nunca más a insinuar que yo pueda hacer cosas tan despreciables. —Ella también había murmurado en voz baja, pero la ira reprimida por respeto se filtraba de aquellos ojos sinceros.

Keiran la miró con severidad, pero encontró ingenuidad y franqueza en ella. Luchó con todas sus fuerzas para no besarla. Era preciosa y él la adoraba por la fuerza con la que se defendía.

—Sentaos.

Eleonor obedeció, moviéndose con fastidio.

—Sois insoportable.

—Os lo había dicho.

—Aprenderé a soportaros.

—Claro que aprenderéis. No me cabe duda. —También él se sentó de nuevo—. No me habéis contestado, lady Eleonor.

—¿A qué?

—A no tener hijos de otros.

—¡De acuerdo! —prorrumpió entre dientes, juntando las manos en su regazo con un

movimiento iracundo.

—Creo que no hay nada más.

—Sí, hay algo. Ahora quisiera ser yo quien exija... pedir una concesión.

Él la miró entrecerrando los ojos, intrigado.

—Jurad... jurad protegerme de él... y de cualquiera que quiera hacerme daños. ¿Podéis hacerlo? Por favor...

Keiran sintió ternura por esa sencilla petición, hecha en tono suplicante. Para él, era obvio y natural defenderla, sin que ella se lo pidiera. La observó detenidamente, encontrando aprensión en esos ojos verdísimos que se empeñaba en mantener bajos, tal vez por miedo a la respuesta que recibiría, y sintió un profundo cariño por su joven prometida.

—Es obvio que lo haré.

—No. Juradlo —le pidió ella, ahora mirándolo abiertamente.

Él clavó la mirada en sus ojos.

—Lo juro.

Eleonor extendió la mano, exigiendo un honorable apretón de manos, como hacen los hombres.

Keiran vio aquella mano femenina, elegante y apenas manchada de tinta. La cogió, estrechándola lo justo para hacerle saber su compromiso.

—Juro que os defenderé de cualquier peligro —dijo sin retirar sus ojos de los de ella.

Permanecieron así, con las manos entrelazadas, durante unos segundos.

Para Eleonor significaba ganar seguridad, consuelo y solidaridad.

Para Kein fue ver a través de ella las imágenes de la agresión que había sufrido y que aún rondaban en su cabeza.

Se soltaron las manos en un movimiento tembloroso que parecía una caricia.

—Ramsay —llamó el duque seguro de que el mayordomo estaría detrás de la puerta.

—Heme aquí, excelencia.

A Eleonor le entraron ganas de reír, pero se contuvo.

—Pregúntale a la duquesa si le gustaría tener una charla con lady Eleonor y conmigo, por favor.

—Enseguida, excelencia. —Ramsay Salió y cerró la puerta.

Keiran miró a Eleonor. Se mordía el labio inferior, con el dedo índice en la boca. Se dio cuenta de que algo le rondaba la cabeza.

De repente ella le anunció:

—Debo confesaros algo importante.

—¿Tenéis otra concesión que pedir?

Ella negó con la cabeza.

—Se trata d... algo que tenéis derecho a saber.

Keiran frunció el ceño y aguardó.

—Yo... soy católica.

Él no reaccionó, permaneció inmóvil.

Eleonor empezaba a preocuparse por esa inercia.

—¿Estáis... molesto por esto?

—No, en realidad debería haberlo pensado, ya que sabía que vuestros padres eran católicos.

Eleonor inclinó la cabeza, temiendo que el duque desaprobara su fe. Habría sufrido si él la hubiera obligado a convertirse al protestantismo, pero estaba dispuesta incluso a ese sacrificio. Al fin y al cabo, le debía la salvación.

—¿Sois una ferviente católica, lady Eleonor?

—Bueno, imagino que los protestantes así me considerarían porque rezo todos los días, voy a misa todos los domingos y me confieso los días de guardar.

—Los Northcliff, como sabéis, han sido protestantes desde hace siglos. Personalmente no tengo ninguna razón para no ser católico. —Keiran se recostó en su sillón, recordando a su abuela católica—. Nos desposaremos según el rito católico, por supuesto, después de mi pronta conversión al catolicismo.

Eleonor abrió los ojos de par en par e intentó una protesta inútil.

—Pero no podéis...

—Está decidido.

—Yo no pretendía involucrarme en las costumbres de vuestra familia...

—Ya está decidido.

—La mío no era una petición...

—He dicho que nos desposaremos según el rito católico, porque yo lo quiero así. Además, olvidaba un asunto de particular interés para mí. Tengo una última orden que daros.

—Os escucho.

—A partir de ahora, no volveréis a estrujaros el pecho de esa manera. Es una práctica innecesaria y vergonzosa, especialmente en un cuerpo tan bien formado como el vuestro. —Keiran había hablado despreocupadamente, dirigiendo la cabeza hacia los pechos de la muchacha.

Eleonor se quedó boquiabierta y se puso en pie de un salto, llevándose inconscientemente las manos a los pechos, en un gesto tan provocativo como ingenuo.

—¿Cómo os distéis cuenta?

Se quedó mirando las estilizadas manos que descansaban sobre sus pechos, luego la miró, sonriendo con algo de picardía.

Eleonor se percató de que había hecho un gesto provocativo y le dio la espalda. Juntó las manos delante de ella, esperando a que se le pasara la vergüenza.

En ese momento Ramsay precedió a la duquesa.

—Aquí estoy —exclamó lady Northcliff, dirigiéndose directamente a Eleonor—. Qué expresión de desconcierto, querida. ¿Ya te ha hecho enojar Kein?

Eleonor respiró tratando de calmarse y le sonrió a la duquesa.

—Mamá, me disculparás si no me levanto. Mi prometida ya me ha puesto a prueba quitándome toda la energía cuando la he tocado —se excusó el duque guiñándole un ojo. En realidad intentaba ocultar la erección que le oprimía los pantalones.

—¿Por qué tenías que tocarla? ¿Qué querías saber de ella? —preguntó su madre bromeando.

Eleonor se relajó, pero sólo durante un par de segundos.

—Nada. Sólo la he besado como hace cualquier prometido.

—Kein, deja de avergonzarla, o me temo que encontrarás pan para tus dientes, querido.

Eleonor lo miró con gesto reprobatorio, mientras él adoptaba una expresión melancólica, como si estuviera esperando a ver si ella reaccionaba o no.

Era una prueba, eso lo intuyó Eleonor, y se violentó mucho al pronunciar unas palabras distintas a las que tenía en mente.

—Mirad, lady Northcliff —dijo cándidamente, extendiendo la mano izquierda para mostrar el anillo, mientras ambas se sentaban en el diván.

—Oh...

—¿No te gusta, mamá?

—Sí, mucho. Sin embargo, no es apropiado para la futura duquesa.

—Oh, excelencia, ¡a mí me gusta muchísimo! Y no quiero que lord Northcliff gaste por...

—Elegí ese porque era el más sencillo. A mi prometida no le gustan las joyas llamativas.

—Bien, entonces hiciste muy bien, Kein. ¿Cuándo quieres celebrar la boda?

—En Navidad. —El duque permaneció impasible, admirando la cara de estupefacción de su madre. De hecho, tuvo que admitir que, para acabar de recibir una noticia tan impactante, no se había sobresaltado demasiado: se había limitado a enarcar las cejas, mirándolo con curiosidad—. Si lady Queensbury llega pasado mañana con la licencia especial que le pedí que recogiera por mí.

La duquesa también recibió esa noticia con gran control.

—Ya veo. ¿Puedo hacerte una pregunta con total franqueza?

Keiran ya sabía adónde quería llegar su madre.

—Adelante.

—¿Hay alguna razón plausible que justifique tanta prisa?

—Sí.

—Entiendo. Podrías haber sido más cuidadoso y respetuoso con esta chica —lo reprendió con expresión severa.

Cuando Eleonor intuyó a qué se refería la duquesa, levantó el rostro que hasta entonces había mantenido bajo, y a pesar del rubor que le subió a las mejillas, dijo:

—No, no es como pensáis...

—Mamá. —El tono admonitorio del duque había hecho callar a Eleonor y hecho comprender a la duquesa que se había equivocado—. La razón es que estoy impaciente por tener a Lady Eleonor como mi esposa. Y me gustaría disfrutar del matrimonio por unos meses antes de partir.

Lady Northcliff, que confiaba plenamente en su hijo, se relajó.

—¿Partiréis? ¿Cuándo? ¿A dónde? —preguntó con ansiedad Eleonor.

Keiran abrió los brazos, y exclamó:

—¿Aún no estamos casados y ya intentáis controlarme?

—Disculpad, yo no pretendía...

—No quiero que se hable de mis ausencias.

—¡Pero si habéis hablado vos!

—Querida —dijo la duquesa en tono conciliador, regañando a su hijo con la mirada por su rudeza—, Kein puede hablar de ello, y suele hacerlo única y exclusivamente con los miembros de su familia, y con lord St. James, por supuesto. Se espera de nosotros que escuchemos, que no hagamos preguntas y que nunca informemos de nada.

—¿Es una regla de marinería?

—No. Es una orden mía —respondió el duque con ojos amenazadores.

—Lo he entendido.

—Así que, volviendo a la boda —intervino lady Northcliff—, tenemos unos pocos días para preparar una ceremonia íntima y una fiesta digna de un duque. ¿He dicho bien?

Keiran se lo confirmó.

—Bien. Entonces, vayamos de inmediato a Edimburgo a ver a la costurera para el vestido de la novia.

—No —dijo Keiran inesperadamente mientras se levantaba y se dirigía detrás del diván donde estaban sentadas su madre y Eleonor. Contempló la bahía y añadió—: Lady Queensbury traerá el vestido de novia de lady Hereford, la madre de lady Eleonor. Pensé que le gustaría llevarlo.

La extraordinaria revelación dejó a Eleonor atónita. Comenzó a jadear de emoción, e,

impulsada por un incontrolable arrebato de alegría y gratitud, se giró hacia él, arrodillándose en el diván, y lo abrazó tal como estaba, vuelto hacia la ventana.

Él, sorprendido, bajó la cabeza para mirar la melena rubia apoyada en su costado.

—Gracias, gracias, no sé cómo decíroslo... Os adoro por eso, siempre sois tan atento.

La duquesa había observado con una sonrisa de satisfacción, y pensaba que la palabra «atento» era exactamente la que mejor calificaba a su hijo, aunque pocos se dieran cuenta precisamente porque fingía arrogancia y meneo. Pero lo que más la asombró fue ver que la miraba con una ternura de la que probablemente ni él mismo se daba cuenta; vio cómo le ponía la mano en el cabello, acariciándoselo, y luego con el brazo le rodeaba la cabeza en un gesto protector.

Eleonor le miró con ojos brillantes.

—Gracias, de verdad. No sé cómo corresponderos... —Se cruzaron la mirada durante varios segundos, lo que bastó para que Keiran sintiera ese agradable cosquilleo que le indicaba la intensa emoción de la chica.

—Por eso hay tanta prisa —murmuró lady Northcliff, viendo que aquella complicidad que fuera del matrimonio sería peligrosa e indecorosa—. Bien, entonces el asunto del vestido está resuelto. Queda la organización del almuerzo, las flores para el salón y la iglesia, notificárselo al párroco...

—Al sacerdote. Católico. He de convertirme —Keiran había hablado casi en un susurro, sin apartar los ojos de los de Eleonor.

—¿Cómo?

—Sentaos —le dijo él a Eleonor que obedeció.

Keiran se acomodó en una silla, acercándola a su madre, y con los codos apoyados en las rodillas, le dijo:

—Lady Eleonor es católica, una verdadera católica, como lo fueron sus padres. Y he decidido que quiero el rito católico.

—Me pillas de sorpresa.

—Lord Northcliff... —balbuceó Eleonor—. No quiero que su excelencia se sienta incómoda por mi culpa. Puedo renunciar a...

El duque, articulando bien cada palabra y mirándola severamente, respondió:

—Ya lo he decidido. —Luego se dirigió a la madre y añadió—: Es una decisión mía, mamá.

—Lo sé.

—Y así será. Sabes que cuando decido no cambio de idea.

—Lo sé.

Madre e hijo se miraron fijamente. La mujer asintió, como para confirmar la aceptación de su decisión.

—Y sabes que solo tú, como duquesa, puedes cambiar el ánimo de los más reacios.

—También lo sé, Kein. —La duquesa suspiró, se volvió para mirar a la muchacha que tenía al lado y, para tranquilizarla, le dijo—: Muy bien. Entonces mandaré llamar al sacerdote. —Se puso de pie y los dos prometidos la imitaron—. Tendré que ocuparme de las habitaciones... —dijo pensando para sus adentros—. Claro que me pesará ponerla en la segunda planta: está acostumbrada a la planta baja, pero lo entenderá. Y la de Eleonor. Me trasladaré arriba... no, arriba no. Oye, Kein, ¿qué te parece si me voy a la dependencia? Siempre me ha encantado esa casita y tengo buenos recuerdos asociados a tu padre. Sí, haré eso.

Fue entonces cuando Eleonor se dio cuenta de que con el matrimonio ocuparía el lugar de lady Northcliff, y el pensamiento de alejar a aquella espléndida mujer de sus aposentos por su causa la

perturbó.

—¡No! —gritó.

La duquesa la miró asustada.

Keiran enarcó las cejas.

—Lord Northcliff, no quiero que su excelencia renuncie a sus aposentos para que me los ceda a mí —exclamó Eleonor con ojos implorantes, que, en su intento, le pedían ayuda o él.

—No lo hará. Mira, mamá, lady Eleonor está tratando de decirte que nosotros, compartiremos la misma habitación, que es la mía. ¿Verdad, lady Eleonor?

—Sí... eso... sí... eso es lo que... quería decir... —Eleonor comprendió el significado de lo que el duque había afirmado, y eso la preocupó, dándole algo en lo que pensar de inmediato.

—Es una elección insólita, Kein.

—Papá y tú lo hacíais.

—Pero sólo después de que él... bueno, quiero decir, éramos mayores y maduros.

—Ya está decidido.

—Muy bien, de acuerdo. Eleonor, ¿vamos con Martha? Estoy segura de que quiere compartir algo de tiempo contigo. —Se dirigieron a la puerta.

Keiran estaba detrás de ellas.

—Por supuesto, excelencia. ¿Os ha molestado? Lo siento, pero...

—No, en absoluto. Comprendo que el duque te ha ordenado no contar nada, y yo te adelanto que mi hijo es insoportablemente déspota.

—No puedo daros una opinión, excelencia, o me arriesgaría a ser demasiado directa —dijo Eleonor mirando de reojo al duque.

—¡Lady Eleonor! —la llamó él.

Ella se quedó petrificada ante aquella voz perentoria.

—¿Sí, lord Northcliff?

—¿Os marcháis así? ¿Sin despediros de vuestro futuro marido?

Eleonor empezaba a pensar que se estaba burlando de ella.

Entonces se acercó a ella, y mirando a su madre dijo:

—Lady Eleonor te alcanzará en un instante, mamá.

—Oh, Santo Cielo, por eso tienen tanta prisa —suspiró lady Northcliff, abriendo la puerta.

Eleonor vio que el duque la miraba desde arriba, muy de cerca.

—Nunca he estado prometido, así que no conozco la praxis. Pero sé lo que deseo. —Se inclinó y posó sus labios sobre los de ella durante tres segundos, con los ojos abiertos sin dejar de mirarla, como intentando comprender su reacción, y sin llegar a tocarla.

—Pensaba que sería distinto —sintiendo todavía un estremecimiento.

—¿Distinto? ¿Distinto cómo?

—Bueno, más... íntimo.

Keiran frunció los labios con un gesto irritado, pero no se movió, continuando a estudiarla desde arriba, casi rozándola.

—¿Íntimo? ¡No estamos aún casados y ciertas cosas no deberíais saberlas, maldita sea!

—Pero yo las conozco...

—Ya, vuestras lecturas.

—No, en realidad... —Eleonor se calló al darse cuenta de que estaba a punto de meterse en un buen lío.

—¿En realidad, qué? ¿Qué ibais a decir?

—Nada...

Pero ya era demasiado tarde, pues él había adivinado sus pensamientos. La amenazó con la mirada de dos profundas rendijas azules. La obligó a retroceder, rozándola con su cuerpo, hasta que la pared la detuvo.

—Qué... ¿estáis haciendo?

—Estáis tan agitada que puedo sentir vuestras emociones incluso sin tocaros.

—Basta, me hacéis sentirme... incómoda.

—¿Quién os ha besado antes?

—Nadie...

—¿Quién? —Keiran estaba loco de rabia por haber hecho aquel descubrimiento, y cuanto más miraba aquellos labios suaves y voluptuosos, más celoso se ponía.

Eleonor decidió hablar, se iba a enterar de todas maneras.

—Lawrence, el conde de March... pero meses antes de que muriesen mis padres y fue el beso de un niño.

Keiran se preguntó qué sabría ella de la diferencia entre el beso de un hombre y el de un niño. Había oído que el joven Lawrie visitaba a menudo a lady Eleonor y todo el mundo cuchicheaba sobre su encaprichamiento por la hermosa hija del conde de Hereford.

Miró con suspicacia a la joven.

—¿Cuántas veces?

Eleonor hizo alarde de sentirse ofendido por la insolencia de la interpelación.

—¿Cuántas?

—¡Cuatro, cuatro veces! —le espetó contrariada. Se preguntó qué exabruptos habría hecho si hubiera sabido del beso de...

—¿Quién más? —el duque la presionó despiadadamente.

Ella lo observó estupefacta: ¡en el futuro tendría que prestar más atención a lo que pasaba por su mente! ¡Aquel hombre estaba entrando en sus pensamientos y ella no era consciente de ello!

—Hablad. ¿Quién más?

—Vale, de acuerdo: ¡Lord Hamilton!

Keiran abrió los ojos horrorizado. ¡Ya no tan jovencito! Lord Hamilton era sólo un año más joven que él, ¡y era un hombre cortejado por varias damas de la alta sociedad! Además de hermano de su actual amante, lady Grafton.

—¿El vizconde Hamilton? ¿El hijo del conde de Lennox? ¿Pero os habéis vuelto loca?

—Fue hace tanto tiempo que ni siquiera lo recuerdo. Y luego... fue sólo un simple besito —mintió Eleonor, apartando los ojos de los suyos en un ingenuo intento de no ser descubierta.

—¿Simple besito? ¿Y cómo se cuantifica un simple besito?

—Me refería a que fue... un beso parecido al vuestro. Quiero decir, no es que el vuestro... —Se dio cuenta de que era demasiado tarde para intentar desandar aquella mentira.

El enfado del duque iba aumentado.

—Estáis mintiendo.

—Yo... no significó nada... al día siguiente os conocí a vos y ya no...

Palabras desperdiciadas. Keiran, presa de un fuerte sentimiento de celos, volvió a agacharse, aplastándola contra la pared. Agarrándola bruscamente de la barbilla con una mano, la obligó a levantar la cabeza. La besó con ímpetu agresivo, dictado por las emociones contradictorias que sentía.

Fue demasiado. Imágenes de los abusos que había sufrido se agolparon en la mente de la chica y él las vio.

Se estremeció por un instante, lamentando haber sido tan imprudente. La estudió durante un

segundo con los ojos entrecerrados. Ella estaba asustada y él se tildó de idiota por no haber sido capaz de contenerse. Recuperó el aliento y apoyó el otro brazo en la pared. Bajó lentamente y la besó con más suavidad. Le acarició los labios con suavidad, tratando de tranquilizarla.

Cuando sintió que sus pensamientos empezaban a volverse sólo hacia él, acarició su lengua, percibiendo sensaciones inesperadas. Saboreó la voluptuosa y cálida suavidad, admitiendo que nunca se había sentido tan cautivado por la boca de una mujer como en aquel momento. Demasiadas veces lo había imaginado...

Eleonor empezó a comprender lo que sus libros querían decir con la expresión «excitación sexual». Un escalofrío de placer le recorrió el vientre. Dejó que él hiciera lo que quisiera, cerró los ojos y se abandonó por completo.

Su lengua, experta en el arte de la seducción, la acarició con maestría. Ella, sin pensarlo, entreabrió los labios. El aliento de él, cálido y embriagador, la envolvió, y su aroma la hizo sentir protagonista de sus fantasías más íntimas. Suspiró, como si hubiera encontrado el tesoro que tanto había buscado.

Para Keiran fue una señal explícita. Tomó un labio entre los dientes y chupeteó lentamente. Sintió que sus manos se deslizaban espontáneamente entre la chaqueta y la camisa, rozándole los senos. Esta vez fue él quien se estremeció: la deseaba de un modo inaudito, pero sabía que, por ahora, no podía pedir nada más.

Ni siquiera se atrevió a abrazarla. Todavía sujetaba el rostro de la mujer con una mano y el otro brazo seguía apoyado en la pared.

Las horribles imágenes de la violencia de su primo parecían haberse desvanecido.

Keiran se propuso hacerle saborear algo mejor que un infantil besito o el beso de una cazafortunas.

Tocó su lengua con la suya, una y otra vez, hasta que ella ganó confianza y se acercó espontáneamente.

El beso se convirtió en pasión, creada por los suaves movimientos que él hacía para mostrarle cómo podía sentirse, apremiante, rítmico, evocador de la intimidad sexual que ambos compartirían después del matrimonio.

Eleonor se dispuso a imitarle con una pasión que le envolvió tanto que él empujó sus caderas hacia ella, necesitando ansiosamente apoyar la atrevida dureza que asomaba de sus pantalones. Ella rodeó su viril torso con los brazos, atrayéndolo hacia sí, deseosa de más y sin darse cuenta de que estaba provocando al hombre.

Keiran sentía que iba a explotar. Hundió la lengua con movimientos sinuosos y volvió a empujar hacia delante. El pulso ardiente exigía refrescarse y la joven lo estaba invitando más allá de las palabras por la forma en que lo complacía. Apretó su cuerpo contra el de ella, pegándose por completo a ella, hasta aprisionarla contra la pared.

Fue un error: las imágenes volvieron de forma prepotente e inoportuna, y Keiran vio sus pensamientos, llenos de horror y miedo.

Eleonor, que hasta ese momento había sido presa de un alocado sentimiento de placer, complacida por haber estimulado esa reacción en el duque, empezó a inquietarse.

Un recuerdo se había colado, llenando la mente de repugnancia y desazón. La pared detrás, el cuerpo presionado... Y todo se volvió pavoroso.

Keiran se apartó. Notó que ella tenía los ojos desorbitados. Se inclinó para darle un beso en los labios enrojecidos, como si quisiera disculparse, y dio un paso atrás.

—No estáis preparada.

Eleonor Ella jadeaba, inmóvil y mortificada por no haber sido capaz de controlar su mente.

Él la cogió de la mano y la condujo hasta la puerta, abriéndola. La empujó suavemente, colocando las manos detrás de sus hombros femeninos. Se inclinó sobre su blanco cuello y le tocó la oreja con la boca para susurrarle:

—Esto ha sido sólo una muestra de lo que yo llamaría un beso de hombre. ¿Era suficientemente íntimo?

Eleonor se quedó inmóvil cuando él la soltó. Escuchó el eco de la puerta cerrándose tras ella. Se tocó los labios con los dedos, sintiendo un aturdimiento embriagador. Se dirigió automáticamente a las escaleras. Decidió que lo más sensato sería lavarse la cara antes de presentarse ante la duquesa y su tía.

* * *

Lord Bath entró en la alcoba que compartía con su esposa. Cerró la puerta con tal ímpetu que la condesa se sobresaltó mientras, desnuda frente al espejo, se escudriñaba cuidadosamente en busca de cualquier nuevo signo de una piel flácida.

—¡Dios mío, Will, qué maneras son ésas de entrar! ¡Me has dado un susto de muerte!

El hombre resoplaba tras haber subido subir las escaleras con demasiada ansiedad, en su premura por dar la increíble noticia que le había causado tanta preocupación. Sin embargo, ver a su mujer desnuda le distrajo totalmente de su propósito: su constante búsqueda de cuerpos jóvenes, a veces excesivamente jóvenes, le hacía olvidar que estaba casado con una mujercita bastante hermosa.

Olivia siempre había tenido una figura apreciable. Sus formas suaves y redondeadas en un cuerpo pequeño recordaban a las muñecas de porcelana que se podían ver en ciertas tiendas; el hecho de que su piel fuera blanquísima y sin imperfecciones, y de que insistiera en pintarse los labios de rosa y el pelo de rubio platino, no hacía más que acentuar el resultado final, quitándole al menos tres o cuatro de sus cuarenta y nueve años.

El conde se acercó lentamente, sin apartar sus oscuros y penetrantes ojos de aquel cuerpo lúbricamente infantil.

—Se ha producido un hecho gravísimo.

—¿De qué se trata? —preguntó Olivia con aprensión—. Deja de mirarme así y habla.

—Tal vez te contemple un poco primero, y luego hablaremos. ¡No sé cómo puedo olvidar lo suave que eres! —William cogió un seno en la mano y lo sopesó lentamente, excitándose al mero contacto.

—Yo ya lo sé: porque pierdes el tiempo corriendo detrás de tontas e inexpertas chiquillas que nunca corresponderán a tu ardor.

—Tienes razón... —respondió cogiendo también el otro pecho—. Eres tan buena conmigo, siempre me perdonas, y estás tan apetitosa.

—Basta ya, Will. Estoy esperando a la doncella y...

—No, no, no. No la vamos a esperar. —El hombre en dos pasos cerró la puerta, y en pocos segundos se desnudó.

Olivia lo observó, fingiendo molestia por aquella inesperada intrusión, pero en realidad satisfecha de haber sabido despertar ciertos instintos en aquel hombre robusto y aún tan vigoroso.

—Eres insoportable, Will, siempre quieres salirte con la tuya, y eso no me gusta nada.

William le sonrió, con ojos traviesos como los de su hija.

—Me aseguraré de que a ti también te guste, muñequita.

—Ni se te ocurra acercarte...

Pero aquello fue para él una invitación. La levantó y la colocó sobre la cama aún deshecha,

quedándose a mirarla desde arriba.

Olivia no pudo evitar notar la erección que su marido exhibía frente a ella. Entrecerró los ojos, saboreando de antemano lo que vendría después, y estudió sus hombros musculosos, el pecho imponente y las manos grandes. Siempre había sido un hombre atractivo, a pesar del vientre ligeramente abultado y el cabello ralo y entrecano en las sienes, y su complexión musculosa, incluso a los cincuenta y cuatro años, seguía atrayendo las miradas de muchas damas.

—Te equivocas, Will, si te crees que...

—No me engañas, muñequita. Sé que ya estás húmeda por mí, te conozco demasiado bien.

—¡William, eres impudente y maleducado!

—Sí, cierto... —Él se puso encima de ella sin ninguna ceremonia y ella gimió con el mero contacto de sus senos con el pecho de él—. Muñequita, ¿qué estabas diciendo de ser impudente?

Pero Olivia no contestó.

William le palpó los pechos, y ella se alteró, sin darse cuenta de que gemía.

—Para ser alguien que no quería hacer nada, te retuerces bastante, cariño —se burló de ella—. ¿Ahora puedo? —le preguntó, y sin esperar respuesta, de un solo movimiento la penetró, arrancándole un largo y satisfactorio jadeo. La mantuvo sujeta para penetrarla profundamente, cada vez más profundamente, mientras con una mano le apretaba uno de los pechos, deseando oír sus gemidos de placer—. Vamos... déjame oírte, muñequita...

—Más... entra más... un poco más... empuja... —Olivia sólo necesitó tres embestidas de las caderas de su marido para alcanzar el éxtasis que la hizo gritar y arquearse provocativa y desinhibidamente.

William soltó un grito desesperado y todo terminó, dejándolos jadeantes y completamente satisfechos.

Como de costumbre, permanecieron así durante un par de minutos.

Cuando William se levantó, estudió a la mujer desamparada y cansada, con el pelo platino extendido sobre la almohada, las piernas aún abiertas, los pechos blandos y blancos.

—Demasiado rápido.

—Eres un animal.

—Peor para ti que te van a encontrar desnuda.

—Peor para ti que no sabes esperar, podríamos haber hecho algún jueguecito.

— No he terminado contigo. Nos vamos a quedar encerrados aquí dentro esta mañana —le dijo él con tono imperativo.

Olivia abrió los ojos de par en par.

—Pero ¿has perdido el juicio? ¿Y qué pensarán?

—Que estamos follando.

—Qué vulgar eres.

—Muñequita, finges bien, pero cuando estoy dentro de ti te conviertes en una de esas zorritas que me vuelven loco. Sólo que tú eres mejor, porque tienes experiencia.

—¡Eres horrible! ¡Y grosero! ¡Y mezquino! ¡Vete de aquí! No te quiero más.

William se inclinó para besarla bruscamente y ella no se opuso.

—¿Entonces? ¿Estás segura de que ya no me quieres?

—Mas que segura...

—Muy bien, cariño, luego te pondré a cuatro patas y te tomaré por detrás. Pero primero escucha lo que acaba de pasar. Northcliff ha pedido a lady Eleonor que se case con él.

—¿Qué? —Olivia se incorporó, sentándose, y mostrando un rostro transformado por el asombro y la desesperación—. ¡No puede ser! ¡Debe desposarse con nuestra hija! ¡Debe! —La

mujer se levantó de la cama y siguió gritando su decepción, de pie frente al marido—. Me encargaré yo de ponerlo frente a los hechos consumados. La noche pasada Georgia estuvo en su habitación. ¡Veamos si ahora lo entiende!

—¿Anoche? Explícate mejor. —William se había puesto serio y estaba muy atento, apoyando un brazo en la almohada.

—Ahora mismo: mientras tú te dedicabas anoche a divertirte por Edimburgo, yo le explicaba a Georgia lo que tenía que hacer, y lo hacía.

—Entonces, creo que debería hablar con Northcliff.

—¡Pues claro!

—¿Estás segura de que Georgia estuvo con él?

—Bueno, nos pusimos de acuerdo. La ayudé a elegir la ropa interior y luego se fue.

—Pero ¿la has visto esta mañana?

—No, aún no, duerme.

—Oh, puede ser una buena señal. Cuando una mujer ha disfrutado como es debido, entonces duerme hasta bien entrada la mañana. Y Northcliff es conocido por ser un semental de primera clase.

—¡Qué grosero eres, Will!

—Ya lo creo.

—¡Estás hablando de nuestra hija!

—No, muñequita, hablo de ti y de cómo te hago dormir.

—¿Cómo te atreves? ¡Eres indecoroso y un desvergonzado!

—Sólo digo la verdad. Ahora, antes de que vayas a buscar a nuestra hija para pedirle explicaciones, ven aquí.

—Ni se te ocurra. Eres irrefrenable y...

William la sujetó por el brazo, riendo divertido, y la colocó debajo de él, poniéndola boca abajo; sujetándole la pelvis con un brazo fuerte, empezó a acariciarle el clítoris con la mano libre.

—¡Y no me irás a decir que no te gusta!

Olivia ya estaba gimiendo, y no pudo responderle.

—Vale. No has tenido suficiente, ¿verdad, muñequita? —le preguntó el hombre, introduciéndole su enorme pene—. ¿Mejor así? —Le arrancó un gemido chillón mientras empujaba con fuerza y se retiraba, sujetando sus contorneadas caderas.

—Will... otra vez, más... la tienes de gorda, penétrame de nuevo...

—Olly tengo que decírtelo... —jadeó él entre acometida y acometida—. eres una guarrilla, una viciosa, una cachonda, eres mi putita y me encanta cuando te pones así de salvaje... ¡Venga, dilo! ¡Dilo!

—Qué... qué quieres...

—¡Tienes que decir que eres mi zorrita! ¡Que eres una ramera y que he de follarte hasta hacerte chillar!

—Sí... lo soy... soy tu zorrita... empuja Will, empuja y hazme chillar...

William no pudo resistirse, como hacía cada vez que llevaba a Olivia a hablarle de aquella forma tan obscena. El hecho de que ella por fin le complaciera compartiendo todo aquel placer animal le excitaba de una forma que ninguna otra chiquilla o prostituta había conseguido jamás.

Sus gritos se oyeron por el pasillo, donde dos doncellas se afanaban en sus tareas.

Cuando exhaustos, ya yacían en la cama, William proclamó:

—No tienes rival, por mucho que busque por ahí.

Olivia apenas murmuró, con los ojos cerrados.

—Duerme. Hablaré con Georgia.

Antes de que su marido saliera de la habitación, Olivia estaba durmiendo de nuevo.

* * *

El conde de Bath llamó a la puerta y su hija no respondió. Volvió a intentarlo, pero dentro reinaba el silencio.

—Lord Bath... —La suave voz de la criada de Georgia le hizo volverse.

Patty estaba a pocos pasos de él, aseada y arreglada como siempre, sonriéndole al conde, con quien a veces compartía algunas horas de placer.

La muchacha había sido cortejada durante mucho tiempo por varios de los jóvenes criados de la casa Bath. Pero la experiencia del conde en hacer sentirse especiales a jovencitas como ella había llevado a Patty a complacer de buen grado sus apetitos sexuales, y, la verdad sea dicha, el placer físico que obtenía era más que satisfactorio.

Por supuesto, sus pretendientes se habían retirado en buena lid, al no aceptar el hecho de que una chica agradable y decente como ella prefiriera arruinar su reputación con el señor que encontrar un buen y joven marido con el que compartir una vida sencilla.

—Hola, pequeña.

La muchacha hizo una reverencia.

—Vuestra hija duerme aún.

—¿Por qué?

—No lo sé. La condesa se quedó con ella anoche cuando me despidió.

El conde la miró por unos instantes.

—Vale, pequeña. Ahora entra y despiértala. Dile que debo hablar con ella urgentemente.

—Sí, lord Bath. —Pero Patty no se decidía a entrar.

—¿Y bien? —preguntó él impaciente. Le asaltó una duda, y en voz baja le susurró—: ¿Qué pasa, pequeña? ¿qué me quieres decir?

—Bueno, yo... nosotros... ya no habéis venido a verme... La muchacha había balbuceado con la cabeza agachada.

—Pequeña, ya sabes que aquí todo es más difícil. No querría que nos viesen o nos oyeran.

—Ya, ¡pero que oigan los chillidos de vuestra mujer no os importa! —explotó Patty mirándolo a la cara.

Lord Bath sonrió complacido por ser el objeto de los celos de la joven y por saber que los gritos de placer de su esposa habían sido escuchados.

—¡Pequeña! ¿Tienes celos? Pero ella es mi mujer y debo cumplir con mi deber.

—Y lo hacéis a las mil maravillas, por lo que parece.

—¿Estabas espiándonos?

—¡No!

—Pero nos has oído.

—Estaba allí con otras doncellas...

Bath se acercó a ella, imponiéndose con su estatura. De hecho, era casi tan alto como el duque de Northcliff.

—¿Has oído los gemidos de la condesa?

—Sí.

—¿Y los míos?

—También.

El conde miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos. Luego alargó una mano y

tomó el pecho de la joven doncella, acariciando con el pulgar el pezón que notaba ya turgente a través de la tela oscura del uniforme.

—Para gozar he tenido que pensar en ti —le murmuró él para satisfacerla—. En tu cuerpecito provocador, en tu culito respingón, en tus grandes pechos que adoro más que a nada en este mundo.

Patty se excitó, pero no tuvo tiempo de pensar en ello, porque el conde la empujó hacia la puerta, susurrando:

—Haz lo que te he dicho, pequeña. Despierta a mi hija o en dos minutos entraré sin permiso. Y prepárate para mí. A lo mejor una de estas noches voy a verte.

La muchacha entró en la habitación y lord Bath se acercó a la estructura central que había sido la torre del homenaje del castillo, donde unos escalones conducían al ala norte de la segunda planta, donde estaban las dependencias de la servidumbre.

Con las manos cruzadas a la espalda, se paseó de un lado a otro, reflexionando. Temía que su razonamiento fuera correcto: si el duque de Northcliff le había pedido a lady Eleonor que se casara con él, y si lo había hecho esa misma mañana, significaba que no podía haber estado con Georgia la noche anterior.

El duque era un hombre duro, pero seguía las reglas y, sobre todo, no se dejaría engañar por una joven como su hija. Tenía fama de ser listo y peligroso, y si Georgia se hubiera expuesto demasiado, él la habría bloqueado de alguna manera, o tal vez estaba haciendo precisamente eso al decidir casarse con la bella lady Eleonor.

El conde pensó de nuevo en la muchacha de melena rubia, ahora prometida a Northcliff, y una punzada de deseo le pillo desprevenido. La muchacha tenía un cuerpo espectacular y más de una vez había intentado imaginársela desnuda, sabiendo que su tez clara y sus generosos pechos le harían morir de deseo.

El conde de Bath era un hombre que, con los años, había intensificado su actividad sexual hasta convertirla en su primer interés. Había sido un joven libertino, y el encuentro con Olivia le había cambiado la vida: su falso aire de inocencia y el descubrimiento de un cuerpo de muñeca, que tenía todas las prerrogativas para seguir siéndolo durante muchos años, le habían llevado a decidir quedarse con aquella rubia platino para él solo. El hecho de que ahora prefiriera el sexo con mujeres demasiado jóvenes le convenció de que era aún más que vigoroso.

La puerta se abrió y Patty le hizo señas para que entrara.

En dos pasos estaba dentro y con mirada gélida despidió a la criada, señalándole el camino.

Gracias al resplandor de la nieve, la habitación estaba completamente iluminada, y Georgia, en medio de la cama, sentada con la espalda apoyada en las almohadas, bostezaba ostensiblemente.

—Veo que aún tienes sueño. Eso sólo significa una cosa, ya que te acostaste temprano: estuviste con un hombre otra vez. Ahora, espero por tu bien que ese hombre fuera Northcliff o esta vez te diré lo que pienso de ti.

Georgia suspiró, para nada preocupada por el tono amenazador de su padre. Con sus gráciles dedos se despeinó hacia atrás su larga melena castaña.

—No he estado con nadie —mintió descaradamente, recordando al pinche de cocina con el que había estado en el almacén de la despensa—. Pero llegué tarde porque busqué al duque en su habitación.

—¿En su habitación? ¿Así que lo conseguiste? —preguntó el conde con ojos esperanzados y empezando a sentir cierta estima por su hija.

—No.

—¿Cómo?

—He dicho que no. No estaba.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y yo qué demonios sé? ¿Me lo puedes explicar? Esperé a que se despidieran...

—¿Quiénes?

—Northcliff, MacKendrick y St. James. Tres puertas cerradas y a continuación he bajado.

—¿Y luego?

—Luego lo he buscado en su alcoba. No estaba.

Bath entornó los ojos meditando. Todo era obvio, exactamente como él había previsto.

—Imaginaba que había sido así cuando tu madre me ha dicho que te dejó sola anoche con el acuerdo de intentar algo con el duque.

—¿Por qué lo imaginabas? ¿A qué te refieres?

Bath suspiró.

—Porque lady Eleonor te ha ganado. Por supuesto, discúlpame por decirlo, ella es mucho más hermosa que tú. Y lo ha hecho todo sin perder la virginidad, probablemente.

Georgia asumió primero una expresión de fastidio ante el juicio de su padre sobre la belleza de lady Eleonor, luego de ofensa por la mención de su virginidad, que le incomodaba bastante, y finalmente de sospecha.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que me ha ganado?

El conde se sentó en la silla junto a la cama.

—Lady Eleonor ha aceptado la propuesta de matrimonio del duque de Northcliff.

Georgia abrió mucho la boca intentando en vano hablar, con sus incrédulos y aterrorizados ojos de cervatilla ante la idea de que el futuro que había intentado construir durante años se hubiera esfumado.

—No te pongas nerviosa. Aunque, de hecho, no es un tema para tomárselo a la ligera. Si se casa con ella de inmediato es porque la ha deshonrado, cosa que dudo, tanto porque ella es una chica decente, como porque Northcliff no haría algo así a una joven de bien, especialmente si es hija de un amigo.

—¡No puede desposarla! —gritó finalmente Georgia con voz entrecortada, golpeando la cama con los puños—. ¡Es mío! ¡La mato, yo la mato!

—Calla y escúchame.

—¡Maldita bruja! ¡La mato y ya verás cómo lo resuelvo todo!

—¡Cállate! —gritó el padre imponiéndose con su vozarrón—. Tal vez, y subrayo lo de tal vez, si no se casa enseguida con ella podrías tener una oportunidad, intentando seducirle y obligarle a cumplir con su deber. Pero para eso hacen falta dotes de seducción de las que, sin ánimo de ofender querida hija, careces.

—Eres muy mezquino.

—No, solamente digo la verdad. No te servirá todo el apetito sexual que rezuma tu piel.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Soy como tú, por si no lo sabías!

El conde se levantó de un salto, con el brazo dispuesto a abofetear a su hija. Se detuvo.

—No te voy a pegar porque tendrías que justificar el moratón que te dejaría.

Georgia se había protegido con las manos, y esta vez temía de verdad la ira de su padre. Se le llenaron los ojos de lágrimas de rabia y se las enjugó con gestos airados.

El conde volvió a sentarse.

—Ahora escucha. Tengo mucho que enseñarte, pero como soy hombre y además tu padre, prefiero que sea tu madre quien aclare los detalles. Pero que sepas que no necesitas ese escote provocativo del que haces alarde: tienes grandes pechos, así que súbetelos con la ropa interior

adecuada, y no enseñes demasiado. Los hombres, querida, se vuelven locos por lo que intuyen, no por lo que les echas en cara como una putilla.

—Creo que sé de sobra lo que le gustan a los hombres.

—¿Qué hombres? ¿Palafreneros, criados, cargadores? ¿Crees que no lo sé? Eres una zorrilla de poca monta, Georgia. Ya no eres virgen, y te acuestas con gente de mala vida sólo para saciar el deseo sexual que te posee.

A Georgia le habría encantado pegarle con un bastón, pero la fama de mujeriego del conde y su experiencia la convencieron para escucharlo.

—Vale, entonces dime qué debo hacer.

—Actitud sumisa, pero no afectada. A los hombres no les gustan ciertos gestos de debilidad. Nunca, nunca dejes claro que ya no eres virgen. Más bien sé recatada y adopta el aire de una joven pura, pero deseosa de conocer la vida matrimonial. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No exactamente.

—Debes dar, de una manera cándida e ingenua, la impresión de que anhelas ser una joven esposa y cumplir obedientemente todos los deseos de tu marido. Palabras como deseo, lujuria, obediencia mental y física, hacen temblar a los hombres que ya se imaginan a una esposa esclava en su cama. ¿Ahora lo entiendes?

Georgia movió la cabeza lentamente, consciente de que su padre le estaba abriendo la puerta a nuevos.

—¿Y luego qué?

—Y luego prepárate para no obtener al duque.

—¿Cómo? ¿No confías en mí?

—No es eso. Has jugado mal tus cartas antes y ahora es poco probable que caiga en tu red. Pero siempre hay otro noble disponible en esta casa.

Georgia expresó su decepción.

—Quiero que el duque sea mío.

—Puede que no lo consigas. Mira, Georgia, eres lo suficientemente inteligente para entenderlo: si no funciona con él, deja que el otro te consuele. Es un hombre apuesto, tienes que admitirlo.

—No como Northcliff. Sin embargo, seguiré tu consejo: en caso de derrota, me las arreglaré con el otro «elemento» de sangre azul. — Georgia empezó a verse a sí misma disfrutando en una cama con St. James y eso la hizo sonreír—. Sí, St. James no está nada mal...

—¿St. James? ¿Pero has perdido el juicio? ¡Hablaba de MacKendrick!

—¿El hermano del duque? Demasiado joven. ¡Prefiero a St. James!

—¡Pero él prefiere la chiquilla sorda! ¿Pero dónde vives? ¡Abre los ojos!

—No hace falta nada para hacerle cambiar de opinión: sé cómo hacerlo.

—¿Y cómo? ¿Entrando en su habitación por la noche y poniéndole tus enormes pechos en la cara? ¡Eres una necia, Georgia, y todavía no lo entiendes! ¡Tú lo ofreces todo y los hombres no quieren nada más de ti! ¡Harás lo que te digo o te juro que te obligaré a casarte con el reverendo Barnes!

Ante esa amenaza, Georgia se enfureció.

—¡MacKendrick! ¿Lo has entendido bien? Sí, es joven, y precisamente por eso carece de la experiencia de Northcliff o St. James, por lo que es más accesible. Empieza a trabajártelo poco a poco, mostrándote como su amiga sincera y complaciente, pero sin dejar que te toque. ¿Entiendes? ¡Sin dejar que te toque!

Ella suspiró resignada.

—¿Por qué él?

—¡Porqué es el heredero de Northcliff!

—Pero si el duque tuviera hijos...

—No pienses en eso ahora. Haz lo que te he dicho.

—Vale, pero antes lo intentaré con el duque.

—Inténtalo. Pero en ese caso, habla con tu madre. Dile que quiero que te enseñe qué hacer y cómo.

—Ya sé lo que hay que hacer...

—No sabes nada, de lo contrario ya habrías vuelto loco de deseo a Northcliff. Y tu madre es muy buena en esas cosas.

—¿De verdad?

—Sí, niña tonta que eso es lo que eres. De verdad. ¿Por qué crees que siempre vuelvo con ella?

Georgia sonrió. Qué bien. Aprendería de su madre.

El conde se marchó sin despedirse. Iba a dar un paseo por la nieve, no porque sintiera una especial predilección por las maravillas de la naturaleza, sino porque sólo quería estar solo y pensar.

El matrimonio de Georgia con el duque habría resuelto muchas cosas, pero las posibilidades de que eso ocurriera eran ahora remotas. El joven Roy MacKendrick era actualmente una alternativa viable y determinante, siempre que su insensata hija escuchara sus consejos. Y así, cavilando, estuvo a punto de chocar con lady Eleonor.

—Lady Eleonor, excusadme, ¡estaba absorto en mis pensamientos!

—¡Oh! Excusadme, vos, yo también tenía la cabeza en otra parte.

—Ya me imagino, querida. Un compromiso siempre es algo excitante para una joven.

Eleonor esperaba que el conde no la retuviera y, sobre todo, que no notara su acalorado aspecto provocado por el hombre negro y seductor que la había obnubilado con sus maravillosos besos.

—Pero después de todo, supongo que tendréis tiempo de acostumbraros a ser la prometida del duque, y así todo os parecerá más normal, creedme. ¿Cuándo es la boda?

Eleonor dudó unos instantes, pero al no encontrar motivos para ocultar la verdad, contestó:

—Casi con toda seguridad dentro de unos días, en cuanto llegue el permiso que espera el duque.

El conde dio un breve suspiro de asombro, pero tuvo la prontitud derivada de su experiencia para afirmar en tono conciliador:

—¡Santo cielo! Imagino que Northcliff está ansioso por teneros como esposa, es decir, lady Eleonor, permitidme que os diga que yo también, en su lugar, lo esperaría con impaciencia. Sois una buena chica, de buena familia y hermosa. ¿Qué más podría desear un hombre?

—No lo sé, pero os lo agradezco, lord Bath, sois tan amable y...

—Os ruego me disculpéis —intervino complaciente el ama de llaves, juntando cuidadosamente las manos—. Me duele interrumpir la conversación, pero su excelencia la duquesa aguarda a lady Eleonor.

—Lady Eleonor, vamos. No hagáis esperar a la duquesa —le rogó el conde.

Eleonor hizo una reverencia y siguió a Mrs. Brodie.

Lord Bath la estudió mientras se alejaba, y en menos de cinco segundos hizo sus cálculos: una unión en pocos días podría significar no sólo un matrimonio reparador, ¡sino que la muchacha podría incluso estar embarazada!

El conde recordó los dolores y molestias que lady Eleonor había sufrido en los días anteriores, intentando hacerlos pasar por resfriados; recordó el rostro pálido y hundido, y la falta de apetito que la muchacha había mostrado en la mesa; recordó que había estado en Edimburgo, probablemente con un médico que le había confirmado el embarazo.

En ese momento, si su hija también hubiera conseguido atrapar a lord MacKendrick, éste ya no sería heredero de Northcliff.

El conde llegó a la conclusión de que lady Eleonor seguía siendo un obstáculo.

Un obstáculo insuperable que impedía las maniobras por él previstas.

* * *

Keiran permaneció durante un minuto con las manos apoyadas en la puerta por la que había salido Eleonor.

Aquella chiquilla le volvía loco. Y no podía creer que la hubiera besado así...

Al fin y al cabo, ¡era la hija de Nick!

Pero lo más chocante era que tenía que admitir que siempre había querido llegar a esa conclusión, es decir, casarse con ella y tenerla sólo para él. Darse cuenta de ello supuso para él una derrota total y amarga: era la primera vez que, a pesar de sus mejores esfuerzos por no involucrarse, se veía enredado en algo que le daba miedo, que temía y que sentía devastador para sí mismo. Y que sabía que era incapaz de contrarrestar.

Se llevó las manos a la cabeza y, haciendo un gesto habitual, se pasó los dedos por el cabello, atrapando en los puños unos mechones brillantes y azulados.

Se preguntó si había tomado la decisión correcta. No porque tuviera dudas sobre lady Eleonor, sino porque temía no estar a la altura de las expectativas que albergaba para sí mismo, a saber, el ideal de un marido fiel, cariñoso y protector, un ideal en el que el amor debería haber estado presente, constante y eterno, pero que él creía que no existía, al menos por ahora.

Entrecerró los ojos en señal de reflexión. Amor por la chiquilla. Parecía tan absurdo, pero lo que sentía por ella era algo a lo que no podía poner nombre. ¿Podría ser eso el amor?

Resopló molesto consigo mismo, y molesto por la fuerte e incontrolable pulsación que sentía entre las piernas y que seguía presionando contra sus ajustados pantalones.

Decidió que el aire frío calmaría su excesivo deseo por la bella prometida, así que dio media vuelta y se dirigió a la torreta suroeste, que conectaba verticalmente el saloncito rosa de su madre, su habitación, una habitación de invitados en la segunda planta, ocupada actualmente por lady Georgia, y el camino de ronda.

Sacó de un bolsillo de su chaqueta una llave bastante vieja, que había decidido llevar consigo desde la noche anterior, y abrió la puerta con un giro de la llave. Entró y volvió a cerrarla haciendo el mismo gesto. Nadie más que él podía utilizar aquellas escaleras, porque la llave era única. Subió por un estrecho pasillo, donde los escalones de piedra estaban desgastados por la mitad. Una pequeña ventana entre cada piso ofrecía una ligera penumbra. Subió con cuidado de no hacer ruido al pasar por delante de la habitación de lady Georgia, e introdujo la llave.

Por fin estaba frente a la última puerta, la abrió con dificultad, porque la nieve obstruía el paso, y el aire helado le golpeó, haciéndole lamentar no haber cogido una capa. Se guardó el objeto medio oxidado en el bolsillo y salió.

Hundió las botas en un buen palmo de nieve, disfrutando del silencioso sonido que sólo aquella gélida blancura podía dar, y se dirigió a la balaustrada.

El paisaje circundante, que él conocía bien, estaba totalmente transformado por la nieve, que yacía por todas partes, a veces en bloques compactos y uniformes, a veces en rocíos divididos y multiformes, y a veces en apéndices algodonosos suspendidos y blandos.

Keiran se sentía desconcertado, pero nunca dejaría que nadie lo supiera. Sabía que el camino que había tomado sólo tenía un sentido: avanzar. Curiosamente, se sentía feliz por ello. Pero temeroso.

Un olor tenue y familiar llegó a sus fosas nasales, un olor del pasado, de cuando hundió su rostro lloroso en el pecho maternal de la querida Agatha.

—¿Puedo? —preguntó la mujer mientras avanzaba a sus espaldas, sabiendo que él la había oído llegar.

—Agatha. —Keiran esperó hasta que ella estuvo cerca de él.

Se quedaron mirándose durante unos segundos, entonces los ojos celestes de la mujer se vidriaron de lágrimas por la felicidad que sentía, y él no pudo resistirse.

—Vale, está bien. Vamos, Agatha, ven aquí —le dijo, indicándole que se acercara.

Ella obedeció, tratando de enjugarse los ojos húmedos, y él la atrajo hacia sí, abrazándola. La cabeza gris plateada del ama de llaves, antaño de un rubio brillante, apenas llegaba al pecho del duque, y la sollozante mujer hundió la cara en la chaqueta de su niño, ajena a toda formalidad.

Le había visto nacer y crecer, y le había educado en los sólidos principios y firmes valores que, según ella y la duquesa, todo hombre debía tener. Y el resultado había sido maravilloso.

—¿Te gusta?

—Es la mejor elección que podías hacer, muchachito mío —le respondió entre lágrimas, tuteándole, que sólo hacía si estaban solos.

—Sí, aunque yo no sea la mejor opción para ella.

Agatha levantó la cara, sintiendo que algo no iba bien en su tono.

—¿Qué es lo que no va bien, Kein? —preguntó ella.

—Yo.

—No entiendo.

—No importa, Agatha, ya se pasará. Sólo tengo miedo de no saber estar como debería.

—Bueno, como todos, al final.

Keiran soltó el abrazo para verla mejor a la cara, sabiendo que su querida Agatha justificaría aquella frase.

—Todos intentamos hacerlo como deberíamos. Pero no siempre lo conseguimos, ¿verdad, Keiran? Vuelve a intentarlo.

—En resumen, si no funciona, inténtalo de nuevo.

—Exactamente. Como siempre te he dicho desde que eras un niño.

Los recuerdos, despiadados, le asaltaron.

Su padre le había inculcado una fijación por hacer las cosas bien y rápido, a la primera. Cada error era un fracaso que había que reprender y castigar. Le había hecho sentirse incapaz e inadecuado por sus dificultades de aprendizaje al principio, y por todos los errores y fracasos que cometió de niño, después.

Sin segundas oportunidades: etiquetado de perdedor al instante y sin clemencia alguna.

Que el viejo duque era una persona dura lo sabía todo el mundo. Y ésa había sido la razón por la que la duquesa había permitido que su marido abandonara el hogar para perseguir a mujeres nada respetables, pero no por ello menos complacientes: al menos así su amado hijo no sufriría.

Fue entonces cuando ella y la querida Agatha habían levantado el abatido ánimo del joven heredero, diciéndole una y otra vez que errar forma parte de la esencia de todo ser humano, y que volver a intentarlo forma parte de todo ser excepcionalmente especial, como él.

—Ella te adora —exclamó el ama de llaves, sin dejar de abrazarlo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, casi asombrado de que pudiera ser así.

Agatha frunció el ceño.

—¿Y cómo es que no lo sabes? ¿La has tocado?

—Sí, claro.

—¿Se ha dado cuenta?

—Sí.

—¿Se sorprendió?

—Sólo al principio. Luego ya ni pestañeó, más bien se sintió intrigada y admirada. Cree que soy la cura para la gente que sufre.

—¿Acaso no ha sido siempre así?

—Sí.

Agatha sonrió satisfecha, porque sabía que nadie más, especialmente ninguna mujer, había reaccionado así delante de Keiran. Y sabía que él sentía algo muy parecido a la confusión.

—Esto es algo maravilloso, te das cuenta, ¿verdad?

—Sí, Agatha, me doy cuenta.

—¿Pero?

Keiran lo admitió:

—Es extraño.

—Es nuevo, eso es todo. Hasta ahora, ella ha sido la única en captarlo al instante, ¿o me equivoco?

—No te equivocas. A excepción de mi madre y tú. Y la gente de Pitch.

—Pero ellos están acostumbrados a ciertas cosas —contestó la mujer, dando por zanjado el tema con un gesto repentino de la mano—. ¿No has visto cuánto le importas a lady Eleonor cuando la has tocado?

—No claramente. Pero lo ha estado repitiendo desde hace unos años —dijo con aire de indulgencia.

—¿Desde hace unos años?

—Sí. Tenía veinte años la primera vez que me lo dijo —dijo, moviendo la cabeza en un gesto de reproche.

—Lo entendió enseguida.

—¿Enseguida? Sólo era una niña encaprichada de un hombre mucho mayor, nada más. —Luego, como presa de la consabida irritación, se desahogó—: Y ahora es una chiquilla de veintitrés años. ¡Y yo tengo treinta y cuatro! ¡Cielos, es absurdo!

—¿Qué es absurdo?

—Soy demasiado mayor para ella, Agatha.

Ella lo estudió y vio la lucha interior que lo atormentaba. Realmente, estaba afligido por la diferencia de edad, pero al mismo tiempo deseaba a aquella chica más que a nada en el mundo.

—Ella te quiere. Y tú la quieres. No hay nada más que añadir, Keiran.

Él suspiró ante tanta inevitabilidad.

—Ya.

—Además, nadie podrá cuidarla mejor que tú. Está sola, y volver a Londres sin marido sería peligroso para ella.

Keiran la apartó de él mirándola con desconfianza.

—¿Qué sabes de esta historia?

—Lo suficiente como para comprender que la desesperación la habría empujado a los brazos de alguien que no fueras tú, si no le hubieras pedido en matrimonio.

Él entendió, por el contacto con Agatha, que Jenkins, Simmons y probablemente las doncellas

de lady Eleonor y lady Nancy habían hablado de los hechos ocurridos en la casa Hereford. Pensó que todos los reparos sobre la diferencia de edad eran inútiles, porque de todos modos jamás permitiría que otro tuviera a lady Eleonor.

—¡Al diablo! No la habría dejado con nadie más.

Agatha se echó a reír.

— Sí, eso pensaba.

—Ayúdala, Agatha, por favor. Está confundida por todo esto y te necesita.

—Estate tranquilo, Keiran, tu antigua niñera aún no es demasiado mayor para servir de guía a la futura Duquesa. Yo me encargo.

Keiran la abrazó con fuerza, inclinándose hacia ella.

—Gracias. Te quiero, Agatha —dijo suavemente, como si temiera que le oyeran.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Mrs. Brodie se puso de puntillas y, cogiéndole la cara entre las manos marcadas por el tiempo, le besó en su oscura mejilla. Se dirigió hacia la pequeña puerta de la torrecilla—. No sé de dónde has sacado esa barba. Afeitado hace unas horas y ya estás áspero. Tu padre dijo que tu abuelo materno era así, ¡que en paz descanse su salvaje alma escocesa! Al menos a las mujeres parece gustarles. Pero a lady Eleonor debes gustarle ahora, sólo a ella, tenlo presente.

Keiran se quedó allí, en el silencio amortiguado que sólo la nieve puede crear.

Ahora se sentía un poco mejor y decidió bajar a hablar con Roy y Daniel. Estaba seguro de que aquellos dos estaban deseando decirle «¡ya te lo había dicho!», y en aquel momento no había razón para negarles tal satisfacción.

Después de todo, era bien sabido que el duque de Northcliff era tan misterioso, escalofriante y severo como justo y correcto, incluso a la hora de admitir sus propios errores, y rectificarlos, exactamente como había dicho Agatha.

* * *

Lord Portland observaba tristemente a lady Eleonor que, con aire algo desconcertado pero evidentemente feliz, conversaba con la duquesa, lady Wiltshire y su tía lady Hereford sobre el inminente matrimonio.

Lady Nancy Jane y Lady Alice estaban sentadas a ambos lados, y de vez en cuando intercambiaban comentarios, excitadas por los acontecimientos que estaban teniendo lugar, tratando en vano de hacerlo partícipe. Ni siquiera el marqués de Wiltshire tuvo éxito en ese empeño, resignándose a conversar con St. James y MacKendrick.

El conde de Portland no era un hombre pretencioso, y normalmente su extremado decoro, su elegancia y en general su innato espíritu noble pasaban desapercibidos en sociedad. A él mismo no le gustaba llamar la atención, y el papel de mano derecha del duque se adaptaba a su temperamento, aunque su aspecto físico no le diera tregua: era un hombre apuesto, elegante y viril al mismo tiempo, y atraía las miradas femeninas, muy a su pesar.

Nunca había estado comprometido, ni había querido cortejar oficialmente a ninguna chica de buena familia. Mantenía relaciones íntimas con chicas de clase media baja de Edimburgo, que no le pedían nada y a las que no prometía nada, y siempre de una en una.

Era, en definitiva, un hombre serio, sin nada en la cabeza y consciente de que no era un buen partido, salvo para el tipo de mujeres no nobles, de clase media, a las que les gustaba ver trabajar a sus maridos, o aquellas nobles que, por razones atribuibles al destino, ya no podían esperar a un marido rico y con título.

Entre éstas estaba Lady Eleonor. Hija de un conde, pero huérfana, sin ningún título a sus espaldas, y sola.

Su llegada a Shell Bay Manor había despertado en Simon la idea de una vida matrimonial, así como el deseo físico que sentía por ella.

Era una muchacha fuera de lo común, tanto por su aspecto agradable, de hecho definitivamente asombroso por la perfección de sus rasgos faciales y personales, al igual que por su carácter positivo y un espíritu original y rebelde que no le habría molestado tener bajo control llegado el momento. Se había imaginado convirtiéndose en su guía y maestro, sin reprimir demasiado su temperamento.

Ahora la estaba observando. Se había enterado de la sensacional noticia por casualidad, allí delante de todos. Y la fuerte sensación de decepción no le permitía ser el de siempre, por mucho que lo intentara. Su té permaneció en la taza, enfriándose, y sólo Ramsay, en el extremo opuesto del salón, notó que el conde estaba incómodo, imaginando la razón.

Ni siquiera la entrada del duque lo despertó de su letargo.

Y Keiran se percató enseguida de que Simon miraba insistentemente a su prometida. Se había dado cuenta de que el conde sentía debilidad por ella desde su primer encuentro. Pero no creía que estuviera tan enamorado.

—Buenas tardes a todos —dijo el duque.

Eleonor lo miró un instante e inmediatamente desvió la mirada, recordando lo que había sucedido unas horas antes. Esa rápida mirada bastó a Keiran para conocer los pensamientos de la muchacha.

—Me disculparéis si no me uno a vosotros para tomar el té, pero algunos asuntos nos obligan al conde de Portland y a mí a ausentarnos.

El conde, sintiéndose aludido, miró al duque y se levantó.

—Kein, en cuanto tengas un momento, podríamos decidir contigo algunas cuestiones sobre la celebración —le propuso la duquesa.

—Por supuesto.

El duque y el conde de Portland se trasladaron al estudio, donde durante unas dos horas trabajaron en la documentación relativa a la herencia de lady Eleonor, a fin de permitir que pasara del banco a la futura duquesa, exactamente como estipulaba el testamento de Nick.

Simon no faltó a su deber, y se comportó correcta y adecuadamente, como de costumbre.

Pero Keiran percibió la decepción del hombre, e imaginando la causa, sintió lástima por él.

* * *

Los asientos en la mesa de la cena permanecieron tal y como la duquesa los había asignado la primera noche, incluido el cambio de lugar que lady Bath había hecho con su hija.

Pero a Bridget no le pareció apropiado que Kein se sentara junto a lady Georgia, dejando de lado a su prometida: habría sido un gesto poco delicado y ofensivo hacia su futura esposa.

Había discutido el asunto con Winnie, la marquesa de Wiltshire, quien, aunque con su conocida pretenciosidad en cuestiones de etiqueta, había estado de acuerdo en que, puesto que lady Georgia no podía ser trasladada por apremiantes razones de salud, entonces la futura esposa del duque debía sentarse junto a él, a su derecha. Y puesto que ése era su asiento, cedió gustosa el suyo en favor de lady Eleonor.

—Al fin y al cabo, Eleonor —había afirmado Winnie con una sonrisa—, tendrá dentro de unos días un título superior al mío.

Mientras los comensales tomaban asiento, lady Wiltshire se acercó al lugar que había sido de Eleonor, y ésta se sorprendió.

—Oh, Eleonor —dijo la duquesa—, la marquesa de Wiltshire ha señalado con razón que el duque sin duda tendría más placer en tener a su prometida a su lado que a ella. Así que te ha

cedido su asiento.

Keiran, que conocía bien a su madre, comprendió la motivación de aquella maniobra, y no pudo reprocharle nada.

—Lady Wiltshire, sois extremadamente amable y comprensiva —dijo él inclinándose para agradecérselo—. Y perspicaz —añadió, haciendo sonreír a todos.

Eleonor se sentó a la derecha del duque de Northcliff, con cierta vergüenza, y lady Georgia le dirigió una mirada agria acompañada de una sonrisa abierta y pretendidamente sincera.

Keiran permaneció inmóvil en su silla, maldiciendo la idea de su madre: de la izquierda le llegaba un aura de negatividad que lo ponía nervioso; de la derecha sentía una ráfaga de emociones y sentimientos innegablemente dirigidos hacia él, así como un perfume embriagador que no le permitía concentrarse con claridad.

Comenzó la cena, en medio de la charla amistosa de los comensales, que se inclinaban por el tema de la boda.

Todos estaban eufóricos, y Keiran se dio cuenta de que habían aceptado positivamente la noticia. A todos les gustaba su futura esposa.

Incluso los Bath se mostraron convincentes en su participación en el diálogo, aunque él sabía que fingían.

—Un matrimonio apresurado —comentó Lord Bath en un momento dado, haciendo callar a todo el mundo.

El conde se congratuló de haber despertado la atención colectiva, pues su intención era hacer quedar mal a lady Eleonor. Pero los ojos fríos e inescrutables del duque le persuadieron de que suavizara su tono.

—¡Si yo estuviera en vuestro lugar, haría lo mismo, Northcliff! —dijo en tono de broma—. Sois un hombre afortunado. Lady Eleonor es una chica encantadora y muy apreciada.

Eleonor le sonrió, asintiendo con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Así es, Bath. Y deseo estar con ella antes de ausentarme de casa por uno de mis viajes. —La afirmación fue perentoria y no dejó lugar a dudas sobre la seriedad de Eleonor.

Bath captó el mensaje intrínseco de aquella frase y se dio cuenta de que tenía la clave para hablar de algo que para él era muy importante.

—Excelente decisión. ¿Cuándo partiréis, lord Northcliff?

—En primavera, o tal vez a comienzos del verano —mintió él, antes de beber un sorbo de vino de su copa. Miró a Daniel y a Roy, recordándoles que debían seguirle el juego.

—Me encantaría ir con vos —dijo inesperadamente Eleonor.

—¡Eleonor! —estalló Martha, abriendo los ojos de par en par.

La duquesa se rio.

—¡Ya os estoy viendo en el barco de mi hijo! Pero me temo que él nunca lo permitiría.

—Me gustaría hacer un viaje, conocer nuevos mundos y...

—Veréis, lady Eleonor —intervino amablemente Georgia—, creo que su excelencia quiere decir que no sería apropiado para una joven esposa estar lejos de su hogar. Después de todo, tendréis un papel destacado y se espera que lo desempeñéis plenamente. En resumen, si yo estuviera en vuestro lugar, creo que me sentaría a esperar ansiosamente el regreso de mi marido, tal vez bordando o preparando la habitación del futuro heredero. —Las palabras de Lady Georgia, por mucho que le doliera admitirlo, eran correctas.

—Tenéis razón, lady Georgia —dijo Eleonor. Se dio cuenta de que había demostrado, una vez más, ser una chica fuera de lo común, y por consiguiente temía haber hecho algo que desagradara al duque.

Los comensales retomaron espontáneamente la conversación sobre otros asuntos.

—Tal vez he expresado mis pensamientos demasiado abiertamente, pido disculpas —añadió Georgia mirando ahora al duque, ahora a lady Eleonor—. Habrá sido mi ardiente deseo de convertirme en una esposa obediente en todos los aspectos —concluyó con un suspiro.

Ante aquel gesto, Keiran se percató de que la muchacha llevaba extrañamente un vestido sencillo y, además, con un escote que él habría calificado de recatado para los estándares de lady Georgia. Esto le hizo sospechar, intuyendo que la hija de Bath estaba adoptando una nueva estrategia aquella noche. Sonrió, levantando una de las comisuras de sus labios.

Lady Georgia le devolvió la sonrisa, tomándolo como un elogio para sí misma y su admirable deseo de ser una esposa complaciente.

Keiran de inmediato se puso serio.

—Sois digna de elogio, lady Georgia —dijo el conde de Portland a su izquierda—. Lo que habéis dicho os honra.

Georgia lo miró con ojos inocentes.

—Gracias, lord Portland, sois muy amable como siempre. —Se entabló entre ellos un agradable diálogo, durante el cual Georgia no dejó de admirar la belleza del conde y de idear indecorosas maneras de pasar una noche en su compañía.

Eleonor se aprovechó de ello.

—Os ruego me disculpéis, excelencia. Una vez más he estado fuera de lugar, pero ya aprenderé —murmuró en voz baja, inclinándose hacia delante para que sólo él la oyera.

Keiran la miró.

—No importa. —Sus ojos se fijaron en el pecho de la chica, apenas cubierto por un pañuelo que trataba de ocultar los moretones. El escote, alto y recatado, delataba un seno que, a juzgar por las marcas, había sido aplastado—. No habéis obedecido mis órdenes —apenas le susurró.

Eleonor entendió de inmediato a qué se refería, pues él había guiñado en dirección a su pecho. Contuvo la respiración, para evitar que se le escapara una respuesta mordaz.

—Yo... yo... tengo que acostumbrarme pero, tarde o temprano, obedeceré.

—Y para nuestro matrimonio, ¿creéis que lo conseguiréis?

Eleonor lo miró y dijo:

—De acuerdo.

—Dejad de ser tan sumisa. Tenéis miedo de que cambie de opinión y actuáis forzada.

Eleonor apretó los labios, dándose cuenta de que tenía razón.

—Mañana por la mañana lady Queensbury estará aquí.

—¿Cómo lo sabéis?

—Hoy ha regresado uno de mis hombres. La vizcondesa ha viajado a toda velocidad para cumplir con mi deseo. Es una mujer de carácter.

—¿Así que nos casaremos pronto?

—¿No es lo que he dicho esta mañana?

—Sí.

—Para Navidad. ¿Os parece bien el 24?

—Sí, por supuesto.

—Bien. No digáis nada entonces. Mañana daré yo la noticia.

La cena continuó sin contratiempos, y el momento que los hombres dedicaban a los licores después de la cena fue breve, porque el Duque fue llamado a un lado por Ramsay.

—Pido disculpas, pero un asunto urgente requiere mi presencia. Roy, hazte cargo de los honores. —Se despidió apresuradamente del grupo de hombres.

Roy no se sorprendió en absoluto. Estaba acostumbrado a aquellas convocatorias intempestivas, y sabía que seguramente se trataba de alguien de la hacienda Northcliff que estaba enfermo, y que pedía ayuda a Keiran y a sus manos.

El duque entró en la sala y habló:

—Señoras, disculpadme, pero debo retirarme: un asunto grave requiere mi intervención. —Se inclinó para despedirse y la duquesa le siguió.

—¿Qué sucede? ¿Se trata de Marion Dunbar? —preguntó ella con aprensión.

—Sí, mamá. Me quedaré allí todo el tiempo que me necesite. Envíame a lady Eleonor, por favor, y dile en voz alta que quiero despedirme de ella.

Bridget asintió con la cabeza y se marchó.

Eleonor se le unió en la puerta, donde él se había quedado a propósito para ser visto por las mujeres presentes.

—Lady Eleonor, sólo deseaba despedirme de vos y desearos buenas noches.

—Gracias, sois muy considerados. Pero, ¿adónde vais?

—No deberíais ser tan curiosa.

—Disculpadme, pero a estas horas... y además soy vuestra prometida, tengo derecho a saberlo.

Keiran entornó los ojos.

—Sois una impertinente. Agradeced que tengo prisa.

—Me habéis dicho que no fuera sumisa —se justificó Eleonor encogiéndose de hombros—. Entonces, ¿adónde vais?

Keiran la miró fijamente, indeciso sobre si hacerla partícipe de algo que tal vez aún no fuera capaz de comprender.

Decidió ponerla a prueba, pero distrayéndose con la mirada en sus labios, casi se olvidó de responder.

—A casa de Marion Dunbar. Está a punto de dar a luz y me necesita.

Vio que la muchacha fruncía el ceño al principio y luego abría mucho los ojos, como presa de una revelación. Estaba preciosa, y aquellos ojos verdes rodeados de largas pestañas atraían a cualquiera.

—¡Le cogeréis las manos! ¡Como hicisteis con vuestras madres!

Keiran estaba estupefacto por esa afirmación.

—¿Qué demonios sabéis vos de todo esto? —preguntó con aire amenazador.

Eleonor se arrepintió de haber hablado, no porque le tuviera miedo, sino porque sabía que se arriesgaba a meter a Zaynab en un buen lío.

—No tengo tiempo para regañaros como es debido. Buenas noches. —Keiran se inclinó para darle un casto beso en la mejilla, esperando que Lady Georgia lo hubiera visto, y desapareció.

Eleonor volvió al salón y se sentó, intentando participar en la conversación. Mientras tanto, los hombres también se les habían unido, por lo que le resultó más fácil aislarse en su razonamiento: no podía evitar pensar en el duque, sentado junto a la mujer, cogiéndole las manos. Hubiera dado cualquier cosa por verlo con sus propios ojos.

En cuanto lady Northcliff se levantó para subir, ella aprovechó para hacer lo mismo. Dio las buenas noches y subió, dejando a Nancy y a tía Martha charlando con lord MacKendrick y lord St. James en compañía de los Wiltshire. Los Bath no tardaron en retirarse también. En su habitación Eleonor se dirigió a la mesa de tocador y comenzó a quitarse las horquillas con la ayuda de Hettie.

—¿Todo bien, Eleonor?

—Sí, pero me muero de ganas de que llegue lady Queensbury. Realmente no recuerdo el

vestido de mi madre. La última vez que lo vi estaba con ella, pero era pequeña. ¿ Lo has visto alguna vez?

—No, Eleonor, nunca.

—Lo que no sé es qué voy a hacer con los moratones del cuello...

—Encontraremos una solución, Eleonor, ya veréis.

Maggie entró.

—¿Se queda lady Nancy abajo?

—Sí, Maggie. Me alegro de que pase algún tiempo en compañía de su marqués. Con ella y la tía Martha lo hemos arreglado casi todo, y lady Northcliff ha sido absolutamente extraordinaria: me ha aceptado de buen grado, a pesar de la cuestión del rito católico.

—En efecto, lady Northcliff es una revelación. Lástima que no tenga un hombre.

—¿Qué sabes tú de eso, Maggie? —preguntó Hettie en tono de reproche.

—Bueno, sé lo que oigo todos los días en la cocina, nada más. Y todo el mundo dice que se merece un hombre a su lado, pero ella no acepta las insinuaciones de nadie. Por cierto. Hay mucha confusión en la cocina y no me gusta oír hablar de mujeres que dan a luz y de niños que nacen muertos.

—¿Ha nacido muerto? —preguntó Eleonor, dándose la vuelta.

—No, no... Pero, ¿cómo sabéis lo de Marion?—preguntó Maggie.

—El duque lo ha insinuado...

—Ah, sí. Dicen que la mujer pidió su presencia.

—¿Quién es esa Marion? —preguntó Hettie, que no entendía nada de la conversación.

—La mujer de un campesino. Está a punto de dar a luz —explicó Maggie de forma concisa—. Cuentan que el bebé viene mal y que la pobre no puede hacerlo salir...

Eleonor se puso en pie de golpe, mirando fijamente a su criada.

Pero Maggie, que no las miraba, continuó:

—No me gusta oír esas historias de muerte, sobre todo cuando se trata de una criaturita. Si no fuera por eso aún estaría en la cocina intentando atrapar a ese Foster. Es duro de mollera. No entiende que estoy enamorada de él.

—¿Tú? ¿Enamorada? —se burló Hettie, mientras miraba a Eleonor con preocupación y desconfianza.

—¡Hettie! ¡Yo puedo ayudarla! —exclamó Eleonor.

—¿De verdad podéis ayudarme, lady Ellie? —Maggie intervino, desprevenida.

Hettie miró a su ama.

—Lo sé, Eleonor.

—¿Cómo me ayudaréis? —preguntó impertérrita Maggie.

—¡No habla de ti, Maggie! Está pensando en la pobrecilla que va a dar a luz.

—Ah, me parecía extraño. ¡Cuando se trata de hombres, soy bastante hábil!

—¡Tengo que hacer algo! —exclamó de nuevo Eleonor, apretando los puños con gesto desafiante.

—Lo sé, pero... —Hettie la conocía bien y sabía que, de todos modos, su ama haría lo que le viniera en gana. Y después de todo, ¿por qué no iba a hacerlo? Podría salvar a la madre y al bebé —. Vale, vamos a la cocina a hablar con Mrs. Brodie.

Eleonor estaba de acuerdo y las dos bajaron corriendo las escaleras, dejando a Maggie parloteando sobre el marinero de su excelencia, un tal Hugh Foster, que no le tenía el menor aprecio.

En el pasillo se encontraron con Nancy y lady Hereford.

—¿Adónde vas con tanta prisa, Eleonor querida? Llevas el pelo suelto.

—Tía, han llamado al duque a casa de una campesina parturienta que pedido su presencia.

—¿Qué ha pedido su presencia? Es una cosa realmente extraña, Eleonor.

—Tía, escucha. Maggie dice que el bebé corre peligro de nacer muerto.

—*Vas a casa de ella, ¿verdad, Ellie? ¿Para ayudarla? ¿Quieres que vaya contigo?*

—*No, Nan,* gracias. *No creo que deba involucrarte también a ti*.

—Eleonor. Explícame lo que piensas hacer —le pidió Martha, anticipándose a la respuesta obvia.

—Sabes que yo podría ayudarla.

—Lo sé. —La tía parecía ya resignada.

—Me escabulliré por la escalera de servicio y nadie lo sabrá. Tomaré todas las precauciones, tía, para no haceros quedar mal a ti o al duque o a la duquesa. —Eleonor le había cogido la mano, en un gesto instintivo de afecto—. Puedo salvar esa criatura.

Martha suspiró.

—No ir significaría arriesgarse a dejarlo morir, ¿verdad?

—O de dejar morir también a la madre, tía.

—De acuerdo, Eleonor. Ve. Haz todo lo que puedas, cariño, tesoro.

—Te quiero, tía —dijo la joven besándola en la mejilla—. Buenas noches, Nan. —Y también la besó a ella.

Se alejó con Hettie hacia las escaleras, pero Martha la llamó de nuevo.

—Cuando termines, ¿vendrás a saludarme?

—Claro, tía, cuenta con ello.

Llegaron a la cocina procurando no ser vistos, pero por suerte no se encontraron con nadie: la casa parecía desierta y sorprendentemente silenciosa.

Apenas entraron en el ambiente cálido y perfumado de aromas, entendieron por qué. Se encontraron frente a una multitud de criadas y criados, sirvientes, asistentes de cocina, algunas caras desconocidas para Eleonor. Parecía que todo el personal de servicio estaba allí para compartir, con diálogos en voz baja, la inminente tragedia que estaba a punto de caer en el hogar de Marion Dunbar.

Al instante, Ramsay y Agatha Brodie se adelantaron, sorprendidos, mientras los presentes guardaban silencio al unísono.

Hettie avanzó y murmuró:

—Lady Eleonor querría hablar con vos, Mrs. Brodie.

La anciana ama de llaves, aunque impresionada por aquella inusual presencia, se acercó con una sonrisa forzada en los labios.

—Lady Eleonor, ¿cómo puedo ayudaros?

—En realidad, soy yo quien puede seros de ayuda. Es decir, a Marion.

El ama de llaves permaneció inmóvil.

—Me temo que no os entiendo, Lady Eleonor.

—Lady Eleonor sabe qué hay que hacer —intervino Hettie en voz baja—. Sabe de medicina y ha traído al mundo a muchos niños.

Mrs. Brodie, que había escuchado atentamente a la criada, miraba ahora incrédula a su futura ama. Sus maternales ojos celestes revelaban duda e incredulidad.

Todos esperaban con la respiración contenida, conscientes de que algo inusual estaba ocurriendo en Shell Bay Manor.

—Llevadme con esa mujer, Mrs. Brodie, os lo ruego. Sé lo que hay que hacer.

—El duque ha llamado al doctor Boyd, así que no debéis preocuparos.

—Yo sé lo que hay que hacer —contestó Eleonor con firmeza—. Y sé cómo ayudar a un médico en estos casos.

Ramsay, que había permanecido a unos pasos de distancia y obviamente había oído la conversación, dio un paso hacia ellas.

—Agatha, tal vez deberíamos acompañar a Lady Eleonor allí.

—Sí, tal vez deberíamos, Angus.

Ramsay se dio la vuelta y le ordenó a un muchacho que estaba al lado:

—El carruaje, enseguida.

—Tomo vuestra capa, Eleonor, y vuestra bolsa —dijo Hettie, pronunciando su nombre sin darse cuenta.

—Gracias, Hettie. Venid con nosotros, Mrs. Brodie, por favor. — Le daría seguridad la presencia de esa mujer, y también la ayudaría a mantener a raya la posible ira del duque.

—De acuerdo.

Al cabo de unos minutos, Eleonor, Hettie, el ama de llaves y tres jóvenes al servicio del duque salieron de la cocina, entre las miradas atónitas y admiradas de los presentes, en silenciosa procesión. El carruaje, el ducal porque Ramsay sabía que el duque lo exigiría para su futura esposa, esperaba en el patio trasero.

Los tres jóvenes hicieron ademán de acomodarse fuera del vehículo, pero Eleonor no lo permitió.

—¿Por qué vais a resfriaros vosotros tres? Que uno vaya delante y los demás con nosotros.

Por supuesto obedecieron, sintiendo ya el peso del título que iba a pertenecer a lady Eleonor, pero bastante sorprendidas por tanto altruismo, nada propio de damas nobles.

Un momento antes de que se cerrara la portezuela, alguien introdujo una cesta tapada, probablemente llena de comida para la familia de Marion.

—¿Es muy mayor el doctor Boyd? —preguntó Eleonor para hacerse una idea de lo hostil que sería el médico con ella.

—No. Era un joven médico cuando nació lord Roy MacKendrick, y ahora tiene unos cincuenta años.

Eleonor se sintió satisfecha. Tiritaba de frío y por la emoción de lo que estaba a punto de hacer. Siempre le había pasado cuando se preparaba para asistir un parto, y en cualquier momento esperaba sentir náuseas. Para no desentonar frente a los presentes, se concentró en el ruido amortiguado de las ruedas sobre la nieve, cerrando los ojos.

Sin embargo, el vaivén del vehículo no ayudaba en absoluto, y el malestar empeoró. Apoyó la cabeza en el suave respaldo.

Agatha se quedó observando su expresión de sufrimiento con cierta preocupación y, en una muda solicitud de explicaciones, miró a Hettie. Ésta negó con la cabeza, indicándole que no podía explicarlo en ese momento.

—Volverá a nevar. Lo ha dicho Owen —dijo de repente un criado.

—Si Wilson lo ha dicho, así será—replicó otro joven.

—En cuanto lleguemos, os encargáis de los caballos —le ordenó Mrs. Brodie—. Luego os quedaréis a disposición de Lady Eleonor.

—Sí, señora.

A Eleonor se le amargó la boca de hiel, pero tragó, dándose cuenta de que el carruaje iba más despacio.

—Lady Eleonor, ya hemos llegado —dijo mujer que estaba a su lado.

La muchacha abrió los ojos.

En cuanto el carruaje se detuvo, descendió un joven, ajustó el estribo y fue tomando la mano de las mujeres, que se apearon sucesivamente.

Hettie, antes de que bajara el ama de llaves, susurró:

—Le pasa siempre así, malestar y náuseas, antes de ayudar a dar a luz a un bebé. Vaciará el estómago y luego podrá asistir a la mujer.

La explicación horrorizó a Agatha, ya que no podía comprender cómo la joven y futura duquesa sabía de esas cosas, cómo lo había hecho otras veces y cómo todo eso era para ella una especie de rutina. Previó el mal humor del duque y concluyó que había hecho bien en acompañarla.

La casa de los Dunbar estaba bien iluminada por fuera, y la nieve de alrededor emitía el resplandor reflejado de los faroles. Muchas personas permanecían fuera, hablando tristemente y rezando, reunidas en pequeños grupos. Algunas mujeres sostenían objetos sagrados, como cruces o estatuillas.

Eleonor tuvo la impresión de que se trataba de un velatorio y no de la espera de un acontecimiento feliz. Esto la perturbó, y la amargura en su boca aumentó. Sin embargo, le llamó la atención el afecto con que aquellas gentes sencillas compartían las penas de los demás.

Levantó la barbilla y se abrió paso entre aquellas personas que la estudiaban asombradas. Era evidente que la habían reconocido, pues ya sólo se hablaba del duque y de su hermosa prometida, de cabello rubio miel y ojos esmeralda.

—Buenas noches —Eleonor murmuró educadamente, pasando junto a mujeres y hombres, que asintieron con la cabeza y se quitaron el sombrero en señal de respeto.

Mrs. Brodie abrió la puerta, abriéndole paso, y ella entró.

El interior de la casa era cálido y acogedor, y todo estaba limpio y ordenado. Eleonor se sorprendió, quizá porque esperaba una vivienda destartalada y sucia.

—El duque se preocupa mucho por las familias de sus hombres —explicó en voz baja el ama de llaves, adivinando sus pensamientos—. Mr. Dunbar, ésta es lady Eleonor, la prometida del duque.

El hombre, alto y robusto, con ojos oscuros y abiertos por la preocupación, estaba de pie junto a la chimenea y saludó en voz baja.

Otros hombres lo acompañaban, todos con una expresión sombría.

Una mujer, cuyo rostro había oscurecido y arrugado por el trabajo al aire libre, estaba sentada cerca del fuego, sosteniendo en su regazo a un niño de aproximadamente dos años que dormía.

—Su excelencia está arriba —El marido de Marion indicó las escaleras con el pulgar.

Eleonor asintió en agradecimiento y subió corriendo, seguida por Hettie y Agatha. Esta última señaló una puerta y la abrió, haciéndose a un lado para dejar pasar a Eleonor.

La escena que se les presentó no fue nueva para Agatha, quien entró con tranquilidad.

La cama estaba colocada de lado, y la mujer, aunque no parecía sufrir, estaba semirreclinada, con los ojos cerrados y rodeados de sombras oscuras, sosteniendo con ambas manos la oscura y grande mano del duque de Northcliff.

Eleonor se quedó inmóvil. Lo observó, sorprendida y admirada.

La otra mano de Keiran estaba sobre la cabeza sudada de la mujer, acariciando los cabellos castaños recogidos en una trenza. Él tenía los ojos cerrados, con una expresión vagamente dolorida, el aliento apenas agitado, y la frente húmeda. La camisa blanca que llevaba, con las mangas arremangadas hasta el codo, estaba empapada de sudor alrededor del escote, por donde se podía ver el pecho bronceado cubierto de una corta y oscura pelusa.

Estaba muy concentrado, y quizá por eso no abrió los ojos en seguida. Pero cuando lo hizo, Eleonor se sobresaltó, como alcanzada por un rayo.

Keiran abrió mucho la boca y los ojos, atónito al verla. Marion hizo lo mismo por el dolor que le sobrevino inesperadamente.

—Tranquila, tranquila, ahora se pasará —murmuró, inclinándose sobre ella y tratando de concentrarse de nuevo.

Eleonor comprendió que lo había distraído, así que se acercó cautelosamente y le dijo en voz baja:

—Yo puedo ayudarla.

La parturienta la miró.

—Sois la prometida de su excelencia. Os he reconocido por el cabello.

—Yo puedo ayudaros.

Tres mujeres que hasta entonces habían permanecido al margen, se adelantaron, se inclinaron y una habló en nombre de todas ellas.

—No hay necesidad de molestarse, milady. El médico está de camino.

Eleonor intuyó que las tres mujeres nunca aceptarían su intromisión y miró a Mrs. Brodie en busca de ayuda.

—Lady Eleonor, ésta es Lorna Wood, la comadrona —explicó el ama de llaves, señalando a la anciana que había hablado—. Son Christel y Beth, sus nietas. Christel es su ayudante, Beth es la niñera.

—¿Christel? ¿Christel, la prima de Mary Connelly? —preguntó Eleonor, incapaz de contenerse, recordando a la amante de su prometido.

Keiran se abstuvo de contestarle bruscamente para no distraerse.

—¡No deberíais estar aquí! —tronó de repente.

Eleonor le miró, estando de pie a los pies de la cama.

—Yo puedo ayudarla —afirmó con tono de súplica.

—He llamado al doctor Boyd. No quiero que veáis todo esto.

—También puedo ayudarle a él. Y no es la primera vez que veo todo esto —respondió ella, reforzando su pensamiento con un gesto de la mano.

Agatha se acercó al duque, le puso la mano en el hombro y murmuró:

—Complácela. Tal vez deberíais confiar en ella. Tal vez ella pueda ayudar y salvar al niño.

Keiran no pronunció palabra y permaneció mirándola durante unos segundos con una mirada severa y amenazadora. Sabía que ella no podría resistirse a aquellos ojos verdes, y mucho menos a aquel aire implorante.

—Os lo ruego, confiad en mí. Quizá pueda salvar al bebé. Dejadme intentarlo.

Inesperadamente el duque accedió, y mirando a las tres mujeres dijo:

—Contádselo todo.

Lorna Wood se adelantó, incapaz de desobedecer al duque, y dijo de mala gana:

—No se puede hacer nada. El niño no pasa porque viene con los pies, o mejor dicho, con un pie. Y no consigo coger el otro.

Eleonor tuvo otra arcada. Decidió que debía vaciar el estómago antes de empezar.

—¿Puedo mirar? —preguntó educadamente.

Lorna miró al duque, pero él se limitó a mirar a lady Eleonor, viendo cómo palidecía.

—Haced lo que debáis. Si no estáis enferma —murmuró en tono irónico.

La joven no hizo caso, pues no esperaba más que su consentimiento.

—¡Hettie! Agua caliente para las manos y paños limpios para mí. Mi bolsa a mi lado. —Al ver

que Lorna señalaba una palangana llena de agua, añadió—: No, esa no. Lo quiero limpia, recién hervida. Mrs. Brodie, Hettie sabe lo que quiero. Me ausentaré un momento mientras se prepara.

Keiran la vio, palidísima, salir a toda prisa, y la oyó bajar las escaleras a una velocidad vertiginosa. Se preocupó, sin comprender, y al ver que las mujeres lo observaban, esperando que lo desaprobara, dijo:

—¿Qué hacéis vosotras tres? Obedeced a lady Eleonor.

—Excelencia... —se lamentó Marion—. Tengo miedo... no puedo más...

—Aguanta un poco más, Marion. Estoy aquí contigo, y estoy seguro de que lady Eleonor podrá ayudarte. —La tranquilizó con unos ojos increíblemente dulces.

Ella se armó de valor, concentrándose al máximo en aprovechar el tipo de consuelo que el hombre le infundía con sus manos.

Eleonor salió de la casa, dejando la puerta abierta, y se lanzó hacia la nieve, entre los atónitos espectadores. Vomitó la cena, y algunas mujeres se apresuraron a sostenerla, peinando hacia un lado su hermosa cabellera para que no se ensuciara.

—No es lugar para una joven respetable como vos. Os llevaremos a casa.

—No. Ahora estoy bien, gracias —respondió ella, levantándose. Cogió un puñado de nieve limpia y se lo llevó a la boca para enjuagarse. Lo hizo de nuevo, mientras las mujeres se miraban asombradas de la practicidad con que la joven noble abordaba el asunto.

—¿Estáis segura? A lo mejor el duque...

—Estoy bien, gracias. Es sólo que cada vez que atiendo un parto siento que se me revuelve el estómago con la emoción de lo que estoy a punto de hacer. Luego se pasa. —Eleonor sonrió, sintiéndose mejor. Volvió al interior de la casa, dejando boquiabiertos a los presentes.

—¿Qué ha dicho esa chiquilla? —preguntó un anciano de barba blanca y desaliñada.

—Que cada vez que tiene que asistir a un parto le sucede lo mismo. ¿Qué es, un médico?

—¿Es un médico? —preguntó el anciano, que evidentemente no oía bien.

—¡No lo sé! Pero ha dicho que no es la primera vez.

—Sí, yo también lo he oído —murmuró otra.

—Si no es la primera vez —intervino de nuevo el anciano sordo—, ¿por qué le entran ganas de vomitar?

—Ha dicho que el estómago se le revuelve cuando asiste al nacimiento de un niño —explicó la mujer con un tono de voz bastante alto.

—Desde luego que tendrá que subir si va a asistir el parto. ¿O Calum la ha puesto abajo en la habitación de la anciana?

—¡Que no! Yo he dicho...

—Entonces, ¡para qué tantas palabras! ¡Los jóvenes no hacéis más que complicarlo todo!

Eleonor se apresuró a subir las escaleras y entró en la habitación. Miró a su alrededor: todo estaba listo.

—¿Estáis bien? —le preguntó lord Northcliff.

—Sí, sí, ahora sí.

—Debería mandaros de vuelta a casa.

—No, no deberíais.

—Recogedle el cabello —ordenó Keiran bruscamente.

Hettie se acercó y le recogió el peinado en una trenza.

—¿Qué quiere decir «ahora sí»? ¿Qué habéis hecho ahí abajo? —le preguntó él en voz baja.

Eleonor fingió que no hacía caso a la pregunta, pero él tenía el ceño tan fruncido que a ella le dio miedo. Se acercó a él y murmuró:

—Tengo que vaciar el estómago... cada vez que hago esto. —Había señalado a la mujer tumbada, mientras le colocaba una tela a modo de delantal alrededor del cuerpo.

Keiran se quedó observándola, meditando sus palabras, mientras miraba preocupado a la mujer de la cama.

—Marion, ¿tenéis calor? —le preguntó amablemente.

—Mucho...

Eleonor se acercó a la cama y destapó a la mujer, dejando sólo una sábana que la cubría desde el torso hasta las rodillas.

—Abrid una ventana. Marion, levanta las rodillas, eso es. Voy a revisar a tu bebé, ¿de acuerdo? ¡He dicho que abráis la ventana! Sujetadla, lord Northcliff, por favor, para que no sienta.

A partir de entonces, Keiran estudió cada uno de sus movimientos, mientras se concentraba en no lastimar a la mujer.

Eleonor sumergió las manos en el agua hirviendo, retorciendo la boca por el calor.

—¿Demasiado caliente? —preguntó Hettie.

—No, tiene que estar así.

Lorna Wood se acercó para controlarla, molesta por la intromisión de aquella lady.

Eleonor miró entre las piernas de Marion. Estaba muy dilatada, pero no lo suficiente, y ya se vislumbraba un pequeño pie del feto. Introdujo primero los dedos, ayudándose con la otra mano para aumentar un poco la abertura.

—¿Te hago daño, Marion?

—No...

Eleonor introdujo la mano, pero el otro piececito del bebé no estaba allí. Un violento empujón hizo gemir a la mujer.

—¡No empujes! —gritó Eleonor.

Keiran la miró incrédulo ante lo que estaba ocurriendo.

—¡Y vos no me miréis así! ¡Yo no me maravillé del poder de vuestras manos! ¿O sois de los que creen que las mujeres no pueden ser médico?

Él entornó los ojos, pero no dijo nada.

Eleonor deslizó su mano más adentro, haciéndola desaparecer hasta la muñeca.

—¿Qué estáis haciendo? ¡La vais a destrozar! —chilló Lorna.

—¡Silencio! —respondió Eleonor con una determinación que impresionó a todos.

Agatha observaba asombrada, mientras Hettie se apartaba porque nunca había podido ver a una mujer expulsar a su bebé.

—¡Está sangrando! —gritó otra vez Lorna, mirando alternativamente a Eleonor y al duque.

—¡Silencio! Marion, ¿te hago daño?

—Un poco pero puedo aguantarlo —gimió la mujer.

—¡No le soltéis las manos, por el amor de Dios! ¡Encontraré el otro pie! ¿Me habéis entendido?

Keiran se concentró en ayudar a Marion.

Eleonor hurgó en el interior de la mujer, con delicadeza, palpando la rodilla del bebé, el muslo, el culito y...

—¡Aquí está! ¡Aquí está, Marion quieta! —Eleonor tiró suavemente de su otro piececito, uniéndolo al que ahora estaba fuera—. ¡Ahora empuja! ¡Empuja fuerte, Marion!

La mujer obedeció, pero las fuerzas la habían abandonado.

—No... puedo... —se lamentó Marion desesperada.

—¡Cuánto tiempo lleva de parto, joder! ¿Desde cuándo sabéis que el bebé venía de pie? —preguntó Eleonor con rabia mirando a Lorna.

La comadrona no pudo responder, demasiado confusa por lo que había visto.

—¡Ayudadla a empujar! —le ordenó Eleonor a Keiran.

—¿Cómo?

—¡Y yo qué sé! ¡Ordenad a vuestras manos que la empujen! —Eleonor decidió que ya no podía esperar más—. No, eso no sirve. Si no lo saco ahora, ¡tendré que abrirle el vientre!

Ante esa frase Keiran se dio cuenta de que su hermosa prometida sabía hacer cosas impensables.

—Eleonor —Él había pronunciado su nombre por primera vez de manera informal—. Decidme qué debo hacer.

Eleonor lo miró.

—Soltadle las manos.

—Sufrirá.

—¡Debemos salvar al bebé!

Él soltó las manos de la mujer y Marion dejó escapar un gemido, apretando los dientes.

—Empujad su vientre, hacia abajo, con fuerza pero sin tirones, lentamente. —Ella se puso a su lado y, sin preocuparse por sus manos manchadas de sangre, empezó a hacer fuerza sobre el abdomen hinchado de Marion, utilizando las manos y los antebrazos, dejando marcas moradas en la sábana.

Keiran alargó las manos, poniéndose en pie, y Eleonor se las cogió sin miramientos, para guiarle, mostrándole cómo hacerlo.

Él la miró a los ojos e hizo lo que ella le indicaba.

—Vale, vale, así —dijo Eleonor volviendo a los pies de Marion—. Ahora meto la mano y lo cojo.

En ese momento entró el doctor Boyd.

Al instante, Lorna dio un paso adelante, molesta, esperando encontrar en él un cómplice.

Pero el doctor levantó la mano para silenciarla.

—¿No puede empujar? —preguntó, intuyendo por qué el duque presionaba el abdomen de la parturienta.

Eleonor le miró, comprendiendo quién era.

—Tengo que sacarlo, ahora. Ni siquiera sé si todavía está...

El doctor tiró la bolsa al suelo y se dirigió a ayudar a Keiran.

—¡La cabeza está aquí!

—¡Exacto! —respondió Eleonor mirándole fijamente a los ojos oscuros.

—Vale, os digo cuando hay que tirar —El doctor Boyd colocó sus manos en forma de cuenco sobre la protuberancia que debía ser la cabeza y, con delicadeza, empujó hacia abajo—. ¡Ahora!

Eleonor tiró de sus piececitos, pero temía hacerle daño al bebé. Marion gritó.

—No, le hago daño, esperad. —Deslizó la mano más adentro y agarró las piernas del pequeño.

El doctor se quedó mirándola, sin encontrar nada que replicar.

— Agarradlo bien. Mejor un moratón que dejarlo morir.

Eleonor exclamó:

—Estoy lista.

El médico se preparó y le dio a Keiran:

—Las manos, tomadle las manos.

Keiran obedeció. Marion lo miró, con los ojos llenos de lágrimas y terror.

—No tengas miedo, Marion. Yo te ayudaré. — Él le contenía de las manos a pesar de que las suyas estaban manchadas de sangre. En cuanto Marion cerró los ojos, Keiran miró fijamente a Eleonor, sin perderse ni un solo movimiento de la chica.

—¡Ahora! ¡Sacadlo! —dijo el doctor entre dientes, emitiendo un sonido que representaba todo el esfuerzo que puso en empujar el vientre de la mujer.

Eleonor sacó al bebé sujetándole firmemente las piernas, mientras Lorna se colocaba a su lado, pronta a ayudar.

El bebé estaba morado e inerte, cubierto del líquido oscuro en el que se estaba ahogando. No daba señales de vida y Eleonor lo sostuvo entre sus manos, inclinándolo hacia abajo, con la esperanza de sacarle de la boca la baba verdosa que probablemente había tragado. Le dio unas palmaditas en el culito, pero el recién nacido no respiraba.

—Doctor, no respira, tiene la garganta obstruida —dijo desesperada.

—Seguid sosteniéndolo boca abajo y golpead suavemente en la espalda, así. Lorna, corta el cordón.

La mujer obedeció.

Eleonor oyó una respiración ahogada por el líquido e insistió en su maniobra. El bebé apenas gemía, luego, cada vez un poco más. La muchacha empezó a jadear de emoción y a llorar sin darse cuenta. Instintivamente buscó los ojos del duque.

Keiran la miró con admiración y orgullo e, inusualmente, sonrió abiertamente.

—¡Yo me encargo! —murmuró Beth, que se adelantó rápidamente y empezó a limpiar la boca del pequeño, utilizando unos paños blancos—. ¡Habéis estado fantástica, milady! —dijo la joven, cogiendo al bebé de las manos de Eleonor.

El doctor la miró con gran consideración.

—No habéis terminado, lady Eleonor —dijo, señalando entre las piernas de Marion.

—Tal vez os gustaría hacerlo a vos. Pero, ¿cómo sabes quién soy?

—No. Lo terminaréis vos. Os he reconocido por el cabello.

Hettie limpió la cara de su ama, regalándole una sonrisa orgullosa.

—Ahora os traigo los útiles para coser. — La chica cogió una cajita donde Eleonor guardaba agujas e hilo y se la entregó. Luego colocó una manta en el suelo, a los pies de la cama, y Eleonor se arrodilló sobre ella.

—Beth, llevadle el bebé a Marion, por favor.

—No, Lady Eleonor —dijo el doctor Boyd—. Se ha desmayado igualmente. Cosedla rápido. Lord Northcliff podéis dejarla ahora.

Keiran miró al doctor en busca de una explicación, pero ya estaba auscultando el pecho de la mujer.

—Está muy cansada. Christel, limpiad bien las manos de Marion.

Eleonor se había aislado de todo y cosía con método y precisión, una expresión de concentración en el rostro, la frente empapada de sudor donde se le habían pegado unos mechones de pelo.

Esto es lo que veía Keiran: una mujer hermosa, de buena familia, sumida en tareas que parecían ajenas a su condición, pero que ejecutaba con una maestría sorprendente. Estaba asombrado, pues aunque la había tocado varias veces, nunca había visto en ella nada de la competencia que estaba revelando. Supuso que tal vez para ella eran cosas tan habituales que ya no formaban parte de las emociones y sensaciones que la mente presentaba como extraordinarias, y por eso no podía verlas.

Agatha se había mantenido distante, pero lo había observado todo, cada movimiento y cada

mirada. Especialmente las que se cruzaban el duque y lady Eleonor. Agatha era consciente de que la futura duquesa sería la mujer que cambiaría la vida de Keiran.

Incluso el doctor miraba a la muchacha con estima, con una sonrisa casi incrédula en el rostro, siguiendo cada minucioso movimiento de sus manos manchadas de sangre.

—Tenéis una mano firme. Y coséis como si estuvierais bordando.

—No sé bordar. Soy un desastre con esas cosas.

El doctor rio.

—¿Cómo lo habéis aprendido?

—Siento una incómoda curiosidad —respondió, cortando el hilo y empezando a limpiar a la mujer de la sangre—. Cuando los libros de nuestro médico ya no me bastaron, empecé a poner en práctica lo que esos libros me habían enseñado. Evidentemente, con la ayuda del doctor Phillips.

Keiran se había apartado y, tras lavarse bien las manos en una palangana con agua limpia, se había acercado a la ventana abierta para respirar.

—Lorna, ¿acabáis vos aquí?

—Sí, doctor. Siento no haber podido encontrar el pie del niño.

El hombre no entendió, porque había llegado más tarde.

—Lorna, yo tengo la mano más pequeña. Ésa es la única razón por la que lo he conseguido —dijo Eleonor para no culpar a la anciana comadrona.

Lorna la miró, indecisa entre sentir rencor o gratitud.

Agatha intervino.

—Bajad, lady Eleonor. Estáis exhausta. Hettie y yo os echaremos una mano aquí.

Eleonor miró a su alrededor, confusa.

Keiran se adelantó, cogiéndola del brazo.

—Vámonos.

Ella levantó la vista y se dio cuenta de que la cara del duque reflejaba dolor y cansancio.

—Os encontráis mal...

—No. Sólo estoy agotado —respondió mientras salían de la habitación, con el doctor detrás.

Mr. Dunbar caminó hacia ellos, con el miedo en sus ojos.

—Es un varón, ahora está bien —dijo Eleonor tranquilizándole.

El hombre lanzó un grito ahogado.

—¿Y Marion?

—Exhausta. Necesita descansar —respondió el doctor con determinación—. Buscaos una nodriza para que os ayude. Tal vez Beth. Al menos los primeros días.

—Gracias, doctor, gracias por todo.

—No me lo agradezcas a mí, Calum. Lo ha hecho todo Lady Eleonor.

El hombre miró primero al médico y luego a la mujer, que seguía envuelta en aquella tela manchada de sangre, incrédulo.

—Id a ver al bebé —le sugirió Eleonor.

Mr. Dunbar se alejó mirándola, sin entender muy bien cómo había sucedido que la futura duquesa hubiera asistido al parto de su bebé, al que todo el mundo había dado ya por perdido.

—Venid al lavabo —ordenó el duque sujetándola de un brazo—. Vosotros, llevad esa cazuela de agua caliente.

Los hombres presentes obedecieron, mientras la vieja lloraba en silencio, aún abrazada al niño dormido.

El duque cogió una palangana y la llenó de agua.

—Lavaos.

Eleonor empezó por manos y brazos, pero estaba demasiado sucia.

Keiran tuvo que cambiar el agua en repetidas ocasiones, pasando la palangana a los campesinos que esperaban fuera a que se vaciara.

—Tenéis sangre en la cara —le dijo en un susurro. La vio agacharse para enjuagarse la cara. Le tendió un trozo de tela que encontró a su lado para que se secara.

—Daos la vuelta —le ordenó. Keiran desató la sábana que le había servido de delantal y la dejó en el suelo, en un rincón.

Luego Eleonor se sentó a la mesa, donde un hombre le sirvió agua, que ella bebió con avidez. Al duque y al doctor les sirvieron un líquido amarillo oscuro, que Eleonor identificó como *scotch*. No quería llamar la atención más de lo que ya lo había hecho, así que no pidió nada, pero le apetecía beber un trago.

—Me gustaría saber qué ha pasado, lady Eleonor —dijo el médico mientras él también se lavaba las manos.

—Yo os lo diré —dijo Keiran con firmeza. Era consciente de que Lorna Wood podía rebatir el relato de Eleonor, pero no el suyo.

El doctor se sentó y escuchó atentamente las palabras del duque mientras ambos daban sorbos a su licor.

Eleonor, aprovechando que el hombre estaba absorto en la historia, alargó la mano y cogió despreocupadamente el vaso que Keiran tenía delante y dio un gran trago.

Obviamente, él se dio cuenta, pero fingió no hacerlo, sintiendo un placer casi físico al verla beber de su vaso, un gesto íntimo y en cierto modo gratificante.

Ella volvió a poner el vaso en su sitio y bebió lentamente el contenido de su boca, sorbiéndolo, para no ahogarse. Ahora se sentía mejor. Escuchaba el relato, dándose cuenta de que al duque no se le había escapado nada de lo sucedido arriba. Cuando él terminó, el silencio envolvió la habitación.

Entonces ella se puso en pie, apiadándose del esfuerzo que hacía la anciana para sostener al bebé.

—Dejádmelo a mí. Por un ratito.

La mujer se lo entregó y Eleonor cogió al pequeño.

—Ahora Marion se encuentra bien y el bebé goza de buena salud. Quizá podríais tumbaros un poco, tal vez con el bebé cerca, para poder ver cómo está.

La anciana la miró, aún sentada en su silla, con los ojos brillantes de lágrimas y cansada. Luego accedió inesperadamente, se levantó y se dirigió hacia una puerta, después de haber cogido una vela de un viejo armario que había junto a la chimenea.

Eleonor la siguió.

El cuartito en el que entraron era pequeño y estaba ordenado, el aroma a lavanda seca llenaba delicadamente el aire.

Eleonor depositó con delicadeza el cuerpo del pequeño sobre la cama.

—Yo soy la abuela de Marion. Mi hija murió al darle a luz. Pensaba que iba a volver a ocurrir. —Su voz era un susurro, pero segura y comprensible. Tal vez desease justificar su estado de ánimo y su aprensión.

—Os comprendo. Estabais muy preocupado. Pero ahora podéis descansar tranquilos.

La anciana asintió y se tumbó al lado del niño, el primogénito de Marion.

Eleonor los cubrió a ambos y cerró suavemente la puerta. Volvió a sentarse a la mesa mientras todos la miraban, incluso Mrs. Brodie y Hettie, que habían bajado y estaban junto a la escalera.

—Lorna siempre ha sido reacia a maniobrar en el vientre de una mujer que da a luz —dijo el doctor mirándola fijamente a los ojos.

—Quizás porque nunca lo haya visto hacer —probó Eleonor a justificarla.

El hombre miró a Keiran, cuyo rostro estaba forzosamente impasible, y ella se dio cuenta.

—No, no es la primera vez, lady Eleonor. Tal vez algún día tengamos la oportunidad de hablar de ello. ¿Doctor Phillips, habéis dicho?

—Sí, en Ashford.

Lawrence Boyd se levantó y, dándoles las buenas noches, salió sin decir nada más.

—Agatha, podemos irnos. Estos hombres os acompañarán al carruaje —ordenó Keiran. A esa orden los campesinos se pusieron en marcha. Y en voz muy baja le dijo a Eleonor—: Permaneced sentada. — En cuestión de segundos la sala se vació.

Eleonor se quedó inmóvil sin comprender.

Keiran empujó su vaso, en el que aún quedaba un dedo de scotch, sobre la superficie de la mesa hasta situarlo frente a ella.

—Bebéoslo. Lo necesitáis.

Ella aceptó, bebió un trago y volvió a poner el vaso delante de él.

Keiran lo cogió y se terminó su contenido.

—No lo hagáis nunca más.

—No entiendo...

—No quiero que bebáis alcohol delante de otros o sin mí. Sólo lo haréis cuando estéis a solas conmigo. —Se levantó y mirándola, le entregó su capa—. ¿Nos vamos?

En cuanto cruzaron el umbral, las mujeres se adelantaron, agradeciendo y bendiciendo ahora a ella, ahora al duque.

El carruaje los esperaba, y el caballo negro de Keiran piafaba en el suelo, al haber olfateado a su amo.

—¿Tenéis frío? —preguntó Keiran.

—No, más bien al contrario.

—Entonces volveréis a caballo conmigo. ¡Agatha, marchaos!

El carruaje partió.

Keiran cogió a Eleonor por la cintura y la subió a Darken sin darle tiempo a pensárselo dos veces. Montó detrás de ella y dijo a los presentes:

—Decidle a Calum que me pasaré mañana. —Giró su caballo y se encaminó al paso.

—Todavía estoy sudando, disculpadme —dijo Eleonor preocupada por desprender un mal olor.

—Seguís oliendo muy bien, sobre todo el cabello. Si queríais un cumplido, lo habéis conseguido. Si buscabais una forma educada de decir que apesto, que sepáis que estoy de acuerdo con vos.

—¡No! Yo no pretendía decir eso... ¡y no es cierto que apestéis!

—Embustera.

—Os juro que aún se nota vuestra colonia, al fin y al cabo seguro que os bañáis todos los días y...

—¿Cuántas veces lo habéis hecho?

—¿Hoy? Sólo una, antes de cenar.

—Pero ¿de qué demonios estáis hablando?

—¿No queríais saber cuántos baños me había dado?

Keiran suspiró exasperado.

—¡Cuántas veces habéis asistido al parto de una mujer!

—¡Ah! Bueno, éste es el décimo octavo parto al que asisto. De los cuales cuatro partos de nalgas y dos con cirugía.

—¿Abriendo el vientre?

—Sí. Esto no debería sorprenderos. Habéis viajado a Oriente, donde los pueblos musulmanes practican a menudo este tipo de intervenciones.

—De hecho, no me sorprende: una vez vi cómo lo hacía un médico en la morada de una familia turca. Lo sorprendente es que sea una mujer, una chiquilla como vos, de sangre noble, de buena familia, quien lo haga.

—¡No soy una chiquilla! ¡Y además, lo importante no es quién salva a la gente y cómo lo hace, sino que simplemente lo hace y punto!

—Estoy totalmente de acuerdo.

—No entiendo entonces por qué estamos discutiendo.

—¿Estamos discutiendo?

—Oh... ¡sois insoportable!

—Os lo había dicho.

Eleonor guardó silencio, removiéndose inquieta en la silla de montar. Se sentía incómoda con las piernas hacia un lado.

—¿Habéis asistido? —preguntó luego siguiendo su razonamiento.

—¿A qué?

—A ese parto... el del médico turco.

—Sí.

Eleonor esperó a que él se lo explicara, siguió moviéndose para encontrar una posición más cómoda, pero Keiran no habló.

—¿Entonces? ¿Me lo vais a contar?

—¿Qué queréis saber? Estoy seguro de que conocéis la práctica.

—Sí, pero ¿dónde hizo el corte?

— Desde el ombligo hacia abajo.

—¿Por qué? ¿El niño se presentaba de pie?

—No, pero no salía.

—¿Era grande?

—No, pero no salía.

—Yo prefiero ayudar a la dilatación con las manos. Si se rompe, lo coso.

—No habléis de estas cosas con nadie que no sea yo. No es normal que abordéis ciertos temas.

—Lo sé... Lo siento, yo... soy así, pero nunca desearía... haceros quedar mal, creedme.

Keiran apreció aquella sincera confesión, y tal vez por ello se sintiese impulsado a hacerle una pequeña concesión.

—Podéis montar a horcajadas si creéis que estaréis más cómoda

Eleonor suspiró aliviada y pasó una pierna al otro lado del caballo.

—Obviamente, hacedlo solo...

—«... ¡solo si yo estoy presente!» —se burló instintivamente, tratando de imitar su voz. Al instante se arrepintió y se llevó la mano a la boca. Se giró despacio para mirarle, temerosa de lo que iba a ver.

El duque la miraba intensamente desde debajo de sus negras pestañas, y ella podía ver el azul oscuro de sus ojos incluso en la oscuridad.

—Bromeaba, no quería ofenderos.

—La sociedad desaprueba a las mujeres que adquieren actitudes desvergonzadas e inadecuadas. A mí me importa un bledo. Pero no tolero que otros hombres fantaseen con vos porque montáis a caballo así.

—¿Fantaseen?

—Fantaseen. Estoy seguro de que lo entendéis, considerando los libros que os gustan.

—Sois insoportable...

—Ya os lo había dicho. Pero ahora es demasiado tarde para cambiar de opinión —dijo él como si quisiera dejar claro que no la dejaría marchar.

La joven lo entendió mal, asustada: el duque podría efectivamente cambiar de opinión y ella se quedaría sola y perdida, a merced de su primo.

Jadeaba cada vez más y se giró hacia él, a pocos centímetros de su rostro. Le tomó un extremo de la capa y, tirando con fuerza, exclamó:

—¡Os lo suplico, no cambiéis de opinión! Juro que no hablaré más así, ya no diré que sois insoportable. Seré dócil y obediente, ¿de acuerdo?

Keiran se ablandó ante aquellas palabras y la expresión preocupada de la muchacha le disgustó: ella no confiaba en sus palabras y pensaba que la abandonaría a su suerte.

—Quería decir que era demasiado tarde para que cambiarais vos de opinión, porque no os lo iba a permitir —le aclaró él—. Además, lady Eleonor, siempre cumplo mi palabra: dije que me casaría con vos y lo haré.

Ella no se movió, siguió mirándole fijamente, como si no le creyera del todo.

—Me ofendéis, porque al dudar de la palabra que os he dado, dais a entender que no soy un hombre de honor.

Eleonor contuvo la respiración, comprendiendo que su actitud lo estaba hiriendo profundamente. Se sintió culpable y quería disculparse, pero las lágrimas le cubrieron ojos y garganta, impidiéndole hablar.

En la desesperación de ese momento, soltó el extremo de la tela, en un solo movimiento volvió a colocar la pierna al lado de la otra y, con ambos brazos, rodeó a Keiran en un abrazo espontáneo pero torpe. Lo apretaba con fuerza, dejando que las lágrimas cayeran libres y silenciosas.

Keiran las sintió, las percibió gracias a aquel contacto, intuyó las palabras que ella quería decir a modo de disculpa, sintió su preocupación por haberle hecho daño y su miedo a ser abandonada.

Sujetó las riendas con una mano y llevó la otra a su cabeza. La acarició suavemente, jugando con los dedos en su melena, haciendo que se calmara. Sintió su cuerpo pegado a él y no pudo evitar sentir una fuerte excitación que partía de sus riñones y llegaba hasta su entrepierna. Echó un poco la cadera hacia atrás para no arriesgarse a que ella tocara su miembro en tensión.

Pero ahora Eleonor estaba relajada, tan cerca de él. El entumecimiento y el cansancio se apoderaron de ella, en parte gracias al movimiento rítmico de los suaves andares de Darken y al relajante y amortiguado sonido de sus cascos sobre la nieve.

Keiran intentaba controlar sus reacciones, pero la chica le llevaba a emociones que ahora manejaba con dificultad. En un momento de debilidad, la abrazó con ambos brazos y, una vez que la tuvo cerca, ya no pudo soltarla. Y su entrega le gratificaba hasta un punto que nunca antes había sentido.

Eleonor sintió un escalofrío, pero no sabía si era por el contacto con él o por el frío.

Keiran la dejó por unos instantes, abrió su capa y la cubrió completamente con ella, abrazándola de nuevo.

—¿Mejor?

Eleonor asintió sin retirar la cabeza de él.

—No quiero ser grosera, pero si pudierais prometerme una vez más que os desposaréis conmigo... yo dormiría más en paz.

—Sois una peste.

Al oír esas palabras, ella lo abrazó con más fuerza, como si temiera estar sin él.

Keiran le levantó la cara, obligándola a mirarle. Sus ojos verdes brillaban y estaban cansados, y estaba bellísima.

—Os juro que me desposaré con vos y que nada ni nadie me hará cambiar de parecer.

Se quedaron contemplándose un momento.

Eleonor apenas sonrió, agradecida por la promesa, y Keiran le preguntó:

—¿Así estáis mejor?

Ella asintió, avergonzada por haberle obligado a hacerlo. No apartó los ojos de los suyos, ni siquiera cuando él se inclinó para besarla suavemente en los labios. Fue un momento, un segundo, pero una vibración los sorprendió a ambos.

Keiran intuyó que no debía hacerlo más o correría el riesgo de perder el control. Así que empujó la cabeza de Eleonor hacia su pecho y la abrazó con fuerza, como para impedir que se moviera.

Ella le siguió la corriente y se desplomó sobre él.

Darken iba a paso ligero, faltaba poco para llegar al castillo. Algo despertó el nerviosismo del animal y la atención de su amo.

Keiran sujetó las riendas con fuerza, agudizando los sentidos.

Un olor acre... a humo.

Gritos lejanos.

Clavó los talones en el semental, llevándolo al trote.

Eleonor levantó la cabeza y reconoció preocupación en los ojos del hombre.

—¿Qué pasa?

Pero él no respondió.

—Huele... ¡a humo! —exclamó ella.

—Sí. A caballo, ya.

Eleonor obedeció y en cuanto estuvo lista espoleó el caballo al galope. La capa del duque se abrió, pero él no se percató, pues con los ojos ya estaba oteando más allá de los árboles en la dirección desde la que debía aparecer el castillo. Y allí estaba, magnífico e imponente, una mancha oscura en medio de la blancura nocturna de la nieve, excepto por aquella ventana de la que salía un brillante color naranja intenso por las llamas que hacían surgir amplios remolinos de humo oscuro.

—Oh Dios mío... —exclamó Eleonor.

Keiran espoleó a Darken con más fuerza y llegaron frente a Shell Bay Manor.

Willie, el ayudante del caballerizo, tomó las riendas mientras el hombre saltaba del caballo, gritando al caballerizo que se acercaba:

—¡Tremaine! ¡Ayuda a lady Eleonor! —No se había dado cuenta de que Eleonor había bajado del semental justo después de él y ya corría, siguiéndole, subiéndose la falda con una mano.

Se dirigieron hacia el lado este del castillo y, sobre ellos, la ventana de color naranja iluminó la noche.

Eleonor se dio cuenta enseguida de que era la habitación que compartía con Nan.

—¡Son nuestros aposentos! ¡Nuestro dormitorio! ¡Nancy! —Corrió a toda velocidad hacia la parte trasera de la casa antes de que el duque pudiese detenerla. Entró en la cocina vacía y, presa

de un pánico enloquecido, subió corriendo las escaleras.

—¡Quieta! —Keiran gritaba y, mientras tanto, se daba cuenta de que la casa parecía desierta: debían de estar todos arriba—. ¡Deteneos!

Pero Eleonor no escuchaba: con los ojos desorbitados por el miedo a lo que se iba a encontrar y el aliento cada vez más entrecortado, siguió subiendo los peldaños de dos en dos.

Obviamente Keiran era más rápido y con sus larguísimas piernas la alcanzó a mitad de la escalera, cogiéndola del brazo.

Ella lo miró sorprendida y fascinada.

—Detrás de mí —le ordenó simplemente y luego la adelantó.

En la primera planta encontraron nerviosismo y pánico. Todos intentaban hablar, explicarse y Ben intentaba abrir la puerta de la habitación de Eleonor y Nancy.

Keiran dio un grito.

—¡Silencio!

Todos callaron. Y en ese silencio se oyó la voz de Martha desde detrás de la puerta de su habitación.

—¿Me oís? No puedo abrir... ¡Contestadme!

—¡Lady Hereford! ¡Ahora abrimos! ¡Apartaos! —respondió el duque con prontitud. Rápidamente miró a su alrededor.

Su madre vestida con una bata, Agatha y Hettie que acababan de regresar, Ramsay y Ben intentando abrir la puerta de la habitación donde probablemente se encontraba lady Nancy, Roy y Daniel que habían llegado en ese instante.

—¿Lady Nancy está dentro? —le preguntó a Ramsay.

—Acabamos de llegar, excelencia, pero si está ahí, no puede oír...

—¡Nancy! —gritó Daniel desesperado acercándose a la puerta—. ¡Voy a derribar la puerta, Blake!

Keiran accedió.

—A la de tres. ¡Uno... dos... tres! —Los dos hombres se lanzaron contra la puerta, pero ésta no cedió.

—¡Está caliente! ¡Demasiado caliente! —afirmó Keiran—. Si la abrimos nos arriesgamos a que nos sorprenda el fuego.

Daniel abrió los ojos.

—¡Desde la habitación de tía Martha! —gritó Eleonor.

—¡Sí! ¡Son habitaciones comunicadas! —confirmó la duquesa. Ella también estaba aterrada, pero era capaz de manejar la emoción, aunque sus agitados ojos azules la delataban.

Daniel se abrió paso entre la multitud, seguido por Keiran.

—Lady Hereford acaba de pedir ayuda para salir: está encerrada —explicó el duque, insinuando a su amigo que había algo poco claro y muy grave.

A la de tres, Blake, pero con una patada.

—Lady Hereford, apartaos. Ahora abrimos —gritó Keiran.

—Uno...dos...

—¡Aquí está la llave! —gritó Eleonor.

Keiran y Daniel se vieron alcanzados por la chica, que giró la llave y abrió la puerta.

—¡Tía! ¡Tía Martha!

Entraron.

Martha estaba de pie apoyada contra la pared lateral, con los ojos muy abiertos a causa del terror, mirando fijamente la puerta que comunicaba con la otra habitación; se tapaba la boca y la

nariz con un pañuelo para no respirar el humo que ya entraba por debajo de esa puerta. A su lado estaba Nancy, con un pañuelo sobre la nariz y la boca para protegerse del aire irrespirable.

Eleonor corrió a abrazarlas a las dos.

Daniel no pudo resistir el impulso de dar un paso adelante. Observó a Nancy mientras abrazaba a Eleonor y esperó a que su prima la soltara. En cuanto Nancy se soltó, la atrajo hacia sí y la abrazó.

—¡Ben! Cubos de agua. Organiza una cadena —ordenó el duque—. Lady Eleonor, sácalas al aire libre. Necesitan aire. —Él comenzó a toser y también lo hicieron Daniel, Eleonor y Roy, que había entrado con ellos.

Eleonor condujo a Martha y Nancy al exterior, la duquesa las acompañó escaleras abajo seguida de Mrs. Brodie.

Los Wiltshire y lord Portland, despertados por la conmoción, bajaron de la segunda planta y, al enterarse de lo ocurrido, se pusieron manos a la obra. Lady Wiltshire y lady Alice bajaron con las demás mujeres.

Todos los hombres del castillo estaban ocupados apagando el fuego en aquella habitación y notaron la ausencia de los Bath.

Keiran y Daniel se susurraban preguntas y respuestas sobre el extraño hecho de la llave: Lady Hereford había sido encerrada en su habitación desde el exterior.

Cuando Bath se presentó, las llamas estaban casi apagadas, y ni el duque ni los demás les prestaron atención, demasiado enfrascados en su trabajo. Mientras Roy daba órdenes a los sirvientes presentes, lord Bath se acercó a él, obteniendo una rápida explicación del hecho.

—¡Oh pobres muchachas! —explotó el conde, llevándose una mano a la cabeza.

Roy frunció el ceño, intuyendo que Bath daba a Eleonor y Nancy por muertas en el incendio.

Keiran, que había estado observando desde la distancia, siguió pasando cubos; la expresión del conde le intrigaba.

—Sostenme esto, Daniel. Ahora vengo.

—¡Northcliff! ¡Es una tragedia! No sé qué decir... —comenzó a hablar lord Bath con expresión de estupor.

—Sí. Un hecho bastante grave.

—Le he dicho al conde que la habitación de lady Eleonor y lady Nancy estaba ardiendo. Tal vez puedas continuar la explicación —dijo Roy, dando así a Keiran una información útil: el conde sólo sabía que la habitación estaba ardiendo, nada más.

—Lamento la suerte de las chicas. ¿Y lady Hereford?

El duque le miró con ojos inexpresivos. Los que le conocían bien, como Roy y Daniel, sabían que detrás de aquella aparente indiferencia se escondía un huracán a punto de estallar.

— Lady Nancy se ha salvado porque ha encontrado refugio en la habitación que comunica con la de lady Hereford.

Bath abrió mucho los ojos y se dio cuenta de que tenía que decir algo.

—Así que madre e hija se han salvado. Un milagro...

—Por supuesto, Bath. Nadie ha dicho lo contrario. Han salido de aquí, como podéis ver.

—¿Lady Eleonor?

—Ella estaba fuera conmigo.

—¿Cómo?

—Estaba conmigo. No estaba en su habitación.

La expresión de desconcierto e incredulidad de Bath también fue percibida por Daniel y Roy.

El duque seguía mirando fijamente al conde, empezando a incomodarle.

—Me disculparéis, estoy aturdido por la noticia. Pensaba que lady Eleonor... ¡Pero es realmente un milagro! —Bath simuló una felicidad que estaba lejos de sentir: si Eleonor hubiera muerto, Georgia habría tenido el camino despejado hacia un matrimonio seguro con el duque.

El hecho de que se creyera un convincente actor con aquella fingida alegría exterior le ponía en desventaja, pero estaba demasiado lleno de sí mismo para darse cuenta.

Keiran percibía sus pensamientos, captaba su falsedad y la esperanza de ver morir a una joven para sus sucios fines.

—Ya, un milagro.

—Me alegro de que haya acabado bien, Northcliff, ¡de verdad! —El conde palmeó el hombro del duque, pero éste no se movió ni emitió sonido alguno—. Creo que voy a bajar, tal vez las damas necesiten...

—No. Volved arriba. No quisiera que respiraseis este humo, ni asustar a lady Bath y lady Georgia. —Era una cortés invitación a marcharse.

Bath comprendió que a Northcliff no le agradaba su presencia. Esto le irritó, más que nada porque no entendía por qué. Hizo una reverencia y se despidió, regresando de nuevo a sus aposentos.

Keiran lo vio alejarse y luego se volvió, encontrándose con la mirada de Daniel y Roy.

—Excelencia, ya está todo apagado aquí —anunció un chaval con la cara ennegrecida por el humo.

—Abrid todas las ventanas. Luego salid todos fuera. Mándame a Ben.

Los siervos obedecieron, mientras el duque examinaba la habitación: estaba todo ennegrecido por el humo, absolutamente todo.

Las camas estaban quemadas, incluido el precioso armazón de madera; no quedaba mucho de las mesillas de noche y lo mismo ocurría con las sillas que estaban junto a las camas. Parecía que la zona más afectada estaba justo alrededor de las camas. La mesa de tocador y el armario estaban irreparablemente dañados, pero en pie.

Daniel, Roy y Cyrus estaban allí con él, estudiando la situación.

—Aquí estoy, excelencia —dijo Ben entrando.

—Cyrus, ¿alguna vez has inspeccionado un lugar que acaba de arder en llamas? —le preguntó Keiran.

—No, Northcliff.

—Entonces, creo que vas a aprender mucho esta noche. Vosotros, en cambio, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Ante aquellas palabras Daniel y Roy, como de mutuo acuerdo, se dirigieron a las ventanas.

Ben murmuró:

—Lo peor ha estado en las camas.

—Ya. ¿Velas encendidas?

—Me he tomado la libertad de adelantarme a vos, excelencia, y le he hecho algunas preguntas a lady Nancy, con la ayuda de lady Eleonor, por supuesto, y lady Hereford.

—Bien. Cuéntamelo todo.

—Lady Hereford y lady Nancy han subido y se han cruzado con lady Eleonor y su doncella que salían para ir a casa de Marion, donde estábamos.

—¿Por qué estaba contigo lady Eleonor, Kein? ¡Gracias a eso, se ha salvado! —Roy había hablado mientras intentaba abrir un cajón del escritorio, evidentemente cerrado con llave.

—Estaba ayudando a Marion a dar a luz. Ben, continúa.

Roy, aunque sorprendido por la información, evitó las preguntas.

—Lady Nancy y su doncella se han quedado un rato en esa habitación —continuó Ben.

—Recuérdame el nombre de la doncella, Ben.

—Maggie.

—Esa morenita de pelo rizado con un cuerpo escandaloso. Es guapa y simpática, y lady Eleonor dice que lo sabe todo de todos —explicó Roy, renunciando a abrir el cajón y yendo a inspeccionar las paredes—. Por ese lado, ningún combustible, Kein.

—Sí. Blake, creo que hay que buscar en esa zona, donde estás. Las camas —añadió Daniel.

—Ben, continúa.

—Lady Nancy ha despedido luego a Maggie, y se ha dirigido a la habitación de lady Hereford por esa puerta. Y ha permanecido allí, esperando el regreso de lady Eleonor, hasta que hemos llegado.

Keiran se agachó y palpó con cautela las cenizas aún calientes del suelo. Sus dedos sintieron vibraciones, pero las ignoró, concentrándose en algo más físico, el contacto de alguna sustancia mezclada con el polvo oscuro y el olor de algo alcohólico.

—Lady Nancy podría haber dejado la vela en la mesilla —señaló Daniel, esperando encontrar una explicación que justificase un accidente.

—No, lord St. James —respondió Ben—. Le he peguntado de manera específica: lady Nancy afirma con absoluta seguridad que no dejó ninguna vela encendida aquí. Al contrario, ha declarado en repetidas ocasiones que había traído consigo la que tenía sobre la mesilla y que había dejado la habitación a oscuras.

Keiran levantó lentamente la cabeza y miró fijamente a Daniel.

Silencio.

—La chimenea —exclamó Roy mientras se dirigía hacia allí. Estudió las brasas ahora casi apagadas—. Hay que quitar toda esta ceniza.

—Si me permitís... —Ben se adelantó con un trapo y retiró la ceniza depositada durante la combustión. Debajo de ellos, hacia el exterior, no había rastro de ennegrecimiento que indicara chispas o fuego. La piedra estaba limpia.

—Nada, Kein.

—Vale, Roy, ya es suficiente. —Se levantó sosteniendo en sus manos un gran puñado de ceniza tomado del suelo, y entregándolo a los presentes dijo —: Oled.

Todos se acercaron por turno, pero Roy, impaciente como de costumbre, dijo:

—Vamos, Kein, si sientes algo dilo ahora. —Luego, para dejarlo contento, también olió.

—Alcohol, sin lugar a dudas —Daniel asintió, recogiendo la aprobación de los demás.

Se quedaron inmóviles, mirándose unos a otros, mientras Keiran sacudía la ceniza de sus manos y se limpiaba en el pantalón.

Todos tenían el rostro sucio y cubierto de sudor. Las camisas, que hasta unas horas antes eran blancas, ahora habían adquirido un tono grisáceo. El olor a humo impregnaba sus fosas nasales, y un halo a quemado parecía envolver a cada uno de ellos.

—Si alguien ha arrojado alcohol aquí, ha sido cuando estaba todo oscuro y pensaba que las chicas dormían —sentenció en un susurro Keiran—. Ben, trata de abrir la puerta.

Ben obedeció, pero la puerta no se abrió.

—Podría haberse deformado por el fuego —dijo Ben.

—O podría estar cerrada con llave —intervino Daniel, temeroso de lo que aún estaba por descubrir.

—Pero la llave no está —dijo Ben mientras se volvía para mirar a los demás.

—Búscala fuera, no aquí. De todos modos no la vas a encontrar. Inténtalo en el pasillo. Revisa

bien —le ordenó el duque.

Ben salió corriendo por la habitación de lady Hereford.

Wiltshire estaba estupefacto y los miraba con una mezcla de admiración e incredulidad.

—Obviamente, nadie tiene por qué enterarse de nada de esto, ¿verdad?

—Qué perspicaz, Cyrus —se burló de él Daniel.

Les llegaron unas voces y Keiran reconoció la melodiosa de su prometida hablando con Ben.

—Os ensuciaréis, lady Eleonor. Si me dais la llave, podría recuperar vuestras pertenencias. —intentó explicarle Ben.

—Nada de eso, pero gracias por la amabilidad —respondió Eleonor.

Y ahí estaba ella, tal como la vio Keiran, más angustiada que nunca, desaliñada, con el pelo aún sujeto por la trenza de la que se habían soltado mechones más cortos, que enmarcaban su rostro cansado pero hermoso.

—Lady Eleonor.

—Lord Northcliff, señores. —La chica miró a su alrededor, sorprendida por el lugar que había sido su habitación y que ahora parecía un horno apagado.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó el duque en tono severo.

—Tengo que coger... algo del escritorio... —respondió, mostrando una llavecita.

—Ah, ¡por eso este cajón no se abría! —exclamó Roy.

—En realidad ésta es la llave de mi caja de madera que se encuentra en ese cajón. La llave del cajón estaba en la mesilla. —Eleonor miró en la dirección donde antes estaban la cama y la mesita, y abrió la boca asombrada.

—Escuchad —dijo Keiran acercándose a ella—. Yo mismo revisaré la ceniza de esta habitación y recuperaré todo lo que no se haya quemado, ya sea de vos o de lady Nancy. Incluyendo la llavecita del cajón. —Comprendió que la chica estaba bastante alterada; no había tenido una noche fácil, sin duda. La tomó del brazo y la acompañó al pasillo a través de la otra habitación. La miró de reojo y vio sus ojos llenos de lágrimas.

Ella lo miró, como buscando ayuda.

—Tenía... todas mis cosas... porque cuando dejé Ashford... había decidido que ya no volvería... para escapar de él, ya veis, y ahora está todo... —Eleonor señaló con un vago gesto de la mano el interior de la habitación.

—Os lo compraré todo de nuevo.

—Pero mi caja... y la esmeralda que me había regalado mi madre y la de Nan... y los pañuelos que necesito para cubrir estos moratones... y mis apuntes... y el regalo que había comprado para vos y los demás... —Gemía visiblemente desesperada y hablaba con una emoción casi alarmante.

Keiran se compadeció de la joven afectada por lo sucedido, pero sobre todo se asombró al descubrir que le había comprado un regalo.

—¿Un regalo para mí?

Ella asintió, limpiándose las mejillas empapadas de lágrimas con un gesto irritado de los dedos.

—Sí, un regalo, para Navidades, unos guantes de cuero muy negros, como a vos os gustan, muy suaves pero lo bastante gruesos para proteger vuestras manos, que sienten demasiadas cosas feas, creo.

Keiran con su mano sucia le acarició la mejilla, ennegreciéndola. Luego le ajustó el pañuelo que aún le envolvía el cuello, para que se mantuviera en su sitio.

Eleonor sintió una gran satisfacción al sentir aquellos dedos sobre ella, y llegó a pensar que era afortunada por tenerle para compartir la carga de lo que había soportado.

—¿Me los compraréis de nuevo? —le preguntó él con una media sonrisa.

—Claro.

Keiran extendió los brazos y la rodeó con un abrazo.

Eleonor no se hizo de rogar, correspondiendo espontáneamente.

—Ahora sí que apestáis —le confesó en un susurro que salió amortiguado del pecho de él.

—¡Ya lo creo!

—A humo... y a alcohol quemado.

Keiran la apartó de él para mirarle a los ojos.

—¿Qué he dicho ahora?

—¿Qué sabéis del alcohol quemado?

—Volvéis a estar insoportable.

—Responded.

—Resulta que limpiaba las heridas con whisky y luego las cauterizaba con una cuchilla al rojo vivo. No sé por qué, pero el olor a carne quemada mezclado con el del alcohol me recordaba a él.

—Vale —respondió él simplemente y volvió a abrazarla—. Ahora os pondréis en manos de la duquesa, os asearéis y en unas horas estaremos listos para recibir a lady Queensbury. —Pero él no daba muestras de dejarla ir.

—Me gusta cuando me abrazáis así.

Él no habló.

—¿No me dejáis porque a vos también os gusta? ¿O estáis tan preocupado que no os dais cuenta?

Finalmente reaccionó, apartándola un poco.

—Descarada. E irritante. No veis la hora de hacerme admitir que tengo debilidad por vos. Queréis oírmelo decir, ¿verdad? Pues vais a esperar bastante. —La apartó bruscamente y se fue, dejándola allí.

—¡Insoportable! —le dedicó ella lo suficientemente alto como para estar segura de que lo oiría.

Y él la oyó. Entró de nuevo en la habitación, sacudiendo la cabeza, e inmediatamente vio que Ben había abierto por fin la puerta con la llave.

—¿Dónde estaba?

—He tenido que moverme más de lo esperado. Estaba en la antesala de la habitación de lord Roy.

Roy frunció el ceño, mirando primero a Ben y luego a Keiran.

Éste lo escrutaba, el cerebro ya en marcha para encontrar una explicación, y miró de reojo a Daniel, que los observaba alternativamente.

Wiltshire observaba y se inquietaba por la preocupación.

—¿Qué motivo tendrías, Roy, para querer quemar viva a mi futura esposa? —preguntó Keiran en un susurro sólo perceptible para los presentes, que se habían acercado instintivamente.

Roy miró fijamente a su hermano mayor con los ojos apenas entrecerrados, intuyendo que le estaba poniendo a prueba para ver si era capaz de llegar a la conclusión a la que él había llegado.

—Evitar que te cases con ella, evidentemente —susurró.

Daniel, con una sonrisa felina, como si estuviera disfrutando del examen al que parecía estar sometido Roy, preguntó:

—¿Por qué, Roy?

—Imagino que porque no me gusta arriesgarme a que mi hermano, el duque de Northcliff, tenga un hijo, es decir, un heredero —respondió él, complacido al ver que Keiran confirmaba

con la cabeza—. Y toda Inglaterra sabe que actualmente yo soy el heredero. Pero si llegara un hijo de Kein...

Era obvio que el diálogo sonaba absurdo para Wiltshire, que puso los ojos en blanco, esperando que se tratara de una broma; se quedó boquiabierto y fue entonces, al verlos sonreírse el uno al otro, cuando se dio cuenta: estaban pensando en términos absurdos, fingiendo que Roy era el culpable, porque eso era lo que mostraban las pistas que habían encontrado. En definitiva, pensando como lo habría hecho el verdadero culpable. Respiró aliviado y se dispuso a escucharlos con más interés, si cabe.

—Sólo quien no te conozca bien cometería el error de creer que te importa el título —afirmó Kein, poniéndole una mano en el hombro.

Roy enarcó las cejas y meneó la cabeza.

—En lo que a mí respecta, no sé qué pensar.

—Y el dinero no te falta —añadió Daniel, conociendo la situación de prosperidad de Roy.

—Se trata, por tanto, de averiguar quién ha sido —dijo en voz baja Roy.

Keiran miró a Wiltshire.

—Ni una palabra de lo que has visto u oído aquí.

—Entiendo cuando se trata de algo serio, Northcliff. De hecho, gracias por hacerme partícipe. Ha sido todo nuevo para mí y, diría, incluso, bastante esclarecedor.

Keiran se acercó a la ventana. Con las manos apoyadas en la cintura, miró hacia la oscuridad.

—Obviamente, se trata de alguien que está en esta casa.

Nadie abrió la boca. Las expresiones serias de los hombres presentes eran preocupantes, incluso la de Ben.

El duque de Northcliff se volvió.

—Máxima precaución sin que se enteren los demás. Ben, prudencia también entre el personal de servicio: hay que estar atentos.

—De acuerdo. ¿Ramsay? —preguntó en voz baja el criado.

—Mándamelo —respondió Keiran. Luego añadió susurrando—: Y también a Foster.

Ben salió de la habitación.

—Marchad a descansar. Espero a lady Queensbury y al sacerdote mañana por la mañana. Es decir, esta mañana: está amaneciendo —dijo el duque en voz alta.

—¿Ya? —preguntó Wiltshire incrédulo, acercándose a la ventana—. Pero... ¡está nevando de nuevo!

—¡Wiltshire! ¿Dudabas de las predicciones de Wilson? —preguntó Daniel, pasando a su lado y dándole una palmada en el hombro, levantando así una nube de polvo gris de la camisa del hombre—. ¡Buenas noches! O, mejor, buenos días, nos vemos enseguida en el desayuno. —Daniel salió.

—Kein. —Roy se acercó a su hermano.

Los dos se intercambiaron una mirada de complicidad y el más joven salió de la habitación.

—Gracias por haberme permitido ser uno de los vuestros, Northcliff, a pesar de que mi experiencia sea muy limitada —dijo Wiltshire, llamándolo por el nombre ya que estaban solos —. ¡Hasta tu criado se maneja en estas cosas!

—Está habituado. Lleva conmigo desde que era un crío. Además, siempre lo llevo de viaje.

—De todos modos, gracias. Estoy a tu disposición para ayudarte: dime cómo y allí estaré.

—De acuerdo, Cyrus, gracias.

Los dos se estrecharon la mano y Wiltshire se despidió.

—Excelencia, heme aquí... ¡oh Dios mío! —El pobre Ramsay se quedó de piedra ante el

espeluznante espectáculo.

—Cierra las puertas, mi fiel ayudante. Tengo mucho que decirte. —Le contaría sus sospechas, no sólo en nombre de la amistad que los unía de toda la vida, sino también porque así Ramsay vigilaría mejor a lady Eleonor. Y naturalmente organizaría con él una limpieza rápida y eficaz del lugar, para la recuperación de las pertenencias de las dos muchachas.

CAPÍTULO 7

22 de diciembre de 1811

—Os creo, Nancy, tranquilizaos —repitió por tercera vez el marqués de St. James, tratando en vano de tranquilizar a la muchacha.

—*¡Juro que llevé la maldita vela conmigo!* —replicó de nuevo, esta vez en un tono más irritado, anotando en su cuaderno.

Daniel frunció el ceño, asombrado por la expresión poco refinada empleada por ella.

—*La cogí de aquella mesa, me la llevé a la habitación de mi madre, la puse junto a la puerta de comunicación. ¡Y cerré la puerta!*

—Querida, os creo y no tendría razón alguna para no hacerlo. Y sé que el duque de Northcliff también...

—*Pero de todos modos tengo que decírselo directamente a él.*

—¿Y qué le vais a decir? ¿Que no dejasteis la vela encendida en vuestra habitación? No hay necesidad, a mi juicio.

—*¡Claro que sí!* —Nancy había dado un pisotón de rabia, pisándose el dobladillo del vestido, demasiado largo, que le había prestado lady Northcliff.

Él se quedó mirándola unos instantes, como estudiando el siguiente movimiento; pero no tuvo tiempo.

Nancy le dio la espalda y salió de la biblioteca con paso rápido y decidido.

—¡Nancy! —La alcanzó y, tirando de ella por el brazo, la obligó a mirarle—. Sois, sin duda, un intrigante en vuestro papel rebelde sin causa. —dijo él, articulando bien cada palabra y mirándole impertérrito a la boca—. Pero no lo toméis como una costumbre. Os llevaré con el duque. —Y apenas la empujó, conduciéndola hasta la puerta del estudio de Kein.

Nancy llamó a la puerta, con el corazón en un puño de lo rápido que le latía.

Keiran la invitó a pasar y Daniel abrió la puerta.

Ella cruzó el umbral y, para decepción del marqués y sorpresa del duque, cerró la puerta tras de sí, sin dejar entrar a Daniel. Nancy no quería que el duque pensara que él la había convencido para que hablara con él.

—*Os ruego me disculpéis por la intrusión, excelencia.*.

Keiran la observaba, de pie detrás del escritorio, y esperaba a que la chica encontrara las palabras. Podía sentir su agitación.

—Sentaos un momento, lady Nancy —dijo pausadamente, señalando la silla.

Nancy miró en la dirección indicada por él y luego volvió a mirarle. En lugar de sentarse, se acercó a él, prácticamente caminando alrededor del escritorio, y antes de perder el valor, escribió:

—*¡No dejé ninguna vela encendida en la habitación!*

Keiran permaneció impasible, aunque admirado por la resolución de la muchacha al enfrentarse a él; estaba claro que para ella era una cuestión de honor.

—Lo sé.

—*¿Me creéis?* —añadió, entregándole el papel.

—Sí.

—*¿Cómo podéis estar seguros de que digo la verdad?*

—Lo siento.

Nancy frunció el ceño y fue entonces cuando Keiran se dio cuenta de que había hablado sin pensar: la chica no sabía nada de sus capacidades sensoriales. Entonces intentó corregir su error.

—Lo sé porque, tras el análisis de la habitación, sospecho que el fuego se propagó desde la chimenea.

—*Pero las brasas estaban casi apagadas, tuve la debida precaución*.

—No es culpa vuestra. Seguramente una ráfaga de viento las sacudió, haciendo saltar algunas chispas. Eso es todo.

Nancy estaba evidentemente satisfecha.

—*Disculpadme, pero debía decíroslo en persona* —garabateó rápidamente.

—Ha sido muy admirable por vuestra parte hacerlo, lady Nancy, y os lo agradezco infinitamente.

Nancy hizo una reverencia y se dirigió a la puerta.

La presencia de Daniel fuera hizo que Keiran se diera cuenta de que su amigo había estado escuchando. Le hizo un gesto con la cabeza, un momento antes de que la joven cerrara.

Keiran rodeó el escritorio y fue a abrir las puertas de un armario situado junto a la ventana, de donde sacó la caja de madera de lady Eleonor, recuperada del escritorio de la habitación quemada.

Se dirigió al salón rosa de su madre, donde sabía que encontraría a las mujeres.

—Mil disculpas, mis queridas damas —dijo entrando.

—Excelencia. —Las mujeres presentes saludaron con sonrisas, incluso lady Georgia.

—¡La caja de Eleonor! —exclamó Martha.

—Sí, la he recuperado. Pero veo que ella no está aquí.

—Ha salido al jardín, Kein —le explicó la duquesa—. Necesitaba aire fresco. Al parecer, el olor a humo la pone nerviosa. No la culpo: aunque los criados están realizando un buen y rápido trabajo, todavía se puede oler el hedor a quemado.

—Llevará tiempo, querida, antes de que pase este olor —sentenció Lady Wiltshire—. Puede que la propia Eleonor pudiera sugerir algún tipo de hierba para suavizarlo.

—No lo había pensado —masculló la duquesa.

—Y si mi Ellie no tuviera nada que recomendar, ¿por qué no preguntárselo a las mujeres de la familia del marinero de su excelencia? —propuso Martha con evidente practicidad.

—¡Caramba, tampoco había pensado en eso! ¡Tienes razón, Martha! Homa y Asabi podrían resolver nuestro problema.

—Con vuestro permiso, voy a reunirme con mi prometida.

—A mí también me apetecería un poco de aire —titubeó con fingida timidez Georgia mientras miraba al duque con ojos suplicantes.

—¡Mi querida niña! ¡No querréis tener problemas de espalda! ¡Salir con este frío sería demasiado arriesgado para vos! —exclamó sin demora lady Wiltshire, con mirada inocente y sincera, dejando a la muchacha de piedra.

—Lady Bath está preocupadísima por los dolores y molestias que os aquejan a causa de las corrientes, y esta mañana, desde luego, no falta el hielo. De vez en cuando el cielo da una pizca de nieve —añadió la duquesa con tono firme.

—Puede que tengáis razón, excelencia.

—Lady Northcliff, ¡tan considerada como siempre! —exclamó lady Bath uniendo teatralmente las manos.

Keiran aprovechó y salió con la caja bajo el brazo.

—Eleonor está allí, cerca del gran roble —le señaló Roy al pasar junto a él y fijarse en la caja.

Keiran se detuvo.

—No la llames por el nombre. No es respetuoso.

—Nos llamamos por nuestro nombre cuando estamos solos.

—Y ahora no estás con ella, sino conmigo.

—Estás celoso —rio Roy.

—No.

—Sí.

—Roy.

—Vale, vale. Adiós. —El hermano entró en el salón de su madre y Keiran cogió la capa que Ramsay ya le tendía.

—Excelencia, disculpadme, pero lady Eleonor lleva ahí fuera más de una hora. Mrs. Brodie está preocupada.

—Yo me encargo, Ramsay, gracias.

El fiel mayordomo se quedó en la puerta acristalada de la sala de desayunos, observando al duque que acababa de salir por allí, y que con pasos largos, pero compuestos y lentos, se dirigía hacia su prometida.

—Está enamorado —murmuró Agatha detrás de él.

—A mí también me lo parece —añadió Roy, que se había unido en silencio.

El ama de llaves y el joven lord se miraron y sonrieron.

Ramsay los miró sin decir palabra, luego volvió a centrar su atención en el duque y exclamó:

—El problema es: ¿cuánto tardará en admitirlo?

Los tres suspiraron.

* * *

Keiran observó a Eleonor durante unos instantes, a cierta distancia, con el dedo índice sobre el labio inferior y los dientes que lo mordisqueaban, en una de sus habituales expresiones pensativas, e imaginó sus formas bajo la capa oscura.

Advertía en el aire sus pensamientos, elaborados y complicados, dignos de alguien que ha estudiado y puede permitirse el lujo de divagar con la mente de forma consciente e informada. Se acercó a ella, pero ésta no se movió.

—Consumiréis el cerebro de tanto pensar —le susurró suavemente para no asustarla.

Eleonor se giró bruscamente, encontrándoselo en frente. Un estremecimiento se apoderó de ella al mirarle e instintivamente se llevó la mano al cuello, subiendo con fuerza las solapas de su capa mientras observaba su caja.

Él no pasó por alto aquel gesto protector. Extendió la mano y le retiró los dedos enguantados para verle el cuello. No llevaba pañuelo.

—Estaba sucia y olía a humo. Hettie lo está lavando y secando —se justificó Eleonor, al ver su mirada interrogativa.

—¿Por eso lleváis tanto tiempo aquí fuera?

Ella apenas asintió con la cabeza.

—Estáis cansado —observó ella, señando sus ojerosos ojos.

—Vuestra caja —le dijo, fingiendo no haber escuchado su comentario, entregándosela acto seguido.

Eleonor la abrió inmediatamente con la llavecita que guardaba en el bolsillo de su capa. Contempló satisfecha el contenido, apartando unos objetos y otros, teniendo cuidado de no

dejarla caer, ya que era bastante voluminosa.

—Dádmela. Os la sostendré mientras miráis dentro. —Keiran sostuvo la caja delante de la muchacha, preguntándose por qué rebuscaba de aquel modo, como si temiera haber perdido algo o que alguien se lo hubiera robado. Pudo ver el interior: dinero, recortes de periódico, cartas y la esmeralda que había visto en otras circunstancias—. ¿Solo tenéis esta joya?

—Sí.

—¿Y dónde están las de vuestra madre? —Keiran recordaba bien a la condesa de Hereford elegantemente vestida, con finas joyas que siempre hacían juego con lo que vestía.

Eleonor lo miró temerosa, mordiéndose el labio, en busca de una justificación plausible.

—Las vendí.

Keiran enarcó las cejas.

—Embustera.

Aquella palabra fue como un latigazo, porque tenía razón.

—¡Una aún la tenéis vos! ¡La que tenía mi madre el día del accidente! —estalló ella en un intento de desviar la discusión.

—Sí, tenía la intención de devolvérosla hoy para que la llevarais el día de nuestra boda.

Ella sonrió, inclinando la cabeza.

—¡Sois tan amable, no sé cómo agradecéroslo! —Se puso de puntillas y le besó en una mejilla.

Keiran permaneció impasible, mirándola.

—Vuestras artimañas no funcionan conmigo. ¿Dónde están las joyas de vuestra madre?

Eleonor resopló de manera poco elegante. Cerró la caja y se la quitó de las manos.

—¡Alguien podría señalaros que no son asuntos que os conciernen!

—Desde luego vos no, porque sois mi prometida y me voy a desposar con vos. ¿Dónde están?

—Yo ya no las tengo —musitó ella, aterrorizada ante la idea de que él lo supiese.

Keiran la miró y, cansado de esperar a que ella encontrara el coraje, le cogió la barbilla con una mano y se la sujetó con fuerza, buscándole la verdad en los ojos.

—¿Las cogió él? —preguntó entre dientes con aire enojado.

Ella no dijo ni una palabra.

—¡Juro que lo mataré! —explotó Keiran soltándola bruscamente y dándose la vuelta—. ¡Lo mataré a golpes! Lo juro...

—Por favor... —murmuró Eleonor, poniendo una mano sobre su espalda —. Por favor, no. Mi tía se moriría.

Keiran respiró ruidosamente.

—¿No lo sabe?

Ella guardó silencio y no fue necesario esperar respuesta.

—Tengo que caminar —dijo él dirigiéndose hacia el bosque—. Volved a casa. Hace frío.

—No, voy con vos.

—He dicho que volváis —le repitió, deteniéndose con ojos serios y amenazadores.

—Y yo os he dicho que voy con vos.

Él abrió los ojos ante su desobediencia, demasiado enfadado con aquel maldito Hereford para recordar que ella no podía volver.

—No os atreváis a desafiarme de ese modo.

—¡No puedo quitarme la capa! ¡No tengo el pañuelo! —explotó ella desesperada.

Keiran se arrepintió inmediatamente de su indelicada insistencia.

—Vayamos entonces.

Caminaron en silencio hasta llegar al bosque, donde él se adentró para tomar un atajo y volver a la avenida principal del castillo. Hundieron los pies en la nieve y avanzaron lentamente, como si estuvieran recibiendo una terapia contra el nerviosismo y el mal humor.

Eleonor había intuido que en aquellos momentos debía seguirle la corriente. Hacía tiempo que había comprendido que el duque odiaba la injusticia, fuera de la naturaleza que fuera, y para frenar su ira se obligaba a realizar ciertas actividades que evidentemente le ayudaban, como caminar o bañarse en agua helada. Empezó a tener mucho frío y a tiritar. Tenía los pies helados y esperaba que cuando llegaran al castillo, Hettie tuviera preparado un té caliente además de su pañuelo.

Keiran notó que la joven tiritaba, pero no se quejaba, siguiéndole sin protestar. Se detuvo y la miró con lástima.

—¿Estáis mejor? ¿Seguís enfadado?

Eleonor estaba aprendiendo a conocerlo rápidamente, y él tuvo una confirmación más de ello en ese momento. No supo si sentirse complacido o prisionero por ello.

—Os he asustado antes.

—No, en absoluto.

—Estabais asustada. Lo he sentido.

—No por mí. Por mi tía y Nan. Y un poco por él. Sé que podrías hacerle mucho daño.

—Se lo merece —se desahogó con ojos de nuevo amenazadores.

Eleonor decidió que era mejor guardar silencio y no volver a mencionar su nombre. Volvió a estremecerse.

Keiran, en un arrebato espontáneo, cogió su peso en brazos para evitar que volviera a hundir los zapatos en la nieve. Vio que estaba empapada hasta la pantorrilla.

—No es necesario. ¡Puedo hacerlo yo sola! —protestó Eleonor rodeando su cuello con los brazos.

Pero él no respondió.

Llegaron al camino, donde la nieve era escasa y baja debido a las carrozas que habían pasado una y otra vez, y la dejó en el suelo.

—Lady Queensbury estará a punto de llegar, como el sacerdote.

—No estoy presentable. Mi ropa está casi toda destrozada y la que no, apesta.

—He hecho llamar a Mrs. Mitchell. Esta noche tendréis algo que poneros.

Eleonor lo miró con admiración.

—Gracias, sois siempre tan previsor.

—¿No era insoportable?

—A veces —respondió ella sonriendo—. Si os queréis ir, yo le aguardaré a Hettie.

—Esta historia me empieza a cansar. Dejadme que os vea el cuello. —Y antes de que ella pudiera negarse o apartarse, él desabrochó dos botones de su capa, separando las solapas superpuestas—. No está tan mal.

—Pero se ve.

—Sí. Se aproxima un carruaje. —Cerró cuidadosamente su capa y se volvió para ver quién era —. Lady Queensbury. Vamos.

El carruaje les adelantó justo antes de la gran fuente, y cuando llegaron a la escalera central, la recién llegada les esperaba en el interior.

—Buenos días, vizcondesa —dijo inmediatamente el duque, realizando amablemente el besamanos—. Espero que el viaje no haya sido demasiado precipitado e incómodo.

—Excelencia. Bastante precipitado. No exactamente cómodo, pero era absolutamente

necesario. Mi querida lady Eleonor.

Eleonor hizo una reverencia, manteniendo bien cerradas las solapas de la capa.

—Vizcondesa Queensbury, es un honor que hayáis aceptado asistir a mi boda. ¡Gracias!

Lady Queensbury, que amaba los buenos modales y reconocía la sinceridad de los demás, sonrió con complacencia y satisfacción.

—Es un honor para mí que su excelencia haya expresado el deseo de tenerme como invitada. Veo que estabais paseando, desafiando el frío.

—Aire limpio, lady Queensbury, aire limpio para pulmones intoxicados —explicó el duque—. Anoche tuvimos un desafortunado incidente: una habitación, la de lady Eleonor y lady Nancy, ha ardido completamente por algunas chispas de la chimenea. Ellas están bien, pero no se puede decir lo mismo de todo lo que había dentro de la habitación.

—Dios mío, ¡qué horror! Por supuesto, lo importante es que nadie resultó herido. ¿Su excelencia la duquesa? Estará disgustada, imagino.

—La verdad es que no tanto. Mi madre tiene una capacidad increíble para aceptar las situaciones más incómodas y difíciles.

La vizcondesa sonrió al recordar a la siempre fuerte y tenaz duquesa de Northcliff, a la que admiraba desde que, de joven, había sufrido el alejamiento del duque, su marido, y su forzado reencuentro. Su excelencia había tenido la amabilidad de compartir con ella algunos detalles personales que habían revelado su fuerte y tenaz personalidad.

—Ramsay, acompaña a lady Queensbury al salón rosa, por favor.

La vizcondesa se quitó la capa y se la dio a una criada. Luego siguió al mayordomo.

Hettie había aparecido mientras lady Queensbury hablaba con el duque y había saludado con la cabeza a Eleonor, lo que no pasó inadvertido a Keiran.

—Creo que vuestro pañuelo está listo —susurró, inclinando los ojos sobre ella—. Id a prepararos. Oigo venir otro carruaje: debe de ser el sacerdote.

Eleonor subió.

—Agatha, recibiré al sacerdote en mi estudio. Que lady Eleonor se una a nosotros en cuanto esté lista —ordenó el duque.

* * *

Cuando Eleonor entró en el estudio, luego de llamar la puerta, encontró al duque y al sacerdote sentados uno frente al otro.

El primero estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, en una postura muy informal y cómoda. El segundo, con las manos en el regazo, se apoyaba en el respaldo de la silla, con una sonrisa en los labios.

—¿Se puede? Buenos días, Padre —dijo Eleonor.

El sacerdote se levantó al mismo tiempo que el duque. Era un hombre no muy mayor, quizá de unos cincuenta años, con ojos celestes y el cabello rubio salpicado de canas. Su boca parecía tener una sonrisa perpetuamente serena.

—Lady Eleonor. Me siento muy feliz de conoceros e, igualmente, de que su excelencia haya decidido acercarse al catolicismo por vos.

—Yo también, Padre.

—Me llamo John Saunders, podéis llamarme Padre John.

Eleonor sintió inmediata simpatía por el hombre que tenía delante. Miró al duque, que señaló la silla que antes ocupaba él, y se sentó.

Keiran tomó una silla, y se acercó a ella.

—Desearía, mis queridos hijos, que fuerais conscientes de que la conversión no es un paso que

deba darse a la ligera, como ya se lo he dicho a lord Northcliff. Y estoy convencido de que su excelencia así lo ha decidido tras una cuidadosa reflexión.

—Breve, pero atenta reflexión, Padre —afirmó Keiran con extrema sinceridad.

—No os voy a decir que la Iglesia de Roma exige una conversión hecha por fe y no por amor a la prometida. Pero confío en que conozcáis el significado de esto y estoy seguro de que el mismo amor que os une a esta joven puede proporcionar el impulso para una conversión plena y fiel.

Oír tantas veces la palabra amor avergonzaba a Eleonor, que desde luego no esperaba que el duque correspondiera al sentimiento que la unía a él. Le lanzaba miradas fugaces cada poco, cuando el cura no la miraba, y la expresión impasible que Keiran mostraba no le permitía comprender sus sentimientos.

—Tal vez sea así, Padre Saunders, pero por ahora es sólo una elección hecha para mi futura esposa.

—Vuestra sinceridad es admirable, excelencia, y aún más lo es vuestra lealtad a lady Eleonor.

—Padre, quisiera que celebrarais la boda mañana —dijo el duque, desviando la conversación.

—¿Mañana? Tenía entendido que teníais cierta prisa, pero mañana...

—¿Estáis ya comprometido, Padre? —preguntó Keiran con fingida ingenuidad.

—No, excelencia, no es eso. Yo esperaba pasar algún tiempo con vos y seguir vuestro cambio de fe tan repentino.

El duque lo miraba fijamente sin hablar, intuyendo el pesar del pobre sacerdote al constatar que no podía ser más útil que eso.

—Y hablar un poco con lady Eleonor y su tía, lady Hereford. Después de todo, creo que es justo que en momentos como éste la condesa apoye y aconseje a esta joven. —lo intentó de nuevo el sacerdote con un hilo de esperanza.

—Padre Saunders, ya lo hemos decidido. Y esperaré hasta pasado mañana, el día veinticuatro, Nochebuena, como muy tarde. No más.

El sacerdote inclinó la cabeza, empezando a reflexionar sobre la situación. Si los dos prometidos tenían tanta prisa, significaba que había ocurrido algo irreparable. Entonces sí, sería mejor apresurarse. Suspiró.

—De acuerdo. Sin embargo, os ruego que me permitáis tener unas palabras con cada uno de vosotros, por separado.

—Por supuesto, Padre. —Keiran se puso en pie, añadiendo—: Os dejo en compañía de lady Eleonor. ¿Os parece bien?

Pero Eleonor intervino inesperadamente.

— Me gustaría, si el Padre John está de acuerdo y si para vos, lord Northcliff, no supone un problema, ir visitar la Capilla.

La expresión de desconcierto del duque la preocupó. Pero luego contestó:

—¿Algún problema. Padre?

—Me complace ir a un lugar sagrado para dialogar con lady Eleonor.

El duque llamó a un sirviente y ordenó que los acompañara.

Era un lugar oscuro y silencioso, con un frío inusitado, a pesar de que el sol pegaba allí casi todo el día, ya que estaba orientado al sur. Colocaron un farol tenuemente iluminado sobre el altar y el sacerdote se sorprendió al encontrarse en una iglesia de rito católico en toda regla.

—Veréis, Padre —explicó Eleonor murmurando—, me contaron que la abuela de su excelencia, la madre del viejo duque, era católica y que su marido, el abuelo del actual duque, había cedido a los deseos de la futura esposa, no sólo convirtiéndose antes de la boda, sino mandando construir esta capilla.

El sacerdote escuchó complacido una historia tan feliz repetida generación tras generación. Luego la invitó a sentarse en un banco de madera, frío y desgastado, pero limpio

—¿Podríais confesarme, Padre?

—Por supuesto, hija. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*.

—Amén.

—Y ahora decidme, ¿también lo hicisteis vos, lady Eleonor? ¿Como la abuela del Duque? ¿Le habéis pedido a su excelencia la conversión?

—¡No! En absoluto. Sólo le dije que era católica, porque no me parecía correcto casarme con él sin que lo supiera. Y él dijo que se convertiría. De nada sirvieron mis protestas.

—Lo comprendo. El suyo ha sido un gesto muy desinteresado.

—Lo sé, lo sé. De hecho, me siento culpable. Quiero decir, hacerse católico sólo por complacerme. ¿Creéis que me equivoqué al decírselo?

—Hicisteis bien en decir la verdad, sobre todo fuisteis valientes al profesar vuestra fe, arriesgándoos a perder su aprobación. Y habéis recibido vuestra recompensa, hija mía. Lord Northcliff decidió voluntariamente convertirse al catolicismo y lo hizo por vos. Como he dicho, un gesto admirable.

—Lo sé, Padre, lo sé.

—Sin embargo, dictado por la prisa.

—No entiendo, Padre.

—La prisa por desposaros era tan grande como para prometer una conversión repentina y superficial. Querida, deberíais haber esperado al matrimonio antes de entregaros a él.

Eleonor adoptó una expresión vacilante, luego comprendió el sentido de las palabras del Padre John.

—No, no es como creéis, Padre...

—Querida hija, no temáis. No es para mí la primera vez que...

—No, Padre, lo digo en serio. ¡El duque de Northcliff nunca haría tal cosa! Es una persona especial y única. Me salvó y nunca intentó deshonrarme.

El Padre Saunders la miró sorprendido.

—Pero entonces, ¿a qué se debe tanta prisa?

—Padre, necesitaba ayuda a causa de un hombre que no dejaba de atentar contra mi virtud, casi consiguiéndolo.

Al oír esas palabras, Eleonor vio que el sacerdote se llevaba las manos a la cara en un gesto desesperado, con los ojos cerrados.

—Padre, cuando entendí que no tenía esperanzas de encontrar una solución por medios propios, pedí ayuda al duque. Era amigo íntimo de mi padre; es un hombre justo y bueno. Estaba seguro de que encontraría la manera de salvarme.

—Y él...

—Ha decidido desposarme.

El sacerdote la miraba, atónito. Luego inclinó la cabeza y se puso a pensar.

Eleonor no lo molestó, aguardando pacientemente unos segundos.

—Él siente algo fuerte por vos, de lo contrario no os habría ayudado hasta desposaros. ¿Lo entendéis? Quiero decir, podría haberos tomado simplemente bajo su protección.

—Sí, padre, yo también lo he pensado. Pero a él no le gusta expresar sus sentimientos y me hace creer que no le importo mucho y yo me siento aún más culpable por haber buscado su ayuda. Casi siento que me he aprovechado de él.

—No, hija mía. Habéis sido valiente al pedir ayuda. Solo la fuerza del coraje nos hace admitir

nuestros miedos y errores. Dios quiso que todo sucediera así: vos necesitabais de él, y él estaba listo para vos. Claro, el matrimonio debería ser una voluntad mutua, dictada por el amor.

—Para mí es así, Padre —susurró Eleonor.

—Ciertamente lo es, hija mía. Veo bien cómo lo miráis. Su excelencia también siente algo por vos, pero tal vez haga falta tiempo y paciencia.

Eleonor le miró, indecisa sobre si creer aquellas palabras.

—Recemos un poco, querida, recemos. —El sacerdote se arrodilló y ella hizo lo mismo.

Cuando Eleonor recibió la absolución, se sintió más ligera. Estaba preparada para ser una buena y fiel esposa católica.

* * *

— Explicó que se sentía incómoda cuando Andrew estaba presente porque se había encaprichado de ella. Sí, usó esa misma palabra. —Martha guardó silencio mientras esperaba a que su hermana, lady Queensbury, expresara su parecer.

—¿Y qué más?

—Empleó sus artimañas, como las calificaba Nick, para convencerme de la absoluta impecabilidad de la solución que había encontrado: aceptar la invitación de Bridget y partir sola, poniendo como excusa ante la duquesa y el duque que a Andrew no le agradaba estar solo en Navidad, y que por tanto, no habría consentido en que Nancy y yo partiéramos.

Mathilda Bradford, vizcondesa de Queensbury, tenía la expresión altiva y glacial de quien durante años había dictado las reglas desde el inusualmente decorado salón de su igualmente inusual residencia. Juez de la sociedad londinense en particular, y de la inglesa en general, la noble y elegante dama se sumergía por completo en ese papel, que le había sido otorgado desde la muerte de su amado esposo, incluso en presencia de su hermana.

—Ser cortejadas de forma educada, amable, decorosa y moderada es una actividad que las jóvenes disfrutan enormemente —dijo arrastrando un poco las palabras para añadir la énfasis deseada y dando mayor intensidad a la opinión que estaba expresando—. Definir tal acto como un encaprichamiento que crea incomodidad es una manera delicada de ocultar unos avances poco agradables, cuando no indecorosos.

Martha suspiró.

—Yo también lo he pensado, Mathilda. Por eso estamos aquí. ¿ He hecho mal?

—Por supuesto que no, Martha. Solo un hombre de la talla moral, económica e, incluso, física del duque de Northcliff podría haber encontrado una solución a tan espinoso asunto.

—¿Crees que su excelencia tiene algo que ver?

—Por supuesto que sí, Martha. Lord Northcliff intervino convenientemente para rescatar a la hermosa y joven Eleonor que, permíteme recordarte, estaba dispuesta a venir sola a su encuentro.

—¿Me estás diciendo que Eleonor expuso su problema al duque?

—Martha, es lo que acabo de decir. —Lady Queensbury bebió un sorbo de su té, a la espera de que su hermana digiriera aquel descubrimiento.

Martha era una mujer ingenua en algunos aspectos, pero sabia ser fuerte en el momento oportuno.

—No lo había entendido.

—Poco importa, Martha. Ahora lo sabes, pero fingirás que no. Es mejor que la sociedad sospeche que el duque ha perdido la cabeza por la bella Eleonor, deshonrándola, y que por ello se ve obligado a un rápido matrimonio, a que sepa que Eleonor se vio obligada a huir de un primo conde que la acosaba.

—Sí, tienes razón. En este punto creo que un agradecimiento es realmente ridículo.

—¿Al duque de Northcliff?

—Sí.

—Lo conoces poco, mi querida hermana. Un agradecimiento sincero y leal a lord Northcliff es lo único que puedes hacer.

* * *

Mrs. Mitchell miraba a Eleonor sin comprender. Luego dirigió la mirada a la atónita lady Hereford.

—Lady Eleonor, creo que el vestido es maravilloso y está perfecto tal cual. Un pañuelo de seda le restaría belleza.

—Querida, estoy de acuerdo con la sastra. ¿Qué se te ha ocurrido eso? ¡Un pañuelo! Ahora te encuentras bien y no creo que te arriesgues a una recaída.

—*Si Eleonor quiere un pañuelo para su boda, ¿por qué discutirlo?* —preguntó Nancy mirando, ahora a su madre, ahora a Mrs. Mitchell. En realidad, ella tampoco entendía el motivo de aquella extraña petición, pero conocía bien a Eleonor: sabía que si lo quería así, tendría sus motivos. Se propuso pedirle una explicación más tarde.

—Un pañuelo, Mrs. Mitchell —insistió Eleonor con determinación—. De seda u otro material. Elegid vos. Con tal de que cubra el cuello. —Luego se volvió para admirar de nuevo el vestido de novia de su madre, que había sido colgado en el biombo.

Se había conservado bien y el ajuste era perfecto, aparte de la longitud. Ella era un poco más alta que Sophie, así que el vestido le quedaba un poco cortito. Tomó la tela de color claro entre las manos, girando el dobladillo para ver si quedaba tela de la que pudiera sacar algo.

—Si lo alargamos, lady Eleonor, quedarán las marcas de la vieja costura. Podría añadir seda semitransparente, del mismo color, y adornarla con encaje francés de calidad. Os haría un pañuelo igual, que iría a juego.

—Sí, estaba segura de que encontrarías una solución adecuada. ¿Verdad, tía Martha?

—Eso espero —sonrió Martha, deponiendo las armas.

—Entonces, si queréis probároslo, tomaré las medidas.

Eleonor se fue detrás del biombo desde donde dijo:

—Naturalmente, me pondré el *plaid* de los MacKendrick.

La modista no contestó y Eleonor intuyó que no aprobaba su elección.

—Eleonor, querida, no quisiera parecer una aguafiestas, pero... ¡el *plaid*!

—Tía, ¿no querrás ofender a su excelencia?

Martha no supo responder a esas palabras y calló.

—Hettie.

—¿Sí, lady Eleonor?

—¿Podríais decirle a su excelencia, la duquesa, que me estoy midiendo el vestido y que le agradecería su opinión al respecto?

—Por supuesto, lady Eleonor, ahora mismo voy. —Hettie abrió la puerta de manera impetuosa y casi se dio un encontronazo con el duque—. ¡Oh! Disculpadme, excelencia...

—¿Lady Eleonor? —preguntó él, en absoluto preocupado, de pie en el umbral de la puerta.

—Se está tomando las medidas del vestido —respondió Hettie, que seguía de pie en el umbral y mantenía la puerta abierta.

Eleonor oyó la voz del duque.

—Lord Northcliff, si aguardáis solo un momento...

—No, sólo quería recordaros la petición que os hice ayer y que tan amablemente me concedisteis, ¿os acordáis?

Eleonor no entendió.

—¿Seríais tan amable de recordármela...?

—El pañuelo. No me agrada nada la idea de que podáis volver a caer enferma a causa de la helada que se cierne sobre la vieja capilla —dijo sencillamente el duque desde el umbral de la puerta.

Eleonor por fin lo entendió: le estaba dando una excusa para justificar una extraña petición que ya ni su tía ni la modista aprobaban.

—Por supuesto, lord Northcliff, ya me he encargado.

—Gracias, querida, sois increíblemente amable. Hasta luego. Lady Hereford, lady Nancy.

Eleonor no podía creer lo que oía.

«¡Míralo! ¡De verdad quiere aparentar ser un buen futuro esposo!» se dijo mientras se ponía el vestido de novia. «¡Quién sabe lo que me hará cuando estemos casados! ¡Hará el papel de enamorado delante de todos! Pero ya me encargaré yo de ponerlo en su lugar. No quiere comprometerse conmigo cuando estamos solos y hace su papel en público. ¡Bien! ¡Yo también haré el mío y lo haré caer a mis pies, lo juro!».

—Así pues, fue una petición del duque —afirmó tía Martha.

—Sí, tía.

—Cariño, haces muy bien en complacerle que es justamente lo que debes hacer.

Eleonor salió del biombo y vio que tía Martha se llevaba las manos a la boca. Estaba conmovida y no pudo contener las lágrimas.

—¡Oh, tía! —Se lanzó a los pies de su tía y la abrazó—. ¡Nancy! ¡También tú! —Y lloraron las tres, bajo la mirada azorada de Mrs. Mitchell.

—Si hubiera estado Sophie... —balbuceó Martha.

—Tía, ¡los echo tanto de menos! —admitió Eleonor con voz entrecortada.

Nancy le acarició el cabello, comprendiendo la tristeza de Eleonor.

—*Estamos nosotras. Sé que no es lo mismo, ¡pero yo te quiero mucho, Eleonor!* —le dijo con signos.

Volvieron a abrazarse.

La duquesa entró en ese momento y encontró a las dos jóvenes en el suelo, a los pies de Martha, e inmediatamente comprendió. Adoptó un aire de fingida sorpresa, tratando de restar importancia a un momento tan nostálgico.

—He llegado en el momento justo, por lo que veo. Sacaré mi pañuelo —bromeó mientras se acercaba a ellas. Acarició las cabezas de las chicas mientras sonreía con simpatía a su amiga.

Eleonor se levantó y la duquesa le secó las lágrimas con su pañuelo de lino bordado delicadamente perfumado.

—Estás hermosísima —le susurró al oído.

—¡Te pareces tanto a tu madre! ¡Qué feliz soy de que vayas a formar parte de nuestra familia! —El efecto de aquellas palabras volvió a conmover a todos, incluidas la modista y Hettie. Lady Northcliff se recompuso y, señalando el pañuelo, preguntó—: ¿Es cierto que es idea de Kein?

—Sí, excelencia. Pero a mí no me supone ningún problema, de verdad, y Mrs. Mitchell os explicará cómo piensa confeccionarla. Vuestro hijo se preocupa por mi salud.

La sastra dio un paso al frente y explicó su idea.

—De acuerdo. Si lo ha ordenado el duque... —masculló lady Northcliff.

—Excelencia, tal vez debería ponerme el *plaid* de los MacKendrick —insinuó Eleonor.

—No, si no te apetece. —La duquesa, que se desposó con ese mismo *plaid*, era indulgente con ciertas elecciones, porque comprendía que no todas las jóvenes se sentirían felices de complacer

a su futuro marido, como había hecho ella, vistiendo un poco elegante *plaid* escocés.

—¿Le importa a Lord Northcliff que lo lleve?

—Bueno, si lo pones así, entonces sí, le importa. El duque está muy apegado a las tradiciones de su tierra, a pesar de las prohibiciones impuestas por la Corona a lo largo de los años. En eso ha salido a su padre.

—¿Significa eso que su excelencia vestirá el *kilt*?

—No lo hemos hablado. Pero creo que podría decidir llevarlo.

Eleonor estaba orgullosa de que su futuro marido fuera capaz de desafiar a la máxima autoridad, la Corona, vistiendo el *kilt* para celebrar su boda.

—*¿No está prohibido?* —preguntó Nan.

—*¡Sí, lo está! ¡Y no le importa en absoluto! ¡Es maravillosamente intrigante!* —le dijo por signos Eleonor rápidamente.

Nancy se rio.

—¿Qué estáis hablando? Chicas, no me gusta cuando no compartís vuestros diálogos con los demás.

—Le decía a Nan que si mi prometido transgrede al llevar el *kilt*, ¡no veo por qué yo no puedo llevar el *plaid*!

La duquesa rio a carcajadas y Martha la imitó moviendo la cabeza.

—Kein ha encontrado pan para sus dientes. ¡Ninguna de las jóvenes inglesas que conozco habría aceptado lucir un *plaid* escocés para su boda, y menos aún con un pañuelo impuesto por el prometido!

—Es cierto, Bridget, ¡y sólo ella podía aceptarlo!

La sastra prendía alfileres y marcaba con tiza, pero no se le había escapado nada de lo que se había dicho, y aunque estaba sorprendida por el inusual y extraño diálogo, al mismo tiempo le divertía.

* * *

El *Bow Street Runner* Hugh Foster llevaba algunos días en Shell Bay Manor.

El duque de Northcliff lo había convocado desde el desagradable incidente del tiroteo, del que él y lady Eleonor habían escapado a duras penas.

La noticia de que Foster había encontrado vacía la casa del campesino, con quien Andrew Hambrook parecía haber tenido relaciones poco claras, no le sorprendió a Keiran.

Los eventos en Shell Bay Manor luego convencieron a Keiran de retener a Foster en el castillo.

El *Bow Street Runner* había inspeccionado la habitación incendiada cuando no había nadie presente, para no despertar sospechas sobre un posible culpable en la casa, ya que oficialmente se había presentado como uno de los marineros del capitán Blake.

Hugh se encontraba a sus anchas en el castillo. Había sido acogido calurosamente por todos y la familiaridad con la que el personal de servicio era tratado por los anfitriones y sus amigos le había impresionado mucho.

Los que menos le gustaron fueron los Bath, por el aire distante y altivo que mostraban en todo momento.

La joven, lady Georgia, tenía la costumbre de mirar entre las piernas de los sirvientes, y también lo había hecho con él. Su madre era una mujer muy bella, pero falsa en carácter y apariencia: parecía una muñeca, compuesta y formal, pero según todos, su esposo sabía cómo hacerla derretirse como nieve al sol cuando estaban solos en el dormitorio. El conde no le caía bien. Sus grandes ojos cautivaban a su esposa y a las chicas de la casa, pero su actitud de noble

educado no lo convencía.

Por la noche, después de que todos se hubieran acostado, Hugh Foster conversaba con el duque, compartiendo opiniones y reflexiones. Luego se sentaba en la mesa de la cocina y charlaba con el mayordomo Ramsay y con Ben, el sirviente de su excelencia.

Le había sorprendido el hecho de que, a veces y de repente, lady Eleonor entrara para abastecerse de comida, pero parecía que todos se habían acostumbrado ya a la naturalidad con la que la futura duquesa trataba a nobles y sirvientes casi del mismo modo.

Le agradaba lady Eleonor, y estaba contento de que el duque la hubiera elegido a ella como futura esposa y no a la desvergonzada de lady Georgia. No toleraba ciertos comportamientos licenciosos en ninguna mujer, y mucho menos en una noble que se decía de buena familia.

Por eso seguía ignorando las miradas elocuentes y las insinuaciones no tan sutiles de la jovencita de rizos oscuros, la sirvienta de Lady Nancy. Maggie era muy bonita, o mejor dicho, apetecible.

El cabello oscuro y rizado era largo, y parecía que ella nunca lograba domarlo, dando una impresión salvaje cada vez que lo tocaba de forma coqueta. Tenía ojos oscuros, tal vez negros, muy grandes y expresivos, y una boca pequeña pero carnosa, siempre sonriente. Su cuerpo, casi de niña, sobresalía gracias a su cinturita delgada y un pecho algo generoso para una figura tan menuda, aunque sin ser grande.

La muchacha seguía lanzando miradas dulces a uno y otro criado o sirviente, y era simpática con todos, quizás porque no ocultaba su deseo de divertirse.

Algunas veces le había prestado atención, porque entendió rápidamente que la divertida criada sabía cosas que otros ignoraban, como con quién se encontraba el conde de Bath, a dónde iba lord Portland cuando se dirigía a Edimburgo, o quién estaba comprometido y con quién.

Ahora se encontraba mirándola insistentemente, maldiciéndose por no haber aceptado una noche de ocio que le ofrecía la pechugona hija del panadero, a quien había conocido en la cercana Kirkcaldy. Tal vez podría haber complacido a Maggie y haberla llevado a su habitación.

La joven se dio cuenta enseguida de que Foster la observaba con interés y decidió provocarle antes de acercarse a él. Cogió un vaso de agua y un trozo de pastel, lo colocó sobre la mesa donde él estaba sentado charlando con otros sirvientes y se inclinó hacia delante para saborear el postre, fingiendo no darse cuenta de los pechos que caían a plena vista.

Hugh sonrió, dándose cuenta al instante de lo que hacía la chica; apartó la mirada, decepcionándola enormemente.

Maggie resopló y se sentó, escuchando las conversaciones masculinas.

—¡Eh, Maggie!, Steve dice que he puesto demasiada mantequilla —exclamó Mrs. Begbie esperando una opinión.

—¡Está perfecto! Steve sólo necesita una chica que le distraiga de problemas como «demasiada mantequilla en el pastel».

Todos rieron.

—Maggie —dijo un ayudante—, ¡seguro que el pobre Steve se despertará con un par de besos tuyos!

—Y tú lo sabes, ¿verdad? Sigues babeando por mí y sólo porque te di un besito.

—No es verdad.

—Sí, es verdad, ¿Crees que no sé que me vigilas todo el rato?

—¿Y qué? Eres muy bonita y me gustas.

—Olvídalo. Eres demasiado pequeño para mí.

Todos volvieron a reír y alguien dijo bromeando:

—¿No cumples los requisitos exigidos, eh, chiquitín?

Al chaval le supo mal.

—¡Se refería a la edad! No mi... a herramienta. ¿No es así, Maggie?

—¿Y yo qué sé? No te la he visto.

El chico se alejó y Maggie terminó su pastel. Luego cogió un delantal y empezó a remendarlo. Había decidido quedarse allí y esperar a Hugh.

La hora siguiente transcurrió entre la charla de sus colegas y las bromas de los hombres, hasta que, de vez en cuando, alguien daba las buenas noches y se retiraba. Por fin se quedó a solas con Hugh y Ben, que hablaban en voz baja, susurrando. Ella remendó impertérrita todos sus delantales, sin dejar un solo hilo fuera de su sitio, echando de vez en cuando una ojeada a Foster, estudiando sus expresiones, sus gestos, fijándose en la perfección de su nariz recta, el castaño claro de su pelo y de sus perpetuos y aparentemente tranquilos ojos marrones.

—Hugh, yo me voy a la cama. Buenas noches, Maggie.

—Buenas noches, Ben.

Hugh se quedó inmóvil mirándola, casi indeciso sobre qué hacer.

Maggie, sin apartar la vista de su trabajo, le preguntó:

—¿Qué miras? ¿Intentando averiguar si te gusto?

—No. Ya sé que me gustas, pero eres demasiado descarada para mi gusto.

Ella levantó lentamente la mirada.

—No eres muy amable que digamos.

—Sólo digo la verdad. Si no te gusta oírla, no preguntes. O deja de hacer saber a todo el mundo que tienes mucha experiencia con ellos.

La chica no contestó, dándose cuenta de que era la primera vez que tenía un hombre así. Inclinó de nuevo la cabeza, pero esta vez sin usar aguja ni hilo.

—Yo soy así. O lo tomas o lo dejas.

—Vale. Entonces vamos —dijo Hugh, creyendo que había dejado claro que se divertirían y nada más.

Maggie, que estaba acostumbrada a que los hombres cayeran rendidos a sus pies, lo que en realidad sólo ocurría porque se entregaba con demasiada ligereza, pensó que también tenía a Hugh Foster en el bolsillo.

Él se levantó y, sin esperarla, salió de la cocina, dirigiéndose luego al edificio contiguo al invernadero destinado a dependencias del personal.

El duque le había proporcionado una habitación que tenía la ventaja de estar aislada de las demás. A Hugh no le gustaba la gente entrometida y, teniendo consigo todo su equipo de *Street Runner*, aquel alojamiento era ideal.

La criada le siguió, muerta de frío. Entró en la habitación, mientras él le abría la puerta.

—¡Qué calorcito hace aquí! —exclamó ella arrojando el chal sobre una silla. Se volvió para mirarle—. Al final te has rendido.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Eres graciosa y seguramente experta, y me apetece tener sexo contigo.

—Sigues siendo muy poco amable.

—Soy sincero, al igual que tú eres lo suficientemente honesta como para no negar que has estado con muchos hombres.

Maggie suspiró. Era una ardua tarea ablandar a ese hombre. Se convenció a sí misma de que tendría éxito con sus métodos. Ella dirigiría el juego, como de costumbre, y él la adoraría por ello. Se sentó junto a la chimenea, en el suelo.

—Aquí se está muy bien. ¿Vienes?

Él se quitó la chaqueta y se sentó junto a ella, con las rodillas dobladas y las manos apoyadas detrás.

La joven empezó a desabrocharse el vestido e inmediatamente se le vieron los pechos bajo unas enaguas blancas y transparentes. Ella permaneció inmóvil, convencida de que él se abalanzaría sobre ella para tocarla.

Pero Hugh no se movió, prefirió observar, mirándola fijamente con sus apacibles ojos.

—Supongo que en alguna ocasión te han penetrado sin más preámbulos.

Maggie frunció el ceño, indecisa entre sentirse ofendida o complacida.

—Sí.

—Muy bien. —Hugh se levantó y extendió la mano, tirando de ella hacia arriba. Se bajó los pantalones, dejando al descubierto su endurecido pene.

Maggie sonrió, segura de que las cosas saldrían como había planeado, y se dispuso a tocarlo.

Pero él le detuvo la mano y la giró bruscamente, haciéndola apoyar las manos en la repisa de la chimenea. Le levantó el vestido y la penetró por detrás en un solo movimiento, manteniendo sus caderas inmóviles.

—¿Tanto me deseas, Hugh Foster?

—No te deseo, sólo quiero tener sexo. —Hugh estaba molesto por la excitación que sentía. Se obligó a tratarla con rudeza, como se merece una mujer fácil.

Se hundió dentro de ella un par de veces, notando que estaba húmeda y escurridiza. Le habría gustado desnudarla y tocarle los pechos, que colgaban con cada movimiento, pero no le habría dado tanta satisfacción.

Inesperadamente, Maggie gimió y siguió su ritmo.

—Sí, sí, la tienes tan gorda... otra vez, empuja.

Hugh nunca hubiera imaginado que ella respondería tan rápido, y mucho menos que él mismo se excitaría tanto. Agarró sus caderas con fuerza y se hundió aún más, haciéndola gemir, y eyaculó en su interior, jadeando como un animal.

Maggie también encontró su placer final.

Hugh se apartó y fue a limpiarse con una toalla. Se ajustó los pantalones y se puso la chaqueta.

—Espérame aquí si quieres. Volveré más tarde. —Y se marchó, dejándola de pie frente a la chimenea.

Era la primera vez que Maggie se sentía utilizada y no deseada.

Era la primera vez que un hombre la trataba por lo que era.

Unas lágrimas amargas colmaron sus ojos y en ese momento se dio cuenta de que era exactamente lo que decía ser: una chica avezada en el sexo y los hombres, deseada sólo por eso.

* * *

—¿Qué opinas de lady Georgia?

Foster enarcó las cejas mientras miraba fijamente al duque de Northcliff.

—No es muy simpática.

—Habla.

—No debería pronunciarme libremente sobre una chica de buena familia.

—Foster.

—Es odiosa. Y no es virgen.

Keiran siempre había sospechado que no lo era.

— Dime lo que sabes.

Tras años de trabajar juntos, Foster se había familiarizado con los modales autoritarios del

duque y el permanente aire de misterio que le rodeaba. Y había aprendido mucho de él.

—Los chistes que hacían algunos sirvientes mientras yo los escuchaba sin que se dieran cuenta me convencieron de la veracidad de las insinuaciones. La seguí y la oí con el joven mozo de cuadra.

—¿Willie?

—Sí. Pero él no tiene la culpa: ella prácticamente le sedujo. De hecho, al principio el chico intentó evitarla, pero ella le empezó a tocar entre las piernas y luego...

—Entiendo. —Keiran ya tenía bastante—. ¿Sigue Hereford en Edimburgo?

—No. Se aloja en una taberna de Kirkcaldy, donde bebe todas las noches y se lo monta con la hija del dueño. —Foster se detuvo para observar a lord Northcliff, que meditaba sus palabras y con el pie empujaba un leño hacia la llama.

—Tienes que contarme algo más, ¿verdad? —preguntó el duque.

—Sí. A veces Hereford entra en la habitación del hijo del amo.

Keiran se volvió con brusquedad para mirarle.

—¡Así que yo tenía razón!

—Sí, Lord Northcliff. Teníais razón. Y, creedme, me costó no vomitar.

Keiran lo miró fijamente. Foster no era de los que se escandalizaban al ver a dos hombres en la intimidad, así que sospechó que había algo más.

—¿El chico estaba de acuerdo?

—Precisamente es eso. Sí y no. Le hizo fumar. Opio. Y beber. —Foster vio la cara de disgusto del duque y no añadió nada más. Cualquier otro detalle que hubiera verificado personalmente no habría cambiado las cosas.

—Entiendo —murmuró lord Northcliff, asqueado por la imagen de un chiquillo doblegado por un hombre adulto con drogas y alcohol.

—Eso es todo.

—Bien, Foster. Mañana me desposaré, o como mucho, pasado mañana.

El *Bow Street Runner* prestó atención, sabiendo que el duque estaba a punto de hacerle recomendaciones.

—Tengo el presentimiento de que lady Eleonor puede estar en peligro. No la dejes sola, nunca. Pero no debes dejar que ni ella ni nadie se fije en ti. ¿Está claro?

—Lo he entendido perfectamente, lord Northcliff.

—Toma. —Keiran le dio un sobre con dinero.

—Pero ya me pagasteis al llegar al castillo.

—Ese era tu salario. Esto es para cubrir gastos.

Foster desistió de protestar al ver los ojos autoritarios del duque.

—Gracias. Buenas noches, lord Northcliff.

—Buenas noches, Foster.

* * *

Hugh volvió a su habitación al cabo de media hora.

El crepitar del fuego iluminaba la cama y vio a Maggie acurrucada bajo las sábanas. Se acercó a mirarla.

Era muy guapa, su cabello oscuro y rizado parecía bordado sobre la almohada blanca y respiraba entrecortadamente, dormida.

Se sintió como un canalla por tratarla mal, pero no podía soportar cómo algunas chicas se degradaban a sí mismas y a sus cuerpos en un intento inútil de encontrar la aceptación masculina.

El hecho de que él hubiera sido uno de tantos no le disgustaba tanto como la idea de que ella

no fuera a cambiar. Había sido claro al decirle que la aceptaría por lo que ella misma había querido ser, así que su conciencia estaba aparentemente tranquila.

Aparentemente.

Se desvistió lentamente, sin dejar de observarla.

Maggie se despertó, entornando los ojos. Le vio, pero no habló. Sus ojos enrojecidos delataban que había estado llorando, él lo percibió de inmediato y se impresionó.

Tal vez hubiese esperanza para aquella chica.

—Si no quieres quedarte, puedes irte.

—Si no quieres que me quede, me iré.

Hugh no contestó. Terminó de quitarse los pantalones y levantó las mantas para acostarse junto a ella. Estaba caliente y llevaba puesta la enagua transparente. Podía ver su cuerpo menudo y bien formado; sus pechos destacaban con los pezones endurecidos por el aire frío y alrededor de ellos un halo oscuro le invitaba a tocarlos. Pero no se movió.

—¿Dónde estabas?

—Eso a ti no te interesa. Si quieres tener sexo conmigo, jamás me preguntarás por cosas que no te conciernen.

Maggie suspiró, pero mostró una sonrisa mansa. Luego se sentó y se subió las enaguas hasta las caderas, esperando que él la penetrara como había hecho antes, pero Hugh no reaccionó. Ella permaneció quieta, mostrando sin pudor los pechos bien formados que se vislumbraban a través de la tela. Levantó los brazos para llevarse el cabello hacia un lado en un sensual movimiento que despertó el miembro de Hugh.

—No tienes pelos en las axilas —constató él intrigado.

—Como las mujeres de los harem. Es algo que aprendí de lady Eleonor. Es una mujer fantástica y conoce muchas cosas porque estudia.

—Ya lo he oído.

—Ella ordena sus mejunjes, como yo los llamo, para eliminar el vello de las axilas. ¿Te gusta? Luego me enseñó a mantener el pelo de abajo corto, ya sabes, por razones de higiene.

—¿De abajo? —Hugh apartó la manta: Los pelos eran cortitos y él podía contemplar el apetecible rosado entre sus piernas.

Maggie estaba segura de que él aún la deseaba y esperaba ansiosa que la tocara.

Pero no ocurrió.

Hugh la cubrió y se recostó.

—¿Puedo tocarte? —le preguntó ella en voz baja.

—No. Duerme —respondió él de forma concisa, dándose la vuelta. Aquella insolente muchacha estaba evidentemente acostumbrada a imponer la ley a los varones, aprovechando al máximo sus talentos, si es que podían calificarse así. Con él no iba a suceder así. No permitiría que lo dominara con la promesa de sexo gratis.

Maggie se quedó inmóvil, con una sensación de humillante derrota que la abatió como nunca antes. Finalmente se tumbó, acurrucándose detrás de la espalda de él para recibir su calor, y sólo después de un buen rato se quedó dormida.

* * *

23 de diciembre de 1811

Mrs. Mitchell estaba en un segundo plano.

Eleonor miraba el espejo que reflejaba su imagen. Suspiró satisfecha: el pañuelo era elegante y precioso, y hacía juego con el dobladillo del vestido que la sastra había añadido.

—¿Es de vuestro agrado, lady Eleonor?

—Sí, sí, está muy bien.

—Entonces os ayudo a quitároslo.

—No, Mrs. Mitchell, gracias. Me ayudará Hettie. Su excelencia y lady Hereford os esperan. Marchad.

La modista salió de la habitación de la segunda planta que le habían asignado a Eleonor después del incendio.

Hettie estudió el rostro de Eleonor.

—¿Qué pasa?

—No sé, es todo tan extraño.

—No es extraño. Es sólo nuevo.

—Sí.

—Y tal vez tengáis un poco de miedo —comentó la doncella.

—Sí —repitió Eleonor sonriendo.

—¿Qué teméis más?

El silencio que siguió denotó que Eleonor se sentía insegura ante algo que siempre había considerado natural: la intimidad con un hombre. Durante años había soñado con ese momento romántico, pero la violencia de su primo lo había cambiado todo.

—¿Se trata del asunto de la «primera noche de bodas»?

Eleonor asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

Maggie llamó y entró sin esperar respuesta, apartándose para dejar pasar a Nancy. Ambas se quedaron boquiabiertas, observando en silencio.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estáis maravillosa! —exclamó Maggie, abriendo lo ojos de par, gratamente sorprendida.

Nancy miraba fijamente a su prima y sus ojos grises se llenaron inmediatamente de lágrimas. Tuvo que sentarse en la cama.

—Nancy, no llores.

—Estás guapísima... y ¡me emociono cada vez que te veo vestida así!

—¿Estoy bien? Dime con sinceridad lo que piensas.

—El vestido de tía Sophie es perfecto, tú estás perfecta y, además, ese pañuelo también. La sastra ha hecho un buen trabajo.

Eleonor le dio un beso en la mejilla y se fue detrás del biombo.

—¿No crees que me aprieta demasiado el pecho? —le preguntó a Hettie.

—No, así está muy bien, Eleonor.

Desde allí no había peligro de que Nancy viera ningún moratón.

—Disculpadme si me entrometo, lady Ellie, pero este asunto de las vendas se está volviendo absurdo —se aventuró Maggie, segura de la confianza que tenía con las amas.

—Simplemente me siento más cómodo con ellas.

—Bueno, no sé, estoy segura de que su excelencia aprecia ciertas curvas. No sé si me explico.

—¿Habláis de las vendas de Ellie? —preguntó Nan, que no podía ver la cara de su prima y, por tanto, había perdido la mitad del diálogo.

—Sí, lady Nan —le confirmó Maggie.

—Sé que aprecia ciertas formas, de lo contrario no me habría ordenado que me las quitara.

Maggie abrió los ojos con asombro.

—¿En serio? ¿De verdad lo hizo?

—¿Qué dice?

—Dice que el duque le ordenó que no usara las vendas... Claro que de un semental como él era de esperar.

—¡Maggie!

—¡Oh Hettie! ¿Crees que lady Nan no sabe esas cosas? Ahora también tiene un enamorado.

—¡Pero no está casada! —le contestó Hettie.

Maggie cerró el asunto con un gesto repentino de la mano.

—¿Cómo es que le contasteis al duque lo de esas horribles vendas?

—Yo no le conté nada.

—*¿Qué dice?*

—Que ella no le dijo nada.

—Él mismo se dio cuenta. No entiendo cómo lo hizo, ¡malditos sean esos ojos tan inquisitivos que tiene!

—¡Ya te había dicho que era alguien que sabe lo que hace!

—¡Maggie!

—Hettie, ¡es la verdad! ¡No son tantos los hombres que notan ciertos detalles!

—*¿Qué ha dicho Ellie?*

—Que el mismo duque se dio cuenta, lady Nancy.

—*No me extraña nada. Le echó un buen vistazo cuando nos vimos anteriormente. Debió ver unos pechos más flacuchos y le debió parecer extraño.*

—Cierto, lady Nancy, ¡estoy de acuerdo!

—¿Sobre qué? —preguntó Eleonor.

—¡Que era obvio que un hombre experimentado como el duque se diera cuenta de que llevabais ese arnés!

—Maggie, ¡ahora estás exagerando! —explotó Hettie molesta.

—¡Hettie! ¡Lo ha dicho lady Nan y yo sólo lo estoy repitiendo! ¿Qué vergüenza habría además en admitir que ciertos hombres lo saben todo?

—¿En qué sentido, Maggie? —le preguntó Ellie.

—En el sentido de que tienen una consumada experiencia, lady Ellie.

—¡Ah! Pues bien, el duque es uno de ellos. En sociedad, las mujeres casadas no hacen más que hablar de él; las solteras, demasiado viejas para esperar casarse, desean locamente divertirse con él.

—¡Justo lo que decía! —exclamó con satisfacción Maggie.

—*¿Qué ha dicho?*

—Que el duque tiene cierta experiencia con las mujeres y que todas le desean.

—*Daniel también.*

—Ya que habláis de él, lady Nan, sí, yo también he oído hablar de él... tiene cierta notoriedad. Pero estad tranquila. Eso es bueno, para vos quiero decir.

—¡Maggie!

—¡Hettie! ¡Qué pesada eres!

—*Se puede decir que tiene fama de libertino. ¿Creías que no lo sabía?* — dijo Nancy visto Maggie se había quedado muda.

—¿Qué pasa, Maggie? ¿Qué ha dicho Nan?

—Vuestra prima está bastante bien informada sobre el marqués de St. James. Lo ha llamado libertino.

—Sí, lo sabe porque también habla a menudo de él —respondió Eleonor nada preocupada. Ya vestida, salió de detrás del biombo y miró a Nan.

Ésta, con la cabeza inclinada, jugueteaba con un trozo de cinta encontrado sobre la cama.

Tan pronto como Nan la miró, le dijo:

—Sabes, Nancy, tiene razón Maggie. Te conviene. Serás una esposa feliz y estoy segura de que él será amable y cariñoso.

—*Si te refieres a la satisfacción íntima, entonces sé que es así. Él es muy convincente en ese sentido*.

Maggie sonrió.

Hettie abrió los ojos de par en par.

Eleonor la examinaba atentamente.

—De acuerdo. Tengo entendido que St. James te dio algún beso un poco más íntimo.

El silencio de Nancy fue elocuente.

—¡Maldita seas, lady Nancy! ¡Le habéis hecho perder la cabeza!

—¡Maggie!

—¡Oh, Hettie! ¿ Acaso tú no te entretienes con Ben?

—¡Pero yo soy una doncella! ¡Lady Nancy es una noble!

—No sabía que Ben y tú hubieseis intimado tanto, Hettie —dijo Eleonor—. ¿Habéis estado juntos?

—No.

—¿Entonces?

—¿Qué queréis saber, Eleonor? —preguntó Hettie avergonzada.

—¿Qué habéis hecho?

—No me parece apropiado hablar de la intimidad entre Ben y yo, delante de lady Nancy.

—*Daniel se enfada porque se arriesga a no contenerse cada vez.*

Volvió a reinar el silencio.

Eleonor abrió los ojos. ¡Hasta su prima tenía más experiencia que ella!

—*No pensaba que te iba a impresionar, Eleonor*.

—¡No lo estoy! —dijo ella impetuosamente. Pero su afirmación no convenció a nadie—. Estoy perpleja, porque me parece que estás yendo un poco rápido.

Nancy reflexionó sobre lo que parecía una advertencia y consideró prudente no decir nada más.

—El duque sólo me ha besado una vez y no hemos pasado de ahí —añadió Eleonor, a la espera de algún comentario esclarecedor.

—Un hombre de bien —dijo Maggie en un vano intento de ser sincera.

—¡De eso nada! ¡He oído algunas historias de las mujeres con las que se ha acostado! ¡Maldito sea si finge indiferencia hacia mí!

Maggie y Nancy estallaron en carcajadas.

—No es cosa de risa, ¿sabéis?

Hettie se acercó a ella y le dijo:

—Te tiene un gran respeto y puede que esté esperando el momento oportuno.

—Si es capaz de aguantarse, entonces no le impresiono tanto.

—Lady Eleonor —susurró Maggie, poniendo una mano en el brazo de Ellie —, desplegad vuestros encantos y haced esos arrumacos que tan bien se os dan.

—Basta de chácharas —ordenó Hettie—. Ordenemos las habitaciones y bajemos a casa de Mary Connelly. Nos está esperando para vestirse para la boda.

Al oír el nombre de la antigua amante de lord Northcliff, a Eleonor le entraron dudas.

—¿Mary Connelly?

Hettie se mordió la lengua y miró a otro lado.

—Los sirvientes confían en ella para el trabajo de sastrería —explicó Maggie entregándose al trabajo a toda velocidad.

—No se quedará, ¿verdad? —preguntó Eleonor.

Las doncellas no respondieron.

—¡Maldita sea su estampa! ¿Entonces se va a quedar aquí? —explotó la futura duquesa asumiendo una actitud feroz.

Hettie suspiró.

—Sí, para coser la ropa de todos, será necesario que duerma aquí y termine el trabajo cuanto antes. Pero de verdad, lady Eleonor, no veo cuál es el... —Alguien llamó a la puerta y la abrió—. ¡Excelencia!

—Quiero hablar con lady Eleonor.

Hettie abrió la puerta de par en par y él entró sin contemplaciones.

Keiran miró a Eleonor, primero a los ojos y luego más abajo.

Maggie sonrió con complicidad y se alejó apresuradamente.

Nancy se levantó haciendo una reverencia a la que él respondió con una inclinación de cabeza. Luego Nan le dijo a Eleonor con señas: *Luego nos vemos*. Salió acompañada de las dos doncellas, que, por decoro, dejaron la puerta abierta.

Keiran percibió de inmediato el enfado de la joven, pero fingió indiferencia y abrió la boca para hablar.

Pero Eleonor fue más rápida.

—¡Mary Connelly está en el castillo! ¡Y pasará aquí la noche!

Para él fue como sumergirse en el agua helada del océano. Pero ni se inmutó. Dedujo que la indomable chiquilla sabía lo de Mary.

—No entiendo qué tiene que ver eso conmigo, lady Eleonor. Ni tampoco qué tiene que ver con vos.

—¡No soy estúpida! —respondió ella, moviendo nerviosamente las manos—. Lo habrá planeado todo para esta noche.

—Tened cuidado. No añadáis ni una sola palabra más —murmuró él con el ceño fruncido.

Eleonor apretó los dientes, pero la frase que tenía en la garganta salió de golpe.

—¡No lo haréis aquí! No cuando vuestra prometida está bajo el mismo techo que esa...

—¡Se acabó! —El tono autoritario no admitía réplica y ella se asustó—. ¿Por quién me tomáis? ¿Creéis que haría algo tan vergonzoso aquí y en vísperas de mi boda? Sois descaradamente indecente.

Eleonor se arrepintió inmediatamente de sus maliciosas teorías sobre encuentros nocturnos entre el duque y Mary Connelly. Inclinó la cabeza y decidió no seguir hablando.

—Estoy aquí para deciros que he programado la ceremonia para mañana a las diez de la mañana —dijo él.

Ella se sintió aún más culpable ante tanta amabilidad.

—Gracias, habéis sido muy amable al venir en persona.

Se miraron y Eleonor apartó primero la mirada.

—Me alegro de que hayáis obedecido, incluso por adelantado.

Eleonor le miró sin comprender, pero siguiendo sus ojos azules, comprendió. Se llevó las manos al pecho y exclamó:

—¡Se me ha olvidado ponérmelas!

—No os las pongáis más.

—Lo había prometido para el día de la boda, no antes.

—Pero ahora yo os ordeno que no las llevéis más. Si veo que desobedecéis, juro que os llevaré aparte y os las arrancaré con mis propias manos. —La expresión amenazadora indicaba que él sería capaz de hacerlo.

—Me siento poco protegida. Y lord Bath...

—Yo me encargo de protegeros. Y pondré a raya a lord Bath.

—No iréis a pegarle, ¿verdad?

—¿Creéis que yo voy por ahí pegando a la gente que no me gusta?

—¡Así que a vosotras tampoco os gusta! —Eleonor se dirigió a la puerta y la cerró.

—¿Qué hacéis? Volved a abrirla.

—No, no. Esa matrona cotilla no hace otra cosa que husmear por aquí.

—¿Matrona cotilla?

—Sí, lady Georgia.

—¿Por qué matrona?

—Es tan oronda como las mujeres romanas de las pinturas o las estatuas. También debe ser así cuando se desnuda.

—Cierto —admitió Keiran.

—¿Cierto? ¿La habéis visto desnuda?

Keiran frunció el ceño peligrosamente.

—No.

—¿Y entonces por qué habéis dicho «cierto»?

—Porque me imagino que será así.

—¿Así que os la imagináis desnuda? ¡Eso no está bien, maldita sea! —se desahogó Eleonor—. ¡Pero que nada bien! ¡No deberíais imaginárosla desnuda! —exclamó situándose a un paso de él —. No digo que no debáis tener fantasías con otras mujeres, ¡pero no con ella! Mejor para eso vuestra amante, la condesa de Wilmot.

—¿Qué diablos estáis farfullando? ¿Y qué sabéis de la condesa?

—¡Oh, no pongáis esa cara! —exclamó Eleonor haciéndole un gesto de advertencia con el dedo—. ¡Primero fingís por Mary Connelly, ahora por lady Wilmot! ¡No cambiéis de tema! ¡Todas, pero no la matrona! ¡Deberíais imaginarme desnuda a mí, no a ella! ¡Muy pronto seré yo quien esté en vuestra cama, no ella!

—Basta ya. Estáis exagerando.

—No soy presumida, pero ¡qué demonios! Dicen que tengo un buen físico y desde luego soy mejor que esa matrona melindrosa.

—¡He dicho basta! ¿Quién ha dicho que teníais un buen físico? —Keiran empezaba a impacientarse y la idea de que otros hombres le hubieran dado ese reconocimiento le molestaba.

—Maggie, Nan, otros...

—¿Otros, quiénes? ¿Hombres?

—No, jóvenes.

—¿Y acaso no es lo mismo, maldita sea?

—No, para nada. De todos modos, ¡empezad a imaginarme desnuda a mí y no a ésa! — Indignada, Eleonor mantuvo las manos en las caderas, en actitud combativa.

—Sois una irremediable desvergonzada, tarde o temprano perderé la paciencia con vos.

—¿Cuándo volveréis a besarme?

A Keiran le sorprendió su atrevimiento, pero no quiso mostrárselo.

—No voy a complacer los caprichos de una chiquilla prepotente.

—No soy una chiquilla. Y quiero que me beséis... os los suplico. —Eleonor había inclinado la cabeza para ser más convincente.

—No, ahora no. Nos vemos para la cena. —Él se giró y salió.

Ella apretó los labios, demasiado enfadada para hacer frente a aquella emoción: cogió un vaso y lo arrojó contra la puerta que acababa de cerrarse.

Keiran, que ya iba por la mitad del pasillo, se detuvo, intuyendo lo que había hecho la chica. Negó con la cabeza y reanudó la marcha, molesto por el pantalón que le oprimía entre las piernas.

* * *

—¿Adónde vas con esa prisa? —le preguntó Daniel al encontrarse con él en el rellano de la primera planta. Su expresión tensa denotaba cierto descontento—. Estabas con tu hermosa enamorada, ¿verdad? —le preguntó señalando a la entrepierna.

—¡Maldita sea su estampa! ¡Esa chiquilla me pone de los nervios!

—Ya veo. ¿Paseamos un poco?

—Sí.

Caminaron, rápido al principio, luego, en cuanto Keiran se hubo calmado, el paso se volvió más moderado.

—¿Qué querías decir antes, Blake, con «me pone de los nervios»?

—Es un incordio. Sabe demasiado, habla de demasiadas cosas, demasiado abiertamente y demasiado a la ligera. Los diálogos con ella son surrealistas, y los temas totalmente inapropiados.

—Nancy me ha dicho que todo lo que sabe se lo ha enseñado lady Eleonor —mencionó Daniel despreocupadamente.

—¿Es decir?

—Nancy también sabe muchas cositas que un joven normal debería ignorar. Pero me parece bien. Me gusta que hable abiertamente.

Keiran reflexionó. Admitía que a él tampoco le molestaba oír a lady Eleonor hablar con franqueza de cosas que eran, por así decirlo, inusuales en una boca femenina.

Tal vez sólo temía que ella lo hiciera delante de los demás.

O tal vez el problema era que le gustaba demasiado.

—La verdad es que adoro como es —pronunció en voz baja casi temiendo sus propias palabras.

—Sí, eso creo —respondió Daniel.

—Y no quiero que lo sepa.

—Yo no hablaré, lo sabes. Pero no estoy de acuerdo. Tarde o temprano tienes que exponerte, Blake, y estoy seguro de que eres consciente de ello.

Keiran suspiró, negándose a reconocerlo.

—Ya veremos.

Pasearon durante un buen rato y hablaron mucho: de Eleonor, de Nancy, del inminente viaje a Oriente, de los disparos de los que él y lady Eleonor se habían librado, del incendio, de Andrew Hambrook, y de lord Bath.

Regresaron con frío, pero satisfechos de haber pasado un rato juntos.

Esa noche no se sirvió la cena formalmente: los prometidos permanecieron en sus habitaciones, al igual que Lady Northcliff y Lady Hereford.

Los Wiltshire hicieron acto de presencia en la mesa con los Bath; Roy se sentó en el asiento del duque, sufriendo una despiadada conversación llena de insinuaciones por parte de lady

Georgia; St. James, cortés como siempre, conversó con todos, pero sólo tenía ojos para Nancy Jane y su intrigante escote transparente.

* * *

24 de diciembre de 1811

—¡Kein, no deberías estar aquí! —exclamó lady Northcliff.

—Tengo que verla a solas un momento, así que esperad dentro de la capilla —les ordenó con tono autoritario.

Su madre y lady Hereford se apartaron, y tras ellas se vio por fin a Eleonor.

Todo había sido adornado con ligeras cintas de raso y flores del invernadero.

—Lleváis puesto el *plaid* de los MacKendrick —dijo el duque, mirando a la muchacha con admiración.

—Espero que lo aprobéis —murmuró Eleonor, observando las piernas desnudas del duque que asomaban por debajo del kilt.

Él se lo confirmó con satisfacción.

—Os lo había prometido —dijo, abriendo un saquito de terciopelo negro. Rebuscó en su interior, esforzándose por no revelar la incomodidad que sentía cada vez que entraba en contacto con la preciada joya. Sujetando la cadena de oro entre los dedos, dejó caer hacia abajo el colgante de oro finamente decorado. Aun y todo, captó vibraciones negativas.

Eleonor lo reconoció al instante y se llevó impetuosamente las manos a la cara en un gesto de asombro. Era la joya que había pertenecido a su madre.

Keiran esperó a que lo cogiera, pero la muchacha estaba tan excitada que no podía moverse. Entonces abrió el gancho y se agachó para colocarle la cadena alrededor del cuello. Olió su aroma a rosas mientras rozaba la blanca piel de su cuello. Se apartó para mirar la joya, que caía justo por encima del borde de su escote.

Eleonor lo contempló, sintiendo una emoción indescriptible por todo lo que le estaba ocurriendo, y buscó apoyo en aquellos ojos azul oscuro.

Inesperadamente, Keiran sonrió.

—Todo saldrá bien —le susurró.

El duque entró y lady Hereford se situó junto a Eleonor para acompañarla al altar.

La capilla estaba fría y Eleonor temblaba. Por supuesto, su frágil estado de ánimo no ayudaba, pero levantó la cabeza y no permitió que se dudara de ella.

Reinaba el silencio, a pesar de la presencia de los niños, alineados con compostura en sus elegantes atuendos.

En el altar, el padre Saunders esperaba con su habitual y serena sonrisa, y en cuanto los novios estuvieron frente a él, dio comienzo a la ceremonia, haciendo resonar el melodioso sonido de su voz en el interior del sagrado recinto que hacía años que no presenciaba un rito religioso tan importante.

Keiran escuchó atentamente cada palabra y pensó que si alguna vez un hombre debía tener una fe, ésta debía ser católica. Se dio cuenta de que la sangre de su abuela llenaba sus venas más de lo que él pensaba y se alegró de la elección que había hecho.

Las vibraciones que lady Eleonor emitía le indicaban lo agitada que estaba, aunque nadie se lo hubiese imaginado mirándola. Lo que él sentía provenir de ella era una emoción intensa, causada por la importancia que aquel rito tenía para ella: el matrimonio como la unión de dos personas que se quieren y se aceptan incondicionalmente.

El momento de los votos fue el más emotivo para ambos.

Keiran repitió las palabras después del padre Saunders, y no podía apartar los ojos de los verdes de Eleonor, como si en su corazón intentara capturar aquellas frases y hacerlas realidad.

Eleonor pronunció las mismas palabras, en un murmullo suave y conmovido pero absolutamente audible y confiado, sin dejar de mirarle.

Cuando el sacerdote dio la bendición y el permiso para el beso, ambos se quedaron mirándose durante unos segundos, creando un momento de expectación entre los presentes.

Obviamente, fue Keiran quien tomó la iniciativa e, inclinándose justo hacia delante, la besó..

Embargada por un afectuoso impulso de gratitud, Eleonor se aferró a él con ambas manos y lo abrazó con fuerza, tanto como pudo, ocultando el rostro en su chaqueta.

—Gracias, no sé cómo decíroslo, gracias —repetía con la voz quebrada por el llanto.

Keiran la estrechó, nada sorprendido por aquel gesto espontáneo. De hecho, sintió una inesperada emoción.

Después de que las mujeres intercambiaran las frases y los besos de rigor, entre ojos llorosos y sonrisas, el duque y la duquesa de Northcliff se dirigieron al corazón del castillo, donde el almuerzo nupcial había sido preparada cuidadosamente por la duquesa madre, ayudada por sus nobles amigos, sus invitados.

Todos tomaron asiento en un eufórico ambiente festivo, entre divertidas charlas y risas.

Todos excepto lady Georgia, que no podía dejar de imaginarse en el lugar de Eleonor, maldiciendo a la nueva duquesa y el destino que le había sido adverso. Sus padres, lord y lady Bath, parecían totalmente tranquilos, evidentemente más experimentados en simular sentimientos y emociones que bajo ningún concepto sentían.

El almuerzo fue sencillo y el menú servido, exquisito. Se trataba de un refrigerio organizado sólo para celebrar, porque en realidad no existía la costumbre de un verdadero almuerzo diario.

Eleonor comió muy poco y Keiran, aunque estaba en el otro extremo de la mesa, lo notó.

Miró a su alrededor, aturdida y confusa, y al darse cuenta de que era duquesa y estaba sentada en el lugar de lady Northcliff, se sintió incómoda. Su sonrisa era tensa mientras mil dudas comenzaban a asaltarla. Converso cortésmente con los comensales más próximos, logrando perfectamente su intento de parecer tranquila y confiada. Esperaba complacer a su marido, aunque era consciente de que seguramente el habría adivinado su verdadero estado de ánimo.

—Excelencia, los niños piden permiso para saludaros. —Ramsay le había hablado, inclinándose apenas hacia adelante.

Eleonor no le respondió.

—Excelencia, los niños piden permiso para saludaros.

Su mente vagaba a la deriva mientras imaginaba lo que ocurriría en las próximas horas.

—¿Excelencia? —lo intentó pacientemente Ramsay.

Nancy intervino expresándose con signos.

—*¡Ellie! ¡Te hablan a ti! ¡Despierta!*

Eleonor miró por último al mayordomo que tenía al lado.

—Disculpadme.

—Soy yo, excelencia, quien debe disculparse por haberos molestado, pero los niños piden permiso para saludaros.

—Que entren, gracias.

Annis, bien ataviada con su sencillo y elegante vestido, acercó a Caroline y Jonathan a Eleonor, cogiéndolos de la mano, mientras Beyruud permanecía un poco apartada, como siempre hacía.

—Buenas tardes —dijo Eleonor sonriente.

—Buenas tardes, excelencia —respondieron a coro.

—Acercaos. —Eleonor se levantó, y sin pensárselo, se agachó para hablarles—. Habéis estado estupendos, incluso en la capilla —susurró.

—¿Puedo hacerme católica yo también? —preguntó Caroline.

—Ya veremos.

—¿Qué e católica? —masculló Jonathan.

—¡Eres demasiado pequeño, tú! Te lo explicaré más tarde —dijo Caroline con aires de sabihondilla—. Cuando estemos solas, ¿puedo llamarte por tu nombre? ¡El duque ha dicho que sí!

—Entonces, si lo ha dicho el duque... Ahora marchaos. Mandaré que os llamen para buscar el tronco de Navidad. —Besó a los tres y le dedicó una sonrisa a Annis, que hizo una reverencia y se alejó con ellos.

Sin embargo, Caroline seguía mirando insistentemente al duque, sin duda deseosa de saludarlo.

Eleonor se ablandó y no pudo resistirse.

—Annis, que los niños saluden a su excelencia, por favor.

Keiran permaneció impasible ante aquella orden, pero cuando Caroline se acercó, giró su silla y la tomó un momento en brazos.

—Estoy muy contenta de que ella sea tu esposa. Yo también quiero ser católica —murmuró la niña. Le dio un beso y se bajó.

Jonathan estiró sus bracitos y Keiran lo subió.

—Yo luego coho el tronjo contío y con Lillinor, ¿vale?

—Lo ha dicho lady... ¡Lady Northcliff! —exclamó Caroline.

—Entonces, si lo ha dicho la duquesa, está bien.

El pequeño batió las palmas, Keiran lo dejó en el suelo y dirigió a Annis una mirada cómplice.

Los dos se sonrieron

A Eleonor no se le escapó nada.

* * *

—Hola, Hugh.

—Hola, Maggie.

—¿Adónde vas?

—No es de tu incumbencia.

—Yo bajo a ayudar a lady Nancy. Todos se cambian de ropa para ir a buscar el tronco. —Maggie miró a su alrededor para ver si había alguien y se acercó a él—. A la noche iré a verte.

—No.

Maggie se sintió mal por ese rechazo.

—¿Por qué no?

—Estoy ocupado. —Hugh la rodeó y se alejó.

La muchacha lo miró alejarse, demasiado consternada para responderle.

* * *

—¡Hettie!

—¿Sí, Eleonor?

—¡Mira! —Eleonor señaló el corpiño de su vestido nuevo—. No me siento cómoda saliendo así.

—Está muy bien.

Maggie, extrañamente, no hablaba.

Nancy soltó una risita al ver a Eleonor preocuparse por un escote que cualquiera habría calificado de normal, ignorando obviamente las razones por las que su prima insistía en parecer más recatada.

—¿Maggie? ¿Qué te pasa? —preguntó Eleonor, mientras se ajustaba más el vestido.

—No le hagáis caso a ella, Eleonor —respondió en su lugar Hettie—. Parece que esta vez sí que está enamorada, pero él no le presta atención.

—¿De veras? —Eleonor se mostraba sorprendida.

—¡Lady Ellie, es un desastre! —lloriqueó Maggie—. No sé qué hacer. Él sólo me quiere para...

—¡*Tener sexo!* —terminó por ella Nancy remarcando las palabras.

—¡Te estás convirtiendo en una descarada, Nan! —le reprochó Eleonor.

—¡Maggie! ¡Ya no es lady Ellie! —dijo Hettie.

—Ah, es verdad. Disculpad.

—No importa, Maggie. ¿Quién es?

—Hugh Foster.

—¿El marinero de su excelencia, verdad?

Maggie se lo confirmó.

—¿Quieres que hable con mi marido...? ¡caramba!, ¡qué extraño es decir «mi marido»! Te decía, ¿quieres que le diga que hable con él?

—No, no, gracias. Quizás sea el castigo que merezco por haber tenido demasiados amantes.

—Si cambias de idea...

—Gracias, lady Ellie... Lady Northcliff.

Alguien llamó a la puerta y Mrs. Brodie se asomó con su habitual y cariñosa sonrisa en su rostro maternal.

—Excelencia, disculpadme, pero en cuanto bajéis daré orden de trasladar vuestras pertenencias al aposento principal.

Eleonor se dio cuenta de que ahora ella era la duquesa y que ocuparía el aposento del duque, según lo acordado con él. En realidad, ya debería estar allí. Se dio cuenta de que había cometido un error.

—Nan, espera abajo, por favor. Tengo que hablar con Mrs. Brodie.

En cuanto se cerró la puerta y se quedaron solas, el ama de llaves dijo:

—Lord Northcliff está sorprendido de no haberos encontrado ya en vuestros aposentos.

—¿Sorprendido? ¡Decid que estaba molesto! ¡Ya me lo imagino!

—Así es... si me permitís la expresión, sí, estaba molesto.

—¡Se me había ido el santo al cielo, Mrs. Brodie! Debería haber dado las órdenes oportunas antes de la celebración, ¿no?

—Creo que sí, excelencia.

Eleonor suspiró y se dejó caer en una silla, abatida y desmoralizada.

—No soy tan buena como le gustaría, me ahogo en un vaso de agua.

—No, lady Northcliff, no habléis así. Tenéis que acostumbraros, eso es todo. Mirad. Le diré al duque que ha habido un malentendido: vos distéis órdenes para que trasladaran vuestras pertenencias a su debido tiempo, pero hubo un malentendido entre algunos criados.

—¡No! —exclamó Eleonor—. No, Mrs. Brodie. El error fue mío y no permitiré que otros sufran las consecuencias. Se lo explicaré a lord Northcliff en persona. —Se levantó y salió de la habitación.

El ama de llaves la siguió.

—Mrs. Brodie, voy a necesitar vuestra inestimable ayuda en el futuro, lo habréis comprendido —dijo Eleonor, deteniéndose un momento para mirar a la mujer con ojos suplicantes.

—¡Será un inmenso honor para mí, lady Northcliff! Seré vuestra guía todo el tiempo que deseéis.

Eleonor depositó impetuosamente un beso en la suave mejilla de la asombrada ama de llaves.

—¡Gracias! —Bajó rápidamente los escalones de la primera planta, recorrió el pasillo que conducía a la habitación del duque, casi corriendo, y allí se topó de bruces con él—. ¡Oh! ¡Disculpadme, lord Northcliff! Venía a veros para...

—¿Disculpadme? ¿Lord? Teníamos un acuerdo: tono informal. Así que, repítelo todo, Eleonor —dijo Keiran, observando lo bien que le quedaba el vestido nuevo.

Eleonor tardó un par de segundos en comprender, cautivada por el maravilloso sonido que producía su voz al pronunciar su nombre.

—Repítelo todo, he dicho.

—Discúlpame. Venía precisamente a... verte.

—¡Ya era hora de que lo hicieras! Exijo una explicación de por qué no te has mudado todavía. —dijo Keiran lentamente, señalando con un gesto de la cabeza la puerta justo detrás de él.

—Una negligencia mía, lord Northcliff. —Vio que las cejas de su marido se enarcaban—. Una negligencia mía, Key.

—¿Key?

—¿No puedo llamaros... llamarte Key?

—Es ambiguo.

—¿Perdón? No lo entiendo.

—Mejor. Entonces, ¿me decías?

—Es un error mío y te pido disculpas. Olvidé dar las órdenes pertinentes. Cuando volvamos del bosque, encontrarás todo en su lugar.

Keiran se quedó satisfecho. Luego añadió lacónicamente:

—Demasiado escote.

—¿Qué? —Eleonor se sintió humillada—. ¡Sabía que no iba a ser adecuado! Pero vos me ordenasteis...

—¿Vos?

—¡Tú me ordenaste que me quitara las vendas! ¡Yo no quería! Y ahora que todo el mundo nos está esperando... y normalmente tardo al menos diez minutos en envolverme bien... y a saber si luego...

Sabiendo que cuando empezaba a hablar a trompicones era difícil detenerla, Keiran la cogió de la mano y la arrastró hasta el saloncito que había antes de su habitación, cerrando la puerta.

—A mí no me grites.

—¡Maldita sea! —explotó ella dando un pisotón en el suelo—. ¡Por eso me las ponía, esas condenadas vendas! ¡Me miran! ¡Y me siento incómoda!

—Sólo he dicho que llevas demasiado escote.

Eleonor se miró y con gestos nerviosos intentó subirse el borde de su vestido verde oscuro.

Keiran avanzó lentamente y retiró las manos de Eleonor.

—Deja de tocar.

Se puso roja de vergüenza y estuvo a punto de llorar.

Keiran levantó la tela con delicadeza, pero enseguida se dio cuenta de que no había solución.

En realidad, cuanto más la miraba, más convencido estaba de que su joven novia llevaba muy

bien aquel vestido. Puede que, después de todo, estuviera exagerando, y se resistió obstinadamente para no admitir ante sí mismo que le gustaba más de lo que debía.

Aunque Eleonor carecía de experiencia directa, supo reconocer una vaga señal de rendición en sus ojos, sintiéndose finalmente victoriosa.

Estaba dispuesta a todo para conquistar al hombre que había amado durante años, aunque el miedo a intimar con él la aterrorizaba.

—Te lo había dicho, Key. O las vendas o esto. —Sonrió amablemente, inclinando la cabeza —. No puedo salir así. Tienes toda la razón. Creo que me cambiaré de ropa. Le he dicho a Hettie que no la necesitaría hasta dentro de una hora. Así que si no te importa, ¿podrías ayudarme a hacerlo?

—No, no vas a cambiarte de ropa, y mucho menos voy a ser yo quien te ayude. Vámonos. — La tomó de la mano y la sacó a rastras, por el pasillo y las escaleras. En cuanto estuvieron abajo, Keiran cogió la capa que Ramsay le entregó y en un rápido gesto se lo puso.

En el vestíbulo, todos los esperaban.

Roy entretenía a lady Georgia, Alice y Nancy escuchaban a Daniel, los niños junto con Annis y Zaynab reían entusiasmados.

Ramsay ayudó a lady Northcliff a ponerse la capa y ella se lo agradeció. Luego miró a Mrs. Brodie y dijo:

—¿Serías tan amable de trasladar todo a la habitación de su excelencia?

—Por supuesto, lady Northcliff.

—Gracias.

Keiran cogió el brazo de ella bajo el suyo.

—Debemos saludar a la duquesa madre, a lady Hereford y a las demás.

Todos vieron al duque detenerse para mirarla a la cara.

—Tienes razón. Roy, en marcha. Os alcanzaremos. —Se dirigieron al salón rosa y regresaron en un minuto. Los demás se habían ido.

—Hasta luego Ramsay —se despidió Eleonor.

—Disfrutad, excelencia.

Hacía frío fuera, pero con un paso rápido entrarían en calor.

—No estoy segura de lo que esperáis... de lo que esperas de mí cuando estemos en público.

—Ya hemos hablado de eso, Eleonor.

—¿Así que te llamaré por tu nombre incluso en público?

—Exacto. ¿Qué es lo que no te queda claro?

—Nada, nada. —Eleonor había retirado oportunamente el brazo para distanciarse de él: no quería que comprendiera sus pensamientos e intenciones. Fingió arreglarse un guante para tomarse su tiempo—. Sólo que pensaba que podrías haber cambiado de idea.

—Yo nunca cambio de idea. Pensé que lo había dejado claro cuando te pedí que te casaras conmigo.

—¡Te pedí que te casaras conmigo!

Keiran se detuvo y la fulminó con una mirada amenazadora..

—Tú me hiciste una propuesta de negocios. Yo te pedí que te casaras conmigo. Entonces, te decía que las condiciones no han cambiado: seremos una pareja feliz y compenetrada y nadie tendrá dudas sobre nuestra relación, vaya como vaya en privado. ¿Está claro?

—Clarísimo. —Eleonor sonreía satisfecha: no le gustaba la idea de pasar por una esposa que no podía hacer feliz a su marido.

Lo miró de soslayo, encontrándolo tan atractivo como siempre; las pestañas negras

contorneaban los ojos azules, la nariz era recta y el trazo masculino de la mandíbula denotaba una sombra de barba oscura; una pequeña cicatriz allí mismo, junto a la barbilla, estaba como dibujada con un lápiz claro. No pudo resistirse y se la tocó.

Él se dio la vuelta.

—¿Y ésa cómo te la has hecho?

—Afeitándome.

—¡No es cierto! —rio ella, esbozando una sonrisa—. ¿Cómo?

—*Yambiya*. Es un cuchillo con una hoja curva, muy afilado.

—Lo habré visto en una foto, en un libro, no me acuerdo. Explícame, por favor.

—Los pueblos árabes lo usan mucho. Para defensa personal o en duelos cuerpo a cuerpo.

—¿Lo has usado para afeitarte? —se burló ella.

—La verdad es que no.

Eleonor abrió los ojos de par en par.

—¿Un duelo?

Él asintió con la cabeza.

—¡Cuenta!

—No.

—¡Sí! ¡Cuenta!

Keiran agitó la cabeza exasperado.

—Por favor, Key...

—Nada importante. Un duelo con un musulmán.

—¿Dónde? ¿Por qué?

—Eres demasiado curiosa.

—Por favor, dímelo. —le suplicó ella colgándose de su brazo con las dos manos.

El grupito estaba delante de ellos y de vez en cuando alguien se volvía para mirarlos, burlándose de ellos porque se apartaban a propósito como dos enamorados.

—En Abu Dabi, hace un par de años. Por una chiquilla. La metieron en mi tienda para tenderme una trampa.

—¿Quién?

—El hermano. Quería obligarme a desposarla.

—¿Por qué?

—Quizá te cuente el final de la historia en otra ocasión.

—¡Quizá lo cuentes ahora! Te lo suplico... —Eleonor se apoyaba en él con ojos suplicantes.

—No es un cuento para una chiquilla.

—¡No soy una chiquilla!, ¡y lo sabes! ¿Por qué quería que la desposaras?

Keiran pensó que, después de todo, ella sabía muchas cosas por sus lecturas, así que se convenció a sí mismo para hablar.

—Estaba embarazada.

—¿Qué? ¿La dejaste embarazada?

La fulminó con la mirada por semejante suposición.

—Yo no, evidentemente.

Eleonor no dijo más.

Caroline y Jon habían escapado al control de Annis y Zaynab, y corrían hacia ellos, hundiendo sus piececitos en la nieve.

—¡Ya llegan! —dijo Eleonor preparándose.

—¡Duque! ¿Dónde cogeremos el tronco?

—En el bosque.

—Oh, no me gusta ir allí. Tus hombres hablan de sombras oscuras. No, no me gusta el bosque.

—¿Mis hombres o el Moro?

—¿El Moro? ¿Quién es el Moro? —preguntó Eleonor.

—El Moro es un marinero musulmán —exclamó Caroline en un intento de no responderle a Keiran —, un poco moreno de piel, pero no mucho como mamá Zaynab. ¡Reza sobre una alfombra en el suelo!

—Caroline. ¿Mis hombres o el Moro? —repitió Keiran.

—El Moro —respondió finalmente la niña, agachando la cabeza.

—No hay sombras en el bosque. Pero si las sombras te incomodan, no nos adentraremos demasiado.

—Vale, duque. ¿De qué tamaño será nuestro tronco? ¡Jonathan! ¡Deja de arrojar nieve! Ellie, ¿es verdad que ahora te sentarás en el asiento de la duquesa para siempre?

—Caroline. Ahora la duquesa es ella.

—Oh, perdón, ¡te he llamado Ellie y no se puede hacer! —Caroline reía divertida.

—No importa. Sí, parece que yo ocuparé su lugar.

—¿Sabes que yo también tengo sangre noble? Mi mamá era...

—¡Caroline! —Annis la había interrumpido y Eleonor intuyó que la muchacha quería evitar que la niña hablara de ese tema.

—¡Vamos a lanzar bolas de nieve con Beyruud! ¡Vamos, Jonathan! ¡Ven con nosotros! —exclamó Caroline, ya ajena a lo que estaba diciendo.

—¡No! ¡Kein cóheme en braso! —El niño extendió sus brazos hacia Keiran, que inmediatamente lo cogió—. Yo cansao. Llegamo y luego tú me baja. ¿Vae?

—Vale —le respondió Keiran.

El pequeño se aferró a él y, con un gesto al que ya se había acostumbrado, empezó a acariciarle la mejilla.

Eleonor le había visto hacerlo varias veces y le encantaba observar cómo Key también disfrutaba con aquel gesto infantil.

—¿Kein?

—Sí, Jon.

—¿Cuándo jugamo con la neve? A mi guta tira neve.

—Más tarde, más tarde.

Caminaron hasta el linde del bosque, donde habían esquivado los disparos.

Eleonor escudriñó a su alrededor, notando que todo parecía diferente bajo aquella blancura. Afloraron recuerdos de aquel día, pero curiosamente, lo que más vívidamente le vino a la mente fue el frenético paseo a lomos de Darken.

Keiran comprendió de inmediato dónde estaban sus pensamientos.

Nancy estaba embelesada y les confesaba a Daniel y Alice que intentaría retratar aquella maravillosa y siniestra vista en una acuarela.

—Tendrás que convertirte en carboncillo para hacerlo —intervino Eleonor—. Este lugar es tan inquietante, aunque las sombras cambien tanto. —De hecho, la nieve hacía que el paisaje fuera insólito, porque el blanco daba tonos más claros incluso a los rincones más sombríos.

Jonathan bajó y Keiran le cogió de la mano y empezó a pasear.

—¡Duque! ¡Duque! ¡Lo he encontrado! ¡Es un leño grandísimo! ¡Ven! —gritó Caroline.

Todos se acercaron, mirando perplejos el tronco que yacía en el suelo medio cubierto de nieve.

—Caroline, el tronco que necesitamos tendrá que ser mucho mayor —le explicó Keiran.

—¿Mayor aún? ¿Pero cómo lo llevaremos? ¡No soy lo bastante fuerte!

—Tú encuentra un leño bien grande que nosotros lo transportaremos —le dijo Roy que se divertía ante el asombrado rostro de la niña.

Caroline se puso a buscar y Jon, que había dejado la mano del duque, cogió la de Eleonor.

—¿Estás contento, Jonathan? ¿Te gusta estar aquí?

El pequeño asintió con la cabeza.

—Me guta lanza la neve. ¿Vene a juga conmío? ¡Vamo! —La tiró hacia un montón de nieve fresca, y empezaron a hacer bolas de nieve para lanzárselas a Nancy, Alice, Beyruud y Caroline. El inocente juego de Jon se convirtió en una alegre y bulliciosa batalla.

Solo los hombres no participaban, ocupados en la búsqueda del tronco.

Eleonor miró a Keiran, siempre serio.

—¡Caroline y Jon! ¡Vamos a atacar al duque!

—¿Podemos? ¿De verdad?

—Sí, Caroline, podéis. Tenéis mi permiso. También el de Roy y St. James, evidentemente.

A los niños no hubo que repetírselo. Lanzaron un sinfín de bolas de nieve, atrayendo la atención de todos.

Roy agarró a Caroline fingiendo que le comía la pierna, tirándose al suelo con ella.

Daniel, alcanzado en la cara, se dio cuenta de que no procedía de los niños, e inmediatamente miró a Nancy.

—¡Habéis sido vos! Entonces... ¡esto es la guerra!

Keiran parecía desconcertado, deseoso de lanzarse, pero al mismo tiempo tenaz en su seriedad.

—¡Key! ¡Key! —lo llamó Eleonor.

—¿Key? ¿Te llama Key? —le preguntó Daniel, esquivando una bola lanzada por Alice.

—Sí.

—Es ambiguo.

—Lo sé.

Eleonor se cansó de esperar y le lanzó con fuerza, alcanzando a Keiran en el pecho.

—¿Ahora vienes?

Su inoportuna esposa trataba de atraerlo, mientras que a él le hubiera gustado mantener una cierta reserva. Caroline trotaba a su alrededor, escapaba de las garras de Roy y lanzaba nieve, imitada por Jon. Sólo deseaban jugar con él. Beyruud soltó una risita, anticipando la inminente diversión, sus ojos negros no dejaban de seguir a los más pequeños.

Keiran se ablandó ante el deseo de los niños de que se quedara un poco con ellos y, agachándose para recoger la nieve, empezó a lanzar pequeños e inofensivos puñados, persiguiéndolos y fingiendo que caía alcanzado, para luego levantarse de repente y sorprenderlos.

Las risas inundaban el bosque y la alegría había invadido todos los corazones.

Excepto el de lady Georgia, que se mantenía alejada de los demás, sentada en un tronco.

Ya cansados y empapados, algunos empezaron a sentarse sobre la nieve, exhaustos.

Los niños yacían sobre Keiran, tumbados en el suelo, con las cabezas hundidas en la blanca y gélida nieve.

—Creo que ya es suficiente —sentenció él. Limpió a los pequeños con la ayuda de Beyruud, y a continuación Zaynab y Annis se adelantaron para tomarlos en brazos—. ¡Excelencia! ¡También estáis empapado! —exclamó Annis.

—No importa, Annis —respondió, sonriendo a la muchacha que había visto crecer—, pero ellos están calados y comienza a hacer frío.

—Tenemos una muda limpia, estad tranquilo. —Annis le sonrió y se alejó con Zaynab y los niños.

Keiran se volvió instintivamente hacia Eleonor, sintiendo su mirada.

Ella estaba de rodillas sobre la nieve, con la cabeza mojada, donde unos largos mechones se habían soltado de su peinado. Sonreía, pero él se daba cuenta de que estaba reflexionando sobre su intercambio de miradas con Annis. Comprendía demasiado, su joven esposa, lo cual era extraño, porque nunca antes una mujer había captado de inmediato ciertas sensaciones relacionadas con él. Se acercó a ella, mientras se pasaba los dedos enguantados por la cabeza, salpicando gotas de agua por todas partes.

—Tienes el cabello completamente empapado —le confirmó Eleonor.

Él le ofreció sus manos y tiró de ella hacia arriba, sin responder. Le sacudió la capa y le pasó las manos por la falda y el corpiño. La miró y, sin pensarlo, le colocó un mechón detrás de la oreja.

—Tú también lo tienes mojado.

—Lady Northcliff —intervino Roy, enfatizando en el título y echando un vistazo a Keiran para hacerle notar que no llamaba a Eleonor por su nombre—, busquemos el tronco. ¿Me hacéis el honor de acompañarme?

Eleonor aceptó el brazo de lord MacKendrick y le sonrió a Keiran, lanzándole una última mirada antes de alejarse. Notó el descontento de lady Georgia e intuyó al vuelo que la joven debía estar interesada en Roy, ahora que el duque ya no estaba en el mercado.

Apenas se alejaron, dijo en voz baja:

—Roy, lady Georgia parece atraído por vos, ahora que Key ya no está disponible. ¡Santo cielo! ¡Vuestra capa está empapada!

—¿Key? Es un apodo un tanto ambiguo —comentó él, pasándose una mano por el hombro donde aún quedaba algo de nieve—. ¿Os habéis visto? Tenéis el pelo mojado.

—Sí, lo sé. ¿Apodo ambiguo? ¿Qué queréis decir?

—No importa, Eleonor.

—También Key ha dicho ambiguo. ¿Me lo explicáis?

—¿Yo? ¡Ni hablar! ¡Pedídselo a él! ¿Qué decíais de lady Georgia?

—¿Os gusta?

—En absoluto, pero ella ahora es mi sombra desde que ha comprendido que con Kein no tenía ninguna esperanza.

—Sed gentil con ella. Me da un poco de pena.

—Pero, ¿no habíais dicho que era antipática?

—Sí, pero eso no es motivo para alegrarse de la desgracia ajena. En realidad, nunca hay motivo para disfrutar del dolor ajeno.

—Sois una buena mujer y muy católica.

—¡Me tomáis el pelo!

Roy rio.

—Bromas aparte, os admiro por ese altruismo. Kein adora vuestro carácter: él también odia la injusticia y ama los corazones sinceros y honestos.

—A mí nunca me lo ha dicho. Al contrario, parece luchar contra sí mismo para frustrar cada instinto que le impulsa hacia mí.

—Tiene miedo.

—¿De mí?

—Sí y no. Ya os habéis dado cuenta de que se siente muy atraído por vos. Sin embargo, tiene

miedo de dejarse llevar y de cometer errores. Es duro por fuera, pero por dentro...

—Entonces encontraré una manera de entrar en él.

—Lo conseguiréis, no tengo ninguna duda.

Se agacharon para atravesar unos arbustos con ramas secas y cubiertas de nieve. Parecían elaborados bordados.

—¿Ése? ¿Demasiado pequeño?

—Oh, me temo que sí.

Se adentraron entre unos árboles que cruzaban densamente sus ramas.

—He notado, cuando habéis bajado con Kein, un cambio agradable en vuestra persona —afirmó Roy—. Os sienta mejor un vestido, digamos de la talla correcta. Y sin duda se ajusta a vuestros colores.

—¡Gracias! ¡Sabed que el gruñón de vuestro hermano dijo que era demasiado escotado! —estalló Eleonor, deteniéndose para mirar a Roy a la cara.

Ante tal revelación Roy se echó a reír.

—¡Desde luego, estáis hechos el uno para la otra!

—¿Qué es lo que os hace tanta gracia?

—Es ese gruñón e inquietante hermano mío el que me hace reír. Pero no se lo digáis.

—De hecho, ha tomado las de Villadiego en cuanto le he dicho que le contentaría y me cambiaría de ropa, pero como Hettie no estaba, se suponía que él debía ayudarme.

Roy rio de nuevo.

—¡No le deis tregua, Eleonor! —y se calló, al darse cuenta de que había hablado con mucha libertad—. Disculpadme, con vos es fácil perderse con las palabras. ¡Sois tan espontánea que uno se olvida de que sois una mujer!

—¡Oh, Roy! ¡Dejad de comportaros conmigo como si fueseis un dandi!

* * *

Georgia había odiado a lady Eleonor desde su primer encuentro unos años antes.

Había temido desde el principio que tras la belleza de la muchacha de cabello rubio miel se escondiera una tigresa voraz, inteligente y astuta, que se interpondría en su camino hacia el duque. Y no se había equivocado. Esto la colmaba de odio y rabia, pues si podía soportar contentarse con un joven apuesto, como lo era lord MacKendrick, como marido, no podía soportar no haber experimentado nunca la embriagadora sensación de hacer el amor con lord Northcliff.

Ahora esa falsa ingenuidad de la nueva duquesa catalizaba la atención de todos, a pesar de sus rarezas, y cuanto más transgredía con esa cara de ángel, más se la apreciaba por su sinceridad y lealtad.

Estaba segura de que era fingido. Si había sido capaz de atrapar a un semental como el duque de Northcliff, significaba que ya se había acostado con él. No sólo eso, sino que además debía de ser buena en la intimidad, porque de lo contrario un hombre tan duro como él nunca se habría dejado atrapar.

Sólo le quedaba demostrarle al duque que era mejor que ella.

Así que, en cuanto lord MacKendrick se separó de lady Northcliff, ella olvidó su intención de casarse con el hermano del duque, y sobre todo las amenazas de su padre, y se acercó a lord Northcliff sonriente e ingenua.

—Excelencia, nosotros podríamos buscar por allí —dijo, señalando al lado opuesto al que tomaba Eleonor—. Yo no me aventuraría a alejarme sola con toda esta nieve.

Keiran le hizo un gesto para que lo siguiera y se adentraron en la espesa y seca vegetación del

bosque, donde todo estaba silencioso y cubierto de nieve.

—Me alegro de que encontraseis a la duquesa correcta.

—Gracias, lady Georgia, sois muy amable.

—Sin embargo, no puedo negar que esperaba ser yo. Después de todo, ya lo habíais entendido.

—Era imposible no entenderlo, lady Georgia. Me lo habéis dicho claramente muchas veces, una de ellas hace sólo unos días —respondió él con sinceridad.

—Tal vez haya sido insistente, siempre he creído que había un sentimiento entre nosotros, una complicidad amistosa.

—Una amistad puede durar incluso después del matrimonio, lady Georgia. Mientras sea sana y sincera.

—Me alegra oír que opináis como yo —exclamó ella, deteniéndose deliberadamente para obligarle a mirarla.

Keiran la miró un momento y leyó en aquellos ojos un rastro de combatividad nunca reprimida. Comprendió que lady Georgia tramaba algo y sospechó que se trataba de Roy.

—Un hombre y una mujer pueden compartir mucho en una amistad, lord Northcliff.

—Sí, así es.

—Puede ser el amor por la pintura o la música. O quizá confidencias y consejos. A mí me ocurrió que me llevaba muy bien con un joven, no diré su nombre, por supuesto, estaba locamente enamorado de mí, pero no acepté su cortejo. Ahora hablamos de todo, nos confiamos todo y si él necesitara, digamos, apoyo y ayuda, yo se la daría.

—Sois muy generosa y de mentalidad abierta, lady Georgia, una cualidad que se ve muy poco.

—Sí, tengo una personalidad altruista y me gusta consolar a los amigos que están en apuros, aunque sea físicamente.

Keiran se llamó a sí mismo estúpido por no darse cuenta inmediatamente de adónde quería llegar con esto. Y Roy no tenía nada que ver.

Georgia se acercó a él.

—A veces soy tan generosa como para... ofrecerme a los verdaderos amigos para darles unos momentos de consuelo, para estar juntos. —Ella lo miraba embelesada y, al ver que él no reaccionaba, desató su propia capa, dejando al descubierto un vestido color crema con un corpiño ajustadísimo—. También puedo ser vuestro consuelo y tened por seguro que sabré sorprenderos —había susurrado con un encanto vulgarmente intrigante.

Keiran pensó que si lady Georgia hubiera sido una prostituta de algún lujoso lupanar, lugares que él no frecuentaba, la habría seguido hasta el dormitorio. Sin embargo, la certeza de que era una muchacha noble y que desempeñaba un papel que claramente no le convenía le produjo una fuerte sensación de náusea.

—Os agradezco vuestra magnanimidad, lady Georgia —dijo, cogiendo los cordones de su capa y cerrándosela de nuevo, con mucho cuidado de no tocarla—, pero no me gustaría restar energía que seguramente os será de mayor utilidad para amigos más necesitados que yo. —Le hizo un gesto para que se moviera primero, pero ella permaneció inmóvil.

—Comprendo. Ciertamente éste no es el lugar —susurró ella—. Pero para vos mi dormitorio estará siempre abierto. He visto cómo me mirabais. Estoy convencida de que vendréis a verme una de estas noches, y estoy igualmente segura de que os complacerá cómo puedo entreteneros.

Se dio la vuelta y se alejó con la cabeza bien alta. Estaba segura de que ningún hombre podría resistirse, ni siquiera él.

Casi habían llegado al punto de donde habían partido, y Keiran oyó que Daniel gritaba:

—¡Blake! ¡Tal vez tenga el tronco perfecto para ti! —Luego pasó junto a Lady Georgia, con

ganas de marcharse, y se dio cuenta de que Eleonor le miraba, avanzando con Roy a su lado.

* * *

Eleonor y Roy retrocedieron y escucharon desde lejos:

—¡Blake! ¡Tal vez tenga el tronco perfecto para ti!

—¿Lord St. James?

—Sí, Eleonor, era Daniel. Vayamos.

En el lugar encontraron a todos menos a Keiran y lady Georgia, que llegaban desde lejos; en un momento Keiran se adelantó a la mujer, con un movimiento que a Eleonor le pareció de fastidio. Ella los miró, sintiendo cierta decepción.

El grupo se reunió en torno al gran madero.

—Veamos, Daniel, qué has encontrado —dijo Roy—. Pues sí, la verdad es que es bastante grande, ¡quizá demasiado! —exclamó riéndose.

—¿Podemos cogerlo, duque? ¿Podemos? ¿Podemos? —Caroline palpaba el tronco con sus manitas. Estaba sin guantes, porque, como de costumbre, los había dejado tirados en el suelo y Zaynab se los había recogido.

El duque se adelantó.

—Felicidades, Wolf, has encontrado el tronco correcto.

—Entonces, ¿lo llevamos? ¿Pero cómo vamos a hacerlo? ¿Podemos ir a buscar a tus hombres, capitán? ¿Podemos? ¿Podemos? —Caroline tiraba de la capa de Keiran.

—¿Por qué quieres llamar a mis hombres, Caroline?

—Para que nos ayuden, ¡claro! ¡Es muuuuy grande!

—Te aseguro que nos lo llevaremos —le respondió el duque con una sonrisa.

Los hombres empezaron a ponerse de acuerdo.

Eleonor vio a Keiran dar instrucciones.

St. James guardó los guantes nuevos de cuero en un bolsillo.

Roy, en cambio, no se los quitó, porque había tenido la precaución de llevar consigo unos guantes viejos y desgastados.

—Eleonor, toma mis guantes por favor —dijo Keiran acercándose.

—Te harás daño en las manos...

—Prefiero trabajar con las manos desnudas. —Y se despojó de la capa.

—Pero... ¡te congelarás!

—Siempre trabajo sin capa y posiblemente sin chaqueta. —De hecho también se la quitó.

—Excelencia —intervino lady Georgia mostrando preocupación—, no deberías estar sólo con la camisa, ¡hace mucho frío y tenéis el cabello mojado! —Le puso una mano en el brazo.

Eleonor entornó los ojos, clavando una mirada irritada en aquella mano.

Daniel presagió temporal y Roy lo miró, preguntándose si intervenir o no.

Keiran no dijo nada, temeroso de la expresión de su esposa: parecía una leona acechando a su presa y temía por lady Georgia. Era intrigante a más no poder.

Caroline, que observaba la escena desde su tierna altura, exclamó:

—No eres... no sois su mujer, ¡no podéis tocarlo!

El silencio que siguió fue interrumpido solo por lo que lady Georgia dejó escapar impetuosamente con el ceño fruncido.

—¡Pequeña e insolente maleducada! Desapruebo la impertinencia que se le permite a esta mocosa, y ya es hora, excelencia, de que alguien les explique a esas mujeres cómo se educa a los niños —exclamó, haciendo un gesto vago pero despectivo en dirección a Annis y Zaynab.

Caroline la observaba con los ojos bien abiertos, como si no le tuviera ningún miedo.

—Caroline —intervino Eleonor, manteniendo su postura erguida y confiada—, discúlpate ante lady Georgia. Lo que has dicho no es en absoluto agradable.

—Pero... ella había...

—He dicho que te disculpes, Caroline —repitió Eleonor con firmeza.

—Os ruego me disculpéis, lady Georgia.

Al ser requerida, ésta alzó la cabeza.

—Te perdono —dijo con tono magnánimo.

Eleonor se volvió hacia la mujer y la miró abiertamente.

—Os agradezco por el interés que mostráis por mi marido con demasiada frecuencia, lady Georgia — dijo en voz alta, articulando bien las palabras «con demasiada frecuencia».

La otra comprendió que había dado una mala impresión, pero estaba demasiado aturdida para marcharse.

—Ahora, lady Georgia, si nos disculpáis... —dijo Eleonor, cogiendo las manos de su marido.

Y por último, lady Georgia se alejó.

Roy, Daniel, Nancy y Alice, para disimular su sensación de vergüenza, bromearon con los niños.

—Estás alterada. Y bastante molesta. Lo siento —dijo Keiran mirando su cabeza inclinada.

—¡Bien, entonces usa tus manos para calmarme antes de que le saque los ojos! —prorrumpió Eleonor entre dientes, en un susurro irritado que sólo él pudo oír—. Desde luego, me gustaría preguntarte qué habéis hecho los dos solos hace un momento.

—No lo hagas. Ése no era el pacto.

Eleonor le clavó la mirada.

—El pacto era que yo no obstaculizaría tus relaciones personales con otras mujeres. Pero tú pretendías que aparentáramos ser una pareja felizmente casada: apartarte con ella no es signo de felicidad.

—Buscábamos un tronco, Eleonor.

—¡Me apuesto mi virginidad a que esa buscona te ha engatusado para ponerte las manos encima! —exclamó sin pensárselo dos veces.

Keiran se quedó ojiplático, escandalizado por tan colorido lenguaje.

—¡Eres indecente!

Eleonor apretó los labios, nada intimidada. Estaba tan enfadada por la mirada admonitoria de su marido y la rencorosa de lady Georgia que decidió fastidiarlos a ambos. Tiró de la cabeza de Keiran hacia ella y lo besó, indiferente a la presencia de tanto público.

Él contuvo la respiración, desconcertado. Debería haber sentido lo que se disponía a hacer, pero cuando estaba con ella era difícil concentrarse. Debería haberla apartado, haber rechazado aquel impetuoso acercamiento, en definitiva, haberse defendido.

En lugar de eso, la rodeó instintivamente con los brazos y la besó apasionadamente.

—Eres indecente y peligrosa, Eleonor Grace Northcliff —susurró en su boca.

—A los hombres les gustan las mujeres indecentes y peligrosas.

—Deja de repetirlo.

—¿Habéis terminado de jugar a los enamorados? —dijo Roy para atenuar la tensión—. Se hace de noche, y este tronco parece más pesado cada vez que lo miro.

Keiran se apartó de ella, se remangó la camisa, dejando al descubierto unos musculosos antebrazos ligeramente cubiertos de vello oscuro, y se agachó para recoger el tronco con la ayuda de Daniel y Roy.

Eleonor quedó impresionada al ver el esfuerzo que empleaban.

Caminaron de vuelta hacia la casa, entre los gritos alegres de los niños y las risas de Eleonor, Nancy y Alice, que se entretenían distrayendo a los hombres con bromas tontas.

Lady Georgia se quedó atrás, mirando a todos con desprecio.

Odiaba a aquella muchacha de belleza deslumbrante que había besado al duque con pasión; también odiaba a las otras que, despreocupadas, caminaban con tanta gracia; odiaba a los niños tan molestos y no entendía por qué se les había permitido venir; sentía náuseas por esa mujer negra de cabello rizado siempre recogido, porque era demasiado diferente y siempre olía a aromas intensos que ella no soportaba; odiaba a St. James, tan atractivo, porque solo tenía ojos para la sordomuda, mientras que a ella le hubiera gustado recibir un poco de atención de su parte, y odiaba a MacKendrick porque fingía prestarle atención solo para mantenerla alejada de su hermano.

La ira la dominaba por completo y, deseosa de ser amada por alguien, decidió que entraría en la habitación de uno de aquellos hombres durante la noche; si salía mal, volvería con el mozo de cuadra: aunque era joven, tenía un buen físico y estaba bien dotado.

En cuanto estuvieron a la vista del castillo, una figura masculina, larguirucha, vestida con un traje oscuro salió de la entrada principal y caminó hacia ellos.

Las chicas, que caminaban delante, lo vieron al instante.

—¡Es Lawrence! —exclamó Alice, saludando al hermano con la mano.

Las demás la imitaron y él respondió.

—¡Eh, March! —gritó Roy con su habitual aire desenfadado—. ¡Acércate y échanos una mano!

El joven conde corrió hacia ellos.

—¡Buenas tardes, bellas damas! Eleonor... Lady Northcliff. —Se detuvo un momento para besar la mano de Eleonor, como correspondía a una mujer casada—. ¡Mi más sincera enhorabuena, querida amiga! Lamento no haber llegado esta mañana.

—Gracias, Lawrence. Sé que estabas ocupado y me alegro de que estéis aquí ahora. La Navidad contigo será aún más hermosa.

—Disculpadme, voy a ayudar a los demás. —Flanqueó inmediatamente al duque, dedicándole una sonrisa, y cargó una parte del peso del gran tronco—. Hola, Northcliff. MacKendrick, St. James.

—Bienvenido a Shell Bay Manor —dijo Keiran.

Las chicas le rodeaban, esperando ansiosas las novedades de Londres.

—Vamos, Lawrence, no nos dejes en ascuas. ¡Cuéntanoslo todo! —exclamó Alice.

—Nada interesante, todo sea dicho. He estado trabajando y estaba bastante cansado para hacer la ronda por las fiestas de la ciudad. Asistí a una velada en Almack's, organizada con fines benéficos por las Patronas.

—¿Con fines benéficos para qué? —preguntó Eleonor.

—Al parecer, fue una idea que surgió a raíz de la publicación de un artículo en *The Morning Post* en septiembre del año pasado, si no recuerdo mal lo que dijo lady Castlereagh, sobre la explotación de niños como deshollinadores.

Eleonor contuvo la respiración.

Nancy la miró.

Keiran comprendió de inmediato a qué artículo se refería el conde.

—No recuerdo haber oído hablar de él —reconoció Alice.

—Naturalmente que no. Nuestro padre no te permite leer lo que Carole O'Green escribe.

—¡Ah! ¡Ahí lo tienes! Me encantaría leer sus artículos. Debe de ser una mujer inteligente —

comentó Alice.

—Podría ser un hombre usando el nombre de una mujer —sostuvo Daniel.

—¿Y para qué hacerlo —lo cuestionó Alice—, si las mujeres escritoras son cuestionadas por el mero hecho de ser mujeres?

—Parece que tengáis el mismo parecer que Northcliff, lady Alice —respondió Daniel.

Eleonor intentaba intervenir con la adecuada soltura para hacerles cambiar de tema, sin conseguirlo.

Keiran sintió algo en el aire y se volvió para estudiar su rostro tenso.

—Entonces, Lawrence, ¿la velada estaba dedicada a los pequeños deshollinadores?

—Sí, Lady Northcliff. Una velada como tantas otras en Almack's.

—Tanto hablar por unos pocos críos que trabajan —masculló lady Georgia.

Eleonor frunció peligrosamente el ceño y abrió la boca con una respuesta ya preparada, pero los ojos preocupados de Alice la detuvieron. Además, entablar una discusión con la bruja de lady Georgia habría significado prolongar peligrosamente el diálogo sobre el tema de «Carole O'Green», arriesgándose a que Keiran intuyera algo.

—Otras historias... más tarde —exclamó Lawrence, al ver que algunos hombres al servicio del duque se acercaban para ayudar.

Transportaron el tronco y todos entraron, entregando capas y guantes a los distintos domésticos.

Eleonor se quedó de pie en la puerta, sorprendida: la casa había sido decorada con guirnaldas de ramas verde oscuro, frescas y con olor a bosque, adornadas de un modo alegre y navideño con multitud de cintas de raso amarillo dorado y rojo.

—¡Es maravilloso!

—La duquesa madre pretendía sorprenderos, excelencia —le explicó Mrs. Brodie que se había acercado a ella—. El año que viene será vuestro turno, lady Northcliff. Es la tradición.

Eleonor sonrió, mirando de vez en cuando a Nancy, también embelesada por el aire navideño que ahora se respiraba en la gran mansión.

—¿Hay previsión de nieve para esta noche y mañana? —le preguntó a Ramsay.

—A decir verdad, excelencia, me temo que eso es lo que ha dicho Wilson.

—¡Bien! —explotó ella, juntando las manos. Parecía una niña feliz por un regalo largamente esperado.

—¿No te basta con toda la que ha caído? —preguntó Keiran divertido—. Ben, mi capa y los guantes los tiene lady Northcliff.

El criado cogió lo que Eleonor tenía en la mano.

—Ben, ¿por casualidad sabes dónde está Hettie? —le preguntó en voz baja por discreción.

—Creo que ha preparado el baño para vos, excelencia.

—Entonces primero saludaré a lady Bridget Northcliff y a mi tía. —Así lo hizo, mientras todos los demás subían a cambiarse antes de la cena. Cuando salió del saloncito rosa, Eleonor vio a Mrs. Brodie—. ¡Mi querida Mrs. Brodie! Creo que es mi deber organizar algo con vos para la cena, quizás debería haberlo pensado con un poco más de antelación, pero más vale tarde que nunca.

—Estad tranquila, lady Northcliff. Ya me he tomado la libertad de preparar el programa. Al no saber si preferiríais un menú inglés o escocés, he seguido el consejo de lady Bridget Northcliff y he dispuesto ambos. ¿Preferiríais una cena inglesa formal o una escocesa más modesta y casera?

—¡Ambas! —exclamó Eleonor batiendo las palmas.

—¿Ambas?

—Sí, ambas. —luego, presa de la duda, preguntó—: Al duque, ¿le gusta la cocina de su tierra?

—Oh, sí, ¡ya lo creo! —respondió la mujer con la sonrisa maternal de quien conoce bien al niño que ha criado.

—¡Bien! ¡Contádmelo todo!

—Para el menú inglés, tendremos carnes mixtas asadas, incluido venado, con guarnición de verduras y un estofado de caza acompañado de puré de boniato.

—¿Quesos y dulces?

—Están previstos, lady Northcliff.

—¡Estupendo! ¡Decidme el menú escocés!

—*Haggis*. —Agatha esperó una exclamación horrorizada de la joven, pero no llegó.

—¡Por fin! ¡Desde que estoy aquí nunca lo habéis propuesto!

—¿Ya lo habéis comido?

—Sí, en una posada, llegando a Escocia. Me gustó mucho.

Agatha sonrió.

—Bien, entonces. *Haggis*. Dulces y quesos escoceses.

—Me gustarían los *scotch eggs*[1], Mrs. Brodie. ¿Podéis prepararlos?

—Creo que sí.

—¿O es demasiado tarde? ¡Ya lo sé! Debería haberme interesado antes.

—¡O no, excelencia! Vos sois la duquesa: lo que ordenéis y a la hora que deba ser realizado. Yo me ocuparé de los huevos, no temáis.

—¡Gracias Agatha! ¡Sois un cielo! —Eleonor siguió caminando, luego se detuvo Eleonor echó a andar y luego se detuvo—. ¿Agatha?

—¿Sí, excelencia?

—¿Al duque le gustan los *scotch eggs*?

—Sí lady Northcliff, como todas las recetas escocesas.

Eleonor se quedó dos segundos con el dedo índice en el labio y luego habló.

—¿Agatha?

—¿Sí, excelencia?

—Primero serviremos el menú escocés, con queso, sin postre. Después el inglés con el mismo criterio. Sólo al final ofreceremos los postres escocés e inglés juntos.

—Muy bien, lady Northcliff.

Eleonor se movió esta vez con más confianza, segura de haberlo hecho todo bien.

Keiran la esperaba en el vestíbulo.

—¿Me esperabas?

Él no respondió. Le tomó la mano y subieron.

A Eleonor le invadió la ansiedad al pensar que estarían solos: temía esos gestos íntimos que le recordaban las manos ávidas y rudas de su primo.

Keiran percibió su miedo y no se sorprendió. Solo esperaba, con el tiempo, poder ayudarla. Decidió tratarla con la delicadeza que ella merecía y necesitaba, sin presionarla, y solo cuando la sintiera lista para él, la tomaría, con la certeza de que nadie más ocuparía su mente.

—Creo que el baño está listo —balbuceó Eleonor—. ¿Me reuniré contigo más tarde?

—Lo sé —dijo él.

—Así que me reuniré contigo después de tomar un baño.

—Eleonor, obviamente, el baño está preparado en nuestros aposentos.

Se llamó a sí misma tonta por haber malinterpretado de forma tan ingenua.

—Lo siento, tengo que acostumbrarme —respondió con aire dubitativo.

—¿Qué te pasa? ¿No irás a tener ahora miedo de mí?

—¡Claro que no! Sé muy bien lo que ocurre entre un hombre y una mujer y nunca te he tenido miedo —respondió con una arrogancia que no sentía en absoluto.

—Bien. En marcha. —Keiran abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Ella cruzó lentamente el saloncito y entró en el dormitorio.

Hettie estaba reordenando algunas prendas y en cuanto la vio dijo:

—Eleonor, el baño está...

El duque la miró evidentemente intrigado por su familiaridad.

Hettie hizo una reverencia al duque y empezó de nuevo.

—Lady Northcliff, la bañera está lista.

—Gracias, Hettie.

La criada entró en el cuarto de baño.

Keiran avanzó, se quitó la corbata y la colocó sobre la cama.

Eleonor echó un vistazo a la habitación, a todas luces masculina.

La mesa ovalada, entre los dos grandes ventanales que daban al mar, era de gran valor, al igual que las dos sillas tapizadas en una tela verde oscura.

La chimenea estaba encendida y emanaba mucho calor porque era bastante grande; la repisa era de mármol negro. La referencia al negro y a los colores oscuros era evidente.

También lo era el dosel de la cama: terciopelo negro, brillante e intrigante.

El escritorio y una mesa de tocador estaban al otro lado de la cama, y tenían todo el aspecto de objetos comprados en Oriente. Las sillas eran idénticas y los asientos estaban hechos de ratán trenzado. Las alfombras, también orientales, tenían diseños en color crema y negro y cubrían casi totalmente el suelo de piedra, seguramente para aplacar el frío que emanaba de él.

—Tómate tu tiempo, Lio. Cuando termines, me lavaré —dijo Keiran dándole la espalda para coger unos papeles del escritorio. Luego fue a sentarse frente al fuego.

Eleonor atravesó la puerta por la que había desaparecido Hettie, mirando a su alrededor con gran interés; se encontró en su guardarropa, donde colgaban en orden las pocas prendas salvadas del incendio y las nuevas.

Pasó por la otra puerta que daba al cuarto de baño, donde Hettie preparaba paños junto a un enorme brasero, en el que no ardían ninguna brasa. Eleonor lo miró con curiosidad: una especie de rejilla de hierro forjado, con asas en dos extremos, descansaba sobre el brasero, y encima había piedras de forma cuadrada que parecían ladrillos gigantes, que desprendían mucho calor. Era un ingenioso dispositivo para calentar la habitación sin el inconveniente del humo.

—Sois muy afortunada. Nunca he visto una habitación específicamente destinada a este fin —dijo Hettie, señalando la enorme bañera y todo el resto—, y equipado con todas las comodidades. Por cierto, el armario está justo ahí, como podéis ver —explicó, señalando la puerta por la que había entrado—, y es todo vuestro. El duque tiene el suyo en el otro lado.

Eleonor fue a echar un vistazo al guardarropa de su marido, donde colgaban pulcramente trajes oscuros y camisas; otra puerta comunicaba el guardarropa del duque con el dormitorio.

—Imagino que soy realmente muy afortunada.

—Si quieres intimidad, la tendréis.

Eleonor tocó las toallas.

—Es todo tan insólito.

—Os acostumbraréis, Eleonor.

Oliendo los diversos frasquitos de perfumes y aromas, murmuró:

—A mi marido le gustan las cosas orientales, ¿te has dado cuenta?

—Sí.

Eleonor observó la enorme cantidad de velas encendidas.

—Parece uno de esos lugares que he leído en algunos libros.

—Ben me ha dicho que al duque le gusta la tranquilidad que emana de los baños del harén. El agua le fascina y más aún su ruido. Dice también que le relaja.

—¿Harén? —Eleonor empezó a comprender, mirándolo todo con mayor entendimiento. Entonces vio los cuadros que se elevaban desde la pared hasta el techo y abrió la boca de par en par—. Oh, Dios mío.

Hettie sonrió.

—También os acostumbraréis a ellos. Ahora desnudaos, o el agua se enfriará y su excelencia tendrá que darse un baño helado.

Eleonor aceptó, divertida por las imágenes que la observaban desde arriba, y se metió en la bañera. Sumergió la cabeza: era maravilloso remojarse en una bañera tan grande y ansiaba estar en ella mucho tiempo. Pero no quería que Key pensara mal de ella, así que se lavó rápidamente.

Cuando su mujer salió de la bañera, envuelta en una brillante bata de satén color crema, Keiran no pudo evitar admirar su torneada figura. Ella se pasó las manos por el cabello, secándoselo en un gesto despreocupado. Señaló un taburete frente al fuego, invitándola a sentarse.

Hettie salió del cuarto de baño.

—Excelencia, lo he ordenado todo. Si lo preferís, puedo mandar a por más agua caliente.

—No, gracias.

—Lady Northcliff, volveré más tarde para ayudaros a poneros el vestido.

—No importa. Yo la ayudaré —respondió inesperadamente el duque.

La doncella hizo una reverencia y salió.

—Te ha llamado por tu nombre cuando has entrado.

—Sólo lo hace si estamos solas —intentó ella justificarse.

—Se ve que mantenéis una relación de confianza.

—Nosotras hemos crecido y jugado juntas.

—Lio, no te estoy regañando.

—¿Lio? ¿Por qué?

—He recordado cuando querías sacarle los ojos a lady Georgia. Parecías una leona a punto de atacar. —Keiran recogió los papeles que sostenía en su regazo.

—¿Qué estás leyendo?

—Casi nunca leo, si puedo evitarlo. Son dibujos.

—¿Por qué? ¿No te gusta? ¿Qué tipo de dibujos son? ¿Puedo verlos?

Él sonrió ante aquella retahíla de preguntas y le entregó los papeles.

Ella los cogió, sosteniendo el cepillo en una mano.

Keiran sintió un impulso incontrolable de tocar el cabello que reposaba suavemente sobre un hombro y, antes incluso de controlar ese impulso, se encontró cepillándoselo lentamente, con movimientos rítmicos.

Eleonor estudió con interés los dibujos de los extraños e ingeniosos mecanismos para el flujo rápido del agua. Parecían servir para accionar un engranaje diseñado sólo en parte.

—¿Qué pasa?

Él no respondió.

—Está casi seco. Voy a darme un baño. —Se levantó y se quitó la camisa en un movimiento, dejando al descubierto su bronceado pecho.

Eleonor lo miró con curiosidad. Tenía el pecho parcialmente cubierto de un vello corto y oscuro, que se afinaba en una línea, hasta los pantalones. Era de hombros anchos, brazos musculosos y en la espalda se distinguían los músculos bien marcados. Era el cuerpo de un hombre acostumbrado al trabajo físico. Una cicatriz grande pero corta era visible en la línea de su omóplato derecho.

Keiran decidió mostrarse despreocupado, para que ella se sintiera más cómoda, así que se sentó en la cama, se quitó los zapatos y las calzas y, poniéndose de pie, le dio la espalda para quitarse los pantalones, quedando totalmente desnudo.

—Nunca había visto a un hombre totalmente desnudo —le confesó.

—¡Eso espero! —exclamó él, volviéndose hacia ella, con las manos en las caderas.

—Quería decir... —la frase quedó incompleta por la vergüenza. Apartó la mirada.

—¿Me estás diciendo que has visto a otros hombres desnudos?

—Claro que sí. He ayudado al doctor Phillips muchas veces, por lo que he pasado por... —explicó ella mirando las llamas—. Oh, no. Totalmente desnudos, la verdad es que no. Si no cuentan las imágenes de los libros de anatomía masculina.

—¡No sé por qué no me sorprende! —masculló él, dirigiéndose al cuarto de baño.

Eleonor oyó el ruido del agua derramándose en la bañera: evidentemente estaba vertiendo el contenido de los cubos restantes.

—¿Quieres que traigan más agua caliente?

—No, gracias.

Luego se hizo el silencio. Se había sumergido.

Eleonor permaneció en el taburete durante un par de minutos, pero la espera, incluso sólo de oír un pequeño rumor, la estaba agotando. Se sentó en la silla que él había ocupado poco antes y volvió a mirar los dibujos, donde algunas letras estaban invertidas, escritas en imagen especular, como la E, la R y la N. Sonrió ante aquella originalidad.

Pasaron unos diez minutos y, demasiado intrigada, caminó despacio y en silencio hacia el cuarto de baño, donde asomó la cabeza por la puerta.

Keiran estaba semi recostado en la bañera; la cabeza, con el cabello mojado, apenas inclinada hacia atrás, reposaba en el borde, donde una toalla doblada varias veces le servía de almohada. Tenía los ojos cerrados y los rasgos de su rostro moreno estaban relajados. Tal vez estuviese dormido...

—¿Qué pasa?

Eleonor se estremeció ostensiblemente, profiriendo un grito.

—¡Maldito seas! Me has dado un susto de muerte.

Él no dijo nada.

—No oía nada y he venido a comprobarlo.

—Estás confundida, Eleonor.

—No, en absoluto.

—Sí que lo estás.

Eleonor, molesta, se alejó hacia la mesa de tocador.

Un momento después, Keiran estaba a su lado, envuelto en una tela alrededor de las caderas, con el cabello chorreando agua.

—He de hablar contigo —dijo señalando los sillones de la chimenea.

Ella obedeció. En un intento de dominar la ansiedad que la oprimía, se hizo una trenza con el cabello.

—No debes alterarte tanto. No va a pasar nada entre nosotros ahora. Ni esta noche. Creía

habértelo dejado claro: he sentido que no estás preparada y te repito que hasta que no lo estés, no te pediré nada.

—Yo ya estoy... preparada.

—Lo dudo mucho.

—Cuando quieras podemos intentarlo —insistió ella, pensando en quitarse el problema de encima de inmediato. La espera la estaba poniendo de los nervios.

—¿Por qué te ponías nerviosa cuando se hablaba de los pequeños deshollinadores?

Eleonor se estremeció. Estaba dispuesta a apartar la mirada para que él no entendiera la verdad.

Pero Keiran comprendió.

—¿Entonces?

Eleonor halló la solución.

—Habíamos leído ese artículo... con tío Ernest. Estábamos en Ashford, en el césped del jardín, y él estaba bien. Nancy, la tía y yo... escuchábamos mientras leía. Fue el recuerdo doloroso lo que me ha entristecido.

—No estabas triste, estabas nerviosa. Lo he sentido.

—¡Me hubiera gustado expresar libremente lo que pienso a esa snob de Lady Georgia! Ésa es la verdad. ¡Pero no está bien que una duquesa diga abiertamente que la explotación de unos pobres niños indefensos para un trabajo tan peligroso es vergonzosamente indecente!

Keiran la miró, admirando su espíritu justo y desinteresado hacia sus semejantes; pero también su capacidad para controlar el impulso de expresarse con franqueza.

—Puede que un día te arrepientas de haberme elegido como esposa, precisamente por estas ideas mías.

—No, eso no sucederá —afirmó él con seguridad. Luego, cambiando de tema, dijo—: Partiré con su barco hacia Oriente.

—Sí, te he oído decírselo a lord Bath en primavera...

—No, eso es lo que sabrán todos. Me iré en febrero, creo. Tal vez incluso antes. —Él calló estudiando su reacción—. Lo sabréis sólo tú, lord St. James y Roy. Y mi madre, evidentemente.

El fuego crepitó y ella miró las llamas brillantes y altas.

«Febrero: tengo un mes, a lo sumo dos para restaurar mi mente corroída por el recuerdo» pensó Eleonor, apartando los ojos de los suyos para que él no pudiera leer sus pensamientos. «Sí, encontraré el modo. El modo. Si Key es incapaz de controlarse, si consigo seducirle, esta espera acabará pronto y también los recuerdos. Desde luego no me agrada la idea de verle agresivo».

—Estás tramando algo, Lio, y eso no me gusta. Mírame.

Ella suspiró, pero permaneció con los ojos fijos en el fuego, tomándose su tiempo.

—Eleonor.

—¡No es justo que robes los pensamientos de los demás! —exclamó ella, desviando la mirada hacia su regazo.

—Tú no eres los demás. Eres mi mujer y quiero saberlo todo sobre ti.

—¿Y si yo no quisiese?

Keiran se sentó en el borde de la silla para estar más cerca de ella:

—No me desafíes, chiquilla.

Finalmente ella lo miró.

—¡No soy una chiquilla!

—¡Sí que lo eres! De lo contrario no tendrías miedo a mirarme.

—¡Te estoy mirando! ¡Y no te tengo ningún miedo!

—¿En qué estabas pensando hace un momento?

—En el hecho de que, en muy poco tiempo, te irás, y —dijo ella de repente para que no quedara ninguna duda—, no tenemos mucho tiempo para estar juntos —continuó sin poder recuperar el aliento—. ¿Me llevas contigo? —le preguntó inclinando la cabeza—. Te lo suplico, Key... —Ahora se había inclinado hacia delante para acentuar su petición.

Keiran contuvo la respiración al ver los botones de la bata desabotonados. Volvió a apoyarse en el respaldo, en un repentino movimiento de defensa.

Inesperadamente, Eleonor se acercó y, arrodillándose entre sus piernas desnudas, posó las manos en sus rodillas.

—Te lo ruego, llévame contigo —le susurró, con la esperanza de poder seducirle para que pusiera fin a la tortura de la espera. El hecho de que realmente deseara ir a Oriente la ayudó a hacerlo.

—Eso está excluido.

—¿Por qué? No molestaré, ¡te lo juro!

—Tal vez no te des cuenta del peligro.

—¡Pero tú estarás allí! No tengo miedo si estoy contigo, de verdad. —Ella era sincera en lo que había dicho y él lo entendía, encontrándolo gratificante. Pero aquellas manos delicadas que subían le estaban nublando el cerebro.

—Es más, ¡seré de gran ayuda! Curaré a los enfermos... —empezó Eleonor, acariciando con indiferencia la piel desnuda de una cadera.

—Tengo médico a bordo.

—...cocinaré para todos... —continuó ella impertérrita.

—También tengo cocinero.

—¡Entonces limpiaré! Sé hacerlo y el trabajo no me achanta. —Estaba a un palmo de su nariz, con la cabeza apenas inclinada hacia atrás para verlo mejor, tumbada prácticamente encima de él mientras lo abrazaba con ambas manos.

—Mis marineros ya hacen la limpieza.

—Key, te lo suplico, haré lo que quieras.

—¿Cómo has podido acabar encima de mí? ¿Y qué intentas hacer?

Eleonor sonrió, complacida al sentir la dureza entre sus piernas.

—Levántate. Y no te hagas la sensiblera conmigo.

Ella movió lentamente la cabeza en una inequívoca negativa.

Keiran frunció el ceño, pero fue incapaz de apartarla de él.

Eleonor se dio cuenta de ese momento de indecisión y lo aprovechó. Con gran valentía se levantó para posar sus labios sobre los de él, esperando a que él hiciera el resto. Inesperadamente comenzó a sentir atracción por aquel cuerpo masculino y comprendió de lo que Maggie hablaba a menudo. Ansiaba ser abrazada, tocada, besada por él, el hombre que siempre había amado.

—No sabes en lo que te estás metiendo. Así no es como debería ser, no ahora —le dijo, rozando sus voluptuosos labios con cada palabra.

Eleonor se quedó inmóvil, con el corazón estallándole en el pecho.

—Siento tu agitación. No estás preparada.

Eleonor se echó hacia atrás, decepcionada.

—Estás jugando al gato y al ratón, Lio, cuando más te valdría estar tranquila y no provocarme.

Ella se levantó lentamente, sin darse cuenta de que con cada movimiento la prenda se abría.

A Keiran no se le escapó detalle. Cerró los ojos un segundo, en un esfuerzo por luchar contra el deseo que sentía, y cuando volvió a abrirlos, Eleonor se dirigía a su guardarropa.

Decidió tumbarse en la cama para recuperar el aliento y calmarse. Se durmió tras unos cuantos pensamientos eróticos sobre su mujer.

Eleonor estaba sentada en una silla en el interior del guardarropa, frente a sus vestidos. Él tenía razón. Estaba agitada por el temor de que la asaltaran los recuerdos, pero al mismo tiempo anhelaba intimar con él. Se colocó frente al espejo y dejó caer la prenda al suelo.

Los moratones eran ahora apenas amarillentos, pero aún visibles. El recuerdo de su primo de pie sobre ella y la humillación que había seguido inundaron su mente como un río embravecido.

Apretó los dientes en un esfuerzo por contrarrestar aquellas horribles imágenes y se dispuso a elegir el atuendo más apropiado para la cena. Se puso el preciado lino blanco que le había traído la noche anterior Mrs. Mitchell. Era finísimo, casi impalpable, pero la modista le había garantizado que era la moda la que exigía tejidos tan ligeros.

Apretó el encaje de la enagua. Se calzó los zapatitos decorados con hilos de oro bronceado y, por último, se puso el vestido. Con no poco esfuerzo consiguió cerrar sólo un botón de la espalda, donde colgaba una cinta ya atada en un lazo. Le pediría ayuda a Key.

Salió de la habitación y lo vio tumbado en la cama, dormido. Se acercó y lo miró. Alargó la mano y le tocó el pelo revuelto.

Él abrió los ojos y se miraron durante unos instantes.

A continuación, Eleonor se sentó a su lado y le besó en los labios.

—Nunca te había visto con ese vestido —reconoció Keiran.

—Es nuevo.

Era de color crema, de manga corta, largo hasta los pies con una pequeña cola en la parte trasera, totalmente decorado con bordados de oro oscuro y rojo coral. Una cinta de raso rojo, ancha, pasaba bajo el pecho y estaba atada en la espalda con un lazo sencillo. Estaba perfecta.

—¿Podrías abotonarme por detrás, por favor? —le preguntó Eleonor en un tono suave y dócil, de espaldas a él.

Él se puso de pie. Juntó las solapas de su vestido, rozando la piel de su espalda, y lo cerró.

—¿Puedo llamar a Hettie? —le preguntó ella, volviéndose de nuevo para mirarle con aquel aire ingenuo.

—Sí.

Eleonor le dio un beso en la desgreñada barbilla en busca de un atisbo de barba oscura, antes de dirigirse al cordón de la campanilla.

Keiran sonrió ante aquel gesto ingenuo y se dirigió al cuarto de baño.

Hettie entró después de haber llamado a la puerta.

—Lady Northcliff, Ben también está aquí, aguardando a su excelencia. ¿Puede entrar?

—Por supuesto. Buenas noches, Ben. Lord Northcliff está en el guardarropa.

—Gracias, excelencia.

Ben desapareció en la otra habitación y Eleonor oyó que los dos hablaban en un tono de voz apagado y continuo.

Hettie le cepilló el cabello y, mirándola desde el espejo, preguntó:

—¿Y entonces?

—Nada. —susurró Eleonor—. Tiene razón. No estoy preparada. Cada vez que me toca me gusta y quiero continuar. Pero cuando se pone más íntimo... todo el asco que hay en mí interior, reaparece.

—Pasará, Eleonor, tened paciencia.

—Ya, es lo que dice él.

—Qué suerte tenéis. ¡Otro hombre no habría sido tan considerado! ¡Y además uno como él!

—¿A qué te refieres?

—Bueno, aceptémoslo. Todo el mundo en Londres... no, incluso aquí en Edimburgo y más, según Ben, sabe que vuestro marido es un hombre muy solicitado, ya me entendéis. Quiero decir, ¡ciertamente no tiene que pagar por compañía femenina!

—No me gusta. No, no me gusta nada. Desde que le conozco no he hecho más que oír historias sobre él y las mujeres que le rodean. Una vez, en un servicio de Almack's oí a dos mujeres, no sé quiénes eran, porque yo estaba detrás del biombo, alabar sus dotes... —Eleonor hizo un gesto elocuente con la mano.

Hettie levantó las cejas en señal de complicidad.

—Y parecía que ambas hubieran tenido el honor de compartir tiempo con él.

—Disculpadme, Eleonor, pero esto no es muy propio de una dama, ¿no creéis?

—Nada propio. Pero, después de todo, ¿qué se puede esperar de las mujeres casadas o viudas que se acuestan con un hombre por lujuria sexual para conocer sus dotes amatorias?

Permanecieron en silencio durante unos instantes, y en el silencio pudieron oír fragmentos de conversación procedentes de la otra habitación.

Las palabra «incendio», «culpable», «barco», «bosque», «guardia», pusieron alerta a Eleonor.

A Hettie parecía no darle importancia y, al verla escuchando, dijo en voz baja:

—Ben no es sólo su ayuda de cámara. Creció aquí, en el castillo, y el duque lo recogió jovencísimo.

—Como tú y yo, entonces —sonrió Eleonor.

—Sí. Pero hay más. Desde que estamos aquí, me he dado cuenta de que el personal de su excelencia le tiene en muy alta estima. He descubierto, al conocerle mejor, que también trabaja con su excelencia en los barcos y que siempre viaja con él. Sabe muchas cosas y más de una vez le he oído dar órdenes sobre la vigilancia del castillo y los alrededores a los hombres del barco que estaban aquí. A menudo le veo hablar estrechamente con Foster, el amante de Maggie.

—¿De qué hablan?

—No lo sé, yo le pregunto y él divaga...

—¿Divaga?

—Sí, divaga, cambia de tema.

—Un peinado sencillo. —La voz del duque resonó detrás de ellas. Vestía traje negro, camisa y corbata blancas. Su cabello negro y brillante estaba bien peinado, aunque un mechón amenazaba con caerse en cualquier momento. Se había afeitado, pero una sombra irresistiblemente masculina acentuaba su aspecto siempre severo e inquietante.

Hettie pensó que había hecho algo inoportuno.

—¿Quizá, vuestra excelencia, preferiría algo más elaborado?

—No, en absoluto. —El duque se acercó y deslizó un colgante rojo, un coral veteado, montado sobre un bordado de oro amarillo, sobre el escote de su esposa. Abrochó la fina cadenita y observó el efecto en el espejo, manteniendo las manos apoyadas en los hombros de ella. Satisfecho, exclamó—: Te espero abajo.

Eleonor estaba tan asombrada por el regalo y tan sorprendida por la facilidad con que él había tenido el gesto de ponérselo que permaneció inmóvil hasta que él cruzó el umbral de la puerta que daba al salón. Abrió la boca para llamarlo por su nombre, la volvió a cerrar, se levantó bruscamente, tiró la silla y corrió hacia él.

—¡Espera!

Keiran se volvió para mirarla.

—Gracias —dijo ella tocando la joya—. Eres siempre tan gentil.

Entonces Eleonor avanzó rápidamente para abrazarlo y él abrió los brazos para rodearla.

—Te quiero... siempre te he querido.

Keiran quedó impresionado por aquella confesión. La apretó con fuerza, cuidando de no estropearle el peinado.

—Así que no hay necesidad de que me hagas regalos costosos, de verdad, Key.

—Te espero abajo. —Él retrocedió dos pasos, sin dejar de mirarla, y luego se dio la vuelta y salió.

CAPÍTULO 8

Cuando el duque y la duquesa de Northcliff entraron en el gran salón, todos acogieron su entrada con entusiasmo.

Lady Bridget Northcliff se adelantó, besando a los recién casados, con un aire de orgullo maternal en el rostro. Su vestido claro y sencillo resaltaba como siempre su elegancia innata y daba protagonismo al negro azulado de su cabello perfectamente peinado.

Una mirada le bastó a Keiran para leer en los ojos de los presentes su interés por Eleonor: El orgullo fraternal y cordial de Roy, Daniel y lady Nancy; el entusiasmo juvenil y a veces aparentemente forzado de lady Alice; la alegría y emoción de la dulce lady Hereford; la aprobación de los Wiltshire; los celos de lady Bath por una belleza que ya no tenía, y la de lady Georgia, mezclada con sorpresa; el afán de lord Bath en su minuciosa exploración; la melancolía de lord Portland; la altiva aprobación de lady Queensbury; el fingido interés de lord March, simulado por una sonrisa de circunstancial.

—Estás espléndida, querida —dijo lady Bridget Northcliff—. Sentémonos a tomar el aperitivo.

Tomaron asiento en el diván donde Lady Queensbury ya se había instalado. Junto a Eleonor estaba su tía, y Nancy y Alice estaban de pie. Lady Wiltshire y lady Bath ocupaban los sillones. Lady Georgia estaba al acecho detrás de su madre.

—Ellie, veo una joya nueva —afirmó Martha satisfecha.

—Sí, tía. Su excelencia es extremadamente considerado. No ha podido evitar ponerme esta maravilla alrededor del cuello justo antes de bajar. Supongo que se sintió atraído por la innegable coincidencia con el rojo del vestido.

—¿Estáis diciendo, su alteza, que el duque no planeó hacer exactamente este regalo? —preguntó intrigada lady Bath.

—Supongo que se podría decir eso. Después de todo, no podía saber qué vestido iba a llevar esta noche.

—*Quizá si mañana te pusieras algo azul, ¡podría regalarte un zafiro!* —sugirió Nan ayudándose de los signos.

Eleonor se echó a reír.

—¿Qué dice Nancy? ¡Que nos lo diga también a nosotros, lady Northcliff! —intervino Alice, usando el título por educación.

—Ella aconseja llevar un vestido azul mañana, así...

Las señoras se rieron antes de que pudiera terminar la frase, adivinando la conclusión.

—Mi hijo probablemente haya comprado un buen número de piedras preciosas durante sus viajes y haya vuelto para que se las monten en previsión de su duquesa.

—Un hombre muy previsor —comentó lady Bath—. Le diré a lord Bath que compre piedras preciosas en el próximo cargamento que traiga de Oriente. Quién sabe, podría haber algo para mí... —bromeó.

—¡Excelente idea, lady Bath! —exclamó Alice—. Claro que tendréis que esperar a que se vaya y vuelva. ¡Cuántos meses!

—¡Vale la pena esperar! Al fin y al cabo, si se va el mes que viene, volverá antes de lo esperado.

Las mujeres rieron, pero Eleonor reflexionó la afirmación de la mujer mientras tocaba su colgante: «¿El próximo mes? ¿No había dicho también que se iba en primavera? He de acordarme de decírselo a Key».

—Sin embargo, no creo que el coral de lady Northcliff venga de Oriente —intervino lady Wiltshire—. Más bien de alguna isla, no sé...

—¿Tal vez Ceilán? —preguntó Eleonor.

—No, querida. Allí se encuentran otras piedras, como rubíes.

—El coral es una piedra bastante común —afirmó con seguridad lady Georgia—. Así que bien podría haber sido recogida aquí, en Shell Bay.

Eleonor pensó de inmediato que la muchacha intentaba menospreciar el regalo que Key le había hecho, así que la miró y le dijo:

—Tal vez tengáis razón. Y me sentiría igualmente orgullosa, porque adoro estos lugares y adoro el castillo. Nada más precioso podía haberme regalado.

Lady Queensbury, apenas tosiendo, intervino, acentuando cada palabra.

—Apenas lleváis unas horas casada, lady Northcliff, y ya mostráis vuestra idoneidad para el papel que tan decorosamente desempeñáis, dando la razón a vuestro esposo, el duque, por la perfecta elección que ha hecho al tomaros por duquesa.

La declaración de la vizcondesa fue como oro puro. Nadie se hubiera atrevido a contradecirla y ella lo sabía.

La insinuación sobre el remoto riesgo de tener a otra mujer por duquesa había hecho que algunas de ellas dejaran de mirar a lady Georgia, que se puso tan blanca como la porcelana fina que la duquesa madre guardaba en la encantadora vitrina de su salón privado.

La noble mujer no había terminado.

—El hecho de que la unión afectiva que os une sea evidente, aumenta la estima que siento por lord Northcliff por la acertada decisión de desposaros, siguiendo así su instinto infalible, y la que siento por vos, querida, por vuestra capacidad para estar a la altura del papel, algo de lo que no dudaba, dada la educación recibida de mi querida Sophie, primero, y de mi amada hermana, después.

—Sois extremadamente amable, vizcondesa, y vuestras palabras son un incentivo más para poner a prueba mis habilidades. Gracias de todo corazón.

En ese mismo momento, Keiran observó los ojos de Bath, irritados y penetrantes. Podía sentir que el hombre examinaba con avidez el cuerpo de su esposa, tanto que no se daba cuenta de que él lo estaba mirando fijamente.

Daniel se dio cuenta de lo que ocurría y, para que Bath se fijara en Blake, se movió despreocupadamente junto a Cyrus, ocultándole la visión de lady Northcliff.

Finalmente, el conde apartó la mirada y se encontró frente a los amenazadores ojos de advertencia del duque. Se dio cuenta de que había sido descubierto, empezó a sudar frío y trató de fingir una indiferencia que estaba lejos de sentir. Sabía que lord Northcliff no aceptaba insultos ni injusticias; los muchos duelos que había querido por dichos motivos siempre los había ganado, aunque dejara a su oponente vivo, si bien herido, para darle la oportunidad de excusarse.

La voz del mayordomo anunciando la cena le salvó.

* * *

Cuando los comensales estuvieron sentados, el duque se levantó y con voz clara exclamó:

—Me gustaría agradeceros a todos que estéis aquí con nosotros para compartir una nueva Navidad. Pero sobre todo quiero dar las gracias a mi bella y cariñosa esposa por aceptar casarse conmigo y hacerme tan feliz. —Levantó su copa y todos brindaron.

Eleonor le miraba incrédula y sospechaba que todas aquellas bonitas palabras formaban parte del guion puesto en marcha para parecer una pareja feliz. Sonrió a su marido con toda la amabilidad que sus ojos podían expresar.

En cuanto Ramsay anunció los platos, hubo un murmullo en voz baja ante la sorpresa del menú escocés.

—Queridos amigos —dijo Eleonor—, soy consciente de que no he hecho una elección popular, pero al duque y a mí nos encantan los platos de esta tierra. Y creo que es honorable por nuestra parte respetar las tradiciones y apreciarlas con el espíritu sincero y agradecido de quienes aún mantienen sus orígenes. Soy la duquesa de Northcliff y ahora formo parte de Escocia tanto como mi esposo. Disfrutad de la comida.

Inesperadamente Keiran sonrió: la idea de ver a lady Bath o a lady Queensbury degustando entrañas de oveja era demasiado divertida.

Su madre no titubeó ni un instante en llevarse a la boca una generosa porción de *haggis*[2] para lanzar el mensaje de aceptación incondicional de la elección hecha por la audaz duquesa.

Nancy y Martha la imitaron con confianza, aunque con molestia bien disimulada, al igual que Daniel y Roy, que, sin embargo, estaban acostumbrados a aquel manjar.

—En lo que a mí concierne —intervino Roy—, no tengo ningún problema con las tradiciones. —Comía de buena gana.

—De esto, querido cuñado, no tenía ninguna duda —exclamó Eleonor—. ¡Jamás había visto a un hombre con tanto apetito!

Todos rieron.

Los Wiltshire, dotados ambos de un espíritu de adaptación, degustaron cortésmente.

—No está mal... —admitió Cyrus—. Creo que lo que impide disfrutar plenamente de este plato es simplemente la inquietante idea de los ingredientes utilizados. Así que si se no piensa demasiado... ¡está muy bueno!

—Me alegra que compartáis mi opinión, lord Wiltshire —dijo Eleonor.

Alice frunció el ceño, pero no se negó a probar. Al contrario, conversó amablemente con todo el mundo y se dio cuenta de que podía comer al menos la mitad de lo que le servían, distraída con las bromas y risas de los comensales.

Lord Bath no lo dudó: sus muchas veces como huésped en aquel castillo le habían bastado para acostumbrarse a comer *haggis*. Lady Georgia detestaba aquel plato, y si para ella era una ardua tarea llevarse a la boca unos pedazos de comida, para su madre era misión imposible. Lady Bath mostraba una sonrisa etérea en un rostro tan perfecto como la porcelana y fingía comer llevándose el tenedor lleno a la boca; en cuanto nadie la veía, volvía a bajarlo, removiendo la comida en el plato para que pareciera que la había probado. Se limpiaba la boca y bebía vino, sin dejar de conversar con lord MacKendrick, que permanecía a su lado.

A lady Queensbury le parecía repugnante la idea de comer vísceras de animales, pero lo convirtió en una cuestión de cortesía y honor; así que, respetando la etiqueta a rajatabla, se terminó todo lo que tenía delante, sin dudarlo ni un momento, con su habitual aire altivo y la serena conciencia de ser un ejemplo para sus semejantes.

La llegada de los huevos fue recibida con más aprobación y, cuando los comensales se dieron cuenta de que la cena continuaría con un menú inglés, las bromas se hicieron más numerosas y divertidas.

—Querida —le dijo Bridget a Eleonor—, no es la primera vez que pruebas la cocina escocesa, ¿verdad?

—No. De camino hacia aquí tuvimos el placer de hacer parada en algunas posadas muy

características. Y yo, por mi naturaleza y la enseñanza que recibí de mis padres, me inclino a probar todo lo que se me ofrece.

—Muy correcto, lady Northcliff —dictaminó lady Queensbury, sin permitir que nadie objetara.

—Creo que se trata de la aceptación de los demás, después de todo —explicó Eleonor—. Veréis, estoy convencida de que en el momento en que una decide ser huésped en una tierra desconocida, la elección de probar sus costumbres y tradiciones viene implícita. Si alguna vez voy a un país extranjero, totalmente distinto del nuestro... por ejemplo... no sé... ¿Key? Tú que has viajado tanto... ¿puedes darme un ejemplo?

Todo el mundo se fijó en que la duquesa había tuteado a su marido, lo que ya se salía de la norma, pero sobre todo en que había empleado un apodo.

—La Costa de los Piratas.

—Te refieres... ¿a la zona de Abu Dabi?

—Exacto, Lio —respondió el duque con una sonrisa divertida.

Todos se quedaron estupefactos, primero por el evidente conocimiento que lady Northcliff demostraba de la geografía de Oriente, y luego por el nombre por el que el duque la había llamado.

—Bien. Como decía... si alguna vez decidiera ir, por ejemplo, a Abu Dabi, aceptaría probar carne de camello.

—¡Un notable espíritu de adaptación! —comentó lord Wiltshire.

—¿Camello? —preguntó horrorizada Alice.

—Bueno, he dicho camello, pero podría haber dicho pollo o dátiles o...

—Oh, Dios mío, yo no creo que fuera capaz —replicó Alice.

—Está deliciosa, lady Alice, os lo garantizo. —dijo Roy con una sonrisa para suavizar el impacto que estaba seguro causaría su afirmación.

—¿La habéis probado, lord MacKendrick? —preguntó lady Georgia.

—Sí, durante uno de mis viajes. Insisto... deliciosa.

—Viniendo de vos tiene poco valor —se burló Eleonor de él con un gesto elegante de la mano —. ¡Os comeríais hasta las rugosas piedras que he visto en la bahía!

Una carcajada colectiva acogió la broma de la joven duquesa.

—No sé, yo creo que nunca sería capaz de aceptar tales rarezas —dijo Alice—. Personalmente, tengo grandes dificultades para ingerir alimentos que no conozco.

—¿Rarezas? Lady Alice —comenzó Eleonor su explicación pacientemente, como si se la estuviera dando a un niño—, lo que para vos es una rareza, para el pueblo que os acoge no lo es. —Calló por un instante—. Permitidme poneros un ejemplo. Las mujeres indias suelen casarse con un maravilloso vestido rojo.

Las miradas, especialmente las femeninas, se volvieron particularmente atentas.

—Y utilizan el blanco para los funerales. Es extraño sólo porque adoptamos colores diferentes. Tal vez sea igual de inusual para ellos que nosotros vistamos de negro en los funerales. —Eleonor se llevó a la boca un pedacito de comida, lo saboreó reflexivamente, mientras todos esperaban el final de su discurso—. De hecho, morir es el principio de la vida eterna, al menos para los creyentes, ¿verdad? —Todos asintieron—. Así que un acontecimiento excepcionalmente feliz debería celebrarse con el blanco. Sí, es una costumbre que apruebo.

—¿Rojo para el matrimonio? —preguntó lady Georgia con gran interés.

—Sí, lady Georgia, exactamente —respondió Eleonor sonriente.

—Adoro el rojo... ¡yo lo usaría para casarme!

—¡Georgia cariño! ¿Pero qué estás diciendo? —exclamó lady Bath al borde de un ataque de nervios.

—Dice la verdad, lady Bath —La voz sosegada de lady Queensbury tenía un tono seguro e imponente—. Admirable joven, vuestra hija, porque dice lo que piensa, aunque resulte impopular. No soporto la falsedad: mejor una franqueza descarada, aunque vaya contra toda regla, que un fingimiento elaborado, aunque respete toda regla.

Lady Georgia, poco acostumbrada a los cumplidos de otras mujeres, se encontró en dificultades. Entre otras cosas, el hecho de haberse distinguido a los ojos de la misma mujer a la que la alta sociedad había reconocido como árbitro indiscutible del mundo de la belleza, la ponía en la tesitura de admitir que era la primera vez que expresaba una opinión sin pelos en la lengua.

En cuestión de segundos se percató de que lady Queensbury le había dado la clave para comprender cómo su vida era toda una falsedad construida para alcanzar este o aquel propósito. ¿Y si hubiera empezado a ser franca y clara en la consecución de sus intenciones? Sin duda la habrían juzgado una farsante... pero sincera. Apenas sonrió a la mujer y le dio las gracias con una modesta inclinación de cabeza.

Eleonor, que sabía bien lo que significaba ser franca a costa de la popularidad, sonrió, sintiendo por primera vez simpatía por la joven.

—Sin embargo, la sociedad denigra esa franqueza en detrimento del decoro, las buenas maneras y la etiqueta —afirmó con convicción lady Wiltshire.

—Es exactamente como decís, lady Wiltshire —admitió la vizcondesa—. Pero no olvidéis que lo que la sociedad acepta o no acepta, no es ley.

—¿Os referís al libre albedrío, a la facultad que tenemos cada uno de nosotros de decidir si cumplimos o no las normas? Que, por cierto, ni siquiera están escritas... —intervino Bridget.

—Exactamente, lady Bridget Northcliff, exactamente —respondió lady Queensbury.

Nancy empezó a gesticular con convicción, mirando a Eleonor.

—*A pesar de estar totalmente de acuerdo con Lady Queensbury...* —dijo esperando a que su prima le tradujera—, *querría añadir que hace falta valor para transgredir esas normas no escritas que nuestra sociedad nos impone como incuestionables.*

—Valor. Sí, hace falta valor, lady Nancy —admitió la vizcondesa contemplando los ojos límpidos y grises de la joven—. Y conciencia. Conciencia de que el riesgo de acabar vetado es muy alto.

—Mucho menos arriesgado si hay un título de por medio —intervino Roy casi sin pensárselo.

—Así es, lord MacKendrick, así es —replicó lady Queensbury.

—¿Así que no hay peligro de que alguien venga de Londres a pedir explicaciones por el hecho de que el duque de Northcliff vista el *kilt*? Al fin y al cabo, es un duque —bromeó lord Wiltshire mirando de manera provocador a Keiran.

Todos rieron, e incluso Lady Queensbury insinuó una sonrisa, añadiendo:

—No creo que exista ese peligro, marqués. Sin embargo, no recuerdo haber visto a su excelencia vistiendo un *kilt*. ¿Y vos?

—Ahora que lo mencionáis, vizcondesa, en realidad no —respondió con simpatía Cyrus.

Pero el duque, que por nada del mundo habría ocultado una cosa así, intervino.

—¿Creéis que he permitido a mi esposa, la duquesa, sacrificar su vestido de novia, cubriéndolo con un *plaid*, para luego negar haber llevado mi *kilt*? En la primera recepción oficial a la que asistamos, declararé públicamente que lo he hecho. —Sonrió anticipando el sabor de la victoria ante de tiempo.

—¡Kein! ¡Tan provocador como siempre! —replicó molesta Bridget.

—Exactamente lo que decía: el valor de los justos. —sentenció lady Queensbury.

—Y de los titulados —añadió Roy para burlarse del hermano.

—Roy —le amonestó el duque, arrancándole una risita.

—Key sería capaz de desafiar las convenciones incluso sin un título: su carisma y su amor por la justicia no le detendrían ante nada —añadió Eleonor degustando su vino.

Todos asintieron.

Y Keiran la observaba con una mezcla de asombro y complacencia. ¿Cuándo había descubierto Eleonor todo esto sobre él?

—¡Habéis acertado, excelencia! —susurró Daniel a su izquierda.

Eleonor le sonrió.

—Lo sé, lo sé... pero no está nada contento con ello. Mirad esos ojos amenazadores.

Daniel se volvió despreocupadamente para observar a Keiran. Su querido amigo miró a su mujer con severidad, como si le reprochara haber aprendido a conocerlo tan pronto.

—Se avecina tormenta —dijo lord Wiltshire a la derecha de Eleonor—. Pero creo no equivocarme si afirmo que vos, Lady Northcliff, seréis capaz de resistir al duque.

—Oh, no sabría qué decir, marqués... Al parecer mis carantoñas no siempre funcionan con Key.

—¿Carantoñas?

—Sí, lord Wiltshire, carantoñas, zalamerías por usar una expresión de mi padre. Es decir... mi innata y peligrosa habilidad para ser persuasiva y convincente.

Daniel y Cyrus se cruzaron las miradas por un instante.

—De hecho, he oído que también sabéis hacer que la gente acepte Demasiado indulgente, lord St. James. Absolutamente informal, inconformista y trasgresora serían los términos más apropiados para describirme. Pero el epíteto más utilizado es «diferente». A mi madre, para no hacerme sentir así, aunque lo pensara, le gustaba llamarme original.

—¡Excelente elección de palabras! —exclamó lord Wiltshire—. Una duquesa puede y debe diferenciarse. ¿Por qué no por su originalidad?

—Lo que hoy la sociedad tilda de indecoroso e inaceptable quizá podría llegar a ser original y tolerado gracias a vos —dijo Daniel con convicción.

—*Si alguien es capaz de realizar un cambio así, ésa es Eleonor* —dijo Nancy, mirando a Daniel mientras gesticulaba.

Eleonor no entendía por qué Nan lo miraba tan fijamente, como si él pudiera entenderla.

Lord St. James se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—Cree que soy la persona indicada para ese cambio.

—¿Lo veis? ¡Incluso vuestra prima está de acuerdo conmigo! —exclamó el marqués de St. James.

—Bueno, un primer reto al que ya os habéis enfrentado: llevar el *plaid* de los MacKendrick —intervino lord Wiltshire.

—Habrá que ver si lo gano.

—¿Pretendéis obtener la aprobación de la alta sociedad?

—Exactamente, lord Wiltshire. Una cosa es cierta: si mi esposo afirma oficialmente en público que ha llevado el *kilt*, entonces yo también declararé abiertamente que he elegido el *plaid* por respeto hacia él, su familia, sus tradiciones y Escocia.

—Insisto... creo que sabréis estar a la altura de nuestro amigo el duque —repitió lord Wiltshire.

El almuerzo se estaba desarrollando en un ambiente agradable y desenfadado; los comensales hablaban de los temas más diversos. Los postres escoceses e ingleses fueron recibidos con entusiasmo y el vino había puesto a todos más alegres y ocurrentes.

Cuando los hombres se reunieron para degustar unos licores, Eleonor le pidió a Alice que tocara algunas melodías navideñas en el piano y se trasladaron al salón.

El tronco, encendido justo antes de la cena, ardía en la chimenea, desprendiendo un agradable calor. La temperatura había bajado considerablemente, y mientras en las estancias concurridos el aire estaba bien caldeado por el fuego y los braseros, en los pasillos hacía frío. Al pasar de una habitación a otra se notaba un cambio de temperatura bastante notable.

Eleonor hizo una seña al mayordomo, que no tardó en acercarse.

—¿Excelencia?

—Ramsay, me gustaría asegurarme de que nuestros invitados tengan todo lo necesario para la noche. Hace mucho frío esta noche.

—Verificaré que cada chimenea tenga un buen fuego, excelencia.

—Muy bien, Ramsay, gracias. ¿Podrías comprobar también que cada habitación dispone de suficientes mantas?

—Así se hará, excelencia.

—¿Ramsay?

—¿Sí, lady Northcliff?

—¿Cuál es la situación en las viviendas del personal de servicio?

—No... entiendo...

Eleonor se levantó e hizo un gesto al asombrado hombre para que la siguiera. Se detuvieron en el umbral de la puerta del gran salón.

—Me gustaría asegurarme de que no hace frío en esas viviendas, Ramsay. ¿Las chimeneas funcionan? ¿Tenéis suficientes braseros y mantas?

El hombre sonrió, comprensivo.

—Estamos bien allá arriba, excelencia, estad tranquila.

—¿Estás seguro? Aún no he tenido ocasión de visitar la segunda planta y no quiero que esa ala de la casa quede desatendida.

—Os aseguro que las habitaciones están bien caldeadas, lady Northcliff. Tenemos una chimenea en cada habitación...

—¿De verdad?

—Sí, excelencia. El duque ya proveyó hace varios años —explicó con satisfacción.

—¡Bien! Estaba muy preocupada...

—¿Por qué? —preguntó Keiran acercándose.

—¡Oh, Key! Estás aquí —exclamó ella, pasando un brazo por debajo del suyo—. Ramsay, gracias de todo corazón —dijo sonriendo amablemente al anciano mayordomo.

—Siempre es un placer poder seros de ayuda, excelencia.

Eleonor y Keiran se alejaron. Ella le sujetaba por el brazo y él la miraba.

—¿De qué hablabais? ¿A qué se debe este contacto tan poco formal?

—Me he asegurado de que no hiciera frío en las dependencias del servicio. Y este contacto informal es un síntoma de lo mucho que nos queremos y no tenemos miedo de demostrarlo. —Eleonor le sonreía con dulzura para ser convincente. Apenas ladeó la cabeza, dejando que un mechón de pelo resbalara por su cuello.

Keiran la miró fijamente a los ojos, indeciso sobre qué decir.

—El acuerdo era mostrar una pareja feliz y ejemplar, ¿verdad, Key?

—Así es —respondió Keiran sin dejar de observarla.

Llegaron a los divanes.

Eleonor rio apenas y, sin dejar de mirarlo a los ojos, se separó de él para sentarse entre los invitados.

La complicidad de aquellos gestos no escapó a los presentes, que no pudieron evitar pensar que los recién casados estaban muy unidos y enamorados. Si aquello podía parecer normal para cualquier pareja, no lo era tanto para el duque y la duquesa: el hecho de que el Duque Negro tuviera fama de hombre duro, severo, peligroso y temible, y sobre todo experto con el sexo débil, daba a aquella escena algo increíble.

Alice tocó durante un buen rato y a Keiran no se le escapó que la muchacha tenía un aire menos espontáneo que de costumbre. Era como si tratara de ser la de siempre, pero el esfuerzo empleado era evidente, al menos para sus inquisitivos ojos. Había tenido esa sensación toda la tarde.

Eleonor se había percatado de que Alice había hablado mucho durante la cena, pero no con su vivacidad habitual. Sospechaba que todo aquel hablar había sido para ocultar algo. La muchacha le había sonreído a menudo a lord Bath, como si ambos tuvieran algo en común; esa duda la estaba agotando y decidió que le preguntaría directamente a su amiga cuando tuviera la oportunidad.

Lady Georgia se había acercado al piano.

—¿Queréis tocar vos? —le preguntó Alice educadamente.

—No, no. Odio tocar. Pero si queréis, puedo cantar.

—¿De veras? —Alice no esperó respuesta y comenzó a entonar una melodía navideña, mientras Georgia cantaba, atrayendo la atención de todos. Su voz era increíblemente afinada y su tono profundo llenaba el aire del salón, llegando a todos los rincones por su potencia.

—¡Lady Georgia tiene un talento natural! —exclamó Eleonor.

—Sí, adora cantar, pero odia tocar —admitió lady Bath.

Todos la miraban con asombro y admiración.

Cuando terminó la canción, lady Georgia estaba satisfecha y contenta de sí misma.

Roy se acercó.

—¡Habéis estado absolutamente increíble!

—Gracias, lord MacKendrick. Me alegro de que os haya gustado mi interpretación de esta melodía.

—La verdad es que todo el mundo os ha apreciado. Tenéis una voz plena y dulce.

—Gracias de nuevo por el cumplido. Me alegro de haber entretenido a todo el mundo, pero me interesa más que os guste a vos.

Roy vio a Lady Georgia asumir la actitud de cazadora, una expresión que le era conocida por haberla visto una infinidad de veces. Solo que esta vez la presa no era Kein, sino él.

La llegada del resto de los invitados que querían felicitar a Lady Georgia lo salvó, llevándolo a alejarse lentamente.

—Ten cuidado o te atrapará para luego obligarte a casarte con ella. Y te aseguro que encontrarás el terreno ya arado. —La afirmación de Keiran obligó a Roy a mirarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Entiendo. Ella no me gusta, Kein. Pero ya que la tierra ha sido arada, ¿por qué no puedo ararla yo también?

—¡Déjate de chorradas, Roy! —exclamó Keiran entre dientes para no ser oído—. Si te la

llevas a la cama, sólo conseguirás que su padre abra de repente la puerta y te sorprenda con ella.

Roy miró a lady Georgia, luego la alfombra a sus pies. Finalmente se volvió para mirar los ojos admonitorios de su hermano.

—No te preocupes. Me mantendré alejado de ella.

—Pero ella no se mantendrá alejada de ti. Cierra la puerta esta noche con llave. No es una sugerencia, es una orden.

—Ya soy un poco mayorcito para recibir órdenes de un hermano, ¿no crees? —preguntó Roy irritado.

—Yo no soy un hermano. Soy tu hermano. Y soy el cabeza de familia. ¡El mismo cabeza de familia que no va a remendar graves errores sólo porque te arden los cojones!

Roy pudo ver que Keiran estaba realmente preocupado. Y molesto.

—Vete a Edimburgo unas horas, Roy.

—No me apetece. Me quedaré en casa y cerraré la puerta, o la dejaré abierta e invitaré a la doncella de lady Nancy.

Keiran se tranquilizó y tuvo cuidado de no señalar que Maggie sólo tenía ojos para Foster, no sólo porque lo decepcionaría, sino sobre todo porque Eleonor venía hacia ellos.

Caminaba erguida, con una postura elegante, la cabeza apenas inclinada mientras lo miraba expectante, con las esbeltas caderas meciéndose bajo el suave vestido. Se detuvo ante él.

—Es medianoche, cariño. Te deseo una feliz Navidad —susurró un momento antes de cogerle las manos y besarle en la boca.

Roy se sobresaltó sonriendo y luego se dirigió hacia su madre.

—¿No dices nada?

—Mis mejores deseos también para ti, Eleonor.

—Gracias. Soy feliz de estar aquí, de estar con vos y de... —Eleonor no pudo continuar debido a la emoción que amenazaba con hacerle derramar lágrimas.

Fue en ese momento cuando Keiran percibió lo genuino de su gesto de afecto al besarle y desearle lo mejor.

Ella tenía los ojos vidriosos y miraba fijamente a su marido a través de una neblina líquida que lo empañaba todo. Parpadeó y las lágrimas se apoderaron de sus acaloradas mejillas.

Keiran extendió ambas manos y le limpió lentamente las mejillas con los dedos, indiferente a las miradas de los presentes, experimentando un sentimiento al que temía dar un nombre.

Eleonor levantó los brazos apresuradamente y le abrazó con fuerza, en equilibrio sobre las puntas de los pies, induciéndole a abrazarla. Para ella fue una sensación maravillosamente gratificante: se sentía bien así y una fuerte sensación de protección la envolvía.

—Incluso si un día te cansaras de mí... ¡jura que siempre me protegerás!

—Ya lo he hecho.

—¡No! ¡Dímelo ahora! Te lo suplico...

—Juro que no permitiré que nada ni nadie te haga daño.

Eleonor lo apretó aún más fuerte, como si temiera perderlo.

Las voces a su alrededor les indujeron a separarse. Siguió un intercambio de buenos deseos en un aire jovial y alegre.

Eleonor departió con lady Queensbury y la duquesa madre. Con un gesto de la mano señalo con elegancia el diván, invitándolas a sentarse con ella.

—Me complace comprobar, querida, que vuestros esfuerzos por mantener al margen la originalidad habitual están dando sus frutos —comentó la vizcondesa con palabras bien medidas.

—Me anima mucho vuestro positivo parecer, lady Queensbury. Aunque, como habréis notado

hace poco, aún soy incapaz de reprimir totalmente mi naturaleza afectuosa.

—Exagerar un poquito no hace daño: ahora sois una duquesa y ese pequeño extra será la característica por la que seréis amada u odiada. En cualquier caso, emergeréis de entre la multitud de plebeyos, llegando, no lo excluyo, es más, lo preveo, a dictarles leyes no escritas.

—Lady Bridget Northcliff, ¿vos también pensáis lo mismo?

—Sí, querida. Sólo te aconsejaría una cosa: si decides expresar una opinión o un pensamiento tuyo, hazlo con decisión y a conciencia, para que tu seguridad no dé pie a que nadie te lleve la contraria. Pero creo que eso ya lo sabes hacer: tu madre bromeaba a menudo sobre tu innata e incuestionable capacidad para meterle el pulgar en la nariz a cualquiera. Con elegancia y educación, por supuesto.

Eleonor inclinó la cabeza, desconcertada al recordar el rostro de su madre.

—Orgullo, querida, orgullo —dijo simplemente lady Queensbury.

Mientras las tres mujeres hablaban, Keiran escuchaba a lord March relatar algunas noticias que habían ocurrido en Londres. Los Wiltshire, lord Portland, lord MacKendrick, lady Hereford y lady Nancy hacían preguntas y exigían explicaciones, estallando en carcajadas de vez en cuando.

Pero parecía que Lawrence sólo tenía ojos para el duque de Northcliff, y aunque les contestaba a todos, siempre volvía a mirarle fijamente.

Nancy no pudo evitar darse cuenta de que el duque observaba a Eleonor con constante atención; y también se fijó en que, de vez en cuando, echaba una ojeada a lady Georgia, que se había acercado al piano en compañía de lord St. James. La manera afable y melosa en que la matrona dialogaba con Daniel la incomodaba sobremanera, y el hecho de que el duque los observara la ponía en alerta: no entendía si lo hacía para controlar a su amigo o porque le gustaba la hermosa muchacha. Fingió indiferencia con gran esfuerzo.

Lady Georgia, por su parte, no prestaba atención a nadie más que a su interlocutor. Cuanto más lo miraba, más convencida estaba de que era el hombre adecuado para el entretenimiento nocturno que buscaba. Era un reconocido libertino y estaba segura de que la muchachita sordomuda nunca sería capaz de catalizar totalmente su interés fuertemente viril.

—Sois muy amable al felicitarme por mi voz. No suelo cantar.

—¿Y eso? —preguntó Daniel más por educación que por verdadera curiosidad.

—No sé... tal vez porque esté convencida de que una chica debe agradar a un hombre por otras cualidades, no por su forma de cantar.

—Seguramente es así, pero una voz como la vuestra es definitivamente una baza a vuestro favor.

—Gracias, lord St. James, sois todo un caballero. Hemos tenido pocas oportunidades de hablar, vos y yo. Pero siempre tuve la corazonada de que me gustaríais. Vuestra fama os precede y tantas chicas como yo hemos estado prendadas de vos —le susurró con fingida timidez.

Daniel guardó silencio, esperando que el asunto acabara.

—En resumen, tendríais mucho que enseñar a chicas como yo... dispuestas a aprender.

—Estoy seguro de que aprenderéis a vuestro debido tiempo, Lady Georgia.

—A mí me vendría muy bien ahora mismo, lord St. James.

Daniel fingió no comprender.

—O tal vez en unas horas —añadió ella—. Mis aposentos son preciosos y la cama, demasiado grande para una sola persona.

A Daniel se le escapó una leve sonrisa. Levantó una comisura de los labios, genuinamente divertido por aquellos poco elegantes intentos de seducirle. En otra ocasión habría aprovechado

la oportunidad. Pero era demasiado caballero para hacer algo así bajo el mismo techo que Nancy, y en casa de su queridísimo amigo.

Miró a la dulce joven que observaba hablar a lord March, atenta a comprender las palabras que no podía oír: era a ella a quien deseaba, no a aquella mujerona que presumía de enormes pechos y de lujuria sexual.

Un deseo casi incontrolable se apoderó de él cuando miró a lady Nancy y se dio cuenta de que no podría resistir mucho tiempo sin tenerla. Decidió que tendría mucho cuidado de no quedarse a solas con ella para no caer en la tentación, pero lo que sintió fue más allá del deseo físico, tanto que creyó haberse enamorado. Esto le perturbó enormemente: ¡un hombre como él, que había tenido tantas mujeres, se veía reducido a contentarse con una sola! Era impensable. Miró de nuevo a lady Georgia.

—Mi cama también es grande —le dijo arrepintiéndose acto seguido.

—Conozco vuestro aposento. Tal vez más tarde me acerque a comprobar si vuestra cama es más grande que la mía —le susurró con una sonrisa que daba la medida de toda su satisfacción.

Fue en ese preciso instante cuando Keiran percibió lo que estaba ocurriendo. Se separó del grupo disculpándose y sin rodeos les dijo a Daniel y a la muchacha:

—Siento interrumpiros, pero necesito mostrarte algo, Wolf.

Daniel siguió a Keiran, dejando a lady Georgia junto al brillante y oscuro instrumento musical. La muchacha vio a su madre y a su padre charlando con lady Alice y se acercó a ellos, observando cómo el duque y el marqués de St. James abandonaban el salón.

Keiran caminó enérgicamente hacia el estudio.

Daniel se dio cuenta de que se avecinaba una reprimenda, así que cerró la puerta tras de sí y se enfrentó a los ojos azules que ya le amenazaban. Aquella mirada bastó para hacerle recapacitar. Suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Jamás te habría hecho una afrenta así, y menos en tu propia casa.

—Me alegra oír eso.

—¡Joder! ¡No quiero depender de lo que siento por Nancy! —estalló contrariado, buscando en los ojos amistosos de Keiran ayuda.

—Lo sé. Pero ya es tarde para dar marcha atrás.

—No estoy comprometido oficialmente.

—Quiero decir que es demasiado tarde para ti: ya dependes de esa dulce criatura.

Daniel miraba al amigo con ojos incrédulos y asustados: nunca Keiran se había equivocado al evaluar los sentimientos de los demás, sobre todo los suyos.

—Aún está por forjar, por moldear. ¿Y quién mejor que tú podría enseñárselo todo?

—Entonces debo tenerla ahora, Blake.

—No puedes. No sin el consentimiento del hermano.

—¡Tú no esperaste a su consentimiento para casarte con lady Eleonor! —le señaló Daniel, olvidándose del título de duquesa.

—Yo elegí para mí. Y Eleonor no es su hermana.

—¡Muy bien! Entonces yo elijo para mí: me la llevaré a Gretna Green.

Keiran suspiró, fijando los ojos en el fuego crepitante que Ramsay siempre mantenía vivo. Debía reflexionar. Necesitaba reflexionar.

—No te precipites, Danny —le aconsejó, llamándolo por el apodo cariñoso que les unía desde que eran niños—. Dame tiempo y tómatelo también tú.

Daniel comprendió que Kein quería pensar. Sabía que era un hombre especial y que con su ponderada racionalidad podría encontrar la solución adecuada para todos.

—Le voy a pedir a tu mujer que me dé un somnífero —dijo esperando su reacción.

Keiran rio moviendo la cabeza.

—¡Te aseguro que tiene uno muy fuerte!

Cuando regresaron al salón, encontraron a todos reunidos en torno a Eleonor, lady Bridget Northcliff y lady Queensbury, que seguían sentadas en el diván; en el otro estaban lady Bath, lady Hereford y lady Wiltshire. Lady Georgia estaba de pie detrás de su madre, lady Nancy y lady Alice, muy cerca, charlaban junto a la chimenea.

Keiran tuvo inmediatamente la impresión de que algo preocupaba a Nancy.

Pero su atención se centró más en lord Portland, que miraba con adoración a su esposa y probablemente no había entendido nada de lo que ella estaba diciendo.

—Mi padre intentaba hacer de padre severo, ¡y tenía toda la razón! Seguro que una hija leyendo tratados de medicina y explicando cómo curar todo tipo de enfermedades es todo un incordio.

Todo el mundo se reía.

—Pero, ¿qué tipo de tratados? ¿Tan interesantes eran? —preguntó lord March.

—Bueno, que fueran de interés para otros, no lo sé. ¡A mí me interesaban! Y quería saber cómo ayudar a los que sufren, a los que están enfermos.

—¿Es eso lo que os empujaba a lecturas poco... convencionales? —pregunto con suma cautela lady Bath.

—Sí, además de una innata curiosidad.

—Lady Northcliff —intervino el marqués de Wiltshire—, mientras hablabais, reflexionaba sobre la rareza de encontrar en la misma persona tanto amor por la ciencia y al mismo tiempo tanto amor por Dios.

—Excelente observación, lord Wiltshire —afirmó lady Queensbury—. Pero lady Northcliff también es original en esto. Y estoy segura de que sabrá explicar sus motivos.

—Bien, sólo diré una cosa para aclarar mi pensamiento: la ciencia no pertenece al hombre. La ciencia es de Dios. El Todopoderoso ha dado al hombre la capacidad de crear la ciencia. Y el hombre debe utilizarla como un instrumento sagrado en beneficio propio y del Universo.

El silencio que siguió fue una pausa de reflexión para todos.

—Explicación exhaustiva. Me gusta mucho y la compartiría si estuviera tan próximo a Dios como vos —declaró abiertamente lord Wiltshire.

—¿No sois creyente, marqués?

—Lady Northcliff, ¡soy lo bastante creyente como para no recibir la desaprobación de la sociedad!

Una carcajada saludó su confesión.

—Es simplemente una cuestión de fe, solo de fe —dijo Eleonor.

—Pero ¿de dónde viene la fe? —preguntó el marqués.

—De aquí —respondió ella señalándose el corazón.

—¿Y no es de aquí? —volvió a preguntar el otro, colocando un dedo sobre su cabeza de cabellos rubios surcados de blanco en las sienes.

Eleonor negó con la cabeza sonriendo: sabía que ahora él no estaría de acuerdo.

—¿Del corazón y no de la mente? Sin embargo, sabéis mejor que yo, puesto que estudiáis medicina, que es la mente la que da a luz a los inventos más grandes e ingeniosos, como Dios.

—Ahí está la cuestión: Dios no es una invención, sino una convicción que nace del corazón. Hay que sentirlo, con fe y una aceptación total. Eso es todo lo que hace falta —dijo Eleonor, tocándose el pecho a la altura del corazón. Había inclinado complacida la cabeza y sus ojos, de

una dulzura embrujadora, le dirigían una mirada persuasiva que hizo sonreír a Keiran.

El marqués suspiró.

—Me rindo. Sois demasiado entendida en la materia y, sobre todo, demasiado convincente. Siento que podría caer en la tentación de ceder, ¡hasta el punto de convertirme al catolicismo!

Eleonor rio con ganas, así como todos los demás.

—Has hecho bien, Cyrus —concluyó el duque—. Nunca he conocido a nadie que le hiciera frente, excepto yo.

Eleonor entornó los ojos, mirándole desafiante: su severo marido no se había dado cuenta de que en realidad era ella misma quien no se permitía subyugarle con sus carantoñas.

Mientras el grupo seguía charlando, lady Bridget Northcliff le susurró a la joven duquesa.

—Querida, me despido. Estoy cansada. Pero te daré un consejo: no tardes en retirarte, cariño, porque ésta será una noche especial para ti. Si necesitas algo, lo que sea, llama a mi puerta, ¿de acuerdo?

—Gracias, gracias de todo corazón. Creo que seguiré vuestra sugerencia: dentro de unos diez minutos haré el papel de duquesa, me levantaré para saludar y despedirme de todos. ¿Os parece bien?

—Sí, Eleonor, muy bien.

Se levantaron a la vez, cogidas de la mano.

Bridget la miró fijamente, como si estudiara sus emociones.

—Serás una perfecta duquesa, Eleonor, no tengo ninguna duda.

La joven asintió, agradecida por aquellas palabras que le infundían valor.

—Mis queridos amigos, me despido de todos y os deseo buenas noches.

Todos se despidieron de ella y lady Bridget Northcliff pasó el brazo por debajo del de su hijo en muda petición de que la acompañaran hasta la puerta. Se detuvieron en el umbral.

—Kein, cariño, trátala con cuidado. Es tan joven comparada contigo, ¡tan inexperta!

—Es una leona disfrazada de cordero, mamá.

—No, Kein, te equivocas. Eleonor es una leona, sin pretensiones ni disfraces. Y tú eres su león: más fuerte, más experimentado, más tenaz y testarudo. Respétala siempre, nunca la lastimes, nunca. Sobre todo esta noche.

—Sabes muy bien que no sería capaz. Sobre todo esta noche.

Su madre se tranquilizó y le dio un beso antes de salir.

Keiran miró instintivamente a su mujer: respetar sus tiempos sería difícil, pero lo haría y su madre no iba a enterarse de nada. Se preguntó cómo podía compartir habitación con Eleonor, verla medio desnuda a cada momento y no tocarla. Suspiró.

—¡Eh, Northcliff! —lo llamó el marqués de Wiltshire—. Estaban organizando un paseo a caballo en la nieve para mañana por la mañana. ¿Qué me dices?

—Te digo que mañana mi duquesa y yo dormiremos un buen rato.

Los hombres soltaron risitas ante la evidente insinuación, mientras que las mujeres fingieron indiferencia con pudorosas sonrisas.

Sólo Eleonor y lord March tuvieron una reacción diferente: ella se puso de un color sonrosado brillante mientras intentaba entablar conversación con las damas, y Lawrence permaneció inmóvil, como si no hubiera oído el comentario del duque.

Pasaron unos minutos y finalmente Eleonor exclamó:

—Creo que es hora de ir a descansar, mis queridos amigos.

Siguió una procesión de gente que salía del vestíbulo hacia las habitaciones de la segunda planta.

Keiran cogió a Eleonor del brazo.

— Sube. Tengo que hacer en mi estudio.

—Te espero despierta.

—No.

—¿Por qué?

—Es mejor así.

—Te espero despierta.

—Eleonor.

Pero ella ya le había besado en los labios.

La vio marcharse. Luego se dirigió a su estudio, donde esperaba el informe vespertino de Foster.

* * *

Hugh cogió su bolsa y empezó a llenarla. Colocó una pistola, un cuchillo, una cuerda, cerillas y comida envuelta en una servilleta. Se metió otro cuchillo en los pantalones a la altura del cinturón.

Miró el reloj, eran las once y decidió esperar una hora más, pero antes se entretendría un momento hablando con el duque.

Se sentó frente al fuego de la chimenea y se puso a pensar. El asunto con Maggie le inquietaba y a menudo se encontraba pensando en ello. Le gustaba de verdad, pero no era una mujer a la que pudiera confiar su corazón. Por eso la trataba por lo que ella misma había decidido aparentar. Sólo entonces la tendría de verdad.

Un ruido al otro lado de la puerta le hizo volverse. Cogió el cuchillo, se levantó y esperó detrás de la puerta. Ésta se abrió lentamente y por fin vio al intruso.

—¡Coño, Maggie! —exclamó cerrando de un portazo—. ¡Te había dicho que no vinieras!

—Y he venido igualmente. Eres un embustero. No tienes ningún compromiso y no hay otra, así que no me quieres. Podías habérmelo dicho, no me lo habría tomado a mal.

Hugh suspiró y volvió a guardar el cuchillo en su cinturón.

—No puedes quedarte.

—Por supuesto, ahora mismo me voy. —Maggie se dio la vuelta y ya tenía la mano en el pomo cuando Hugh la detuvo apoyándose con fuerza en la puerta.

Él no esperaba que ella se marchara..

—Tengo que trabajar en el barco. Salgo en una hora.

—Vale, lo he entendido. Adiós.

—No, no lo has entendido. Tenemos una hora.

—Eres tú el que no lo ha entendido. Una hora no es suficiente. Contigo quiero más, incluso para siempre.

—No digas gilipolleces. Una hora es más que suficiente para mí. Peor para ti que has venido. —La tiró de la muñeca y la desnudó rápidamente.

Ella no se resistió.

—Me importas, ¿no lo entiendes?

—Por ahora. Luego le pondrás los ojitos a otro y yo me buscaré una rubia.

—¡Antes la mataría!

Hugh sonrió divertido, le quitó las enaguas y se quedó mirando sus redondos pechos.

—No vas a matar a nadie. Deja de montarme estas escenitas. —También se desvistió él, dejando caer su ropa al suelo—. Tanto anoche como la noche anterior morías de ganas de tocarme. Ahora lo puedes hacer. —Fue a sentarse al sillón.

Maggie volvió en sí y le siguió. Para su asombro, se inclinó y se llevó el miembro a la boca.

Hugh contuvo la respiración.

—¡Maldita sea tu estampa, Maggie! —exclamó, tirando de los suaves rizos oscuros que rozaban sus piernas.

Maggie se sintió complacida, haciéndose ilusiones de que tenía las de ganar mientras él se dejaba chupársela durante unos segundos. Pero no fue así, no con Hugh Foster.

—En pie —le ordenó.

—Si quieres, puedo hacer que te corras así —masculló, perdiendo toda su confianza.

Hugh la miró durante dos segundos. Podía divertirse con alguien como ella, pero no quería que le dieran órdenes. Decidió que disfrutaría de aquellos momentos, pero a su manera. La agarró del brazo y la llevó hasta la cama, donde se sentó. Le dio la vuelta y con un movimiento arrollador la tiró encima de él, penetrándola por detrás.

Maggie pareció no inmutarse y emitió descaradamente un gemido de placer.

Hugh se hundió en ella, con un ritmo constante, haciéndola sobresaltarse.

—Tienes unas tetas espléndidas, Maggie... —le dijo al oído, mientras le tocaba los pezones.

Le encantaba su aparente sumisión y sus jadeos espontáneos; pero pensar que cualquier juego arriesgado, vulgar y promiscuo no era nada nuevo para ella le molestaba. Sintió fastidio y sus gestos se volvieron más agresivos, como si quisiera castigarla por el desenfreno al que estaba acostumbrada. Le agarró las caderas y empujó con rabia.

Pero Maggie pareció aceptarlo también y, sin inhibirse, siguió el movimiento animal al que él la obligaba, exigiéndole más mientras gemía «otra vez» a cada movimiento.

Hugh no pudo resistirse y emitió un grito liberador en el mismo momento en que ella chilló.

En cuanto recuperó el aliento, Hugh la levantó y la tumbó en la cama, exhausta.

Ella se puso enseguida a su lado.

—¿Hugh?

—¿Qué pasa?

—¿Soy lo suficientemente buena para ti? En la cama me refiero.

—No hagas preguntas estúpidas.

—Quiero saber lo que piensas de mí.

—Creo que todas las mujeres son buenas si son tan espabiladas como tú.

Maggie apretó los labios, ofendida.

—¿Son así las otras con las que has estado?

—Preguntas estúpidas, Maggie —le dijo, mirándola fijamente. Ella pareció dolida e instintivamente, quizá para calmar su grosería, añadió—: Lo que es cierto es que tetas como las tuyas se ven pocas.

Maggie sonrió ante aquel insolente cumplido.

—Entonces, ¿te gusto?

—Si no, no estarías aquí.

—Me he enamorado de ti.

—Gilipolleces.

—¿No ves la pasión que hay en la cama? Es porque lo doy todo.

—También se lo has dado todo a los demás. Sin embargo, aquí estás diciendo que me amas. Déjalo.

—Siempre me tratas mal. Te pareces al odioso de lord Bath.

—¿Por qué? ¿Qué hace él?

—Trata mal a su esposa, pero luego la hace gozar hasta que grita. Como tú haces conmigo.

Hugh se quedó callado, sintiendo el deseo de Maggie de desahogarse y dándose cuenta de que tal vez podría sacar alguna información útil de ello.

—Piensa solo en el sexo, todas las noches. Si no es con la esposa, es con la jovencita a la que embauca con sus encantos. O sale de noche para buscar mujeres de vida galante.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto salir más de una vez y los demás también lo han visto.

Hugh reflexionó sobre aquel descubrimiento.

—¿Y cuándo vuelve?

—No lo sé. Le oí a Ramsay decirle a Ben que una mañana lo vio entrar al amanecer, pasando por la cocina. Pensó que estaba solo porque Ramsay estaba en la despensa. —La voz de Maggie se iba apagando; estaba agotada y cansada por el trabajo del día—. Ben le dijo a Hettie que regresó una noche con el labio roto.

—¿Quién?

—Lord Bath. Y el caballo estaba cubierto de sangre, a pesar de que él intentó limpiarlo. Pero Tremaine vio la postilla a la mañana siguiente... —Bostezó.

—Duérmete. Voy a salir un rato. Estaré de vuelta antes del amanecer. Espérame.

Ella no le contestó: ya estaba dormida.

* * *

Cuando Keiran entró en la habitación, sus pensamientos aún estaban en lo que Foster le había dicho. Por eso no reparó de inmediato en Eleonor, tumbada sobre la mullida alfombra oscura frente al fuego. Sólo se dio cuenta porque captó un movimiento con el rabillo del ojo; giró la cabeza y vio sus esbeltas piernas moviéndose arriba y abajo.

Estaba leyendo concentrada y con las gafas puestas.

—¿Qué demonios haces tumbada en el suelo?

—Leo.

—Usa el sillón.

—No, me gusta el sitio. ¿Sabías que las mujeres chinas no pueden decir abiertamente a su médico dónde les duele? ¡Tienen que señalar el punto de dolor en una figurita desnuda que todos los médicos guardan a tal efecto!

—Lo sabía. Pero ¿qué estás leyendo?

—«Curiosidades médicas». ¿Y sabía que los *bourdaloues* deben su nombre a Louis Bourdaloue, un jesuita francés conocido por sus interminables sermones?

—No, no lo sabía.

Eleonor, feliz de poder enseñar cosas nuevas, se sentó y empezó a explicar, enfatizando todo con gestos de las manos.

—Entonces... debido a sus sermones excesivamente largos, se inventó el *bourdaloue*, para permitir a las mujeres realizar sus necesidades fisiológicas en público sin abandonar el sermón del jesuita, bien ocultos por las voluminosas faldas y enaguas de la época. —Era encantadora por la concisión con la que compartía la información.

—¿Hablas en serio o me tomas el pelo?

—¡En serio, en serio! ¡Pero imagina qué peste!

Keiran sonrió y ella volvió a tumbarse para leer.

Tras observarla unos segundos, se dirigió a la cama, desanudándose la corbata. Se desnudó rápidamente, colocando su ropa sobre una silla. Se puso la bata y se dirigió al cuarto de baño.

¿Cómo he estado esta noche? ¿Lo he hecho todo bien?

—Sí —respondió él desde la otra habitación.

—¿Me he pasado con el menú escocés?

—No.

—Entonces, ¿estás contento conmigo?

—Sí.

—¿Por qué mirabas a tu amigo y a lady Georgia de ese modo?

Silencio.

Keiran apareció por el umbral del guardarropa, con la cara y las manos aún húmedas, el paño de algodón en la mano. Se secó, estudiando los ojos de su esposa.

—¿Qué modo?

—¡Ése! —exclamó ella señalándolo con la mano.

—¿Cuál?

—¡Como me miras a mí ahora! Estarás pensando: ¿qué se habrá imaginado esta chiquilla? Y esta noche pensabas: ¿qué estarán tramando esos dos? —Eleonor había subido el tono de voz para imitarle, provocándole a la vez una sonrisa y un fruncimiento de ceño—. Entonces, ¿por qué los mirabas fijamente? ¿Estaban tramando un encuentro? Si es así, podría echar a lord St. James de esta casa. ¡No toleraré que se hiera gratuitamente a la gente, especialmente si son buenos y especialmente si se trata de mi prima!

—Cálmate. No va a haber ningún encuentro, Eleonor, te equivocas.

—Mejor para él.

Keiran volvió al cuarto de baño.

—¡Pero creo que me estás mintiendo! —gritó ella implacable.

Él reapareció en la puerta.

—Yo no miento —dijo con calma y amenazadoramente. Se acercó, observándola desde arriba. Luego se sentó en el sillón. Iba descalzo y de su bata asomaban unas largas piernas sombreadas por el vello oscuro.

—He dicho que no habrá ningún encuentro. Asunto zanjado.

Ella siguió hojeando el libro, tumbada boca abajo, con las piernas balanceándose arriba y abajo.

—Si es como dices...

—Asunto zanjado.

—... entonces lady Georgia se va a llevar un buen chasco...

—Eleonor.

—... porque está claro que ahora su entretenimiento...

—¡Eleonor!

—... es lord St. James. ¿Qué pasa?

—He dicho asunto zanjado. No quiero discutir más de ello.

—Uf —resopló ella poco elegantemente—. ¿De qué podemos hablar entonces? No es justo que siempre decidas tú.

—Entonces decides tú. Pero cambia de tema.

—Vale. Hablemos de lord Bath y de Alice.

Keiran permaneció inmóvil, intentando no parecer sorprendido de que Eleonor también se hubiera dado cuenta.

—No finjas, Key. Estoy segura de que también has notado la confianza que hay entre ellos.

—No puedo negarlo.

—¿Eso es todo?

—Por ahora sí.

—Lo discutiré con Alice. Y deberías poner a lord Wiltshire en alerta.

—¿Qué te preocupa, Lio?

—¡Ese cerdo de Bath!

Keiran se quedó ojiplático.

—No me gusta que uses esos términos.

—Estamos solos.

—¿Por qué lo calificas de cerdo?

—Cerdo sería demasiado vulgar, imagino.

—¡Eleonor!

—Estamos solos.

—No has respondido.

—¿A qué, Key? —preguntó sonriendo.

—Deja de hacerte la gata y responde.

—Vale, vale. He oído alguna chanza de los criados. Además... no deja de mirarme.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Te has dado cuenta? Pues que sepas que la culpa es tuya: ¡me obligaste quitarme esas vendas y ahora todos me miran!

—¿Todos? Por ejemplo ¿quién?

—Olvídalo. ¿Le hablarás al marqués?

—Creo que sí. Todos, ¿quién, Lio?

Eleonor se volvió hacia un lado, sujetándose la cabeza con la mano. Su melena suelta caía hacia un lado y el fuego la iluminaba con colores cálidos.

—¿Cuándo te irás?

—Ya te lo he dicho. En febrero. —Él, concentrado en mirarla, parecía haber olvidado la pregunta formulada.

Ella reflexionó unos segundos.

—¿Por qué dices a los demás que partirás en primavera?

—No son cosas que debas saber, ni deberían importarte.

Ella apretó los labios con fastidio.

—Bien. Entonces tampoco debería importarme cuando Lord Bath se vaya. Asunto zanjado.

Keiran la miró: aquella chiquilla sabía algo.

—Habla.

—¡Por nada del mundo!

—Estás jugando con fuego, Eleonor Grace —la amenazó él con mirada severa.

Eleonor no sabía si seguir desafiándole. Decidió utilizar una estrategia más persuasiva. Gateó hasta él y le puso las manos en los muslos.

—¿Por qué no confías en mí? —le preguntó en un susurro.

—Confío en ti. Pero hay información que no deberías tener.

—¡Pero yo podría serte de ayuda! —Ella había estirado la mano y acariciado su híspida mejilla—. Déjame ayudarte, Key. Déjame ser una buena esposa, te lo suplico.

Keiran empezó a sentirse incómodo con aquel contacto. Se lamió el labio inferior, apartando la mirada. Se enfadó consigo mismo por su incapacidad para manejar las emociones que le provocaba aquella chica. La miró fijamente.

—De acuerdo, Eleonor. Digamos que no confío en Bath —dijo impetuosamente, cogiéndole la mano y estrechándosela con fuerza, como para limitar los efectos que aquella proximidad estaba teniendo en él—. Muestra simpatías por Napoleón y esto por sí solo es motivo de sospecha para

mí.

—Fui yo misma hace años quien te informó de su conversación con Castlereagh.

—Precisamente. Y justo aquí, en esta casa, volvió a confirmar su bonapartismo.

—¿De verdad? —preguntó ella abriendo los ojos de par en par.

—Sí. Así que aunque compartamos nuestras experiencias en el mar, puedo decir que realmente no sé mucho sobre él. Yo trabajo con St. James y Wiltshire, sé lo que llevo. Pero nunca he estado en el barco de Bath.

—¿Por eso no quieres decirle cuándo te vas?

Él asintió.

—¿Hay alguna razón por la que Bath decida partir antes? ¿Digamos cuándo partes tú?

—Habla claro, Eleonor. Presiento que sabes algo —dijo apretando la mano.

—A Lady Bath se le escapó...

—¿El qué?

—Que su marido partirá en febrero.

Keiran frunció el ceño peligrosamente y estrechó la mano de Eleonor con demasiada fuerza.

—Me... estás haciendo daño.

Él aflojó el apretón sin soltarle la mano. Inclinó la cabeza y se la besó suavemente mientras pensaba. Se levantó.

—¿Estás segura? ¿Se le escapó?

—Estoy segura de que dijo en febrero. Pero si se le escapó o lo dijo a posta, no sabría decirte.

Eleonor recordó la escena. Se puso un dedo en el labio inferior y empezó a mordisquearlo. «Una esposa debe tener cuidado con los secretos que le confía su marido. Es como si a mí se me escapara la información de que Key partirá en febrero. ¡Imposible!»

—¿En qué piensas?

—¿Hum?

—¿Qué pasa? Has encontrado la respuesta. La siento. Habla. —Keiran tenía curiosidad por saber si ella había llegado a la misma conclusión que él. Bajó la mirada hacia ella, y el escote de su bata dejaba ver demasiado. Apretó la mandíbula por el esfuerzo de controlar su deseo.

—Yo nunca dejaría que algo así se me escapara. Incluso si lo hubiera hecho, creo que me habría dado cuenta enseguida y habría intentado subsanarlo. Quiero decir, Key, ¡ella estaba tan serena como una niña comiendo galletas! No sé, creo que existe la posibilidad de que lo dijera a propósito. Ahora, dime tú por qué haría eso.

—No, Eleonor. No te lo diré.

—¡Entonces lo sabes! ¡Y ella me embaucó! ¡Ella quería que te lo contara! ¡Dime por qué!

—Sí. Sí. Sí. Y no.

—¡Deshonesta muñequita, encantadora de serpientes, falsamente ingenua y realmente pervertida!

—No necesitas saber más. ¿Realmente pervertido?

—¡Sí, exactamente!

—¿Por qué?

—¿Pero cómo? Todo el mundo lo sabe. Pretende ser dulce e ingenua, exactamente lo que dice su apariencia: una muñeca de porcelana, delicada y frágil. —Eleonor gesticulaba con elegancia y compostura, moviendo las pestañas como las remilgadas jovencitas a la caza de marido, haciendo sonreír a Keiran. Luego, de repente, con gestos impetuosos añadió—: ¡Más que ingenua! ¡Sus gritos de placer se oyen hasta en las dependencias del servicio!

—¡Eleonor!

—Y sus frases de pervertida mientras ese cerdo la está... bueno, ya sabes... se escuchan hasta en la cocina.

—Eleonor Grace, ¡te juro que si no te detienes, te azotaré como es debido! —exclamó Keiran indeciso entre el enfado y la diversión.

—Incluso podría gustarme oír a lord y lady Bath... —dijo ella con descaro.

—¡Se acabó! —exclamó, sujetándole de la barbilla—. ¡Lo juro, nunca he conocido a nadie tan impertinente y descarada como tú! ¿Te parece algo que debas contarle a tu marido?

Eleonor levantó los brazos con cara ingenua.

—¿A quién se lo cuento entonces? ¿A tu hermano? ¿O a lord Portland?

—Acuéstate.

Ella obedeció, preguntándose si había llegado el momento de para compartir intimidad con él. Su corazón empezó a latir con fuerza, pero no sabía si era por miedo o por la expectativa de algo agradable. Se quitó la bata y se estremeció violentamente, quizá porque el camisón de encaje fuera demasiado ligero, o quizá porque lejos del fuego la temperatura bajara mucho. Enseguida se deslizó bajo las sábanas.

Keiran no pudo evitar admirarla. Apretó los dientes y colocó más leños sobre las llamas.

—¿Key?

—¿Sí?

—Querría intentarlo.

Él comprendió al instante a qué se refería.

—No, Eleonor, no estás preparada —respondió mirando las llamas.

—¿Cómo puedes estar seguro? Déjame intentarlo...

—No.

Eleonor había aprendido que cuando su marido adoptaba aquel aire duro e impenetrable, sólo una estrategia suave y convincente podía ablandarlo; y como estaba decidida a acabar con los malos recuerdos, le tendió la mano haciendo acopio de todo su valor.

Aquel movimiento inesperado alarmó a Keiran.

—¿Qué haces? —preguntó receloso.

Su cuerpo envuelto en una delicada tela color crema, su cabello cayendo suavemente sobre el pecho y los brazos, estaba de pie frente a él, a un paso.

—Vuelve a acostarte, Eleonor —le dijo en un tono casi suplicante. Lo último que quería era herirla anticipando el momento—. Detente. No te acerques —dijo, levantando una mano como para protegerse.

—¿Por qué?

—Tú no lo entiendes.

—¡Explícamelo!

—No ha llegado el momento, Eleonor.

—¡Pero yo lo quiero! —le espetó, impertérrita, inclinándose sobre él con un movimiento brusco. Se arrodilló, rozándole, con el corazón a punto de estallarle en el pecho. Rodeó su torso con los brazos y posó los labios en los suyos.

—No hagas eso. —murmuró Keiran, agarrándola de los brazos para apartarla de él.

Eleonor se sintió tan decepcionada que adoptó un aire suplicante.

—No te gusto lo suficiente, ¿es eso? Si no, no habrías opuesto esta resistencia...

—No digas tonterías.

—Dime qué tengo que hacer, te lo he prometido y lo haré. Sólo quiero ser una buena esposa.

—No lo entiendes, Eleonor, de lo contrario no estarías aquí tomándome el pelo de esta

manera. Haz lo que te he dicho: vuelve a la cama —le ordenó, tratando de ser convincente.

Eleonor, a punto de obedecer, sintió la hinchazón entre sus piernas y, sin pensarlo, volvió a besarlo.

Keiran ya no albergaba esperanzas. Al principio abrió los ojos con asombro, luego se resignó. La abrazó impetuosamente, tirando de ella hacia sí, buscando alivio a la tensión que le apretaba entre las piernas, la besó olvidando toda precaución.

Eleonor aceptó su lengua sin demora, sintiendo un vago aroma a menta. Ella imitó aquel sensual movimiento de su boca, sintiendo una agradable punzada de placer en el bajo vientre, que aumentaba cada vez más.

Se miraron un momento.

—Entonces te gusto, Key...

—Puede que no sea capaz de detenerme, Eleonor. Es mejor que lo sepas.

Ella asintió. Metió las manos en la bata, se la quitó y le acarició con curiosidad el pecho cubierto de pelo corto y oscuro. Supo que había hecho lo correcto cuando lo vio contener la respiración durante dos segundos.

Keiran la besó suavemente, acariciando sus labios, sus mejillas, su cuello, sus hombros. La sintió agitada por el miedo a la novedad, pero nada más. Esto le hizo decidirse a intentar un acercamiento más íntimo. La atrajo hacia él con las manos apretadas en su espalda.

Eleonor aceptó también, mostrando su participación. Se aferró a él en busca de satisfacción, arqueando la espalda y apretándose contra él en medio de una emoción nueva y de sensaciones desconocidas. Su mente parecía embotada, debilitada, y cuando sintió humedad entre las piernas se percató de que ansiaba que la tocaran.

Keiran lo percibió. La levantó, haciendo que se sentara encima de él, esperando una reacción. No dejó de besarla, torturando sus labios y saboreando su placer. Movió lentamente la mano hacia arriba, por su costado, por su abdomen, hasta rozar uno de sus pechos, donde los pezones presionaban contra el encaje. Le pareció enloquecer de deseo.

Eleonor gimió, sin percatarse de ello. Se sorprendió porque en ese momento se dio cuenta de que quería más.

Hacía demasiado tiempo que Keiran no fantaseaba con aquel cuerpo perfecto y seductor. Con dedos rápidos, desató los cordones y le bajó el camisón, sin dejar de admirar la piel blanquecina y las areolas rosadas. Un impulso irrefrenable se apoderó de él y, agarrándola por los muslos, la llevó hacia la cama, donde la estiró con extrema delicadeza. Le quitó la bata, arrojándola a un lado.

Eleonor lo observó con curiosidad, atraída sobre todo por lo que nunca había visto en un hombre.

Keiran se tumbó a su lado y volvió a besarla. Deslizó la mano bajo el camisón para acariciarle las piernas; le tocó el pubis y luego más abajo, sólo para darle una idea de lo que iba a sentir.

La sintió estremecerse: ella deseaba que la tocaran. Se convenció de que por fin había superado aquella mala experiencia, que su mente estaba liberada y preparada para él. Este pensamiento le hizo atreverse a tocarla entre las piernas, anhelantes de placer. Introdujo un dedo y se sintió satisfecho.

Eleonor se arqueó, incapaz de contener sus gemidos. Temía que la juzgaran demasiado vulgar, pero él la tocaba, una y otra vez, invadiendo su intimidad con movimientos provocativos, seguro en cada gesto.

—Es normal, *mo' leannan*[3], no te detengas, continúa por mí —le susurró él tranquilizador.

Aquellas palabras hicieron que Eleonor tuviera la certeza de que estaba preparada. Se dejó

llevar por el placer y los gritos eróticos llenaron el aire.

Pero se equivocaba.

De hecho, en cuanto él estuvo encima de ella, sus sentidos se pusieron inconscientemente en alerta máxima, su mente ya reclutaba imágenes desagradables: el terciopelo oscuro del dosel sobre ellos se convirtió en el dosel del carruaje de su primo...

Keiran no percibió su desazón, pues estaba tan excitado que corría el riesgo de derramar su semen en cualquier momento.

Al contrario, hizo un gesto equivocado, dictado por la pasión que lo cegaba: tiró de su camisón de encaje, rasgándolo verticalmente, y acercó su pelvis, rozando la humedad entre sus piernas con su pene duro como el mármol.

Eleonor se agarrotó. El jadeo de placer se había convertido en un estertor de pánico. Todo le parecía horrible y sucio, la sensación de estar aplastada contra el suelo, como dentro del vehículo de Andrew, la sumió en la desesperación.

—No... no... —musitó en su boca, con los ojos muy abiertos por el pánico.

Keiran se detuvo al instante. Separó sus labios de los de ella y la miró fijamente.

En un instante leyó el terror en sus ojos.

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo había podido no darse cuenta de que los recuerdos habían vuelto? ¿Cómo se había permitido excitarse tanto como para no sentir el asco que ella sentía? Se maldijo mientras reconocía en la mente de ella el horror de aquel día.

Los ojos de Eleonor, ahora llenos de lágrimas, se abrieron de par en par mientras intentaba apartarlo con las manos, clavando las uñas en sus anchos y musculosos hombros.

Le estaba haciendo daño y eso le dio a Keiran la medida de su desesperación.

—Te lo suplico, no... —suplicó Eleonor, empujándole con fuerza hacia atrás.

Keiran se hizo a un lado y, rodando sobre su espalda, se levantó de la cama.

Tenía los labios entrecerrados, en una expresión inusual. La miró, las manos de ella cubrían los pechos, y con las piernas flexionadas, en actitud defensiva.

Estaba asombrado de haber sido sorprendido por una excitación que nunca había experimentado y compungido por el dolor que sentía provenir de ella.

Pero su miembro, demasiado duro, palpitaba amenazando con explotar de un momento a otro.

Se agachó y sacó las mantas de debajo de ella para taparla. Se dio la vuelta rápidamente y, tras coger una toalla de la silla, salió desnudo por la puerta de la torre sureste. Cerró la puerta violentamente.

Eleonor permaneció inmóvil durante unos segundos, mirando fijamente la vieja puerta.

Luego se acurrucó sobre un costado, dejando que sus lágrimas fluyeran libremente.

Todo había sido tan nuevo para ella, inesperado y agradablemente maravilloso.

Hasta el momento en que Key se había puesto encima y entonces todo se había convertido en un horrible recuerdo: el rostro amado de su marido había desaparecido y a cada instante surgía el diabólico de Andrew.

Lloró en silencio al pensar en lo hermoso que podría haber sido, al pensar en haber defraudado a Keiran y en la constricción de sufrimiento que había visto en su rostro. Él había huido, ciertamente molesto. Le había advertido que sería difícil detenerse y, sin embargo, lo había hecho, para que ella no sufriera. Había conseguido ser considerado, incluso en un momento así.

¿Adónde había ido con tanta prisa? ¿Desnudo y con la erección aún visible? Había huido como si necesitara urgentemente encontrar un alivio rápido. Tal vez con alguien más, una criada o lady Georgia... ¡o peor, Mary Connelly!

Los pensamientos se entrecruzaban caóticamente y el pavor ante aquella despiadada

constatación la abrumó. Empezó a sollozar desesperadamente, incapaz de soportar la idea de imaginárselo con otra mujer por su culpa; temía que el corazón le estallara del dolor que sentía.

Keiran la encontró así cuando regresó unos minutos después. Se quedó helado, pero en lugar de acercarse al fuego, caminó hasta la cama, se puso la bata y tocó suavemente la cabeza rubia que se asomaba bajo las sábanas.

Ante aquel contacto, Eleonor se sobresaltó con más fuerza. Él le cogió la mano con firmeza y, presionándole la frente, consiguió calmar su desesperación. Finalmente, tras unos minutos, se hizo el silencio. Entonces él retiró la mano y apartó las sábanas.

Eleonor le miró con gran vergüenza, pero aceptó la mano que él le tendía. Se levantó, permaneciendo inmóvil frente a él, temblando de frío, temerosa de lo que él haría y diría. Temía su reacción y no le miró a los ojos.

Keiran contempló la grácil figura, expuesta al aire por el camisón roto. Extendió las manos, obligándose a no distraerse por el cuerpo semidesnudo, y le quitó la prenda rasgada, arrojándola al suelo.

—No la recojas. Deja que tu doncella la vea —le ordenó con calma señalando el suelo.

Eleonor no respondió, aunque no comprendió la razón. No daba crédito a lo que estaba viendo: él no decía nada, ni siquiera un reproche. Lo había mirado de reojo por un segundo, mientras ella estaba de perfil: llevaba el cabello despeinado cayéndole sobre la frente, con un aire cansado; entre las solapas de la bata se asomaban pelos cortos y oscuros.

Keiran leyó sus pensamientos y, por instinto, la miró a la cara: estaba mortificada, lo habría entendido incluso si no tuviera el don de las manos. Fue al armario y regresó con un camisón blanco. La ayudó a ponérselo. Luego se giró, fue a abrir un cofre cerrado con llave y sacó un cuchillo de él.

Eleonor se quedó boquiabierta, demasiado confusa para hacer preguntas. Lo vio sacar el arma de su funda y subirse a la cama de rodillas. Ella lo miró asombrada mientras acercaba el brillante y delgado cuchillo a su pierna. Abrió la boca para protestar, pero él fue más rápido: con mano firme le pasó el filo de la hoja por la parte exterior de su muslo izquierdo. La sangre empezó a gotear, lentamente, tiñendo de rojo la blancura de la sábana. Keiran apenas presionó la herida para dejarla sangrar un poco más, luego con la mano taponó el corte y la miró.

—Me imagino que sabes el porqué —dijo él.

Pero estaba demasiado conmocionada para hablar. Entendía perfectamente lo que hacía su marido, aunque no podía explicarse si lo hacía por él mismo o por ella.

Keiran fue al baño a limpiarse y, cuando volvió, la herida ya no sangraba. Volvió a guardar el cuchillo limpio en el baúl, se acercó a ella y, cogiéndola de la mano, la tumbó en la cama. La cubrió con dos enormes mantas y una piel oscura, sacada de un arcón que había junto a la chimenea. Añadió un leño a las llamas de la chimenea y finalmente apagó las velas.

La habitación estaba en penumbra y Eleonor pudo verle mientras se quitaba la bata y se deslizaba bajo las mantas. Tenía palabras preparadas para él, pero no salían. El miedo a lo que iba a decir era demasiado. Se obligó a respirar hondo para calmarse.

«Eres una mujer y eres una esposa. Tienes que decir lo que hay que decir. Mi madre lo habría hecho».

Abrió y cerró la boca varias veces, consiguiendo finalmente decir en un susurro ahogado:

—Perdóname...

Keiran se volvió hacia ella.

—Es culpa mía. Sabía que no estabas preparada. Ahora duerme, Eleonor.

Pero el llanto silencioso había comenzado de nuevo en el momento en que ella se había

disculpado: la idea de haberlo defraudado y la duda de haberlo perdido la atormentaban.

Él se incorporó sobre un codo, escuchando su leve sollozo, y puso la mano en su delicado cuello: vio todo su desconsuelo, su sentimiento de culpa, el miedo de haberle perdido, la duda de si había estado con otra persona.

¡Era tan inexperta! Difícilmente podría explicarle que había bajado a su estudio para tocarse y encontrar alivio a solas, mientras pensaba en ella, desnuda y hermosa, sensual y complaciente.

Rodeó la cintura de Eleonor con un brazo y tiró de ella hacia él, obligándola a darle la espalda. Se agachó detrás de ella, con el rostro hundido en su mullido cabello, con el cuerpo pegado al suyo. Le pasó el brazo libre por debajo de la almohada, sintiéndola estremecerse por las emociones sufridas y por el frío.

—¿Mejor así?

Ella asintió. Se frotó los ojos con los dedos para quitarse las lágrimas y tocó con valentía la gran mano que la sostenía a la altura de la cintura. Al ver que él ni se movía ni rehuía aquel contacto, ella posó la palma sobre ella.

La ternura de aquel gesto, con el que parecía pedir consuelo, movió a Keiran a entrelazar sus dedos con los de ella.

El agotamiento del llanto y el cansancio de todo el día vencieron lenta e inexorablemente a Eleonor, llevándola a un sueño profundo y silencioso.

Esperó a que su respiración se volviera lenta y constante para poder tranquilizarse. Deslizó la mano acariciando su vientre, su costado y bajando por su pierna. La apretó más fuerte, como si quisiera retenerla, llevado por un extraño impulso hacia aquella criatura tan especial.

Era tan inexperta en los hechos como sabia en las palabras, y recordó lo poco convencido que había estado de la diferencia de edad entre ellos. Y con razón. Sus veintitrés años eran suficientes para ser la mujer de un joven de la misma edad o ligeramente mayor; ¡pero once años más era mucho!

Ahora era su mujer. Suya. Y por muy joven que le pareciera, nunca la dejaría en manos de otro. Y haría lo que fuera necesario para ser su punto de referencia. Quería ser él quien le enseñara lo que necesitaba saber, sólo él, nadie más.

Alzó la cabeza y la besó en el cuello. Se quedó oliendo el aroma de su piel, sorprendido de haber realizado un gesto tan tierno. Decidió que no quería saber por qué. Sabía que no le gustaría la respuesta, pero supuso que tarde o temprano tendría que aceptar el sentimiento que albergaba y al que no daba el nombre adecuado.

Cerró los ojos, quedándose dormido casi de inmediato.

* * *

Daniel fumaba, echando el aire por la ventana abierta, indiferente al frío.

La oscuridad del entorno se apaciguaba con el resplandor de la nieve, pero el cielo cubierto de nubes estaba a punto de desahogarse. Pasaron unos minutos y empezó a nevar copos ligeros y esponjosos. Sonrió, pensando en Wilson, que siempre acertaba el pronóstico.

Era más de la una y, sin duda, Blake estaba pasando una agradable noche de bodas con su hermosa esposa. Estaba contento por su amigo; se merecía una mujer a su altura y la había encontrado.

De hecho, ella le había encontrado a él. Estaba convencido de que lady Northcliff había contribuido a atrapar a Kein, pero también de que estaba sinceramente enamorada. Ciertamente, la inteligencia y la cultura que ella mostraba habrían asustado a cualquier hombre, pero no a Blake. Sí, formaban una pareja bien avenida.

Apagó el cigarrillo que se había preparado y cerró la ventana. Decidió desnudarse y esperar a

lady Georgia. Perdió algo de tiempo en el cuarto de baño y, cuando oyó que llamaban, se rodeó la cintura con una toalla y abrió la puerta.

La mujer, con una bata vaporosa que dejaba ver sus generosos pechos cubiertos por un camisón transparente e impalpable, estaba en el umbral con aspecto sereno

—Buenas noches, lord St. James. Hace frío. ¿Puedo calentarme junto a vuestra chimenea?

Daniel notó que los dedos de la mujer acariciaban la suave e hinchada piel de su pecho con fingida indiferencia mientras miraba con anhelo su vientre plano y su zona inferior. Unas enormes y oscuras areolas rodeaban los grandes y saltones pezones. La idea de opulencia y carnalidad emanaba de ella de un modo llamativo, casi molesto. No le cabía duda de que la chica tenía una experiencia poco común cuando se trataba de hombres: la forma zalamera en que se presentaba, la ropa deliberadamente licenciosa e inapropiada para una joven de buena familia, eran cosas que él había visto innumerables veces antes, en mujeres de otro tipo. Pero tal vez, después de todo, ella era como aquellas.

Lady Georgia dio un paso y puso su mano en el pecho de Daniel.

—Tenéis un bonito cuerpo... —susurró, acariciando su cabello oscuro. Conocía la reputación del marqués, aunque, según decían, se había calmado mucho en el último año. Ella ya intuía lo que estaba por llegar.

Daniel tomó la mano de la mujer y la separó un poco de él.

—Estáis realmente helada —dijo con una sonrisa encantadora—. Pero lamente no dejaros entrar: ya tengo compañía.

Georgia se quedó atónita y tardó unos segundos en procesar aquella información. En cuanto lo hizo, sintió tal irritación que apretó los dientes con fuerza para no imprecarle.

—Creía... que me esperabais...

—Me habéis malinterpretado, lady Georgia. Nunca os ofendería a vos o al duque.

—Nadie lo sabría, tenéis mi palabra.

—Entiendo. Pero aun así no estoy solo.

Georgia respiró hondo, sin querer resignarse.

—Mejor aún. Al ser dos podremos daros más placer.

Daniel no se inmutó.

—No me gusta compartir mis atenciones. De una en una, pero intensamente, lady Georgia. Ahora, si no os importa, buenas noches. —Cerró lentamente la puerta, quedándose un momento con las palmas de las manos pegadas a ella.

¿De verdad aquella putilla le había pedido formar un trío? Definitivamente lady Georgia tenía problemas y calificarlo de perversión habría sido poco correcto.

Georgia sentía tanta rabia por el rechazo que había recibido que sintió la necesidad de descargarla cuanto antes. Estiró un brazo y con un gesto tiró el jarrón de flores colocado en la consola junto a la puerta. Salió corriendo, por miedo a que alguien la encontrara allí, pero no entró en su habitación: bajó las escaleras y llegó hasta la cocina. En un minuto estaba en los establos, donde encontró a Willie en su cuarto. Le dio unas pocas pero claras órdenes y todo terminó rápidamente. Le dijo qué hacer y cómo, dónde tocar y qué usar, cuándo y cuánto.

El chico no rehusó en absoluto; al contrario, sus encuentros con la joven le proporcionaban no sólo un gran placer, sino también experiencia. Por supuesto, la mujer estaba realmente obsesionada, como presa de una loca obsesión.

¡Y a saber qué habría dicho si se hubiera enterado que él ponía en práctica todas esas enseñanzas con una campesina guapa y delgada que venía a visitarle por las tardes!

CAPÍTULO 9

25 de diciembre de 1811

Eleonor abrió los ojos y vio una cara masculina frente a ella. Su marido.

Él dormía plácidamente, con una expresión serena en su atractivo rostro cubierto por una sombra de barba. Sus cejas negras, perfectamente dibujadas, bordeaban sus ojos cerrados y seguían la línea recta de su nariz. La boca parecía diferente: estaba relajada y parecía más suave y sensual. Deseó tocarla, pero temió ver sus ojos abrirse de un momento a otro o, peor aún, que ya estuviese despierto.

Se percató de que la mano de él estaba apoyada sobre ella, abierta de par en par, como demarcando una posesión.

Se preguntó si tenía que levantarse para atender asuntos domésticos, pero recordó la frase que él había dicho la noche anterior delante de sus invitados, acerca de que iban a dormir mucho. No era una estúpida y, aunque seguía siendo virgen, sabía lo que Key quería que todos entendieran aquella mañana: que la noche de bodas había sido exactamente como debía ser. Quizá tuviera algo que ver con la petición de que Hettie encontrara la camisa rota...

Era Navidad y por primera vez en su vida no había asistido a la Misa del Gallo. No le había pedido a Keiran que la celebrara, temiendo estropear la velada con invitados.

El padre Saunders seguía siendo oficialmente huésped del castillo, pero la noche anterior había cenado con campesinos de los pueblos vecinos y celebrado misa en casa de uno de ellos. Se propuso buscarle para preguntarle si podía hacer lo mismo en la capilla del castillo.

Levantó con cuidado la mano de Key, procurando no despertarle, y fue al baño a lavarse.

Cuando volvió a entrar en la habitación, vio inmediatamente que él se había dado la vuelta.

El reloj de la chimenea marcaba las diez y veinte. ¡Las diez y veinte! Nunca había dormido tanto. Volvió a tumbarse en la cama bajo las mantas, esperando. Se quedó observando su espalda, notando dos cicatrices, una debajo de su hombro izquierdo y la otra más abajo, en línea con la primera pero separada, más pequeña y fina. Se la tocó con la punta del índice.

De repente, Keiran se puso boca abajo, con un brazo por encima de la cabeza.

Eleonor observó los músculos tensos de su brazo, el pecho robusto, la línea viril de su barbilla. Era diferente de los pacientes que había visto a medio vestir: su marido era más joven que los granjeros o rancheros que acudían al doctor Phillips en busca de atención, era más alto, más musculoso, más atractivo.

—Escucho tus pensamientos —dijo él con la voz ronca del sueño, con los ojos aún cerrados.

Eleonor apartó la mirada.

—¿Desde cuándo estás despierta?

—Desde hace poco. El tiempo de lavarme...

—Quédate en la cama —le ordenó él, levantándose bruscamente. Cerró las cortinas negras de la cama, llamó a Ben y desapareció en el cuarto de baño.

Eleonor pudo oír cómo su criado y Hettie preparaban la mesa para el desayuno; intuyó que su marido había dado órdenes en ese sentido.

Cuando la habitación volvió a estar en silencio, Keiran abrió las cortinas y la ayudó a ponerse la bata.

Se sentaron a la mesa oval entre las dos ventanas.

—¡Ha vuelto a nevar! —exclamó ella igual que una niña feliz, ajena a cualquier pudor, corriendo la cortina de la ventana—. ¡Adoro la nieve! ¿Podemos salir? ¿Podemos montar a caballo en la nieve, Key? ¡Por favor!

Él la miró absorto, preguntándose qué hacer con ella, cómo ayudarla a olvidarlo.

Eleonor se dio la vuelta esperando una respuesta, pero sus ojos azules la incomodaron.

—Sigues enfadado conmigo.

—No estoy enfadado. Tampoco lo estaba anoche.

—¿Podrás perdonarme?

—Ya te he dicho que es culpa mía.

—Yo no pensaba que...

—Siéntate.

Ella obedeció y empezaron a desayunar.

—Tenías razón: no estaba preparada.

—Ya.

—Deberías haber continuado igualmente.

Keiran la amonestó con una mirada adusta.

—Así ahora todo habría terminado. Tal vez habría sido mejor.

—Jamás he forzado a una mujer en mi vida y desde luego mi esposa no va a ser la primera —dijo con tono ofendido.

—Quieres que se sepa que todo ha salido como debía, ¿verdad? —preguntó ella señalando la cama.

Keiran asintió con la cabeza.

—¿No quieres que se te juzgue mal? Por eso te cortaste la pierna.

—No quiero que te juzguen mal.

Eleonor no le comprendió.

—¿Por qué iban a pensar mal de mí?

—¿Prefieres que crean que no eras virgen?

Ella razonó: no había sangre, lo que significaba que ya no era virgen. Se sonrojó. El calor que sintió en las mejillas le hizo llevarse las manos a la cara, al darse cuenta de que, una vez más, él se preocupaba por ella y por su dignidad.

Keiran sintió ternura por su ingenuidad, y sin embargo, había leído tanto en su vida...

Siguió desayunando mientras reflexionaba.

La noche anterior todo había ido bien hasta que él se había colocado encima de ella, como en aquel maldito carruaje. Pero ella había disfrutado de sus caricias y eso le daba esperanzas.

La vio coger un tenedor con la mano y llevarse un trocito de tarta a la boca. Era sensual incluso cuando masticaba y a él le resultaba difícil no imaginarse besando sus labios de nuevo. Tal vez por ahora tendría que conformarse con eso: besos y caricias, para infundirle confianza y darle una pequeña parte del placer que podría tener. A la larga sería ella la que pediría más.

Eleonor no le miró a la cara, aunque sentía sus ojos clavados en ella.

—¿Crees que lo olvidaré?

—Sí.

—Dime cómo, Key —dijo ella esperando suplicante una respuesta.

—Yo me encargaré.

Él se levantó y, tras llamar a Ben, se preparó rápidamente mientras ella hojeaba un periódico. En cuanto estuvo listo, volvió a acercarse a ella, apoyando una rodilla en el suelo y mirándola

fijamente a los ojos. Iba vestido para montar a caballo, con una chaqueta deportiva oscura y unos pantalones claros metidos por dentro de unas botas marrones.

Eleonor, antes de que pudiera hablar, le entregó una elegante caja.

—Ábrela. Hice que los volvieran a comprar después de que se quemaran los primeros, ¿recuerdas?

Él sonrió. Abrió el envoltorio y cogió los guantes. Se los probó inmediatamente. Eran suaves y cálidos.

—Espero que atenúen ciertas vibraciones —le explicó ella.

Keiran sonrió divertido ante su torpe intento de protegerlo, o quizá de protegerse a sí misma.

—Veamos si funcionan —dijo con tono pícaro. Indiferente a la presencia de Ben y Hettie, le puso la mano en la nuca y tiró de ella para besarla. Cuestión de minutos y todo el castillo sabría que todo era como debía ser entre el duque y la duquesa.

—Lo siento, *mo' leannan* —le susurró en su oído—, pero he sentido muy bien lo mucho que te gusta que te bese. Así que los guantes no funcionan. Pero me encantan de todas formas. Te espero abajo. —Se puso en pie y salió de la habitación, mirándose las manos enguantadas mientras las abría y cerraba repetidamente.

* * *

—¿Estáis bien, Eleonor? —le preguntó amablemente Hettie, sosteniendo en la mano lo que quedaba de un maravilloso camisón de encaje.

—Sí... sí, bien.

Pero la doncella la estudiaba con preocupación y no pudo evitar encontrar una razón plausible.

—Él... no lo ha hecho aposta. Es un hombre...

—Pasional. Lo habíamos notado.

—Eso es, sí.

—¿Os hizo daño?

—No, nada —respondió con seguridad Eleonor, impulsada por un fuerte sentido de protección hacia su hombre. Recordó la noche anterior y las sensaciones extraordinarias que Key le había dado, siendo siempre considerado—. Ha sido amable y atento. Sé que es difícil de creer, Hettie, pero el duque es increíblemente cariñoso cuando estamos solos.

—Casi no puedo creerlo —dijo la doncella—. Ben repite a menudo que la coraza que el duque usa en público esconde un alma buena y bondadosa. Me alegro por vos, Eleonor, os lo merecéis. —La joven preparaba el vestido para su señora mientras hablaba—. Haré que cambien las sábanas.

—No, hagámoslo nosotras, Hettie. Estas cosas me incomodan.

—No, Eleonor. Haré que las criadas encargadas de las habitaciones las cambien, como es debido, de manera que se sepa. —Hettie indicó el lecho sin dejar acabar la frase.

—Lo entiendo —suspiró Eleonor—. ¡Tanto alboroto por una membrana rota!

—Una... ¿qué?

—Es una simple membrana que se rompe en la primera relación sexual. Eso es todo.

Hettie enarcó las cejas ante aquella información desconocida.

—Sois afortunada, Eleonor. Una prima mía, que está sirviendo en Londres, estuvo enferma durante días, porque el tarado de su novio perdió el control, en pocas palabras, fue impetuoso, haciéndole mucho daño. Ella perdió mucha sangre.

—Dios mío, Hettie. ¿Le visitó un doctor?

—No. Acudió a una mujer, una especie de curandera, que le dijo que unas sangran y otras no. Pero que el dolor depende sobre todo del hombre.

Discutiendo tranquilamente de cuestiones semejantes, Eleonor estuvo lista en diez minutos.

—Una trenza sencilla pero bien tirante —le dijo a Hettie que estaba a punto de peinarla.

—¿Estáis segura de que... podéis montar a caballo?

Llamaron a la puerta y Hettie abrió.

—Buenos días, lady Northcliff.

—¡Hola, Maggie! ¿Dónde está mi prima?

—Por eso venía —comenzó a decir la simpática criada, asomándose a la habitación y fijándose en el camisón de encaje colocado sobre una silla—. Lady Nancy se ha ido a dar un paseo con lord St. James...

—¿Solos? —preguntó Eleonor con cara de desaprobación.

—No, no. También estaban lord MacKendrick, lord March y lady Alice —explicó Maggie mirando con curiosidad la cama aún sin hacer.

Eleonor suspiró al ver en el rostro de la chica mil y una preguntas.

—Vamos, Maggie, ¡escúpelo! Pregunta, pero date prisa: el duque me espera.

—Bueno... vale... me estaba preguntado...

Eleonor movió la mano con un gesto repentino, como para meterle prisa.

—Me preguntaba si era verdad... lo que dicen...

—¿El qué? ¡Venga, habla!

—Que tiene un... ¡badajo muy grande!

—¡Maggie!

—¡Hettie! ¡Ella me ha dicho que hable!

—¿Un badajo muy grande? ¿Quién lo dice, Maggie?

—Bueno, lady Ellie...

—¡Northcliff! —la corrigió Hettie.

—Lady Northcliff... son chascarrillos que oigo en la cocina.

Eleonor reflexionó unos instantes.

—Oh... no lo sé... es el primero que veo... aparte de los de los libros de medicina... diría más o menos así —señaló con dos dedos, observando de lejos para saber si la medida era correcta—. Sí, así. ¿Satisfecha?

Maggie y Hettie sonrieron mientras se miraban.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis? —preguntó Eleonor impacientándose.

—Nada, nada —dijo Hettie apresuradamente, amonestando con la mirada a Maggie, que parecía tener una ocurrencia preparada.

—¡Se acabó, tengo que irme! ¿Alguna pregunta más, Maggie? —preguntó Eleonor poniéndose los guantes.

—¿Os trató bien? ¿O sólo se preocupó de su disfrute?

—Me trató de maravilla, Maggie —respondió Eleonor acercándose a la puerta.

—¡Bien! Hettie, ¿por qué has tirado el camisón?

Hettie lo levantó para mostrar el desgarrón irreparable.

Maggie abrió los ojos de par en par.

—¿Fue él?

—¿Y quién iba a ser? —preguntó Eleonor—. ¿O crees que había otro conmigo?

—¡Lo habéis embravecido! —dijo la muchacha riendo.

Eleonor abrió la puerta.

—¿Embravecido?

—Se refiere a que le habéis hecho perder la cabeza...

—¡Ah! Sí, creo que sí. He seguido tu consejo, Maggie: usarme a mí misma para hacerle embravecer.

* * *

—Demasiado tiempo —exclamó Keiran, con las manos a la espalda.

—He pasado a saludar a mi tía y a tu madre. Luego le he dado órdenes a Mrs. Brodie para las tareas del día a día.

Keiran se volvió y le hizo una seña a Tremaine.

—Key... —le susurró Eleonor para no ser oída por los demás— ... tal vez no debería haber venido a montar a caballo. Al parecer no es conveniente que una recién casada tras su noche de bodas monte. Todo el mundo me pregunta si estoy bien.

—De hecho, no lo harás. Yo montaré y tú irás delante de mí.

Eleonor vio a Darken que lo traía el mozo de cuadras.

—Gracias —le dijo Keiran tomando las rienda.

—Es mi deber, Excelencia.

El duque subió a su caballo de un salto y le ofreció la mano a Eleonor.

—Mete el pie en el estribo —dijo él, tirando de ella al instante. Se pusieron en marcha al paso.

Keiran miró a su alrededor para ver si los demás ya estaban allí y poder unirse a ellos.

—Adoro la nieve —le susurró Eleonor al oído, como si no quisiera perturbar aquella naturaleza tranquila y silenciosa. El sonido de los cascos al hundirse era melodía para sus oídos. El cálido aliento del animal se elevaba en siempre cambiantes nubes blancas.

Keiran la envolvió en su capa.

—¿Cuántas mujeres has tenido?

Él frunció el ceño, suspirando visiblemente, pero ella obviamente no pudo ver su expresión.

—No son preguntas adecuadas. Y ése no era el acuerdo.

—Sólo quería comprender...

—¿Comprender el qué?

—No sé, tal vez ver si podría estar a la altura de las demás.

A Keiran no le cabía en la cabeza que aquella chiquilla le hiciera semejantes preguntas. Sin embargo, ya debería estar acostumbrado.

—Lo estarás.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

—¿Lo sientes? ¿Puedes ver el futuro? —le preguntó, volviéndose para mirarle con ojos sorprendidos y esperanzados.

—No soy vidente, Lio.

—Entonces, ¿cómo?

Él respondió exasperado:

—Por cómo estabas anoche.

—¿Cómo?

—Espontánea.

—¿Y eso es bueno?

—Sí.

Eleonor guardó silencio. Caminaron durante un rato. Se veían huellas de pequeños animales junto a árboles y arbustos.

—¿Por qué rasgaste el camisón?

Keiran alzó la mirada al cielo.

—Ímpetu excesivo.

—¡Te hice embravecer!

—¿Qué?

—Sí, quiere decir que...

—Sé qué significa, Eleonor, pero no es un término adecuado a una duquesa.

—Sólo hablo así contigo.

—Embustera.

Eleonor sabía que lo era, ya que usaba ese lenguaje también con su prima y sus doncellas.

—Dime por qué lo rasgaste.

—¡Eleonor! ¡Ninguna mujer habla tan a la ligera de esas cosas!

—¡Pero yo quiero saberlo! ¡Quiero conocerlo todo!

Se hizo el silencio y Keiran confiaba en que no preguntara más, pero sentía que su mente elaboraba nuevas preguntas.

—¿Key?

—Sí.

—¿Es más excitante sin ropa?

—Depende —respondió rápidamente Keiran, y con la esperanza de zanjar rápidamente el tema, añadió—: Ahí están. —Había visto movimiento detrás de unos árboles lejanos y reconoció a Daniel.

—Sí, los veo, están lejos. ¿Key?

—Sí.

—No me gusta verte ir con otras mujeres, pero te prometí que no interferiría. Sin embargo, por favor, hazlo sin que me dé cuenta.

—Está claro que aún no me conoces bien: no actuaría de otra forma que no fuera ésta.

—Pues no me lo parece.

—¿Con qué fantaseas ahora? Te juro que me estás poniendo a prueba, Eleonor, y mi paciencia tiene un límite.

—¡No estoy fantaseando! —Ellie había alzado la voz—. ¿No te escapaste anoche con una evidente erección? ¿Crees que soy estúpida? ¡Te fuiste con otra! ¡Mary Connelly, sin duda! Pues bien, ¡asegúrate de que yo no lo sepa! ¡Y de que nadie más lo sepa!

Keiran abrió la boca con asombro, la volvió a cerrar y detuvo el caballo.

Quienes le conocían bien, podían darse cuenta de que se había traspasado el límite y de que el duque estaba a punto de descargar toda su cólera.

No soportaba la injusticia y en aquel momento se sintió víctima de ella.

Agarró a Eleonor por debajo de las axilas y la deslizó del caballo sobre la nieve fresca, sin mucho cuidado; luego, pasando la pierna por encima del cuello del animal, bajó de un salto impetuoso.

La miró con una expresión que denotaba su ira, con el rostro a menos de dos palmos de ella.

—Te he jurado más de una vez que te protegería de cualquier mal. No te atrevas a volver a pensar que te hago sufrir gratuitamente.

Eleonor se asustó, pero no se movió. Lo miraba fijamente con los ojos vueltos hacia arriba pero la cabeza ligeramente inclinada. Apenas abrió la boca y murmuró:

—Creía que te habías ido...

—Cállate. Dijiste que querías saberlo todo, conocerlo todo. Entonces te complaceré, chiquilla. A pesar de mis advertencias, te burlaste de mí de una forma que sólo yo podía soportar.

La retahíla de palabras fue como una serie de azotes para Eleonor, pero él no se detuvo.

—Estaba a punto de explotar y hui para no derramar mi semen delante de ti, temiendo asustarte más. ¡Fui a mi estudio a desfogarme solo! ¡Solo, maldita sea! Estoy seguro de que sabes lo que eso significa, ya que has leído tantos tratados de medicina. Pero también estoy dispuesto a explicártelo. Entonces ¿hace falta que lo haga?

Ella abrió los ojos, petrificada. Apenas consiguió negar con la cabeza.

Keiran continuó despiadadamente.

—Esto no volverá a ocurrir, Eleonor. No permitiré que vuelvas a provocarme, excepto cuando yo esté seguro de que estás preparada para mí. Recuérdalo.

Eleonor no reaccionó ni siquiera cuando él la alzó de nuevo sobre el caballo y montó detrás de ella.

Keiran volvió a cubrirla con su capa, esta vez de forma brusca, y puso a Darken al trote. Percibió el arrepentimiento de su joven esposa, el miedo que le había infundido, la preocupación de perderlo y el enfado de imaginar que estaba con otra.

Pero decidió permanecer indiferente para darle una lección: que se diera cuenta de una vez por todas de la clase de hombre que era. Él nunca le haría daño y ella tendría que aprender a no tener dudas al respecto.

En cuanto estuvieron cerca de los demás, Nancy y Alice montaron en sus caballos.

—¡Lady Northcliff!

—*¡Eleonor! ¡Estaba deseando verte!*

—*Yo también, Nan. ¿Damos un paseo a pie?*

—*Sí, pero ¿por qué no te has cogido el caballo?* —preguntó Nancy ingenuamente.

—¿Puedo bajar? Nos gustaría pasear.

Keiran saltó y la ayudó a bajar.

—Gracias, Key.

—¡Buenos días! —saludaron los demás.

—Buenos días —respondió Eleonor mientras se ponía en marcha con su prima y Alice—. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó luego a las jóvenes.

—Un poco más de media hora —le respondió Alice—. ¡Lo suficiente para entumecernos por el frío!

—Sí, tienes razón, Alice. ¿Tú también lo has pasado esta noche?

—No, no, quedaos tranquila, Eleonor. ¿Y tú, Nancy?

—*Para nada. Ellie. ¿Cómo ha sido tu primera noche?*

—*Agradable, Nan, y sorprendente.*

—*¿Te ha hecho daño?*

—*No.*

—*Pero él. ¿cómo ha sido?*

—*Considerado y respetuoso, Nancy, de verdad.*

—*Me alegro por ti, Ellie. Pareces pensativa.*

—*Cansada, y mucho.*

Alice no hizo preguntas, respetando ese momento.

—Alice. ¿Estás a gusto aquí en el castillo?

—Oh, sí, ¡gracias!

—No he podido evitar darme cuenta de que has cogido familiaridad con los Bath, especialmente con el conde. ¿Cómo es?

—Es simpático. Le interesa mucho lo que pienso porque cree que soy inteligente y perspicaz.

—¡Y lo eres! Te conozco desde hace mucho tiempo y sé que es así.

—El hecho es que la gente piensa que soy un poco tonta y frívola, porque soy muy vivaracha, es una suposición que todo el mundo hace. Pero no lord Bath. Él entiende cómo soy y me admira mucho.

—Entiendo. Alice, no le des demasiado crédito. Mira, no es una actitud apropiada para una joven señorita, especialmente si es la hija de un marqués.

Alice la miró fijamente.

—Nunca imaginé que un día te iba a... os iba escuchar algo tan formal.

—Estamos solas, Alice. Tutéame.

—¡Gracias! ¡No sabes cómo me cuesta pensar en ti como una duquesa!

Y las tres rieron.

—Escucha, Alice. Sabes cuánto aborrezco la formalidad y las estúpidas reglas no escritas de la sociedad. Pero dar pie a chismorreos perjudiciales por tu amistad con un hombre casado, justo cuando deberías tener pretendientes jóvenes, ¡es una decisión muy tonta! Intenta estar más en compañía de Roy, o de lord Portland.

—A lord MacKendrick no le intereso: siempre anda detrás de lady Georgia. ¡Incluso Lord Bath encuentra natural una relación entre ellos!

—¿De veras? —preguntó Eleonor con indiferencia.

—Sí, dice que el interés de lord MacKendrick por su hija es manifiesto, y ha deducido, por lo que dice que el hermano de su excelencia, que está a punto de pedirle permiso para desposarla.

Eleonor no dijo nada. No creía ni una palabra de lo que el conde le había dicho a Alice y decidió que hablaría de ello con su marido lo antes posible.

— Pero eso aún no ha ocurrido, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alice confundida.

—Mira, llegué aquí convencida de que otra mujer se quedaría con Key. Pero ahora él es mi esposo. Alice, mientras Lord Roy no haga su jugada, podría ser que quien termine involucrada seas tú.

—Crees que yo debería...

—Sí.

—*¡No lo dejes ni a sol ni a sombra!* —le escribió Nancy a la chica, que parecía cada vez más sorprendida—. *Eres adorable y simpática: ¡no puedes no gusta a lord MacKendrick!*

—No sé, Nancy. Es tan joven.

—Alice, ¡Roy tiene veinticuatro años! ¡Tres más que tú! Y es un hombre bueno y serio. —Eleonor no entendía por qué Alice parecía haber cambiado de opinión sobre él y ahora ya no lo juzgaba a su altura—. Y es el hermano de un duque y su heredero.

—Lo sé, pero tal vez lord Bath tenga razón. Necesito un hombre mayor.

Eleonor comprendió el juego del conde y eso la enfureció.

—¡Hace falta un hombre de espíritu y dinámico que te haga frente! —respondió Eleonor con determinación—. ¡Si supieras a cuántas mujeres les gustaría eso!

Esto interesó mucho a Alice, como si a sus ojos aquello tuviera una importancia decisiva.

—Tu marido también es muy popular, ¿lo sabías?

—Sí, sí, lo sé.

Caminaron un poco más, en silencio. Eleonor vio a Key hablando animadamente con lord St. James, mientras Roy y Lawrence charlaban por su cuenta.

—Además Roy es muy atractivo.

—¡Eleonor! —exclamó la joven.

Nancy se rio ante la expresión escandalizada de Alice.

—Es la verdad, Alice, y no finjas indignarte al oír estas cosas, sólo porque así te las enseñaron. Un hombre físicamente atractivo, limpio y ordenado siempre gusta más que uno feíllo y desaliñado. ¿No crees?

—Bueno, en realidad...

Nancy y Eleonor rieron, logrando que todos se giraran.

Alice miró a Roy.

—Sí, he de admitir que es muy guapo.

* * *

Keiran había mirado a su esposa mientras se alejaba con lady Nancy y lady Alice. Aprovecharía la ocasión para hablar con Daniel.

Notó que los ojos de Lawrence se posaban en él, algo que ocurría a menudo desde que estaba en el castillo. Pero en cuanto el muchacho se dio cuenta, apartó la mirada.

—Wolf, ¿has pasado frío esta noche? —preguntó mientras se ponía en marcha, esperando que le siguieran.

Roy, conociendo bien a su hermano mayor, intuyó que quería estar a solas con Daniel.

—Lawrence, ¿qué novedades hay en el ámbito de la política londinense?

Lawrence comenzó a hablar mientras caminaban uno al lado del otro, sin darse cuenta de que el duque se alejaba con St. James.

—¿Entonces? —preguntó Daniel.

—Me gusta

—¡Ya lo sabía!

—Demasiado —añadió Keiran, como si estuviese reconociendo una culpa.

—Eso también lo sabía.

—Es distinta. En todo.

—Tienes la suficiente experiencia como para haberlo adivinado desde el principio.

—Experiencia tampoco te falta a ti, Wolf. Solo que a ti te gusta que se hable de ello, a mí no.

Daniel se rio.

—¿Le has dicho que partimos en febrero?

—A propósito de eso, hay un problema. Y fue Eleonor quien lo ha descubierto.

Daniel le miró preocupado.

—A lady Bath se le escapó que su marido se marcha en febrero. Eleonor cree que lo dijo a propósito sabiendo que me lo iba a comunicar.

—¿Y tú qué crees?

—Que mi mujer tiene razón.

Caminaron en silencio, cada uno reflexionando por su cuenta.

—Si lo hizo a propósito, significa que Bath sabe que nos iremos en febrero —dijo de repente Daniel.

—O bien que no lo sabe y sólo ha lanzado el anzuelo para conocer nuestros movimientos. En cualquier caso, me pregunto por qué.

—Blake, cada vez estoy más convencido de que Bath es un espía del enano francés.

—Ya.

—Si se tratase de una trampa, podríamos fingir que mordemos el anzuelo: le decimos que también nos iremos en febrero y luego lo aplazamos sin informarle. —Daniel le miró esperando su opinión.

—Y si, por el contrario, no era una trampa, declaramos salir con él, Wolf, y luego lo

posponemos igualmente.

—Completamente de acuerdo.

Keiran se quedó pensativo un buen rato, Daniel era paciente sabiendo que su amigo estaba buscando una solución.

—No necesariamente, Wolf.

—Vale. Explica qué tienes en mente.

—Partir de inmediato, a mediados de enero a más tardar.

Daniel le miró pensativo. Reflexionó sobre el tiempo que llevaría armar los barcos y conseguir suministros.

—Se puede hacer. ¿Saldríais de aquí?

—No, de Londres. Juntos.

—¿Cyrus?

—Se lo propondremos, pero si tuviera dudas, lo dejaría al margen. No está acostumbrado a los imprevistos.

Daniel asintió.

—Tu mujer no lo aprobará.

—Lógicamente. —Keiran miraba a Eleonor una y otra vez, molesto al comprobar que no podía evitarlo—. Hay otra solución, Wolf, y quizás él la prefiera.

—Cuenta.

—Le decimos que partiremos a mediados de enero.

—Continúa.

—Desde Londres. —Keiran le clavó la mirada en los ojos—. Estoy casi convencido de que nos precederá.

—¿Por qué, Blake?

—Para tener la oportunidad de pegarse a nuestro trasero. Es lo que ha estado esperando durante años. Salir después de nosotros le obligaría a justificar el hecho de que nos esté siguiendo. Salir antes, en cambio, lo hará sentirse más seguro y solo tendrá que encontrar una justificación plausible para detenerse en mar abierto a esperarnos.

—¿Y nosotros le seguiremos el juego?

—No. Una vez que estemos seguros de que se ha ido, no nos iremos hasta marzo.

Daniel sonrió: sabía que así Bath agotaría parte de las provisiones y, para cuando llegaran, sería demasiado tarde para que el conde pusiera rumbo a la Costa de los Piratas o a cualquier otro destino más allá de Francia con unas provisiones tan limitadas.

—Y entonces, ¿por qué no en abril? —preguntó con una expresión de burla.

—También puede ser, Wolf, no lo excluiría —respondió Keiran sonriendo.

—Bien. Entonces lo haremos así. Soltaré la noticia esta noche después de la cena.

—Y yo le propondré partir con nosotros: estoy seguro de que lo rechazará.

—Es un riesgo, Blake: podría aceptar.

—No lo creo, Wolf.

—¿Blake?

—¿Sí?

—Si la información, digamos, que se le escapó a Lady Bath no fuera un señuelo...

—Entonces alguien se ha ido de la lengua.

Se miraron.

—Sólo se lo dijiste a tu madre y a Roy. Además de a tu mujer.

—Y estábamos solos, Wolf.

Se miraron fijamente de nuevo.

—Escucha, Blake, no quiero que pienses que dudo de tu mujer, pero...

—No lo ha hablado con nadie. Estoy seguro —dijo Keiran con determinación. Estaba seguro de que así era, porque de lo contrario habría descubierto la mentira. Y sin embargo, ella había logrado ocultar su intención de seducirlo—. Esta noche loa volveré a tocar mientras se lo pregunto.

—Bien. Pero no lo hagas mientras la tienes desnuda delante de ti, ¡o te arriesgas a una mala interpretación! —bromeó Daniel.

Keiran se rio negando con la cabeza.

—Algunas bromas sólo te la acepto a ti, Danny, lo sabes.

—La miras todo el rato. Comprendo que tiene un cuerpo precioso, pero no es la primera mujer bien formada que ves.

—No, pero ella es especial, Daniel, y las demás palidecen en comparación, te lo garantizo. Quiero decir interiormente: ella es franca, genuina, verdadera.

—¡Más claro, agua!

—Ahora volvamos. Hace demasiado frío para mantener a los caballos tan quietos. Y hace demasiado frío para ellas —dijo, señalando al grupito de mujeres. Pero no se movió, mirando insistentemente a la duquesa.

Eleonor se giró, llamada por las silenciosas vibraciones que pocos percibían.

Daniel sonrió.

—¡Caramba, eso nunca había pasado con nadie!

—Sí. Y no es la primera vez entre ella y yo. — Keiran hizo señas a Eleonor para que regresara y ella obedeció, seguida por las demás. Tenía un paso firme, notó él, y un aire... Sí, algo había pasado —. La duquesa y yo vamos a visitar a los Dunbar.

—Entonces, nosotros regresamos —dijo Roy, que se acababa de acercar.

El grupo se separó de nuevo.

* * *

—Lord MacKendrick, ¿estáis contento por el matrimonio de vuestro hermano?

—Contento, no, contentísimo, lady Alice.

—He hecho una pregunta boba, sólo podríais haberla contestado así.

—Pero estoy realmente feliz. Adoro a lady Northcliff. Es una mujer fantástica, al igual que lo es el duque.

Alice sonrió, sabiendo que no mentía.

—No es fácil encontrar parejas tan bien avenidas, ¿no creéis?

—No, no es fácil. —A Roy le resultó extraña la repentina afabilidad de lady Alice, pero no le dio importancia. Vio a lo lejos que lord Portland y lady Georgia se acercaban.

—Les decepcionará que volvamos —afirmó Lawrence.

—¡Buenos días! —exclamaron los recién llegados.

—¿Ya de regreso? —preguntó Simon.

—Sí, llevamos fuera mucho tiempo y no hay que subestimar el frío —respondió Roy.

Lord Portland se puso al lado de Roy, quien enseguida entabló una conversación, involucrando también a lady Alice. Lady Georgia se acercó a Nancy, que la separaba de Daniel.

—Lástima que no haya podido levantarme temprano: he pasado la noche en vela —declaró mirando ahora a lady Nancy, ahora a lord St. James—. Siento haberle molestado haciendo ruido, marqués —añadió luego inesperadamente con aire ingenuo—. Pero cuando no puedo dormir, paseo.

—Ninguna molestia, lady Georgia. Ya estaba despierto. —Daniel miró a Roy y, en un intento de desentenderse de aquella odiosa muchacha, preguntó —: ¿Así que estás diciendo que tendremos comida escocesa de nuevo esta noche, MacKendrick? —Y espoleó al caballo para unirse a los demás. Lamentaba dejar a Nan con Lady Georgia, pero no quería arriesgarse a que las cosas se torcieran. Fue un error.

—Espero no haber incomodado a lord St. James —le dijo Georgia a Nancy, abriendo mucho la boca para que la necia sordomuda no perdiera detalle de sus palabras—. Veréis no estaba solo, pero yo he fingido no darme cuenta por discreción. ¡Todos saben qué fama tiene el marqués! ¿Qué os pasa? ¿Os he escandalizado? Creía que lo sabíais...

—*No, no... sólo tengo mucho frío* —escribió en su cuaderno.

* * *

Keiran mantenía el paso de su caballo y el silencio de Eleonor le hizo sospechar. Percibía confusión y desconfianza; luego ira e indecisión. Decidió esperar, pero ella no decía palabra.

Cuando llegaron a la propiedad de los Dunbar, Eleonor estaba helada, aunque él la había cubierto con su capa y la había abrazado.

La puerta de la casa se abrió y Mr. Dunbar salió, con una gran sonrisa en el rostro marcada por la fatiga del duro trabajo.

—¡Excelencia! ¡Nos hacéis un gran honor!

—Dunbar. Espero que tengáis algo caliente para beber.

—Por supuesto. — El hombre les hizo pasar y la calidez de la habitación les dio la bienvenida. Olía a comida y a humo.

—¡Qué aroma a pan! —exclamó Eleonor con su habitual entusiasmo por las pequeñas cosas.

—Buenos días, excelencia. Lo hacemos todos los días, lady Northcliff —dijo Marion. Parecía cansada, pero sonreía. Lucía un vestido claro y limpio, e incluso su delantal de trabajo estaba aseado. Cogió las capas del duque y la duquesa.

—¡Marion! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias a vos.

—¿El pequeño? ¿Cómo lo habéis llamado? ¿Dónde está?

—Venid —respondió la mujer. Y se dirigió hacia la otra habitación—. Le pusimos Cole, por el segundo nombre de su excelencia. Si hubiera sido niña le habríamos puesto vuestro nombre.

Eleonor se sintió conmovida por la autenticidad de aquellas personas, y cuando se inclinó sobre la cuna de madera que seguramente había fabricado Mr. Dunbar, se sintió aún más conmovida.

El bebé estaba dormido. Era precioso y ya estaba regordete, cuidadosamente tapado y vigilado por su abuela, que estaba sentada a su lado tejiendo unas calzas de lana. La mujer se levantó.

—Excelencia...

—Sentaos y no os preocupéis por mí. Tenéis un nieto precioso.

—Gracias a vos...

—Marion, ¿cómo están los puntos? ¿Qué ha dicho el médico?

—Pasó ayer. Están bien, pero no sé cuándo me los quitará.

—¿Cole come bien?

—Sí, mucho. Mirad, se está despertando. Es casi la hora para él.

El bebé maulló como un gatito. Luego hizo oír su vocecita de manera más convincente y, cuando su madre lo tomó, el llanto se volvió insistente.

—Basta que sienta mi olor y chilla para comer —explicó Marion con una sonrisa de dicha mientras a su criatura con amor. Se descubrió un pecho y se lo mostró al pequeño, inclinándose

hacia adelante. Luego se sentó en una mecedora—. Sentaos. Disculpadme aún no os he ofrecido nada. Abuela, prepara tú.

—No importa, esperaré.

—Oh no, lady Northcliff, ahora mismo preparo un té caliente. Tendréis frío —dijo la anciana.

Eleonor observaba cada detalle, apreciándolo como un tesoro. Se quedó deleitándose con aquella escena, deseosa de experimentar un día las mismas emociones, pero consciente de la promesa hecha de no tener hijos.

Se dio cuenta de que la noche anterior él había estado a punto de tomarla sin usar precauciones. Habría bastado con una vez. ¡Qué maravilloso habría sido!

Marion se pasó al pequeño al otro pecho y él succionó con avidez.

Eleonor no dijo más, contemplando, hasta que el niño terminó.

—Marion, si tenéis dolores, podría mandaros la pomada que hacen Homa y Asabi.

—¿Os referís a los pechos? Están muy enrojecidos, él succiona con mucha avidez, ya lo habéis visto.

—Os la mandaré. También podréis usarla debajo del vientre.

—Gracias. ¿Queréis cogerlo? —le preguntó la mujer, esperando no ofender a la duquesa.

—Oh, sí, me encantaría. —Eleonor abrió los brazos y tomó al bebé, sosteniéndolo erguido mientras esperaba el eructo. No era la primera vez que ocurría, ya que había acompañado al doctor Phillips a visitar a muchos pequeños paciente—. Hola, Cole. Vamos, te pondré un poco en el hombro, para que eructes.

—Sois muy buena, lady Northcliff.

—¿Podemos ir con el duque? Debería conocer al pequeño.

—¡Claro!

Cuando Keiran vio a Eleonor entrar con el pequeño en brazos, apoyado en su hombro, dejó de hablar.

Esa imagen le provocó una descarga de emociones que le hizo estremecer el estómago. Cerró la boca para intentar recuperar su habitual control, pero era difícil, tanto que, sin darse cuenta, se levantó para acercarse a ella.

Ya era demasiado tarde para echarse atrás, decidió entonces justificar su instinto diciéndose que debía ser educado con los Dunbar: se ofenderían si no mostraba un interés adecuado.

Eleonor le sonrió. Acariciaba suavemente la espalda del bebé y, finalmente, éste emitió un sonido inconfundible, provocando sonrisas en todos.

—El té está listo, excelencia —anunció Marion, que había preparado la mesa cubierta con un mantel blanco. Había rebanadas de pan recién horneado y un oloroso pastel. En una jarra de cerámica blanca había leche.

Eleonor se dispuso a sentarse, pero Keiran extendió las manos y, para sorpresa de todos, tomó al niño.

—Siéntate. Yo lo beberé después.

Ella lo miraba con cariño cada vez que lo veía con un bebé en brazos.

—Se llama Cole —murmuró, esperando su reacción.

Keiran miró a Marion y le sonrió.

—Es un niño tranquilo —comentó el duque con su gran mano sobre la espalda del pequeño—. Sólo llorará si tiene hambre o está malo.

Marion y su marido se miraron. Los rumores sobre las extraordinarias capacidades del duque circulaban desde que él era un niño, así que esas palabras fueron para ellos como oro puro. Asintieron al duque, dando a entender que le creían y que atesorarían esa información.

—Ahora quiere dormir. Lo tendré un poco más —afirmó el duque.

A continuación Marion se dispuso a servir el té.

Eleonor no dudó en probar lo que le ofrecían, se comió una rebanada de pan y una porción de pastel, alabando la habilidad de las mujeres de aquella casa para cocinar, y se bebió dos tazas de té.

El primogénito de los Dunbar, que hasta entonces había estado jugando tranquilamente con figuritas de madera frente a la chimenea, se levantó y pidió tarta. Le sonrió a Eleonor y, cogiendo una porción, volvió a su lugar de juego.

—Adora esos juguetes —explicó Marion—. Se pasa horas allí, inventándose historias increíbles.

—Es silencioso —sentenció el duque—. Tiene un gran mundo interior. Dejad que con el tiempo salga.

La pareja volvió a asentir ante las reveladoras palabras del duque.

—Lady Northcliff, el pequeño os ha manchado vuestro hermoso vestido.

—No importa. Sólo es un vestido y se puede lavar.

—Excelencia, si queréis pongo a Cole en su cuna —dijo Marion.

—Yo lo pondré —respondió Keiran entrando en la otra habitación seguido de la abuela de Mrs. Dunbar.

Eleonor se levantó y sirvió el té a su marido, asombrando a Mr. Dunbar. Una duquesa que mostrara gestos tan humildes, que no esperara a ser servida, era algo fuera de lo común. El hombre dirigió a su esposa una mirada de comprensión mientras el duque se sentaba a la mesa.

—Os lo ruego, sentaos con nosotros —les dijo Eleonor a los anfitriones.

Se quedaron otra media hora, charlando sobre el trabajo previsto en los campos para la primavera.

Eleonor no pudo resistir la tentación de arrodillarse y jugar con el niño y sus figuritas.

El niño tenía unos dos años y ella consiguió sacarle algunas palabras y hacer que se riera mucho.

—¿Key? Deberíamos presentar al pequeño Gavin a Caroline y a los demás. Podría venir al castillo alguna vez, ¿qué te parece?

Aquella propuesta, totalmente fuera de lugar en cualquier ambiente donde nobles y plebeyos vivieran distanciados, sonaba tan natural a los oídos de Keiran hasta el punto de parecer casi obvia.

—Sí, llevadlo al castillo —respondió él—. Marion, tú también vendrás con Cole y junto con Annis os quedaréis con los niños.

—Sois muy amables pero no sé si es apropiado...

—Sí, es apropiado —Keiran dio por zanjado el asunto y se levantó.

—Marion, te mandaré la pomada con instrucciones de cómo usarla.

—Gracias, gracias por todo, lady Northcliff, y también a vos, lord Northcliff. No sé cómo corresponderos.

—Quizás podrías localizar al padre Saunders por mí. No le he visto hoy en el castillo y me gustaría hablar con él. Sé que pasará la Navidad con las familias católicas... —añadió inesperadamente Eleonor.

—¡Oh, sí! Ha venido esta mañana temprano. Aunque no somos católicos, viene a vernos para saber cómo está el pequeño. Enviaré por él de inmediato, lady Northcliff, y mi esposo lo acompañará al castillo.

—Gracias, Marion.

El frío les alcanzó de lleno: se había levantado un viento helado. Montaron en sus caballos y partieron.

Marion miró a su marido en cuanto regresó.

—Ha jugado en el suelo con Gavin.

—Y también nos ha servido el té a ti y a mí, Marion.

La anciana apareció en la puerta.

—Ha comido el pan que yo he hecho. El vestido no se limpiará.

—Si, pero parece que no le importe —dijo Marion.

—Tendrás que obedecer e ir al castillo, Marion.

—Lo haré.

* * *

—¿Por qué el padre Saunders no está en el castillo? —preguntó Keiran, dándose cuenta de que tenía poco interés por el sacerdote.

—Le acogen las familias católicas de los alrededores.

—¿Por qué? Es nuestro invitado.

—Le he dicho que comprendía su desazón, pero que prefería estar con gente más humilde.

Keiran admitió que su mujer siempre mostró una comprensión y una humanidad fuera de lo común.

—De acuerdo —afirmó como dando su aprobación. Se quedó un rato en silencio, luego llegó a una conclusión y dijo—: Quieres que celebre la misa de Navidad.

—Sí. Pero no molestaremos a nadie, te lo prometo, Key.

Él guardó silencio, sintiendo un fuerte sentimiento de culpa: debería habérselo pensado dos veces, no debería haber obligado a Eleonor a renunciar a algo tan importante para ella. Se enfadó consigo mismo y se prometió ser más cuidadoso en el futuro. Quiso disculparse, pero le resultó difícil. Lo dejó para otro momento. Sintió que ella se estremecía y la acercó más a él.

Llegaron a la casa. Estaban todos reunidos en el salón rosa. La habitación era un poco pequeña para tantas personas, pero a nadie parecía importarle: el calor que emanaba del fuego de la chimenea era agradable y los más jóvenes se turnaban para servir el té.

Eleonor aceptó una taza mientras se sentaba junto a su tía.

—Querida tía, nos vemos muy poco.

—Cariño, ahora eres una duquesa: cumple con tus obligaciones y no te preocupes de mí —susurró Martha acariciando la mano de la sobrina.

—Querida —intervino lady Bridget Northcliff—, cuéntanos algo de los Dunbar. ¿Cómo está Marion? ¿Y el pequeño?

—¡Oh, qué criatura tan dulce es ese niño! —respondió Eleonor, alegrándose—. Es regordete y maúlla como un gatito. Pero si mamá se acerca, grita con ganas hasta que consigue su comida. Le hemos cogido en brazos. Es bueno y tranquilo, ¿verdad, Key?

—Sí.

—Le han puesto de nombre Cole, en honor de vuestro hijo.

Lady Bridget Northcliff sonrió asombrada. Muchos niños del vecindario se llamaban Cole, y eran aquellos cuyas madres habían sido ayudadas por Kein a dar a luz.

—No sabía que tuvieseis un segundo nombre, lord Northcliff, se me debe haber olvidado —exclamó lady Hereford pensativa.

—El pequeño Gavin, el otro niño, tiene dos años. Vendrán al castillo a pasar un rato con nuestros pequeños —añadió Eleonor.

Keiran advirtió la desaprobación en el rostro de Lady Georgia.

—¡Qué magnánimo gesto por vuestra parte, Lady Northcliff! —declaró Lady Bath.

—Condesa, sois demasiado generosa al calificar de magnánimo un acto tan natural —dijo Eleonor—. Y además todos salimos ganando: ¡donde hay niños hay alegría!

—Y alboroto —añadió lady Georgia sin pensárselo dos veces.

—Sí —admitió Eleonor—. Alboroto y confusión. Pero tendrán una enorme habitación para ellos solos. Nunca permitiría que invitados tan correctos como vos se vieran perturbados por la natural euforia infantil de nuestros queridos niños.

Georgia escrutó a la duquesa sin saber si se burlaba de ella o si era un gran honor que la tuviera en tan alta estima. La expresión suspicaz de su madre la hizo entrecerrar los ojos para estudiar a la hermosa mujer de cabello color miel: parecía despreocupada y sincera.

Ramsay se acercó.

—Excelencia, el padre Saunders os aguarda en el salón.

—¡Ah, ya está aquí! Mil disculpas —dijo dejando la taza y poniéndose en pie—, pero el deber me llama. Os deseo que sigáis disfrutando de la reunión. Nos veremos en la cena.

Eleonor se alejó, sin siquiera mirar a su marido por miedo a que él interfiriera con el asunto de la misa.

Keiran se irritó, pero siguió conversando con los invitados.

* * *

—¡Padre! —exclamó Eleonor, tendiéndole las manos.

El sacerdote, poco acostumbrado a las muestras de afecto de los nobles, sonrió y tomó las manos de la joven.

—Lady Northcliff.

—Padre, no he podido asistir a la misa de Navidad...

—Estaba esperando a que me lo pidieseis, querida hija.

—Cuando podríamos...

—Ahora mismo, si así lo deseáis.

—Sí, padre, ahora. ¡Ramsay!

—Aquí estoy, excelencia.

—El padre Saunders celebrará ahora la misa según el rito católico. Cualquiera que desee asistir será bienvenido. Cualquiera, Ramsay.

—Avisaré inmediatamente, Lady Northcliff.

—¿Mrs. Brodie?

—¿Sí, excelencia?

—Encargaos de todas las necesidades del padre Saunders. Supongo que necesitaremos algo para el altar.

—Desde luego, lady Northcliff. Padre, si queréis seguirme.

Eleonor subió a la carrera las escaleras y se desnudó rápidamente, dejándolo todo en el suelo. Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Hettie.

—¡Ven, enseguida!

—Aquí estoy, Eleonor. ¿Qué vestido queréis?

—Oscuro, pero no negro, ¡por el amor de Dios! Tal vez el azul o el verde bosque.

Hettie cogió el verde y la ayudó a ponérselo.

—Espera un momento, Eleonor, te coloco esos mechones.

Al cabo de unos minutos, la duquesa de Northcliff entró en la capilla del castillo.

Una mano la agarró del brazo: el duque la miraba fijamente, con una expresión incomprensible en el rostro. La tomó del brazo y la acompañó hasta el banco. Keiran advirtió la presencia de algunos miembros de la servidumbre y se preguntó si ella les habría avisado. Se sentaron.

—Nunca más te atrevas a salir de una habitación sin informarme de tus movimientos —le susurró, moviendo apenas los labios—. Si el miedo a enfrentarte a mí es tan grande, debes saber que la ira que tendrás que afrontar después será mucho peor.

Eleonor bajó la cabeza, suspirando.

La celebración fue para Keiran un excelente calmante. No recordaba que sería así. Después de todo, era solo un niño cuando asistía a las misas que organizaba su abuela católica.

A la salida, Eleonor se alegró de mirar a la cara a cada rostro familiar de quienes trabajaban en esa casa. Les sonrió a todos.

—A partir de hoy —dijo el duque en voz alta, en cuanto el padre Saunders estuvo junto a ellos —, la Santa Misa se celebrará todos los domingos y todos los días festivos. ¿Padre?

—¿Sí, excelencia?

—Escribiré personalmente a Roma, si lo consideráis oportuno. Me gustaría que os convirtierais en nuestro párroco y dirigierais las celebraciones para toda la población católica de mis tierras.

—¡Sería un gran honor! Acepto con gratitud y entusiasmo, excelencia.

—Os espero mañana por la mañana, padre. Hará falta una iglesia adecuada, así que me encargaré de su renovación y rehabilitación. —Dicho esto, Keiran se alejó, arrastrando a Eleonor bajo el brazo, demasiado aturdida para pronunciar palabra.

* * *

Maggie había bajado las escaleras después de asegurarse de que Lady Nancy se encontraba mejor: había estado llorando y no había sido posible hacerla hablar.

Pero ella conocía bien a los hombres y estaba segura de que tenía algo que ver con aquel maravilloso hombre que era el marqués de St. James. Entró en la cocina e inmediatamente alguien hizo unas bromas picantes que inexplicablemente la molestaron muchísimo.

—¡Basta ya! No os permito que habléis así conmigo.

—Vamos, Maggie, estamos bromeando. Sabemos que a ti te gusta divertirte. Sólo me preguntaba si te apetecía otra vez esta noche.

—¿Por quién me has tomado? ¡Eres un estúpido si piensas que voy a perder el tiempo contigo! ¡Y eres un maleducado por hablar así delante de todos! No sabes cómo comportarte, cariño, ¡ésa es la realidad!

—¡Eh, un momento! ¿Crees que eres una gran dama? ¡Cambias de hombres con la misma frecuencia con la que se cambian los pañales a un recién nacido! No hay que esforzarse mucho contigo, Maggie, tarde o temprano...

Foster se había levantado y miraba al criado con ojos amenazadores.

—¿Y tú que quieres? —preguntó el criado.

—Apártate, tengo que pasar —dijo Foster sin quitarle los ojos de encima.

El criado obedeció.

—Y a partir de ahora —continuó Foster—enjuágate la boca antes de hablar. Al duque no le agradan los elementos como tú.

Maggie aprovechó para salir de la cocina y se apoyó contra la pared con la espalda. Decidió esperar a que se calmaran las aguas, pero Foster apareció frente a ella inesperadamente poco después.

—¿Has venido a regodearte? Siempre has tenido razón ¿sabes? La reputación que me he labrado no me dará ninguna oportunidad: soy el juguete de unos y otros esperan lo mismo de mí.

Hugh la miró fijamente, con las manos en los bolsillos de sus largos pantalones de trabajo.

Estaba cansado de la noche que había pasado fuera, vigilando la costa, como le había ordenado el duque. El hecho de que hubiera visto a alguien hacerse a la mar con un bote lo ponía aún más nervioso, y estaba impaciente por informar de ello a lord Northcliff.

—Somos lo que decidimos ser, Maggie. ¿Decidiste ser la putilla con la que sueñan estos chavales por la noche mientras se la menean, o la mujer trabajadora e inteligente que podría hacer que un hombre quisiera estar con ella toda la vida?

Maggie apretó los dientes en un esfuerzo por no darle una bofetada. Que la llamara zorra la había disgustado bastante y Hugh parecía estar esperando su reacción. Pero ella se mantuvo en silencio.

—Esta noche, después de cenar, voy a una pequeña fiesta que han organizado mis amigos del barco, en una cabaña cerca de la casa de Wanjala Sikulu. Si quieres venir conmigo, estate preparada.

—Hola, Foster. ¿Dónde está lady Nancy? —le preguntó lord St. James a Maggie.

—Arriba, marqués, pero...

Lord St. James ya había desaparecido.

—No sé a qué hora se acostará lady Nancy...

—Te esperaré en la cocina. —Foster se alejó.

Maggie recordó las palabras que acababa de decirle.

* * *

Nada más regresar de su paseo a caballo, Nancy se había excusado alegando un fuerte dolor de cabeza y se había marchado.

Daniel la estudiaba, sospechando que la joven mentía. Esperó un cuarto de hora y se despidió también, dirigiéndose con confianza a las dependencias del servicio.

—Hola, Foster. ¿Dónde está lady Nancy? —le preguntó a la doncella que charlaba con Hugh en el pasillo que conducía a la cocina.

—Arriba, marqués, pero...

Daniel no escuchó más y se precipitó a la segunda planta, subiendo los escalones de dos en dos.

Llamó a la puerta de la habitación de Nancy, pero enseguida se dio cuenta de que la chica no podría oírle. La abrió un poco, lo suficiente para que ella viera quién era.

—Soy yo —dijo, en cuanto ella se percató de su presencia.

Pero Nancy sacudió la cabeza al acercarse y escribió rápidamente:

—*Disculpad, no estoy bien. Nos veremos en la cena* —mostró el cuaderno y empujó la puerta.

Daniel comprendió enseguida que ella le evitaba y dedujo de inmediato que algo había ocurrido entre ella y lady Georgia.

Abrió de nuevo y se apresuró a entrar, cerrando inmediatamente tras de sí.

Los ojos de Nancy se abrieron de par en par mientras retrocedía lentamente. Llevaba puesta la ropa interior y, al coger la bata, se la puso con manos temblorosas.

—*¡No podéis estar aquí! ¡Salid ahora mismo!*

Daniel no pudo resistir la tentación de estudiar detenidamente su cuerpo joven y esbelto, pero bien formado.

—¿Qué sucede? Me estáis evitando.

—*Os ruego que salgáis antes de que alguien lo descubra...*

Él sacudió la cabeza y con una sonrisa burlona dijo:

—Si me descubrieran, tendría el pretexto para desposaros en el acto.

Nancy se horrorizó.

—*¡No quiero un libertino por marido!* —le espetó con una vehemencia que extrañó a Daniel.

—Sabíais desde el principio lo que era.

—*Lo que sois* —lo corrigió ella.

—No. En verdad, desde que os conozco, me he calmado mucho. Y desde que estoy aquí en el castillo, no he tenido ninguna distracción salvo vos. Pero ya hemos hablado de eso... —Dio un paso adelante.

Nancy dio la vuelta a la cama.

—¿No tendréis miedo de mí?

Ella negó con la cabeza.

—*¡Sólo quiero que os vayáis! Y que me dejéis en paz*.

—¿Cómo? —Daniel frunció el ceño y, con una agresividad que rara vez demostraba, dijo—: ¡Nunca podría hacerlo! ¡Habéis entrado en mí y ahora estoy más decidido que nunca a teneros! ¡Incluso si eso significa... poseeros aquí mismo! —Había gesticulado con una mano, señalando la cama, sin darse cuenta de que estaba asustando a la chica—. ¿Por qué ya no me queréis? ¿Tiene que ver con lady Georgia?

—*Se trata de mí y de mi error de haber confiado. Se trata de que no soy capaz de adaptarme a un hombre que tiene otras mujeres. Ahora, os lo suplico, no podéis quedaros aquí*.

—¡Eso ni por asomo, maldita sea! —Daniel se pasó las manos por el cabello oscuro, con una desesperación que sólo había sentido cuando Blake había sido hecho prisionero por los árabes, cerca de la costa norteafricana—. ¡Si no me decís la verdad, no saldré de aquí! —le amenazó. Se dirigió a la puerta y la cerró con la llave, que luego se metió en el bolsillo del pantalón.

Nancy se quedó mirándole, temiéndose lo peor.

—*¡Ya no os quiero! Me he equivocado, amo a otro... Ya está, ahora idos, os lo suplico.*

Daniel sintió unos celos enfermizos en cuanto leyó aquellas palabras en sus hermosos labios. Avanzó con ímpetu, obligándola a retroceder de nuevo.

Aquellos límpidos ojos grises mentían, y él conocía demasiado bien a las mujeres como para no notarlo.

—¡Embustera!

Caminó alrededor de la cama sin dejar de mirarla. Era tan grácil y delicada que se fijó en cada detalle de su rostro, su cuello y las elegantes manos que mantenía pegadas al pecho, como protegiéndose.

Nancy no podía dejar de desearle, de amarle, de quererle. Pero estaba decidida a rechazarlo, porque no quería sufrir toda su vida por la intromisión de otras mujeres.

—Quiero la verdad.

—*Habéis mentido. Me habíais dicho que no habíais estado con ninguna desde que estáis aquí*.

—¡Juro que es así! —gritó él como si hubiese podido oírlo.

—¡Lady Georgia os vio con otro justo anoche! —Nancy estalló finalmente, golpeando el suelo con un pie. Tenía los puños apretados en los costados.

—¡Eso es falso! ¡Os lo juro, es completamente falso!

Ella negó con la cabeza.

—*Ya no confío...*

Daniel se sobresaltó, viendo cómo se le escapaba de las manos algo maravilloso que casi había conseguido tener.

—¡Tenéis que confiar en mí, yo no estaba con otra! Os ha mentido...

Nancy le clavó la mirada, sin ningún brillo.

Entonces levantó las manos y, casi sin darse cuenta por la desesperación que sentía, empezó a utilizar el lenguaje de signos.

—Haría cualquier cosa para que me creyeseis. No quiero perderos.

Nancy abrió la boca de par en par asombrada por aquella repentina revelación y se llevó las manos a la cara con una expresión de estupor.

—Me habéis mentido hasta hoy, sabíais todo lo que Ellie y yo decíamos... ¡me habéis engañado! —le dijo con signos.

—¡No podía decíroslo! Si no, ¿qué habría pensado vuestra prima? ¡Y se lo había prometido al duque!

—¡Podría haber sido nuestro secreto! ¡Marchaos! ¡Fuera! ¡No quiero volver a veros! —Nancy señaló con el brazo la puerta.

Pero no se movió, sino que avanzó aún más.

—¡Os tendré, Nancy, lo juro! Puede que juegue sucio, ¡pero seréis mi mujer!

Ella se dio la vuelta sin apartar los ojos de los suyos. Sacó la llave de sus pantalones, abrió y salió.

* * *

La cena fue una especie de réplica de la de la noche anterior, con un menú diferente.

A estas alturas, el numeroso grupo de personas que rodeaba la mesa se había puesto a tono, incluso a pesar de los cuestionables arrebatos de lady Georgia o la fingida sinceridad de lady Bath.

Nancy no participaba mucho, siempre recelosa de Lord St. James, que estaba a su lado.

Eleonor le pidió explicaciones utilizando los signos, pero ella se justificó diciendo que estaba muy cansada y que la migraña de la tarde la había dejado extenuada.

Keiran había leído los signos y no la había creído; miró a Daniel y se dio cuenta de que algo había ocurrido.

Cuando las mujeres se trasladaron al salón después de la cena para permitir que los hombres bebieran sus bebidas alcohólicas, Keiran, Daniel y Roy, que había sido informado de las decisiones tomadas aquella tarde sobre la salida al mar, pusieron su plan en marcha.

—Northcliff —comenzó a hablar Daniel—, estaba pensando que tu idea de partir ahora, o como muy tarde a mediados de enero, es estupenda. Desde luego, hace bastante frío, pero me encantaría volver para disfrutar del buen clima de finales de verano.

El duque asintió.

—¿Wiltshire?

—No lo sé. Había organizado para... partir en primavera. Me lo pensaré.

—Bath, venid con nosotros. Lleváis años queriendo uniros a nosotros —le propuso el duque mientras se servía *scotch* en su vaso de cristal.

Bath los observaba con desconfianza, como si se temiese ser objeto de una conspiración.

—El mismo problema que Wiltshire —le respondió lacónico.

Keiran captó de inmediato a qué se debía la duda de Bath, así que trató de ser más convincente.

—Efectivamente, no hay mucho tiempo. Yo también me pregunto si a mi joven esposa le importará.

—¿No será que la antepones a ella en lugar de nosotros? —preguntó en tono jocoso Daniel, mirando los ojos inquisitivos de Bath—. Mira, Blake, ¡déjala preñada ahora, para que sea feliz

cuando la dejes aquí! —Todos rieron, incluido el conde.

Keiran advirtió que Bath empezaba a tranquilizarse por la camaradería que Daniel había creado hábilmente. Decidió seducirle con un último manjar.

—Roy, además del «Eleonor Grace» me gustaría llevarme el «Flying Queen». Te lo asignaré a ti. Tengo grandes planes para la carga.

—¿A saber? —preguntó Roy.

—Ahora no. Lo hablaremos más tarde —respondió Keiran con tono misterioso, conocedor de haber despertado la curiosidad de Bath.

Daniel sonrió, consciente de que Blake había jugado bien sus cartas.

* * *

—Nancy, ¡me parece absurdo!

—*¡Entonces tú le crees a él!*

—No digo eso... —Eleonor estaba desconcertada. La noche anterior Key le había asegurado que St. James no se había reunido con Lady Georgia. ¿ Tal vez con otra?

—*Cariño, mírame. Te prometo que mañana sabré la verdad. ¿Me crees? ¿Confías en mí?*

—*Ellie, No quiero que te metas en líos con el duque*.

—*No te preocupes. Sé cómo manejarlo*.

—Lady Northcliff —dijo Maggie—, creo que si lord St. James hubiera estado con otra persona, yo me habría enterado.

Eleonor pensó que la criada conocía a todo el mundo y siempre lo sabía todo.

—De hecho, tienes razón, Maggie. Nan, ya verás como descubrimos que todo era una mentira de esa voluminosa matrona.

Nancy sonrió: Eleonor siempre conseguía ponerla de buen humor.

—*¿Es cierto que el señor duque te rompió el camisón?*

—*¿Y tú cómo lo sabes?*

—*¡Los rumores corren y se dice que el duque es un hombre pasional y que con una mujer como tú sabría hacer saltar chispas!* —afirmó Nancy riendo.

—¡Maldita sea! ¡Se habla demasiado de mí y del duque!

—¡Menudo descubrimiento! —exclamó Maggie.

—¡Maggie! ¡Un poco de respeto! —le reprochó Hettie.

—¡Qué bien peinada estás, Maggie! —constató Eleonor.

—Tengo una cita con Foster —confesó Hettie.

—¡Entonces las cosas marchan bien!

—No lo sé, lady Northcliff. ¡Ya no entiendo nada! Atrás quedaron los días en que era yo quien imponía la ley a los hombres. Esto me hace hilar más fino.

Eleonor se rio.

* * *

—Obviamente ella no me cree, Blake. ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Tengo fama de libertino!

Keiran sentía lástima por el sufrimiento que percibía de su amigo.

—Mira, diré que lady Nancy estaba conmigo. Así podré desposarla enseguida.

—Tiene sentido.

Daniel miró a su amigo

—Pero tú no lo apruebas, ¿verdad?

—No es cuestión de aprobarlo o no. Pensaba en cómo te sentirías si la gente llamara a tu esposa con epítetos ofensivos.

—¡Maldita sea!
—Sí. Hablaré con Eleonor.
—¿De veras? No quisiera meterte en líos con tu esposa...
—Sé cómo manejarla.

* * *

Maggie entró en la cocina.

Hugh se sentó con Ramsay. Hablaban en voz baja y de vez en cuando se reían.

Ella se quedó quieta, tomándose un tiempo para observarlos.

Hugh tenía el cabello brillante y ella imaginó que acababa de darse un baño. Llevaba pantalones oscuros hasta la rodilla y camisa blanca sin corbata.

—Aquí estoy —dijo al entrar.
—Ah, bien. Entonces nos vamos —indicó él tomando la chaqueta.
—Maggie, ¡estás preciosa! —exclamó Ramsay.
—¡Gracias, Ramsay! —respondió ella sonriendo.

Salieron.

—Vayamos a pie, Maggie, así entramos en calor.

Caminaron en silencio un poco.

—Me gusta tu vestido, Maggie.

La muchacha había elegido una prenda simple y con poco escote. Le daba la sensación de ser una joven seria.

—¡Gracias! ¿Hugh?
—¿Sí?
—¿Sabes si anoche lord St. James tuvo compañía en su habitación?
—¿Por qué te interesa eso?
—Porque Lady Georgia le dijo a mi señora que no estaba solo.
—¿Y ella cómo lo sabe?

Maggie se percató de que nadie había preguntado qué hacía Lady Georgia con St. James.

—No lo sé, no había pensado en eso.
—Tal vez mienta por despecho. Después de todo, Willie nos sigue hablando del sexo desenfrenado al que Lady Georgia lo somete. Y esto también sucedió anoche.

Maggie se detuvo.

—Maldita fulera...
—Vamos.

El interior del cobertizo era cálido y sofocante. Algunos hombres tocaban música alegre y los más jóvenes bailaban sin descanso, entre risas y bromas. En una mesa había varios bandejas con rebanadas de pan y dulces. En otra había jarras de bebidas.

Hugh le dio enseguida un vaso a Maggie, mientras ella tomaba algunos dulces y los compartía con él. Muchos se detuvieron a saludar a Foster, y él tuvo palabras amables para cada uno de ellos.

Maggie también tuvo que saludar a muchas personas, pero lo hizo de mala gana, porque en los ojos de cada hombre veía una chispa maliciosa que la incomodaba. Su expresión se ensombreció y, mientras Hugh conversaba con otros, ella se sentó.

El criado que esa tarde en la cocina había sido poco respetuoso se acercó y se sentó junto a ella.

—¿No seguirás enfadada, Maggie?
—No, pero no vuelvas a hablarme como lo has hecho hoy.

—¿Por qué?

—Porque me has faltado al respeto, mostrándome como una pelandusca.

—No era ésa mi intención, Maggie, sin embargo tú te muestras así, como una que sólo quiere divertirse.

—Ya no quiero más diversión, ¿vale? Ahora déjame en paz.

—Vale, entendido. ¡Ven! Para compensarte, te llevaré a ver a los gatitos en el cobertizo. Nacieron ayer.

—Gracias, tal vez más tarde.

—Venga, Maggie, no te hagas la remolona —insistió, cogiéndola del brazo.

—No, déjame, prefiero quedarme aquí.

—Maggie, ¡estoy tratando de ser amable contigo! Vamos, nos divertiremos y luego te llevaré a casa.

—¿Nos divertiremos? ¡No quiero divertirme! ¡Quiero estar aquí, con Hugh!

—¡Hay que ver, Maggie! Has estado al menos a cinco hombres desde que estás en el casti...

Una mano le clavó la frase en la garganta. Hugh tiraba de él hacia arriba, apretándole el cuello con tanta fuerza que corría peligro de rompérselo, y con la otra le sujetaba por las solapas de la chaqueta. Le arrastró fuera bruscamente.

La gente los siguió con curiosidad, agolpándose para verlos.

Maggie continuó tras ellos aterrorizada.

—No lo mates, déjalo en paz, Hugh —le rogó, tirando de él por la chaqueta.

Foster arrojó al hombre sobre la nieve apenas caída.

—No la molestes más. Es más, ni siquiera la mires, o te despellejaré vivo.

—No sabía que fuera tu mujer.

—No lo es. Pero el que le falte al respeto se las verá conmigo. ¿Queda claro?

Foster se dirigió hacia la calle y Maggie corrió a buscar sus capas. Llegó hasta él jadeando.

—Quédate si quieres, Maggie. Ahora ya no te molestarán.

—No quiero quedarme. Quiero estar contigo, Hugh.

Llegaron al castillo y el hombre la acompañó a la entrada de la cocina.

—Buenas noches, Maggie.

—No te vayas...

Al final la miró a los ojos.

Se sentía confundido, ella podía verlo. Maggie quería abrazarlo, pero temía su rechazo.

—Esta noche no, Maggie, no tengo ganas.

—Me gustaría estar... a solas contigo.

Hugh suspiró. Asintió y se dirigieron a sus aposentos.

Dentro, el ambiente se estaba enfriando y él colocó rápidamente un poco de leña sobre las brasas aún humeantes. Se sentó en el suelo para calentarse.

Maggie le imitó, procurando no estar demasiado cerca de él, pues temía contrariarle.

—Gracias por haberme defendido.

—Ahora depende sólo de ti.

Permanecieron así unos minutos y luego Hugh decidió desvestirse para ir a la cama.

—Estoy cansado, Maggie. Quiero dormir.

—Hugh, ¿me dejas quedarme? No te tocaré, lo juro. Sólo quiero... estar a tu lado.

Él la estudió. Tiró su ropa sobre una silla y se dejó caer sobre la cama.

—De acuerdo —respondió él para nada convencido.

Estaba agotado. Se estaba encariñando demasiado de aquella mujer y temía que le fuera a

decepcionar. Intentaba mantenerse alejado de ella, pero lo que había ocurrido en la fiesta era sintomático de un sentimiento que le aterrorizaba.

Decidió que por nada del mundo se lo diría. La observó desnudarse y ya la excitación le desbordaba. Apagó la vela, se tumbó boca arriba para no verla y cerró los ojos. La oyó deslizarse bajo las sábanas y, como le había prometido, ella permaneció en su sitio, sin tocarle.

—¿Hugh?

—¿Qué pasa?

—He decidido ser la mujer inteligente que puede hacer que un hombre quiera quedarse con ella para siempre.

—¿Y cuándo lo has decidido, Maggie?

—En cuanto me lo pediste. Pero no tuve el valor de decírtelo.

—¿Por qué?

—Tal vez sea porque tengo miedo de oírte decir que nunca lo lograré. Así que, aunque lo estés pensando, por favor, no me lo digas. Quizá todo acabe entre nosotros, pero yo voy a ser la mujer que consiga que alguien quiera quedarse con ella para siempre.

Hugh se dio cuenta de que podía suceder de verdad. Y la constatación de que ese hombre no fuera él le molestó mucho.

¡Maldita sea! Después de haberle abierto los ojos, después de haberle hecho ver lo feliz que podía vivir como una simple mujer, no podía dejarla en manos de otro.

—Duerme, ahora. Buenas noches.

—Buenas noches, Hugh —le respondió ella, sintiéndose más aliviada. Se dio la vuelta dándole la espalda y se quedó dormida.

* * *

Eleonor llevaba ya una hora en su habitación; había leído, escrito y ordenado el tocador; ahora, sentada en el sillón frente al fuego, se preguntaba si debía ir a buscar a su marido.

Empezaba a sospechar que él la evitaba a propósito y se preguntaba a dónde había ido a entretenerse.

«Con otra no. Tengo que creerle» se dijo, llevándose el dedo índice a los labios. «Pero ¿dónde podría estar? Tal vez en su estudio».

Se volvió para mirar su escritorio. «Los dibujos en los que estaba trabajando están aquí».

Se levantó, tomó la vela y, acercándose a su mesa, se dedicó a tocar los papeles con cuidado. Dibujos, cifras y números escritos en letras grandes, palabras sueltas aquí y allá en trozos de papel: nivel, agua, doble retención, panel. Su significado le resultaba incomprensible.

Debajo de uno de esos trozos de papel vio una carpeta negra, cerrada con cintas oscuras atadas con lazos. Sabía que no debía hacerlo, pero la esquina blanca de una hoja asomaba y el evidente contorno de un pie dibujado con carboncillo la intrigó lo suficiente como para resistirse a la tentación de mirar.

Sacó la carpeta y la abrió. El pie revelaba una pierna, un cuerpo semidesnudo, su rostro.

Eleonor se apresuró a cerrarla. «¿Era yo? Nunca me ha visto desnuda. Sí, anoche. Pero, ¿cuándo lo ha hecho? Desde ayer, siempre hemos estado juntos». Lo volvió a abrir lentamente.

Era ella. No había duda. Hojeó, temerosa de lo que podía encontrar: otra vez ella, un retrato; un medio cuerpo, un brazo levantado mientras se arreglaba un mechón de pelo; un atisbo de su cuerpo de perfil, su barbilla, sus pechos cubiertos por un elegante vestido, sus manos apoyadas en la mesa; un cuerpo desnudo, visto desde atrás, era ella reflejada en el espejo; de nuevo ella, tumbada de lado, cubierta por una sábana, mientras dormía; su silueta en la distancia, la sombrilla abierta, con su prima a un lado, en el verde césped de lo que parecía Hyde Park.

Se detuvo, cerrando lentamente la carpeta. La colocó debajo de los papeles sobre la mesa y se quedó repasando los maravillosos dibujos en su memoria.

No podía haberlos hecho todos desde la noche anterior. Debían de ser de mucho tiempo atrás. ¡Y Keiran no había errado ni un solo detalle! ¡Era increíble!

Lo que la dejaba asombrada no era el hecho de verse dibujada desnuda y en situaciones reales, sino que no se habían visto tantas veces como para permitirle recordar con tanto detalle... Era obvio que había usado solo su imaginación. ¡Ese hombre veía con la mente, sin errores, lo que los sólo ojos podían imaginar!

Dejó la vela en la mesilla y se sentó en la cama, balanceando los pies. Lo esperaría para hablarle de Alice y de lord Bath, pero sobre todo para informarle de lo que el conde decía sobre Roy y su hija, lady Georgia.

Bostezó ostensiblemente. Decidió acostarse solo para relajarse un poco y se tumbó sobre la colcha, cubriéndose bien las piernas con la larga bata. Además, le había prometido a Nan que descubriría la verdad sobre St. James. Bostezó de nuevo, entrecerrando los ojos hasta cerrarlos por completo. No los volvió a abrir. Se durmió profundamente.

Una hora después, Keiran entró en la habitación en penumbra y la encontró así.

Frunció el ceño, pues se dio cuenta de que ella le había estado esperando. Se quitó la chaqueta y la corbata, se acercó a la cama y se quedó un momento observándola. Era preciosa. Se sentó a su lado y le acarició el cabello y el cuello. Luego le quitó la bata y la deslizó bajo la manta.

—Te... tengo que hablar contigo.

—Más tarde. Ahora duerme.

—Pero es import...

—Sssh. —Le puso los dedos en la boca, con delicadeza, y ella se quedó callada, durmiéndose al instante.

Keiran se desnudó, se lavó rápidamente la cara, las manos y los dientes. Apagó las velas y añadió algunos troncos a las brasas. Finalmente, se deslizó junto a ella bajo la manta y, abrazándola con fuerza, se quedó dormido.

* * *

26 de diciembre de 1811

Ben entró en la estancia ducal en silencio. Era el único que podía hacerlo, sobre todo ahora que la duquesa dormía con el duque.

Se acercó a la cama, fingiendo con gran eficacia profesional no ver a la esposa dormida con un brazo sobre el pecho desnudo de su marido.

Tocó uno de los hombros de Keiran y éste, con un gesto muy rápido, levantó el brazo izquierdo de debajo de las sábanas, sosteniendo un cuchillo en la mano.

—Discúlpame —le dijo el duque, mirando a Ben a la cara.

—Stone —dijo el criado escuetamente, indiferente al hecho de que la hoja se encontrara a diez centímetros de su pecho. Su excelencia siempre tenía un arma a mano.

Keiran había mandado llamar a Stone, pero normalmente sus marineros esperaban al menos hasta media mañana en lugar de despertarlo tan temprano. Miró fijamente a su mayordomo a la espera de explicaciones.

—Es urgente. Stone ha venido a avisarnos de que Shorty se encuentra mal. —le murmuró.

Keiran se levantó, procurando no despertar a Eleonor, y la tapó. Luego cogió su ropa de trabajo y fue a vestirse al salón.

Ben le entregó las cosas.

—Es la herida, la de la paliza. Está hinchada y purulenta —le explicó en voz baja—. Ya he avisado al doctor Boyd.

Keiran asintió.

—Lo traeremos aquí. En marcha.

Navegar en el esquife con la luz del amanecer fue una sensación indescriptible. A Keiran le encantaba el aire fresco de la mañana, pero sobre todo el olor del mar y su calma chicha cuando la luz intentaba filtrarse entre las nubes cargadas de nieve.

Stone no había hablado mucho y eso le dio la medida de lo mal que estaba Shorty.

—Ben, quédate en el bote. Lo cogeré con uno de los hombres y nos iremos enseguida.

—Sí, capitán —respondió Ben, ya adaptado al cambio de rol que el duque experimentaba para con ellos en cuanto ponía un pie en cualquier barco.

Cuando Keiran subió a bordo del «Eleonor Grace» casi todos sus hombres le estaban esperando y le saludaron con caras largas.

—El boticario está con él —le explicó Casanova.

Cuando Blake bajó las escaleras, enseguida comprendió que su marinero estaba grave.

Con los ojos cerrados y totalmente empapado en sudor, Shorty respiraba con dificultad a causa de una fiebre alta.

El capitán se inclinó sobre el catre, intercambiando una mirada con el boticario, que enseguida le mostró la pierna hinchada para que pudiera examinarla. Estaba inflamada y tenía un color brillante. Alrededor de la herida goteaba un líquido amarillo que presagiaba lo peor.

Keiran tocó la pierna por encima del corte: estaba caliente y una especie de choque violento le obligó a retirar la mano. Luego se la posó en la frente y la vibración subió hasta él, más leve pero peligrosamente constante e intensa.

—Ahora mismo lo trasladamos al castillo. ¡Stone!

—Estoy aquí, capitán.

—Mantas y almohadas.

—¡Ya! Os mando a uno para...

—Lo cogeré yo solo. Será más rápido. —señaló Blake de forma concisa mientras se agachaba para levantar el cuerpo del marinero.

En pocos minutos estaban de nuevo en el mar, pero al tocar tierra, casi al mediodía, fueron recibidos por un Ramsay seriamente preocupado por la información que iba a darles.

—Excelencia...

—Habla.

—El doctor está realizando una operación a un hombre en su estudio de Edimburgo y no podrá desplazarse antes de esta tarde.

—No puede esperar tanto —declaró Keiran mirando fijamente al mayordomo.

* * *

Eleonor sabía que había dormido abrazada a Key. Aún podía sentir su olor, lo que le hacía pensar en su cuerpo desnudo y musculoso. Era extraño desear el contacto físico con él, sabiendo que entonces no podría completar el coito. Los ruidos del cuarto de baño le indicaron que Hettie lo estaba preparando todo para ella.

—¡Buenos días!

—¿La duquesa se ha despertado? —preguntó la camarera en tono jocoso, mientras se asomaba por el umbral de la puerta—. ¡El duque realmente os mantiene ocupada si no podéis levantaros antes de las diez!

—¿Las diez?

Hettie se rio y volvió al cuarto de baño.

Eleonor se preguntó qué habría dicho la criada si hubiera sabido que aún era virgen. El sueño prolongado era justo la conclusión adecuada a muchas noches en vela que había pasado por culpa de su perverso primo, antes de encontrar seguridad y estabilidad en su marido.

—¿Dónde está el duque?

—Al parecer se han ido al barco...

—¿Se han ido?

—Ben también.

—¿Por qué?

—Mrs. Brodie nos ha contado que un marinero estaba muy mal.

—¿No tienen un médico a bordo?

—No lo sé, Eleonor. Pero no cambiaría mucho. El duque se ocupa personalmente de cada uno de sus hombres y quiere estar siempre que uno de ellos tenga un problema.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Ben.

Eleonor se preparó con calma, poniéndose un vestido sencillo que decidió usar para ocuparse de las tareas domésticas. Bajó a desayunar en la sala destinada a tal fin.

—¿Solos? —preguntó al entrar, con una sonrisa en la cara.

—Por lo visto, excelencia, sólo nosotros nos hemos despertado tarde —admitió el conde de Portland, feliz de verla.

—Bueno, no me disgusta un desayuno tranquilo. ¿Qué vais a hacer hoy?

—Probablemente algunos recados en Edimburgo. Tendré que cambiar los planes ya que el duque ha sufrido un contratiempo en el barco.

—Sí, lo he oído. ¿Estaréis fuera mucho tiempo? Podría ir con vos de compras...

—No mucho, en realidad. Me vería encantado de acompañaros.

—¡Bien! —Eleonor terminó su desayuno y se disponía a poner unas rebanadas de bizcocho en una servilleta, cuando Ramsay se acercó a ella.

—Excelencia, si me permitís podría encargarme yo.

—¡Gracias, Ramsay! Voy a cambiarme. ¿Ramsay?

—¿Sí, excelencia?

—Sólo unas rebanadas en una servilleta, porque no caben en mi bolsito de mano.

—Podría prepararos una cesta...

—¡Oh, no, por Dios! ¡Qué divertido sería comer de una cesta! Una servilleta es más que suficiente. —Y salió disparada.

Ramsay, resignado, obedeció la orden, pero se dio el gusto de usar una servilleta bordada y añadió algunos bizcochos.

Cuando Eleonor bajó, el conde la esperaba junto a la carroza. El joven la miró con admiración y lamentó no haber aprovechado la oportunidad de tenerla, sospechando que nunca había tenido una. La ayudó a subir al escalón y la siguió dentro, sentándose frente a ella.

Eleonor llevaba un hermoso vestido de paseo color topo, con rayas de la misma tonalidad pero más oscuras. Los zapatos y los guantes de cuero marrón asomaban por debajo del abrigo de piel, demostrando una refinada combinación de detalles.

—Lord Portland, no tenéis mucha vida social, ¿verdad?

—No, lady Northcliff, ninguna me atrevería a decir. No me gustan las diversiones frívolas, es decir, no quiero que me malinterpreten, sino que prefiero las actividades útiles y prolíficas.

—¡Me gustáis!

—¿Cómo decís?

—Comparto vuestra idea. A mí tampoco me gusta la mundanidad y adoro vivir aquí.

El pobre Simon se sintió aún más desgraciado: ella habría sido la mujer adecuada para él.

—¿Qué haréis, lady Northcliff, cuando el duque os lleve a Londres para presentaros?

—¿Qué haré? Imagino que ejerceré de duquesa y seré exactamente lo que el duque quiere que sea.

—Sois admirable.

—Gracias, pero no me siento tan especial.

—Para mí lo sois —le susurró él—. Os he estimado desde el primer momento en que os vi. Y si hubiese tenido más tiempo...

Eleonor se puso seria. No pensaba que el conde estuviera tan prendado de ella, de lo contrario no le habría pedido que la llevara a Edimburgo.

—Conde, no creo que más tiempo hubiera cambiado nada: tengo debilidad por el duque desde la primera vez que le vi, hace ya varios años, y nunca he cambiado mis sentimientos hacia él. —Vio el estupor del conde, aunque no supo discernir si se debía a la naturaleza de la revelación o a la desfachatez de haberle hablado abiertamente de asuntos del corazón—. Además, yo habría resultado demasiado irritante para un hombre tan decente como vos.

—¡Oh no, no digáis eso! Estoy seguro de que, con una guía paciente, podríais moderaros.

Eleonor lo miró sintiendo una gran ternura por él.

—Mirad, ahí está el quid de la cuestión: me vuelvo aún más rebelde ante cualquier tipo de restricción que intente reprimir mi naturaleza.

Lord Portland parecía poco convencido.

—Pero entonces, con el duque...

—Lord Northcliff sabe que soy así. Y nunca me ha pedido que sea distinta de como soy. —Fue en ese momento cuando Eleonor recordó que, poco antes de casarse, el duque le había dicho que no se esforzara por ser diferente por miedo a que él dejara de quererla.

El conde ya no habló más.

En Edimburgo, Eleonor insistió en que él hiciera primero sus recados.

Una vez terminados éstos, lord Portland la acompañó a varias tiendas, donde la duquesa, bajo la atenta y curiosa mirada de muchos nobles, compró accesorios puramente femeninos y algunos juguetes para los niños de la Shell Bay Manor.

Al conde le habría gustado señalar a la duquesa que, al hacerlo, la gente podría pensar que ya estaba embarazada, después de sólo dos noches como novia. Así que la conclusión habría sido creer que ya lo estaba, al menos durante un mes. Pero guardó silencio.

Cuando volvieron para la hora del té, la cara de Mrs. Brodie no le gustó nada a Eleonor, y el hecho de que hubiera salido corriendo en cuanto divisó el carruaje ducal, le hizo sospechar.

—Excelencia, ¿puedo hablar con vos un momento antes de entrar?

—Desde luego, Mrs. Brodie. ¿Qué sucede?

—Aquí, me resulte difícil ser tan franca, sin embargo...

—¡Por favor!

—Su excelencia está muy molesto por vuestra salida con el conde.

—¿Por qué?

—Bueno, lady Northcliff, no me corresponde a mi expresar tales opiniones, pero lo conozco desde la infancia y el sentido de posesión que mi hijo desarrolla sobre las personas que le importan es algo visceral.

Eleonor había escuchado a la anciana mujer con atención, comprendiendo un poco tarde el

problema.

—¡Está celoso! —exclamó con ímpetu.

—¡Eso es! ¡Exactamente! —aseveró el ama de llaves—. Si además le añadimos una buena dosis de nerviosismo por el pobre Shorty, que está enfermo, entonces creo que calificarlo de molesto resultaría un tanto simplista.

—¿Enfurecido?

—¡Eso es! ¡Exactamente!

Eleonor suspiró.

—¿Quién es Shorty? Creo que alguna vez he oído hablar de él —preguntó mientras caminaba hacia la casa.

—Un marinero del «Eleonor Grace».

—¿Qué le pasa?

—Tiene una herida desde hace unos días y se le ha infectado gravemente —explicó el ama de llaves, mientras subían los escalones.

—¿Qué dice el doctor?

—Llegará en breve.

—Pero, ¿desde cuándo está así?

—Desde ayer, creo. Os serviré el té en el salón rosa, lady Northcliff. Vuestra tía y los demás están todos allí.

—Gracias, pero creo que subiré primero. Debo tomarme mi tiempo —afirmó Eleonor mientras cruzaba el gran umbral de la puerta principal.

Se encontró frente a su marido, con una expresión indescriptiblemente altiva en el rostro.

Pero ella sabía lo que significaba esa falsa indiferencia: estaba acumulando rabia y estaba a punto de explotar en cualquier momento. Decidió tomarlo por sorpresa. Le sonrió amablemente mientras se acercaba a él.

—¡Key! ¡Cómo te he echado de menos! —exclamó ella, echándole los brazos al cuello, obligándole a poner las manos en su cintura para no caerse. Le besó en la boca sin importarle la presencia del mayordomo y el ama de llaves, que sonrieron divertidos—. He oído lo de Shorty. Siento mucho que esté enfermo. ¿Me acompañas a mi habitación, por favor? —preguntó ella, ladeando la cabeza y dejando caer un mechón rubio.

Keiran subió con ella, conteniendo con dificultad su enfado.

Ramsay enarcó las cejas al verlos subir.

—Sabe cómo manejarlo.

—Ya. Pero si se entera de que se lo he advertido, me acusará de estar de su lado.

—Ya. Pero si le importa tanto, entonces estará agradecido de que la protejas incluso de él.

—Ya.

* * *

—He estado de compras, Key. Algunas cositas para mí, para mi tía, para Nan, para tu madre y para los niños.

—¿Los niños? —preguntó, olvidando todo lo demás por un momento.

—Sí. Te las enseñaré más tarde. Por favor, desabróchame —dijo dándole la espalda—. Son juguetes. ¡Qué contentos se van a poner!

Keiran le desabrochó el vestido y, distraído por el torrente de palabras y el cuerpo de su mujer, se quedó mirando cómo se lo quitaba.

—Espero que el médico llegue pronto. ¿Ya has tomado el té? No tengo ganas de bajar ahora. ¿Podrías desatarme esta cinta? ¡ Demonios! ¡La he apretado demasiado!

Keiran cogió suavemente la cinta colocada sobre su pecho y, tocando la blanca piel, sintió lo que ella le estaba haciendo.

—Haré que traigan agua para el baño y...

—¡Eres insoportable! Estás usando tus encantos para distraerme —exclamó amenazadoramente Keiran, apartando de repente las manos.

—¿Funciona? —le preguntó ella, inclinando la cabeza y poniendo las manos sobre los hombros de él.

—¡Descarada! ¿Por qué has salido con el conde?

—Tenía recados que hacer —le respondió ella inocentemente. Él la estudió, sin saber ya qué decir.

—A partir de ahora, no saldrás de esta casa sin avisarme y deberás tener compañía.

—¿Por qué?

—Porqué lo digo yo.

Eleonor lo observó por un momento y, tomándolo por sorpresa, le respondió:

—De acuerdo.

Keiran frunció el ceño ante aquella obediencia inesperada. Buscó explicaciones en los hermosos ojos verdes y encontró lo que buscaba.

—Deja de ser tan sumisa sólo por miedo a que te rechace.

—¿Quieres una esposa obediente y de manual?

—Vístete.

Eleonor tuvo la duda de si él sólo fingiese querer una mujer sumisa porque eso era lo que debía exigir un duque.

Reflexionó unos instantes sobre cómo disipar la duda, pero él la miró con determinación esperando a que se vistiera.

No le apetecía tomar el té con los demás, pero, como de costumbre, temía contrariarle.

Se lavó las manos en el lavabo del cuarto de baño y se dirigió al guardarropa; se ató la cinta sobre los pechos, decidió conservar la enagua y eligió un vestido de tarde. Al ponérselo se dio cuenta de que en realidad estaba violando su carácter y él se había dado cuenta. También se sentía obligada por el compromiso que había contraído como duquesa, y era consciente del papel que todos se esperaban de ella.

Se miró un segundo en el espejo. ¿Cuánto tiempo resistiría reprimiéndose? ¿No había hablado con lady Bridget Northcliff y lady Queensbury sobre la posibilidad de utilizar su elevado título para imponerse con elegancia y cortesía? Cogió su pañuelo.

—No te lo pongas.

Eleonor miró fijamente los ojos de Keiran desde el espejo. Luego le miró el cuello. Ya no había ni rastro de moratones. Ya no tenía excusa: ya no podía usar pañuelos largos para cubrirse parcialmente el pecho. Apretó los labios para no exteriorizar la incomodidad que le producía verse tan expuesta. Sabía cómo la mirarían.

—Vámonos.

Ella se movió y lo siguió.

Keiran le cogió la mano, se la pasó por debajo del brazo y bajaron.

Tomaron el té con los invitados y ella no faltó a la cita. Conversó amablemente con las damas, bebió una taza de té, probó los dulces e intervino oportunamente para no despertar desaprobaciones.

Se retiró con una profunda insatisfacción que le corroía la mente: se sentía como si estuviera interpretando un papel que ella misma se había impuesto para cumplir un compromiso y no

defraudar al hombre que la había salvado.

Durante toda la tarde, Keiran había percibido su impaciencia. Cuando Eleonor subió, se detuvo a ver a Shorty.

El infeliz estaba despierto, pero su fiebre seguía siendo alta. El doctor había advertido que llegaría a la hora de cenar.

Keiran decidió relajarse un poco en su estudio. Un encuentro con Eleonor en ese momento lo habría agotado. Subiría justo antes de la cena para lavarse y cambiarse.

—¿Puedo entrar?

—Danny. Siéntate.

—Está nevando.

—¿Otra vez?

—Sí. Si esto sigue así, ¡tendrás que alojarnos durante un mes!

Keiran sonrió.

—Ella ya no me habla.

—Esta noche le pediré a Eleonor que la haga razonar.

—No está bien que dependa de tu mujer para doblegar a lady Nancy. Significa que ya no tengo mi poder de seducción, ¡maldita sea!

—No. Significa que tu poder de seducción no funciona con lady Nancy. Una criatura dulce, Wolf, y buena. Pero sabe sacar las uñas cuando lo necesita. Entonces ni siquiera tú eres capaz de domarla.

—Lo conseguiré. Lo juro —se obstinó Daniel.

—No con los métodos que usas con las demás.

Daniel lo miró.

—¿Es un consejo o una afirmación que sale de tus manos?

—Consejo.

Daniel esperó.

—¿Entonces? ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres saber?

—¡Qué método emplear!

Keiran reflexionó unos instantes.

—Debes convencerla de que la quieres por una buena razón.

—¿Cuál es?

—Sólo existe una razón válida para las mujeres: el amor.

—La palabra clave...

—Así es.

—¿Así es como convenciste a lady Northcliff?

—En realidad, no.

Daniel aguardó a que su amigo dijera cómo. Pero Keiran no volvió a hablar y él respetó su silencio.

—Blake, lady Nancy sabe que conozco el lenguaje de signos.

—¿Cómo has dicho? —Keiran le miraba más ceñudo que nunca.

—Discúlpame.

—¡Te había pedido que no dijeses nada, Wolf!

—Lo siento.

—Coño, Danny, si Eleonor lo supiera, yo me encontraría en una posición incómoda.

—No creo que lady Nancy se lo haya contado o tu mujer ya te lo habría dicho, ¿no te parece?

Keiran se pasó las manos por la cara, admitiendo que el razonamiento de su amigo era correcto.

—¿Cómo ocurrió?

—Blake, te juro que no lo sé. Estaba tan desesperado ante la idea de que ya no me quería, que para llamar su atención... —levantó las manos en señal de resignación— ...empecé a gesticular.

Keiran se le quedó mirando un momento, luego enarcó las cejas y soltó una sonora carcajada..

—¡Eres un idiota enamorado!

—¡No digas gilipolleces! ¡No estoy enamorado de ella! ¡Nunca me he enamorado de una mujer!

—La amas. A mí no me engañas —insistió Keiran que aún reía.

Alguien llamó a la puerta.

—Excelencia —anunció Ramsay desde el umbral—, Mr. Foster dedea veros, pero dice que si estáis ocupado podría pasarse después de la cena.

—No, que pase.

Foster entró y cerró la puerta.

—Lord Northcliff, lord St. James, buenas tardes.

—Foster, siéntate con nosotros. Te escucho.

El hombre se sentó. Sabía que podía hablar libremente incluso delante de lord St. James.

—Quisiera comenzar por el asunto que más me preocupa.

Keiran asintió.

—No tengo una forma delicada de contaros esto...

—Foster —le amonestó el duque.

—Contrabando, y para colmo, desde aquí. —Foster vio que los dos nobles se miraban horrorizados—. Y dado que en alta mar solo está el «Eleonor Grace»...

—Foster, habla claro.

—Mirad, los he visto dos veces. Alguien se está llevando la carga de vuestro barco. No hay otra explicación.

—Oh, Dios mío... —exclamó Daniel.

—¿Cómo sabes que van al «Eleonor Grace»? —le preguntó Keiran muy agitado. Si hubiera estado en presencia de otras personas que no fueran su amigo fraternal y su socio más cercano, no habría dejado entrever ninguna ansiedad.

—No lo sé con seguridad. Pero, ¿a dónde podría ir una pequeña embarcación desde aquí cuando no hay otro barco en la costa?

—A otro barco que se acerca de noche y vuelve a hacerse a la mar acto seguido —respondió Keiran, que buscaba desesperadamente una respuesta.

—Las dos veces la barca salió de la costa después de las dos de la madrugada, lord Northcliff, y un barco tarda muchas horas en abandonar el horizonte. Tal vez me equivoque, pero no creo que pudiera llegar antes del amanecer.

—¡Coño! —Keiran se había levantado y caminaba de un lado a otro, pensando en quién podría haber hecho algo así—. No te equivocas, Foster.

—Si me permitís, hay que actuar con acierto. En resumen, no se trata sólo de descubrir quién de los vuestros os traiciona...

—... sino para quién trabaja —terminó la frase Daniel.

—Así es —sentenció Keiran—. ¿Cuándo sucedió, Foster?

—La noche del 24 y alguna noche antes, pero no recuerdo la fecha.

Keiran se quedó inmóvil, los ojos entrecerrados, absorto en sus pensamientos.

—Mañana preguntaré por los turnos en el barco y ya veremos.

Foster y St. James estuvieron de acuerdo.

—A estas alturas, Foster, ¿crees que las huellas en el bosque podrían ser de los contrabandistas? —se aventuró Daniel.

—Lo dudo, lord St. James. Veréis, las huellas que examiné en el bosque parecen las de gente que ha estado al acecho durante muchas horas, y, por lo que dicen el Moro y Shorty, estaban allí mucho antes de que yo viera a los contrabandistas próximos a la orilla. Además, ¿por qué querrían los contrabandistas disparar a lord Northcliff? En mi opinión son dos asuntos independientes.

Keiran miró a Foster.

—Concuerdo en todo, salvo en tu suposición de que iban a por mí.

—¿Qué? Crees que... no, Blake, no puede ser. —Daniel parecía desconcertado.

Los tres se miraron.

—Lord Northcliff, ¿por qué querrían disparar a vuestra esposa?

—Aún no era mi esposa, Foster, aún no lo era.

St. James y Hugh Foster se miraron con complicidad: ¿quién se beneficiaría de matar a la prometida del duque?

—Vigilaré, lord Northcliff, no temáis.

—¿Estabas en Edimburgo?

—Por supuesto. La seguí.

A St. James no le sorprendió en absoluto que Blake hiciera seguir a su mujer.

—¿Algo más?

—Bueno, no sé si sería de interés una actualización de las visitas nocturnas que cierta señorita sigue haciendo al joven Willie...

Keiran sonrió.

—¿Qué es esa historia? —preguntó Daniel.

—Lady Georgia, Wolf. Foster, actualización diaria, no lo olvides.

—Por supuesto, lord Northcliff —respondió el hombre poniéndose en pie—. Feliz velada.

* * *

Eleonor aguardó pacientemente. Faltaba menos de una hora para la cena y su marido seguía sin aparecer. Había tomado su decisión: volver a ser la chica de siempre, serenamente franca y sincera, original pero convincente, y ablandaría a aquel hombre duro e inquietante hasta convertirlo en gelatina.

Por fin le oyó entrar, con paso tranquilo.

Permaneció sentada ante su escritorio, leyendo el periódico. Oyó que los pasos se detenían. Debió de advertir que ella seguía en bata.

—Aún no estás preparada.

—He pospuesto la cena media hora, intuyendo que llegarías tarde.

Keiran no dijo nada. Se quitó la corbata, la chaqueta y la camisa.

Eleonor se levantó y llamó a Ben tocando la campanilla; luego volvió a sentarse. En cuanto apareció el criado, le pidió agua para el baño del duque.

Keiran esperó en el sillón frente a la chimenea y, ante el asentimiento de Ben, entró en el cuarto de baño.

Eleonor esperó unos minutos y se unió a él.

—Ben, puedes retirarte. Yo ayudaré a su excelencia —dijo con la sonrisa cariñosa de una esposa complaciente—. He de hablarte —le explicó a su marido poniéndose en cuclillas junto a

la bañera. Cogió una esponja y empezó a lavarle los hombros.

—¿Qué pasa?

—Lord St. James, ¿estuvo o no estuvo con lady Georgia?

Keiran se volvió para fulminarla con una mirada amenazadora.

—Te lo preguntó —continuó ella, fingiendo no ver sus ojos—, porque mi prima así lo cree. Como no me gusta verla sufrir, exijo la verdad. Que sepas que si tengo alguna duda de que me mientes, iré a pedírselo al propio marqués para que me lo confirme en persona.

Keiran no reaccionó, mostrando un excelente control. Sumergió la cabeza bajo el agua y luego dijo:

—La toalla.

Eleonor obedeció, viéndole salir de la bañera.

—No vuelvas a dirigirte a mí en el tono que acabas de emplear.

—No entiendo de qué me estás hablando, Key —respondió ella, abriendo de par en par los enormes ojos verdes más inocentes que él jamás hubiese visto.

—Eres peligrosa.

—Ya me lo has dicho muchas veces, cariño... —suspiró ella, sin moverse un ápice.

Al oír la palabra «cariño», Keiran enarcó las cejas.

—Si no lo sabes, no te preocupes: se lo preguntaré a la persona en cuestión —añadió ella. Y se alejó.

—No.

—¿Cómo?

—No hablarás con Wolf de este asunto.

—Por supuesto que hablaré —le respondió ella, molesta, mientras seguía su camino hacia el dormitorio—. No voy a permitir que le haga sufrir a mi querida prima y si es irrespetuoso le echaré de esta...

—No estuvo con lady Georgia.

Eleonor se detuvo sin darse la vuelta.

—¿Y cómo sabes eso?

—Lo sé, y que te baste con eso.

Ella se volvió con una sonrisa extraordinariamente dulce.

—¡Ésta sí que es buena! A mí me podría bastar, pero no a Nan.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ya no confía en lord St. James —balbuceó a propósito, desviando la mirada de un lado a otro para que él no entendiera su estrategia. De hecho, se había enterado por Maggie de que Foster había oído al duque burlarse del marqués por estar demasiado prendado de Nancy. Quería que Key se acercara y esperó a que picara.

—En cambio, debería.

—No sé, tal vez debería aconsejarle que lo olvidara.

—A Daniel le importa mucho tu prima.

—¿Lo afirmas?

—Lo afirmo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo y lo siento, Eleonor.

Ella suspiró vistosamente.

—¡Qué complicaciones! ¡Bah! Ya decidiré con calma qué le diré.

—No. Decide ahora. Le dirás que el marqués no miente y que sabes a ciencia cierta que quiere

desposarla.

—¿Estás seguro?

Keiran no respondió, mirándola con determinación.

—De acuerdo, Key, confío en ti. Le diré lo que me has contado.

Él no se movía. La estudiaba, como si percibiera nuevas sensaciones.

—Estás distinta.

—¿Lo afirmas?

—Sí.

—¿Cómo de distinta?

—Distinta de ayer —respondió él, buscando respuestas en sus ojos—. Igual a cuando te conocí.

Eleonor se sintió complacida con lo que para ella era un cumplido.

—¿Tan bien lo recuerdas?

—Sí.

—¿Te gustaba?

Keiran la miró de arriba a abajo, contemplando su cuerpo bien formado.

—Sí, pero ahora eres más hermosa.

—Mi personalidad.

Él enarcó las cejas, sorprendido.

—Eras mejor antes, cuando te conocí —admitió.

—Bien. También me parece a mí —Eleonor le dio la espalda y entró en el guardarropa.

Keiran hizo lo mismo tras verla alejarse y salió llevando sólo los pantalones puestos.

Se dirigió a su escritorio, de donde sacó unos papeles en los que escribió unas palabras en letras grandes, «doble panel: comprobar», «velas: comprobar». Los colocó sobre el caótico desorden que sólo él parecía comprender.

Se quedó paralizado, traspasado por una vibración inmediata.

Abrió la boca sorprendido : una sacudida le había pillado por sorpresa al tocar la carpeta negra de dibujos. Sacó los papeles de la parte superior, recuperó el aliento y volvió a tocarla.

Apretó los dientes, cerró los ojos y se dirigió al guardarropa de su mujer.

—Has mirado mis dibujos.

Eleonor se quedó de pie con el vestido ocre colgando de sus manos. Se armó de valor y abrió los ojos.

—¡No! —respondió con una expresión indeciblemente ofendida.

—Sí.

—Rechazo enérgicamente tu falsa acusación —continuó, levantando la cabeza con la expresión de alguien que acaba de sufrir un insulto—. Que sepas que me estás dando un gran disgusto y...

—Mientes.

Sus ojos se encontraron: los de ella, culpables, y los de él, preocupados.

Cuando Eleonor comprendió que iba a salir victoriosa de aquel enfrentamiento, soltó de golpe.

—¡Caramba! —exclamó, dando un pisotón en el suelo y tirando el vestido sobre una silla. Puso las manos en las caderas y dijo—: ¡Muy bien! ¡Los he mirado! Pero si sabías que lo había hecho, ¿por qué me lo preguntas?

—La mía no era una pregunta, Eleonor, sino una afirmación.

—¡Maldita sea!

—No lo hagas más. Que no tenga que repetírtelo.

—No puedo prometértelo.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que no puedo...

—Lo he oído. —Keiran parecía exasperado—. No te he pedido una promesa. Te lo estoy ordenando.

—¿Por qué?

—Porque es cosa mía.

—¡Ahí, ahí es donde te equivocas!: también son cosas mías, ya que yo soy el modelo.

Keiran no podía aguantar más.

—Me estás poniendo a prueba, chiquilla. —Se giro, dejándola sola.

Eleonor sonrió satisfecha de sí misma. Se puso rápidamente el vestido y le siguió.

Él se estaba frotando el cabello húmedo con un paño de algodón.

—¿Me abotonarías el vestido, por favor? —le pidió dándole la espalda, mientras se sujetaba la melena a un lado. Ella sintió sus dedos juguetear con los pequeños botones—. ¿Cuándo crees que Roy pedirá permiso a Lord Bath para comprometerse con lady Georgia?

Él se detuvo.

—¿De qué diantres estás hablando, Eleonor? —le inquirió mientras se colocaba frente a ella.

Eleonor casi sintió lástima por él: tal vez estaba yendo demasiado lejos al manipularlo con sus tácticas.

—Eso es lo que sostiene Bath —le respondió, abriendo los brazos de forma ingenua.

—Basta ya. Habla.

—Vale, vale. Se lo ha dicho a Alice.

—¿Qué le ha dicho exactamente?

—Que se esperaba que Roy le pidiera a su hija que se casara con él.

Su marido mantenía las manos en las caderas y recorría con la mirada su rostro, sus hombros, su cuello y luego volvía a subir. Era obvio que estaba concentrado en pensar. Se llevó una mano a la barbilla y se la acarició, haciendo un sonido de roce causado por su barba.

Eleonor extendió la mano y la tocó con curiosidad.

—¿Tienes que afeitarte?

—¿Cómo?

—A mí no me disgusta que lleves una sombra de barba...

—¿De qué estás hablando? Deja de ronronear y dime en cambio cuándo se lo habría dicho.

—No lo sé. Entonces, ¿te afeitarás?

—No.

—¡Vale, vale!

—Porque no tengo tiempo.

—Da igual. ¡Entonces Roy no se va a desposar!

—¿Cómo?

—Te preguntó, ¿Roy se desposa o no?

—¡Por supuesto que no! Y desde luego no con lady Georgia.

—Pareces confundido. Tal vez me he equivocado al decirte esto. Termina de abotonarte. —Y volvió a darle la espalda.

Keiran pensaba de nuevo y, lentamente, deslizó los botones por los ojales.

—Siempre debes contármelo todo, Eleonor, no lo olvides.

—Ya lo sé. Hablaré con Roy y le diré que tenga cuidado: ¡podría encontrarse a esa descarada en su cama para inculparle!

—¡Eleonor Grace Northcliff!

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó ella extendiendo los brazos.

Él le dio la vuelta cogiéndola por los hombros, preguntándose como era posible que aquella chiquilla tuviera tales arrebatos espontáneos sin darse cuenta de su incompetencia.

Ella, su esposa, ¡la duquesa de Northcliff amonestando a su cuñado por una mujer!

Agradeció al cielo que lo hiciera solo con él.

—Ya hablaré yo con Roy, no tú —dijo, pronunciando bien la primera palabra. Y desapareció en su guardarropa.

Eleonor sonrió: ¡esto también estaba hecho! Su estrategia funcionaba. Convincente, exactamente como su padre siempre le decía.

* * *

—Ramsay, ¿ha llegado el médico? —le preguntó en voz baja Eleonor.

—No, excelencia, por desgracia todavía no.

—Gracias.

Empezaba a sentirse angustiada por Shorty y sonreía forzadamente para que los invitados no percibieran su preocupación, pero se sentía muy incómoda allí sentada, comiendo suculentos manjares, luciendo un elegante vestido, mientras el desdichado se hallaba en peligro de muerte.

Levantó la vista y se encontró con los ojos azules de Keiran.

«¡Maldita mirada inquisitiva! Parece leer mis pensamientos...».

Le sonrió a su marido y participó en la conversación entre el marqués de Wiltshire y su tía Martha, luciendo una máscara de apacible serenidad.

Pero al duque de Northcliff difícilmente se le podía engañar, y si bien era cierto que se confundía cada vez que tocaba a su esposa al no percibir correctamente las sensaciones, no era menos cierto que a distancia y sin contacto físico lo hacía bastante bien. Y en aquel momento estaba seguro de que Eleonor se sentía incómoda por algo y estaba fingiendo muy bien para ocultarlo.

—¿Ramsay? ¿El doctor?

—Como acabo de decirle a su excelencia, nada todavía.

—¿La duquesa ha preguntado por la llegada del doctor, Ramsay?

—Sí, lord Northcliff. De hecho, en más de una ocasión.

Keiran asintió con la cabeza y continuó comiendo.

—Disculpad, excelencia, tal vez queráis que os informe sobre el estado de las vías.

El duque dejó su tenedor y prestó toda su atención al leal mayordomo.

—Habla, Ramsay.

—Está nevando tanto que las carreteras son intransitables. No creo que el médico pueda llegar a Shell Bay Manor.

Keiran lo miraba resignado, sabiendo que Shorty tendría ahora sólo una remota posibilidad de salvación.

—Lo comprendo. Gracias, Ramsay.

La cena terminó y Ramsay se presentó de nuevo al duque mientras tomaba unos licores con los demás hombres.

—Os ruego me disculpéis, lord Northcliff. Se confirma que las carreteras están intransitables.

Keiran se levantó.

—Vámonos, Ramsay. Disculpadme, pero un asunto urgente requiere mi presencia. Buenas noches a todos.

En el salón, Eleonor atendía educadamente a las damas invitadas, y ninguna de ellas habría

percibido la inquietud en las miradas que lanzaba cada poco a Ramsay y a Mrs. Brodie.

Ésta se acercó, mientras tía Martha tocaba el piano con Nancy.

—Lady Northcliff, el médico no podrá llegar al castillo: las carreteras están cortadas por la nieve.

—Dios mío... —murmuró Eleonor mientras miraba la cara del ama de llaves—. Tengo que hacer algo, Mrs. Brodie.

La otra asintió.

—Os acompaño.

—Me vais a perdonar, pero un asunto bastante urgente me obliga a despedirme en este momento. Buenas noches. —declaró formalmente al grupo de mujeres sentadas. Luego, inclinándose ligeramente sobre lady Bridget Northcliff, le confesó—: He de ayudar a Shorty.

La anciana dama lo aprobó sin preguntar nada. Cualquier explicación tendría su explicación sin la presencia de los invitados.

—Os lo ruego, saludad de mi parte a tía Martha y a Nancy, y explicadles lo que está pasando.

—Me ocuparé de ello, querida. ¿Estás segura de que sabes...?

—No temáis: lo he hecho en muchas ocasiones.

—A Kein no le va a agradar nada.

—Lo sé.

Las dos mujeres se miraron se miraron con comprensión.

* * *

—Estaría encantado de acompañaros a la biblioteca, lady Nancy, para mostraros a los antepasados de los MacKendrick —le dijo el marqués de Saint James con semblante serio.

Nancy le miró los labios, tratando de convencerse de que debía darle otra oportunidad, tal y como Eleonor le había pedido.

—Os lo ruego.

Ella asintió y Daniel se dirigió hacia lady Hereford, a quien pidió permiso para marcharse con su hija. Luego hizo un gesto a la muchacha para que le precediera.

Entraron en la biblioteca, donde el frío hizo temblar a Nancy.

Daniel se quitó la chaqueta y, a pesar de los gestos de negación de la muchacha, se la colocó sobre los hombros.

Nancy sintió el calor de su cuerpo, atrapado en la prenda que olía a él. Le vio llamar a Ramsay y ordenarle que trajera un grueso chal. Luego se paró frente a ella.

—Quiero hablaros de lo que pasó con lady Georgia —dijo, articulando bien las palabras—. ¿Preferís que hable o que emplee signos?

Nancy le miraba temerosa de lo que pudiera oír.

—*Ambas cosas*. —Le gustaba mirar sus labios mientras se movían por ella.

Ramsay le entregó el chal y Daniel se lo colocó sobre los hombros. Se volvió a poner la chaqueta y la invitó a acercarse a la chimenea, que estaba situada exactamente en el centro de la enorme estancia y abierta por todos lados, con un conducto de humo que descendía desde lo alto. Había sido diseñada por el Duque y emitía mucho calor con poca leña. Las estanterías estaban, obviamente, muy distantes para evitar el riesgo de alguna chispa y estaban protegidas con puertas de cristal.

Se sentaron en unas sillas.

—*Lady Georgia vino a mí esa noche* —empezó utilizando también signos—. *Ella me había insinuado explícitamente que le gustaría mi compañía. Y no me negué. Pero tampoco acepté. Lo juro*.

—*¿Por qué no os negasteis?*

Daniel suspiró, apretó los labios y cerró con fuerza los dientes.

No sabía lo explícito que debía de ser con aquella muchacha, pero decidió que si ella no comprendía el fuerte deseo que a veces embarga a los varones, se lo explicaría: la idea de que ella lo supiera por otro le resultaba intolerable.

Sin embargo, no le confiaría su miedo a sentir algo por ella, un miedo que casi lo había llevado deliberadamente a los brazos de lady Georgia.

—Porque pienso constantemente en vos. Y eso me ha llevado a desear desmesuradamente... teneros. Quiero decir físicamente. — Esperó a ver su reacción.

Nancy frunció el ceño, como si no entendiera.

—¿Entendéis lo que quiero decir?

Ella asintió.

—Estaba tan exasperado que...

—*Pretendíais encontrar placer con lady Georgia, ya que no podíais obtenerlo de mí.*

Daniel se quedó boquiabierto, bastante sorprendido.

—*¿Estuvisteis o no con ella?*

—No.

—*¿Por qué?*

—Me repugnaba la idea de... tenerla a ella y no a vos.

—*Entonces, elegisteis a otra*.

—¡No!

—*Lady Georgia vio a otra*.

—¡No vio nada! Se quedó en el umbral porque yo le obstruía deliberadamente el paso y tuve que decirle que había otra persona allí para convencerla de que no era bienvenida. ¡Juro que fue así! —Usaba las manos para reforzar las palabras que pronunciaba, y nunca en su vida como en ese momento se había sentido tan ansioso de ser creído.

Nancy fijó sus ojos dorados en los de él durante unos segundos, luego inclinó la cabeza, pensativa. Le creía.

Pero ahora, al haberse alejado de él, comenzaba a convencerse de que sería mejor un hombre pacífico, inactivo y tal vez incluso pasivo, alguien que no conociera tanto a las mujeres. No quería sufrir por su causa.

Lo miró con los ojos humedecidos, porque la decisión de rechazarlo era difícil de tomar: lo amaba demasiado.

—*Os creo. Sin embargo...* —vaciló, tragando saliva para no llorar—, *creo que no soy la mujer adecuada para vos. Necesitáis una mujer más extrovertida, exuberante y dispuesta a aceptar vuestras distracciones.*

Daniel tardó un segundo en reaccionar.

—¡No! —Se levantó, derribando la silla. Comenzó a caminar, pasándose los dedos por el cabello—. No. No me dejaréis así, Nancy. No os lo permitiré —dijo mirándola con determinación—. Si ahora no me creéis, aprenderéis a hacerlo cuando nos desposemos.

—*¿Nos desposemos? Pero yo no quiero. Siento afecto por vos, pero... nada más*.

Daniel estudió sus ojos grises. Se arrodilló y le cogió la barbilla entre los dedos. Luego levantó la comisura de los labios en una sonrisa muy persuasiva y dijo:

—Mentirosa, me amáis.

Nancy intentó permanecer impasible ante su atractiva expresión, tanto que aguanto la respiración.

—*No niego que siento... algo por vos, pero rechazo vuestra propuesta de matrimonio*.

Él siguió mirándola.

—No. Aunque tenga que obligaros. —Se dirigió a la puerta, la cerró y con una sonrisa maliciosa volvió a ella—. Decidme que me amáis.

Nancy se levantó de su silla aterrorizada y meneando la cabeza, miró hacia la puerta.

—¡Decidlo! —le ordenó él con un tono imperativo que la hizo estremecerse sin siquiera oírle. Parecía enloquecido, fuera de sí, mientras avanzaba amenazador hacia ella.

—*¡Os amo!* —explotó, dando un pisotón en el suelo —. *¡Pero nunca me casaré con vos!*

—Lo haréis —dijo quitándose la chaqueta—. Porque después de haber estado aquí mucho tiempo, sólo podréis consideraros comprometida. —Se desanudó rápidamente la corbata y la tiró sobre una silla, avanzando lentamente—. Además, ahora haremos lo que hacen los recién casados en su noche de bodas.

Nancy retrocedía, con los ojos grises completamente abiertos por el pavor. Notó su bronceado bajo el cuello, imaginándoselo desnudo. Empezaron a caerle lágrimas y miró al hombre que amaba sin reconocerlo: parecía agotado, desconcertado; se dio cuenta de que parte de la culpa era suya, por no querer aceptar la idea de que, después de todo, tal vez sería un buen marido. Golpeó algo detrás de ella, encontrándose pegada a una estantería.

Ahora él estaba frente a ella, diferente, tan cercano que podía olerlo. Con labios temblorosos y las manos abiertas sobre las hojas de las puertas detrás de ella, dijo:

—*Así no... os lo suplico, no debe ser así... la primera vez...*

Daniel se detuvo de repente. ¿Qué estaba haciendo? Vio a la muchacha aterrorizada, con los ojos anegados de lágrimas silenciosas, las manos agarradas convulsivamente al mueble y el pecho agitado. Inclinó la cabeza y se cubrió la cara con las manos en un movimiento de desesperación.

Aquel gesto hizo que Nancy redescubriera al hombre tierno que había conocido. Alargó tímidamente la mano y le tocó el brazo.

Daniel la miró con asombro.

—Perdóname, Nancy... —murmuró. Tomándola del brazo, la atrajo hacia él—. Pero, ¿qué demonios estoy haciendo? Lo siento, pequeña.

Pero Nancy no le oía. Había reclinado la cabeza para mirarlo.

—Te estoy pidiendo disculpas, pequeña. No sé lo que... —Daniel volvió a pensar en su comportamiento y en la desesperación que le había impulsado—. Te necesito. Cásate conmigo, Nancy, te lo suplico.

Su fragilidad conmovió a Nancy, que en un gesto espontáneo le besó tiernamente en los labios.

—*Tengo miedo, Danny, mucho miedo*.

—¿De qué?

—*De sufrir*.

—¿Sufrirías menos si no te casaras conmigo?

Para Nancy la respuesta era obvia, pero no tuvo tiempo de expresarse, porque Daniel habló de nuevo.

—Nancy, me moriría.

—*¿Por qué, Danny, por qué? No soy tan especial y tú has tenido...*

—Porque te quiero más de lo que puedas imaginar. —Se inclinó para besarla impetuosamente, casi como si quisiera apoderarse de su alma. La abrazó con fuerza y deslizó la lengua en su suave boca, moviéndola dulcemente—. Oh Dios, no sabes cuánto...

—*¡Dímelo! ¡Puedo sentir que me amas! ¡Dímelo!*

Daniel la miró atónito y comprendió que ella tenía razón.

¿Dónde estaba el hombre encantador y persuasivo al que las mujeres no podían decir que no? ¿El amante libertino de todas, ajeno a sentimientos profundos?

—Te amo —dijo con ímpetu, como si un gran peso hubiera caído de sus hombros—. Oh Dios mío... te amo, Nancy.

—*¿Cuándo nos desposamos?* —preguntó ella sonriendo y llorando.

* * *

—Podríamos avisar a Lorna Wood. Ella no es médico, pero tal vez ella pueda ayudarle —le sugirió Ramsay al duque mientras miraba al enfermo desde fuera.

Dentro, unos cuantos marineros se habían agolpado y la reducida habitación parecía aún más pequeña.

—O a las mujeres de la familia de Pitch...

Keiran ya sabía cómo acabaría aquella historia y la idea de pedirle a su mujer que tratara a Shorty no le gustaba nada.

—Habría otra solución... —dijo Agatha, que había estado escuchando hasta entonces.

Keiran la miró, presintiendo lo que propondría. Sabía que la querida ama de llaves insistiría en que Eleonor interviniera, y decidió mantenerse firme como el duro y curtido duque que era, para que su esposa se diera cuenta de que sus estrategias no funcionaban con él; entonces cedería sabiamente a las súplicas de Agatha, ya que no escatimaría esfuerzos con el pobre Shorty.

—Vuestra esposa... —lo intentó la mujer.

—De ninguna de las maneras.

Ramsay se apartó en cuanto vio el imperceptible gesto de Agatha.

—Al menos para su opinión. Luego lo trataremos nosotros.

—Esa chiquilla no sería capaz de opinar sin intervenir en persona. —En el mismo instante en que pronunciaba la última palabra, Keiran sintió la presencia de Eleonor y se volvió.

Estaba allí, quién sabe desde cuándo, y tenía una expresión que indicaba que estaba preparada para la batalla; lucía un vestido gastado y viejo, lo que le dio la medida de lo comprometida que estaba en atender al moribundo.

—No te he dado permiso para venir.

—Y de hecho no te lo he pedido.

Él se acercó a ella.

—Cuidado con lo que dices, Eleonor. Podría perder los estribos aquí mismo, delante de todos.

—No lo creo. A menos que quiera ser juzgado mal. Sabes muy bien que soy la única que puede ayudarle.

Agatha apenas tocó el brazo del duque y él la miró.

—Si tuviera que morir, te consumirías de remordimientos, querido —le susurró lentamente la mujer.

Él suspiró.

—De acuerdo, Eleonor, haz lo que debas.

—Gracias a Dios... Mrs. Brodie, ¿me ayudáis vos o tenéis a alguien eficiente que enviarme? Basta que no se desmaye al ver la sangre.

—Si su excelencia lo consiente, podríamos pedírselo a Wanjala. Está bastante habituado a estas cosas —explicó Agatha.

—¡Pitch! —tronó la voz del duque.

El hombre, alto y negrísimo, se acercó sin proferir palabra.

—Ayudarás a la duquesa a curar a Shorty.

Asintió y aguardó órdenes de la hermosa mujer blanca.

Eleonor le miró y ordenó:

—Agua muy caliente y trapos limpios. —Luego entró en la habitación sin demora—. Demasiado calor. Demasiada gente. ¿Podemos trasladarlo a una habitación más grande?

—¡Ramsay! —tronó de nuevo el duque.

—Yo me encargo —respondió el mayordomo que ya había desaparecido para preparar otra habitación.

—Ben, lo llevamos nosotros —ordenó Keiran.

Eleonor siguió a Ramsay a la nueva habitación y, en cuanto se instaló Shorty, fue a recoger sus cosas: después de lavarse y secarse las manos, abrió su bolsa y colocó sus herramientas sobre un paño limpio encima de una mesa de madera oscura.

Cuando se dio la vuelta, vio una multitud, formada por criados y algunos marineros, agolpada junto a las paredes. Frunció el ceño.

—Todos fuera salvo el duque, Agatha, Pitch y Ben.

Los marineros, sorprendidos por tal determinación, miraron a su capitán Blake y, ante su imperceptible asentimiento, obedecieron.

Eleonor se acercó a la cama.

—¿Shorty? ¿Estáis despierto?

—Sí... —le contestó el marinero, jadeando ligeramente por la elevada fiebre.

Ella levantó la venda que cubría la herida y meneó la cabeza.

Del corte, irregular porque no había sido bien cosido, goteaba un líquido amarillento y sangre, a su alrededor la carne estaba inflamada y enrojecida; la hinchazón daba idea de que estaba a punto de estallar. Apenas tocó la zona alrededor de la herida, Shorty se estremeció.

—Key.

Él se acercó.

—Tengo que abrir, limpiar por dentro, cortar el tejido dañado y suturar. Será doloroso. Usaré un gas anestésico.

—¿Y no bastaría con un buen trago de whisky?

Eleonor le miró fijamente.

—No lo creo, Key —respondió ella, que ya estaba preparando el frasquito que le había dado el doctor Phillips.

—¿Qué es? —preguntó Keiran, tratando de leer la pequeña leyenda pegada al cristal de la botellita.

—Un gas a base de nitrógeno. —Ella se percató de que Keiran estaba preocupado por lo que le parecía una novedad—. Le calmará la sensación de miedo y agitación, le relajará y le ayudará a soportar el dolor.

—Pero lo sentirá de todos modos.

—Sí, pero de manera menos consciente.

—Le sujetaré la pierna e intentaré hacer lo que pueda con las manos.

Eleonor asintió y se acercó al paciente.

—Respirad esto.

El herido obedeció.

—Tiene un olor extraño.

—Mrs. Brodie, tened el frasquito a mano. Key, el bisturí.

—¿Éste?

—Sí.

—Milady, ¿no me dais whisky?

—Claro, Shorty, si os gusta.

Alguien trajo un vaso y se lo ofreció al hombre en la boca.

Ella hizo una seña a Keiran y Ben, que mantenían inmóvil la pierna, mientras Pitch sujetaba el torso; empezó a cortar y el líquido purulento, junto con la sangre, salía copiosamente.

Shorty gimió.

—Eh, ¿vos? ¿Podéis aguantar la visión de la sangre? —le preguntó Eleonor a un hombre alto y moreno que miraba desde la puerta.

—¡Sí señora!

—Entonces venid aquí. Lavaos las manos ahí dentro y ayudadme.

El Moro obedeció.

—Levantad la pierna y poned más paños debajo. Bien. Ahora esperad. Saldrán mucho pus y sangre y vos lo limpiaréis. —Eleonor cortó poco a poco, presionando a los lados de la herida para dejarla drenar.

Shorty volvió a gemir.

—¿Por qué os llaman Shorty? —le preguntó en un intento de distraerlo.

—Soy bajo... —rio él—, pero soy fuerte como un toro... y mis mujeres lo saben.

A ese comentario, Keiran abrió los ojos, distraído por comprobar la reacción de Eleonor a esas palabras; el pobre hombre, inmovilizado, emitió un lamento, devolviendo a Keiran inmediatamente a su concentración.

—No me cabe duda, Shorty —respondió ella sin inmutarse y cortando de nuevo—, o no seríais capaz de aguantar tanto tiempo.

—Sí, sí... así de simple.

—Pero, ¿cómo os llamáis? ¿Cuál es vuestro verdadero nombre?

—Efisio.

—Efe... ¿cómo habéis dicho? —Eleonor se dio cuenta de que su marido había apartado las manos para acomodarlas mejor, a fin de mantener bien sujeto al hombre.

—¡Efisio! ¡Hostia... me duele muchísimo! —chilló el infeliz.

Keiran miró a su mujer, preocupado por verla reaccionar ante tanta vulgaridad, pero ella ni se inmutó.

—Mrs. Brodie, poned el frasquito abierto en su nariz, así, usad el paño como yo lo he hecho, bien, eso es. —Eleonor aguardó unos segundos—. Quedáoslo —le ordenó luego en voz baja y con hábiles movimientos de los dedos cortó con rapidez—. Agua caliente —le pidió. Lo lavó todo bien, asegurándose de que ni quedasen astillas o fragmentos—. ¿Cómo se lo hizo? —preguntó, al notar algo clavado en la carne sangrante.

—Tronco de madera —le explicó el Moro, notando enseguida la mirada entornada del capitán: tal vez no desease que su mujer se enterara de la paliza que había recibido.

—Key, lupa y pinzas, deprisa o la sangre no me dejará ver.

Él cumplió sus órdenes, agachándose para observar lo que Eleonor iba a retirar.

—¡Aquí está! —exclamó con una sonrisa victoriosa, sacando una astilla de madera grande y afilada, dejando a todos asombrados.

Keiran observaba a su mujer, como si la viera por primera vez, asombrado de su habilidad.

Ella, asegurándose de que no quedaba nada, lavó una vez más.

—Ahora tengo que cortar estos pliegues rasgados, sostenedlo. Agatha, un poco más, ya es suficiente. —Empezó a cortar con precisión los bordes deshilachados de la herida, obligando al

Moro a apartar la mirada—. ¡No os desmayéis, por el amor de Dios! —murmuró ella.

Aquellas palabras dieron al marinero musulmán la fuerza necesaria para resistir aquella horripilante visión de carne cortada como si fuera mantequilla.

Cuando Eleonor terminó, se incorporó un momento e intentó limpiarse la frente con el brazo.

Keiran se sacó la camisa de los pantalones y le limpió la cara.

—Gracias... ahora aguja, la grande, por favor. E hilo. —Empezó a coser, mientras el pobre Shorty estaba cada vez más consciente.

—Lady Northcliff, ¿más gas?

—No, Agatha, whisky. Efisio ¿aguantaréis, verdad?

—Sí señora...

Keiran tomó aliento y puso sus manos sobre la pierna.

—Contadme, ¿de dónde sois?

—No creo que conozcáis mi isla.

—¿Una isla? ¿Dónde? —Eleonor lo distraía, pero procedía con rapidez y pericia a suturar la carne, con puntadas ajustadas, pequeñas e iguales.

—En Italia, se llama Cerdeña.

—En efecto, no la conozco. ¿Hace calor?

—Sí, en verano hace mucho calor.

Eleonor dejó abierto un orificio lateral para permitir que la herida drenara. Lo cubrió todo con una generosa dosis de ungüento de la planta de Homa y Asabi, y luego lo cerró con vendas limpias.

—¿Quién se queda con él?

—Yo —se adelantó el Moro.

—Dentro de dos horas lo curaréis como lo he hecho yo.

—De acuerdo.

—También le haréis ingerir la bebida que le habré preparado. Pequeños sorbos cada poco. Mrs. Brodie, esto habrá que ordenar...

—Se encargará Agatha, Eleonor —dijo Keiran con determinación, empujándola hacia la palangana que acababa de llenarse de agua limpia.

Ella se lavaba y continuaba dando instrucciones.

—Y otra cosa: no más de dos personas a la vez en la habitación. —pidió ella en voz alta a los que habían observado desde fuera.

—Volveré más tarde para comprobar si ha remitido la fiebre. Pero si algo, cualquier cosa, va mal, se me informará de inmediato. —Guardó su instrumental lavado en la bolsa que Keiran le quitó de las manos—. Agatha, haz que cambien el aire a menudo. Basta con abrir la ventana un poco...

—Estad tranquila, lady Northcliff, también daré instrucciones para eso.

—Tomad esto. Es albahaca morada —dijo Eleonor, entregándole una bolsita que desprendía un intenso perfume—. Hervidla toda en una olla y coladla. Es lo que Shorty tendrá que beber.

El duque y la duquesa salieron entre dos filas de gente que los observaba. Pero el mayor interés estaba en Eleonor, y Keiran podía sentirlo.

La tomó bajo el brazo, deseándoles las buenas noches. Estaba cansadísimo, pues el contacto con el enfermo le había consumido toda su energía. Sintió que Eleonor también estaba agotada y, al recordar lo que le había visto hacer aquella noche, se dio cuenta de que sentía un profundo aprecio por sus habilidades y por la forma generosa en que siempre las ofrecía en beneficio de los demás. Eso es lo que hacían los médicos, pero ella no lo era y no sacaba provecho alguno de

ello.

—Ben.

—¿Excelencia? —Ben y Hettie ya estaban preparados en el saloncito del dormitorio.

—Preparad el baño para la duquesa y unos cuantos cubos más de agua para mí.

Los dos se ocuparon al instante, mientras el duque y la duquesa se sentaban junto al fuego.

—No sé si se salvará —añadió Eleonor, mirando los ojos azules que la estudiaban. Temía decírselo para no disgustarle.

—Lo sé.

—Lady Northcliff, el baño está listo —dijo Hettie respetuosamente.

—Gracias, Hettie.

—Podéis iros. Yo ayudaré a la duquesa —ordenó Keiran.

Los dos sirvientes se despidieron educadamente, dejando al duque y a la duquesa inmóviles y pensativos.

—Conozco a mi ama: se habría quedado encantada con el enfermo porque no soporta no poder vigilarlo todo el tiempo —le susurró Hettie a Ben mientras éste cerraba la puerta.

Keiran hizo un gesto a Eleonor para que le siguiera al guardarropa. Desabrochó el vestido manchado de sangre y Eleonor lo dejó en el suelo, en un rincón. Mientras ella desataba lentamente las cintas de lino, él se desnudó en su guardarropa.

Cuando se dirigió al cuarto de baño, su mujer ya estaba dentro de la bañera. Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza, para no mojárselo, y el nivel del agua no alcanzaba para cubrir por completo los pechos. Una punzada le atravesó entre las piernas.

Eleonor se percató de él e instintivamente se llevó los brazos al pecho.

—Ya te he visto antes, Lio. No te cubras.

Pero ella no apartó las manos.

Keiran añadió agua. Luego se quitó los pantalones y metió una pierna en la bañera grande.

—¿Qué haces? —le preguntó Eleonor, preocupada. Temía el momento de intimidad. Estaba cansada y, sobre todo, estaba convencida de que no tenía la cabeza para intentarlo aquella misma noche. Sin embargo, el cuerpo masculino de su marido la intrigaba.

—No te tocaré, tranquila.

—No me refería a...

—Y si lo hiciera, sé muy bien que te gustaría. —Keiran se estiró, relajó las piernas alrededor de las de ella, apoyó cómodamente la espalda y la observó.

Eleonor se dio cuenta de que tenía pocas opciones: quedarse quieta o superar su vergüenza y lavarse.

Keiran extendió la mano y le entregó el jaboncillo de rosas.

Ella empezó a pasárselo lentamente, tratando de ignorar su mirada.

—Debería haberte pedido que ayudaras a Shorty esta mañana —susurró con cierto arrepentimiento.

Eleonor le miró atónita ante aquella afirmación, que parecía una admisión de culpabilidad. Sintió lástima por él, por la impaciencia que probablemente sentía ante la inminente incertidumbre sobre la vida de su marinero. Decidió que lo salvaría a toda costa, para evitar que Key sufriera.

—Lo salvaré, te lo juro.

Él había interceptado sus generosas conclusiones y esto le dio la confirmación de que esta mujer realmente se preocupaba por él.

—Si las cosas salen mal, mi ausencia no supondrá una carga para ti. No lo permitiría.

—No saldrá mal. No soporto la idea de que te sientas culpable el resto de tu vida. Lo salvaré —declaró en voz baja.

Nunca nadie había hecho eso por él. Normalmente era al revés: era él quien asumía responsabilidades extra para dispensárselas a los demás.

—Tú eres... — Se detuvo. Rara vez se quedaba sin palabras.

—¿Prepotente, descarada, irreverente, distinta?

—Sí... bueno, no. Quiero decir... —Keiran suspiró, pasándose una mano por el cabello y dejándola reposar allí. Se mordió el labio inferior, mostrando un atisbo de sí mismo que sólo Daniel había visto—. Eres extraordinaria —admitió en un momento que él mismo definía de debilidad.

—¿De veras? —le preguntó Eleonor estupefacta.

—No me obligues a repetírtelo de nuevo, chiquilla.

Ella sonrió y, volviendo a lavarse, dijo:

—Yo también lo creo. Sólo que no sé cuándo...

Él sacudió la cabeza. Se enjabonó por completo, incluida la cabeza, y se sumergió para enjuagarse, con gestos rápidos. Estaba cansado y no veía la hora de dormir.

—Vamos a la cama —dijo, incorporándose y saliendo de la bañera.

Eleonor lo examinó detenidamente..

—¿Qué pasa? —le preguntó, mirándola a los ojos—. ¿Puedo cubrirme ya con la toallita? ¿O quieres seguir mirando? — le preguntó divertido por su mirada curiosa. Luego abrió una toalla para ella y la envolvió—. Sécate y acuéstate, Eleonor.

La habitación estaba iluminada por las llamas amarillas del fuego.

Keiran ya estaba tumbado.

—Quítate el camisón.

Tras un instante de indecisión, obedeció, avergonzada de nuevo y agitada ante la idea de tener que estar con él. Pero lo aceptaría todo, porque era su deber.

—Siento tu mente, Eleonor. No voy a hacer nada contigo esta noche.

Ella no lo comprendió, pero se echó hacia atrás, manteniéndose apartada.

Keiran levantó la manta y susurró:

—Ven aquí, chiquilla. —Le entraban ganas de reírse por su reticencia—. Ponte a mi lado —insistió él, dando golpecitos con la mano en el colchón.

Eleonor obedeció, temiendo el instante en que sus cuerpos se rozaran.

Fue como una descarga intensa y placentera, sentir la cálida mano de Keiran en su vientre la hizo estremecerse.

La atrajo hacia él.

—Date la vuelta, cariño. Y deja de preocuparte tanto.

Ella le dio la espalda. Sintió que el cuerpo masculino se acercaba y tocaba totalmente el suyo. La sensación era maravillosa.

—¿Estás bien?

—Sí...

—Te gusta. Lo sé.

Ella no tuvo el valor de decir nada.

—Ahora relájate y duerme —le susurró él, pasando su mano por debajo de la de ella y colocándola sobre su vientre. Decidido a no excitarse, obviamente erró en su intención. Cerró los ojos y empezó a pensar en el barco, los marineros, el mecanismo que estaba inventando para traer agua del lago...

Ella sintió su excitación, pero permaneció inmóvil, primero recelosa, luego curiosa, por último resignada. Dejó que sus pensamientos la alejaran de la realidad, hasta que el sueño ocupó el lugar de la vigilia y se quedó dormida.

Keiran había decidido dejarla saborear la dulzura de dormir desnudos el uno en brazos del otro. Y lo había conseguido. Ahora ella desearía volver a hacerlo y tal vez entonces anhelaría algo más.

* * *

El agua le oprimía. Todo a su alrededor estaba como borroso. Se dio cuenta de que era la arena levantada por las olas la que enturbiaba el mar. Sus pulmones ya no podían más, pero él sí. Tenía que encontrar a Axel en medio de aquel infierno líquido. Sintió que el agua penetraba en su nariz de manera implacable y el frenesí provocado por el pánico le hizo abrir la boca de par en par.

De repente estaba sentado en la cama, con los ojos abiertos. Contuvo su jadeo todo lo que pudo, para no despertar a Eleonor. Se levantó y fue al baño. Se enjuagó la cara con agua fría de una palangana y se miró en el espejo. Apartó la mirada, odiándose por no haber sido capaz de sacar a su hermano del inestable fondo que lo había devorado. Se volvió a la cama.

—¿Estás bien?

Keiran se sobresaltó y se volvió para mirar a Eleonor. Las sombras eran muy oscuras porque las llamas de la chimenea se habían apagado.

—Te he despertado.

—Has chillado.

Él no se había dado cuenta.

—Duérmete.

—Me gustaría que me lo contaras. Estoy cansada de escuchar historias sobre tu sueño en la cocina.

—Mañana tal vez. Ahora duerme.

—No —dijo ella mientras se sentaba—, debo ir a ver a tu marinero...

—Quieta. Iré yo —replicó, empujándola suavemente hacia abajo con una mano. Se levantó, se puso la bata y salió.

Eleonor colocó dos pedazos de madera sobre las brasas y esperó a que la llama prendiera. Miró el reloj en la repisa: eran las tres de la mañana. Se acurrucó en el sillón, cubriéndose con la manta de piel de la cama, y esperó.

Cuando Keiran regresó, la miró, perplejo.

—¿Qué haces levantada? Acuéstate.

—Te esperaba —le explicó, metiéndose de nuevo bajo las mantas—. ¿Qué tal está?

—Todavía tiene fiebre, pero no está ardiendo y duerme plácidamente.

—Bueno, ya veremos. Si puede hacerlo otras doce horas, entonces me quedaré más tranquila. Su amigo, no conozco el nombre...

—El Moro.

—¿El que le dice a Caroline que hay sombras oscuras en el bosque?

—Justo ése.

—Tendré que decirle que se guarde ciertos miedos para sí. Caroline estaba realmente asustada.

—Ya está hecho.

—¡Bien! Entonces, te decía... ¿el Moro le ha curado la herida?

—Sí. Ahora duérmete.

Eleonor se armó de valor y se acercó a él, dándole la espalda.

—¿Key?

—¿Sí?

—¿Me abrazas como antes?

Él sonrió en la oscuridad y se acercó más, hasta que sus cuerpos se unieron el uno al otro.

—¡Gracias!

Pasó un minuto.

—¿Key?

—¿Sí?

—¿Me cuentas el sueño?

—No me gusta hablar de él, Eleonor, y nadie me lo pide nunca.

—Yo sí —murmuró ella, acariciando el brazo que la rodeaba—. Solo una vez, Key. Para entenderlo.

—El sueño se confunde con la realidad vivida, Eleonor.

—¿Es sobre tu hermano?

—Sí.

—Entonces es verdad lo que se dice. Se ahogó.

—Sí.

—¿Y tú estabas allí? —Eleonor sintió que sus manos se tensaban.

—Sí, yo estaba allí.

—¿Y también Roy?

—Sí, también él.

—¿Es verdad que estaban en el agua mientras tú trabajabas con Wilson?

—Sí.

—¿Qué pasó, Key?

Silencio.

—No lo sé —dijo en voz baja Keiran—. Aún puedo oír a Roy pidiendo ayuda. —guardó silencio un instante—. Axel... no estaba. Ya estaba abajo.

Eleonor consideró el hecho de que nadie le hubiera mencionado nunca el nombre del joven muerto, Axel.

—Me lancé al agua. Roy intentaba ayudar a Axel cada vez que salía a la superficie. Vuelvo a ver su cara deformada por el dolor, no sé por qué, tal vez se sintiera mal. —Keiran guardó silencio de nuevo y ella decidió callar, dejar que él dirigiera la conversación—. Pero él arrastró también a Roy, en un intento desesperado por aferrarse a algo. Conseguí agarrar a Roy, que ya estaba sin aire, y lo llevé a la orilla. Volví al agua. Pero ya era demasiado tarde.

—¿No lo encontraste? —preguntó Eleonor asombrada.

—Sí, después de mucho... de demasiado tiempo.

—Dios mío...

Keiran no dijo más. Y ella tampoco preguntó más.

Eleonor repasó el relato, imaginando la desesperación de Key mientras buscaba a su hermano en el agua, y lloró.

Él la mantenía sujeta, sintiendo su emoción.

Eleonor giró la cabeza y le abrazó, queriendo que supiera cuánto lo sentía y cuánto le quería. Colocó la cara entre su barbilla y su cuello y lo rodeó con los brazos, acurrucándose cómodamente.

Keiran la abrazó, sintiendo una fuerte atracción por aquella criatura que a lo largo de los años había ido ocupando cada vez más espacio en su mente y, muy a su pesar, en su corazón.

—Lo siento —suspiró lentamente—. Sé que no me creerás, pero te amo mucho —dijo un

instante antes de dormirse.

Él contuvo la respiración. Percibía el sentimiento de su mujer en aquel contacto físico y fingir que no lo sentía habría sido indecoroso y deshonroso para él.

Nunca había ocurrido que de una mujer, una de sus muchas mujeres, entre amantes, conocidas y pretendientes, hubiera sentido algo más allá de la estima, el deseo físico y la ambición económica y social.

La sujetó con fuerza, como para preservarla de su propio ímpetu y, hundiendo la cara en su melena, olió el aroma de las rosas mezclado, posiblemente, con canela.

Cerró los ojos y sólo encontró la paz en el instante en que aceptó por fin el nombre del sentimiento que ella le proporcionaba incondicionalmente: amor.

CAPÍTULO 10

27 de diciembre de 1811

—Si tenéis intención de partir tan pronto, ¿no es hora de que el «Eleonor Grace» marche a Londres? —preguntó Bath, mirando seriamente al duque.

Keiran indicó al conde que se sentara en la silla frente a él. Estaban en su estudio y lord Bath había pasado por allí después de tomar el té con las damas en el saloncito rosa.

—Quería aguardar a que mi marinero estuviera mejor. Pero me he dado cuenta de que esperar más comprometería mi expedición. De hecho — continuó, señalando la ventana desde la que se veía el mar. —, el «Eleonor Grace» ha zarpado esta mañana.

Bath asintió con satisfacción.

Keiran tenía la intención de ir a Londres para llevar a cabo el plan que había hecho con Daniel, pero habría ido allí por mar, con el «Eleonor Grace»: Bath no habría sospechado que el barco sólo se había alejado, un largo trecho, de la costa.

Habría enviado uno de los carruajes ducales por tierra para despistar a cualquier fisgón.

—Tampoco creo que pueda acompañaros esta vez, Northcliff. Mi esposa, la condesa, insiste en pasar otro mes con su hermana en casa de lord Oxfuird. He intentado librarme proponiéndole quedarme aquí, ya sabes cuánto le gusta ser vuestra invitada. ¡Pero no hay manera! Así que dejaremos Shell Bay mañana.

—Ya vendrá otra oportunidad, no os preocupéis. Debo irme ahora, Bath. Quiero comprobar la salud de Shorty.

Bath se levantó y se despidió, cerrando la puerta tras de sí. Se quedó parado un segundo, concentrándose en las palabras del duque: el barco había partido hacia Londres. Northcliff hablaba en serio, entonces. E iba a hacer el viaje antes de tiempo. El conde se dirigió rápidamente a la sala de fumadores que daba al mar, salió e, indiferente al frío y a la profunda nevada, se aproximó todo lo que pudo al acantilado que daba a la bahía. El barco no estaba allí.

Eleonor lo miraba intrigada: lo había visto salir del estudio de Key y emprender la marcha a paso ligero, hundiéndose en la blanca nieve.

Ahora el conde daba media vuelta y ella corrió para no arriesgarse a que la viera. Odiaba la forma ansiosa en que él la miraba. Se apresuró a dirigirse al pasillo, pero temiendo que la interceptara al subir, decidió esconderse en el estudio, entrando sin llamar.

Keiran, sentado en su escritorio, la miró con el ceño fruncido.

—Discúlpame, no he llamado a la puerta —admitió ella sonriente.

—¿Por qué?

—No quería encontrarme con el conde de Bath. —Sin embargo, al ver los ojos inquisitivos de su marido, Eleonor se dio cuenta de que él le pedía una aclaración—.No me gusta cómo me mira. ¡Lo odio!

Keiran enarcó las cejas. En su presencia, Bath había dejado de mirar así a su mujer. Evidentemente, seguía haciéndolo cuando él no estaba.

—Partirá mañana.

—Ah, ¡qué alivio! —confesó Eleonor acercándose—. ¿Qué haces? —le preguntó, mirando los papeles que tenía delante. Dibujos y mapas estaban revueltos y superpuestos, dando al escritorio

un aspecto desordenado.

Keiran pensó que era el momento de explicarle que fingiría marcharse y que no tendría que hablar con nadie de ello.

—Cuando estaba en Ashford conocí un chavalín que escribía como tú.

Keiran alzó la cabeza para mirarla.

—Las «E» invertidas, las palabras invertidas, era simpático e increíblemente inteligente. Pero le iba mal en la escuela. ¿A ti te iba bien?

—No.

—El doctor Phillips decía que hay niños así, inteligentes, pero...

—¿Holgazanes?

—No, Key. Él dice distintos, porque parece que les cuesta aprender las cosas según el método impuesto. Algunos dicen que son simplemente rebeldes, pero el doctor Phillips no lo cree así.

Keiran no sabía qué decir.

Ella ojeaba los papeles y se fijaba en la letra grande y los números que había junto a algunos de los bocetos.

—Haces el 3 invertido, come la «E». ¡Lo encuentro muy gracioso! Lo mismo hacía aquel niño.

Parecía reflexionar seriamente sobre lo que parecía una mera coincidencia, pero que ella sabía que no lo era. Le escribiría al doctor Phillips para pedirle consejo y compartir con él su descubrimiento.

—He convencido a Bath de que me iré a mediados de enero.

—¿Por qué?

—El porqué no te concierne.

—Vale, lo entiendo. Al igual que no me concierne saber qué estaba haciendo hace unos instantes...

Se repetía el mismo juego: él no hablaba y ella tampoco; él compartía y ella también lo hacía.

—No me gustan tus delicadas amenazas, chiquilla.

—¿Amenazas? —Eleonor desplegó todos sus aires de mujer ofendida y resentida—. Nunca me han juzgado tan mal como tú ahora. Estoy profundamente dolida por tu maldad y...

—Lio.

Ella resopló al notar los ojos admonitorios de su marido.

—¡Vale, vale! ¡Vigilaba el mar!

Keiran asintió, intuyéndolo al vuelo.

Eleonor se acercó a él, le puso una mano en el hombro e, inclinándose, le dijo con descaro:

—¿Y querrías decirme, Key, por qué el conde buscaba el barco?

—No juegues conmigo, Eleonor. Pero si realmente te interesa —dijo, apartando la silla del escritorio—, ven aquí y juguemos. —La obligó a sentarse sobre él.

—No pretendía jugar ni provocarte, Key.

—Así que Bath estaba controlando el mar. ¿Estás segura? — preguntó Keiran, acariciándole el cuello, donde un mechón de pelo se había escapado del peinado.

—Sí, Key, eso hacía —le respondió ella—. Y si me permites decirlo, estaba comprobando si el «Eleonor Grace » estaba allí anclado. ¿Le has dicho que ya no estaba?

—Sí. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Miro tu barco todas las mañanas, desde la ventana de tu dormitorio.

—Tu barco. Nuestro dormitorio.

—No lo quiero. El barco, quiero decir.

—Es tuyo, Eleonor. ¿Y por qué lo miras?

—Me gusta, ¡y daría cualquier cosa de este mundo por embarcar en él!

—¿Cualquier cosa? —preguntó él guiñándole un ojo.

—Bueno, no me refería a...

—Si el conde cae en la trampa, te llevaré a Londres en él.

—¿De veras? —Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par, eufóricos, con la expresión de un niño feliz—. ¿De verdad iremos a Londres en barco? ¿Se puede hacer? ¿Cuándo, Key, cuándo? ¿Puedo llevar yo el timón? ¿Una trampa? ¿Una trampa para Bath? ¡Es todo es tan emocionante! —exclamó batiendo las palmas.

Keiran se rio mientras se recostaba en su silla.

—Cálmate y escucha. Has de recordar que nadie debe saberlo.

—¿Por qué?

—El porqué no te concierne. Bath sabrá que me iré en carruaje.

—¡Vale! Sabes que puedes confiar en mí. —Eleonor imaginó el momento en que pondría el pie en el barco e inconscientemente empezó a morderse el labio inferior. Se llevó el dedo índice a la boca y se quedó pensativa.

Keiran se quedó quieto, admirándola. Sintió que su mente emitía un tenue flujo de pensamientos felices y sonrió. Le acarició el cuello, mientras con la otra mano cogía el colgante que pertenecía a Sophie y que ella llevaba a menudo.

Una violenta y dolorosa descarga alcanzó su mano, obligándole a soltar el objeto. Se quedó atónito. No recordaba tanto poder en aquella joya. Cuando la había tenido en sus manos, había sentido las últimas emociones de Nick al tocarla; pero nunca habían sido tan intensas. Las dudas le asaltaron y mil preguntas se agolparon en su mente.

—Las joyas de tu madre te quedan muy bien. Lady Hereford tenía muy buen gusto.

Eleonor no parecía oírle.

—¡Hum, ah, sí! Mi madre tenía buen gusto, ¡sin duda! —le respondió ella, tocando la alhaja.

Keiran le cogió la muñeca para sentir algo a través de ella, cuidando mucho de no entrar en contacto con el objeto.

—Sé que hay retratos tuyos y de tu padre porque los he visto.

Ella abrió el colgante y miró con nostalgia a su padre.

Keiran se estremeció, pero no retiró la mano.

Quizá deberías quitarte el tuyo y ponerte uno de tu madre.

—No tengo ningún retrato de mi madre...

—Yo te lo haré.

Eleonor lo miró, sin comprenderle.

—Lo dibujaré yo, Lio.

Ella le sonrió, mostrando sus dientes perfectamente alineados.

—¿De veras?, ¿lo harías por mí?

—¿Por qué te asombra eso?

Ella se lanzó sobre él impetuosamente, abrazándolo.

—Oh, Key, eres siempre tan considerado, ¡no sé cómo agradecértelo!

Él la estrechó, pero el objeto que había entre ellos seguía molestándole, produciéndole sensaciones desagradables. La apartó delicadamente y le soltó la cadenita.

—Me la quedaré yo y te la devolveré en cuanto lo termine —le explicó colocándola sobre el escritorio.

—¿Key?

—¿Sí?

—Lo que pasó entre nosotros anoche.

—¿El qué?

—Dormir desnudos... bueno, ya entiendes a que me refiero, ¿no?

—Sí, lo entiendo. —Keiran enarcó las cejas intrigado.

—Bueno, pues eso, ¿lo haces con todas tus mujeres?

—¡Diantre, chiquilla! ¿Qué preguntas haces?

—Sólo quería entender... —respondió ella encogiéndose de hombros.

—No hay nada que entender.

—Pero ¿lo haces con las otras o no?

—Eleonor.

—¿Qué te cuesta responder?

Él suspiró, y decidió castigarla por su descaro asombrándola.

—No, nunca lo he hecho, Eleonor, porque cada vez que estoy con una mujer, obtengo y doy placer y, cuando todo ha terminado, me voy. ¿Quieres más detalles?

Eleonor sacudió la cabeza con determinación, molesta ante la idea de que su marido estuviera con otra.

—Entonces eso quiere decir que me quieres —concluyó ella sorprendiéndolo.

Keiran la miró: tenía razón, eso era, él la quería. Sin pensarlo, le tomó la cara entre las manos y la besó.

En realidad, aunque tenía miedo, Eleonor lo estaba deseando. Se apretó contra él, enredando los dedos en su cabello negro. Y en cuanto sintió su lengua, le correspondió con avidez, dejando que un sinfín de emociones la invadieran.

Keiran la sentía dócil y receptiva mientras besaba suavemente sus labios enrojecidos. Dejó que sus caricias recorrieran su espalda, atrayéndola hacia él. La aceptación que Eleonor mostraba le dio confianza para atreverse a algo más. Con una mano abierta, le tocó un seno.

—Con las vendas no habría podido tocarte —bromeó, rozando suavemente la punta que se marcaba bajo la tela del vestido.

Eleonor contuvo la respiración. No tenía nada que ver con el contacto físico que había tenido con el pervertido de su primo, y darse cuenta de que quería estar allí, con su marido, la confundió aún más.

Keiran intuyó que borrar los recuerdos de la desagradable experiencia sería fácil, gracias al sentimiento que Eleonor sentía por él, y que él percibía muy fuerte. Una mujer verdaderamente enamorada experimentaría una intimidad más plena, estaba convencido.

Aquel pensamiento le hizo atreverse y agarró el borde de su escote con ambas manos, tirando de él hacia abajo para dejar al descubierto sus blanquísimos pechos.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par mientras lo miraba fijamente, sin saber si quedarse atónita por el desvergonzado gesto o por la excitación que le estaba provocando la expectativa.

—¿Quieres que te toque? —le preguntó Keiran mirándola.

Ella no respondió.

Y él no se movió.

—Si quieres que te toque, tienes que decirlo.

—Sí, me gustaría —le susurró, incrédula por haberlo afirmado—. Pero… todo esto me incomoda.

Keiran le rozó los pechos, mirándola a los ojos.

—¿Por qué? Es normal, *mo' leannan*, créeme.

—¿También entre marido y esposa?

—Sobre todo entre marido y esposa. ¿Me crees?

—Sí.

—No me gustan los falsos pudores. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Creo que sí.

Decidió ponerla a prueba frotándole los pezones.

—Incluso esto es normal —le explicó intuyendo su aprieto.

Eleonor estaba realmente asombrada, pero era incapaz de ocultar el placer que le producía aquel contacto. ¡Eso!, eso era lo que había en el sexo del que hablaba Maggie, o en las novelas prohibidas que leía, pensó.

Keiran apretó los dientes para resistir el deseo que hacía latente su pene en los pantalones.

—Y esto también es normal —añadió, deslizando la mano bajo la falda para acariciarla entre las piernas.

Eleonor se aferró a él, sintiéndose expuesta, pero al mismo tiempo deseando que no se detuviera.

—Ahora lo entiendo...

—¿El qué? —le preguntó con una sonrisa de satisfacción al ver el placer que le estaba dando.

—Qué significa lo que he leído...

—Lio, ¡tendré que revisar tus lecturas más detenidamente! —exclamó sin detener los dedos con los que seguía tocándola.

—Te lo ruego, ¡basta! —jadeó ella.

—¿Por qué?

—No creo que sea el lugar indicado...

—Olvídalo y déjate llevar, Lio.

—Podría entrar cualquiera...

—Imposible. Saben que estamos solos.

—De hecho es... indecoroso.

—En absoluto. Es normal. Debe ser exactamente así: sumamente agradable. —La besó una y otra vez, esperando a que se sintiera segura. Sentía que estaba a punto de ceder, que le iba a hacer descubrir algo de lo que sólo había oído hablar.

Eleonor finalmente dejó escapar un gemido, si bien involuntario, aferrándose a él mientras tiraba inconscientemente de su cabello. Un mundo maravillosamente nuevo se había abierto ante ella y ya no podía resistirse, dejándose llevar donde él quería.

Keiran no le dio tregua, deslizando un dedo en su interior y disfrutando de la húmeda y viscosa sensación. Insistió con un ritmo cadencioso, hundiéndose hasta dar con el punto justo. La hizo correrse, ayudándola a transformarse en una criatura complaciente y desinhibida, haciéndole tener una idea de lo que sería en una relación plena.

A Eleonor todo le parecía irreal. ¿Estaba realmente allí con Keiran, permitiéndole que la tocara así? De hecho, ¿deseando que nunca se detuviera? Había jadeado y los gemidos que salieron de su boca habían sido bochornosos. Demasiado alterada por la explosión de sensaciones que la habían abrumado, se desplomó sobre él para recuperar el aliento.

—No debería...

—Eres una mujer y estás con tu marido. Así que deberías, ¡ya lo creo que deberías!

Era la primera vez que él la calificaba así.

—Dilo de nuevo.

—¿El qué? ¿Que eres una mujer? Lo eres.

—Estoy avergonzada...

—¿Por qué? Es todo normal.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—No quiero que se me juzgue mal...

—¿Por quién?

—No sé, por ti, creo.

—Y sin embargo, deberías saber por tus lecturas que el sexo forma parte de la vida íntima de una pareja.

—Sí, lo sé pero...

—Adelante, pregunta.

—Las parejas casadas sólo cumplen con su deber, no hacen estas cosas.

—No digas tonterías.

Ella no parecía en absoluto convencida.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy tu marido y entre nosotros es así como debe ser.

—Es algo vulgar.

—¡Es algo excitante! —exclamó él, marcando sus palabras, amonestándola con una mirada que no admitía réplica alguna—. Cúbrete y ve a la habitación, por favor.

Tuvo la impresión de que la estaba echando y, subiéndose el dobladillo del vestido, inclinó la cabeza para no mirarle a los ojos.

—Eleonor, no te estoy echando. Pero si vuelvo a tocarte, te ensuciaré a ti, a tu bonito vestido y a mi ropa —le explicó con toda claridad, estudiando su reacción para ver si lo había entendido.

Eleonor se tranquilizó.

—Eso también lo he leído.

—La verdad es que voy a tener que revisar tus libros, chiquilla. Vas a mostrarme esta noche dónde se habla de... — La frase quedó en suspenso por un momento, acompañada de un gesto exhaustivo de la mano.

—¿De excitación masculina?

—¡Maldita sea, Eleonor! ¡Basta! —ordenó él.

Ella se inclinó para rozar sus labios con un beso rápido y salió.

Keiran se levantó poco a poco y abrió la ventana francesa que daba al gran roble cubierto de nieve. Apoyó las manos en la jamba y respiró el aire helado a pleno pulmón, tratando de tranquilizarse.

Estaba contento, porque sabía que Eleonor pronto se libraría del espectro del horrible recuerdo de los acontecimientos que había vivido. Observó el blanco puro que le rodeaba.

Se dio cuenta de que si el doctor Boyd no había llegado, eso significaba que la carretera seguía intransitable y, por lo tanto, era poco probable que el conde de Bath pudiese salir del castillo.

Suspiró con resignación. No podía esperar a tenderle una trampa al conde; no podía esperar a que él se quitara de en medio; no podía esperar a que dejase de mirar de aquel modo a Eleonor cuando él no estaba, o se vería obligado a intervenir con firmeza y determinación, incluso con la fuerza.

Era inútil tratar de pensar en otra cosa: siempre acababa tocándole a ella. A su hermosísima esposa, inteligente y persuasiva.

Caminó con largas zancadas por la nieve. Sus botas se hundían y el crujido rítmico penetraba

en su cerebro hasta que su descontento se calmó. Aminoró la marcha, deteniéndose por fin para reflexionar con claridad.

Cerró los ojos y la temida palabra apareció clara y nítida en su mente.

Por fin aceptó la realidad de que lo que sentía era amor.

* * *

—Mucho cuidado con lady Georgia, Roy.

Lord MacKendrick, perfectamente vestido para la cena, estudió los ojos admonitorios de su hermano mayor mientras éste se miraba en el espejo de su guardarropa.

—¿Qué temes?

—Que te atrape.

—¿No me acabas de decir que se van mañana por la mañana? —le preguntó confuso, observando cómo se anudaba la corbata.

—Eso es lo que ha dicho él. Pero nada me sorprendería si lady Bath y lady Georgia se dejaran convencer para quedarse. De hecho, sospecho que eso es lo que va a ocurrir.

Roy resopló.

—¿Lo has sentido al tocarla?

—No. Me lo ha dicho Eleonor.

—Simple intuición femenina, entonces.

—No. Declaración explícita de Bath. Espera que le propongas la propuesta de matrimonio de un día para otro.

—¿Cómo?

Keiran enarcó las cejas, sin repetirlo.

—Pero todo eso es... —Roy miró a Ramsay, que organizaba algunos papeles en su escritorio, y a Ben, que doblaba unas toallas de baño —. Grotesco.

Keiran le clavo la mirada en los ojos.

—Mucho cuidado —repitió, remarcando las palabras.

Roy asintió con la cabeza.

* * *

—¿Se lo ha dicho? —le preguntó Agatha en voz baja, que había estado a la espera junto a la puerta de la cámara ducal, preocupada por Roy.

—Sí —respondió Ramsay.

Guardaron silencio unos instantes mientras se dirigían a las escaleras.

—Nunca me ha gustado lady Georgia. ¿Nos ayudará Ben a controlarla?

—Obviamente.

—También les he dado instrucciones a Hettie y Maggie. Se ocuparán igualmente.

—Claro. Pero yo no confiaría mucho en Maggie: demasiado ocupada con Foster —le explicó de manera concisa Ramsay.

—Me he dado cuenta. Creo que sentará la cabeza.

—Yo también lo creo.

—¿Cómo es Mr. Foster?

—De total confianza y absoluta firmeza —afirmó Ramsay con extrema precisión.

Agatha reflexionó un instante. Se detuvo y declaró con convicción:

—El marido ideal para Maggie.

—Sí. Siempre y cuando ella sepa serle fiel cuando él se ausente, ¿no crees, Agatha?

—Sí. Pero se irá sin haberse casado con ella para no sentir la responsabilidad, ¿no te parece,

Angus?

—Sí. O igual no se va para estar con ella.

—Sí.

* * *

El día, gris y amenazante de tormenta, y tal vez el cansancio acumulado por las noches de festividades, habían apagado un poco los ánimos. Incluso la hora del té fue silenciosa y la atmósfera, sobria.

La duquesa anunció a sus invitados la intención de descansar esa noche y cenar en sus habitaciones, especificando que cada uno se sintiera libre de hacer lo que quisiera.

Inesperadamente, los Wiltshire y los Bath también anunciaron que harían lo mismo.

—Tal vez haga que sirvan la cena en las distintas habitaciones y luego podamos disfrutar de un pequeño descanso —propuso Eleonor con una sonrisa, encontrando el asentimiento inmediato de lady Bridget Northcliff.

—Excelente solución, querida.

—Me parece apropiada una pausa —afirmó con su habitual y altiva lentitud lady Queensbury —. Acepto con gusto esta oportunidad. Más aún porque una leve migraña comienza a incomodarme.

—Si deseáis una de mis tisanas, lady Queensbury, no dudéis en decirlo —dijo Eleonor.

—Gracias, Lady Northcliff, creo que así lo haré.

—Muy bien, muy bien. Haré que os la traigan después de la cena.

—Al duque no se le ha visto esta tarde —comentó lady Bath, mirando a Eleonor, como si aguardase una explicación.

—Preparativos para la marcha —dijo la duquesa, clavando sus ojos en los de la curiosa condesa, sin intención de añadir nada más.

Y a Lady Bath no le quedó más remedio que resignarse, pero no así a Eleonor.

—¿Cuándo partiréis, condesa?

—Bah, en realidad, lady Northcliff, pensábamos hacerlo mañana, como ya habréis oído, para visitar a mi hermana. No obstante... —Lady Bath miraba a su hija con una expresión forzadamente molesta.

Eleonor no creyó ni por un solo instante que realmente lo estuviera, al contrario, sospechaba que la escena había sido planeada de antemano.

—A Georgia no le agrada la idea de pasar otro mes con sus primos más pequeños. Me preguntaba, si puedo atreverme a pediros tanto, si vos y el duque seríais tan amables de ofrecerle un traslado a Londres, donde mi otra hermana, Constance, se haría responsable de cuidarla hasta nuestro regreso.

Las dos hermanas de lady Bath, Greta y Constance, eran gemelas, más jóvenes que ella. Greta había sido moldeada por las hábiles manos de Olivia, quien la había convencido de casarse con el conde de Oxfuird a pesar de no amarlo. En cambio, Constance se había mostrado impermeable a todo ese bienestar viscoso con el que su hermana mayor solía agasajarla, en un intento por convencerla de entregarse al «hombre adecuado», es decir, al que la Olivia misma hubiese escogido para ella.

Eleonor entendió hacia dónde iba aquella puesta en escena: ¡lograr que lady Georgia se quedara en el castillo para tener mayores posibilidades con Roy! Por supuesto, la condesa no podía saber que ni ella ni Keiran viajarían en carruaje, sino en barco.

—Estoy segura de que el duque estará de acuerdo conmigo en encontrar la solución más adecuada cuando partamos. Lady Georgia, es bienvenida a quedarse aquí tanto como desee.

La joven agradeció con una sonrisa aparentemente espontánea. Estaba satisfecha de tener una oportunidad más para atraer al hermano del duque, aunque la presencia de su madre le habría resultado muy útil.

Pero su padre había dicho que debían partir sin falta, que nadie debía saber que en realidad regresaba a Londres para embarcarse, que su compromiso con la inminente partida por mar era más importante, y que ella debía arreglárselas lo mejor que pudiera, usando sus habilidades de seducción.

Y siguiendo su propio razonamiento, Georgia preguntó:

—Lord MacKendrick, ¿también está ocupado con los preparativos?

—Me temo que no, lady Georgia —respondió Eleonor—. Está en Edimburgo por motivos personales —añadió mintiendo.

Que su cuñado estaba en Edimburgo era cierto, pero desde luego no había ido allí por diversión. Tenía que enviar algunas cartas de Keiran y organizar el pañol del «Eleonor Grace» para el breve trayecto a Londres.

—¿También estará atareado muy pronto lord St. James con su barco? Pero lo tiene en el puerto de Londres, ¿verdad? —preguntó lady Bath, dando pequeños sorbos a su té.

—Sí, lady Bath, su barco está en Londres, de hecho me temo que él también nos dejará mañana o pasado mañana —respondió Eleonor educadamente. No se le escapo un destello de complicidad entre lady Bath e hija.

«¿Qué demonios están tramando esas dos? ¡Esa joven matrona tiene una expresión de satisfacción excesiva! ¿Planea volver a atacar a St. James? ¡Qué descarada es!».

Eleonor terminó su té y se detuvo un momento para ver cómo Nancy y su marqués se lanzaban miradas cómplices mientras se dirigían a la biblioteca.

* * *

—*¿Por qué estás tan triste?* —le preguntó Daniel usando señas, alternando su mirada entre el rostro delicado de Nancy y la puerta abierta, por si alguien lo veía comunicándose de esa forma con la chica.

Ella sonrió, encogiéndose de hombros.

—*Dímelo, por favor*.

—*Sólo estoy pensativa*.

—*No cambiarás de nuevo de idea, ¿verdad?*

Nancy negó con la cabeza.

—*Mejor para ti: no te dejaría escapatoria, Nancy, no te lo permitiría. Te quiero lo antes posible*.

Ella le miraba de manera reflexiva.

—*No me gusta este silencio. ¿En qué estás pensando?*

—*Danny, tal vez solo sea un encaprichamiento debido a la fuerte atracción física...*

—*No.*

—*Tal vez si me entregara a ti sabríamos si realmente quieres casarte conmigo después*.

—*Ya basta. Estás diciendo tonterías. No quiero otra mujer para jugar. Y sé la diferencia entre deseo sexual y amor, lo sé porque la primera y única vez que he sentido esta... esta cosa inexplicable ha sido contigo, sólo contigo*.

Nancy suspiró.

Daniel le cogió de la barbilla con una mano y le dijo, articulando bien cada palabra:

—Escúchame bien: si llegara a sospechar que estás tratando de echarte atrás, te pondré en una situación en la que tendrás que casarte conmigo a la fuerza, y creo que sabes muy bien cómo. No

serás de nadie más si no puedo tenerte yo, ¿entendido?

—*Me das miedo cuando hablas así.*

Daniel se quedó mirando los labios perfectamente dibujados y sin pensárselo dos veces se inclinó para besarla.

* * *

Eleonor se quedó observando el interior del estudio, de pie en la puerta entreabierta.

Keiran estaba sentado, con los codos apoyados en el escritorio y las manos juntas delante de la boca y la nariz. Debía de estar pasándose los dedos por el pelo, como solía hacer cuando pensaba, y unos mechones oscuros le caían por la frente, dándole un aspecto desordenado. Sus ojos miraban fijamente los papeles que tenía delante, probablemente sin verlos.

Eleonor lo encontraba hermoso y deseaba conocer sus pensamientos.

—Te siento —dijo él en voz alta, sobresaltándola.

—¡Qué modales! —exclamó ella indignada, abriendo la puerta.

Keiran la miró, con la comisura de los labios apenas levantada, como si le divirtiera.

—Podrías fingir alguna vez, aunque sólo fuera para no asustarme —le amonestó molesta. Cerró la puerta.

—Ábrela. No tengo tiempo para entretenerte como la última vez —dijo con tono burlón.

Eleonor puso cara de horror y él se echó a reír.

—Debo hablarte de los Bath —le explicó ella.

Él se puso serio, presagiando una noticia que estaba seguro no le sorprendería.

—Lady Bath nos pide que nos quedemos con su hija y la acompañemos a Londres cuando nos vayamos.

Él asintió con la cabeza.

—Obviamente no le he dicho que vamos en barco.

—Has hecho bien.

—Pero ella, ¿con quién irá? —preguntó Eleonor, temblorosa por el deseo de expresar abiertamente la organización que ya había pensado. Se acercó lentamente al escritorio, hasta posar sus manos manchadas de tinta sobre él.

Keiran sonrió, mostrándose de nuevo accesible y despreocupado.

—¿Y a ti qué te gustaría hacer? —Sentía que Eleonor estaba ansiosa por compartir sus planes.

—Bueno, si quieres conocer mi opinión —contestó Eleonor, fingiendo indiferencia—, le pediría a lady Queensbury que la llevara a su cargo a Londres y, una vez allí, que se la confiara a lady Constance, la hermana de lady Bath.

—Bien. ¿Algo más?

—Bien, yo creo que la excusa de no querer estar con los primitos de la casa Oxfuird no se sostiene. Quizás deberíamos sospechar de alguna turbia intención.

—Totalmente de acuerdo. ¿Algo más?

—Oh... ¡sí! Esta noche cenaré en mi habitación y lo mismo harán todos nuestros invitados. Espero que no te moleste.

—En absoluto. ¿Algo más?

—No, me parece que no.

—¿Por qué tienes las manos manchadas de tinta?

Eleonor abrió la boca asombrada y al mismo tiempo colocó las manos bajo el escritorio.

—He escrito cartas...

—Embustera.

Ella abrió los ojos, mostrando un gesto de ofendida que en realidad no sentía en absoluto: de

hecho, había escrito una especie de borrador para un nuevo artículo.

—Lamento mucho que me digas eso. Escribí cartas a algunos conocidos en Londres. Eso es todo.

Obviamente Keiran no la creyó, pero permaneció callado.

—No podré cenar contigo, Eleonor.

—¿Por qué?

—Tengo varios asuntos que resolver antes de partir.

—Tenía la esperanza de pasar la noche juntos...

—Esta tarde no, Eleonor.

Ella no pudo ocultar su tristeza: se había imaginado una cena tranquila y apacible, una charla divertida como sólo tenía con él y tal vez en un ambiente relajado encontraría el ánimo adecuado para demostrarle que estaba preparada para una relación matrimonial plena.

Llamaron a la puerta y Ramsay apareció en el umbral.

—Lamento interrumpir, excelencias. Mr. Foster está aquí, como habíais pedido.

—Que entre, Ramsay —ordenó Keiran poniéndose en pie—. Ahora deberías irte, Eleonor.

Ella le miraba intensamente, como si buscara algo. Se dio cuenta de que anhelaba su atención, su compañía... Vio que le tendía la mano, esperando a que la cogiera.

—Quieres leer en mi interior, tocándome —afirmó.

—No lo necesito, Lio. Sé lo que estás pensando, porque lo siento tan fuerte que no puedo evitarlo. —Le puso la mano en la nuca, donde el pelo más corto se había escapado del sencillo peinado, y se lo acarició suavemente. Se inclinó para susurrarle—: Llegará el momento, *mo' leannan*, llegará. —La empujó lentamente hacia la puerta y, cuando estuvo fuera, Foster entró.

* * *

Eleonor suspiró, con la mente aún en lo que había sucedido en el estudio. Una mezcla de euforia y emoción la invadió, haciéndola sonreír, mientras se dirigía hacia la cocina, donde los sirvientes se callaron como siempre a su entrada.

—Excelencia, ¿puedo ayudaros? — preguntó rápidamente Agatha.

—Sí. ¿Me prepararíais una tisana con las hierbas que os di, Mrs. Brodie? Las de la migraña.

—¿No os encontráis bien, excelencia? —preguntó Ramsay, preocupado.

—Oh, no, Ramsay, no es para mí. Se trata de lady Queensbury. ¿Podríais llevársela en persona, Mrs. Brodie, por favor? Justo después de la cena. —Mientras tanto, Eleonor se fijó en la mirada curiosa de un sirviente, al que no recordaba haber visto en el castillo.

—Muy bien, lady Northcliff.

—A los huéspedes les apetece cenar en sus aposentos. Supongo que ya lo sabéis.

—Por supuesto, lady Northcliff. Su excelencia, el duque...

—No cenará conmigo —dijo ella, percatándose de inmediato de la expresión atónita del sirviente que la observaba.

El hombre, no muy joven, limpiaba unas botas, pero parecía estar escuchando cada una de sus palabras. Tenía la cara marcada, probablemente a causa de la viruela.

—El duque tiene muchas cosas que atender antes de marcharse —precisó ella, estudiando al de la cara picada—, así que trabajará hasta tarde.

El hombre dejó lo que tenía en la mano y le dijo a un compañero que estaba a su lado:

—He dejado fuera las demás botas... —y salió.

—¿Quién es ese hombre? El que acaba de irse... No recuerdo haberlo visto aquí...

—Llegó con lord March, no es de los nuestros —respondió Ramsay.

—Entiendo. —Eleonor, presa de un impulso instintivo, cogió una capa que colgaba de uno de

los ganchos, probablemente de Mrs. Brodie, y se dispuso a salir.

—¡Lady Northcliff! Hace frío fuera y sin vuestra pelliza... sin compañía...

—Vuelvo enseguida, Mrs. Brodie, no temáis.

Un frío gélido sacudió a Eleonor. Ya estaba oscuro y el olor en el aire parecía anunciar más nieve. Oyó un murmullo procedente del lateral del invernadero y caminó con cautela, poniendo los pies delicadamente, sólo cuando el viento cubrió el ruido. En cuanto las voces fueron lo bastante distinguibles, se detuvo y trató de oír.

—... que tenga cuidado... habrá controles... no cenará con su mujer...

Eleonor comprendió que algo extraño estaba ocurriendo.

El viento sopló con más fuerza y la respuesta del otro llegó nítida:

—Esto no significa que ande de un lado a otro controlando...

—¡Dile que tenga cuidado, por Dios! ¡El duque es de los que no nunca está quieto; es capaz de hacer una ronda nocturna!

El viento se calmó.

—Vale, eh... marea baja en la gruta del promontorio... la señal...

De repente se hizo el silencio y Eleonor intuyó que habían terminado. Aprovechó la ráfaga de viento que cubría el crujir de pasos en la nieve para correr hacia la cocina y entró con ímpetu, sobresaltando a todos.

—¡Teníais razón, Agatha! Demasiado frío. —Arrojó su capa sobre una silla y subió las escaleras antes de que el sirviente entrara por la misma puerta.

* * *

—Aquí estoy, lord Northcliff. Espero no haber elegido un mal momento —exclamó Foster al entrar en el estudio del duque, justo después de que la duquesa hubiera salido.

—En absoluto, Foster, siéntate —replicó el duque, recuperando su semblante más serio—. He comprendido quién es.

Foster entendió al instante a qué se refería.

—¿Es de vuestra tripulación?

—Sí.

Foster se mantuvo en silencio, preguntándose si Northcliff también habría recuperado la carga que el contrabandista había llevado al «Eleonor Grace».

—La mercancía sigue en la bodega, en un doble fondo inventado por mí y de cuya limpieza y orden él es responsable. —precisó Keiran como si estuviera leyendo la mente del *Street Runner*.

Se quedaron un momento mirándose.

—Habrá jaleo esta noche, lord Northcliff. —dijo Foster—. He hecho preguntas... e incluso algunos tipos poco recomendables Edimburgo saben que alguien de vuestro barco viene a la orilla a recoger la mercancía.

Eso no le gustó nada a Keiran: significaba que la gente no tardaría en difamar su papel en este sucio asunto de contrabando.

—¿Alcohol?

—Probablemente... Pero disculpad... ¿no abristeis las cajas o lo que fuera que encontrasteis en el fondo de la bodega?

—No. No quiero levantar sospechas.

—Claro. ¿Lo atrapamos en el acto?

—Sí.

—¿Esta noche? —preguntó Foster, sabiendo que la marea baja estaba llegando.

—Sí.

Foster se dio cuenta de que el duque estaba al tanto de la marea, que probablemente lo había planeado todo y, sobre todo, que no había mucho tiempo para organizarse.

—¿Vendréis conmigo?

—Obviamente, Foster. También estarán Ben y el Moro.

—Bien. ¿Os espero en la había?

—Dentro de una hora.

Foster asintió y, haciendo una reverencia, se despidió.

* * *

—¿Adónde vas con tanta prisa, Hugh?

—No tengo tiempo, Maggie, lo siento —le respondió mientras seguía caminando hacia la cocina.

—¿Puedo esperarte en tu cuarto? —preguntó ella, siguiéndole.

Foster se detuvo y la miró fijamente a sus ojos oscuros.

—No sé cuándo volveré.

—No importa. ¿Puedo?

Foster suspiró. No debía pensar en ella o se distraería. Pero no supo decirle que no.

—De acuerdo.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella, sosteniéndolo por el brazo.

—No preguntes tanto, Maggie, sobre todo si no quieres que te diga que te metas en tus asuntos.

—Sigues tratándome mal, Hugh.

—Sigues haciendo demasiadas preguntas, Maggie.

Y ella le abrió su corazón:

—Tengo miedo de perderte.

—Y metiendo las narices en cosas que no te conciernen, ¿crees que me mantendrás más cerca?

Maggie se encogió de hombros.

—Así sólo consigues ponerme nervioso y que sospeche que intentas sonsacarme información.

—No, no es así, Hugh, te lo juro.

—Entonces ¿qué es, Maggie?

—Es sólo que me da miedo que te vayas con otras.

—Y si fuese así, ¿qué?

Maggie respiró ruidosamente, reprimiendo una frase mordaz que ya tenía en la punta de la lengua.

—Yo no soy de tu exclusividad. Exactamente como tú no eres mía.

—¡Pero yo quiero serlo, Hugh! Y quiero que tú lo seas para mí.

Hugh Foster sonrió con picardía.

—¿Serías capaz de hacer eso, Maggie? Podrías aburrirte de estar a solas conmigo todo el tiempo.

—No, Hugh, debes creerme: ¡sólo te quiero a ti, sólo quiero estar contigo, te lo juro!

—Deberías saber, Maggie, que para mí esas frases no tienen ningún valor: los hechos son lo que cuentan, los hechos y lo que éstos puedan decir. Espérame si quieres.

Maggie se quedó quieta y lo vio alejarse. ¿Hechos? ¿Qué hechos? Las palabras no tenían valor...

La muchacha se recompuso los rizos oscuros y brillantes que se le habían salido de la cofia, y empezó a sospechar que Hugh quería decir que la mejor confirmación que podía darle era estar con él, sólo con él. Decirle lo que sentía no era suficiente para demostrarle que esta vez iba en

serio.

* * *

Eleonor miró por la ventana, preguntándose qué significaría la conversación que acababa de oír junto al invernadero. Decidió que debía contárselo a Keiran lo antes posible. Y decidió esperarle despierta.

Captó un vago movimiento abajo.

Una sombra... no, dos... tres. Y una era la de su marido. La habría reconocido en cualquier parte.

«¡Maldita sea! ¿Qué hace con este frío? ¿Y quiénes son los otros? Apostaría a que uno es Ben. Espero que no se meta en ningún peligro. ¿Cómo hablo con él ahora?».

Se sentó en el banquito bajo la ventana, contemplando el blanco oscuro que emanaba de la nieve. Apagó las velas para tener una mejor vista, mientras pensaba en las palabras del sirviente.

«Ha dicho marea baja en la gruta del promontorio, una señal...

¿Qué demonios quería decir? Y con esta oscuridad, para colmo. Ha insinuado que Key podría estar vigilando durante la noche...».

Eleonor abrió la boca, tapándosela con la mano, en un gesto de estupor; luego miró hacia el lugar donde habían desaparecido las cuatro sombras y por último recordó la bahía, la gruta y la marea. «Oh Dios mío, ¡ayúdalo! ¡Que no sea lo que yo pienso!» dijo para sus adentros. Se puso en pie de un salto, con el corazón en un puño, y justo en ese momento otra sombra salió del castillo: ¡parecía él, aquel sirviente! Ella apenas respiraba.

«Tengo que avisar a Key. Pero sola... quizá debería llamar a Ben. No, está con él. Podría preguntarle a Roy. No, está en Edimburgo. ¡Maldita sea!».

Se levantó y salió corriendo de la habitación, habiendo cogido una pesada capa.

Sólo Ramsay la vio correr con la falda levantada lo suficiente como para notar sus pantorrillas y, frunciendo el ceño sorprendido, la vio salir por la puerta principal, dejándola abierta. Fue tan rápida que no tuvo tiempo de detenerla. Llamó en voz alta a Agatha para informarla, y exactamente en ese momento Eleonor ya estaba doblando la esquina del castillo.

Una ráfaga de viento le heló el cuello y las orejas. Se subió las solapas de la capa y siguió corriendo por la nieve. Ya podía sentir el frío subiendo por sus piernas, pero ignoró cualquier sensación, teniendo en mente avisar a tiempo a Key de lo que creía que estaba ocurriendo.

Se detuvo al borde del sendero para recuperar el aliento, pero el aire helado invadió su garganta como una cuchilla afilada. Agarró la solapa de su cuello y se la llevó a la boca, reanudando la respiración.

Miró el empinado sendero: debería tener mucho cuidado, primero porque no llevaba el calzado adecuado y segundo porque seguramente estaría cubierto de hielo resbaladizo.

Vio una luz; la sombra que había visto por última vez saliendo del castillo estaba allí, con un farol en la mano.

Se agarró con cuidado a las plantas que invadían el sendero e inició el descenso; resbaló una vez y se golpeó en una nalga contra el suelo, escapándosele una palabra mal sonante. Bajó en un par de minutos, pero a su alrededor todo estaba oscuro y la luz del desconocido había desaparecido. Sin embargo, podía distinguir el agua del mar a lo lejos y la enorme sombra del promontorio a su izquierda; a su derecha vislumbraba la lengua arenosa de la bahía.

Pensó que podría ser peligroso quedarse allí si la marea subía de repente, pero estaba segura de que ahora estaba baja y de que, en caso necesario, tendría tiempo de dar media vuelta.

Comenzó a caminar despacio, desconfiando de la arena, que crujía de manera extraña, probablemente debido a la acumulación de agua estancada que se había congelado. Miró el

promontorio de la izquierda y caminó hacia él con paso inseguro y vacilante. Se sintió envuelta por lo desconocido, mientras una extraña sensación de ser observada la inquietaba.

Miró varias veces a su alrededor, pero no vio a nadie. Aumentó la velocidad de sus pasos, con la impresión de que se estaba acercando al peligro.

«Ánimo... En un momento estarás con Key... sólo un poco más... le insistiré y vendrá conmigo... camina, Eleonor, camina... camina...».

Mantenía la boca bien cerrada para no inhalar aire frío respirando por la nariz. El corazón le latía con fuerza y tuvo que admitir que tenía mucho miedo.

Finalmente llegó a las rocas del promontorio y el batir de las olas le recordó que debía prestar atención al nivel del agua.

Unas voces masculinas a poca distancia la hicieron sobresaltarse, cortándole la respiración. Su cerebro empezó a trabajar frenéticamente. Vio una especie de barranco que se abría a sus espaldas y entró en él con cautela, temerosa de caerse por algún saliente o, peor aún, de encontrarse con algún animal.

Se agachó y, al no oír más voces, se sintió más segura; metió rápidamente la mano en el bolsillo y sacó las cerillas. Encendió una y la levantó frente a ella: no era un simple barranco en la roca, sino una gruta que se extendía hacia dentro y hacia abajo. No vio el fondo, pero la presencia de una veintena de cajas de madera detrás de ella confirmó sus sospechas.

«¿Cómo puedo avisarle a Key? ¿Y dónde está? Podría estar ahí fuera. Pero, ¿y si no está ahí? ¡Dios mío, ayúdame, te lo suplico!».

Puso la palma de la mano abierta sobre su pecho, como si enviara una sentida plegaria a su Dios.

«Ayúdame y protege a mi marido».

Un pensamiento absurdo la desgarró: ¿y si fuera Key el contrabandista? ¿Acaso dirigía él todo esto?... Abrió la boca desesperada.

«No, no, no, no puede ser... te lo suplico, Virgen Santísima que no sea así».

Oyó un ruido sordo y otro más frenético, como el de las olas al romper contra una barca. Apagó la llama y enseguida se fijó en una gran roca que sobresalía del suelo arenoso hasta un metro y medio. Se dirigió hacia allí, adelantando las manos por precaución, y se escondió.

* * *

Imaginando que el traidor utilizaría los huecos de las rocas del promontorio para esconder la mercancía que cargarían en el barco, los cuatro se apostaron contra la pared de la bahía, junto al sendero por el que bajaban a la playa.

—Capitán, el traidor podría decidir descender por el promontorio y no por el camino —observó el Moro en un susurro.

—No lo creo, Moro. Estoy convencido de que pasará por aquí para comprobar que la playa está desierta.

—Nos verá —afirmó Foster.

—Treparemos unos metros por la pared en cuanto le oigamos llegar. Ben, acércate al camino y avísanos.

Pasaron unos minutos y Ben volvió corriendo.

—¡Alguien viene! —les avisó.

En unos instantes, los cuatro hombres treparon por el muro, a unos dos metros del suelo. Apenas respiraban, sus músculos se tensaban por el esfuerzo, sus dedos parecían congelarse con aquel frío, pero sabían que no podían permitirse flaquear.

Una sombra avanzó lentamente, deteniéndose a pocos pasos. Encendió un farolillo y empezó a

deambular de aquí para allá, como escudriñando la zona. Llegó hasta debajo de ellos, para comprobar que no había nadie en el fondo de la bahía. Satisfecho, dio largas zancadas hacia el promontorio. Había apagado la vela, pero Keiran sentía exactamente dónde estaba.

—Bajad. —Descendió de un salto, sin dejar de mirar fijamente la oscuridad frente a él, mientras los demás seguían buscando apoyo entre las rocas.

—¿Vamos? —preguntó el moro, ansioso por zurrar a alguien.

—Calma —lo amonestó su capitán.

Un inconfundible sonido de pasos llegó desde el sendero.

—¿Quién coño es ahora? ¡Maldita sea! —imprecó Foster—. ¡No sabía que hubiese un compinche! ¡Era uno solo!

—¡Silencio! ¡Todos a la pared! —ordenó Keiran.

No había tiempo para trepar más, así que se agazaparon lo más silenciosamente posible, con la esperanza de no ser vistos.

La sombra parecía tener dificultades para moverse, como si no supiera muy bien adónde ir; luego empezó a caminar hacia el promontorio con incertidumbre.

—¿Quién demonios era ése, capitán? —preguntó el Moro.

Keiran observaba la sombra, aún visible gracias al cielo despejado de las nubes cargadas de agua y nieve. Algo no iba bien y una sensación indescriptible le invadió desde que apareció aquella sombra.

—Lo siento, lord Northcliff, no sabía de otro cómplice —se justificó Foster mortificado—. Y sin embargo, he tenido cuidado, he investigado con mi habitual meticulosidad...

—Lo sé, Foster, lo sé. —Keiran entornó los ojos, intentando concentrarse al máximo para captar algo: todo era extraño, confuso, nuevo. Le preocupaba mucho, como cada vez que algo nuevo le impedía comprender, sentir, intuir.

—¡Qué más da! —exclamó el Moro—. Somos cuatro, pero todos sabemos que podríamos eliminar al menos al doble, ¿verdad, capitán?

—Y además el que acaba de pasar es pequeño y flaco, ya lo habéis visto. ¿Qué os preocupa, capitán? —le preguntó Ben que conocía bien a su amo.

Keiran guardaba silencio. Dio pocos pasos hacia delante, con las manos en las caderas.

—No lo sé, Ben. Dadme un segundo.

Respiró hondo y pensó en lo preciso que había sido siempre Foster en su trabajo y en que difícilmente podría haber cometido un error tan grosero. Por supuesto, salir con aquella engreída y seductora doncella podría habérsele subido a la cabeza; pero sabía que esa posibilidad era improbable, no era de los que se distraen por tan poco.

Entonces, ¿qué era lo anómalo? Cerró los ojos un momento para repasar en su mente el andar renqueante del hombrecillo que caminaba entre los pliegues de su capa, captó la indecisión de su paso pero había algo, sí, tal vez miedo. Era plausible: estaba a punto de cargar mercancías de contrabando. Pero no estaba en absoluto convencido de que fuera por eso.

Aquella figura era insegura en sus movimientos, como si no supiera adónde ir o qué buscar, como si no supiera por dónde hubiera ido el cómplice. Pero si no lo sabía... no era un cómplice.

—No es un cómplice —sentenció en un murmullo.

Nadie habló, esperando ansiosamente el veredicto que sentían inminente, estudiando al duque, inmóvil, sumido en sus pensamientos.

Keiran no sabía por dónde empezar. El hombrecillo le había parecido esbelto, erguido; el ligero movimiento de sus brazos y la línea casi grácil le recordaban a uno de esos afeminados donceles de constitución frágil, tanto que le recordaban a una mujer joven, aparte de los pechos

que, ciertamente, no se habrían notado bajo una capa, al menos no en aquella oscuridad y a aquella distancia. Pero por lo demás, aquel caminar, aquellos pequeños pasos, todo hacía pensar en una mujer, una mujer...

—¡Mierda! —se desahogó con los dientes apretados, dando dos pasos.

Los demás no entendieron nada.

—¡Mierda! Es Eleonor... —exclamó, empezando a caminar a toda prisa.

Foster comprendió enseguida y siguiéndole, estalló:

—¡Maldita sea!

El paso apresurado de Keiran se convirtió en una carrera frenética justo cuando Ben y el Moro comprendieron lo que el duque había descubierto.

—Pero... capitán, ¡no puede ser! —dijo el Moro corriendo—. Vuestra mujer no puede...

—¡Silencio, Moro! —le gritó Ben.

Llegaron a las rocas del promontorio, pero de la sombra, que sin duda era la de Eleonor, no había ni rastro.

Keiran temía que unos contrabandistas la hubieran capturado.

—Moro, sube por aquí y ve al otro lado del promontorio —ordenó entre jadeos—. Ben, quédate aquí y cúbrenos. Foster, avanzamos. —Arrimados a la pared rocosa, comenzó a moverse lenta y silenciosamente. Sacó un cuchillo de la cintura del pantalón y lo sostuvo en la mano izquierda.

Foster sacó su daga de la bota y se preparó.

Oyeron unas voces y se detuvieron.

Keiran se inclinó sobre una roca y observó que la gruta del promontorio estaba a oscuras.

Los contrabandistas estaban delante de ellos, al menos a treinta metros de distancia, sobre las rocas que sobresalían del agua, esperando a la embarcación cuya silueta ya se divisaba.

—Ahí están —balbuceó imperceptiblemente Foster—. Pero... ¿vuestra mujer? Quizás os hayáis equivocado...

—No.

Foster no le contradijo, sabiendo que era improbable que el duque cometiera semejante error.

Keiran se concentró, esperando oír la llamada silenciosa de Eleonor, pero nada. Si ella estaba allí, sólo podía estar dentro de la gruta o más allá de ella; pero para llegar hasta allí, tendrían que ponerse al descubierto y arriesgarse a ser vistos por los hombres de las rocas y la barca.

Clavó la mirada en la embarcación: era uno de los botes del «Eleonor Grace». Apretó los dientes de rabia. A bordo estaba un hombre, a quien, por supuesto, reconoció al instante: Jesse, el chico nuevo, como lo llamaban todos desde que había llegado hacía al menos dos años, pero que a estas alturas ya había visto lo suficiente de su tripulación como para vender información al mejor postor.

En tierra, dos hombres que Keiran no conocía lo esperaban.

—¿Quiénes son?

—El de la derecha, con la cara llena de marcas, me parece que es un sirvientes que llegó con lord March, al otro no le conozco —le respondió Foster en voz muy baja.

Keiran miró el agua con preocupación, observando su nivel. Decidió que, para no correr el riesgo de estar con el agua al cuello en unos minutos, habría que intervenir. Sólo entonces tendrían tiempo de buscar y encontrar a Eleonor.

Juzgó que el Moro llegaría a su posición en dos minutos como máximo y esperó a que el chico nuevo desembarcara.

Pero Jesse, aunque había bajado de la barca, permanecía cerca de ella, mientras los otros dos

entraban en la gruta e iluminaban el interior con dos faroles que dejaron dentro; salieron poco después, llevando cada uno una caja al hombro. Fueron y volvieron varias veces con la carga hasta el pequeño bote, donde el chico nuevo colocaba metódicamente las cajas en el fondo para no desequilibrarlo.

Aceleraron el paso y Keiran observó el nivel del mar.

—Está subiendo, ¡maldita sea! —balbuceó.

—Vamos, no podemos esperar —exclamó Foster.

Keiran apretó el puñal y, en cuanto los dos estuvieron dentro de la gruta, caminó rápido y confiado hacia la barca, ocultando el cuchillo tras el muslo. Había arrojado su capa a la bahía porque le impedía moverse con libertad, pero ahora tenía frío.

—¡Chico nuevo, veo que estás ocupado!

Jesse se sobresaltó sin volverse y dejó caer la caja al fondo del bote. El crujido de la madera agrietada tuvo el efecto de un grito en el silencio. El muchacho se llevó la mano al cinturón, agarró la empuñadura de la pistola, la sacó lentamente, se la metió detrás de la cadera y se dio la vuelta. A pesar de la oscuridad encontró el brillo de los ojos despiadados de su capitán y un escalofrío le recorrió la espalda. No habló.

—Bájala antes de que ocurra algo —dijo Keiran, marcando bien las palabras, mientras se preparaba para lanzar el cuchillo con sus hábiles dedos.

Jesse se dio cuenta y sus ojos traicionaron el miedo que sentía: sabía cómo utilizaba Blake el cuchillo. Una mirada al agua, que ahora le llegaba hasta los tobillos, le bastó para darse cuenta de la gravedad de su situación.

Foster apuntó con su pistola a los dos que salían de la cueva, con el puñal en la otra mano.

—Vamos, venid aquí. ¡No, no, no! Las manos bien altas, donde yo pueda verlas, o dispararé.

Obedecieron, y en cuanto estuvieron junto a Jesse, el hombre de la cara picada por la viruela clavó sus ojos en los de Foster.

—Eras demasiado esquivo para ser un marinero —comentó mirándolo.

—Y tú demasiado sociable para ser un criado —le respondió Foster, sintiendo el agua helada penetrar en la bota.

De repente, un grito rasgó el aire y un hombre grande y corpulento emergió de la oscuridad, desde el lado más distante de la pared de rocas. Levantó un brazo y disparó su pistola.

Keiran comprendió que el Moro debía haberse ocultado demasiado lejos del recién llegado y no lo había visto. Mientras pensaba en esto, tiró de Jesse hacia el suelo, sujetándolo por el cuello. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el disparo lo había herido. Y fue en ese momento que sintió intensamente el miedo de Eleonor: estaba seguro de que ella estaba dentro de la cueva.

El hombre grande levantó también el otro brazo, apuntando otra pistola hacia Foster.

Este último levantó los brazos, considerando prudente no ser alcanzado.

—Bien hecho —masculló el hombre con voz cavernosa, avanzando un poco. Ahora su rostro estaba en el haz de la tenue luz que salía de la gruta y dos ojos pequeños y oscuros se vislumbraron en la penumbra. Su cabeza era grande, como todo su cuerpo, y cojeaba—. Arrójala —le ordenó

Foster obedeció: tiró su pistola, pero escondió el cuchillo en los pliegues de su capa; luego dirigió al duque una rápida mirada de comprensión: esperarían al Moro y a Ben.

—¡Eh! ¡Sangre azul! Levántate —ordenó el cojo a Keiran—. Y vosotros poneos en marcha: el agua sube con rapidez.

Los dos que llevaban las cajas volvieron a la gruta y un momento después se oyeron unos improperios.

Keiran sospechó con horror que Eleonor acababa de ser descubierta.

—¡Mierda! —chilló el de la cara picada, saliendo—. ¡Aquí el agua llega hasta los muslos! Necesitamos ayuda.

Keiran se sobresaltó: si le había llegado a los muslos, pronto le llegaría al cuello a Eleonor.

Ahora percibía todas las emociones de su amada esposa, el miedo, el frío, el temor a ser descubierta y no poder hacer frente... Instintivamente dio un paso adelante, pero el hombre de la pistola intervino.

—¿Dónde coño crees que vas, aristócrata? No te muevas. Jesse ve tú.

Un movimiento imperceptible a espaldas del cojo dio esperanzas a Keiran. En cuanto el nuevo muchacho estuvo dentro, el Moro saltó hábilmente desde la pared rocosa y en tres largas zancadas se abalanzó sobre el enorme hombre, derribándolo; en un instante le agarró del pelo cano y le levantó violentamente la cabeza, mientras se disponía a degollarlo con el cuchillo.

—¡No! —exclamó su capitán—. Lo quiero vivo.

El Moro blandió el cuchillo en el aire y con el duro mango le aturdió golpeándole en la nuca. El cojo se convirtió en un peso muerto y cayó boca abajo al agua.

—Sácalo de ahí, si no se ahogará.

En ese momento apareció Ben, preocupado porque tardaban mucho.

—¿Puedo entrar? —le preguntó al capitán.

Este negó con la cabeza: entrar significaría la muerte segura de Eleonor.

Se detuvieron en la entrada de la gruta. El primero en salir fue Jesse.

Keiran simplemente extendió el brazo izquierdo y le rompió la nariz de un manotazo.

El chico gritó mientras caía hacia atrás, con la caja impactando en su abdomen.

Keiran apartó la carga de una patada y, con una mano, agarró la solapa de la desgastada chaqueta de Jesse, levantándolo del suelo. Estaba tan furioso que temía no poder controlarse.

—Sucio traidor de mierda— —murmuró entre dientes.

—Capitán, os lo suplico, no me matéis... —lloriqueaba el chico—. Necesitaba dinero...

—No. Sabías que podrías habérmelo pedido, como hacen todos mis hombres. Pero no, eres una víbora, siempre lo has sido, y en el fondo de mi corazón siempre lo he sabido. —Lo lanzó con todas sus fuerzas al suelo, haciéndolo rodar por el fango de agua y arena—. Moro, es tuyo. Llévalo al barco

—No, no, os lo suplico, me matarán...

Keiran se agachó, agarró al chico del pelo y le hizo reclinar la cabeza.

—Ni una palabra más o seré yo el que te mate aquí mismo.

Jesse quedó inmóvil en el suelo, sin decir una palabra.

Los otros dos, que estaban a punto de salir, al oír el gemido del muchacho, depositaron las cajas en la superficie del agua y, segundos después, se lanzaron fuera con cuchillos en mano. Comprendieron de inmediato que tenían pocas probabilidades, pero aun así, se enzarzaron en una pelea a muerte. Foster estiró una pierna, haciendo caer al de la cara picada; Ben se abalanzó sobre el otro, sumergiéndolo bajo el agua hasta dejarlo inconsciente. Sin embargo, el de rostro picado se lanzó inesperadamente sobre Keiran, y le rozó el brazo con la hoja.

Fue en ese momento cuando Ben se distrajo mirando el hombro sangrante del capitán, pero no por dónde había pasado la hoja: evidentemente, había sido herido por la bala disparada por el cojo antes de que él llegara. Esa distracción le costó un codazo en el cuello que le dejó sin aliento. Comenzó una pelea entre los dos, que sostenían sendos cuchillos.

El agua estaba demasiado alta, y Keiran observaba la cueva mientras intentaba esquivar la hoja del cuchillo del hombre de la cara picada.

Foster intentó atraparlo por la espalda, pero el falso criado era rápido.

—¡Northcliff! ¡Entrad! —gritó Foster temiendo por la suerte de la duquesa.

Evidentemente aquel grito se escuchó en el interior de la gruta, pues una voz suplicante surgió entre las olas.

—¡Key!

Keiran corrió hacia el interior de la gruta, enfrentándose al agua que subía cada vez más, luchando contra la corriente; dentro ya no tocaba el fondo con los pies y para nadar mejor se quitó las botas y la chaqueta.

El frío era inconcebible. Esto le desesperó porque que Eleonor llevaba mucho tiempo allí dentro.

—¡Lio!

Oyó un gemido y vio de dónde provenía. Se quedó descompuesto.

* * *

Eleonor temblaba de frío y de miedo. Se obligó a respirar muy despacio para no ser oída por los hombres que llevaban varios minutos entrando y saliendo de aquella cavidad mal iluminada.

Se asomó un momento para verlos, sabiendo que la roca tras la que se ocultaba estaba en la más total oscuridad. Eran dos y uno era el criado de rostro picado por la viruela al que había seguido hasta el invernadero.

Algo húmedo le tocó las piernas; permaneció inmóvil, temiendo que fuera algún animal viscoso, pero pronto se dio cuenta de que era agua. Oyó un débil borboteo a su lado, como si el líquido marino se filtrara por algún canal, abriéndose paso bajo las rocas.

Al salir, se asomó y se dio cuenta de que en la boca de la gruta sólo había un riachuelo de agua, porque estaba más arriba que ella. En la práctica, aquella especie de cueva se extendía ligeramente hacia abajo y se llenaba tan rápido como un recipiente. Su corazón empezó a latir con fuerza, pero sabía que no podía gritar, porque si Key no era uno de los contrabandistas, la habrían atrapado y posiblemente matado.

Las lágrimas de desesperación empezaron a derramarse a pesar de sus esfuerzos por contenerlas. El agua ya le cubría las piernas cuando se puso en cuclillas. Esperaba que se dieran prisa en cargar las cajas: faltaba casi la mitad.

Pero los dos no regresaban y empezó a sospechar que les había ocurrido algo. Apenas podía levantarse de su asiento debido al temblor incontrolable que la dominaba; miró por encima de la roca, pero no vio a nadie.

Un disparo repentino la hizo dar un grito ahogado, lo que la impulsó a volver a su asiento. Se tapó los oídos con las manos, desesperada ante la idea de que a Keiran le estuviera ocurriendo algo grave. Empezó a sollozar y a emitir desgarradores gemidos de dolor. Se tapó la boca por miedo a que la oyeran.

Mientras tanto, el agua también le había cubierto la cintura y estaba convencida de que moriría de frío.

Los dos hombres volvieron a entrar, pero en cuanto se dieron cuenta de que el agua lo inundaba todo, uno de ellos pidió ayuda.

Entonces oyó una nueva voz y adivinó que había una tercera persona. Los oyó recoger las cajas que flotaban en la superficie del agua, pero algo le ocurrió a uno de ellos en cuanto estuvo fuera: el sonido de la carga al caer al agua le indicó que los dos restantes se estaban preparando para una pelea. Los oyó ponerse de acuerdo para lanzarse con cuchillos en las manos.

Eleonor tenía el agua hasta la altura del pecho. En cuanto las dos estuvieron fuera y solo oía el ruido de las olas, se levantó y vio un remolino de agua a su lado que indicaba por dónde entraba

el líquido gélido.

No podía salir, no sabía quién estaba fuera, pero tampoco podía quedarse allí mucho más tiempo: ya no podía quedarse quieta debido a la fuerte corriente que sentía debajo. Se agarró a la roca, pero tenía las manos húmedas y se dio cuenta de que no podría aguantar mucho tiempo.

Se desató la capa para aligerarse y la corriente se hizo tan fuerte que la arrancó de su refugio. Se encontró flotando, luchando en la penumbra provocada por el farol sujeto a un saliente rocoso. Desesperada, movió las piernas y los brazos para contrarrestar la fuerza de la corriente, que la empujaba sin cesar y sin rumbo, y la de su vestido, cada vez más pesado, que la hundía.

Un grito resonó en sus oídos:

—¡Northcliff! ¡Entrad!

Y ella se dio cuenta de que Key estaba ahí fuera.

—¡Key! —gritó con todas sus fuerzas. El esfuerzo la hizo hundirse. La falta de aire le infundió una intensa sensación de supervivencia y le dio fuerzas para volver a salir a la superficie.

—¡Lio!

—Key... ayúdame... —Gimió casi sin energía. El frío la estaba congelando: estaba de un blanco violáceo y sus grandes ojos verdes parecían ser lo único de ella que seguía vivo; dentro de su abdomen sentía como una maraña atravesada por alfileres y le dolía la cabeza por el frío que penetraba en su cerebro. Así fue como Keiran la encontró, y se quedó horrorizado.

—¡Lio! Estoy aquí... Dios mío... ¡nooo! —Y cómo se la tragaba el agua, tal y como le había ocurrido tantos años antes a su hermano.

Tomó aire y se sumergió, dando vigorosos golpes y empujones con las piernas. Encontró el vestido, agarró uno de sus faldones y tiró de ella hacia arriba.

—Cariño... estoy aquí... —jadeó en un esfuerzo por sostenerla.

Ella tosía y flotaba como un peso muerto, exhausta y helada.

Una ola entró en la cueva, pues el agua estaba ahora alta incluso fuera, amenazando con volver a hundirla. Así que Keiran la abrazó con fuerza, aunque la herida de su brazo le dolía mucho.

Desde el exterior llegaban los gritos de Ben y Foster: se habían alejado subiendo por el promontorio, ya que el agua estaba cubriendo todo. Los contrabandistas estaban controlados gracias a las numerosas pistolas y, ahora, también por la presencia de Ramsay, quien había llegado siguiendo a la duquesa.

Después de atar a los prisioneros, el Moro aseguró una cuerda a una roca y se descolgó abajo, entre las olas, ayudado por Foster y Ben, que sujetaban la soga con firmeza.

Cuando Keiran oyó al Moro gritar: «¡Estoy colgando de una cuerda, capitán!», comprendió que tendría que dejar a Eleonor para alcanzar la cuerda.

—*Leannan*... trata de nadar, tengo que coger la cuerda... —le rogó con un enorme esfuerzo.

—No... no me dejes... Key, te lo suplico... no puedo... —Temblaba sin cesar y sus ojos expresaban un terror atroz ante el desenlace mortal al que iban a llegar juntos.

Keiran intuyó que, aunque la hubiera dejado aferrada a un saliente de rocas, no habría sido capaz de luchar contra la corriente, demasiado agotada y congelada.

—¡Moro! ¡Tengo que nadar con ella! ¡No podrá hacerlo!

La respuesta de su marinero nunca llegó, ya que la entrada de la cueva estaba completamente anegada por el agua. Una ola los alcanzó y Eleonor terminó sumergiéndose justo cuando el farol se apagó. Keiran la sujetaba, pero estaba tan agotado que apenas podía mantenerse a flote, mucho menos sostenerla también, así que tomó aire y la siguió, dejándose llevar a merced de las olas. La abrazó con fuerza para no perderla; luego, presionando sus labios contra los de ella, le pasó aire por la boca.

Eleonor recibió aquel oxígeno casi pasivamente, convencida de que no sobreviviría. Reunió las fuerzas necesarias para rodear a su marido con un brazo, en un último gesto de amor y devoción. Él percibió esos pensamientos y, rebelándose contra un destino que le haría la vida imposible sin ella, la levantó una vez más.

—*Mo' leannan*, escucha... ¿me oyes? —jadeó, sacudiéndola un poco—. Lio, ¡tienes que escucharme! — gritó con fuerza.

Eleonor sólo veía oscuridad, limitando su respiración para no tragar más agua.

—Sí... sí...

—Ahora salimos de aquí.

—No me...dejes... Key... no... —Ella lo abrazaba con fuerza, usando sus últimas energías para apretarlo lo mejor posible.

—No te dejaré. Pero aprieta fuerte, cariño, aprieta todo lo que puedas...

Otra ola se abalanzó sobre ellos, golpeándolos contra el techo de la gruta.

Keiran se dio cuenta de que se les acababa el tiempo: la cueva se llenaría por completo. Volvieron a emerger.

—Lio, tienes que estrujarme, rodearme con las piernas... vamos, *leannan*, así... bien... los brazos alrededor del cuello, más fuerte...

Eleonor contemplaba la oscuridad con los ojos vagamente abiertos.

—¡Toma aire, Lio! Toma aire... ¡Ahora!

Ella obedeció y, en cuanto apretó los labios, Keiran tiró de ella hacia abajo, dando potentes brazadas para contrarrestar la corriente entrante.

Luchó desesperadamente contra la despiadada masa líquida que parecía empujarle de vuelta a su punto de partida, pero percibía la salida en la oscuridad. No se rindió, pensando que prefería morir con ella que vivir sin ella.

«Dios... ¡concédeme salvarla! Juro que seré el marido que ella desea, ninguna otra mujer, sólo ella, juro que sabré amarla como ella quiere... ¡ayúdame!».

Empujó con las piernas, golpeando violentamente contra las rocas, una y otra vez: primero un brazo, luego la pierna, un costado, y finalmente la espalda. Sin embargo, logró proteger a Eleonor de las afiladas puntas, poniendo sus brazos al frente mientras flotaba y avanzaba a tientas. Nadaba con vigor, esforzando sus músculos al límite.

Justo cuando estaba a punto de cruzar la salida de la cueva, sintió que las manos de Eleonor le apretaban con fuerza la piel de la espalda: estaba sin aire. Bajó la cabeza y sopló dentro de su boca, quedándose él mismo sin aliento.

Siguió nadando una y otra vez, esforzando brazos y piernas hasta el límite. Justo cuando pensaba que no lo lograría debido al esfuerzo y al dolor en los pulmones, alcanzaron la superficie. Inspiró ruidosamente, pero no perdió tiempo en evitar que las olas los arrojaran contra las rocas.

Se giró, colocando la espalda hacia abajo para mantener a Eleonor encima de él, y siguió nadando hasta alejarse.

Ella tosió repetidamente, escupiendo agua salada, con los ojos abiertos de par en par por el terror de haber escapado de la muerte.

—¡Capitán!

—Moro, ¡no veo nada! —gritó Keiran ahora exhausto.

El leal marino bajó hasta el centro de la boca de la gruta, con increíble destreza, sosteniendo entre los dientes el gancho de un farol.

Keiran lo vio y se acercó a la cuerda.

—No llegaré arriba con ella. Baja e intenta agarrarla.

Eleonor empezó a sacudir la cabeza y, cuando el Moro alargó la mano para agarrarla del brazo, ella no se soltó, apretando convulsivamente el cuello de Keiran.

—Cariño... el Moro te va a coger, confía en mí —dijo Keiran con dificultad, debido al esfuerzo de nadar contra la corriente que los llevaba hacia la cueva.

Pero ella no le escuchaba: le agarraba con desesperación, probablemente en estado de shock.

—Vale, vale... Dame la mano, moro, y subidnos juntos, pero rápido... ¡se está congelando y yo no aguantaré más!

El Moro colgaba de un brazo, y con la mano libre tiraba de su capitán ayudándole a agarrar la cuerda; luego volvió a subir y con la ayuda de Ben, Foster y Ramsay comenzó a recuperar al duque y a la duquesa.

Keiran utilizó sus extremidades con destreza, anclándolas a la roca, pero el peso de Eleonor aferrándose a él y el cansancio amenazaban con hacerle ceder.

—¡Excelencia! —exclamó Ramsay tan pronto como estuvieron arriba—. La mano... os ayudo...

Keiran se dejó levantar por el fiel mayordomo, quien, impresionado por el rostro cianótico de Eleonor, parecía estar a punto de llorar.

—Lady Northcliff... Dios mío...

Ben, el Moro y Foster agarraron a su capitán por la camisa y el pantalón, arrastrándolo hacia la seguridad.

Los dos supervivientes se dejaron caer en el suelo, respirando con dificultad y con la garganta en llamas.

Eleonor no se movía, aferrada a Keiran.

—No... me dejes... no... me... dejes... —suplicó entre dientes que rechinaban.

Ramsay le puso una manta sobre los hombros.

Keiran se levantó de repente, con una ráfaga de las pocas fuerzas que le quedaban. Sosteniéndola en brazos, caminó a paso ligero hacia su casa.

—Lord Northcliff, qué... —Ramsay levantó la linterna y vio el rostro amoratado de la mujer: quedó impresionado, intuyendo que estaba peor de lo que había imaginado. Siguió a su amo, lo rebasó, para llegar antes que él y advertir a Agatha y a los demás sirvientes.

A Keiran le ardía la garganta y le dolían los músculos como jamás le habían dolido, endurecidos por la sobrecarga a la que habían sido sometidos.

Subió por el sendero con los pies entumecidos y cubiertos por sus ahora andrajosas calzas de seda, que ondeaban en las puntas de las piedras bajo la nieve. Por fin vio las luces de la puerta de la cocina. Se dirigió hacia ella con mayor ímpetu.

Cuando el duque cruzó el umbral de la cocina, atestada de criados que lo observaban atónitos y asombrados, Agatha se le adelantó trotando hacia la escalera.

—He calentado mucha agua...

—En la bañera —le ordenó con la respiración contenida.

La anciana mujer, presurosa por la gravedad de la situación, entró en la habitación diez segundos antes que ellos, y comenzó a dar órdenes.

—Toda el agua caliente en la bañera... ¡han regresado! —les dijo a Hettie, Maggie y a otras dos criadas que corrieron para ayudar.

Cuando Keiran entró en sus aposentos, las mujeres se quedaron boquiabiertas de asombro: el duque tenía a su esposa en brazos, las piernas de ella aferradas a él; el cabello de ambos estaba empapado y el de la duquesa se esparcía como tentáculos por doquier, algunos mechones

aferrados a su rostro exangüe y otros al oscuro del duque; éste vestía una camisa y una enorme mancha rojiza le había teñido la zona del hombro derecho, mientras que en el brazo izquierdo se veía otra mancha más pequeña; sus pies, mal cubiertos por unas calzas hechas jirones, sangraban; las pantorrillas desnudas de la duquesa chorreaban unas gotas de rojo y los dedos de sus manos estaban amoratados.

—Dios mío... —Los ojos de Hettie se llenaron de lágrimas, pero dio un paso adelante—. La desvisto...

Pero Eleonor no tenía ninguna intención de separarse de Key.

—Lio... —pronunció él en voz baja, dirigiéndose al cuarto de baño, seguido por todas las mujeres.

Ella susurró de manera imperceptible:

—No... no te vayas...

Keiran comprendió que ella no se separaría de él. No se lo pensó dos veces: levantó una pierna y se metió en la bañera tal y como estaba, con ella en brazos, los dos vestidos, derramando agua caliente por todas partes.

Agatha se llevó las manos a la boca, mostrando una expresión de asombro, con los ojos brillantes de emoción.

Los ojos de las mujeres se abrieron de par en par y, tras un primer momento de estupor, se dispusieron a colocar una gran cantidad de paños en el suelo para absorber los chorros de líquido que caían al suelo.

Keiran empezó a verter agua sobre la cabeza de Eleonor con las manos, con gestos rápidos.

—Lio, tengo que quitarte el vestido.

Ella no se movió ni un milímetro, aferrándose convulsivamente a él, con el rostro oculto.

Él aplicó más fuerza, apartando los brazos de ella.

Pero Eleonor se aferró a su camisa con los dedos, y los ojos aterrorizados mirándole con desesperación. Temblaba lastimeramente.

—Pequeña, no me voy a ir de tu lado —la tranquilizó cogiéndole las manos entre las suyas.

Eleonor volvió a agarrarse, pero él se lo impidió, aprisionando sus manos aún moradas entre las suyas, tratando de infundirle algo de calma.

Agatha se acercó para desabrochar lentamente el vestido de la duquesa.

Keiran deslizó el vestido por sus hombros.

—Marchaos, lo haré yo solo.

—Estaremos en el saloncito —dijo el ama de llaves.

Él se remangó y, levantando a duras penas a Eleonor, le quitó y tiró al suelo vestido y enaguas, que cayeron haciendo un sonido similar al del agua encharcada.

Eleonor volvió a abrazarlo y Keiran le echó agua por la cabeza para que entrara en calor.

—Túmbate —le ordenó, empujándola un poco hacia atrás con su cuerpo, para que se sumergiera en el agua caliente y entrara en calor.

Pero ella reaccionó mal: negó con la cabeza en señal de rebeldía ante la idea de verse cubierta de agua otra vez.

—Estoy aquí. No te voy a dejar sola. —Keiran fue paciente durante unos instantes, concentrándose en tranquilizarla, y cuando la sintió menos tensa, le dijo—: *Leannan*, ¿me permitirías quitarme la camisa?

Eleonor se dio cuenta de que él también había estado en el agua helada. En cuanto aflojó el agarre, le permitió desnudarse, sin quitarle las manos de encima.

Keiran, ignorando de nuevo los brazos extendidos, se levantó y se quitó también los

pantalones. Finalmente, le permitió que lo volviera a abrazar. Se recostó lentamente y la llevó con él.

Eleonor escondió el rostro en el hueco de su cuello, sintiendo la agradable sensación del calor en la cara, mientras las manos de Key le echaban agua en la espalda, los hombros y la cabeza continuamente. Todavía temblaba ostensiblemente. Pasaron dos minutos.

—Lio, ahora mete la cabeza en el agua para que pueda aclararte el cabello.

Ella se incorporó asustada.

—¡No! en el agua no...

—Vale, entonces quédate así. —Keiran cogió un balde y vertió el contenido sobre su pelo—. Ahora nos secaremos —le dijo a continuación, poniéndose en pie.

Ella se levantó para no separarse de él, estirando las manos. Corría el riesgo de caerse porque sus piernas estaban muy débiles.

—Ven aquí —le ordenó cogiéndola en brazos y la sentó en un banco: la envolvió en una toalla y le frotó el pelo con otra. Él también se secó, de pie junto a ella. Notó que ella le tendía las manos, como si aún buscara socorro—. ¡Agatha!

La mujer entró al instante, sin reparar en absoluto en la casi completa desnudez del duque.

—¡Aquí estoy, Keiran!

—Por favor, prepara unas almohadas junto al fuego, muchas mantas y brandy. No le digas a nadie cuánto sabes, excepto a Wolf y Roy, si preguntan. Adviérteles a las doncellas.

—De acuerdo, Kein.

Él la contempló, sintiendo una piedad infinita por aquella criatura maravillosamente especial que había estado a punto de perder. Esta vez no había fallado. Dio gracias a Dios por haberle ayudado, pues de otro modo no podía ni imaginar cómo lo habría hecho. Estar sin ella, después de haberla tenido a su lado, no habría sido vivir. Se agachó para encontrar sus ojos verdes brillantes de lágrimas, que estaban clavados en él.

Eleonor lloraba en silencio.

La agarró por la cintura y la levantó con él, llevándola a la alcoba.

Frente a la chimenea todo estaba preparado. Las criadas le miraron con una mezcla de asombro, curiosidad y preocupación. El hecho de verlo con el torso desnudo y solo una tela cubriera sus partes íntimas ya era de por sí excepcional; pero ver que el hombre tenía los brazos anormalmente hinchados por unos músculos endurecidos por el esfuerzo extremo fue lo que más las asombró.

Keiran se sentó en el lecho suave, acomodando a Eleonor entre sus piernas, con el largo cabello dirigido hacia las llamas. Tomó el vaso que Agatha le ofreció, dio un sorbo generoso y se lo pasó a su esposa.

Eleonor levantó las manos temblorosas e intentó sujetar el vaso, pero no pudo beber debido a los violentos temblores.

Él detuvo esos movimientos cubriendo sus delicadas manos con la suya; le acercó el cristal a los labios y ella bebió despacio.

Maggie estaba de pie, sosteniendo una bata de noche y esperando instrucciones.

Él señaló la silla, y allí se colocó la prenda.

Hettie se acercó con un cepillo en la mano.

El duque asintió hacia ella, que inmediatamente se agachó para desenredar el cabello de su ama. Los ojos de la muchacha brillaban y Keiran vio la discreta mirada que dirigía a la herida de su hombro: la joven tenía un pensamiento para su hombre y él lo sintió.

—Ben está bien —le dijo para tranquilizarla.

Hettie le miró con ojos agradecidos.

Keiran le cogió el cepillo y le ordenó:

—Ve con él.

La joven se estremeció al oír esas palabras y miró a Eleonor con gran preocupación.

—Estará bien. Me quedaré con ella. Vete.

—Gracias... —susurró Hettie y se despidió.

—Keiran, ¿puedo curarte la herida? —preguntó Agatha, señalando el brazo.

La carne expuesta ya no sangraba, pero la laceración causada por la bala que rozó su piel era bastante extensa, y dejaría una cicatriz considerable como recuerdo de aquella noche de tragedia evitada.

La ama de llaves no esperó respuesta. Se inclinó y cubrió la herida con la pomada preparada por Homa y Asabi. Luego, la vendó rápidamente, pasando la tira de algodón por debajo de la axila.

—Que se vaya también la criada de lady Nancy, por favor. Y también vosotras. Podéis iros, gracias.

Agatha estudió la otra herida, la causada por la hoja del cuchillo.

—Es sólo un rasguño, Keiran, pero le pondré un poco de ungüento. A lady Northcliff también le vendría bien: tiene las piernas excoriadas...

—Yo me encargaré mañana, Agatha. Ahora sólo quiero que deje de temblar, y que deje de estar tan aterrorizada —dijo él con determinación.

—Kein, mi querido niño —murmuró la mujer como si aún hablara con el joven marqués que había sido tantos años antes—, sabes mejor que yo que ciertas emociones son difíciles de controlar. Ayúdala como sólo tú sabes. —Él tocó sus manos con un gesto de entendimiento. Luego se acercó al fuego y añadió otros dos troncos.

Keiran la miró. Luego, volvió a darle a Eleonor un sorbo del licor dorado.

—Temía... verla desaparecer devorada por las aguas —musitó lentamente, como si tuviera miedo de oír sus propias palabras en voz alta.

Agatha le sonrió.

—Está contigo y se pondrá bien. No pienses en el pasado. Me quedaré en el saloncito, así...

—No. Acuéstate en tu cuarto, Agatha. Si te necesitará te llamaría yo.

La maternal ama de llaves se inclinó para acariciar a Eleonor. Miró sus dedos ya no tan oscuros; los tocó, notando que estaban calientes. Asintió en silencio y salió.

Keiran y Eleonor permanecieron así unos minutos más.

Fue él quien intentó apartarse para buscar una postura cómoda, pero ella no lo permitió. En realidad, ella sollozaba dolorida, incontrolablemente, y él sabía que sería inútil intentar decirle palabras de consuelo. La abrazó, usando sólo el poder reconfortante de sus manos.

—Me has... salvado —murmuró Eleonor entre sollozos.

—Sí.

Ella levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Has mantenido... la promesa de no dejarme... que no sucediera nada malo... —sollozó.

—Claro que sí.

—Tú... me quieres.

—Sí, así es —respondió él, secándose la cara manchada de lágrimas con los dedos.

Eleonor volvió a inclinar la cabeza y le apretó aún más fuerte.

Keiran utilizó una mano para acomodar las almohadas y se tumbó sobre ellas, abrazándola con fuerza. La cubrió con fuerza y empezó a acariciarle los ojos cerrados con el pulgar en un

movimiento lento y relajante que le infundió confianza. Consiguió que se durmiera.

Él también se adormeció.

Pero, después de unas horas, el calor excesivo del cuerpo de Eleonor lo despertó. Ardía de fiebre y no daba señales de despertar.

Keiran sintió un momento de temor; le tomó el pulso en el cuello: estaba muy acelerado.

—*Mo' leannan*, despierta —le susurró—. ¡Lio! ¡Abre los ojos!

Eleonor gruñó.

—Key, tengo fiebre.

—Sí, la siento.

—Mi medicina, Key. Agatha sabe...

Keiran acudió al instante a tirar del cordón, se puso la bata y regresó junto a ella esperando a que llegara el ama de llaves.

—¡Aquí estoy!

—Agatha, tiene mucha fiebre. Dice que tú sabes...

—Sí, ¡usaré la misma medicina que me dio para vuestro marinero! —La mujer salió disparada.

—Key...

—¿Sí?

—Quita alguna manta.

—No.

—Quítalas. Confía en mí, por favor —le suplicó Eleonor.

Keiran clavó en ella la mirada un instante y leyó en sus ojos la seguridad de quien sabe lo que dice.

—¿Me acompañas al cuarto de baño? —le preguntó tendiéndole las manos.

Él la contentó.

—Tengo que atarme el pelo... para mojarme con agua fría.

Keiran no se movió.

—Sólo así bajará la fiebre, confía en mí, Key.

Él la sentó en un banco y fue al mueble de estilo oriental, donde buscó frenéticamente hasta encontrar dos varillas de madera perfumada. Enroscó el cabello de ella en un gran moño y lo aseguró con los dos palillos.

—¿Estás segura de que esto es lo correcto?

—Lo más correcto sería sumergirme en el agua tibia de la bañera, pero está sucia.

Keiran empezó a cubrirle el cuerpo caliente con paños húmedos de agua fría y siguió así unos minutos, oyendo que el ama de llaves esperaba en la otra habitación.

—Me gustaría tumbarme... no me tengo en pie —tartamudeó Eleonor, temblando por el descenso de la temperatura.

Él cogió un *sarong*[4] del fondo del mismo cajón del que había sacado las varillas para el pelo y se lo puso apresuradamente. La tomó en brazos, entró en la habitación y la tumbó en la cama.

—Aquí está la medicina, lady Northcliff —dijo la anciana llevándole la taza a la boca.

Eleonor bebió lentamente, a pequeños sorbos.

—Keiran, túmbate y descansa. Yo cuidaré a la duquesa.

—No, Agatha. Yo me encargaré. Vete, gracias.

El ama de llaves sonrió ante la consideración que mostraba su chico: quería a su joven esposa y ya sentía una gran responsabilidad por ella.

—¿Cuánto tardará en hacer efecto? —le preguntó impaciente.

—Depende. Es sólo el frío que he cogido, Key. Ahora me gustaría acostarme, me siento muy

cansada.

Keiran la ayudó y se tumbó a su lado. Se miraban a la tenue luz de las llamas de la chimenea y las velas encendidas. No necesitaban palabras. Sólo una mirada que los mantenía conectados, en sintonía.

Él le acariciaba suavemente la cara, infundiéndole paz y tranquilidad. En cuanto sintió que el sopor del sueño, y tal vez de la medicina, la había adormecido, detuvo su mano. Se adormiló, pero un sueño en el que un mar oscuro y tempestuoso les golpeaba implacablemente le sobresaltó.

Eleonor también se despertó en el mismo instante, presa del pánico, agitada, confusa, bañada en sudor.

Keiran se percató al instante de que habían tenido el mismo sueño y se alegró de la especial compenetración que ahora les unía.

—Estaba oscuro, demasiado oscuro... —se lamentó Eleonor con voz quebrada, mirándole con ojos desconcertados.

—Lo sé, *leannan*, lo sé.

—Ha sido terrible. —Unas lágrimas ardientes caían de sus hermosos ojos verdes, ahora marcadamente enrojecidos.

—Lio, ahora todo ha terminado. Dame las manos.

—No —dijo ella negando con la cabeza—. Abrázame fuerte, no me dejes, te lo suplico.

Keiran la atrajo hacia sí y cerró los ojos, mientras los despiadados recuerdos de un trágico suceso ya pasado le cruzaban la mente, dejándolo tristemente reconfortado al pensar que había evitado otro accidente mortal.

* * *

Maggie entró en la cocina y encontró a Hettie de pie, apoyada en la pared, expectante.

—Ben ha dicho que le esperara aquí... —se justificó Hettie mirando a su amiga—. Tienen que ocuparse de esos delincuentes.

—¿Tienen? —preguntó la otra, sin comprenderlo.

—También estaba Foster, Maggie.

—¡Sabía que tramaba algo grande! ¡Podía sentirlo! —Reflexionó un momento, luego preguntó —: ¿Han cogido a todos, Hettie?

—No lo sé.

—¿Y dónde los meterán?

—Tampoco lo sé.

Maggie se puso al lado de su amiga.

—Lady Northcliff ha sufrido un fuerte traumatismo —murmuró.

—Sí. Estoy muy preocupada por ella. Pero parece que el duque sabe lo que se hace. Él la ha salvado.

—Tenía los músculos hinchados. ¿Lo has visto?

—Sí. Debe haber hecho un esfuerzo descomunal. ¡Incluso le ha alcanzado una bala! —exclamó Hettie.

—¿Cómo lo sabes? ¿Un bala?

—Maggie, ya he visto una herida de bala otras veces: ya sabes, con mi señora y su manía por la medicina... Menos mal que sólo le ha rozado.

—Ben ¿está bien?

—Sí, sólo algunos moratones, magulladuras y un corte. De un cuchillo, creo.

Maggie enarcó las cejas.

—¿De un cuchillo? Dios mío... Hettie, ¿has visto también a Hugh?

—No.

Maggie suspiró, preguntándose si su hombre habría sufrido alguna herida.

—Creo que lo esperaré en la habitación, se lo había dicho.

—Entonces vete. Probablemente irá directamente allí.

Maggie se puso la capa y salió. Llegó hasta las desiertas dependencias y entró en el cuarto de Hugh. Encendió las velas, añadió leña a las brasas y puso una olla con agua a calentar. Acercó la bañera al fuego y preparó toallas.

Luego salió con la palangana en la mano, dejó la puerta abierta y trajo una y otra vez nieve fresca, que echó en la bañera. Cerró la puerta y esperó sentada en el sillón junto a la chimenea.

Observó las llamas rojizas que se elevaban, escuchando el crepitar que salía de ellas. Recostó la cabeza a un lado y se puso a pensar. Si Hugh hubiera resultado herido, habría tenido que pedir ayuda a alguien. O tal vez habría ido a la cocina para que Ramsay lo curara. Se sentó en el borde de la silla: iría a pedir ayuda.

De repente, la manivela chasqueó.

—¿Maggie?

Ella corrió a abrir la puerta y lo encontró de pie frente a ella: estaba blanco por el frío, despeinado; una sombra oscura bajo el ojo revelaba que había recibido un puñetazo o un fuerte golpe; tenía los nudillos desollados y le supuraba sangre de un brazo.

Maggie se quedó boquiabierta, aterrada.

—¡Estás herido!

—Si eres de las que se desmaya por un corte, entonces ya sabes, ¡ahí tienes la puerta! —explotó él.

—¡Yo no soy de ésas! ¡Solo estoy preocupada! ¡Y tú siempre andas tratándome mal! —le contestó ella, dando un portazo.

Hugh vio la bañera, las toallas y el agua en el fuego. Se dio cuenta de que había sido injusto y grosero. Se volvió para mirarla.

—Perdóname.

Ella se encogió de hombros impaciente y fue a verter el agua hirviendo en la bañera. Puso más en el fuego.

—Desvístete.

Él obedeció.

Luego Maggie cogió un trapo y ´le limpió bien la herida del antebrazo.

—Ahora puedes meterte en la bañera.

Él volvió a obedecer, emitiendo un suspiro de placer al contacto con el líquido caliente.

—No te acostumbres a dar órdenes —se burló de ella.

—Y tú no te acostumbres a verme siempre tan dispuesta. Me he asustado, y ver al duque y a la duquesa en esas condiciones...

—¿Cómo está ella?

—No muy bien. No podía separarse de su marido: ¡él ha tenido que meterse en la bañera con ella en brazos! ¡Vestidos!

Foster enarcó las cejas.

Maggie le lavaba la espalda.

—¿Y qué ha hecho él? Tenía los músculos duros como piedras y parecía que ni siquiera podía doblar los brazos de lo grandes que eran. Nunca había visto algo así...

—La ha salvado. Estaba atrapada en una gruta que el mar ha llenado en un santiamén.

Maggie se detuvo con el trapo en la mano y abrió la boca de par en par, asombrada.

—Y él la ha sacado nadando, bajo el agua. Y luego en una cuerda lastrada. Por último en sus brazos a casa.

—¡Maldita sea! Ahora lo entiendo... Pero, ¿por qué estaba ella allí? ¿Y por qué estabais vosotros también?

Hugh se dio la vuelta para contemplarla.

—Estás haciendo demasiadas preguntas, Maggie. De todos modos, estábamos allí para atrapar a los contrabandistas.

—¿De veras? ¿Alguno de ellos te ha herido?

—Sí. —Foster se frotó fuerte el pelo con jabón y se sumergió para enjuagarse.

Maggie le entregó una toalla.

—¡Maldita gente! —exclamó él rabioso contra los hombres que habían disparado y empleado cuchillos. Salió de la bañera y empezó a secarse. El mero recuerdo de la noche pasada le hacía hervir la sangre y la idea de que aún no había acabado con aquellos delincuente le daba un subidón de energía, imaginando la somanta de palos que tendría que darles para hacerles hablar.

—No sabía si debía salir a buscarte... —Maggie se arregló un poco mientras él se calentaba junto a la chimenea. Luego se desnudó y cogió su camisón, recordando que lo había dejado sobre la cama cuando la habían llamado para ayudar a los duques.

—Maggie, necesito tenerte. Si tienes ganas —dijo él amablemente.

Ella se quedó de pie junto a la cama, asombrada por la petición hecha en tono educado.

—Vale, Hugh, aquí me tienes —le contestó ella expectante.

—Maggie, no me apetece ser delicado esta noche. ¿Entiendes?

Maggie pensó que nunca había sido delicado con ella y el hecho de que especificara esto justo ahora le parecía casi una consideración. Tal vez estaba empezando a encariñarse de ella.

—Dime qué es lo que quieres, Hugh.

Él se quedó mirando su voluptuoso cuerpo desnudo, adelgazado en la cintura. El triángulo oscuro era perfecto: aquella condenada seguía depilándose tal y como le había enseñado la duquesa.

Se levantó de un salto, haciendo que ella se sobresaltara, y la alcanzó en pocos pasos, dejando caer la tela que envolvía sus caderas. La besó con insistencia, obligándola a retroceder.

—Hugh, estaba tan preocupada por ti...

Pero él, indiferente a la preocupación de la chica, sólo sentía una violenta lujuria que nublaba su mente. La empujó contra la pared, le levantó las piernas y, con un movimiento furioso, la penetró.

Maggie contuvo la respiración, pero no gimió. Lo miró asombrada por su actitud enajenada y animal.

—¿Me tienes miedo? —preguntó Hugh, lamiéndole los labios entreabiertos.

—No, pero estás distinto.

—Ya te lo había dicho una vez. Si quieres me detengo, Maggie —dijo, lamentando haber sido tan brusco.

Ella sacudió la cabeza, dejando caer los oscuros y suaves rizos sobre sus hombros.

La dulzura de ese gesto femenino le hizo sentirse culpable; pero la adrenalina y la rabia que aún permanecían en él tras aquella noche de tan traumáticos eventos no le permitieron controlarse. La llevó a la cama y se abalanzó sobre ella, penetrándola de nuevo sin demasiados miramientos. Mordió la piel suave de sus senos, dejando evidentes marcas rojas.

Maggie estaba preocupada, con sus grandes ojos oscuros abiertos de par en par por el estupor

ante tanta prepotencia. En su fuero interno temía no seguir disfrutando del juego.

Pero el placer de sentir la lengua de Hugh en sus pezones no le dio tiempo a decidirse. Dejó escapar un gemido de satisfacción, que pronto se convirtió en una queja por el dolor que él le estaba causando al apretar los dientes con demasiada fuerza.

Ese gemido despertó la atención de Hugh, que la miró, embistiéndola con demasiada violencia.

—Por favor, dime que puedes aguantarlo... —le susurró él, incapaz de frenar aquella agresividad—. Dime que puedo presionar fuerte... Lo entiendes, ¿verdad, Maggie?

—Sí, lo entiendo —le respondió ella.

Hugh volvió a morderla, en el cuello, en el hombro, en los pechos, dejando manchas sonrojadas por todas partes. La tocó con excesivo ardor, apretando sus manos heridas por el enfrentamiento contra su tersa piel, agradecido de que ella no estuviera alterada y pudiera disfrutar tanto como él. Y cuando Maggie se arqueó para él, aceptando totalmente el placer y el dolor juntos, el orgasmo le llegó a él tan impetuoso como un huracán. Dejó escapar un grito salvaje mientras se movía dentro de ella, descargando por completo su semen y todo el aliento de sus pulmones.

Maggie sentía que le ardían entre las piernas, pero no le importó, decidida a tomar todo lo que pudiera.

Cuando terminó, sus cuerpos se desplomaron exhaustos, sus alientos mezclándose en el aire caldeado por el fuego.

—Disculpa, Maggie —jadeó Foster—, pero así soy yo después de ciertas experiencias.

Maggie no respondió.

—Te he hecho daño —le reconoció él, al ver manchas rojas en sus pechos, cuello y hombros.

—No importa si ahora estás mejor.

Hugh se sintió mal por utilizarla como válvula de escape, sobre todo por aprovecharse de su disposición a complacerle. Se preguntó si se lo hacía a todo el mundo, pero decidió concederle el beneficio de la duda. Se lo merecía por estar allí.

La atrajo hacia él, colocando la manta sobre los dos.

—Gracias Maggie —musitó él.

Se acurrucó junto a él y se quedó dormida, fantaseando con hacer el amor con Hugh de forma dulce y cariñosa, como una pareja de enamorados.

CAPÍTULO 11

28 de diciembre de 1811

—No sé si llamar a la puerta. Agatha ha contado que anoche tuvo fiebre —dijo Hettie mientras untaba un poco de pomada en el pómulo hinchado de Ben.

—Vamos juntos —le propuso él, clavando la mirada en los suaves ojos de la chica. Levantó la mano y le acarició la cara—. ¿Me das un beso?

Hettie se inclinó y le dio el gusto, rozándole la boca.

Pero Ben tiró suavemente de ella hacia él, mostrando más entusiasmo.

—Nunca es suficiente, Hettie, ni siquiera después de esta noche.

Ella se ruborizó, sintiéndose incómoda por ser el objeto del deseo de alguien. Cerró el tarro de la pomada, sonriendo tímidamente.

—Vamos —dijo Ben, tomándola de la mano.

Ante la puerta de la habitación del duque, llamó a la puerta.

Fue el propio Keiran quien abrió; estaba en bata, despeinado, con el rostro cansado.

Los dos hombres se miraron. Ben esperó.

El duque miró a Hettie, que estaba a un lado detrás de él: le hizo un gesto para que entrara y ella obedeció.

—Ben, iremos a hacerles hablar —sentenció el duque con semblante serio.

El criado asintió, comprendiendo enseguida que el duque se refería a los contrabandistas.

—Creo que Foster ya lo ha intentado.

Keiran lo miró fijamente.

—¿Cuándo?

—Acabamos de volver.

—¿Estabas allí?

—Sólo al principio. Luego Foster me dijo que podía irme. También echó al Moro.

El duque entornó los ojos, reflexionando. Probablemente los tres no hablaban y Foster había decidido adoptar un método más contundente para obtener información. Pero nunca lo habría hecho delante de nadie que no fuera él.

—Me vestiré solo. Llama a Foster, por favor. Lo esperaré en mi estudio.

—De acuerdo. ¿El desayuno?

—Lleva algo allí. Ben, antes de ver a Foster, me gustaría ver a mi hermano y a Wolf.

El camarero se marchó tras confirmarlo y Keiran se dirigió al guardarropa, donde vio a la joven criada ordenando y arreglando en silencio, mientras Eleonor volvía a dormir. Había pasado una noche inquieta y a menudo se despertaba llorando y presa del pánico.

Keiran eligió la ropa que iba a ponerse, pero al mirarse en el espejo vio la oscura sombra de su barba; suspiró porque no tenía ni ganas ni tiempo de afeitarse. Se lavó, se vistió rápidamente y salió después de comprobar una vez más cómo estaba Eleonor.

* * *

—Ahora ya lo sabéis todo —concluyó Keiran tras relatar lo sucedido la noche anterior. Se frotó la poblada barba con los dedos y se sentó frente a la chimenea de su estudio.

Roy y Daniel lo miraron asombrados.

—Deberías haberme llamado —dijo St. James.

—Estoy convencido de que estabas en compañía mucho más agradable, Wolf —comentó Keiran sabiendo donde estaba su amigo—. Y desde luego yo no podía imaginar que saliera así.

Danny meneó la cabeza, molesto. Era cierto, había estado mucho tiempo con Nancy, charlando y besándose tiernamente.

—Y yo no estaba allí... —dijo Roy para sus adentros, como reprochándose.

—No quiero que nadie más lo sepa, sobre todo mi madre y lady Hereford: Eleonor no estaba en el acantilado y está en cama con gripe.

Ambos lo aprobaron. En ese momento se oyeron voces.

—Excelencia, el doctor Boyd está aquí —dijo Ramsay haciéndose a un lado para dejar pasar al hombre.

—Doctor Boyd.

—Lord Northcliff, señores.

—¿Por fin han abierto la carretera? —preguntó Roy.

—Más o menos —respondió el médico—. Digamos que la nieve ha sido apartada malamente, pero al menos he podido recorrer la carretera a caballo. Ramsay me ha informado. Veré a la duquesa primero, por supuesto.

—¿Por qué? —le preguntó Keiran asombrando a todos.

—Bueno, ¿no está enferma? —preguntó el médico sin comprender.

—Ya está mejor —dijo Keiran. Un extraño sentimiento de posesión por su mujer le inducía a protegerla incluso de la mirada del médico.

—Kein —intervino Roy—, te quedarías más tranquilo si el doctor Boyd la examinara un momento.

Keiran se dio cuenta de que parecía celoso.

—Os acompaño, doctor —dijo precediéndolo.

Al entrar en los aposentos ducales, les llegó un aroma a rosas.

Keiran comprendió que Eleonor se había dado otro baño.

—Tomad asiento aquí, doctor. Avisaré a la duquesa —dijo, señalando el saloncito. Luego entró en la habitación, cerrando la puerta.

Eleonor estaba tumbada en la cama de lado, boca abajo, con un brazo bajo la cabeza, la cara vuelta hacia las ventanas, los ojos perdidos en el vacío, el pelo largo repartido entre los hombros y la cama.

—Lio, ¿qué haces?

Se sobresaltó y se levantó. Lo miró fijamente un momento; luego se levantó de la cama y corrió a abrazarlo, colgándose de su cuello.

—¿Dónde estabas? ¡Habías dicho que te quedarías conmigo!

Él la mantuvo sujeta durante varios segundos.

—El médico está aquí. Métete en la cama y tápate bien con las mantas.

—No. Estoy bien.

—Debe visitarte.

—Ya lo he entendido, pero me quedaré de pie.

—Ven aquí —le dijo, llevándola hacia la cama. La empujó y la cubrió con la manta. Luego se dirigió a la puerta y la abrió.

—Por favor, doctor Boyd, adelante.

El médico entró sonriendo como siempre.

—¡Lady Northcliff! ¿Frío?

—Me temo que sí, doctor, pero ahora estoy mejor.

—¿Albahaca morada?

—Sí, así es. La uso siempre para la fiebre.

—Os auscultaré el pecho, si os parece bien —le explicó Boyd mientras se giraba para sacar el instrumental de su maletín.

—Por supuesto —respondió Eleonor, apartando la manta.

Keiran abrió los ojos de par en par y volvió a cubrirla.

Ella frunció el ceño y volvió a retirar la manta.

—¿Y cómo te piensas que va a hacerlo si no me descubro? —preguntó irritada.

—Me temo que la duquesa tiene razón, lord Northcliff —intervino divertido el doctor. Se agachó y colocó el instrumento sobre su pecho, en varios lugares, escuchando atentamente.

Keiran no se perdió un movimiento, sintiéndose como un tonto por sentir tal incomodidad al ver las manos del médico, que conocía de toda la vida, moverse sobre el cuerpo de Eleonor.

—Todo en orden —sentenció por último el médico—. Me han dicho que habéis salvado al marinero de su excelencia. ¿Es eso cierto?

—Creo que sí —admitió Eleonor.

—Iré a echarle un vistazo. Buenos días, lady Northcliff. Y no os quedéis aquí encerrada: podéis levantaros, pero no salgáis hasta dentro de unos días.

Keiran le siguió para acompañarle, pero Ben ya estaba esperando fuera para conducir al doctor a visitar a Shorty.

—Quedaos a tomar el té, doctor.

—Os lo agradezco, lord Northcliff, pero prefiero no retrasarme: temo otra nevada.

—Entonces os alojaremos por la noche. Estoy seguro de que mi madre se verá feliz.

—Me encantaría, de verdad. Pero tengo dos parturientas en Edimburgo, y si deciden adelantarse a esta noche... —El médico hizo un gesto elocuente.

—No os permitiré que regreséis a la ciudad a caballo. Ben, el carruaje con ruedas de nieve. Con él aplanaréis el camino.

—¿Una invención vuestra? —le preguntó el médico, sabedor de las excepcionales habilidades del duque.

—Sí.

—¿Ruedas de nieve?

—Ruedas más grandes y robustas con una especie de calza lateral que aparta la nieve.

—Notable —comentó el hombre.

—Práctico, diría yo —añadió Keiran.

Acto seguido el médico se despidió con un fuerte apretón de manos.

* * *

—Foster.

El *Bow Street Runner* se levantó en cuanto el duque entró en su estudio.

Ben sirvió el desayuno en la mesa entre los sillones y se marchó.

—¿Comerás algo conmigo? —le preguntó el duque al sentarse.

—No, gracias. Ya he desayunado.

Keiran le miró y se le notaba que estaba cansado.

—¿A qué hora terminaste con ellos?

—En realidad me llevó una hora escasa.

—¿Han hablado? —preguntó Keiran, masticando un trozo de tocino.

—Sí. Nada del otro mundo. El que dirigía el juego era tu marinero, Jesse. Ponía algún tipo de narcótico en el vino de tus hombres y estos se quedaban dormidos hasta la mañana sin oírle cargar el doble fondo de la bodega con whisky.

Keiran sacudió la cabeza con incredulidad. Se comió un huevo. Percibió una sensación extraña y levantó sus ojos azules para mirar fijamente los de Foster.

—¿Qué pasa? ¡Habla!

—Se le ha escapado algo al hombre de la cara picada por la viruela.

Keiran frunció el ceño y dejó el tenedor, esperando una explicación.

—He sido muy duro, me temo, y espero que no lo desaprobéis.

—No desapruebo lo que haces por tu cuenta. Habla, Foster.

—Pues que en el fragor de la paliza, le he dicho que debería estar agradecido de que hubierais conseguido salvar a la duquesa, porque si no, sin duda lo habríais matado con vuestras propias manos.

—¿Y él?

—Y él ha dicho... que si vuestra mujer hubiera muerto el día del tiroteo en el bosque habría sido mejor.

El rostro de Keiran se tornó violento; empezó a respirar ruidosamente y apretó los puños.

—¿Qué has hecho? —le preguntó en un susurro que presagiaba una cólera mal contenida.

—Le he zurrado aún más fuerte —le respondió Foster, masajeándose las manos aún doloridas.

El duque miró los nudillos desollados e hinchados, y asintió con gesto de aprobación.

—Sin embargo, ha hablado. Dice que todos en los pueblos vecinos saben que el tirador fue Jeremiah el Loco...

Keiran frunció el ceño: el viejo Jeremiah había muerto hacía unos días.

Al ver la expresión recelosa del duque, Foster dijo:

—¡Exacto! Extraordinaria coincidencia la muerte del viejo. Extraño también que se haya suicidado.

—¿Cómo?

—Ése es el rumor a voces: suicidio.

Keiran miró fijamente a los ojos color avellana de su compañero.

—Pero tú no estás convencido —afirmó.

—Para nada.

—Vamos, Foster, dime tu idea.

—Bien, yo creo que lo mataron para que pareciera culpable.

Keiran asintió, y tomando el tenedor en la mano, empezó a comer de nuevo.

—¿Están los tres abajo?

—Sí.

—¿Aún necesitas hablar con nosotros?

—No, creo que ya los he exprimido bastante. Y ni siquiera me ha llevado mucho tiempo —reconoció complacido por el resultado de su trabajo.

Keiran lo miró.

—Estás cansado. —Luego, sonriendo inesperadamente, añadió—: Deduzco que has estado ocupado después del trabajo.

Foster respondió con una media sonrisa.

—Una chica apetitosa, Foster, y dicen que bastante desenvuelta. Elige para qué la quieres: ¿diversión o una relación seria?

Foster inclinó la cabeza, meditando esas palabras. Sabía que el duque tenía una habilidad

especial para leer los sentimientos de los demás, así que no se sorprendió. Suspiró.

—Dependerá de ella, creo.

Keiran asintió.

—Bien contestado. Bajemos. Quiero a Jesse fuera. Ya no lo quiero cerca. Los otros dos todavía tienen que hablar.

Se levantaron y salieron del estudio.

* * *

Las mazmorras del castillo, mal iluminadas, estaban justo debajo de la capilla y habían sido construidas en la Edad Media por uno de los antepasados de Keiran. Las mantenía limpias, aunque nunca las utilizaba.

Los tres contrabandistas estaban en celdas separadas pero muy próximas. Vieron al duque acercarse.

—Foster, saca a ese traidor de mierda. No quiero volver a verlo. —ordenó, señalando a Jesse, pero fulminando con la mirada al hombre de la cara picada y cojo.

Jesse se escabulló como una liebre, sabiendo que aunque el capitán Blake ni siquiera le había mirado, más le valía desaparecer de inmediato: conocía bien la reputación de aquel hombre.

—Pon a esos dos juntos —dijo con calma el duque mientras se quitaba la chaqueta.

Foster obedeció.

Los dos observaron cómo el duque colgaba la prenda en un gancho y se remangaba la camisa. Se miraron el uno al otro. Luego le vieron agacharse y sacar de su bota un cuchillo finísimo, con el mango trabajado, y entrar en la celda.

Keiran habló despacio y con calma.

—Es muy sencillo: quiero saber más de lo que le habéis contado a Foster sobre el tiroteo en el bosque. Al que no sepa nada, no lo necesito, así que lo mataré. —Hizo girar el cuchillo en el aire, cogiéndolo cada vez por el mango, con gran habilidad, sin dejar de mirarlos.

Los dos parecían hipnotizados por aquel movimiento.

El cara picada fue el primero en abrir la boca.

—Lo... lo juro... no sé más.

Keiran lanzó el cuchillo con precisión, clavándolo en el pie del hombre.

Éste se echó hacia atrás, cayendo al suelo, pero el pie quedó pegado al piso de madera, a pesar de que tiraba de la pierna. Gritaba de dolor y abría los ojos, incrédulo por el gesto del duque. Alargó la mano para retirar el cuchillo, pero Keiran ya había tomado la pistola que llevaba en la cintura detrás de la espalda y se la apuntó, haciendo sonar el martillo. El cara marcada se detuvo en seco, lo miró y no se movió más. Respiraba con dificultad, más por el miedo que por el dolor.

—Sé... sé... algo más...

—Bien. Te escucho.

—No fue el viejo Jeremiah...

—¿Quién, entonces?

—Desconozco el nombre... pero sé que el viejo fue visto en el carruaje de una mujer, una noble, la viuda de un conde... —El cara picada jadeaba y sudaba—. Desconozco el nombre, no la he visto.

Keiran lo miró fijamente: sintió que algo provenía del hombretón que tenía a su lado.

—¿Crees que el cojo —dijo, guiñando al otro—, sabe algo más?

—Sabe lo que... sé yo.

—No sé más, de verdad... —intervino el cojo con voz ronca.

El duque le entregó la pistola a Foster y se agachó para sacar el cuchillo del pie del cara

picada, obligándole a soltar un grito. Luego se levantó lentamente, mirando amenazadoramente al cojo. La sangre goteaba de la hoja, cayendo al suelo, y unas gotas ensuciaban sus botas oscuras.

Aunque eran de la misma estatura, el hombre corpulento se sintió intimidado por la inquietante mirada del noble.

Keiran se acercó a él y le presionó con el cuchillo en su gordo vientre, obligándole a retroceder. El metal afilado atravesó su camisa raída y su raída chaqueta.

El hombre empezó a asustarse: aquel maldito duque iba en serio.

—No sé más... lo juro.

—¡Entonces ya no me sirves! —Keiran gruñó, girando el cuchillo en la mano para cambiar de agarre; al mismo tiempo, atrapó la muñeca del cojo y estampó su mano contra la pared. Clavó con precisión la hoja en el centro de la palma, con la seguridad de no haber dañado ningún nervio.

El cojo alcanzó a mirarse la mano antes de soltar un grito desgarrador. Intentó alcanzar el cuchillo con la otra mano.

—Si lo tocas, te mato —le amenazó Keiran.

El hombre se detuvo, respirando como un perro que jadea después de una larga carrera.

—Tienes el justo tiempo de recordar algo antes de que Foster me entregue la pistola para matarte —dijo Keiran, abriendo la mano para recibir el arma. Apuntó a la frente del cojo.

—¡El nombre de la viuda! ¡Lo sé! ¡Lo sé!

—Bien, ¡pues dilo!

—¡La viuda del viejo conde de Portland! Pero juro... juro... ¡que eso es todo lo que sé! —Ahora el cojo lloraba aterrorizado.

Keiran se quedó inmóvil, casi incrédulo: la viuda de lord Portland, la madre de Simon.

¿Qué tramaba aquella mujer? ¿Y qué se proponía conseguir?

Se volvió para mirar a Foster, luego sacó el cuchillo de la mano sangrante del hombre, salpicando de sangre la manga de su camisa blanca; agarró al cojo por las solapas de la chaqueta y lo condujo a la celda contigua.

—Enciérralo, Foster. Escolta al médico hasta aquí, aún debe estar en el castillo.

Foster asintió, reflexionando sobre los persuasivos métodos del duque de Northcliff.

Era un hombre decidido y seguro de sí mismo, pero, sobre todo, era peligroso. No toleraba la injusticia, y menos cuando se perpetraba contra los más débiles. Desde aquel momento, supo con absoluta certeza que aquel hombre misterioso e inquietante no permitiría que nadie hiciera daño a su esposa. Sintió lástima por el enemigo que le tuviera en su contra.

Keiran salió a grandes zancadas de aquel lugar oscuro, con la chaqueta en una mano y el cuchillo ensangrentado en la otra. Caminó hasta la entrada de la cocina y se detuvo.

Respiraba con dificultad, y su aliento cálido se condensaba en nubes que ascendían en el aire. Un profundo malestar lo invadió, como cada vez que hacía daño a alguien. Pero había sido necesario para obtener la información.

Se inclinó sobre la nieve blanda y hundió el cuchillo en ella para limpiarlo; notó que su camisa estaba salpicada de sangre; luego se miró y vio que sus botas y pantalones también estaban sucios.

Entró en la casa.

En la cocina empezaban a sentirse los olores de la cena, y a su entrada todos se volvieron. Muchos de ellos sabían lo de los contrabandistas y lo que el duque había ido a hacer a las mazmorras del castillo. Además, la sangre que llevaba encima lo delataba todo.

Pasó de largo y subió las escaleras con tal determinación que Ramsay no lo detuvo para preguntarle si necesitaba algo. Entró en la habitación, cerrando la puerta de un golpe, sin prestar atención a Eleonor, que estaba leyendo tumbada en la cama; se colocó en medio de la habitación. Dejó caer el cuchillo y rápidamente comenzó a desnudarse.

Ella le observó con los ojos abiertos de par en par: había reparado en la sangre, pero supo de inmediato que no era la suya.

—¿De quién es esa sangre?

Él no respondió, ni le dirigió una mirada. Se quitó los pantalones y se dirigió al cuarto de baño. Cogió un balde de agua fría y se lavó en el interior de la bañera, estremeciéndose al contacto con el líquido helado. Se cubrió con una toalla y se sentó en el banco de madera.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Eleonor temerosa, apareciendo en el umbral. Temblaba ante la respuesta que intuía. Vio cómo el pecho de Key subía y bajaba con repentina frecuencia, notó el esfuerzo que hacía por contener algo que a ella le pareció rabia. Le observó cerrar los ojos y apretar los puños.

—Key, me das miedo.

—Entonces vete.

—Eres injusto.

—Lo sé. Pero sal de aquí, Eleonor.

Le obedeció ofendida, pero era demasiado inteligente para no darse cuenta de que era mejor no provocarle en aquel momento. Se sentó en el borde de la cama.

En el ínterin, él trataba de controlar sus emociones obligándose a respirar pausadamente. Necesitaba calmarse, recuperar el equilibrio.

Se miró las manos con las que había apuñalado a los dos hombres, las mismas manos que calmaban el dolor y aliviaban el sufrimiento, las mismas manos que dibujaban ingeniosos mecanismos y gráciles siluetas...

¡Dibujar! Eso era lo que iba a hacer. Respiró hondo y se levantó con ímpetu. Entró en la habitación, se acercó a su escritorio y cogió la carpeta negra. Sacó unas hojas en blanco y se sentó en el sillón junto al fuego, cubierto únicamente por la toalla de baño.

Eleonor le miraba incrédula, sin comprender lo que había pasado y sin entender los gestos que hacía al trazar líneas en el papel mientras la miraba de vez en cuando. Movida por la curiosidad, se levantó lentamente.

Keiran apartó los ojos del papel y al mismo tiempo también el carboncillo que sostenía entre los dedos.

—Quédate ahí.

Ella retrocedió, frunciendo el ceño con desconcierto. Se quedó observándolo mientras él dibujaba, difuminando con los dedos y mirándola de vez en cuando. Notó que aquella actividad parecía calmarlo, así que esperó unos segundo, y finalmente, le preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

Él la miró.

—¿Quieres verlo?

—Sí, claro —le contestó ella, volviendo a levantarse.

—Quédate ahí, he dicho.

—Pero... Key... qué...

—Si quieres ver mis dibujos, debes colaborar —dijo él, sin dejar de dibujar con mano firme.

—No te entiendo.

—Quítate la bata y túmbate en la cama.

—Key, encuentro todo esto muy insólito y sobre todo muy alejado de mi comprensión. Así que no voy a...

—Dijiste que tenías derecho a ver mis dibujos, ya que eres la modelo.

Eleonor entornó los ojos, empezando a sospechar a dónde quería llegar.

—Como tal, tienes el deber de desempeñar lo mejor posible el papel que tan generosamente has decidido asumir. Así que, quítate la bata y túmbate en la cama.

—Podría... haber cambiado de opinión.

—¿Sobre qué?

—Sobre el hecho de... querer estar... desnuda... mientras dibujas.

—Ya te he visto desnuda y te aseguro que no eres diferente a las demás —dijo Keiran, marcando bien cada palabra. Estaba seguro de la reacción que provocaría.

Eleonor apretó los labios, irritada. Se quitó la bata y se tumbó en la cama, mirándole fijamente.

Keiran fingió no darle importancia y reanudó su dibujo con frenesí y concentración.

—Ponte como estabas cuando he entrado.

Ella obedeció.

—No creía que me hubieses mirado... ¡has entrado en el baño como un rayo!

Él no hizo ningún comentario.

—¿Estabas... con los contrabandistas?

Silencio.

Keiran dibujaba con mano rápida, sin dilación, adoptando una postura cada vez más relajada.

Eleonor se dio por vencida, y cogiendo el libro de la mesita que había junto a la cama, lo abrió y comenzó a leer, perdiéndose pronto en las picantes frases de la irreverente y perversa obra del marqués De Sade, «*La Nouvelle Justine, ou les Malheurs de la vertu*».

Había optado por algo que la distrajera y le hiciera olvidar lo ocurrido la noche anterior. A la mitad del libro, la cruda realidad presentada por el Divino Marqués emergía nítida y chocante. El hecho de que la sexualidad se abordara con tanta despreocupación la intrigaba, pero la perturbaba el descubrimiento sangriento de lo que hombres y mujeres podían llegar a hacer en su búsqueda desesperada de un placer tan perverso y promiscuo que le resultaba repugnante.

Esas vibraciones insistentes sacudieron a Keiran, interrumpiendo su concentración. Había pasado al menos media hora. Miró fijamente a la muchacha, pero solo levantó los ojos y la vio atenta, aunque un poco impresionada, con una ligera expresión de disgusto. Una terrible duda lo asaltó. Limpió su mano manchada de carboncillo en la tela que llevaba puesta. Se acercó a la cama y preguntó con voz grave:

—¿Qué estás leyendo?

Eleonor apartó la mirada de las páginas, pero no le miró.

—Un libro...

—Eso ya lo veo. Pero, ¿qué libro es?

—Nada de particular, una novela.

—¿Puedo? —Keiran extendió la mano, evidentemente pretendiendo verlo. Ella fingió no entender y cerró el libro. Iba a apartarlo, pero él se inclinó y le sujetó la muñeca. Tomó el libro y leyó el título. Abrió la boca, pero el asombro lo dejó en silencio durante unos instantes—. ¿Quién te ha dado este libro?

—Lo he cogido de la biblioteca...

—¡Maldita sea, Eleonor! ¡No puedes leerlo!

—¿Por qué?

—¡Creo que ya sabes por qué!

—Entonces tú también lo has leído —exclamó, complacida de poder compartir tales conocimientos con su marido.

Se levantó, olvidando que estaba desnuda. Cogió su bata y se la puso delante de él. Entonces se percató de la expresión peligrosamente airada de su marido y se dio cuenta de que estaba en apuros.

—Pero, ¿cómo lo has hecho, Key? Si a ti no te gusta leer —le mostró ella su asombro en un intento de distraerlo, inclinando la cabeza con un movimiento absolutamente sinuoso.

—Conmigo no funciona, niña. Conozco el contenido de ese libro y te ordeno que no lo vuelvas a tocar.

Eleonor apretó los labios

—¿Por qué?

—No es apropiado para una mujer.

—¿Por qué?

—Eleonor.

—Sólo lo sabrás tú, Key, nadie más.

—¡Eleonor!

—No lo entiendo. Y para ser honesta, tampoco comprendo toda la promiscuidad de la que habla el Marqués. ¿Por qué a los hombres, os gusta eso?

Keiran permaneció inmóvil, mirándola fijamente.

—No quiero hablar de esto contigo. Se acabó el tema. —Él se dio la vuelta, llevándose el libro.

Eleonor no se dio por vencida.

—Vale —le respondió con fingida sumisión. Entró en el guardarropa, eligió una gruesa bata que la cubría por completo y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde demonios vas?

—Con Roy —respondió ella entrando en el saloncito—. Hasta luego.

Keiran se le echó encima antes de que tocara el pomo.

—¿Por qué vas donde Roy? —le preguntó sujetando su brazo.

—Porque es un amigo y estoy convencida de que podrá responder a las preguntas que tú te niegas a contestar.

Keiran la condujo al dormitorio y sin demasiada delicadeza la hizo colocarse en medio de la habitación, frente a él.

—Me haces daño.

La soltó. Exasperado, se pasó los dedos por el cabello. Luego, gesticulando con la misma mano, dijo:

—No quiero que hables de estas cosas con otros hombres, ni siquiera con mi hermano.

—Entiendo. Entonces explícame lo que quiero saber.

Keiran la miró durante largos segundos: ella ansiaba conocer, saber, estar informada. Suspiró. Resopló. Y finalmente dijo:

—Sentémonos.

Eleonor sonrió satisfecha por el resultado y se tiró al suelo, entre los cojines que había frente a la chimenea.

Él se sentó en el sillón, mirándola, buscando la mejor manera de tratar temas tan espinosos.

—Pregunta.

Ella se quedó pensando un momento.

—¿Lo has hecho alguna vez?

Keiran temió que se le atragantaba la pregunta, pero disimuló muy bien su malestar.

—¿A qué te refieres?

—A hacer ciertas cosas... en grupo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no las encontré de mi agrado.

—¿Entonces lo has probado?

Keiran permaneció inmóvil para no delatar su enfado.

—Miré, pero no lo probé.

Eleonor quedó satisfecha con la explicación.

—¿Había también hombres con... hombres?

Él movió la cabeza con ademán atormentado, crucificado ante la idea de encontrarse explicando esas cosas a una mujer, su esposa.

—Sí.

—¿Por qué les gusta a algunas personas?

—Es difícil decirlo. A veces se trata simplemente de haber menospreciado tanto y durante demasiado tiempo el propio cuerpo y la propia dignidad, que se pierde de vista el valor que debería tener el acto sexual.

—¿Qué valor debería tener?

Keiran miró las llamas, mordiéndose el labio inferior. Nunca pensó que le resultaría tan difícil hablar de esos temas.

—El valor de un impulso físico; o el de un sentimiento.

Eleonor reflexionó sobre la sencillez de aquella afirmación. Se llevó un dedo al labio, presa de enrevesados razonamientos.

—Perder de vista un valor...

—No siempre.

Eleonor lo miró asombrada.

—¿O lo que es lo mismo?

—A veces se trata de una especie de búsqueda extrema del placer, rayana en la enfermedad mental.

—Entiendo... una obsesión. Pero, Key, ya sea por falta de valores o por manías de la mente, ¡realmente encuentran placer!

Keiran sonrió, levantando la comisura de los labios, mostrándose accesible.

—Sí, es cierto.

—¿Tú crees que... los que están con hombres están enfermos?

—No, Eleonor. He conocido hombres que lo son sólo porque su físico lo demuestra. Pero por dentro son mujeres.

Ella se mordía aún el labio, como si dudara de si debía preguntar algo embarazoso.

—Key, ¿es normal sentirse intrigada... por esas imágenes, aunque también me causen repulsión?

Keiran recordó que ese libro tenía imágenes aún más explícitas que las del Kama Sutra y maldijo el día en que no hizo desaparecer ese maldito texto.

—Sí, Lio, es normal, porque tú eres una mujer normal.

—¿Las del libro no lo son?

—Definitivamente no.

—No te gustaría... ¿una mujer como esa?

—¿En qué sentido? —le preguntó él entornado los ojos.

—Tan desenvueltas, expertas.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Sólo me gustaría comprender qué es lo que te gusta.

—A cualquier hombre normal le gustan las mujeres desenfadadas y desinhibidas en la intimidad

—¿Por qué?

—Porque es más excitante.

Eleonor parecía preocupada y, al pensar en lo que él acababa de decir, se sintió atrapada por algo que sabía que no podría hacer.

—Key, no creo que yo sea capaz de... de hacer las cosas que vi en esas imágenes. Pero si te gustan ese tipo de mujeres, cumpliré... tarde o temprano.

Keiran comprendió que la joven no pensaba con claridad y el hecho de que creyera que tenía que complacerle le convenció para ser más explícito.

—Te convertirás exactamente en lo que deseo: desenfada y natural. Sólo lo serás conmigo y con nadie más. Olvidarás esas malditas imágenes porque son la expresión de una mente pervertida.

Eleonor comenzó a hurgarse el labio con los dedos.

—¿Cómo sabes que seré así?

—Yo te enseñaré.

—¿Cómo hago para... evitar que te vayas con otras mujeres?

Keiran frunció el ceño, peligrosamente.

—Eleonor.

— Lo sé, el acuerdo era que no preguntaría por tus amantes. Pero ayúdame a entender. ¿Cómo hace una mujer para atar a su hombre? En la sociedad, casi todas las parejas que conozco tienen un tercero en discordia. No me gusta esa idea. ¿Es cierto que todo depende de la... satisfacción sexual que una mujer pueda dar?

—Aún no te he tenido, Eleonor, y sin embargo no he ido a buscar consuelo con ninguna. No es sólo la satisfacción sexual lo que mantiene a un hombre atado a su mujer.

Eleonor asumió la expresión de alguien que ha hecho un grato descubrimiento.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Por ahora, deseo esperarte.

—¿Cuánto tiempo serás capaz de esperar?

—No lo sé, Lio.

—Podría ser mucho.

—No creo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por lo mucho que disfrutaste cuando nos estuvimos acariciando en mi estudio.

Eleonor inclinó la cabeza, recordando inevitablemente el placer que había sentido.

—Es lo que se siente cuando...

—No —le respondió sin dejarla terminar.

Ella le miró, sin comprender.

Keiran se inclinó hacia delante.

—Cuando por fin esté dentro de ti, lo que sentirás será cien veces mejor —le susurró, despertando un escalofrío súbito en ella—. Lo que sientes ahora —añadió, hipnotizándola con la

mirada—, es excitación, Eleonor. —Se puso en pie, sin dejar de observarla mientras ella se mordía el labio: estaba preciosa y habría dado cualquier cosa por tenerla allí mismo, o incluso sólo por saborear aquellos suaves labios que ella no dejaba de tocarse—. Si no tienes más preguntas, Lio, iré a cambiarme.

Silencio. Ella continuaba sumida en su torbellino de razonamientos, reflexiones, preguntas y respuestas, hipótesis y conclusiones. No se dio cuenta de que Keiran había ido a su guardarropa y pasaron unos minutos.

—¡Sí! Una cosa me gustaría sab... ¿Key? —Se dio cuenta de que estaba sola. Siguió el ruido hasta el interior de su guardarropa y lo encontró casi vestido: un pantalón oscuro, la camisa blanca aún abierta por delante, la corbata en la mano, las botas brillantes en los pies—. ¿Lord St. James acostumbra a entretenerse así?

Keiran se dio la vuelta mostrando un rostro adusto.

—Ya es suficiente, Eleonor. Estás exagerando.

—Entiendo. Eso equivale a un sí. Creo que tendré que hablarle muy claro al marqués: no permitiré que someta a mi prima a sus perversiones y la haga sufrir...

—Eleonor, ¡basta ya! Daniel es perfectamente capaz de manejar sus relaciones humanas y amorosas, incluso con una buena chica como tu prima.

—Me desconcierta enormemente la superficialidad con la que tratas el tema —dijo Eleonor levantando la cabeza con fingido gesto de ofensa—, y no niego que me hubiera esperado una mayor injerencia por tu parte a favor de Nancy. —Era uno de sus más logrados encantos, cuya técnica había ido perfeccionando a lo largo de los años, teniendo a su padre como conejillo de indias. Inclinó la cabeza para evitar que su sensitivo marido desnudara sus pensamientos mirándola.

—Creía que ya me conocías. No dejo nada al azar y la responsabilidad hacia mi familia, así como hacia otras personas que dependen de mí, siempre ha sido mi prioridad —le susurró Keiran molesto por la velada acusación de no cumplir con su deber—. Has de saber que ya hace tiempo que reprendí a St. James. Tu prima será tratada como corresponde.

Eleonor, sonriendo, se lanzó a su cuello.

—¡Sabía que podía contar contigo! ¡Eres la persona más leal y seria que conozco!

Keiran la sujetó por las caderas, para no correr el riesgo de caerse con ella. La miró y vio la treta que la chica le había tendido.

—¡Y tú eres la persona más irritante que conozco! Tu capacidad de convicción es totalmente inapropiada en una jovencita. Eres peligrosa, Eleonor Grace Northcliff, lo juro. —La apartó de su lado, molesto por haber caído en la red de sus encantos.

Eleonor le observó mientras se ponía la chaqueta. Luego, de repente, le preguntó:

—¿Has estado alguna vez con dos mujeres a la vez?

—Eleonor, dijimos que no preguntarías por mis amantes —respondió entrando en el dormitorio.

—Sólo me gustaría ent...

—Entender, sí, lo sé. Tú quieres saberlo todo y muy rápido. Sí, las tuve: eran bailarinas y no quería ningún compromiso, así que, una vez con una, y otra vez con la otra. ¿Satisfecha?

Eleonor lo miraba, mordiéndose el labio.

—Me refería a otra cosa... —murmuró ella.

Él frunció el ceño, sin entender nada.

—Es decir, si alguna vez has estado con dos mujeres a la vez para hacer esas cosas en un trío.

Keiran levantó la mirada al cielo, exasperado.

—Me estás haciendo perder la paciencia y no sé cómo controlar mi instinto de darte una buena lección. Me voy a cenar.

—¿A cenar? ¡Yo no estoy preparada!

—No puedes venir a cenar: todos saben que estás resfriada.

—¡Por nada del mundo voy a dejarle campo libre a esa lasciva matrona! —exclamó, dando un pisotón.

Keiran pensó que se parecía a una niña traviesa y que, cuando se le tocaba en lo más profundo, saltaba como un resorte. Después de todo, era predecible.

—Yo ya no estoy en el mercado, Lio, así que tranquilízate.

—¿Y crees que eso la detendrá? ¡Casado o no, ésa está deseando llevarte a su cama!

Él no tenía palabras; estaba aturdido, y el torrente de emociones de Eleonor le llegaba como un mar embravecido. Solo pensar en no asistir a la cena y ceder terreno a lady Georgia la sacaba de quicio. Decidió aprovechar la oportunidad: quizás así podría conquistarla más rápido. Con la encantadora sonrisa que tantas damas suspiraban por tener para sí, dijo:

—Me alegra saberlo.

Y salió antes de que ella pudiera replicar.

* * *

Ramsay vio al duque dirigirse a la biblioteca. Le siguió.

—Excelencia, ¿si sois tan amable? —preguntó el fiel mayordomo, mientras observaba con fingida indiferencia cómo su amo trepaba con pies y manos hasta la última balda de la biblioteca.

—Dime, Ramsay —murmuró Keiran con la voz apenas entrecortada por el esfuerzo de llegar lo más alto posible.

—Pero... ¿no usáis la escalera? Os la acerco.

—No. Ya está —Escondió el libro del Divino Marqués tras unos grandes volúmenes y se saltó hacia atrás, aterrizando suavemente sobre sus piernas. Se ajustó la chaqueta y se volvió —. ¿Está bien la corbata, Ramsay?

—¿Puedo?

Keiran accedió y el mayordomo se la estiró un poco.

—Gracias. Tú no me has visto aquí.

—Obviamente, excelencia.

—¿Qué querías, Ramsay?

—¡Ah, sí! El doctor se ha marchado con el carruaje y ha reiterado su agradecimiento. Ha visitado a los dos maleantes y, al principio, se ha inquietado al saber cómo habían resultado heridos. Me ha parecido oportuno aclararle algunas cosas, incluida la desgracia en que se había visto envuelta su excelencia, la duquesa, por culpa de esos dos malhechores. Entonces he recibido todo su apoyo. Espero que esto no encuentre vuestra desaprobación.

—En absoluto. Has actuado bien. —Pero el duque siguió mirando fijamente al hombre, sabiendo por sus sentidos perspicaces que había algo más en la historia.

Ramsay, animado por esa mirada de familiar compenetración, añadió:

—Sí, hay algo que el doctor ha dicho, de buena fe, que creo que deberíais saber. Al parecer, algunos indeseables campesinos están al tanto del tiroteo en el bosque. Han acudido al doctor Boyd para curar unas heridas recibidas en un enfrentamiento con dos marineros. Esto es lo que han referido al médico.

—Shorty y el Moro —balbuceó el duque.

—Creo que sí, excelencia. ¿Aviso a Ben? —le preguntó Ramsay sin demora, sabiendo que para ciertos asuntos el duque confiaba en su criado.

—No. Explícale tú mismo a quién tendrá que buscar.

—Muy bien, excelencia. —El anciano mayordomo hizo una pequeña reverencia y se dispuso a salir de la habitación.

—¿Ramsay?

—¿Sí?

—Gracias.

* * *

Keiran observó a las personas reunidas en el salón, aguardando la cena. Una mirada rápida le bastó para captar sus estados de ánimo y actitudes.

Su madre y Lady Queensbury conversaban amigablemente, pero el ligero y atento interés de su madre hacia lady Georgia delataba su preocupación por su hijo Roy. La joven parecía desplegar todo su torpe encanto para captar la atención de su hermano. Éste, por su parte, se esforzaba por no mirarla a los ojos más de unos segundos, evidentemente recordando las advertencias recibidas, y visiblemente distraído, concentrado en estudiar a la pequeña lady Alice.

Daniel contemplaba pensativo a la dulce Nancy desde el otro lado de la sala, mientras fingía interés en las opiniones de lord March sobre temas políticos de los que, francamente, Keiran estaba seguro de que no entendía mucho. Lawrence insistía en hablar de ello para parecer mayor y más maduro de lo que en realidad era.

Con ellos estaba lord Portland, pulcramente vestido como siempre, atractivo y silencioso. Su mirada vagaba de un lado a otro, como si sus pensamientos no le dieran tregua y tratara en vano de interesarse en las conversaciones de los demás.

Lady Alice, particularmente encantadora con su vestido color lavanda, ofrecía sonrisas deslumbrantes y abría mucho los ojos ante el conde de Bath, riéndose de cada uno de sus comentarios y asintiendo con una convicción un tanto forzada, en la esperanza de resultarle más agradable.

Esto no le gustó nada a Keiran, sobre todo porque una mirada de entendimiento con el marqués de Wiltshire le confirmó que él también estaba seriamente desconcertado por el insensato interés que su hija mostraba hacia lord Bath. Lady Bath, molesta con la situación, mantenía una sonrisa forzada mientras conversaba con la marquesa de Wiltshire y la condesa de Hereford, recordándose a sí misma, por educación, pronunciar cada palabra con claridad, dado que lady Nancy participaba en la conversación.

Cuando el duque de Northcliff entró, todos lo saludaron con el respeto debido a su título. Con paso decidido, se acercó a lord Bath.

—¿Cuándo marcháis, Bath? —El valor de la pregunta formulada a bocajarro, que hizo callar a todo el mundo, era el de una sutil amenaza.

El conde comprendió perfectamente que el duque le reprendía por el interés abiertamente inapropiado que mostraba por la joven, y sus ojos peligrosamente entornados le dieron la medida de lo mucho que arriesgaba.

—Mañana, Northcliff. La carretera ya está abierta —le respondió con seguridad para no dar pie a malentendidos.

—Muy bien. Estaremos encantados de tener a Lady Georgia con nosotros y asumir la responsabilidad de llevarla a Londres a la mansión de lady Constance.

—Os lo agradezco de corazón. ¿Lord MacKendrick también regresará con vos?

No se esperaba que Roy regresara directamente a Londres. Pero Keiran preveía los movimientos de Bath y, sorprendiendo a su hermano, a su madre y a Daniel, respondió:

—Por supuesto. Viajaremos juntos.

Roy intercambió una mirada con Daniel, quien le hizo una imperceptible señal de negación, por lo que intuyó que Keiran estaba preparando una distracción para el conde. Después de todo, Bath ni siquiera sabía que su hija viajaría en realidad con lady Queensbury en lugar de con Keiran y Eleonor.

—Me alegro mucho, porque, como habréis notado, vuestro hermano y Georgia se llevan especialmente bien. Tendrán de qué hablar durante el viaje.

El duque no contestó, dejándole en su dichosa convicción.

Ramsay anunció la cena, y en el ritual que siguió para llegar al comedor se produjo una transgresión de la etiqueta, que todos fingieron no advertir: el duque no acompañó a ninguna de las mujeres, sino que abordó a lord Portland, exigiendo apartarse unos instantes con él.

—Vuestra madre, la condesa, está aquí.

Simon parecía desconcertado y con los ojos muy abiertos miraba al duque sin proferir palabra alguna.

—No sabía nada.

Desde la muerte de su padre, Keiran había acogido al conde de Portland, sintiéndose responsable de que pudiera ser su hermanastro debido a la relación de su padre con su madre. Pero nunca más permitió que la condesa pusiera un pie en su casa. De hecho, advirtió al conde que la mantuviera alejada de Edimburgo si era posible.

Ahora Keiran miraba a Simon, buscando la verdad en sus ojos habitualmente francos. Le creyó.

—No me gusta que esté aquí. Y no me gusta que vos no sepáis nada al respecto.

—A decir verdad, a mí tampoco me agrada. Sabéis que siempre he sido fiel a la promesa que os hice.

—Justamente por eso estoy contrariado: ella no os ha aviado.

Simon suspiró.

—Mañana mismo me encargaré de ello.

—Bien. Otra cosa —dijo Keiran, mirándolo fijamente a los ojos—. Volveréis a Londres conmigo.

—No creía que...

—¿Os supone algún problema?

—No, en absoluto.

—Muy bien, conde. Vuestra valiosa ayuda en algunos asuntos importantes me resulta indispensable. Además, creo que ha llegado el momento de que hagáis vida social.

Simon le miró, temiendo comprender lo que el duque quería decir.

—¿Alguien os une a Edimburgo, quizás?

—No, Lord Northcliff...

—¿No deseáis conocer a alguna joven y bella pretendiente?

—Nunca me lo había planteado.

—No estáis obligado a desposaros, Portland, pero sí a desempeñar el papel de conde. No sólo sois mi mano derecha, sois un hombre que puede apuntar alto.

—Gracias a vos.

Keiran guardó silencio un instante.

—Nunca os he regalado nada.

—Me duele disentir, lord Northcliff —le respondió él con extrema franqueza—. Me brindasteis una oportunidad. Y ambos sabemos por qué lo hicisteis.

—Jamás me arrepentiré de habérosla dado, Portland, pero todo lo demás os lo habéis ganado.

Y en cuanto a las razones por las que lo hice, recordad que nunca podremos estar seguros de compartir la misma sangre. —Keiran estudió su reacción y añadió—: Tampoco me importa tenerla para seguir disfrutando de vuestra amistad.

Simon adoptó una expresión más relajada, como si por un momento temiera perder la relación afectiva que tanto apreciaba. Asintió con la cabeza mientras miraba al hombre al que le debía todo, arrepentido de haber codiciado a su mujer, feliz de no tener el deseo de saber la verdad sobre el parentesco que tal vez los uniese.

El duque se alejó lentamente y el conde caminó a su lado. Sin pronunciar otra palabra, ocuparon sus lugares en la mesa.

* * *

Lord y lady Wiltshire entraron en su alcoba después de acompañar a Alice a la suya y aconsejar a la doncella que vigilara.

La marquesa relajó el rostro, adoptando un semblante menos altivo, más humano. Le encantaba la jovialidad y la despreocupación que se respiraba en Shell Bay Manor, pero siempre podía adoptar una especie de actitud rígida que rara vez dejaba de mantener; y uno de esos momentos era en compañía de su marido, en su dormitorio. Hizo un gesto a la doncella, despidiéndola, y en cuanto se hubo marchado se acercó a su marido, dándole la espalda.

Cyrus le abrió el vestido, sin cambiar su expresión melancólica; luego él también empezó a desvestirse, lentamente, depositando su ropa en el banco a los pies de la cama. Se sentó allí y observó los gráciles movimientos de Winifred.

—Esperaba que lord MacKendrick la distrajese de sus locas ideas.

—Y yo también, Cyrus.

—He decidido que nos iremos con Northcliff.

—De acuerdo.

—¿Piensas hablar con ella, Winnie?

—No. Ellos aldrán del castillo mañana y el problema se resolverá solo.

Cyrus aprobó el razonamiento de la esposa.

—Debe desposarse.

—Sí.

Por último, los dos se miraron a los ojos. La preocupación y la tristeza persistían en los ojos de ambos.

—Elegiremos juntos, Winnie —dijo él, tratando de consolarla.

—Sí, juntos —le confirmó él para convencerse a sí mismo, en lugar de creerlo realmente—. Alice nos creará obstáculos, Cyrus, lo sabes.

—Lo sé. Pero eventos como el encuentro entre Northcliff y su mujer ocurren muy raramente.

—Te olvidas de nosotros. Y de lord y lady Hereford. Y de los padres de lady Northcliff.

—Basta, Winnie. Quizá nuestra hija no forme parte del pequeño grupo de afortunados que se quieren y se aman. Tendremos que empezar a aceptarlo.

—Sin ese inoportuno conde, lord Mackendrick o lord Portland le habrían dedicado la atención que una joven hermosa y alegre como ella puede esperar. No hablo de un cortejo serio y constante; en absoluto. Me refiero a un intercambio cortés de miradas, atenciones, cumplidos y gentilezas que llenan de entusiasmo a cualquier espíritu juvenil.

Cyrus suspiró, anticipando una obstinada reticencia por parte de su esposa a aceptar el hecho de que su hija tendría que hacer concesiones, al igual que ella.

Apegada a las normas sociales y el protocolo, la Marquesa se permitía, en la intimidad con su marido, cierta libertad para expresar su verdadera opinión sobre los matrimonios concertados: los

aceptaba e incluso los recomendaba en público a cualquiera que le pidiera su opinión; pero cuando se trataba de Alice, Winifred daba largas en un desesperado intento de encontrar un hombre inteligente, adulto e independiente que pudiera estar a la altura de la vivacidad de su hija, con la esperanza de que a esta le agradara.

—Sí, espero que las cosas cambien tras la marcha de los Bath. Ya verás, Cyrus, como lord MacKendrick y el conde de Portland se sentirán más libres para intimar con ella —afirmó convencida.

Cyrus sacudió la cabeza, pero no respondió: la complacería también esta vez, porque sabía que nada iba a cambiar, al menos hasta el regreso a Londres.

Entonces, él alzaría la voz y se afirmaría en caso de que hubiera un pretendiente adecuado para su amada hija.

* * *

—*Era absolutamente irritante, Ellie. No paraba de hacerle ojitos al duque y a su hermano. ¡Nunca había visto semejante descaro en mi vida! ¡Y tampoco le hacía ascos a Danny!*

Nancy estaba disgustada por el comportamiento inapropiado de lady Georgia. Bebió un sorbo de té de hierbas y sus ojos, habitualmente suaves, se entornaron con aire de desilusión.

Estaban sentadas en el salón de la cámara ducal, y Eleonor observaba el rápido movimiento de los labios de su prima.

Hettie y Maggie estaban de pie, participando en la conversación.

—Ramsay nos ha contado que ha monopolizado la conversación, sin dejar de rozarse el precioso encaje de su traje, que, por cierto, era demasiado elegante para una cena informal como las que se celebran aquí cada noche en el castillo —les explicó Maggie.

Eleonor miró a Nan, como buscando confirmación. Y su prima asintió enérgicamente.

—Eleonor —intervino Hettie con voz melodiosa—, la mayoría de los sirvientes han mostrado interés por lady Georgia.

—¿A qué te refieres?

—Ella mira a los chicos más guapos y apuestos, si entendéis a qué me refiero.

—¡Claro que lo entiende! ¡Seguro que hizo lo mismo con el duque! —añadió Maggie sin tapujos.

Hettie la fulminó con la mirada y Maggie la despachó con un elocuente gesto de la mano.

—¡También le ha echado el ojo a Ben! ¡Habla Hettie!

—¡Maggie!

—¿Solo con los ojos o lo ha intentado, Hettie? —le preguntó Eleonor realmente interesada.

—Sólo con los ojos, pero la frase explícitamente tentadora no dejaba lugar a dudas, Eleonor —explicó Hettie.

—Creí que se contentaría con Willie...

—¡Además de Willie! —exclamó Maggie.

—*Maggie está muy enfadada, Ellie: parece que lady Georgia también intentó engatusar a Foster...* —añadió Nancy remarcando bien cada palabra.

—¿Parece? ¡No, lady Nancy! Lo hizo: llamó a la puerta de la habitación y él le abrió. Ella entró y... ¡Sorpresa! ¡Me encontró a mí!

Eleonor miró incrédula a la chica de cabello oscuro y, un momento después, estalló en carcajadas. Su risa cautivadora atrajo la atención de todas, excepto de Maggie, que murmuraba amenazas nada veladas contra lady Georgia.

—Disculpa, Maggie, pero hubiera dado cualquier cosa por ver su expresión... ¡y la tuya!

—Sí, sí. Pero ésa se está convirtiendo en un peligro, lady Northcliff. Sabéis que tengo

experiencia con los hombres, y si os digo que va a causar problemas, debéis creerme.

Eleonor se puso seria.

—Te creo, Maggie. Y me preocupa mucho. —Bebió su tisana a sorbos. Reflexionaba sobre qué hacer, pero al mismo tiempo mantenía la mirada clavada en Nan—. ¿Qué pasa, Nancy?

—*Después de la cena, no se ha despegado ni un instante del duque*. —Nancy esperó una reacción que no se produjo. Luego continuó, añadiendo—: *Ahora están juntos en el estudio*.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Eleonor, empezando a respirar con dificultad.

No obtuvo respuesta.

Eleonor se alzó de un salto.

—¿No iréis con ellos, verdad? —le preguntó Hettie.

—Yo no, pero tú, sí. Convoca oficialmente a lady Georgia para que venga a verme: la espero aquí. Maggie, ayúdame a ponerme una bata transparente. ¡Veamos si logramos hacerle entender por qué Key me prefiere a mí y no a ella!

* * *

—Excelencia, os ruego me perdonéis. La doncella de lady Northcliff informa que su excelencia ha mandado llamar a lady Georgia. —Ramsay esperó en la puerta del estudio con una mueca divertida que no pasó desapercibida para el duque.

—Gracias, Ramsay, acompaña a lady Georgia

La muchacha, asombrada por la llamada de lady Northcliff, comenzó a inquietarse. Siguió a Ramsay mientras Hettie caminaba detrás de ella. Intentó ajustarse el escote del vestido, que se había bajado justo antes de entrar en el estudio del duque. La hicieron pasar al salón ducal.

—Excelencia, lady Georgia está aquí —anunció Hettie.

Lady Georgia avanzó vacilante.

La duquesa estaba graciosamente reclinada en el sofá, con la espalda apoyada entre el reposabrazos y el respaldo; sus piernas blancas y torneadas, apenas flexionadas, descansaban sobre el asiento, emergiendo de la bata, que estaba abierta a propósito.

La tela de la prenda era un velo que dejaba poco a la imaginación: el camisón, visible bajo la bata, era corto e igualmente transparente, y el hecho de que el color predominante fuera un rojo apagado transmitía tal impresión de sensualidad que cortaba la respiración.

Lady Georgia hizo una reverencia y se sentó en cuanto la duquesa le indicó que lo hiciera con un elegante gesto de la mano. Apretó la mandíbula en un esfuerzo por sofocar su irritada envidia.

—Perdonad mi petición inesperada y, sobre todo, mi cómodo atuendo. Pero estaba esperando a mi marido... —dijo Eleonor, dejando la frase inconclusa y pronunciando cada palabra con mucha calma. Luego tomó su taza y bebió—. Os he mandado llamar, querida, porque estoy muy preocupada por vos y por vuestro insomnio.

Lady Georgia la miró confundida.

—Veréis, me duele saber que no descansáis como es debido. Además, surge un obstáculo formal: pasear por el castillo de noche es una actividad muy útil, pero también inconveniente.

—Yo... no os entiendo... —Lady Georgia mintió, aunque en realidad intuía perfectamente el significado de la frase.

—Me explicaré mejor: se os ha visto y oído deambular por los pasillos, lady Georgia, y por desgracia ya hay quien rumorea maliciosamente. Como estoy bastante segura de que vuestros padres apreciarán mi intromisión en este asunto, y de que al propio duque le agradará un mayor control y formalidad, os ofrezco mis conocimientos médicos en forma de bebida relajante, que sin duda os reportará grandes beneficios.

La muchacha miró a la duquesa con expresión de incredulidad, sin duda, ante las palabras tan

explícitas que había escuchado. Y no pudo replicar, pues de lo contrario habría parecido una grosera inculta ante el título de la otra.

—Gracias, lady Northcliff...

—¡Sabía que os alegraríais! ¡Hettie!

La doncella llegó con una taza humeante.

—Bebed, es riquísima. Es una infusión que os aliviará el insomnio; con ella resolveréis vuestro problema y ya no tendréis que recorrer el castillo de noche.

Lady Georgia dudó un segundo, pero comprendió que no podía negarse. Bebió, sonriendo forzadamente, y luego comentó que, en efecto, la bebida estaba muy buena.

—Quedaos tranquila, querida: Hettie se ha encargado de darle a Mrs. Brodie una bolsita con hierbas y de ordenar que tengáis una taza cada noche, al menos mientras estéis aquí.

—Gracias, sois muy considerada, excelencia. —Lady Georgia terminó de beber.

—Ahora, me temo que debo despedirme, querida. Mi esposo llegará en cualquier momento.

La joven se levantó con un revuelo de encajes, hizo una reverencia y salió.

Hettie y Maggie aparecieron en la puerta, miraron a la duquesa y rieron en voz baja para no ser oídas. Nancy estaba detrás de ellas y también sonreía, ya que las dos doncellas le habían contado palabra por palabra la conversación.

—*Verdaderamente eres única* —dijo Nan con gestos.

—*Sí, soy bastante astuta: ahora no se atreverá a salir de su dormitorio durante la noche, para que no quede ninguna duda de que sigue tomando mi droga...*

—*¿Droga? ¿Tan fuerte es?*

—*Bastante, Nan. Se dará cuenta mañana*.

* * *

Keiran trabajó en sus dibujos durante media hora, hasta que Foster llamó a la puerta.

—¿Novedades?

—Ninguna, lord Northcliff, pero Ben sabe manejar a esos campesinos escoceses. Sospecho que sabremos algo en cualquier momento.

Keiran sonrió, conocedor de las habilidades de su amigo.

—¿Cuándo zarpará vuestro barco?

—En unos días, el tiempo para preparar la bodega. Puedes venir conmigo si quieres.

—Sí, me gustaría.

—En cuanto Ben tenga alguna información, podrás subir a bordo y familiarizarse con su nuevo oficio de marinero.

Foster sabía que Maggie se enfadaría, pero estaba convencido de que descansar de ella le haría pensar con claridad. Además, quería aprender sobre la vida en un barco, algo que siempre le había intrigado.

Alguien llamó a la puerta.

—Excelencia, ¿puedo?

—Adelante, Ben, pasa. ¿Novedades?

—No, todavía no. Pero necesitaría consultar algo con vos...

Foster se inclinó y salió.

—¿De qué se trata?

—Nada grave —respondió el criado con un sonrisa.

—No me digas que la has dejado embarazada, Ben, porque me cabrearé.

—No, no, ¡no temáis! —le contestó utilizando un tono más confidencial ya que estaban solos —. Se trata de su excelencia y lady Georgia.

—¿Qué ha hecho ahora mi esposa?

—Preferiría decir cómo le ha ido a lady Georgia.

—Habla.

Ben relató lo que Hettie y Maggie habían contado en la cocina sobre la conversación que había tenido lugar entre la duquesa y la hija de lord Bath, incluyendo los detalles que él recordaba, aventurando una sonrisa cada vez que Keiran levantaba la comisura de los labios divertido, deteniéndose en las palabras empleadas por la duquesa.

—A todo esto, añadidle el toque de distinción... Perdón por mi franqueza, pero realmente lo tenía.

—Dime cuál ha sido ese toque de distinción.

—Bueno, no quiero pareceros irreverente, pero su excelencia es... muy hermosa y, como dice Maggie, encantadora...

—Vamos, Ben, ¡ya sé cómo es mi mujer!

—Exacto, en resumidas cuentas, lucía una ropa, ayudadme con el término, y cito el utilizado por Hettie, intrigante.

Silencio.

—No lo entiendo. Y quizás sería mejor que no añadiera nada más.

Ben guardó silencio.

—¿Intrigante? —preguntó el duque muy interesado.

—Sí, así han dicho Hettie y Maggie.

—¿Y qué más?

—¿Con respecto a la ropa?

—¡Venga, dispara! Quiero saberlo todo.

Ben suspiró como para armarse de valor y dijo de carrerilla:

—Todo era rojo transparente.

Keiran se convirtió en una máscara rígida, luchando por ocultar su sorpresa.

—Nunca la he visto de rojo, ¡maldita sea!

Ben levantó las cejas y le sugirió:

—Quizá aún estéis a tiempo.

El duque miró al criado y salió corriendo del estudio. Subió los escalones de tres en tres y abrió de par en par la puerta del salón, donde unas velas encendidas daban a la estancia un ambiente relajante.

Cerró la puerta, obligándose a mantener la calma. Avanzó lentamente hacia el salón y se detuvo en el umbral. También allí había penumbra.

Eleonor dormía sobre la cama en una nube de rojo transparente. Se distinguían perfectamente sus nalgas, la línea de la espalda y los delicados omóplatos, un pecho colgante que yacía suavemente entre un brazo y el colchón.

Keiran se acercó a ella, anhelando tocarla. Apretó los dientes. Sabía que de que debía avanzar con cautela. Empezar y no culminar habría significado sufrimiento tanto para él como para ella.

Se apartó de ella y empezó a desnudarse. Se mordió el labio, lanzando sin querer una mirada impaciente a su mujer. Se puso la bata y cogió su carpeta; se sentó junto al fuego, con tres velas para iluminarla, y dibujó, convulsivamente. Pero la excitación era tan grande que trazó líneas nerviosas y marcadas, sombras demasiado oscuras y figuras femeninas poco agraciadas. Arrojó el papel y el carboncillo al suelo, enfadado consigo mismo y con su esposa.

No pudiendo resistirse, cogió su duro miembro y empezó a mover su mano arriba y abajo, contemplando el atractivo cuerpo tendido en la cama. No tuvo tiempo de imaginar escenas

eróticas. Bastaron unos pocos gestos para que su semen se derramara, ensuciando sus piernas y la alfombra.

Cerró los ojos, abrumado por una fuerte sensación de mortificación. Era la segunda vez que le ocurría algo así desde que se había casado y ya eran demasiado, teniendo en cuenta que no había necesitado tocarse porque desde crío siempre había tenido a disposición a alguien dispuesto a complacerle.

Se levantó y se aseó en el cuarto de baño. Tapó a Eleonor y se acostó. Pero esa noche durmió del otro lado, de espaldas a ella.

* * *

29 de diciembre de 1811

Eleonor se despertó muy temprano. Encontró a Key a su lado, con el rostro relajado por el sueño. Le acarició la cara rugosa por la barba que le había vuelto a crecer desde el día anterior, suavemente, para no despertarle. Luego, decidió levantarse y ocuparse de los preparativos de su viaje. Con un sencillo vestidito bajó a desayunar.

—¡Buenos días, excelencia! ¿Os sentís mejor?

—¡Ramsay, buenos días! Mucho mejor, gracias. ¿Dónde está Mrs. Brodie?

—Ahora la llamo...

—No. Si está en la cocina, voy yo. —Y antes de que el mayordomo tuviese tiempo de protestar, la duquesa desapareció.

—Buenos días a todos. ¿Mrs. Brodie? ¡Hum! ¡Qué aroma! ¿Mrs. Begbie habéis horneado un pastel? ¿Puedo? —preguntó señalando el dulce humeante.

—¡Excelencia! ¡Estáis recuperada! —exclamó la cocinera con una sonrisa—. Tomad, pero tened cuidado, está caliente.

Eleonor se sentó a la mesa de la cocina, junto con varios criados, entre ellos Ben, que la miraba complacido al ver que la mujer del duque no era una mujer débil que se dejaba vencer por unos contrabandistas y un mar embravecido.

—¡Qué bueno! Por favor, Ben, toma un poco también. Mrs. Begbie, ¿sería mucha molestia cocinar otro para nuestros invitados?

—En absoluto, lady Northcliff. Lo preparo enseguida.

—¡Apuesto dos chelines a que esta noche ninguno de vosotros ha tenido el placer de ver a lady Georgia deambulando por el castillo! —exclamó sin miramientos, provocando las risitas de algunas camareras y las carcajadas de los hombres sentados a la mesa—. Si nadie la ha visto, significa que mi infusión ha hecho efecto.

Ben sonrió.

—¿Su excelencia está despierto, lady Northcliff?

—No. Déjale dormir. Entonces, ¿por dónde empiezo para los preparativos del viaje?

—Excelencia, os daré algunas indicaciones. Si estáis de acuerdo, os acompañaré al salón rosa —dijo Agatha con las manos juntas. Luego, mirando a una joven camarera, ordenó—: Lleva más pastel y un poco de té.

Eleonor y el ama de llaves se sentaron en una mesita del salón.

Mientras comía y bebía su té, Eleonor dictaba a la anciana listas y tareas.

—Me gustaría avisar a la servidumbre de la casa de Londres de nuestra llegada. ¿Qué os parece?

—Muy sensato. Yo me encargaré, lady Northcliff.

—En realidad, querría que vos y Ramsay vinierais con nosotros.

—Si os agrada, no veo por qué no.

—Y también querría que la duquesa madre viniera con nosotros, Mrs. Brodie. Sería un gran apoyo para mí...

—Me temo que es difícil convencerla, lady Northcliff, a menos que su hijo se lo pida directamente.

Eleonor se llevó un dedo al labio, pensativa.

—Probad a pedírselo a él —le aconsejó Agatha—. Estoy convencida de que no podrá deciros que no.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó una voz masculina. El duque hizo su entrada, bien vestido, perfumado y afeitado. Solo tenía ojos para su esposa y Agatha se inclinó y se retiró.

—¡Buenos días! —exclamó ella con una sonrisa.

—Buenos días —contestó él, mirando los labios de su mujer, donde quedaba una miga. Se inclinó y la besó, acercando apenas su boca a la de ella, sin apartar los ojos de los suyos, y lamió sin pudor la dulce miga. Estaba cansado de esperar y su resistencia se estaba agotando. Cada gesto de ella, cada movimiento, cada mirada era motivo de excitación para él—. ¿Ramsay? El desayuno aquí, por favor.

—Ahora mismo.

Eleonor se alegraba de verle de buen humor. En cuanto todo estuvo listo, el mayordomo cerró la puerta.

—Estoy haciendo los preparativos para la salida —le anunció ella.

—¿De veras?

—Sí. Tienes que decirme si hay algo en particular que te importe, para que pueda contentarte.

—Lo que más deseo, aún no puedo tenerlo, *mo' leannan*.

Eleonor se mordió el labio, apenada.

—Lo lamento. Dijiste que me llevaría poco tiempo...

—En efecto. ¿Quieres comer algo?

—Tal vez una pieza de fruta. Pero primero te sirvo. —Y así lo hizo: le sirvió huevos y tocino, le preparó tostadas y se sentó—. Me gustaría que tu madre viniese con nosotros a Londres.

—No quiero obligarla si no quiere, Eleonor —respondió él, masticando lentamente sin dejar de mirarla.

—Te lo suplico, Key...

Pero él negaba con la cabeza, poco convencido. Vio que ella se resignaba y se relajó.

Ella cogió una naranja de la bandeja, la peló despacio y empezó a comérsela lentamente. Demasiado concentrada en sus pensamientos, no se dio cuenta de que se llevaba los gajos a la boca con los dedos, transgrediendo una de las normas básicas de la etiqueta.

Keiran no se lo indicó. Se quedó mirándola con el tenedor en el aire, hipnotizado por el sensual movimiento de la boca de su mujer.

Eleonor lo miró y comprendió al instante el poder de seducción que podía utilizar para convencerlo. En pocas palabras, emplear sus encantos para conseguir lo que quería.

—Lo deseo tanto, Key, no sabes cuánto... —le suplicó, lamiéndose los labios para limpiarlos del jugo de la fruta.

—¿El qué?

—¡Que venga tu madre a Londres! Tal vez podrías pedírselo —le insistió con unos ojos enternecedores, mientras comía otro gajo.

Él apartó la mirada para protegerse, pero no pudo resistir la tentación y la miró de nuevo.

—Si se lo pidieras tú, estoy segura de que aceptaría —le propuso ella, pasándose un dedo por

el labio para recoger una gota.

—De acuerdo, se lo pediré.

—¿De verdad?

Él asintió enérgicamente.

—¡Gracias, Key, eres un cielo! —Eleonor se levantó de la silla, se lanzó sobre él y le besó en la mejilla.

—¡Eres el ser más irritante que conozco! —estalló él, sospechando que ella le había manipulado. Tomó su carita entre sus dedos para examinar sus ojos—. ¡Has usado un método digno de las mujeres más experimentadas que he conocido! ¡Te juro que nunca había visto a una jovencita comportarse así!

—¿Es un cumplido? —preguntó ella, inclinando la cabeza afectadamente.

—¡Descarada!

—Entonces, no soy tan mala después de todo.

—¡Nunca he pensado que lo fueras, maldita sea!

—Deberías alegrarte —le respondió ella con aire ofendido.

—¡Basta ya, chiquilla! No sabes lo que dices —dijo, tirando la servilleta sobre la mesa.

— ¡Lo sé, y muy bien! Conozco la teoría. Solo me falta la práctica.

Keiran no aguantó más. Apartó la silla de golpe y la atrajo hacia él cogiéndola del brazo.

—¿Quieres la práctica? ¡Aquí la tienes! —dijo en un tono de voz bastante alto, obligándola a poner la mano entre sus piernas—. Sabes de sobra que cada vez que me provocas, ¡me pasa esto!

Ella abrió la boca, sin saber si sentirse complacida o preocupada. La dureza que él la estaba obligando a tocar le dio un escalofrío.

—¿Eso está... mal?

—No, si no fuera porque no puedo... —Keiran no continuó por respeto. Apartó su mano con un gesto brusco y, entre dientes apretados, ordenó—: Y ahora apártate.

—A mí no me disgusta tocarte —musitó ella, avergonzándose al instante de lo que había dicho.

—He dicho que te apartes —repitió él nervioso.

Eleonor volvió a su asiento, en silencio. Empezó a escribir algo en su lista, recordando la extraña y nueva sensación que había sentido al contacto íntimo. Un minuto después le preguntó:

—¿Qué ropa debo llevar en el barco?

—Como la que llevas puesta. Y alguna capa gruesa.

—¿Mantas?

—No, tengo de sobra.

—¿Víveres?

—Yo soy el capitán. Yo me ocupo de la gambuza. Tú sólo trae lo esencial para ti y asegúrate de que el resto llegue a Londres antes que nosotros.

—De acuerdo. ¿Cuándo partiremos?

—En cuanto estemos listos.

—Le di un potente somnífero a lady Georgia.

Por último, Keiran la miró.

—Lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ahora está en boca de todos. Eres imposible.

—¡Peor para ella que intenta llevarte al huerto!

—No lo ha intentado.

—¡Los cojones!

—¿Cómo has dicho?

—¡Uf!

—No pareces una duquesa.

—¿Te has arrepentido de haberme desposado?

—A veces eres increíblemente indecente.

—¡Puedes solicitar la anulación! Aún soy virgen, ¿recuerdas? —le sugirió ella con un tono lo bastante irritado como para parecer amenazador, pero en voz baja para no ser oída. Se levantó molesta y se dispuso a marcharse.

—¡Vuelve aquí!

—¡No! —chilló ella.

Keiran se levantó bruscamente, tirando de la silla hacia atrás. Con determinación, le plantó una mano en el pecho y la empujó contra la pared, estirando todo lo que pudo el brazo.

—Dos cosas son seguras: no seguirás siendo virgen por mucho más tiempo y no tendrás a nadie más que a mí.

—¿Por qué? — preguntó entre lágrimas y dando pisotones en el suelo—. ¡Dime por qué no debería tener a otra persona! ¿Y a ti qué te importa? Siempre dices que soy peligrosa, indecente, descarada...

—¡Cállate! No conseguirás que te lo diga. A menos que yo lo quiera —Keiran no estaba dispuesto a admitir que lo amaba.

—¿Me dejas ir ahora? Tengo mucho que preparar y organizar —le suplicó ella.

Retiró la mano, esperando verla escabullirse.

En lugar de eso, Eleonor dio un paso hacia él.

—Tarde o temprano, lo dirás —murmuró ella con voz ahogada—. O no, porque tal vez, considerándolo todo, te arrepientas de haberme desposado. —La mortificación de no ser lo que él quería la hacía sufrir.

Keiran se rindió ante el dolor que provenía de ella, pero no tuvo tiempo de tranquilizarla, porque Eleonor salió corriendo, con lágrimas ardientes cubriéndole los ojos.

* * *

Agatha Brodie, aunque ya no era una niña, trabajó con la duquesa toda la mañana. Estaba cansada, pero tan contenta que se sentía como en los viejos tiempos. Y la idea de seguir al duque y a su esposa a Londres la ponía eufórica. Estaba segura de que lady Bridget Northcliff se dejaría convencer por su hijo, así que ni siquiera el sentimiento de culpa podía contener su entusiasmo.

—Pareces una adolescente que se va de vacaciones, Agatha —dijo Ramsay desde detrás del periódico que estaba leyendo. Habían compartido la misma habitación desde tiempos inmemoriales y nunca nadie habló de su legítima unión. Se habían casado sin publicidad, cuando ya eran mayores. Y no habían tenido hijos.

—¿Qué hay de malo?

—Nada, pero tampoco le veo nada de excitante.

Agatha se colocó frente a él.

—Festejos oficiales por lady Northcliff, es decir, los encuentros con las antiguas amantes de Keiran y los consiguientes encontronazos.

Angus dejó el periódico, frunciendo el ceño.

—No había pensado en eso —musitó el mayordomo, tocándose la barbilla.

—¡Espera a ver la cara de lady Wilmot! —se rio Agatha.

—Sí. Esa no sabía resignarse ni cuando la sustituyó la encantadora marquesa de Grafton —

afirmó Ramsay—. Y sin embargo, lady Grafton no fue su amante por mucho tiempo.

—Sí. Pero Keiran la apreciaba mucho más. Elegante y con distinción. Pocos chismes y mucha discreción. ¿No estás de acuerdo, Angus?

—Totalmente de acuerdo.

Ambos permanecieron en silencio y pensativos durante unos instantes: ella ordenando, él observándola.

De repente Agatha le clavó la mirada.

—Me temo que la hermosa marquesa, hija del conde de Lennox, representa un peligro para la duquesa, Angus.

—Ya. Pero quizás estemos equivocados, Agatha. Al fin y al cabo, lady Northcliff es más guapa y, si me perdonas la expresión, puede ser más apetitosa.

—Ya. Todo depende de su capacidad para mantenerlo atado, Angus.

—Ya.

* * *

—¿Excelencia? ¿Puedo?

—Entrad, Portland.

—He cogido el correo de Ramsay —dijo el conde, entregando una serie de sobres al duque.

Keiran los revisó: todos eran invitaciones, excepto uno. La letra sobrecargada le dijo que era una carta de la condesa de Wilmot, la segunda desde octubre hasta el presente. Abrió el cajón y la echó dentro, proponiéndose leerla con calma. Miró a Simon.

—Mi madre se marcha mañana por la mañana —dijo el conde, sentado frente al escritorio del duque.

—¿Quería dinero?

—No me lo ha pedido, pero se lo he dado para alejarla lo más rápidamente posible.

—¿Por qué está aquí?

—No he podido averiguarlo. Sin embargo, me temo que haya un hombre de por medio.

—No veo cuál es el problema, si sabe ser discreta.

—Mi madre no conoce la discreción, lord Northcliff, y vos deberíais saberlo. Además, cuando se enreda con hombres, siempre acaba mal.

Keiran asintió con comprensión hacia el conde.

—Disculpad que os aburra con cuestiones personales.

—Soy yo quien ha preguntado, Simon. Y lo he hecho porque me importan vuestros problemas. —Keiran se levantó y llamó a Ramsay desde la puerta—. ¿Se las darías a su excelencia? —le preguntó, entregándole unas cartas.

—Ahora mismo, lord Northcliff —le respondió el mayordomo, dirigiéndose inmediatamente a las escaleras.

Keiran cerró la puerta y volvió a sentarse.

—Portland, ¿proveéis a la duquesa con mercancías de nuestros cargamentos?

Simon parecía preocupado, temiendo haber hecho algo que molestara al duque.

—Sí, lord Northcliff.

—¿Os pide ella lo que quiere?

—Sí, suele hacerme una lista detallada de lo que quiere y me la envía junto con las cartas con las que nos mantenemos en contacto para los asuntos financieros.

Keiran frunció el ceño y, de repente, recordó la reprimenda que la muchacha le había dado años atrás por no dignarse a contestar sus cartas y encargárselo a su secretario.

—Así que es una práctica habitual.

—En efecto, así es, y ha durado desde que los padres de su excelencia murieron. Si he fallado en algo...

—No, no, está todo bien. No estaba al tanto de que mantuvierais correspondencia con lady Northcliff. Ahora, por supuesto, eso ya no será necesario. Será suficiente proporcionarle informes mensuales en mano o a través de mí.

—Por supuesto excelencia. ¿Qué debo hacer para conseguir las cosas que necesita la duquesa?

Keiran pensó en la bata oriental que había visto en su armario, el perfume que mezclaba con esencias orientales, las hierbas que utilizaba para hacer aceites, infusiones y cremas, y el frasco de cera con el que se afeitaba, según la costumbre de las mujeres del harén. Le disgustaba la idea de que otro hombre conociera los objetos personales que ella usaba.

—A partir de ahora me encargaré yo.

El conde asintió.

—Portland, partiremos dentro de una semana. Viajaréis con lady Hereford y lady Nancy. ¿Os parece bien?

—Desde luego.

—Ni que decir tiene que confío en vos para su bienestar, que me es especialmente querido.

—No lo dudéis. Me ocuparé de todo.

En Londres os alojaréis en vuestra propia vivienda, próxima a mi residencia. Si os gusta, podéis quedárosla.

Simon frunció el ceño, confundido.

—Me temo que no os entiendo, lord Northcliff.

—No os la estoy regalando —aclaró de inmediato el duque, al advertir el desconcierto del conde—. Os deduciré la cantidad de vuestro diez por ciento de la recaudación del «Bloody Mary» y sólo si queréis tener vuestra propia casa en Londres.

—Os agradezco la oportunidad que me brindáis y perdonad que parezca desconcertado, pero es muy raro que un patrón, un duque, se preocupe tanto por un secretario.

—Comprendo vuestro estado de ánimo, Simon. Pero os conozco desde hace suficiente tiempo como para saber que os considero no solo mi secretario, sino sobre todo mi consejero de confianza.

—Tenéis razón. Nunca me han tratado como a un subordinado en vuestra casa. Sin embargo, el hecho de sentirme siempre detrás de todos y de todo es un obstáculo que he de superar.

—Me he dado cuenta. Por eso insisto en que tengáis vuestra propia casa y os volváis aún más independiente. Y quiero que asistáis a las mismas fiestas que la duquesa y yo.

Portland suspiró, comprendiendo plenamente la intención del duque. Aunque agradecía la intención, se sentía asustado, como si hubiese caído en una trampa.

—No temáis —le explicó Keiran, como si estuviese hablando con un niño—. Todo saldrá como es debido.

Simon asintió, ofreciendo impetuosamente su mano al duque.

Este la tomó sin demora, sintiendo así la profunda interioridad que aquel hombre ocultaba incesantemente: sentimiento de culpa por una paternidad que no quería conocer, vergüenza por una madre malvada y astuta, deseo de amor y afecto, anhelo de independencia.

—Gracias por todo, lord Northcliff.

* * *

—Buenas tardes, lord Portland.

—Lady Northcliff, buenas tardes.

Ambos subían las escaleras.

—¿Marcharéis con nosotros?

—Su excelencia ha solicitado mi presencia. Acompañaré a vuestra tía la condesa y a vuestra prima.

—¡Bien! Esto me hace muy feliz y me da tranquilidad. Estoy convencida de que, gracias a vuestra compañía, el viaje les resultará menos engorroso.

—Os agradezco la confianza que habéis depositado en mí, excelencia. Espero que lady Hereford y lady Nancy también les agrade.

—Estoy convencida. Tanto mi tía como Nancy sienten una gran simpatía por vos. Solo un consejo, conde: no le habléis rápido a mi prima. Pero tampoco demasiado despacio, de lo contrario pensará que la tenéis por estúpida.

El conde sonrió espontáneamente ante la franqueza de la duquesa. Estaba de acuerdo en que su total falta de formalidad la hacía aún más atractiva, pero sobre todo se dio cuenta de que, en definitiva, una observancia menos rígida de las reglas le daría más libertad para ser él mismo.

—Gracias por vuestro precioso consejo, lady Northcliff.

Eleonor le sonrió y se dirigió a los aposentos de lady Bridget Northcliff. Se había enterado por Mrs. Brodie de que Keiran había estado con ella.

—Entrad, joven duquesa —dijo la mujer desde el interior de la habitación.

Eleonor se adelantó.

—No me guardéis rencor...

—¡Sabía que estaba detrás de la petición de mi hijo! —exclamó Bridget con aire divertido.

—Os necesitamos en Londres, con vuestra experiencia y conocimiento. Yo sobre todo.

—¿Qué temes?

—La competencia y mi excesiva franqueza.

Bridget se rio y señaló el sofá. Se sentaron.

—La competencia. Estoy seguro de que sabrás retener a tu marido, querida. En cuanto a la franqueza, que será la virtud...

—O el defecto.

—... que precisamente te permitirá sujetar a tu marido.

—No parece gustarle mucho mi descaro.

—¿Descaro?

—Lo llama así y al hacerlo se enfada inevitablemente. También me llama indecente y peligrosa.

—Realmente le gustas.

—¿Os burláis de mí?

—En absoluto, Eleonor. Heredó de su padre el fuerte sentido de la responsabilidad de un duque, incluidas las reglas de etiqueta y todas esas formalidades que tanto te disgustan. El hecho de que las haga suyas, aunque no crea en ellas ni por asomo, lo hace parecido a su padre, pero no igual: mi esposo creía de verdad en los fundamentos de una formalidad impecable y en la salvaguarda de las normas. Keiran no: no le gustan las imposiciones de ningún tipo y, mucho menos, las absurdas reglas de la sociedad, pero hace de respetarlas una cuestión de honor por puro sentido del deber. Tú representas su ideal: una mujer a la que no le gustan las imposiciones, exactamente como él, que sabe hablar claro cuando debe hacerlo, aunque eso le cueste popularidad dentro de la aristocracia londinense. Pero nunca te dirá que te estima, porque su sentido del deber se lo impide.

Eleonor había escuchado atentamente, comprendiendo por fin lo que se ocultaba tras el misterio de aquellos reproches que siempre le habían parecido forzados.

—Por eso se reía con Ben de que le hubiera dado el somnífero... —Se detuvo, temerosa de haber metido la pata.

—Lo sé todo, Eleonor. Y me parece bastante divertido —sonrió Bridget—. Me dijeron que Kein parecía divertido cuando Ben le contaba el diálogo que mantuvisteis lady Georgia y tú.

—¡Exacto! ¿Es eso lo que queríais decir? ¿Que comparte mi punto de vista sobre esta absurda sociedad, pero en público la acepta formalmente? ¡Conmigo se hace el santurrón!

La otra estalló en carcajadas.

—Querida, me describes a mi hijo tal y como es.

Eleonor sonrió, esperando no haber sido demasiado explícita para los ojos de una madre cariñosa.

—Yo le quiero mucho, lady Bridget —le dijo abreviando el nombre buscando la confianza.

—Lo sé, Eleonor, puedo verlo. Debe de ser mortificante soportar la fingida indiferencia de Kein. Pero, cuando te parezca que no le importas, recuerda que es exactamente lo contrario. Yo experimenté su preocupación por ti tras la muerte de tus padres y su enfado por las injusticias que tú, Martha y tu prima sufristeis de manos del conde de Hereford, tu primo. Así que sé con certeza lo que siente por ti, pero no esperes que lo admita, al menos no de inmediato. Es un hombre duro, severo, sobre todo consigo mismo, ya te habrás dado cuenta.

Eleonor asintió.

—Pero en su interior es muy tierno, querida. Si aprendes a llevarlo, tendrás un marido cariñoso, dulce y totalmente entregado a ti. Por lo menos en privado.

—De hecho, me basta en privado. Me corrijo: ¡incluso eso está bien, pensándolo bruscamente!

—Definición acertada. ¿Un té?

—No, gracias. ¿Necesitáis ayuda con los preparativos? Partiremos dentro de una semana.

—Muy bien. No, Eleonor, lo único que quiero es viajar en paz.

—¿Sola o sin personas no deseadas? Lord Portland acompañará a mi tía y a Nancy.

—¿El conde viene a Londres? No sabía nada. —Bridget pareció mostrar un ligero gesto de sorpresa. Luego, retomando su expresión apacible habitual, dijo:

—Me complace. Podría unirme a ellos.

—Entonces ordenaré que preparen el carruaje más grande. Lady Queensbury tuvo la amabilidad de aceptar la compañía de lady Georgia. Me siento un poco culpable por eso.

—Pero no, querida. No la conoces tan bien como yo. Sería capaz de dormirse durante todo el viaje con tal de no tener que conversar con quienes no le agradan o dejar claro que prefiere el silencio a la cháchara estéril. ¡Sería un verdadero milagro que lady Georgia escuchara algún consejo sabio de la vizcondesa!

—¡Esperad a ver su cara cuando se entere de que no viajará con Key!

—¿Todavía le llamas Key? Es ambiguo. Es extraño que no te lo haya impedido...

—¿Ambiguo? ¿Por qué?

—¡Desde luego, no voy a ser yo quien te explique la razón, querida! Pregúntale a él. Más bien, dime cuándo partiréis.

—Creo que dentro de semana, pero no lo sé con precisión.

—Se que estás haciendo una excelente labor con la servidumbre.

—Eso espero. Si alguna de mis decisiones os pareciera inadecuada, ¿me prometéis hacérmelo saber?

—Os lo prometo.

—Me apena dejar a los niños aquí. Pero al mismo tiempo no quiero que se sientan incómodos en un ambiente aparentemente hostil.

—Me enfrenté al mismo dilema hace mucho tiempo. Seguro que se verán felices de venir con nosotros.

—Yo también pienso lo mismo.

—Sin embargo, luego de unas semanas no tendrían mucho que hacer.

—He llegado a la misma conclusión. Pero tal vez si me esforzara por encontrarles buenas alternativas...

—Te aconsejo que lo hables con Kein, desde el corazón.

—De acuerdo, así lo haré. Ahora me voy, porqué Mrs. Brodie aguarda a las instrucciones para la cena. Buenas tardes. —Eleonor le dio un beso y salió.

* * *

El duque y la duquesa permanecieron de pie en los escalones de la entrada, esperando a que el carruaje de los Bath se alejara.

—¡Oh Señor, te doy las gracias por esta liberación! Y te pido perdón por los malos pensamientos dirigidos a lord y lady Bath —murmuró Eleonor, uniendo las manos y con los ojos entornados.

Keiran frunció el ceño al observarla.

—¿Hablas en serio?

Ella levantó la mirada.

—Por supuesto. ¿Tú no rezas nunca?

—A veces. Pero pedir perdón por seres tan abyectos...

—Aun y todo, son seres humanos y no deberíamos pensar mal de ellos.

—¿Ni siquiera cuando lord Bath te desnudaba con la mirada?

—En realidad, si no me hubieras obligado a quitarme esas...

Keiran levantó los ojos al cielo y desapareció dentro del castillo, caminando con paso firme por el vestíbulo.

—... ¡no habría caído en la tentación! —concluyó ella siguiéndolo a su estudio.

—Entonces yo debería estar babeando por cada mujer hermosa que pasara delante de mí: casada o no. ¿Verdad?

—¡No! Es decir, sí... ¡no! ¡Maldita sea! —Eleonor había estampado el pie en el suelo como una niña caprichosa.

—¿Entonces?

—¡Vale, de acuerdo! ¡Tienes razón! —Aceptó ella, dándose la vuelta y alejándose.

Keiran sonrió y se acercó a la puerta para verla caminar hacia la cocina. Estaba preciosa y caminaba con paso firme, lo que demostraba el evidente fastidio que sentía por tener que admitir su error. Desapareció al doblar la esquina.

Keiran subió a la sala de los niños.

Entró lentamente y fue arrollado por el ruido de la batalla simulada que, evidentemente, Annis les había permitido hacer.

—¡Intrépido caballero! ¡Cuidado a tus espaldas! —gritó Annis.

—¡Te salvaré, princesa! ¡Pero antes tendré que matar a la bestia feroz! —respondió Caroline, interpretando al caballero. Llevaba un palo entre las piernas que terminaba en una cabeza de caballo hecha de papel y pintada a mano. Un trozo de tela de color le hacía de capa.

Jonathan se reía al ver las muecas que Zaynab hacía para imitar a una bestia feroz y fingía arponearla con una lanza de cartón más alta que él con la ayuda de Beyruud.

—¡Soldado! —ordenó Caroline—. Rodéalo y perfora a ese monstruo horri...horrip...horri...

—Horripilante —dijo Keiran en voz alta.

Todos se volvieron a mirar al duque que sonreía.

De repente Caroline gritó:

—¡Otro monstruo! ¡Y éste vestido de negro! ¡Atravesadlo con vuestras espadas, mis leales soldados!

—No, Caroline... no... —suplicó Keiran, que ya se reía del fin que sabía que iba a tener.

Todos, excepto Annis y Zaynab, claro está, estaban sobre él, tirándole de los pantalones y la chaqueta, obligándole a arrodillarse sobre la mullida alfombra.

—¡Ayer no viniste, duque! —le reprendió Caroline—. ¡Por lo tanto hoy serás nuestro prisionero por al menos cuatro horas!

—¿Cuatro horas? ¡No podré estar tanto tiempo aquí! ¿Cómo voy a estar sin ver a mi esposa?

—¡Eiono vié sempe! Yo llamo —exclamó Jonathan mientras se levantaba orgulloso, dispuesto a llamar a Eleonor.

—¿Eleonor viene siempre? —preguntó asombrado Keiran.

Annis captó la mirada interrogativa del duque.

—Sí, lord Northcliff, su excelencia viene tanto a la mañana como a la tarde.

Keiran miró de nuevo a los niños.

—¡Ahora el monstruo se rebela! —exclamó con voz especialmente ronca para infundir temor —. ¡Alguna de estas regordetas piernecitas va a ser mi cena!

Los niños empezaron a gritar de alegría e intentaron huir. Pero Keiran agarró a Jonathan con una mano y se lo subió a un hombro, y luego sujetó a Caroline con la otra y se la puso bajo el brazo como si fuera un saco, mientras la niña pataleaba y reía. Por último, se levantó y persiguió a Beyruud, que corría alrededor de Zaynab y Annis.

Tras un par de minutos de gritos, carreras, sustos, risas y cosquillas, Keiran se dejó caer al suelo, recostándose.

—La bestia está a punto de morir de pena.

Los niños se le acercaron con la respiración agitada.

—¿Qué haremos sin ti? —le preguntó Caroline.

—¿Sin mí?

—No me gusta cuando te vas.

—Debo irme.

—Yo vo contego. ¿Puedo? —Jonathan tenía una carita deliciosamente convincente, y Keiran tuvo dificultades en responderle enseguida que no.

—Ya veremos.

—¡La duquesa ha dicho que podemos ir! —exclamó Caroline.

Keiran frunció el ceño y miró a Annis. Ella negó con la cabeza..

—¿Estás segura, Caroline, que la duquesa ha dicho eso?

—Sí, ha dicho que iremos a Londres.

—Caroline.

—Vale... ha dicho que igual vamos a Londres.

Annis volvió a negar con la cabeza.

—Caroline.

—¡Ha dicho que lo hablaría contigo! Pero tú quieres que vayamos, ¿verdad, duque? ¿Verdad? ¿Entonces?

—La duquesa y yo lo hablaremos.

—¿Cuándo? ¿Podéis hacerlo ahora? ¿La llamo?

—No, Caroline. Ella y yo decidiremos en privado.

—¿En pivado? ¿Qué? Yo no compendo —balbuceó Jonathan.

—En privado significa en otro lugar y en otro momento —le explicó Keiran levantando al pequeño en brazos.

—Significa que no quieren hablar de ello delante de nosotros —Caroline sentenció a sabiendas de qué significaba.

—Caroline —la amonestó Annis con tono severo—. No es un tono apropiado para dirigirse a un duque. De hecho, nunca es apropiado.

La niña inclinó la cabeza.

—Annis, ¿le estás enseñando un poco de inglés escrito a Beyruud?

—Sí, excelencia. Es muy diligente y se esfuerza. Por supuesto, la presencia de los niños la distrae de sus tareas, pero aun así nos las arreglamos.

Keiran estaba encantado con Annis y se alegraba de haber insistido en su momento para que la joven, hija de Elsie Duff, estudiara para maestra de escuela. Era paciente y muy inteligente; le encantaba comprender la dinámica mental de los niños y entender sus inquietudes.

—Yo també estudio... ¡míha! —dijo Jonathan, liberándose de los brazos de Keiran. El niño corrió a buscar entre los papeles de la mesa.

—Así que —retomó el tema el duque en voz baja—, mi mujer viene a menudo.

—Sí. Nos acompaña durante un buen rato, tanto por la mañana como por la tarde.

—¿Y qué hace?

—Enseña, juega con ellos, les cuenta historias y los escucha. Adora a los niños. —Annis guardó silencio por un instante, recordando a la bella duquesa, sus elegantes movimientos y sus miradas suspicaces.

—¿Qué pasa, Annis?

La chica se dio cuenta de que la habían descubierto: conocía las capacidades del duque. Sonrió.

—Nunca he sido capaz de ocultaros nada. —Recordó cuando, a los dieciséis años, había anhelado que el marqués de Lothian la besara. Keiran había captado su pensamiento y, con la euforia propia de un joven de veinticinco años, la había besado como es debido y le había explicado cómo y por qué. Desde entonces no la había vuelto a tocar, pero Annis recordaba con cariño aquellos momentos de juventud—. Creo que a su excelencia no le gusto.

— ¿De qué deduces esto?

—Me mira con desconfianza, ¡pero juro que nunca le he faltado al respeto!

— Te creo. Has crecido conmigo, Annis, aunque eres más joven, y el entendimiento que tenemos es obvio para una mujer tan atenta como mi esposa.

—Sospecha que vos y yo...

—Puede ser. O quizá solo sea celosa. —respondió él encogiéndose de hombros—. ¿Te gustaría venir a Londres?

—Lo que vos deseéis.

—¿Te gustaría ir, Annis?

—Sí.

—¿Y crees que los niños estarían bien?

—Desde luego. Estoy segura de que con la ayuda de vuestra mujer podría encontrar las actividades más adecuadas para ellos.

Keiran asintió con la cabeza.

—¡Míha! —chilló Jonathan debajo de él.

Keiran se agachó para observar una serie de líneas incomprensibles.

—Entonheh... eto eres tú, eto yo, eto el árbo y eto... Oh... no lo zé.

—¡Madre mía! ¿Lo has hecho tú? ¡Eres muy hábil, jovencito!

Jonathan se puso a acariciar el rostro de Keiran.

—¿Tas afeitao?

—Sí, me he afeitado. ¿No está bien apurado?

—Un poo sí, un poo no... peo más no.

Keiran soltó una carcajada.

—Vete con Annis.

Entonces se acercó a Zaynab y le dijo en voz baja:

—Seré muy feliz si te casas con Wanjala. Pero no esperes hasta la primavera. Quizá para entonces ya nos hayamos ido.

—Gracias, lord Northcliff, muy amable. Pero sin casa y...

—De la casa me encargo yo, Zaynab.

La chica sonrió, mostrando unos dientes blanquísimos, y dijo:

—De acuerdo. Gracias de todo corazón.

Keiran saludó a los niños y guiñó un ojo a Annis, como era su costumbre, y salió de la habitación.

* * *

Lady Georgia salió de su dormitorio a última hora de la tarde.

Aceptó gustosa el té que le ofreció lady Bridget Northcliff, con la esperanza de que la despertara.

Aquella maldita tisana la había sumido en un sueño profundo y letárgico. Maldijo a la duquesa y su astucia: estaba convencida de que lo había urdido todo para alejarla de su marido.

Esta seguridad la llevó a la conclusión de que lady Northcliff tenía miedo de ella y de sus encantos. Pero cuando recordó con la mente el cuerpo perfecto y seductor de la joven de melena rubia como la miel, sospechó que estaba equivocada.

Se perdió en estos pensamientos mientras bebía lentamente el líquido caliente de la adornada taza de porcelana y no se dio cuenta de que ninguna de las damas presentes le dirigía la palabra, ya que todas estaban al corriente de su confuso estado mental.

* * *

Keiran había aparecido cautelosamente en la puerta de la cocina para no llamar la atención. Permaneció entre los numerosos miembros de la servidumbre, que no hicieron ruido ni se inmutaron al verlo, procurando quedarse atrás para que Eleonor no lo viera.

Todos observaban a la duquesa mientras planificaba las actividades del castillo durante su ausencia. Estaba sentada a la mesa, flanqueada por Agatha y Ramsay, que intervenían oportunamente a petición de su ama.

—Para el personal de limpieza. Os ruego que limpiéis regularmente todas las habitaciones. No omitáis lavar las cortinas: aprovechad nuestra ausencia para hacer los trabajos que habitualmente perturbarían la vida en el castillo. También me gustaría que prestarais mucha atención a la biblioteca: la cantidad de libros no debe hacer que descuidéis su cuidado. Pero, por favor, no alteréis su orden: todo debe permanecer tal como está. Decid, Ramsay.

Eleonor se acercó para escucharle. Asintió con seriedad.

—Ramsay me recuerda que hay una lista que él ha preparado para consultar en caso de que necesitéis ayuda con alguna tarea. Sé que no tengo formación agrícola, pero conozco el gran potencial del huerto del castillo. Confío en vos, Mr. Wilson.

El viejo asintió también, mostrando su desdentada sonrisa.

—¿Debería decir algo también sobre el mantenimiento del establo y los caballos? —le preguntó Eleonor a Ramsay.

—Creo que su excelencia ya se ha encargado de eso, lady Northcliff.

Keiran se adelantó y los criados se apartaron para dejarle pasar. Se sentó junto a Eleonor y adoptó una postura cómoda, mirándola a los ojos, que ahora resultaban ininteligibles. Luego se inclinó hacia ella y dijo:

—Wilson lleva años confiando en las mismas mujeres para preparar los alimentos en conserva que provienen de nuestras tierras. Dale tu aprobación.

—Wilson, sois libre de planificar la preparación de los alimentos de nuestra cosecha como consideréis más oportuno. Estoy segura de que tenéis personas idóneas a las que confiar la tarea.

—Muy bien, excelencia.

—Lamento haberos entretenido tanto, pero creo que ya he terminado. Si tenéis alguna duda o aclaración, no dudéis en preguntarme. Gracias a todos y buen trabajo.

La multitud se alejó lentamente.

Eleonor vio que Ramsay le preguntaba algo a su marido, pero no alcanzó a oír la pregunta. A continuación, una criada muy joven con los ojos muy enrojecidos llamó a Mrs. Brodie y, finalmente, Agatha se acercó a ella.

—Lady Northcliff —comenzó diciendo el ama de llaves con ojos vacilantes y confusos—, esa chica, la criada de lady Georgia, Patty, pregunta por vos. No creo que sea muy apropiado, pero parece que Hettie le dijo que se dirigiera a vos.

Keiran lo había oído todo y se puso al lado de su mujer.

—Hablaré con ella, Agatha, que se acerque.

La muchacha fue prácticamente empujada por la ama de llaves porque, al ver al duque y su expresión severa, temía hablar delante de él.

—¿En qué puedo ayudarte, Patty? —le preguntó amablemente Eleonor.

—Excelencia, Hettie dice que... os pregunte...

—¿De qué se trata?

La joven permanecía en silencio.

Keiran percibió sus lágrimas y su sufrimiento; pero intuyó algo más. Se acercó a Eleonor y le susurró:

—Aquí no. Llévala a nuestro salón, y que te lo cuente todo.

Eleonor se giró para mirarle y se encontró con sus ojos suspicaces y decididos: había intuido algo.

—Ven conmigo, Patty —le ordenó poniéndose a su lado—. ¿Te parece bien que venga Agatha?

La chica asintió y preguntó:

—¿Puedo llamar a Hettie?

—Seguro que ya estará arriba. Vamos a los aposentos ducales.

—Yo no puedo hablar... delante del duque.

—No se quedará, pierde cuidado. En marcha.

El trayecto desde las escaleras hasta los aposentos de los amos parecía un cortejo fúnebre.

Patty lloraba en silencio y miraba a su alrededor por miedo a toparse con lady Georgia.

—Tu ama sigue tomando el té —le aclaró Agatha al comprender su preocupación.

Una vez en la habitación, Eleonor insistió en que Patty se sentara junto a ella. Agatha tomó asiento en el sillón.

Hettie llamó a la puerta y entró con el rostro abatido. Hizo una reverencia.

—Tenía que ser ella quien os lo dijera, lady Northcliff.

Eleonor realmente comenzó a preocuparse.

—Ahora dime qué te aflige tanto, Patty.

La joven doncella levantó los ojos congestionados de lágrimas.

—Cuando llegué al castillo ya me sentía mal, pero no quería meterme en líos y le seguí la corriente porque me dijo que me quería... Ya no puedo más y además, ahora creo que estoy embarazada.

Las confusas frases de Patty cobraron vida cuando dijo la última palabra.

—¿De quién? ¿De un compañero tuyo? ¿Trabaja en el castillo?

Hettie suspiró sonoramente.

—Lady Northcliff, ¿recordáis cuando hablamos de la preferencia que ciertos hombres sienten por las chicas muy jóvenes?

Eleonor miró fijamente a Hettie. Recordaba aquella conversación y que se refería concretamente a... ¡Lord Bath! Abrió los ojos horrorizada ante el asco que le subió a la boca. Cerró los ojos, y fue en ese momento cuando Agatha se asustó.

—¿De quién se trata? —preguntó la anciana en voz baja.

—Patty, debes decir el nombre. Es una orden —dijo Eleonor.

—Lord Bath —confesó la muchacha entre sollozos.

Agatha abrió la boca y un instante después la cubrió con una mano.

—Por todos los santos del Cielo...

El silencio que siguió habría dado a cualquiera la medida de la gravedad de la situación si hubiera entrado en aquel momento.

Eleonor reflexionaba con su expresión habitual, un dedo en la boca, acariciando los hermosos labios. Vio en su mente al ya no tan joven hombre entreteniéndose con aquella inexperta y vulnerable muchacha y le produjo repugnancia. No permitiría que Patty volviera con él a menos que ella lo quisiera.

—¿Lo amas?

—Eso pensaba, pero...

—Tengo que saberlo, Patty. ¿Quieres volver con él?

—No, Lady Northcliff, ¡no me mandéis con él!

—Bien, no lo haré. Te quedarás aquí.

—¿Qué vamos a hacer con lady Georgia? —preguntó Agatha mientras limpiaba la carita húmeda de la chica.

—Yo me ocuparé —dijo con determinación Eleonor—. Patty, ¿estás segura?

—Hace dos meses que no tengo la regla.

—Hettie, avisa a Lorna Wood. También quiero conocer su opinión. ¿Cuánto tiempo llevas con esta historia?

—Desde hace al menos un año. Yo estaba convencida de que se había encariñado conmigo, pero siempre estaba buscando a su mujer y yo los oía. Luego, en Edimburgo, andaba con fulanas y aquí trató de acostarse con esa chica nueva. Entonces, Maggie me llamó estúpida. Él se enfadó conmigo porque le dije que ya no lo quería y me pegó.

—Vale, ya basta. Me parece absurdo. ¿Cuántos años tienes, Patty?

—Casi diecisiete.

—¡Dios mío! —Eleonor se preguntó cómo una chiquilla tan guapa podía estar con un hombre treinta y siete años mayor que ella. Ella y Agatha se miraron.

—Necesito una mujer que ya no sea joven, Agatha, y que quiera irse a trabajar de criada en la casa de lady Georgia en Londres.

—Hablaré con Ramsay enseguida. Encontraré a la persona adecuada, lady Northcliff.

Eleonor y Patty se quedaron solas.

—Has cometido un error. No deberías haberte entregado a un viejo inepto.

—Lo sé, lo sé —lloraba la joven desconsoladamente—. ¿Cómo voy a criar a esta criatura?

—¿La tendrás, entonces? ¡Cuánto me alegro!

—No tendría valor para...

—Vale, Patty. En cuanto llegue Lorna, descubriremos la verdad.

* * *

Roy se dirigía a sus aposentos cuando lady Alice apareció bajando de la segunda planta.

—¡Lady Alice! Buenas tardes.

—Lord MacKendrick, buenas tardes.

—¿Bajáis para el té?

—Sí. ¿Vos no venís?

—No, después de la reunión con el duque, vuestro padre y St. James, necesito relajarme y me temo que la conversación de la hora del té no ayudará a mi propósito.

Alice le sonrió, estaba realmente guapa.

Roy se fijó en sus vivos ojos azules, que contrastaban con sus labios rosados, su piel muy pálida y su cabello oscuro.

—¿Os uniríais a mí en una ronda?

Alice frunció el ceño, sin entenderle.

—¿Una ronda?

Roy sonrió utilizando la expresión que volvía locas a las jóvenes debutantes en busca de marido. Señaló con el dedo hacia arriba y susurró con aire conspirador:

—¡La ronda! ¡Pero por el amor de Dios, no se lo digáis a nadie, lady Alice! Si vuestro padre se enterara, ¡me obligaría a casarme con vos!

Alice se rio con ganas, llevándose una mano a la boca.

—¿Os disgustaría mucho?

—Oh... ¡en realidad no!

Alice volvió a reír, complacida por el cumplido.

—¡De acuerdo, lord MacKendrick, en marcha!

Los dos corrieron escaleras arriba. Para ayudarla, Roy la cogió de la mano y la arrastró consigo. Cuando llegaron a la segunda planta, él le ordenó:

—Tomad una capa u os congelaréis.

Alice entró en su dormitorio y salió al instante con un abrigo de piel clara puesto.

Siguieron subiendo por la siguiente rampa, cada vez más estrecha, y llegaron a la planta del servicio.

Roy se detuvo, aun tomándola de la mano, atento a cualquier movimiento sospechoso. Ninguno. Tiró de ella a lo largo del último tramo de estrechas escaleras que terminaba en una puerta de madera. Giró la llave y empujó con todo el cuerpo, pues la nieve había bloqueado la entrada.

El aire gélido se precipitó sobre ella.

Salieron y cerraron la puerta. Todo estaba cubierto de nieve y el blanco resaltaba aún más contra la oscuridad de aquella tarde invernal.

Alice hundió los pies en la nieve, produciendo un sonido crujiente, y avanzó hacia la cornisa.

—¡Está muy oscuro! Me gustaría ver el paisaje durante las horas de luz.

—Os traeré mañana por la mañana —dijo Roy con tono de promesa—. Por favor, no os asoméis. De niños teníamos prohibido subir aquí, a menos que el duque estuviera con nosotros.

—¿Nosotros? ¿Cuántos erais?

Roy se mordió la lengua: no le gustaba hablar de Axel, por miedo a despertar viejos y dolorosos recuerdos.

—Otros niños y yo que estaban en el castillo con nosotros.

—Sois mucho más joven que el duque —afirmó Alice para subrayar un detalle negativo, relevante para ella.

—Casi diez años. ¿Creéis que es mucho? ¿Os parece que soy demasiado joven?

—No quería decir que fuerais demasiado joven.

—Yo creo que sí. Pero no os incomode. ¡Yo no lo estoy!

Alice se puso seria al darse cuenta de que había sido un poco ofensiva. Aun así, él no parecía estar resentido con ella. Le miró a través de la espesa penumbra, intentando encontrar un resquicio de luz que le permitiese ver sus ojos.

Roy se volvió hacia ella.

—La madurez de un hombre no reside en su edad, lady Alice, y no digo esto para regañaros, os ruego que no me malinterpretéis.

—¿Queréis decir que un hombre adulto puede ocultar una inmadurez acusada?

—Así es.

—¿Os referís a uno en particular, lord MacKendrick? —preguntó ella en tono picajoso.

—Creo que sabéis de sobra a quién me refiero, lady Alice. Y también creo que, por mucho que os empeñéis en no admitirlo, comprendéis perfectamente que podríais tener mucho más que él.

Alice se quedó sin palabras. Nunca había esperado un discurso tan explícito por parte del joven hermano de su excelencia. Joven. Se empeñaba en llamarle así, pero en el fondo sabía que la juventud iba más allá de la edad.

—No tenéis pelos en la lengua —murmuró ella.

—No cuando me importa alguien o cuando veo una injusticia.

—¿Os importo? ¿O creéis ver una injusticia?

—Ambas cosas, me temo.

—No pensaba que fueseis tan...

—¿Maduro? —terminó él la frase por ella, alzando las cejas divertido.

Alice guardó silencio. Permanecieron unos instantes más en silencio. Entonces empezaron a caer unos copos, ligeros y silenciosos.

—Hace demasiado frío, lady Alice.

—Os lo suplico, un instante más —le imploró ella ofreciendo el rostro al cielo. Tenía los ojos cerrados y por fin sonreía—. ¿Me traeréis de nuevo aquí por la mañana?

—Os lo he dicho.

—¡Me muero de ganas! —exclamó ella dirigiéndose hacia la maciza puerta.

* * *

—Lady Georgia, tal vez no me haya explicado adecuadamente —dijo la duquesa de Northcliff, mirándola a sus ojos de fingida cervatilla—. Vuestra doncella, Patty, está muy enferma. No es un asunto menor. He encargado personalmente que una mujer capaz y experimentada la sustituya. Estoy seguro de que os agradará.

—Os lo agradezco, excelencia. Pero, ¿de qué se trata exactamente?

—Mi considerable experiencia en medicina me llevaría a sospechar de una virulenta forma de

dolencia intestinal —le respondió Eleonor, mintiendo descaradamente, con la esperanza de asustarla lo suficiente como para disuadirla de intentar ver a Patty.

—Lamento mucho lo sucedido con ella. A estas alturas, realmente no sería apropiado que yo la viera.

—Por supuesto que no, lady Georgia. La nueva doncella está a vuestra disposición en el dormitorio. Podéis conocerla ahora mismo.

Lady Georgia hizo una reverencia con una amplia sonrisa y desapareció por las escaleras.

Eleonor suspiró al recordar el desafortunado suceso. Miró por la ventana, donde la oscuridad avanzaba ya. Temía contárselo todo a Key: no le cabía ni la menor duda de que montaría en cólera y amenazaría de muerte al conde. Quizá debería contárselo poco a poco, empleando un tono moderado y con la ayuda de sus encantos. O tal vez en público, para evitar que armara un escándalo.

Dos manos la agarraron por la cintura, haciéndole estremecerse. Las miró, las reconoció enseguida y sonrió.

—¿No protestas? Podría haber sido cualquiera.

—He reconocido tus manos, Key.

La atrajo hacia sí, apretando su espalda contra su cuerpo. Rozó su cara y su cuello con los labios. Olía embriagadoramente bien y su piel era suave y tersa.

—¿Qué quería aquella criada? —le susurró al oído.

—Luego hablaremos de ello.

—No. Adelántame algo —dijo él acariciándola.

—Un problema por resolver —ella se dudó y contuvo la respiración.

Le besó el cuello y los hombros y le quitó el chal. De repente, abrió las manos para tocarle los pechos.

Eleonor jadeó unos instantes, desprevenida ante aquel gesto.

Keiran rozó suavemente los pechos que sobresalían bajo la tela.

—Te estoy enseñando algo nuevo, cariño. —le explicó—. Recuérdalo cuando estemos desnudos, porque entonces será muchísimo más placentero.

Eleonor jadeó, sintiendo que le flaqueaban las piernas.

—Estoy aquí, te tengo, *leannan*. Si quieres, me detengo.

—¡No!

Keiran rio y, sujetándola con un brazo, utilizó la otra mano para bajarle el escote y desnudar su pecho. Su explosiva sensualidad lo abrumó y, sin pensarlo, le rozó un pezón.

Eleonor dejó escapar un gemido sin darse cuenta.

Keiran se detuvo, temiendo haber ido demasiado lejos. Le levantó el borde del vestido y la giró. Le dio un beso rápido en los labios y se marchó.

Eleonor se quedó mirando cómo se alejaba y cerraba la puerta.

Una sensación de vacío la invadió: lo deseaba con locura, quería más, estaba segura. Imaginarse desnudos, abrazados, solo servía para torturarse un poco más.

Sí, deseaba hacer el amor con él más que nada en el mundo.

* * *

El marqués de St. James, sentado en el estudio del duque de Northcliff, esperó a que las mujeres salieran del salón rosa donde estaban reunidas para tomar el té, con la esperanza de interceptar a lady Nancy.

No lo consiguió: todas salieron a la vez, en un grupito muy apretado, y no tuvo forma de llamar su atención sin ser visto. Decidió seguirlas a distancia, subió también las escaleras

quedándose atrás y, en cuanto oyó que todas las puertas se habían cerrado, se acercó a la habitación de Nancy.

Permaneció escuchando y solo oyó la voz de la doncella, Maggie, que evidentemente hablaba con Nancy. No había rastro de su madre, que ocupaba la habitación contigua. Llamó suavemente y Maggie abrió la puerta con dificultad.

La cara que puso la chica fue bastante graciosa, pensó Daniel, tanto que tuvo que esbozar una sonrisa.

—¿Esperabais a otro? —preguntó, apoyando un brazo en el marco de la puerta.

—No, lord St. James, pero...

—Dile que quiero verla, por favor.

Maggie asintió y entrecerró la puerta.

En cuanto Nancy supo que el marqués estaba allí, saltó hacia la puerta como un rayo.

Los dos se miraron y sonrieron.

—*Mi madre está en su habitación* —le explicó Nancy con signos, dejando a Maggie estupefacta—. *Pero tiene la puerta abierta*.

—*Quiero estar contigo. Debo hablarte* —dijo él con gestos desenfadados.

Nancy hizo un gesto para que esperara. Se volvió hacia Maggie y, articulando las palabras con los labios, le dijo:

—*Dile a mi madre que estoy muy cansada y que me he acostado a dormir un poco antes de cenar*.

Maggie la miraba asombrada, luego miró de reojo al marqués por el sensacional descubrimiento.

—¡Lord St. James también sabe usar el lenguaje de signos! —la doncella había susurrado con tal agudeza que, una vez más, Daniel la encontró graciosa.

—*Sí, pero tú no has visto nada, ¿entendido? Ahora ve con mi madre*.

Maggie miró de soslayo al marqués, se volvió, cerró la puerta tras de sí y esperó instrucciones.

—*Ya puedes irte, Maggie*.

—¿De verdad? ¿Estáis segura? No creo que sea una buena idea, lady Nancy.

—*Estoy segura* —le respondió Nan con una sonrisa.

—Si lady Northcliff lo supiera... no sé, lady Nancy, quizás no debería.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Daniel con descaro y una sonrisa pícara—. No le voy a hacer ningún daño. Al contrario...

—¡Dios mío, no quiero saber nada! ¡Lady Nancy, yo no estaba aquí, lo juro! —Maggie se fue, cerrando silenciosamente la puerta tras de sí.

—*No hables. Mi madre podría oír tu voz* —dijo la chica con rápidos gestos.

Daniel asintió, clavando sus ojos en los de ella para no caer en la tentación de mirar el cuerpo menudo y grácil que se ocultaba bajo el vestido beige.

Vio algunos objetos personales tirados aquí y allá en la habitación: pantuflas de seda rellenas de lana, una bata tirada sobre la cama, un libro sobre la mesilla, frascos transparentes que contenían sustancias de distinta consistencia ordenados sobre el tocador. Se acercó, intrigado. Cogió el perfume y lo olió; luego cogió un frasco de una especie de pegamento color miel que parecía resina. Pensó un instante y se dio cuenta de lo que era

—¿Quién te lo ha...?

Nancy le tapó la boca con los dedos, indicándole que callara.

—*Disculpa, lo había olvidado. ¿Quién te lo ha dado?*

—*Ellie*.

—¿Cómo lo consigue?

—A través de lord Portland, junto con otras cosas, como perfumes, especias, hierbas. ¿Sabes que el barco, el que está mar adentro, es de Eleonor?

Daniel asintió. Evidentemente, lady Northcliff reclamaba cierta cantidad de bienes a Portland, ya que era él quien se encargaba de la anualidad que le correspondía del «Eleonor Grace».

—¿Y tú sabes qué es? —le preguntó Daniel con una sonrisa maliciosa.

—¡Claro!

—Así que lo usas.

—¡Por supuesto!

Daniel sonrió asombrado, frunciendo el ceño; pensó en la cara que seguramente había puesto Blake al ver la tersa piel de su mujer. Sentía demasiada curiosidad. Sin apartar sus ojos dorados de los grises de Nancy, se agachó para agarrar el borde del vestido. Lo subió lentamente, revelando sólo un pequeño trozo de su pierna, cubierta por las medias.

—No está bien, Danny, lo que estás haciendo...

—Lo sé, cariño, pero sólo quiero ver.

A Nancy no le gustaba esperar, así que se levantó la bata con las dos manos, dejando al descubierto sus piernas hasta los delgados muslos, sin el más mínimo pudor.

Daniel sonrió ante aquel gesto espontáneo, pensando que representaba exactamente a aquella dulce criatura: falsamente reacia a la sociabilidad y aparentemente tímida, pero con un poco de confianza se mostraba totalmente desinhibida, sin vergüenza.

Se arrodilló y, con mano ligera, movió la media, acariciando la pantorrilla y subiendo hasta el muslo, palpando la piel suave y sin vello.

—Sí, la usas —dijo mirando desde abajo.

Se puso serio: no podía permitirse que el deseo se apoderara de él, así que retiró la mano y se levantó.

—Me iré mañana por la mañana, Nancy Jane.

Ella abrió los ojos de par en par mientras dejaba caer su vestido.

—Tengo mucho que hacer en Londres para la salida de mi barco.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Hace unos días.

—¿Por qué lo dices sólo ahora, Danny?

—¿Qué razón había para que dos personas estuvieran de mal humor?

Nancy sonrió, reconociendo que tenía razón.

—En cuanto llegues a Londres, mándame una nota de aviso, cariño: al día siguiente estaré en casa de tu hermano para oficializar nuestro compromiso.

—Te echaré de menos, Danny, y eso me asusta.

Daniel pensó que esa espera los estaba agotando a ambos y se preguntó si estaba haciendo lo correcto al apresurar las cosas. No desposarla de inmediato habría significado encontrar otras distracciones, siempre y cuando siguiera comprometido con ella durante lo que la sociedad podría considerar el tiempo suficiente.

¡Le parecía una idea inaceptable! No quería a nadie más, solo a ella, y quería que se casara con él y fuera su esposa para siempre.

—No te tocaré. Si te beso, cariño, no podré detenerme.

Se giró bruscamente y, tras abrir la puerta, la miró un instante más.

Luego salió.

* * *

—Lord Northcliff, tres agentes de la ley vinieron a por los dos de abajo.

Keiran miró a Foster.

—¿Hicieron preguntas sobre las heridas?

—No. Solo sobre lo sucedido. Les respondí y les pareció bien —contestó el *Bow Street Runner* expulsando vaho por la boca.

Ya era de noche, aunque eran solo las cinco de la tarde, pero las antorchas encendidas junto a la puerta de la cocina iluminaban bien el lugar, por lo que ambos se veían bien.

El duque parecía pensativo.

De vez en cuando, Foster lo miraba y adivinaba que iba a decir algo en cualquier momento.

—No me gusta la información que tú y Ben obtuvisteis de esa pobre gente en la posada.

—Tampoco a mí, lord Northcliff. Pero así es.

Keiran guardó en silencio, pensando en los dos que, con algunos vasos de cerveza, le habían dicho a Ben y a Foster que el viejo Geremiah había subido al carruaje de la Condesa de Portland y que siempre estaba demasiado borracho incluso para quitarse la vida.

Todos sabían que el viejo no sería capaz de hacer daño a nadie, y mucho menos de apuntar y disparar al duque y a su prometida desde el interior del bosque y en plena penumbra.

El hecho de que los mismos dos borrachos hubieran afirmado después haber visto a lady Portland en compañía de un hombre alto, bien plantado y elegantemente vestido, suscitó fuertes sospechas.

—Tengo muchos enemigos, pero, ¿quién podría haber querido mi muerte, incluso antes de casarme? —Keiran estudió los ojos color avellana del hombre que tenía enfrente, encontrando en ellos una respuesta que evidentemente temía expresar—. Vamos, Foster, habla. De todos modos, he llegado a la misma conclusión.

—De acuerdo. Me inclino a pensar que las balas iban dirigidas a vuestra esposa.

—Que aún no lo era.

—Precisamente.

—Hereford no obtendría ninguna ventaja eliminándola.

—Estoy de acuerdo, lord Northcliff.

—Alguien que consideraba a Eleonor un obstáculo.

—Alguien o... *alguna*, si me lo permite, Lord Northcliff.

Keiran asintió pensativo.

Que lady Georgia había hecho todo lo posible por atraparlo era de dominio público, pero que fuera capaz de disparar con precisión a esa distancia le parecía imposible.

Otra mujer interesada era lady Grafton, su última y actual amante, pero ella era, en su opinión, una persona demasiado independiente para desear tanto el matrimonio como para llegar a matar a una adversaria.

Luego estaba Lady Wilmot, la astuta, retorcida y caprichosa Philippa. Sí, ella habría sido capaz, en un ataque de celos, de permitirse escenas poco refinadas, pero no de un acto tan planeado como el intento de asesinato de un ser humano. Sin embargo, el recuerdo de lo que había visto en la mente de ella mientras la hacía disfrutar le dio la medida de cómo Philippa era capaz de elegir a sus partidarios, en aquel caso el conde de Bath. Quién sabe si aquel asqueroso traidor de Bath sólo pretendía interferir en sus barcos para favorecer de algún modo a Napoleón, o si tuvo algo que ver con el tiroteo en el bosque y el incendio de la habitación de Eleonor.

Sí, a la postre, él y lady Portland seguían siendo los principales sospechosos.

—El incendio, Foster. La verdad está más cerca de lo que pensamos. ¿Quién podría haber provocado el incendio si no alguien que tuviera fácil acceso al castillo?

—O que ya estaba en el castillo.

Los dos se miraron con complicidad.

Hugh Foster conocía lo suficiente al duque como para saber lo que le iba a ordenar hacer.

—No estaría de más hacerle un seguimiento —dijo Keiran refiriéndose obviamente al conde de Bath.

—A decir verdad, me he tomado la libertad de hacerlo en cuanto ha abandonado el castillo esta mañana. Espero no encontrarme con vuestra desaprobación. —Foster estudió la expresión impenetrable del duque y vio que apenas enarcaba una ceja.

—Excelente intuición.

—Gracias, lord Northcliff.

* * *

—Se ha confirmado su embarazo —susurró Agatha.

—¿La ha visitado también su excelencia, la duquesa? —preguntó Ramsay por pura curiosidad.

—Sí.

—El duque aún no sabe nada —informó el mayordomo con absoluta certeza. De lo contrario, ¡me habría dado cuenta!

—Sí, aquí está lady Northcliff. Excelencia, ¿quizás preferiríais que hablara con el duque?

—No, Mrs. Brodie, gracias. Creo que la tarea recae sobre mí, ya que la chica se ha dirigido a mí y yo he decidido qué se debe hacer. Patty se quedará en el castillo durante nuestra ausencia y se la confiaré a Elsie Duff, que ha sido muy amable de ofrecerse.

—Muy bien, lady Northcliff, habéis elegido a la mejor. Mrs. Duff ha sido la nodriza de lord Roy y es una mujer extremadamente maternal.

—E imagino que también lo era de Axel —dedujo Eleonor espontáneamente, sin reparar en las posibles consecuencias.

De hecho, fue el incómodo silencio que siguió lo que le hizo comprender que el nombre no debía pronunciarse. Y aunque entendía el porqué, no veía ninguna justificación plausible. Había llegado a la conclusión de que aquel silencio sobre recuerdos dolorosos alimentaba la culpa de Keiran por no haber salvado a su joven hermano.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, sonriendo desafiante. —¿No guardáis buenos recuerdos del joven Axel?

—Sí... no, la verdad es que no, excelencia. Por su muerte accidental.

—Lo comprendo. ¿La desgracia es suficiente para hacerle olvidar los buenos momentos que, sin duda, Axel pasó en esta casa?

Agatha se quedó perpleja ante aquella nueva forma de ver el trágico suceso y miró de soslayo a Angus.

Este intervino diciendo:

—Es una visión diferente a la del anterior duque, excelencia.

—Entiendo. Pero él no está aquí ahora. Estoy yo y también está Keiran Cole MacKendrick, el hombre que tanto se esforzó por salvar a su hermano y que ahora es el duque de Northcliff.

Eleonor había empleado un tono severo con la esperanza de dejar claro de una vez por todas a todos los presentes en la cocina que desaprobaba aquel silencio tácito sobre un hecho que había marcado el espíritu sensible de su marido.

Miró a cada uno de los presentes y se alejó lentamente, henchida de orgullo, exactamente como lo habría hecho lady Bridget Northcliff.

—Tiene razón —comentó inesperadamente Mrs. Begbie—, guardar silencio es como admitir que fue culpa del duque.

Todos la miraron y ninguno discrepó.

* * *

—Lo planearé todo como si fuera a zarpar —dijo Daniel. Se sirvió *scotch* en un vaso de cristal y se sentó en el sillón, colocando la botella junto a él.

Keiran lo observaba desde detrás del escritorio.

—Estoy seguro de que Bath ni siquiera se ha detenido en casa de lord Oxfuird.

—Foster está haciendo que lo sigan, así que pronto lo sabremos.

Daniel sonrió satisfecho y se terminó de un trago el contenido de su vaso.

—¿Así que Foster también lo cree culpable?

—Alguien como Bath siempre es culpable de algo.

—Completamente de acuerdo —dijo Daniel, sirviéndose otro *scotch*—. ¡Cómo me gustaría pillarle in fraganti! Tal vez mientras estemos en alta mar y esté traicionando a su país. No sabes lo que podría hacerle. —Y bebió otro gran trago.

Keiran volvió a mirarlo.

—¿Por qué estás bebiendo a estas horas?

—Blake, nunca has intervenido, ni siquiera cuando yo llevaba una vida bastante disoluta. No empieces ahora.

—Te arriesgas a echarlo todo a perder y lo sabes. No te presentes a cenar borracho, Wolf, o te compensaré por todas las veces que nunca te dije nada. Y no con palabras.

Daniel lo estudió y vio que estaba serio, y los ojos de su amigo decían que usaría la fuerza si era necesario.

—¡Qué huevos tienes, Blake! —resopló.

—Pues espero que los tuyos estén a la altura. Estoy convencido de que ese es tu problema: los tienes muy cargados y estás nervioso.

—No eres nada comprensivo.

—Lo soy. De hecho, te sugiero que te vayas esta noche y duermas en Edimburgo con alguna guapa prostituta que te desatasque los cataplines como es debido.

—No puedo... ¡Maldita sea, Kein, solo logro verla a ella! —admitió, levantándose con un movimiento estridente. Echó a andar, dejó el vaso y cogió la botella.

—Deja la botella en paz, y no bromeo, Danny. —El tono de Keiran era grave y amenazador. El hecho de que hubiera utilizado el apodo cariñoso fue una llamada de atención para Daniel—. Te lo diré sin rodeos: o pagas a una prostituta o te la meneas. Así de sencillo.

Daniel dejó la botella sin levantar la cara. Respiró lentamente, pero en su interior un frenesí de emociones lo alteraba.

Keiran lo notó y sintió lástima. Se acercó a él y le puso una mano en el hombro. Una fuerte vibración recorrió su brazo, pero la mantuvo allí, cerrando los ojos para resistir aquel sufrimiento y tratar de calmar la negatividad que sentía.

—No lo hagas, Kein, no quiero...

—No pasa nada, Danny, cálmate. Keiran esperó otro minuto y finalmente retiró la mano. Abrió y cerró los dedos informes y luego se sentó junto a la chimenea.

Daniel lo miró conmovido al pensar que su amigo haría cualquier cosa por él.

—Eres la persona a la que más quiero, Kein, ya lo sabes.

—Lo sé.

—No voy a Edimburgo, no me apetece. Solo la veo a ella.

Keiran le sonrió.

—Supongo que optarás por la segunda opción.

—¡Mierda, Blake! ¡Cómo disfrutas burlándote de mí! ¡Haciendo mis cositas mientras pienso en ella como un crío! ¡Maldita sea! —Caminó hacia la puerta, sacudiendo la cabeza, mientras Keiran se reía de él.

* * *

Eleonor mojó la pluma en el tintero y escribió en el sobre: «Distinguido doctor Phillips». Luego cogió papel y comenzó a escribirle la carta.

Shell Bay Manor
29 de diciembre de 1811

Mi sabio maestro, ¡os echo muchísimo de menos! Dentro de unos días volveré a Londres y os traeré una gran noticia. Hubiera preferido anunciárosla en persona, pero mi amistad y mi estima por vos me han persuadido de comunicárosla por escrito: no me agradaría en absoluto que lo supierais por otros.

El día de Navidad, yo, Eleonor Grace Hambrook, me desposé con su excelencia el duque de Northcliff.

No pongáis esa cara, os aseguro que mi comportamiento aquí, en el castillo, fue absolutamente intachable y que el duque, ahora mi esposo, lo hizo todo como es debido. Soy muy feliz y la sensación de protección que él infunde debería daros tranquilidad. Tengo muchas ganas de que lo conozcáis en persona y os invito desde ahora a una cena formal que organizaré en cuanto regresemos.

Os complacerá saber que aquí he puesto en práctica vuestras valiosas enseñanzas en más de una ocasión. La primera vez, atendiendo un parto de nalgas; la segunda, salvando la pierna de un marino de su excelencia, ¡y de hecho, la vida!

Me parece sentir vuestra decepción. Pero sabed que mi marido, aunque finge desaprobar mi excesiva cultura, consiente mi afán y, en el fondo, me apoya tácitamente. Es tan duro e inaccesible en público como cariñoso y sensible en privado. Es una persona extremadamente complicada, sobre todo por ciertos rasgos de su carácter que estoy deseando contaros en persona. Solo me gustaría adelantaros algunas cosas.

En primer lugar, hace un uso extraordinario de sus manos: he visto con mis propios ojos que, al colocarlas sobre el enfermo, emana unas energías positivas con las que amortigua el dolor y el sufrimiento, incluso el del parto (¡yo también lo he experimentado y estoy dispuesta a describir cada sensación!). Otro hecho que me parece interesante es su falta de habilidad para la lectura y la escritura: odia ambas, pero compensa esta deficiencia con una inteligencia y una perspicacia fuera de lo común; y luego en el dibujo, con la invención de objetos, mecanismos y artilugios extraordinarios. ¿Recordáis aquel niño excepcionalmente brillante e inteligente, hijo de unos campesinos que trabajaban en Ashford? No recuerdo su nombre, pero a sus padres les preocupaba que insistiera en escribir su nombre y apellido al revés. Así escribe mi marido. Me parece una costumbre simpática e insólita, y estoy segura de que estaréis dispuesto a explicármela.

Mi tía, la condesa, y Nancy están bien. Mi prima, en particular, lo está pasando muy bien y ha encontrado en el marqués de St. James un pretendiente fiel. Conocemos su reputación, pero parece que Nancy le ha hecho entrar en razón.

Ahora me prepararé para la cena, que aquí tiene lugar un poco antes que en Londres. Será una noche fría como cualquier otra. ¡La nieve ha sido la característica imperativa de esta Navidad! ¡Y ya sabéis cuánto me gusta la nieve!

¡Os mando un abrazo, mi querido doctor! Y, si yo estuviera allí, ¡ya sabéis que os daría un

cariñosísimo beso!

Eleonor Grace Hambrook MacKendrick
Duquesa de Northcliff

Eleonor secó los papeles humedecidos por la tinta y los metió dentro del sobre.

—¡Hettie!

—¿Sí?

—¿Lo enviarías por correo mañana por la mañana?

—Desde luego —contestó la muchacha, guardándose el sobre en el bolsillo. El baño está listo. También he puesto el aceite que me habéis pedido.

—¿Cuáles son vuestras intenciones para esta noche? ¿Vais a seducir a vuestro marido? —bromeó la criada.

—Probablemente —se rio Eleonor.

CAPÍTULO 12

Los invitados del salón estaban reunidos alrededor de la chimenea. El ambiente familiar hacía imposible percibir la tristeza que algunos sentían por su inminente partida.

Nancy sonreía aparentemente serena, consciente de que en pocos días se comprometería oficialmente; Daniel la imitaba, aunque para ello hubiera tenido que recurrir a un baño frío.

Lady Queensbury, particularmente silenciosa, ocultaba en realidad la alegría que le producía el hecho de no poder escapar.

Lady Hereford y lady Bridget Northcliff se convencían mutuamente de que juntas encontrarían la *City* menos exigente de lo habitual, aunque no estuviesen del todo convencidas.

Lord MacKendrick, sociable y de buen humor como siempre, miraba a menudo a lady Alice y, en cambio, pero ni por asomo miraba a lady Georgia, con la esperanza de atraer la atención de la primera y alejar la de la segunda.

Los Wiltshire estaban particularmente animados, aliviados por haber esquivado el peligro y esperanzados de que su hija encontraría en Londres el partido adecuado. Por el contrario, Alice mostraba inquietud y desasosiego debido a la confusión mental en la que había caído tras su encuentro con lord Bath, sin darse cuenta de que era una víctima más del pérfido conde.

Lawrence mostró una calma encomiable y daba la impresión de que no le importaría vivir para siempre en el castillo o no marcharse nunca de Londres, tratando aún de ocultar su interés por el duque.

Lady Georgia, convencida de que tendría su oportunidad con lord MacKendrick durante el viaje de regreso, mostraba un estado de ánimo inusualmente apagado.

Lord Portland no dejaba de sonreír, profundamente entusiasmado con las novedades que sabía que le esperaban.

Ante esta multitud de emociones, Keiran estaba con los sentidos alerta. De vez en cuando, echaba un vistazo a la puerta, esperando a que entrara la duquesa. Sostenía el vaso en la mano y bebía a sorbos lentamente, fingiendo una calma que no sentía en absoluto; estaba ansioso por volver a ver a su mujer, como un muchacho joven que anhela a su primera novia. Escuchó los comentarios y las bromas sin intervenir.

Cuando todos volvieron la mirada hacia atrás, en dirección a la entrada, se dio cuenta de que ella había llegado. Tomó aire y se giró lentamente.

Eleonor avanzó y le ofreció las manos. Su sencillo peinado resaltaba tanto su boca, apenas coloreada, como sus ojos, cubiertos por una ligera capa de polvos oscuros.

Dejó el vaso y aceptó sus manos.

—Lamento llegar tarde, Key. Os pido disculpas a todos, pero les había prometido a los niños una visita antes de bajar a cenar.

Keiran la acompañó a por una bebida y se alejó de los demás.

—Eres una duquesa. No tienes que disculparte por llegar tarde.

—¿Las duquesas están dispensadas de los buenos modales? —preguntó ella, ladeando la cabeza con cariño y ofreciéndole una sonrisa persuasiva.

—No te hagas la gatita remolona conmigo, Lio. Conozco tus artimañas.

—Sé que las conoces, Key, y que no eres inmune a ellas, aunque admito que finges

divinamente.

La amenazó con la mirada, seguro de que la asustaría: años de experiencia en el arte de la intimidación le habían dado la justa reputación de hombre inquietante y misterioso. Pero no funcionaba con ella.

—No me asustas. Nunca me harías daño —le dijo poniendo la mano en la solapa de su chaqueta.

Eleonor bebió voluptuosamente el frío líquido.

—¿Me estás seduciendo?

—Por supuesto que sí.

—¿A dónde quieres llegar, chiquilla?

—A la próxima lección, y lo antes posible, Key.

Él se quedó sin palabras.

Eleonor decidió que era el mejor momento para contarle lo de Patty, porque en público no montaría en cólera.

—La criada de lady Georgia está embarazada —le dijo de repente sonriendo. Ella lo vio fruncir el ceño.

—Le dije a lady Georgia que está gravemente enferma y que es contagioso, y le conseguí otra. La nueva, ya entradita en años.

Silencio: ni una palabra.

—Esto es para evitar que nadie en el hogar de los Bath vuelva a aprovecharse de las criadas jóvenes. Lo vio entrecerrar los ojos y luego abrirlos de par en par. Nos están observando, Key. Por Dios, sigue disimulando.

—Eleonor, ¿me estás diciendo que abusaron de la chica?

—No. Te estoy diciendo que la chica llevaba casi un año acostándose con el conde de Bath; él la engañó y la dejó embarazada justo antes de llegar aquí. Entonces ella se dio cuenta de que la habían engañado y le dijo que quería terminar la relación, si es que se le puede llamar así. Él la golpeó. Pero el muy cerdo no sabe que está embarazada.

Keiran estaba tan enfadado que le apretó la mano hasta hacerle daño.

—Me estás haciendo daño, Key.

Él aflojó el agarre, se giró dándoles la espalda a los invitados y dijo entre dientes:

—Cerdo asqueroso, pedazo de mierda... Juro que lo voy a empalar con el asta del torreón y se la meteré por el culo.

Eleonor se llevó una mano a la boca, divertida.

—Una imagen repugnante.

—Tú, mocosa, sabías que delante de todos no podía perder los estribos y te has presentado aquí con tu cuerpo perfecto y tus movimientos sensuales para distraerme.

—Sí, por supuesto. Hay que saber aprovechar las propias habilidades, querido. Y veo que funcionan. No tenía intención alguna de enfrentarme a tu ira en la soledad de nuestra habitación.

—¿Y los labios pintados también forman parte del juego?

—Claro que sí. ¿No te gustan?

—No quiero que mi mujer utilice esas cosas en la cara.

—No seas mojigato, Key. Sigo siendo virgen, pero soy una mujer y sé perfectamente que te gusto, labios incluidos.

—Descarada.

—Perfecto, entonces en la próxima lección estaré a tu altura.

—Eleonor, te juro que me estás poniendo a prueba. Nunca he permitido que nadie me trate así.

—Porque los demás te temen, y yo no —dijo, bebiendo todo lo que quedaba en el vaso. Luego inclinó graciosamente la cabeza y, con una sonrisa que habría hecho perder la razón a cualquier hombre, preguntó:

—¿Vamos a cenar?

* * *

La cena fue uno de los momentos más divertidos de toda la estancia en el castillo. La joven duquesa de Northcliff destacó por su brillante capacidad para el diálogo, su propensión a la comedia y su conocimiento de los temas más dispares. Incluso cuando le hizo la extraña petición a Ramsay de que le trajera un aparatoso volumen sobre plantas, olvidado en la biblioteca, a todos les pareció encantadora.

—Aquí tenéis, excelencia. Puedo abrirlo para vos.

—Sí, gracias, Ramsay. Busca en el índice *Strelitzia Reginae* —dijo mientras apartaba despreocupadamente el plato para hacer sitio al libro.

Alice y Nancy rieron divertidas ante aquel gesto.

—Si no queréis más, lady Northcliff, me lo terminaré —dijo Roy bromeando, haciendo reír a todos.

—Lord MacKendrick, sé que lo haríais, dado vuestro voraz apetito, pero pienso terminar lo que tengo en el plato —sonrió Eleonor, mientras los invitados reían y ocultaban la boca tras las servilletas.

Incluso Keiran sonrió divertido.

—Aquí está, excelencia, la he encontrado: *Strelitzia Reginae* —afirmó Ramsay, apoyando el volumen delante de ella.

—¡Bien! — Eleonor deslizó la mano entre los pliegues de su falda y, con indiferencia, se puso las gafas doradas que tenía en la mano..

Todos la observaron con curiosidad. Se consideraba que una mujer con gafas era una especie de solterona y, por lo tanto, sospechosa de ser fea, pero la duquesa no parecía en absoluto fea en aquel momento.

Keiran se quedó encantado y se dio cuenta de que todos, hombres y mujeres, la miraban embobados.

—Exactamente lo que yo decía: ¡del África austral! —exclamó Eleonor, levantando la cabeza. Vio las miradas que la rodeaban y comprendió el asombro que les había producido su presencia con las gafas—. Las uso desde hace unos años. Tío Ernest me las mandó hacer después de que se rompieran las que me regaló mi padre. Sé que no salgo muy bien parada, pero me permiten ver con claridad.

—Al contrario, mi querida lady Northcliff —dijo lady Queensbury—. Estáis absolutamente encantadora incluso con gafas, como en cualquier otra circunstancia, al fin y al cabo.

—Gracias, vizcondesa, por vuestro amable juicio.

—Estoy de acuerdo con lady Queensbury —dijo Roy sin dejar de masticar.

—Leedlo, por favor —dijo Lady Wiltshire.

—Bien. Como os he dicho, es una flor africana. Se llama ave del paraíso, pero ahora se llama *Strelitzia Reginae*, en honor a su más ardiente admiradora, Sofía Carlota de Mecklemburg-Strelitz, esposa de nuestro rey Jorge III.

—Muy interesante —comentó el marqués de Wiltshire—. He visto esa extravagante flor muchas veces, incluso en mis viajes, pero no sabía que a la reina le gustara tanto.

—Nuestra reina es una erudita botánica, amante de las artes y la cultura. No permite que las mujeres estén exentas de estudios completos y profundos. Y, como habréis comprendido, pienso

lo mismo que ella: ¿realmente visteis estas maravillosas flores durante vuestros viajes? —le preguntó a lord Wiltshire.

—Sí, varias veces, excelencia.

—¿Tú también, Key?

—Sí, Lio —le respondió Keiran con una sonrisa, complacido de que su esposa obtuviera la aprobación de todos a pesar de sus modales informales e inusuales.

—¿Sería posible cultivarlas en nuestro invernadero?

Keiran abrió aún más la sonrisa, mostrando su perfecta dentadura, y sorprendió a los presentes con aquel arrebato de buen humor.

—Cariño, el invernadero ya está lleno de ellas para ti; las cultivo en el castillo desde hace mucho tiempo.

—Pero... ¡eso es maravilloso! No recordaba que...

—Quizá no las hayas observado porque son flores que crecen en climas cálidos. Cortarlas para ponerlas en un jarrón y exponerlas al frío de estas habitaciones solo serviría para que se marchitaran antes. Mrs. Brodie rara vez las utiliza en esta época del año. En verano verás muchas, Lio.

—*C'est magnifique ! J'adore cette fleur !* —exclamó Eleonor, aplaudiendo—. Ahora, Ramsay, ¡si eres tan amable!: pasa el libro para que todos puedan ver esta imagen.

Y así se hizo. Nunca antes se había visto una escena semejante en sociedad. Pero todos participaron con increíble soltura, como si siempre lo hubieran hecho, comentando la flor de vivos colores y extravagantes formas.

Eleonor se quitó las gafas, las guardó en el bolsillo y reanudó la cena con apetito. Levantó la vista hasta el otro extremo de la mesa y le dedicó una sonrisa espontánea y cariñosa a su marido.

Fue en ese instante cuando ella descubrió en sus ojos su debilidad: él la deseaba como un hombre enamorado desea el amor de su mujer, de esto ella estaba definitivamente segura.

Decidió hablarle en serio y pedirle que le impusiera las manos para que comprendiera plenamente cuánto le amaba, lo agradecida que le estaba y lo mucho que le estimaba.

* * *

Tremaine acarició la yegua entre los ojos y luego su cálido hocico. Suspiró, sacudiendo la cabeza con resignación: una vez más, iba a parir antes de tiempo.

Candy siempre había sido una yegua que no respetaba el tiempo biológico. En comparación con las demás, su celo comenzaba antes de febrero y siempre paría antes de tiempo. Era la yegua más mansa y dulce del establo, y los machos la perseguían como moscas a la miel.

El caballerizo se levantó.

—Quédate con ella, Willie —dijo antes de alejarse hacia el castillo—. Solo nos faltaba esto, más nieve, maldita sea —murmuró mientras sus viejas botas se hundían en la nieve.

Abrió la puerta y entró en la cálida y olorosa cocina del castillo.

* * *

El personal de servicio iba y venía atendiendo sus obligaciones durante la cena. En cuanto los invitados se reunieron en el salón, algunos de ellos empezaron a ralentizar su ritmo de trabajo para poder también cenar.

Hettie retiró su plato sin dejar de charlar con sus colegas.

Maggie comió dos veces el delicioso estofado de Mrs. Begbie y la felicitó varias veces.

Hugh la observó saborear la comida; parecía que sintiera un placer casi físico. Nunca la había visto con tanto apetito.

—Escucha, pequeña, deja de poner esa cara —dijo Maggie con tono de reproche a la joven Patty—. Estás triste, decepcionada y desesperada. Pero dentro de ti llevas a tu hijo, ¡así que come! —Se levantó y se puso a su lado como un viejo perro guardián.

Hugh sonrió ante la practicidad de su mujer. Su mujer... Se dio cuenta de que la consideraba como tal y no le gustó.

No confiaba mucho en ella, la creía capaz de traicionarle en cualquier momento. Suspiró, concluyendo que sería conveniente dejar de considerarla suya.

—No lo entiendes, Maggie... —gimoteó Patty al borde de las lágrimas.

—No, querida, eres tú la que no lo entiende. ¿Quieres volver con él?

—¡No!

—¿Y entonces por qué lloras?

Patty no respondió.

Y Maggie no le dio tregua.

—¿No estás feliz porque vas a tener tu propio bebé?

—Sí...

—Entonces, ¿por qué lloras? —volvió a preguntar Maggie en voz más alta, llevándose las manos a los costados.

Hugh estudió su cuerpo bien formado.

Su uniforme oscuro y suave, antes tan agradable al tacto, ahora parecía más rígido en la cintura y el pecho. Frunció el ceño, intentando recordar su cuerpo desnudo para ver si había cambiado algo que se le hubiera pasado por alto. La última vez que habían hecho el amor, estaba tan hermosa y torneada como siempre; tal vez con los pechos un poco más hinchados por la llegada de la menstruación, al menos eso le había dicho ella.

—Si amas a tu hijo, todo lo demás no importa —sentenció Maggie.

Patty la miró durante unos instantes y por último, asintió. Cogió el tenedor y empezó a cenar.

Maggie le cortó dos rebanadas de pan y le llenó el vaso de agua.

—Lady Northcliff dijo que deberías beber mucho, ¿verdad, Elsie?

Elsie Duff, que sonrió ante la brusquedad de Maggie, asintió y se sentó junto a Patty.

—Maggie tiene razón, cariño. Ahora tu criatura depende de ti. Eres totalmente responsable de ella. —La niñera hablaba con calma maternal, en un tono conciliador pero firme que parecía tranquilizar a la joven—. Esta noche te acostarás pronto y te tomarás una manzanilla calentita, así te relajarás como es debido. ¿De acuerdo?

Patty asintió de nuevo.

Maggie suspiró, levantando con dificultad su generoso pecho.

Sí, Hugh estaba más que convencido de que sus pechos eran más grandes. La observó mientras tomaba un trozo de pastel y se lo terminaba lentamente. Luego la vio coger otro. Decidió levantarse de su asiento y fue a sentarse a horcajadas sobre el banco que ella ocupaba.

Maggie dejó de masticar y lo miró atónita.

Hugh no solía mostrar afecto o simpatía en público. Siempre se había mostrado esquivo y reservado, por lo que la alarmó el hecho de que estuviera tan cerca de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con la boca medio llena.

—¿Por qué tenía que pasar algo?

—Nunca te acercas a mí cuando hay otras personas cerca.

Hugh no respondió. Estudió detenidamente el rostro de Maggie y luego bajó la vista hasta su busto. Sí, aquel vestido le sentaba de maravilla.

—Estás comiendo mucho esta noche.

—Tengo hambre.

—¿Por qué?

—¡Y yo qué sé! ¿Quizá porque no he probado bocado desde esta mañana?

Hugh se quedó mirándola un segundo. Estaba mintiendo. Sabía por Ben que ella y Hettie habían almorzado juntas, pero no dijo nada.

En ese momento entró Tremaine, aterido de frío y con la chamarra cubierta de nieve. Murmuró molesto.

—¡Maldito frío! Esa yegua se nos va a morir.

—Hola, Tremaine. ¿Qué ocurre? —preguntó Ben, sorprendido por su presencia.

—Candy está a punto de parir.

—¿Otra vez de parto prematuro? Es la tercera vez desde que estoy en el castillo.

—Sí, pero algo va mal.

—¿Debo avisar al duque? —preguntó Ben con prontitud.

—Más te vale, muchacho, más te vale. Yo me vuelvo al establo.

—Espera, Tremaine llévate un trozo de dulce —dijo Agatha ofreciéndole una rebanada.

—No te ofendas, cocinera. Pero tengo el estómago revuelto. —Dicho esto, se fue.

—¿Candy? ¿Cuál es? —le preguntó Maggie a Hugh.

—Esa dulce y mansa del pelaje largo y color caramelo.

—¡Ya sé! Qué mona. Y a mí me gusta el nombre Candy. Si tuviera que cambiarme el nombre, elegiría Emma. Pero Candy tampoco está mal.

—Tú no podrías llamarte Candy. No eres nada dulce. ¡Mira cómo has tratado a esa pobre chica!

—¿Qué tiene que ver eso? Soy una persona práctica, pero también puedo ser amable y dócil —respondió ella molesta.

—Sí, solo en el dormitorio —susurró él.

Maggie abrió la boca, mostrando una expresión atónita.

—¡Siempre me tratas mal!

—No es cierto, Maggie.

Ella se levantó, depositó el plato en la gran pila donde se lavaba la vajilla y se puso a fregar. Luego cogió su delantal blanco de un gancho y se lo puso.

Hugh se colocó detrás de ella e, indiferente a las miradas curiosas de los presentes, la ayudó a atárselo.

—¿Qué te pasa esta noche? Estás distinto.

—Tú también estás distinta Maggie.

* * *

La melodía que lady Hereford interpretaba al piano era maravillosa.

Eleonor la observaba orgullosa, recordando lo hábil que era su madre con ese instrumento. Ella no lo era. No tenía gran habilidad. Lo tocaba de manera adecuada, como siempre decía a todos, pero estaba lejos de ser excepcional como ellas.

—Espero que lady Georgia empiece a cantar, así le dará un respiro a lord MacKendrick, que parece estar más interesado en Alice que en ella. —gesticuló Nancy con las manos.

—Sí, ya me he dado cuenta. Me alegraría que Alice también se interesara por él. ¡Al menos no le daría tanta importancia a ese cerdo del conde! —le respondió Eleonor.

Nancy miró de reojo a Daniel para ver su reacción ante aquellas coloridas expresiones.

Parecía impasible, pero cuando Nan apartó la mirada, vio a Keiran, que apenas podía contener la sonrisa.

—*¡Le voy a pedir que cante!* —le dijo Eleonor a su prima.

—*¡Y ella le pedirá a lord MacKendrick que la acompañe al piano!* —apuntó Nancy.

—*Puede ser, pero aún y todo yo seré la primera en mover ficha*.

—Lady Georgia, ¿seríais tan amable de honrarnos con vuestra suave voz? —le preguntó Eleonor, mirando fijamente a los ojos de la otra.

—Oh, bueno, creo que sí, excelencia —le respondió con un fingido aire de asombro y timidez. Y antes de que Eleonor pudiera decirle que lady Hereford la acompañara, dijo de golpe—: Excelencia, ¿seríais tan amable de prestar vuestra maestría con el piano para acompañarme?

Eleonor estuvo a punto de ahogarse.

—*¡Qué sinvergüenza es!* —le dijo con signos a Nancy.

—*Eleonor, sonríe, no le des la satisfacción de verte nerviosa* —respondió Nan.

Keiran se levantó lentamente, con una mirada de asentimiento dirigida a su amigo Daniel, disfrutando de los celos de su mujer. Se sentó en la banqueta y empezó a mover las manos con rapidez, en una melodía nueva, inventada sobre la marcha. Luego tocó una pieza conocida.

Eleonor le miró asombrada.

—*¡Es muy bueno, Ellie! ¡No lo sabía!*

—*La verdad es que yo tampoco lo sabía, Nan*.

Daniel sonrió de nuevo: aquellas dos chicas le divertían.

Todos los demás estaban charlando, comentando las notas que se sucedían maravillosamente y alabando la voz siempre armoniosa de lady Georgia.

Keiran se irguió y miró a la cantante, fingiendo admirarla, sabiendo que Eleonor lo miraba con desdén. En cuanto la muchacha emitió la última nota, su esposa se levantó y avanzó hacia el piano.

—Absolutamente extraordinaria, lady Georgia. Enhorabuena. Tendréis la garganta seca. Lord Portland, ¿podríais darle a nuestra cantante un poco más de té?

El conde obedeció de inmediato y, complacida por haber ganado la atención de otro hombre, lady Georgia se acercó a él, agitando sus largas pestañas, pensando que una noche con el apuesto noble no le desagradaría en absoluto.

Eleonor se dio cuenta de que su marido seguía observando a la mujer y su orondo trasero.

—Ahora que ya la has mirado bien, mírame a mí. ¡Soy más hermosa, más elegante y tengo un cuerpo que haría sucumbir a cualquier hombre! —se burló indignada.

—Eres indecente —le susurró él, apretando los dientes para no estallar en carcajadas.

—Lo sé, lo sé. Pero te reto a que niegues lo que he dicho.

Keiran no contestó, pues sabía muy bien que ella tenía razón, y retomó su interpretación, improvisando.

Eleonor se sentó a su lado. Se quedó mirando sus manos, que se movían rápidamente por el teclado.

—Eres muy bueno... No lo sabía —admitió lentamente. Luego, sin pensárselo, le puso la mano en la pierna.

Keiran se estremeció, pero siguió tocando.

—¿Qué haces?

Ella empezó a acariciarle el musculoso muslo, moviendo sus dedos hacia dentro.

—Eleonor.

Ella le regaló una dulce sonrisa y unos ojos picaruelos.

—Te ven, Eleonor. ¿Por qué estás desatando tus artes en este preciso momento? ¿Tienes alguna otra novedad que me haga rabiar?

—No, no. Lo he hecho espontáneamente, ¿Key?

—¿Sí?

—¿Puedes sentir mis pensamientos ahora?

—Un poco.

—¿Solo un poco?

—Estoy distraído contando las notas musicales y por tu mano.

—Entiendo.

Keiran la miró.

—A pesar de todas estas distracciones, puedo ver tus sentimientos, *leannan*.

—¿De veras? ¿Los ves? —le preguntó ella, dándose la vuelta.

—Sí.

Eleonor se aferró a él y le obligó a retirar las manos del piano.

Los presentes se giraron al cesar la música de repente.

Keiran se quedó perplejo ante aquella muestra pública de afecto, pero no pudo negarse y la abrazó con fuerza, atrayéndola hacia sí. Vio que las damas se reían y que lady Georgia los observaba contrariada.

Ben, que acababa de entrar en ese momento, sonrió. Luego se dirigió hacia ellos.

—Excelencia, os ruego que perdonéis las molestias.

Keiran se preocupó. Comprendió al instante que algo iba mal; de lo contrario, Ben no habría venido a buscarle.

Eleonor se apartó.

—¿Cuál es el problema esta vez?

—Candy, de nuevo: el parto viene prematuro. Pero Tremaine dice que hay algo que no encaja.

El duque se levantó de la banqueta.

—Tengo que ir, Lio, discúlpame ante nuestros invitados, por favor.

En ese momento, lady Queensbury declaró:

—Sin duda, son una pareja muy unida. Provocarán cotilleos en la alta sociedad londinense por lo frecuentes que son sus muestras de afecto.

—Creo que tendré que reprender a mi hijo —dijo lady Bridget Northcliff.

—Y yo a mi sobrina, la duquesa.

—En cambio yo creo —concluyó la vizcondesa con su sabiduría práctica—, que harán frente a la sociedad con la audaz determinación de la que solo ellos dos son capaces. Y la sociedad los aceptará por el deseo de ganarse el favor del poderoso duque de Northcliff.

* * *

El duque apareció en el umbral de la cuadra sin capa. Su respiración generaba nubes de condensación.

Las personas, reunidas fuera del box donde yacía Candy en el suelo, saludaron con reverencias y se apartaron para dejarlo pasar.

Él se quedó mirando.

La yegua estaba acostada de lado, con la respiración agitada por los dolores del parto, cubierta con unas mantas de lana para protegerla del frío. Se concentró para percibir su energía, pero apenas sintió algo.

Una corriente helada llegó a sus espaldas, y entonces ordenó:

—Cerradlo todo. —Luego se arrodilló junto a la cabeza de la yegua y la acarició despacio, con gestos lentos y rítmicos. Unos minutos después, la yegua dejó de jadear y Tremaine asintió con la cabeza, sin esperar menos del duque de lo que este estaba haciendo.

Los presentes, campesinos y pastores que se habían acercado allí por curiosidad y para echar una mano, observaban en silencio.

En cuanto Keiran estuvo seguro de haber sofocado el dolor, llevó una mano hacia el vientre del animal: el potro sufría mucho porque ya debería haber nacido.

—Willie, ¿lo ves?

El muchacho apartó la cola.

—No, no está bien, no lo entiendo. —Extendió la mano y palpó el interior con cierta experiencia. Sintió las patas inmóviles del pequeño—. ¡Sí! ¡Aquí están las patas!

—Tremaine. Debes sacarlo. La yegua ya no tiene fuerzas para empujar.

El hombre, con los ojos rodeados de profundas arrugas, pidió ayuda a los presentes. Algunos se adelantaron, se quitaron los abrigos y remangaron las camisas desgastadas y descoloridas, desafiando el frío, para salvar a la yegua y a su cría.

El caballerizo se dispuso a meter las manos y los brazos, pero primero miró al duque. Este asintió, y el viejo continuó. Unos segundos después, dijo:

—Tengo el cordón umbilical y trataré de sacarlo.

Y así lo hizo.

El potro salió fácilmente, pero estaba inerte.

Los tres ayudantes hicieron todo lo posible por limpiarle las fosas nasales y la boca obstruidas. Jadeando y regurgitando líquido, el animal empezó a respirar, y mientras los hombres atendían a la yegua, el potro intentaba tenerse en pie sobre sus patas blandas e inseguras.

Candy relinchó al levantar la cabeza y la cría siguió el grito de su madre para acercarse a ella.

Keiran sonrió y los demás asintieron en señal de aprobación, comentando que ya no había peligro. Se acercó al potro, lo tocó en la cabeza, el lomo y la cincha para comprobar su buen estado de salud, mientras el animal frotaba su hocico contra sus manos, sintiéndose instintivamente atraído.

De repente, Keiran sintió claramente la presencia de Eleonor y levantó los ojos.

Ella estaba allí, apoyada en la pared baja del box, mirándole con admiración.

No sabía si alegrarse de verla o regañarla. Salió a buscarla.

—No deberías estar aquí —la reprendió.

—Lo sé, Key, pero... oh, Key, ¡has estado maravilloso! ¡Puedes hacerlo incluso con los animales! ¡Eres extraordinario!

—Yo no me siento así.

—¡Pero lo eres! ¡Te aseguro que lo eres! Ven, te ayudaré a limpiarte —Eleonor se dirigió a los barreños llenos de agua que habían preparado. Le vertió el agua en manos y brazos mientras lo observaba frotarse vigorosamente con el jabón sin refinar que Tremaine guardaba allí. Vació la palangana y vertió más agua—. Cuando estemos en la habitación, prepararé agua perfumada y especiada con hierbas desinfectantes, Key —le dijo, secándose los brazos con una toalla.

Keiran la miró fijamente, dándose cuenta de que, en el fondo, se alegraba de que estuviera allí.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por lo servicial que eres conmigo.

Ella le sonrió.

—¿Aún quieres quedarte aquí?

—No, vámonos. ¡Tremaine!

—¡Aquí estoy, excelencia!

—Si os hago falta, manda a buscarme.

—¡Así lo haré! Buenas noches, lady Northcliff.

—Buenas noches —respondió Eleonor dedicándole una de sus encantadoras sonrisas.

Los presentes los vieron alejarse.

—¡Qué mujer tan hermosa!

—Recuerda que estás hablando de la duquesa.

—¡Maldita sea, que me salga una hernia si no lo recuerdo!

—Efectivamente, tienes razón, ¡es toda una duquesa!

—¡Que el duque no te oiga! Dicen que es celoso y posesivo.

—¡Yo también lo sería con una hembra así!

—¡Venga, vamos! ¡Venid a echarme una mano, so burros! —exclamó Tremaine.

* * *

Foster vio pasar al duque y a la duquesa abrazados. Estaban entrando por la puerta de la cocina.

—¿Novedades, Foster?

—No, excelencia, ninguna.

—Entonces nos vemos mañana. Buenas noches.

—Buenas noches.

Keiran abrió la puerta y dejó pasar a Eleonor. Dentro sólo estaban Ben, Hettie y Ramsay.

—¿Ha ido todo bien, lord Northcliff?

—Todo bien, Ramsay. Un macho, bastante oscuro diría yo. Al menos por ahora —respondió el duque, quitándose la nieve de los hombros.

—¿Fogoso como Darken? —preguntó Ben.

—No lo parece. Pero quizás estuviese demasiado aturdido por lo complicado del parto.

—Quizá sea manso como ella —propuso Ramsay.

—Todo es posible, Ramsay.

—Preparemos todo para la noche —le dijo Ben a Hettie.

—No importa. Acuéstate. Buenas noches. —Y antes de que los dos sirvientes pudieran siquiera hablar, Keiran tomó a Eleonor de la mano y la condujo a las escaleras.

—¿Te molesta si prescindimos de tu criada?

—No. ¿Quieres darte un baño, Key?

—No, me lo he dado antes de cenar.

Entraron en el dormitorio y les recibió un agradable calor. Ambas chimeneas, la del salón y la del dormitorio, estaban encendidas y unas velas iluminaban la estancia con una luz tenue.

Keiran cerró la puerta que daba al dormitorio y se quedó unos segundos observando a Eleonor.

Ella avanzó hacia el tocador y se quitó los pendientes y las pulseras. Preparó la jofaina con las hierbas que había mencionado y volvió junto a él. Le ayudó a quitarse la chaqueta y la colocó en el respaldo de una silla.

—Esta noche estás distinta.

Eleonor se acercó y comenzó a desatar el elaborado nudo de su corbata con delicadeza.

—¿Qué quiere decir *mo' leannan*? ¿Es escocés?

—Gaélico escocés. Significa tesoro mío, cariño, amor.

Eleonor le quitó la corbata.

—Amor... Tiene un sonido atractivo.

—¿*Mo' leannan*?

—Sí, me gusta cómo lo pronuncias. De hecho, me gusta oírte hablar gaélico escocés.

—Nunca me lo has oído hablar.

—Sí, lo he hecho. Pero no te has dado cuenta —le explicó, quitándole la camisa de los pantalones.

Keiran la dejó, evitando tocarla a propósito.

—¿Estás diciendo que me espiabas?

—¡No! —respondió ella, mostrando un rostro ofendido—. ¿Cómo puedes pensar tal cosa...?

—No emplees tu artimañas conmigo —le dijo él riéndose—. ¿Cuándo me has oído hablar gaélico?

—Oh, una vez estabas hablando con un campesino y yo estaba haciendo el paseo de la ronda.

Le levantó la camisa y le ayudó a quitársela.

—Una vez que estabas con Ramsay en tu estudio y yo pasaba por ahí para...

Se detuvo, se llevó la prenda a la cara y olfateó su aroma.

—...ir al salón rosa. Huele a ti —le confesó, mirando el pecho cubierto por el pelo oscuro—. En otra ocasión creo que estabas con Ben.

Lo tocó con dedos ligeros, deseosa de sentir la suavidad de su vello.

—De acuerdo, Lio... Los pantalones me los quitaré yo solo.

—Puedo quitártelos también yo, si quieres.

Keiran la estudió un momento, clavando en ella una mirada penetrante.

—¿Pero realmente lo quieres, Lio? —preguntó con un tono que ocultaba más de lo que expresaba.

Eleonor le comprendió.

—¿Por qué no me tocas para ver lo que tengo dentro?

—Quizá lo haga —dijo él sin dejar de mirarla, a pocos centímetros de distancia. —Primero quiero lavarme.

Ella lo siguió hasta el cuarto de baño y lo observó mientras se enjabonaba. Le señaló el agua perfumada y él sumergió primero, un brazo y luego el otro, hasta los codos.

Eleonor se acercó para secarle con gestos lentos.

—¿Es cierto que las mujeres del harén son dóciles y viven exclusivamente para servir a su marido?

Keiran logró mantenerse impasible. ¡Quién sabe cómo se le ocurrían esas preguntas! ¡Y quién sabe por qué seguía sorprendiéndose todavía!

—Tu sed de cultura roza la obsesión.

—Te lo ruego.

—¿Qué te hace pensar que puedo responder a eso?

—Seguro que sí.

Él le quitó la tela de la mano y la tiró a un banco.

—No es su amo, sino su esposo. Aunque a veces el señor tiene esclavas expertas en las artes amatorias junto a sus esposas. Deben complacer a su amo en los servicios más humildes y en el sexo, pero nunca pueden tener hijos si él no los desea.

—¿Lo probaste alguna vez con alguna de ellas?

—No te molesta en absoluto esta conversación, ¿verdad?

Eleonor negó enérgicamente con la cabeza.

Keiran suspiró y decidió armarse de paciencia.

—-El jeque Shakhbut bin Dhiyab Al Nahayan, soberano de Abu Dabi, tuvo a bien compartir conmigo una esclava de su harén para agradecerme el presente que le ofrecí a mi llegada a palacio.

—¿Qué presente le llevaste?

—Un semental, hermano de Darken.

—¿Una noche con una esclava a cambio de un semental?

Él la hizo dar media vuelta y comenzó a desabrocharle el vestido.

—No, Lio, no solo por una noche, sino durante toda mi estancia en palacio. En realidad, el jeque me la regaló a cambio del caballo.

—¿Regalado?

—Tuve que negarme y explicarle que la esclavitud no es legal en Inglaterra y que me metería en serios problemas si la llevaba conmigo. —Deslizó el vestido desde los hombros hasta el suelo y lo recogió—. Así que la acepté por el tiempo que pasé allí, junto con otro obsequio que el soberano exigió que aceptara.

Eleonor le escuchaba atentamente, sin perderse una sola palabra, embelesada por aquellos increíbles relatos de aventuras que salían de aquella boca tan viril.

—¿Qué obsequio?

Él sonrió, esperando precisamente esa pregunta.

—Un pequeño cofre lleno de piedras preciosas.

—¡Valen mucho más que un caballo!

Para nosotros, sí; para él, no.

Y aun así, olvidas el tiempo que pasé con la esclava.

—¿Puedo verlo? —preguntó ella con los ojos como platos.

—¿El qué?

—¡El cofre!

—Tal vez. Ya veremos —Keiran fue a lavarse los dientes con pasta de menta.

Ella hizo lo mismo. Luego regresó a la habitación, se sentó frente al tocador y se quitó las cintas y las horquillas del cabello. Cuando lo vio aún con los pantalones puestos, notó su erección, pero fingió no darse cuenta, aunque sintió que su feminidad había ganado.

—Son personas a las que les gusta mucho la limpieza, ¿verdad, Key?

Keiran comenzó a buscar las horquillas entre su cabello.

—Sí, y usan muchos de esos aceites y aromas que tienes aquí —dijo señalando los frascos—. Yo los traigo de Oriente.

—Sí, lo sé.

—Pero no sabía que usabas los mismos que yo, Eleonor.

—El conde de Portland siempre ha estado al tanto de eso.

—Sí, a partir de ahora me lo pedirás a mí. A nadie más.

—¿Por qué?

—No quiero que otros hombres conozcan tus hábitos personales. Especialmente estos hábitos —le explicó, señalando de nuevo los frascos.

—¿Qué tienen de malo estos hábitos?

—Para mí, nada. Pero a otros hombres podrían parecerles ostentosamente viciosos.

Eleonor lo miró fijamente a través del espejo.

—No veo qué tienen de viciosos.

—Cariño —empezó a explicarle con una sonrisa paciente mientras le acariciaba la nuca y le pasaba los dedos por la melena suelta—, trataré de ser exhaustivo y conciso: en los harenes, el aceite se utiliza principalmente para lubricar durante las relaciones sexuales. Y todos los hombres lo saben. Si no soy lo bastante claro, te lo explicaré más detalladamente.

Ella abrió la boca con asombro e inmediatamente la volvió a cerrar.

—Lo... entiendo.

—De acuerdo. La depilación es, además, un ritual diario en los harenes y se realiza, sobre todo, por motivos lujuriosos más que por higiene.

—No lo entiendo, Key. ¿Qué propósito lujurioso tendría afeitarse las piernas o las axilas?

—Hablaba de la depilación total, *mo' leannan*.

De nuevo, Eleonor abrió mucho la boca, esta vez riendo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¡Maldita sea! Nunca había leído nada parecido. Pensaba que... ¡es increíble! —Se quedó con la mirada perdida, sumida en sus pensamientos.

A Keiran le hizo gracia el estupor de su expresión. Cogió el cepillo y empezó a pasarlo lentamente por su larga melena, seguro de que en un segundo ella le haría la siguiente pregunta.

De repente, Eleonor le preguntó:

—¿Cómo es una cuando no tiene allí...?

Él enarcó las cejas.

—Suave.

—Sí, pero ¿es más excitante?

—Dios mío, Eleonor, es extremadamente difícil seguir tu ritmo.

Ella se volvió para mirarle, con sus ojos verdes aún sombreados por el polvo oscuro.

—Por favor, Key. Ya te acostumbrarás a mí. Pero ahora responde.

Él cogió una toalla.

—Sí, tal vez sea más excitante —respondió, mientras vertía un poco de aceite perfumado en la toalla. Sujetándole la cara con una mano, empezó a limpiar el cosmético que había en sus ojos.

—¿Tú qué prefieres, Key? —preguntó Eleonor, ofreciéndole la cara y manteniendo los ojos cerrados.

—Yo diría que como tú —contestó él, inclinándose para rozarle los labios con un ligero beso.

Ella abrió los ojos.

—¿Como yo?

—Sí.

—¿Cortos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tal vez porque la depilación total me da la sensación de estar tocando a una chiquilla demasiado joven.

—Las mujeres que has tenido, las inglesas, ¿se depilaban?

—Eleonor.

—Solo trato de entender.

—No eres más que una indecente curiosa —concluyó, desatando despreocupadamente el lazo que sujetaba el escote de la enagua.

—Tú finges escandalizarte, Key, pero sé que te gusto, sobre todo por mi franqueza.

Keiran no podía negar esa afirmación. La hizo levantarse y rodeó su cuello blanco y liso delicadamente con una mano.

—Estos temas algo picantes de los que te encanta hablar constantemente serán exclusivos para mí, Eleonor. ¿Me he explicado bien? —Ella pareció no haberlo entendido de inmediato—. Te lo digo de otra manera: no hables de estos temas obscenos con otros hombres.

—¿Es una petición amable o una orden?

Él se limitó a permanecer inmóvil, con la mirada fija e imperturbable.

—Vale, lo he entendido.

—Esta vez hablo en serio. No te atrevas a desobedecer, Eleonor, o descubrirás una parte de mí que podría decepcionarte.

—Siempre cumplo mis promesas. ¿Qué sientes?

Keiran apenas le apretó la mano. Su corazón martilleaba rápidamente en su pecho y las vibraciones de una fuerte agitación le recorrían el brazo.

—¿Tienes miedo de mí?

—¡No!

—Así que solo tienes aprensión por lo que pueda pasar —precisó él.

—Supongo que sí.

—¿Me quieres de verdad?

—Sí.

Él la estudió y luego, con aire serio, susurró:

—Entonces, que sepas que no te obligaré a nada que no quieras, pero haré cualquier cosa por tenerte.

Eleonor no comprendió, pero por una vez carecía de la presteza necesaria para preguntar y se quedó observando cómo quitaba los pantalones. Su inexperiencia la mantenía ajena a lo que un hombre adulto, once años mayor que ella, sería capaz de hacer para lograr que ella apartara cualquier reticencia.

—¿Qué te gustaría, Lio?

Ella agachó la cabeza, avergonzada de repente.

—Mírame. Dime qué quieres que haga.

—Tal vez que me desnudes tú —respondió ella con gran esfuerzo.

Keiran le soltó las enaguas de los hombros hasta que cayeron al suelo. Se quedó contemplando su rostro ruborizado.

—Tú esperas a que yo te lo pida para asegurarte de que realmente lo deseas —tuvo el valor de afirmar.

—Eres la mujer más inteligente y perspicaz que jamás he conocido.

Eleonor se armó de valor y le abrazó. La sensación fue maravillosa.

Keiran la rodeó con los brazos mientras le agarraba el cabello de la nuca para obligarla a recostar la cabeza. Dejó que lo hiciera cuando ella se levantó sobre la punta de los pies para besarle, de forma tierna y tímida. Se dio cuenta de que nunca, con ninguna otra mujer, se había dejado llevar de esa manera.

Le pasó las manos por encima con avidez.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca, Lio —susurró en sus labios.

—¿Así que te gusto?

—*Mo' leannan*, tu cuerpo es increíblemente atractivo —admitió un instante antes de introducirle la lengua en la boca, incrédulo por haber dicho eso.

La abrazó convulsivamente y ella parecía ansiosa por complacerlo, incluso cuando le lamía y chupaba los labios. Ella estaba preparada y esta constatación le hizo tan feliz como nunca hubiera imaginado.

Se separó para mirarla.

—Estás confundida, cariño.

Ella asintió.

—Es completamente normal —le dijo, tirando de ella por las piernas y recostándola sobre la mesa ovalada. Le acarició el vientre con las manos abiertas, subiendo lentamente hasta el pecho

sin dejar de mirarla.

Eleonor creyó morir por aquella espera y contuvo la respiración en cuanto los dedos masculinos rozaron sus pechos.

—No te contengas. Lo noto, te gusta.

Pero ella luchó por mantener la compostura.

—No debes contenerte —le ordenó él, estudiando sus ojos perdidos. Volvió a tocarla. Si no te gusta, me detendré.

—¡No!

—¿Entonces te gusta?

—Sí...

Keiran se sobresaltó un poco y mostró sin pudor su miembro erecto.

Aquella reticencia no encajaba con el carácter intrépido y rebelde de la muchacha. Pero era la primera vez, y eso bastaba para justificarlo.

Le cogió la barbilla entre los dedos y le dijo:

—No debes contenerte. —La besó, tocando de repente sus pezones puntiagudos.

Eleonor se agarró a sus hombros cuando sintió que una sacudida de placer la recorría de punta a punta.

—No podrás resistirte a mí, te haré gritar por mí —afirmó Keiran con confianza, tocándola entre las piernas.

Sorprendida por estas nuevas sensaciones, trató de zafarse tirándole del pelo. No pudo contener un grito lánguido y espontáneo.

—Hazlo otra vez, cariño, quiero volver a sentirlo.

Eleonor, aferrándose a él con desesperación, se dejó llevar, mostrando toda su excitación.

—Dime si tengo que parar.

—No... más, por favor...

—Dime que te gusta, Lio.

—Sí, me gusta...

Keiran jadeaba triunfante y, cuando se dio cuenta de que la había llevado al orgasmo, se detuvo.

Los ojos incrédulos y desorbitados de Eleonor buscaban respuestas y confirmaciones.

—No hagas preguntas, Lio. Así es exactamente como debe ser y tú eres exactamente como imaginé que serías.

Eleonor echó un vistazo entre sus piernas, dudando si estirar con descaro la mano para tocarlo.

—Dame un minuto, *leannan*, necesito un momento —dijo él riendo y retrocediendo un par de pasos.

Se apoyó en la repisa de la chimenea. Debía tener cuidado de no despertar viejos recuerdos. La imaginó debajo de él, en la gran cama, pero dudaba de si para ella sería revivir la experiencia en la carroza de su primo. No, no lo haría así.

Le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Eleonor bajó de la mesa. Tenía las piernas débiles y al caminar, sintió una dulce e insaciable languidez.

Keiran miró las llamas, pero notó que su mente se ponía en marcha.

—Pregunta, Lio.

—Me estás mirando en mi interior, es embarazoso.

—Me resulta sumamente excitante lo que estás pensando. ¿Y bien?

—¿Puedo tocarte?

Él se dio la vuelta y se quedó esperando, inmóvil. Observó con la respiración contenida cómo los dedos femeninos rozaban tímidamente su agitado pene. La pulsación aumentó como si fuera a estallar.

Eleonor, al ver que a él no le importaba, lo tomó en su mano. Lo sostuvo así, asombrada por aquel contacto desconocido. Era suave, cálido y duro. Empezó a mover la mano arriba y abajo de forma instintiva.

Keiran la tiró bruscamente hacia él, agarrándole un mechón de pelo de la nuca.

—No te detengas, continúa...

Ella continuó, tan curiosa por experimentar que varió el movimiento y la presión para descubrir en sus respiraciones qué era lo que más le estimulaba. Al instante intuyó lo excitado que estaba, lo que le proporcionó una satisfactoria sensación de poder y lucidez. Le gustaba sentirlo así, le gustaba ese contacto directo con su masculinidad, le gustaba la erección potente que se alzaba en toda su majestuosa longitud solo para ella.

Él le dejó hacer. En realidad, nunca había permitido que nadie mantuviera el juego durante tanto tiempo. De repente, la agarró de la muñeca y la detuvo, con los ojos cerrados y la respiración acelerada. No podía resistirse más, pero ella difícilmente le entendería.

La cogió en brazos y la tumbó en la cama. Colocó la almohada detrás de ella, se sentó apoyado en la pared y la miró fijamente. Le tendió la mano.

Eleonor se dejó guiar por él y se tumbó sobre él.

—Pensaba que ibas a hacer que me tumbara.

—No, cariño. Así irá mejor —le susurró, apartándose el cabello de la cara y de los pechos. La tenue luz de las velas resaltaba sus sinuosas y armoniosas curvas. —Sabes que podrías sentir dolor, ¿verdad? —le preguntó, rozando la areola rosada de un pecho con un dedo.

Eleonor asintió.

—Solo te tocaré. Cuando quieras, te colocarás encima de mí —le explicó, tocando la punta del otro pecho.

—No sé cuándo... —jadeó ante aquel contacto.

—Ya lo entenderás.

Él se limitó a levantarla, sujetándola por las caderas y obligándola a frotarse contra él, guiándola de un lado a otro. Era maravilloso cómo le seguía y se empapaba por él.

Eleonor siguió instintivamente aquel voluptuoso movimiento y descubrió que estaba resbaladiza. Se sorprendió de lo mucho que le estaba gustando y empezó a estremecerse ante las nuevas sensaciones.

Él aflojó el agarre y dejó que se moviera sola. Se inclinó para rozar un pecho con la boca y lamerlo suavemente alrededor del pezón. Sintió dolor en el hombro, donde ella le apretaba con las uñas, presa de la excitación erótica. La oyó gemir ahora sin vergüenza y sonrió, saboreando la victoria. Lamió también el otro pezón hasta que se sintió seguro de haberla conquistado finalmente.

—Sólo tienes que meterlo, *leannan* —murmuró, sin importarle el capuchón que debía haberse puesto para no dejarla embarazada.

Ella obedeció: cogió el miembro con suavidad y se levantó.

Keiran movió las caderas y se deslizó hacia el centro, apretando los dientes para no moverse. Le tocó la cara y la besó con ternura.

—¡Hazlo tú, Key, por favor! Confío en ti...

Le sorprendió la confianza que ella depositaba en él. Dobló las piernas, la sujetó firmemente por las caderas y movió la pelvis hacia arriba, hundiéndose lentamente. Se dio cuenta de que ella

contenía la respiración, así que retrocedió un poco.

Sus ojos entrelazados eran la conexión más íntima que tenían; todo se reducía a eso.

Keiran volvió lentamente hacia ella, se hundió y se detuvo, seguro de que ya había desgarrado parcialmente su membrana.

Finalmente, penetró completamente con extrema precisión.

Eleonor jadeó, clavándole las uñas en la espalda. Permaneció inmóvil, luchando contra el ardor inicial, con la mirada perdida en él, esperando confiada. Finalmente, aflojó el agarre y se recostó sobre él, relajándose.

Para Keiran fue la confirmación de que el dolor había desaparecido. La rodeó con una sensación de posesión que nunca antes había experimentado. Sus dedos se deslizaban sobre su cuerpo femenino, cálidos y juguetones, exigiendo poseerla por completo. Empezó a penetrarla rítmicamente, con embestidas cadenciosas y fluidas.

Eleonor acompañó aquel movimiento erótico con cada vez mayor desenvoltura, aferrándose con fuerza a él y disfrutando de cada caricia. La percepción de tenerlo dentro de ella se hacía cada vez más intensa. Sintió cómo él entraba y salía con toda su dureza, ahora ya resbaladiza, y descubrió que el temblor era cada vez más fuerte con cada embestida.

Gimió, ajena ya a cualquier pudor. Gritó su nombre varias veces, desesperada por sentir más. El orgasmo final fue inesperado, intenso y largo, y los jadeos que ella emitió lo expresaban con creces, convirtiéndose en gritos casi ahogados.

Keiran estalló con ella, soltando un grito liberador que expresaba el torbellino de sensaciones sexuales que lo invadían con una intensidad sin precedentes. Estaba conmocionado, porque el torbellino de sensaciones que se había desatado en su interior lo desgarraba en lo más profundo de su alma.

La estrechó con fuerza contra su cuerpo, una y otra vez, hasta el final, hasta que la vio retorcerse de placer, respirando cada uno de sus gemidos, deleitándose con cada una de sus respiraciones.

En cuanto recobró la lucidez, se dio cuenta de que esa mujer estaba cambiando su vida y de que ya no podría escapar de esos cambios. De hecho, sentía que ya no podía vivir sin ella.

La abrazó con un impulso desbordante, casi como si temiera perderla, incrédulo ante la pasión tan intensa que le había hecho olvidar el capuchón. Notó el calor de sus lágrimas silenciosas en el hombro. La acunó con dulzura hasta que se tranquilizó. Salió de ella lentamente, temeroso de lastimarla, e hizo que se tumbara a su lado.

Eleonor lloraba presa de emociones encontradas: amor, sorpresa, vergüenza, miedo... La experiencia que acababa de vivir no le permitía controlarse, y el llanto se le agravó cuando se dio cuenta de que él no había tomado las precauciones necesarias.

Keiran le secó los ojos, la besó con ternura y le acarició el rostro. Pasaron diez minutos y, cuando la vio calmada, se dio la vuelta en la cama y se incorporó, mirando la sábana blanca.

Ella siguió su mirada y se dio cuenta de que no había sangre. Abrió los ojos y se volvió hacia él.

—¡Yo era virgen! ¡Lo juro! —exclamó aterrorizada por su juicio.

Keiran rio.

—Sí, lo sé. Lo he sentido. Aprieta las piernas, cariño, probablemente saldrá en un momento.

La cogió en brazos y la llevó al cuarto de baño. Cualquier otro marido habría mantenido a su mujer en la ignorancia y habría dejado que el semen inyectado saliera solo, probablemente ensuciando la cama. La metió en la bañera, mientras la veía temblar de frío. Cogió el cubo de agua caliente que yacía sobre la rejilla del brasero y lo probó para asegurarse de que no estaba

hirviendo.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Abre las piernas, Lio.

—¿Qué?

En ese momento, el líquido goteó y Eleonor lo miró. Se lavó con el jabón, un poco incómoda por aquellos ojos azules que la escrutaban.

Keiran le sirvió agua para que se enjuagara, luego se metió en la bañera y él también se lavó. Le entregó con naturalidad la crema de la planta de Homa y ella entendió de inmediato qué debía hacer con ella. En cuanto terminó, la cogió en brazos, la tumbó en la cama y la cubrió. Luego, apagó las velas, añadió leña al fuego y se tumbó a su lado, buscando tenerla cerca.

Eleonor se acurrucó en el pliegue de su brazo, apoyando la mano en su pecho. Estaba conmovida, emocionada y feliz.

—Gracias.

—¿Por qué?

—No te has mostrado agresivo y me has alejado de los malos recuerdos. Y, por fin, soy totalmente tuya.

Keiran no contestó por miedo a exponerse demasiado y se limitó a abrazarla con más fuerza, intentando que las lágrimas cesaran.

La mente de Eleonor trabajaba a un ritmo frenético y no pudo evitar preguntar:

—¿Cómo estoy?

—¿Cómo?

—¿Estás satisfecho conmigo?

—¿Vas a empezar de nuevo con las preguntas?

—Por favor...

—Eres exactamente como imaginaba.

—¿Me enseñarás otras cosas?

—Sí.

—No has usado el capuchón.

—Lo sé.

—¿Estás enfadado conmigo por eso?

—No.

—No dolía tanto como decían.

—¿Quién lo decía?

—Pues, los libros, Maggie, Hettie, mi tía...

Keiran negó con la cabeza en desaprobación por la mala publicidad que las mujeres daban al primer encuentro sexual, influenciando tanto a las jóvenes esposas que llegaban al lecho conyugal con miedo por algo que debería haber sido placentero.

—He tenido mucho cuidado, Lio, nada más.

—¿Es decir?

—He entrado despacio... ¡Dios mío, cada vez que hablo contigo, digo cosas indecentes!

Eleonor se abalanzó sobre él, acariciando su musculoso pecho.

—Me has dicho que sólo hable contigo de estos temas.

—Ya estoy arrepentido —replicó él, acariciándole el cabello.

Ella se recostó de nuevo en su brazo.

—Si aprendo muchas cosas, quizá no necesites tener un amante.

Keiran sonrió ante el simple e ingenuo razonamiento de aquella chiquilla insufrible.

—Quizás. Pero tendrás que aprender mucho, chiquilla.

—No soy una chiquilla y lo aprenderé todo —respondió ella, demasiado cansada para rebelarse más. Bostezó y, dos minutos después, se durmió abrazada a él, con las manos confiadas, como si él fuera su salvavidas.

Keiran la abrazó, girándose un poco hacia ella.

Se quedó mirándola, incrédulo por tenerla.

Era suya, como ella había dicho, total e incondicionalmente.

Pero también había ocurrido algo más. Aquella conexión no era tan unidireccional como él había imaginado. Estaba ligado a ella, lo sentía.

Saber que había expuesto su corazón a un sentimiento desconocido para él le hizo darse cuenta de que se había quedado sin defensa.

Ninguna defensa contra el profundo amor que se negaba a aceptar.

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé a redactar los agradecimientos de esta cuarta edición, me di cuenta de que, desde la primera auto publicación de *Il Duca* en 2016, el número de personas a las que dar las gracias había multiplicado desorbitadamente.

Recordé con sorpresa la gran cantidad de lectores que me han escrito desde entonces para felicitarme, cuántos colegas escritores han expresado su admiración por esta obra y cuántos me han honrado pidiéndome opiniones, cuántos «asistentes», administradores y moderadores me han ayudado a gestionar páginas y grupos en Facebook e Instagram.

Mencionar a todos sería imposible. Pero a lo largo de este último año, algunas personas han estado más presentes que otras, testigos y apoyos, interviniendo en mi vida de escritora aportándome valiosos consejos y experiencias útiles de ejemplo, ofreciéndome apoyo en los momentos difíciles y espoleándome a pensar sólo en mi rumbo futuro.
En primer lugar, a mi marido. Ejemplo de concreción y practicidad, siempre ha sido un maestro inconsciente de lecciones de vida. Sí, inconsciente, porque no se da cuenta de que tiene el don de saber filtrar, elegir, seleccionar de un vistazo, arriesgándose a veces a ser cínico. Y, sin embargo, al final, ¡siempre tiene razón!
Silvia, la editora que con paciente y meticuloso trabajo ha puesto en orden este libro y que, como buena amiga, se alegra conmigo de los resultados obtenidos y participa, siempre con entusiasmo, en las decisiones que he de tomar.
Elena M., ahora ya mi lectora beta además de amiga sincera; se puso en contacto conmigo hace años expresándome su respeto por esta novela y me ofreció su experiencia para mejorarla.
Fiammetta R.v.G. y Maria Elena Franc, fieles colaboradoras que nunca se han distanciado a pesar de todo y de todos, y ellas saben a qué me refiero. El entendimiento que ha crecido en el último año tiene aún más valor porque ha germinado en un ambiente yermo de sentimientos honestos y limpios, una amistad a distancia llena de esos pequeños toques que marcan la diferencia.
Paolo Montaldo, amigo y colega, padrazo y dador de sabiduría, entre un café capuchino y un plato de pasta... ¡lo más grande posible!
Mis amigas libreras de Mondadori, Ilaria y Cristina, siempre dispuestas y disponibles, sobre todo para organizar almuerzos rápidos acompañados de una buena tertulia.
Cristina Caboni, escritora de gran talento, con la que nació un entendimiento inmediato, que se convirtió en una sana amistad, hecha de honestidad compartida y certezas.

Aunque no puedo nombrarlos individualmente (¡haría falta un volumen sólo para eso!) quiero expresar mi profunda gratitud a los lectores porque son ellos quienes me dan el impulso para nuevas historias, alimentan mi creatividad con su aprecio, y son la razón por la que escribo.

Un último y agradecido recuerdo, no por ello menos importante, va dirigido a quienes en vida han cruzado mares tormentosos y han encontrado puertos seguros donde desembarcar tras

agotadoras luchas contra la discriminación, la intolerancia, la incomprensión, la injusticia, y la maldad. Siempre estarán en mis novelas, emblemas de la vida real, vivida con dignidad y honor.



[1] Huevos a la escocesa: plato en el que se sirven fríos huevos duros a los que se le han quitado la cáscara y se les ha recubierto en una mezcla de salchichas picadas finamente, pan rallado, y puestos a freír.

[2] Pulmón de cordero cocido durante horas y mezclado posteriormente con grasa de res, cebolla, avena y especias. Toda la mezcla se tritura y con ella se rellenan intestinos de cordero (o de vaca). Luego se cuece al vapor y finalmente se corta en rodajas que se fríen brevemente en la sartén.

[3] Expresión cariñosa que significa «mi amor», «mi tesoro» en gaélico escocés.

[4] Prenda de vestir malaya e indonesia para hombres y mujeres, que consiste en una banda de tela de vivos colores, que se lleva anudada al cinturón y que cae hasta los tobillos.

Copyright

© 2020 Emma Lee Bennett

Primera edición (en italiano): agosto de 2016
Segunda edición (en italiano): mayo de 2017
Tercera edición (en italiano): junio de 2019
Cuarta edición (en italiano): enero de 2020

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.
Toda referencia a acontecimientos y personajes históricos ha servido para dar realismo a la obra, pero toda opinión sobre ellos, expresada por los personajes, es totalmente ficticia.

Imágenes con licencia: Period Image.com
Código de imagen: 2016-05-25_10.03.50-2
Código de imagen: 2016-06-29_16.29.12-1

Imágenes con licencia: Stock.Adobe.com
Fotógrafo: Pawel Pajor
Código de imagen: 138899996